3 1761 08166219 9

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 10.º NUM. 118.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE 1898

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

462642

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 10
no.118-20

ULADIMIRO KOROLENKO

En las primeras páginas del *Circasiano* describe Korolenko un triste viaje por el valle de Lena. Una obscura noche de otoño; un carricoche, donde se cuela la nieve, y dentro tres personas: el narrador entre dos representantes de la fuerza armada. El viaje narrado parece un episodio, con más ó menos ficción, de un viaje efectivo: del que hizo Korolenko á la región Nordeste de Siberia, al gobierno de Yakustk; y ya se ve, por la forma, que el autor de los *Recuerdos de un turista siberiano* no visitaba como simple turista los dominios remotos del Tsar.

Nacido en la Rusia Menor, escena de varias de sus narraciones *(En mala compañía*, *El músico ciego*, *El bosque rumoroso*...), «el destino le precipitó» un día desde las más bajas latitudes de Moscovia á las inmediaciones del círculo polar. ¡Qué cambio en aquellas ásperas soledades! En vez de compatriotas, un pueblo mísero que saborea la carne de caballo, la carne cruda, la carroña misma, y paladea un mortífero aguardiente con infusión de tabaco. En vez del hogar paterno, una pobre *yarta*, una choza, compartida con algún compañero de ostracismo de los de «casta y educación superiores» á las de los pobres diablos que merodean por aquellas arideces inhospitalarias. Dos figuras de esas aparecen un momento en el *Sueño de Makar*: un «extranjero» (un deportado político), fu-

mando en la cama y siguiendo abstraído las espirales de humo que salen de su boca; otro, sentado á la chimenea, contemplando en la misma actitud meditabunda las líneas incandescentes que surcan la leña á medio consumir. Son dos jóvenes que evocan silenciosos, durante una Nochebuena, los recuerdos de la patria lejana, dejando arder estérilmente una pobre bujía, que no alumbra ningún trabajo ni ninguna escena de animación. Y el lector ve en uno de esos jóvenes, que no olvida, á pesar de la rapidez con que cruzan por sus ojos, al autor del *Sueño de Makar*: la obrita que fue el principio de su reputación literaria (1).

¿Qué efecto causó en el joven ruso esa prueba terrible, que ha destrozado los resortes de tantas existencias, y que tanto empequeñeció, en circunstancias harto más benignas, á hijos ilustres de aquella antigua Roma de férreo carácter?

En una de las horas más angustiosas, «á esa hora crepuscular en que la tristeza se apodera soberanamente del corazón», le vemos solo un día. Es al comienzo del *Desertor de Sajalín*. El compañero se ha ido. Entre las cuatro paredes de la yurta no hay más que obscuridad, frío y silencio. Fuera, una niebla impenetrable, una masa informe, yerta é inerte. con que tropieza la vista por todos lados. El río, las chozas de la aldea, la iglesita, la nevada llanura, la línea sombría de la *Taiga*—del bosque virgen de Siberia—todo se halla sumergido en ese pardo océano de vapor, y la propia casa parece entonces un islote perdido enmedio de un mar muerto sin orillas. Se comprende á Korolenko cuando dice que, en una hora así, el dolor, por mucho que se reprima, alza la cabeza é interrumpe aquel silencio fúnebre para deslizar al oído del desterrado palabras despiadadas. ¡Verse como enterrado en vida, y quizá por siempre! ¿Cuántos podrán resistir á las insidias desmoralizadoras del desaliento?

Korolenko ha resistido. Si sintió las garras del dolor, á

(1) La publicó en 1885 el *Pensamiento Ruso*.

fuer de hombre, no sintió los desmayos mortales de un alma afeminada. «¡Eh! ¡Qué es eso después de todo!—debió decirse. —¿Obscuridad? ¿Frío? ¿Silencio? Para eso está el dios de la yurta, el fuego omnipotente.» Una sacudida briosa, y en pie: ¡guerra á todos los enemigos de la imaginación solitaria! La enorme chimenea, que, minutos antes, sumida en la penumbra, parecía abalanzarse calladamente hacia las tinieblas como un espectro, es ahora la puerta por donde se precipita ruidosamente en la choza, llevándole la alegría y la vida, el amigo inseparable de la morada yacuta, la llama risueña, retozona y locuaz. Basta eso para que nuestro desterrado no se considere ya tan solo, y crea que todo bulle, habla y se agita en torno suyo. Aquí entra en escena su imaginación, una imaginación que transfigura los seres y anima las cosas. El hielo mismo de las ventanas de la yurta, abrillantado por el reflejo de las llamas y acariciado por el hálito vital de esa fantasía, no es ya hielo: se deshace, se refunde y se trueca en preciosa y deslumbradora pedrería. Al desaliento, que estruja y deprime, ha sucedido la admiración, que explaya y eleva. «Yo sentía un singular placer—nos dice el desterrado—al pensar que, enmedio de esa noche fría y nebulosa, mi aislada cabaña resplandecía con los reflejos luminosos de sus carámbanos, y, á modo de volcán en miniatura, lanzaba hacia el cielo surtidores de chispas incandescentes, que estallaban y palpitaban en el aire entre remolinos de blanco humo.» Al través del prisma de esa imaginación, Siberia no será la Siberia que contemplen la mayoría de los ojos. Todos han visto sus horrores; pocos su poesía. Korolenko la ha visto y la ha cantado. ¿Qué poesía? La poesía del invierno, elevada á la enésima potencia.

Introducid en esa escena, ya animada al calor de la fantasía, un ser viviente, un hombre, aunque sea un desconocido. ¿Qué efecto hará su aparición en nuestro solitario? No es el país un vivero de perfecciones humanas, y parece natural prevenirse contra un huésped cuyo pasado se ignora. ¿Será uno de esos contrabandistas que desafían la ley y las persecucio-

nes para llevar aguardiente á los mineros á cambio de oro? ¿Será un «colono» de los muchos que «no tienen nada que perder», y que roban y saquean á veces por los alrededores? ¿Será uno de esos culis, uno de esos «pobretes», como los llaman los naturales, «que se entretienen en robar caballerías, en forzar cerraduras ó romper cráneos en noches tenebrosas?» ¡Qué preguntas! Nuestro solitario las extraña: no cruzan tales ideas por su mente. No ve más sino que un Robinsón, en una isla desierta, debe saludar como un amigo al primer ser animado que regocije sus miradas, aunque sea un pobre loro. Tratándose de un semejante, ya puede haber las sombras que quiera en su pasado. «¡No importa!—exclama el autor.—La Siberia enseña á ver el hombre hasta en un asesino.» Y así como antes interpuso entre el país y sus ojos un prisma mágico, se arma ahora de un lente de aumento para mirar á los pobladores, y no pisotea las escorias sociales por temor de aplastar las almas escondidas. Simpatía aun por la más bastarda naturaleza; simpatía aun por la más bastarda humanidad. Korolenko podrá no ser un juez, pero es algo que vale más que un juez: es un hombre.

Y ese hombre, á quien vemos volver en *At-Davan*, de las soledades á que le vimos dirigirse en *El Circasiano*, no sabía nunca lo que es rencor para la escena de este episodio de su vida. Al despedirse de ella, no sacudirá el polvo de nieve que pueda haber en su ropa, sino que dirigirá hacia atrás una última mirada con ojos conmovidos. Y al entrar en su patria, no desahogará su pecho murmurando maldiciones, sino añadiendo nuevas páginas al eterno poema del infortunio.

El sueño de Makar, *El desertor de Sajalín*, *At-Davan*, *El Circasiano*, *La víspera de Pascuas*, poemitas en prosa, he ahí lo que nos trae, como recuerdo de sus excursiones, el singular «turista»: presentes, que no sólo nos ponen en contacto con la helada tierra de donde vienen, sino que se nota, al recibirlos, el calor de las manos que los trajeron; espejo fiel de lo que pintan, según el testimonio de los conocedores de aquel extra-

ño mundo, pero no espejo impasible. La voz del narrador delata á cada paso sus impresiones, y la lengua del poeta se pliega á la óptica de su espíritu y á las emociones íntimas que asocia á sus relatos. Nunca podrá un artista pintar las cosas sino como él las ve y las siente, y no las verá dos veces del mismo modo; pero, así como algunos se esfuerzan en reducir sus impresiones fragmentarias y variables á un común denominador, otros se afanan en fijar esas impresiones fugitivas, en reflejar directamente los visos cambiantes con que desfila por sus almas el espectáculo del mundo. De estos es Korolenko, de los que no se alejan para contemplar el espectáculo á distancia y desde una altura, sino de los que permanecen junto á la escena, sin apartarse, para sorprender al paso el rayo fugaz de cada pormenor. Y como esta visión directa no se obtiene sino á expensas del horizonte, Korolenko restringe el suyo, y cultiva preferentemente la miniatura. Sus obras son joyitas menudas en que el artífice pone todo su conato en perfilar y matizar.

Esta atención á la forma y á los permenores no es exclusiva de él, sino tendencia que viene prevaleciendo en su país después de la explosión literaria del penúltimo quinto del siglo, después de la gran campaña de los Turgueneff, de los Dostoyenski y de los Tolstoy. Podría, pues, decirse que Korolenko sigue la corriente actual de la literatura de su patria, de la «escuela moderna»; pero no se diría bien, porque él no figura entre los simples secuaces, sino entre los directores. Para la crítica rusa, es el jefe de esta tendencia.

Korolenko nació en Jitomir el 27 de Julio de 1853. Fué desterrado á Cronstadt en 1875, después, con muchos miembros de su familia, á Perm en 1879 y, por último, á la Siberia oriental, donde pasó tres años trabajando como obrero.

Ahora reside en Nigni Nowgorod dedicado al cultivo de la literatura en cuyo campo ocupa uno de los primeros puestos entre los literatos rusos.

X.

EL DESERTOR DE SAJALIN

I

..... Mi compañero se fué. Hube de pasar la noche solo en nuestra *yurta* (1).

No tenía ganas de trabajar, ni ánimos siquiera para encender lumbre. Medio echado en la cama, me abandoné insensiblemente, y sin darme cuenta, á las penosas impresiones de un silencio absoluto y de la noche que se acercaba en medio de una niebla glacial.

Los últimos y pálidos rayos de esa luz crepuscular, tan característica de las extremas regiones septentrionales, se extinguían poco á poco al través del hielo de las ventanas de la yurta.

Densa obscuridad salía arrastrándose de los rincones, y subía por las paredes inclinadas, que parecían ir á juntarse unas con otras por encima de mi cabeza. Durante algunos minutos se dibujaron aún los contornos de la enorme chimenea que enmedio de la yurta se elevaba. No parecía sino que uno de los penates familiares de la morada yacuta extendía hacia las tinieblas los brazos abiertos, como en una lucha silencio-

(1) Choza siberiana.—*N. del T.*

sa. En fin; esas confusas sombras desaparecieron á su vez, y todo se perdió en la invasora noche.

¡Obscuridad completa!... Sólo se veía fosforescer débilmente tres manchas indecisas. Era el frío paralizador del invierno yacuta, que lanzaba al través de los huecos sus turbias miradas.

Minutos y horas se deslizaron silenciosamente, siguiéndose las unas á las otras con su pasar acompasado. Era—y no la sentí venir—la hora crepuscular y cotidiana en que la tristeza se apodera soberanamente del corazón; en que el «suelo extranjero» envuelve al desterrado con su hálito más implacable, con su más glacial obscuridad; en que se alzan y dilatan amenazadoras en la imaginación, como un infinito invencible é inmensurable, las montañas, las selvas, las estepas inmensas, interpuestas entre vosotros y todo lo que os es tan caro, todo lo que ahora está tan lejos, todo lo que se ha perdido, todo lo que, atrayéndoos, cautivándoos aún tan vivamente, se desvanece á esa hora, no obstante, en la nebulosa lontananza, entre destellos que se asemejan á los resplandores del fuego moribundo de una esperanza perdida.

Entonces es cuando el dolor acerbo, tanto tiempo contenido, replegado en lo más profundo del corazón, pero siempre insuperable, levanta atrevidamente su cabeza siniestra, y en medio de esas tinieblas y de esa calma de muerte, me desliza al oido estas palabras espantosas, inexorables: «¡Por siempre en este sarcófago!.... ¡por siempre!....»

Un gañido débil y cariñoso, que desde el techo llegó á mi oido por el cañón de la chimenea, vino á sacarme de ese penoso letargo. Era el amigo inteligente, mi perro fiel, Cerbero, que, transido en su puesto de guardia, parecía preguntarme qué era lo que tenía yo para no encender la lumbre, con aquel frío horroroso.

Dí una sacudida, viendo que iba á sucumbir en esa lucha con el silencio y la obscuridad, decidiéndome á recurrir al medio de salvación que tenía á mano. Ese medio era el dios de la yurta: el fuego omnipotente.

Los yacutas no apagan la lumbre durante el invierno; por lo mismo, los cañones de sus chimeneas están dispuestos de modo que no pueden cerrarse. Nosotros habíamos conseguido arreglar el nuestro, como Dios nos dió á entender, de suerte que pudiera cerrarse, pero desde fuera, y siendo preciso para ello subir al techo plano de la yurta. La casa estaba envuelta en nieve de arriba abajo, y en ella se dibujaban los escalones. Subí.

Nuestra vivienda se hallaba al extremo de la *sloboda* (1), algo ya en las afueras. Desde nuestro techo podía abrazarse por lo común toda la llanura y los montes que la circuían, así como los humos de las yurtas de la sloboda, habitadas por los descendientes de los colonos rusos, yacutizados tiempo hacía, y en gran parte por tártaros desterrados. Pero en aquel momento envolvía todas las cosas una niebla gris y fría, que los ojos no podían traspasar; suspendida en el aire, con una temperatura de 40 grados Réaumur, gravitaba inmóvil pesadamente sobre la tierra silenciosa. Por todas partes tropezaba la mirada con esa masa gris, deforme y muerta.....

Unicamente allá en lo alto, derechamente encima de la cabeza, divisábase en el fondo del cielo una estrella solitaria que, atravesando el tupido velo, enviaba á la tierra su agudo rayo luminoso.

Todo estaba helado. Los ribazos del río, las pobres chozas de la aldea, la iglesita, la tersa llanura cubierta de nieve, la línea sombría de la *taiga* ó bosque virgen de la Siberia: todo se hallaba sumergido en esa niebla como en un mar inmenso. El techo de la yurta, donde estaba yo con el perro acurrucado á mis pies, ese techo, con su chimenea de tosca arcilla, me hacía el efecto de una isla perdida enmedio de un Océano sin límites. En torno de mí, ni el menor ruido..... Frío no más, angustia..... una noche silenciosa, concentrada en sí misma, llena de ansiedad, de vivo terror.

(1) Pueblo.—*N. del T.*

Cerbero empezó á aullar lastimosamente. Quizá también el pobre perro experimentaba una especie de angustia al sentir la aproximación de ese reinado del implacable frío. Se pegaba á mí, y alargando su hocico agudo, miraba pensativo la niebla gris é impenetrable.

De repente irguió las orejas y empezó á gruñir. Escuché. Al pronto no oí nada; pero después de unos instantes, de ese intenso silencio surgió un ruido lejano apenas perceptible: ¡uno, dos, tres!.... y enseguida reconocí, al través de la helada atmósfera, el trote de un caballo que cruzaba á lo lejos las praderas. Pensé en el pobre jinete solitario que, á juzgar por el débil ruido de los cascos de su cabalgadura, tenía que andar aún unas tres verstas antes de llegar al pueblo. Luego me dí prisa á bajar del techo por el muro inclinado y me precipité en la yurta, porque un minuto al aire libre con la cara descubierta pone en peligro una mejilla ó una nariz. Cerbero me siguió, no sin lanzar antes atropelladamente un grito sonoro en la dirección hacia donde se oía el ruído de los cascos.

Unas virutas que prendí se inflamaron al momento en la chimenea, abierta como una boca enmedio de la yurta. Añadí algunos troncos resinosos de alerce, y en algunos instantes mi triste y silenciosa morada se llenó de ruido y de alegres chisporroteos.

La llama corría por los leños, lamiéndolos, abrasándolos poco á poco, retozando, brincando, rezongando y silbando. Era como un ser luminoso, vivaracho, bullanguero y hablador infatigable, que se colaba en la yurta, llevándole la vida é iluminando hasta sus últimos rincones. A veces cedían el flujo y el bullicio furioso de la llama. Entonces, al través del tubo corto y derecho, oía yo estallar y silbar en el aire helado las chispas ardientes. Luego el fuego volvía á las suyas con nuevo ardor, y á menudo retumbaban alegremente en mi pobre choza detonaciones que parecían pistoletazos.

Ya entonces no me consideré tan solo. Todo parecía bullir, bailar, agitarse y hablar en torno mío. El hielo mismo de las

ventanas, á cuyo través miraba yo hacía poco la glacial y siniestra noche, el hielo, donde ahora jugueteaba la llama, se tachonaba de ardientes chispas de todos colores, bien así como de piedras preciosas.

Yo sentía un singular placer al pensar que, enmedio de esa noche fría y nebulosa, mi cabaña aislada resplandecía con los reflejos luminosos de sus carámbanos, y, á modo de volcán en miniatura, lanzaba hacia el cielo surtidores de chispas incandescentes que estallaban y palpitaban en el aire entre remolinos de blanco humo.

Cerbero vino á sentarse junto á la chimenea, y se puso á mirar el fuego, inmóvil como una estatua de mármol. De vez en cuando volvía la cabeza hacia mí; sus ojos intelegentes, henchidos de caricias, delataban su gratitad y su bondad.

En el patio, cerca del muro exterior, se oye golpear pesadamente; pero Cerbero no se mueve, y se limita á gruñir con indulgencia. Sabe muy bien que son mis caballos que, después de haber permanecido fuera mucho tiempo tiritando de frío, vienen ahora, atraídos por el fuego, á abrigarse arrimados á la pared, y á gozar de la vista de las chispas, que bailan en las tinieblas, y de esa larga cinta de tibio y blanco humo.

De pronto, mi perro se aparta de la lumbre con mal gesto, empieza á gruñir y se lanza hacia la puerta. Hago salir á Cerbero, y le mando arriba, á su sitio de costumbre, donde se agita y ladra desesperadamente, mientras yo salgo á mi vez para mirar fuera del vestíbulo.

Era el caminante solitario que había oído enmedio del silencio de la noche. Le había tentado sin duda el fuego de mi choza, y ya apartaba los travesaños de mi puerta cochera para entrar en el patio con su caballo.

Yo no esperaba á ninguno de mis amigos. No era probable que fuese un yacuta el que llegaba á la aldea tan á deshora. Aun en ese caso, sabría muy bien donde vivian sus *dogors* (sus amigos), y no se habría parado delante del primer hogar. No puede ser más que un colono, me dije.

Por lo común, no gustan mucho en casa tales huéspedes; pero en aquel momento la presencia de un ser humano llegaba muy á propósito. ¡Yo sabía que mi fuego, que ahora chisporroteaba tan alegre, no tardaría en flojear, entonces vería estirarse perezosamente las llamas lánguidas sobre los leños enrojecidos; y más débiles, más raras cada vez, recorrerían á la postre las encendidas brasas como serpientes de fuego, cuchicheando palabras misteriosas.

Entonces volverán á invadir mi choza el silencio y la obscuridad, y volverá la angustia á mi corazón. De cuando en cuando, alguna débil chispa, que en la ceniza queda, brotará en la sombra, como mirada de un ojo que se entreabre para volver á cerrarse por siempre; y por fin, se extinguirá toda luz, y tornaré á quedarme solo, solo en esta noche larga, abrumadora, sin fin.

Yo no conocía al hombre á quien iba á dar asilo. ¡Quizá en su pasado había sangre!... ¡Qué importa! Sobre que no me ocurrió siquiera tal idea.

La Siberia enseña á ver el hombre hasta en un asesino. Aunque, al conocerlos más de cerca y mejor, apenas se conserven grandes ilusiones sobre esos «pobretes» (1) que se entretienen en robar caballos, en forzar cerraduras ó romper cráneos en noches tenebrosas, no puede uno menos de tratar de comprender y de explicarse, en presencia de cualquiera de esos seres, los varios y complejos movimientos de la naturaleza humana. Ese análisis enseña á discernir lo que se puede esperar de un hombre. Un asesino no es sólo un asesino: vive también; experimenta las mismas sensaciones que los demás; tiene, sobre todo, sentimientos de gratitud para quien, en tiempo húmedo y frío, le da albergue. Sin embargo, siempre que yo había hecho un nuevo conocimiento de este linaje, y si por casualidad mi viajero nocturno se hallaba en posesión de un

(1) Así llaman los siberianos á los culis que residen en su país.—*N. del T.*

caballo ensillado, donde se balanceaban las bizazas de los jinetes yacutas, me inspiraba ciertas dudas el problema de á quién pertenecería el caballo; y el contenido de las maletillas me incitaba á reflexionar sobre la manera cómo había sido adquirido.

Abrióse la pesada puerta de la yurta, forrada de piel de caballo y escondida en el muro oblícuo; entró en la estancia una bocanada de vapor, y se acercó á la chimenea el extraño. Era un hombre de elevada estatura, bien plantado y recio de hombros.

Aunque vestido á lo yacuta, bastaba una ojeada para ver que no lo era. Calzaban sus piés esos *torbass* de cuero de caballo, blanco como la nieve. Las mangas amplísimas de la *sona* (1) yacuta le subían con sus pliegues más arriba de los oídos. Llevaba envueltos el cuello y la cabeza en amplio chal anudado á la cintura. Ese chal, lo mismo que la punta del gorro yacuta, estaba cubierto de copos de helada y compacta nieve.

El desconocido se acercó á la chimenea, y con las manos ateridas empezó á desatarse el chal dificultosamente y luego los cordones del gorro, que echó á la espalda. Entonces pude ver el semblante juvenil, sonrojado por el frío, de un hombre como de treinta años. Sus facciones, abultadas y expresivas, tenían esa expresión particular que había yo observado frecuentemente en los decanos de las comunidades de presos, y que no es sino la propia de personas seguras de la autoridad que ejercen en su medio, pero obligadas á la vez á una gran circunspección con los extraños. Sus ojos, negros é inteligentes, dirigían rápidas y cortas miradas. La parte inferior del rostro, un poco prominente, permitía adivinar una naturaleza ardorosa y apasionada, que el *brodíaga* había aprendido á disimular de larga fecha: porque en algunos síntomas caracte-

(1) Capote de pieles.—*N. del T.*

rísticos, aunque difíciles de sorprender, yo había reconocido en mi huésped un brodiaga ó desertor.

A veces un estremecimiento casi imperceptible del labio inferior y la tensión nerviosa de sus músculos, delataban la lucha interna de su espíritu, en guardia siempre.

La fatiga, el frío y, quizá también la angustia que había experimentado el solitario viajero al caminar de noche entre la niebla impenetrable, todo eso dulcificaba las angulosidades de su rostro, y se traducía en su frente y en sus ojos negros por un sufrimiento, tan acorde con el estado de mi ánimo, que me inspiró de repente una simpatía involuntaria por mi huésped desconocido. Dejando de aligerarse más de ropa, se recostó en la chimenea y sacó una pipa del bolsillo.

—Buenas noches, *gospodine* (señor)—dijo, golpeando la pipa en una esquina para vaciarla, y dirigiéndome de soslayo una mirada escrutadora.

—Buenas noches—respondí, sin dejar de examinar atentamente aquella cara.

—Perdone, gospodine, si he entrado en su casa tan de rondón. No quería más que calentarme un poco y fumar una pipa, y en seguida me marcharé, porque á dos verstas de aquí, en la alquería, tengo amigos que siempre me reciben con los brazos abiertos.

Su voz denunciaba esa especie de reserva de un hombre que no quiere pasar por importuno; y con miraditas atentas y cortadas, parecía tratar de adivinar la respuesta que iba á darle, y que determinaría nuestras relaciones ulteriores.

Te trataré como me trates, decía su fría y fija mirada.

A pesar de todo, la reserva de mi huésped formaba grato contraste con la importunidad habitual de los colonos yacutas, aunque de sobra se viese que, á no haber pensado pasar la noche en casa, hubiese atado el caballo á la parte de afuera, en vez de meterle en el patio.

—¿Quién es usted?—pregunté.—¿Cómo se llama?

—Yo me llamo Baghylai, es decir, entendámonos, ese es

mi nombre de aquí, pero mi verdadero nombre..... el nombre que me daban en Rusia, es Vassily..... ¿Usted ha oido quizá hablar de él? ¿Del distrito de Baiagantai?

—¿Nacido en el Ural? ¿Un brodiaga?

Una sonrisa de satisfacción iluminó los labios de mi huésped.

—¡Sí, eso es! El mismo. Parece que usted ha oído hablar de mí.

—Sí. Me ha hablado de usted N. N. Eran ustedes vecinos, ¿no es verdad?

—Justo. N. N. me conoce muy bien.

—Pues me alegro de verle, y bien venido sea. Quédese en mi casa esta noche; nada mejor, puesto que estoy solo. Prepararemos en seguida el *samovar* (1).

El brodiaga aceptó al momento.

—¡Gracias, gospodine! Puesto que me invita, no le desairo. Pero he de quitar las bizazas de la silla, y traerme también alguna otra cosa. Es lo más prudente, aun cuando he tenido la precaución de atar el caballo en el patio, porque hay gente muy diestra en la aldea de usted, sobre todo entre los tártaros.

Salió. Un minuto después volvió á entrar con dos maletillas de viaje. Después de desatar las correas, empezó á sacar las provisiones que contenían: manteca helada, leche helada, algunas docenas de huevos, etc. Puso una parte de esas provisiones en mis vasares, y las demás en el vestíbulo, para que no se derritiesen. Luego se quitó el chal, el capote de pieles, el caftán; y quedándose sólo con su camisa roja de algodón y sus *charovary*, cogió una silla y se sentó á la lumbre. Al cabo de un rato levantó la cabeza y dijo sonriendo:

—¡Vaya, gospodine!..... Voy á decirle toda la verdad. Al acercarme á su puerta, me decía: «¡Si fuese á negarme un abrigo para esta noche!» Porque, es claro, yo me hago cargo

(1) La tetera.—*N. del T.*

de la situación. Entre los nuestros los hay de todas cataduras, y á la mayoría no podría dárseles hospitalidad, ni pensarlo siquiera. Pero yo, por mi parte, no pertenezco á esa categoría, se lo aseguro..... Además, puesto que usted ha oído hablar de mis.....

—Es verdad: sé algo.

—¡Ya ve usted!..... Yo llevo, puedo decírselo sin alabarme, una vida absolutamente honrada, ejemplar. Tengo una vaca, un becerro de tres años, un caballo..... Labro la tierra y el huerto.

Todo esto lo decía con un tono extraño, como si soñase. El colono, con los ojos fijos, parecía mirar un punto del espacio. Al pronunciar las últimas palabras, hasta llegó á abrir los brazos con un movimiento de asombro, que parecía decir: «Pues es la pura verdad, es como lo digo.»

—¡Sí!—prosiguió en el mismo tono.—¡Trabajo! y trabajo en un todo conforme al mandamiento de Dios. ¿Qué quiere usted? Creo que eso vale más que robar, ó, lo que es peor aún, saltear. Y vea un ejemplo que prueba que tengo razón. Viajo en una noche obscura; diviso el fuego de usted; entro..... y enseguida encuentro una acogida hospitalaria, el samovar. Son cosas inapreciables, ¿no es cierto?

—Seguramente—respondí—aunque era óbvio que á quien él quería convencer de las ventajas de su nueva vida era á sí mismo.

Yo conocía un poco á ese Vassily, por lo que un amigo me había contado: era un brodiaga colono. Vivía hacía dos años en una casita suya, enmedio del bosque, cerca de un lago y no lejos de un *naslegue* (ó comunidad legal) yacuta. Entre los colonos, que son en su mayoría miserables que no tienen nada que perder y roban y saquean á veces en los alrededores, Vassily era uno de esos raros brodiagas que prefieren una vida de trabajo, lo cual les permite aquí levantar cabeza fácilmente.

En general, el pueblo yacuta es bastante caritativo, y en

muchas aldeas es costumbre auxiliar á los colonos recién llegados. Verdad es que, sin ese socorro, un hombre, abandonado en condiciones tan duras en un país desconocido, no tendría otra alternativa que morirse de frío y de hambre ó hacerse salteador. Verdad es también que ese socorro suele concederse bajo forma de «subsidios de viaje», con los cuales procura el Municipio deshacerse de gente molesta, enviándola á una mina de donde rara vez vuelve.

Sin embargo, el hombre que quiere trabajar de veras, casi siempre encuentra ayuda y apoyo entre los yacutas.

Vassily, pues, obtuvo del naslegue una isba, un buey y seis *puds* (1) de trigo, sembrados á expensas del Municipio el primer año. La cosecha fue enseguida abundante; además, Vassily se contrató en condiciones ventajosas para segar en algunas propiedades yacutas; luego, poco á poco se puso á comerciar en tabaco, y en dos años próximamente pudo tener su arreglo de vida. Los yacutas le daban pruebas de aprecio. Los colonos, cuando estaba delante, le llamaban Vassily Ivanovich; sólo detrás de él se permitían llamarle Wasska á secas. Los sacerdotes que iban de camino para ejercer su ministerio entraban de pasada en su casa y le invitaban á su vez á ir á la suya. Al número de sus conocimientos hay que añadir algunos de nosotros, hombres de casta y educación más elevadas, precipitados por el destino en esas lejanas regiones.

La vida de Vassily parecía, pues, bastante bien arreglada; no le faltaba ya más que casarse. Esto ofrecía, sin duda, alguna dificultad, porque no es corriente que se acepte por marido á un brodiaga; pero con un poco de dinero, con un novillo ó un buen potro, todo se arregla en este país bendito.

Sin embargo, cuanto más examinaba la enérgica fisonomía del joven brodiaga, más creía descubrir en ella algo extraño, que al pronto no me había llamado la atención. Ahora

(1) El *pud* equivale á 16 kilogramos.—*N. del T.*

me agradaba menos que antes aquella fisonomía, aunque me pareciese bastante simpática, á pesar de todo.

Sus ojos negros miraban á veces con un aire pensativo, lleno de inteligencia. Todas sus facciones denotaban la energía; era franco su porte, y en el tono que afectaba se traslucía el amor propio satisfecho de una altiva naturaleza. En ocasiones, sin embargo, pasaba rápidamente por su semblante un estremecimiento nervioso, y sus ojos dejaban de lucir. Se adivinaba lo que costaba á Vassily ocultar bajo una máscara de frialdad y de tranquilidad punzantes amarguras que de continuo tendían á desbordarse, y que no contenía el brodiaga sino á costa de esfuerzos poderosos.

Entonces no me daba yo exacta cuenta de lo que pasaba en su alma. Lo he sabido después. Es que ese hombre, brodiaga por temperamento, se engañaba á sí mismo creyendo que su tranquila existencia, su casita, su vaca, su becerro y la estima que se le atestiguaba bastaban para hacerle feliz.

En el fondo no lo era, y lo comprendía. Aunque trataba de ahogar esa voz que murmuraba en su seno, tenía conciencia de que su vida monótona, en un país extraño, hostil, no estaba hecha para él; le aburría. Oía ya elevarse en el fondo de su alma la voz de la taiga que le llamaba. Las lontananzas desconocidas, atractivas é ilusorias, empezaban á tentarle; á atraerle hacia sí, enmedio de la monotonía de su diaria existencia.

Todo esto no fue claro para mí hasta más tarde; pero, aun entonces, no dejaba de ver que aquel brodiaga, á pesar de su tranquila apariencia, tenía algo que le roía el alma, una especie de cráter pronto siempre á estallar.

Mientras yo preparaba el samovar, Vassily seguía sentado á la chimenea, mirando al fuego muy abstraído. Cuando el té estuvo, le llamé.

—Gracias, gospodine—dijo, levantándose.—Una palabra afable vale ya para mí más que el mejor samovar. ¡Ah, gospodine, gospodine!—exclamó de repente con cierta pasión.—

¿Me creerás? Cuando divisé tu fuego, mi corazón saltó de alegría. Te juro que no miento. Porque, ¿quién sino un ruso había encendido tal fuego? Yo atravesaba las praderas frías y obscuras... Distinguía en mi camino lucas de algunas yurtas, y mi caballo tiraba hacia allí con todas sus fuerzas. No es asombroso: es una bestia yacuta. A mí no, no me atraían esas cabañas. ¿Qué me ofrecían? Hubiera podido calentarme sin duda, y hasta encontrar aguardiente. Pero aquellas viviendas no me decían nada... mientras que, al ver tu fuego con este frío y en esta noche obscura, me dije: «He ahí donde quisiera estar yo... si quieren recibirme...» Gracias por no haberme despedido. Si por casualidad vas alguna vez á nuestro naslegue, siempre serás bien recibido en mi casa. Gracias á Dios, no nos veremos apurados para agasajarte. Serás acogido como debes serlo, dignamente.

II

Después de tomar el té, Vassily volvió á su sitio junto á la chimenea. No podía acostarse aún, porque debía esperar á que su caballo tuviese menos calor para echarle pienso.

El caballo yacuta no es muy fuerte; pero, en cambio, tiene pocas exigencias. El campesino le utiliza para llevar manteca y otros víveres á las minas más lejanas, ó al interior del bosque, á los tungusus, al país del Uchur (1).

En esas excursiones se recorren centenares de verstas sin encontrar heno. Cuando, enmedio de la taiga desierta, se llega al punto donde se ha de pernoctar, el yacuta empieza por despejar el suelo de nieve; luego enciende una gran fogata, y enseguida, después de trabar los caballos, los deja andar por el bosque.

El caballo experto siempre topa con alguna hierba seca

(1) Río tributario del Aledan, afluente á su vez del Lena.—*N. del T.*

del año anterior, y eso le basta para poder reanudar su penoso viaje á la mañana siguiente. Pero, con esas ventajas, el caballo yacuta posee un temperamento especial que hay que tener en cuenta: no debe comer ni inmediatamente antes ni inmediatamente después de la caminata. A veces, antes de la partida, se le deja sin pienso veinticuatro horas, cuando no más aún.

Vassily, pues, se vió obligado á esperar unas tres horas. Yo no me acosté tampoco, y los dos permanecimos despiertos, cambiando algunas palabras de cuando en cuando. Vassily ó, más bien, Baghylai, como se había acostumbrado á llamarse á sí mismo, no paraba de echar leños á la chimenea, lo cual revelaba en él una de las costumbres del país—costumbre contraída en las largas veladas del invierno yacuta.

—¡Qué lejos!—murmuró después de una pausa bastante larga, y como respondiendo á su propio pensamiento.

—¿El qué está lejos?—pregunté.

—Hablo de nuestro país, de Rusia. Aquí nada es como entre nosotros, nada se parece. Vea el ganado, el caballo; cuando se llega, ¿no es lo primero dar de comer al caballo? Aquí es distinto: si se le ocurre á usted darle el menor alimento cuando tiene aún calor, está perdido. Ese alimento se vuelve hielo, y el pobre animal muere. ¡Y el pueblo! Vive en el bosque, come carne de caballo, carne cruda; ¿qué es lo que no engulle, Dios mío? Hasta carroña..... ¡puf! Y luego no les mata la vergüenza. No tiene usted más que sacar el tabaco del bolsillo, y los verá á todos alargar la mano, como un solo hombre, y pedir.

—¿Qué quiere usted? Son sus costumbres—dije.—Y si piden, no se niegan á dar tampoco. ¿No son ellos los que le han ayudado á usted á establecerse?

—Sí, me han ayudado; es verdad.

—¡Bueno! ¿Y está usted contento de su vida?—pregunté, mirando fijamente al brodiaga.

Sonrió enigmáticamente.

—Sí..... la vida.....—dijo después de una breve pausa, echando un nuevo leño á la chimenea.

La llama iluminó su semblante: sus ojos se habían empañado.

—¡Ah, gospodine, si yo le contase todo!.... Hasta ahora no he visto nada bueno en mi vida; tampoco hoy mismo. Yo no he sido feliz más que hasta los diez y ocho años, es decir, mientras obedecí á mis padres. Luego cesé de obedecerlos, y para mí se acabó todo. Desde esa fecha me parece que no vivo ya; no hago más que agitarme, forcejear sin objeto.

Cruzaron sombras por el rostro del brodiaga y su labio inferior se plegó convulsivamente como el de un niño que no puede contener las lágrimas. Parecía trasladarse con el pensamiento á la edad en que obedecía á sus padres; volvía á ser niño, pero niño dispuesto á llorar por su truncada vida.....

Al ver que yo le observaba atentamente, procurando escrutar su pensamiento, el brodiaga dominó su emoción, y sacudió la cabeza, diciendo:

—¡Vaya! ¿á qué todo esto?.... ¿No querría usted mejor quizá que le contase la historia de nuestra huída de la isla Sajalín?

Naturalmente, acepté la proposición y pasé toda la noche, hasta el amanecer, escuchando el relato del brodiaga.

III

Una noche de verano de 187..., el vapor *Nigny-Novgorod* surcaba las ondas del mar japonés, dejando tras de sí en el aire azul un largo rastro de humo negro. A la izquierda se columbraban ya las orillas escarpadas de la Provincia Marítima, envueltas en una niebla azulada de reflejos argentados, mientras que á la derecha, en lontananza infinita, corrían las ondas del estrecho de Lapérouse.

El vapor se dirigía hacia la isla de Sajalin, pero las costas

roquizas de esta isla no se divisaban aún. En el vapor todo estaba en calma y silencio; en la popa se destacaban, iluminadas por la luna, las figuras de los pilotos y de los oficiales de guardia. Las luces vacilaban, reflejadas por la sombría superficie del Océano.

El *Nigny-Novgorod* avanzaba con el «cargamento de penados» que iba á dejar en Sajalin. A bordo es muy severa la disciplina; lo es mucho más cuando se trata de una deportación. De día, los hombres encadenados se pasean, por turno, sobre el puente. El resto del tiempo le pasan en el fondo de la cala, de la vasta cueva que hay debajo del puente.

Enmedio de la cala, y en el sentido de su longitud, se extiende un pasillo, formado por dos hileras de columnas de fundición, cuyos intervalos cierran rejas de hierro. En los espacios que quedan á derecha é izquierda se hallan alineadas las camas de tablas de los deportados.

En ese pasillo están los centinelas, apoyados en sus fusiles. De noche, una triste hilera de faroles alumbra con una luz dudosa ese cuadro de miserias humanas. Toda la vida de los deportados se desarrolla allí detrás de esa reja y á la vista de guardias feroces. Hieran el mar los rayos del sol abrasador de los trópicos, silbe y ruja el viento, griten y se rompan los aparejos, estréllense contra el barco las olas levantadas por la tempestad ó desencadénese una formidable borrasca que haga gemir y crujir la nave, en la cala nada se mueve, todo está en silencio. Algunos centenares de hombres encerrados escuchan ansiosos las quejas del viento, y nada les importa de lo que pasa arriba, ni el peligro, ni la dirección de su prisión flotante.

El número de presos supera con mucho en el barco al de sus guardianes; pero una férrea disciplina pesa con tal pesadumbre sobre todas las cosas y regula de antemano cada movimiento de tal suerte, que es absolutamente imposible toda tentativa de rebelión ó motín.

Además, todo está previsto, hasta lo inverosímil. Si, por

acaso, se sublevara aquella turba, si, trocada en fiera, lo desafiase todo en un acceso de desesperación; si el temor á las represiones terribles y los tiros disparados al través de las rejas fuesen impotentes para contener á aquellos hombres exasperados y los presos se abalanzasen al muro de hierro para romperle, todavía el comandante dispondría de un medio infalible, no tendría más que decir una palabra: «Palanca tal y cual..... ¡abrid.....! ¡Ea, negocio concluído!» Y al punto se lanzarían al sollado corrientes de vapor abrasador, y los gritos de dolor reemplazarían á los gritos de revuelta.

Ese medio original y omnipotente aleja la posibilidad de un motín á bordo. Sin embargo, la opresión de un régimen tan severo modifica poco las costumbres y los hábitos de esos miserables. Una noche, mientras el vapor caminaba tranquilamente por un mar en calma, reflejando sus luces en las aguas profundas y sombrías; mientras los centinelas, apoyados en sus fusiles, dormitaban en sus puestos, y los faroles, temblando ligeramente con la trepidación de la máquina infatigable, derramaban en el calabozo su luz pálida y melancólica, detrás de las rejas, allí donde se alineaban las figuras grises é inmóviles de los forzados dormidos, se consumó un crimen silencioso..... Aquellos hombres, á pesar de sus cadenas, castigaron á los renegados.....

Al día siguiente, al pasar lista, tres individuos no se movieron de su sitio. Permanecieron sin bullirse en sus tablados, á pesar de los gritos tremendos de los jefes. Cuando los guardianes pasaron al otro lado de las rejas y levantaron los *jalates* ó especie de batas que los cubrían, fue fácil convencerse de que aquellos no volverían á acudir á la lista.

En toda comunidad de presos existe cierto grupo formado por los más fuertes é influyentes, que, erigiéndose en tribunal, resuelve y juzga los asuntos graves. Los otros, que son el menor número, permanecen extraños á ese grupo, y sucesos como el que acaba de citarse son para ellos completamente inesperados.

Sobrecogido de estupor por esa nocturna y siniestra tragedia, el pueblo de la sentina permaneció mudo en el primer instante; reinaba en la ahogada estancia un silencio medroso y amenazador.

No se oía más que el remolino de las olas que, rotas por la proa de la nave, corrían por la línea de flotación, y el pesado resoplido de la máquina al compás de los golpes cadenciosos de los pistones.

Pero á poco, los presidiarios empezaron á hablar del suceso y de las consecuencias que podría acarrear. Era evidente que por aquella vez las autoridades no estaban dispuestas á echar tierra sobre el asunto, atribuyendo la muerte á un accidente ó á una enfermedad repentina.

No: las huellas de violencia eran harto patentes.

Empezó, en efecto, el interrogatorio. Los penados se mantuvieron firmes.

Imposible (como había sucedido á menudo) encontrar uno solo que se decidiese á una cobarde denuncia. Las amenazas más terribles, las promesas más tentadoras fueron impotentes.

Es que aquella vez, aparte del sentimiento de solidaridad, sellaba los labios el terror.

Por miedo que inspirasen los jefes, por tremendas que fuesen sus amenazas, había algo más tremendo aún: era la *Comunidad*. Aquella misma noche, á la vista de los centinelas, acababa de dar una prueba de su terrible poder.

Indudablemente, más de un preso no había dormido aquella noche; más de un oído ansioso había percibido el sordo ruido de la lucha, los gritos ahogados de las víctimas bajo la «tapadera» (1), y luego los ronquidos y gemidos que no se asemejaban á los suspiros de una persona tranquilamente dormida.

---

(1) El jalate, que se echa sobre la víctima para ahogar sus gritos. «Hacer la tapadera» significa, en la germanía carcelaria, matar á un detenido en el interior de la prisión.—*N. del T.*

Pero ninguno de aquellos hombres delató con una sola palabra á los ejecutores de la espantosa sentencia.

La justicia tuvo, pues, que entenderse con los que eran oficialmente responsables: el *starosta* (1) y su adjunto. Aquel mismo día se les aherrojó. El adjunto era Vassily; pero entonces llevaba otro nombre.

Transcurrieron dos días, durante los cuales los deportados examinaron el asunto bajo todas sus facultades y en todos sus pormenores.

Convinieron desde luego en que había desaparecido todo indicio, y era imposible dar con los culpables; el starosta y su segundo no estaban, pues, amenazados á causa de su responsabilidad disciplinaria, cosa sin importancia. A todas las preguntas que se les dirigiesen no tenían que responder más que con dos palabras: «Estábamos durmiendo.»

Sin embargo, después de un examen más detenido, el asunto empezó á inspirar alguna inquietud. Parecía dudoso á algunos.

Esas dudas se referían sobre todo á Vassily, aunque, en casos semejantes al de que se trata, la comunidad procura siempre que salte á la vista, por decirlo así, la no complicidad de los primeros responsables; y Vassily podía probar fácilmente en aquella ocasión que no había representado ningún papel en la siniestra tragedia nocturna.

Con todo, algunos de los penados más expertos, y que habían presenciado otros muchos lances por el estilo, empezaron á menear la cabeza de una manera poco tranquilizadora, al deliberar sobre la situación del adjunto.

—¿Sabes tú—dijo un día á Vassily un forzado viejo, que más de una vez se había encontrado en pasos semejantes—sabes lo que habrá que hacer en cuanto toquemos en Sajalin? Afufar á todas piernas sin decir oste ni moste. Es mal nego-

(1) El prisionero que hace de jefe de los demás y de intermediario entre ellos y las autoridades.—*N. del T.*

cio el que se te ha venido encima. Sí, camarada, un negocio malo, de muy fea catadura.....

—Pero, ¿por qué?

—Porque..... ¿Es esta la primera ó la segunda vez que te han condenado?

—La segunda.

—Pues de ahí cabalmente es de donde viene el peligro. ¿Y te acuerdas tú á quién es á quien denunció Fedca? A tí mismo... Gracias á él también has tenido que llevar las esposas una semana entera, ¿no es así?

—Verdad.

—Bueno. ¿Y qué le dijiste entonces?... ¡Los soldados lo han oído muy bien!... ¿Qué te parece?... ¿No ves ahí una amenaza?

Vassily y los demás comprendieron que la cosa merecía meditarse.

—Créeme, no tienes más que pensar bien todo esto para comprender que han de fusilarte.

Se oyó un murmullo, á modo de protesta.

—Déjate de tonterías, Buran—exclamaron los compañeros malhumorados.

—El viejo charla sin ton ni son.

—Está ya como un chico; la cosa es clara. ¡Fusilar! Se dice muy pronto.

—No, no estoy como un chico—dijo airado el viejo, escupiendo de cólera.—¿Qué entendéis de todo esto vosotros, la *chpanka?* Vosotros juzgáis la cosa como rusos; yo discurro como se discurre en Siberia. Y conozco bien los usos de aquí. Vassily, es como te lo digo, tenlo por seguro. Van á enviar la causa al gobernador general de Amur, y te fusilan infaliblemente. O si, por gracia extraordinaria te tumban en el potro, será peor aún, porque de ahí no se vuelve á alzar cabeza. ¡Mira, amigo, que estamos en un barco, y que en un barco las leyes son doble de severas que en tierra!... Después de todo—añadió el viejo con expresión sombría, y como fatigado

por su largo discurso—después de todo, á mí me es igual. ¡Que os lleve á todos la peste!

Y ya los ojos apagados del viejo brodiaga habían recobrado la expresión de fría indiferencia con que lo miraba todo, hombres y cosas. Hizo con el brazo un último ademán bastante vago, y se alejó.

En un grupo de presos, cuando el grupo es numeroso, no faltan nunca uno ó varios juristas; y, si se presenta un asunto del género de éste, pronuncian de antemano la sentencia con arreglo á las leyes. Lo notable es que esa sentencia coincide siempre con la que dan los detenidos en masa, después de madura deliberación.

En el caso de ahora, todos los juristas fueron del parecer de Buran; y desde ese momento se decidió que Vassily debía huir.

Puesto que estaba en peligro de muerte por un asunto de la Comunidad, no hay que decir que la Comunidad misma era la que se imponía el deber de ayudarle. Vassily, después de recibir la provisión de galleta economizada para su uso, empezó á organizar un grupo de voluntarios que habían de evadirse con él.

El viejo Buran se había escapado ya dos veces de Sajalin. Fue el primero á quien se propuso la huída. El viejo no vaciló mucho.

—¡Estaba escrito —respondió—que yo moriría en la taiga! A decir verdad, morir en la taiga es lo más propio de un brodiaga. ¡Lo malo es que yo estoy ya viejo, gastado, acabado.

Sus ojos turbios parpadeaban. Luego prosiguió:

—¡Ea, andando! Procura reunir una docena de hombres, y la cosa marchará. Dos ó tres no bastarían; ¡la expedición es demasiado peligrosa! Yo, por mí, andaré mientras me lleven las piernas, porque no quisiera morir en esa isla.

Al pronunciar estas palabras, los párpados del viejo se agitaron convulsivamente, y corrieron lágrimas seniles por su arrugado y curtido rostro.

—Muy acabado está el viejo—pensó Vassily, y acto continuo se dedicó á reclutar otros compañeros que quisiesen compartir los peligros y las ventajas de una evasión.

IV

Después de doblar un abrupto promontorio, el vapor entró en la bahía.

Los deportados, agolpándose hacia las escotillas, miraban con inquieta curiosidad las orillas montañosas de la isla, que se destacaban más cada vez.

Ya era noche cerrada cuando el vapor entró en el puerto. Los contornos de los acantilados se destacaron con claridad como moles sombrías y amenazadoras. Por fin paró el buque; se alinearon los soldados, y los penados empezaron á salir de la cala y á desfilar en orden por el puente. En la ribera brillaban algunas luces, esparcidas enmedio de la obscuridad; las olas, al romperse, rebotaban sobre la playa; nubes sombrías se cernían en el cielo, y una angustia, tan sombría, tan tenebrosa como esas nubes, se había apoderado de todos los corazones.

—Este puerto—dijo quedo Buran—se llama Dui. Aquí quedaremos provisionalmente en los cuarteles.

Se pasó lista en presencia de los jefes y de las autoridades locales; luego se trasladó á los deportados á tierra, donde por primera vez, desde hacía muchos meses, sintieron el suelo firme bajo sus plantas. El barco, donde tanto tiempo habían vivido, se columpiaba acompasadamente, con su recia respiración, que despedía en la obscuridad nubes de blanco humo.

Aquí y allí empezaron á aparecer luces.

—¿Es el convoy, eh?

—Sí; el convoy.

—Por acá, cuartel 7.

Los penados avanzaron hacia las luces, sin orden, á la desbandada, y todos se asombraban de no recibir algún culatazo.

—Camaradas—dijeron algunos con asombro,—¿no nos acompaña ninguna guardia?

—Callaos—respondió Buran gruñendo.—¿Qué quereis que haga la guardia aquí? No hay peligro de que uno se escape... La isla es grande y un erial. Por cualquier parte que uno se fuese, se moriría de hambre. Y el mar por todos lados..... ¿No le oís, eh?

Efectivamente; soplaba el viento en esa noche húmeda; la luz de los faroles vacilaba á impulsos de las ráfagas de aire, y llegaba de la ribera el ruido sordo del mar, como el rugido de una fiera que se despierta.

—¿Oyes como ruje?—preguntó Buran á Vassily;—bien te lo decía yo: alrededor el mar y enmedio el infierno. Y tendremos que atravesar ese mar; no habrá más remedio; pero antes de llegar á él, ¡qué camino por la misma isla! ¿Y los peñascos? ¿Y la taiga? ¿Y los cordones de tropa?.... Yo tengo mil presentimientos; ¡no me augura nada bueno ese mar! Es que es poco probable que yo pueda huir de esta isla..:.. no podré..... ¡Demasiado viejo! Me he escapado ya dos veces: la primera me cogieron en Blagoviechchensk; la segunda en Rusia..... Y aquí me tienes de nuevo..... Estaba escrito, sin duda. Hay que creer que mi destino es morir en esta isla.

—Puede que no mueras aquí—dijo Vassily para animarle.

—Tú no, porque eres joven..... pero yo estoy ya muy estropeado. ¿Oyes ese mar? ¡Qué manera de mugir en son de queja, y con qué enojo!

Todos los forzados que habían ocupado hasta allí el cuartel núm. 7, salieron de él para ceder el puesto á los recién llegados. Organizóse un servicio especial para vigilar durante los primeros días á esos hombres que, libres de las trabas de la prisión, no hubieran dejado de dispersarse por la isla como un rebaño fuera del aprisco. No hay el mismo temor con los que llevan mucho tiempo en la isla; á esos no se les encierra

ya. Es que los desterrados, tras maduro examen, saben muy bien que huir es ir á una muerte casi segura.

Por lo mismo hay pocas evasiones, é intentadas siempre por naturalezas excepcionales y no sin minuciosos y largos preparativos. Pero cualesquiera que sean los obstáculos que se opongan, ciertos hombres huirán siempre de su cárcel ó de los trabajos forzados: obedecen á una necesidad invencible de libertad que nada puede contener.

—Con que vamos á ver, Buran, aconséjanos ahora—decía Vassily tres días después de la llegada á la isla;—tú eres nuestro decano; por consiguiente, debes ir delante y dar órdenes. Hay que hacer provisiones, ¿no es así?

—¿Qué quieres que te aconseje yo?—respondió el viejo con indolencia.—Es difícil..... no soy ya joven..... Por el pronto, hay que esperar algunos días. Primero se relevará la guardia; después nos llevarán por grupos á trabajar á sitios diferentes; entonces se permitirá salir del cuartel, pero nunca con un saco á la espalda..... Eso ha de darnos que pensar.

—Bueno, tú piensa, amigo, cavila; todo eso lo entiendes mejor que nosotros.

Buran se paseaba encorvado, sombrío y abatido, sin hablar con nadie, sin hacer más que murmurar entre dientes algunas palabras ininteligibles.

El hecho de volver á encontrarse en aquella isla por tercera vez parecía pesar demasiado abrumadoramente sobre la cabeza del viejo; le abandonaban las fuerzas.

En el ínterin Vassily consiguió encontrar diez voluntarios, gente toda intrépida y resuelta. Al mismo tiempo no cesaba de estimular á Buran y de despertar su actividad con la esperanza de una libertad próxima. Lo conseguía á veces; pero, aun en esos momentos de sobreexcitación, tan difíciles de provocar, el viejo acababa siempre por volver á las dificultades del camino y á los negros presentimientos de que no lograba desprenderse.

—¡ Yo no podré escaparme nunca de la isla !

Tal era la frase en que se encerraba invariablemente el malaventurado brodiaga.

Sin embargo, tenía momentos más alegres. Era cuando evocaba sus antiguos recuerdos, sus tentativas de evasión..... Entonces se reanimaba, y, tumbado en su cama de tablas, al lado de Vassily, contaba lo que sabía de la isla y de los caminos que tendrían que recorrer.

El puerto de Dui está situado en la costa occidental de la isla que mira á la ribera asiática. El estrecho Tártaro mide en ese sitio unas 300 verstas de anchura, por consiguiente, es imposible atravesarle en una canoa de mala muerte; eso explica que los fugitivos tengan que dirigirse, quieran ó no, hacia los otros lados de la isla.

—Tú eres dueño de ir á donde te parezca—decía Buran á Vassily.—Si tienes empeño en morir, ancha es la isla; no verás más que breñas ásperas ó la taiga. Los mismos naturales, los guiliacos, no pueden vivir más que en ciertos sitios. Si tomamos el camino de Levante, nos exponemos á extraviarnos por los montes y á perecer bajo las garras y el pico de un ave hambrienta..... ó á tener que volver aquí al invierno. Si nos dirigimos hacia el Mediodía, al llegar al fin, tenemos delante de nosotros el mar sin límites, y á no ser que se pueda atravesarle en una lancha..... No, no tenemos más que un camino: es el Norte, siguiendo siempre la orilla; el mar mismo se encargará de guiarnos. Andaremos así alrededor de 300 verstas, y llegaremos á un sitio muy angosto. ¡Ah! por allí sí que podremos pasar en canoa á la otra orilla, á la provincia del Amur.

Luego, volviendo á sus negruras de costumbre, continuó:

—Pero, hijo, lo que hace falta que sepas es que tampoco por ahí es cosa fácil, porque tenemos que atravesar los cordones de tropas escalonadas de trecho en trecho. El primero de esos puestos se llama Warky; el penúltimo, Panghy, y el último, Poghiba. ¿Y sabes por qué es ese nombre de Poghi-

ba? (1) Es porque allí se oculta el peligro para nosotros. ¿Qué te crees tú? Los que arreglan los cordones son buenos zorros; por cualquier parte donde hay una revuelta ó cualquier desfiladero, te ponen uno. Vas tú derechito, sin pensar en nada, cuando de pronto te das de manos á boca con un puesto. ¡Dios nos libre!

—Sí, pero todo eso ya lo tienes tú pasado en cuenta, puesto que has hecho dos veces ese camino.

—¡Sí: le he hecho, le he hecho, hijo mío!—y los ojos apagados del viejo volvían á encandilarse.—Pues mira: escucha y haz lo que te diga. Dentro de nada van á preguntar quienes quieren ir á las construcciones del molino; presentaos entre los que se ofrezcan; allí se harán provisiones, ¿eh? y vosotros lleváis vuestra galleta en el carro. En el molino encontraréis á Pedro, un forzado como vosotros; de su casa, ó sea del molino, es de donde habéis de escaparos. Aquí, como sabéis, no notarán vuestra falta hasta pasados tres días. Durante ese tiempo tenéis el derecho de no acudir á la lista. De eso no hay que ocuparse: está arreglado así; es la orden. Esta vez el médico es el que viene en nuestra ayuda: sabe que el hospital no vale nada, y que un pobre diablo, rendido de fatiga y consumido de calentura, se cura mejor al aire libre, metido en el bosque. Pero, si á los cuatro días no se vuelve, entonces le dan á uno por fugado. Y después de eso, que te traigan los soldados ó que vuelvas tú, lo mismo da: en cuanto llegas no tienes más que tenderte en el potro, y sin andarte con muchos aspavientos.

—¿A qué mentar el potro?—dijo Vassily.—Si Dios quiere, una vez fuera, no volveremos.

—Corriente. Si no volvemos más—refunfuñó Buran con rostro sombrío y apagados los ojos otra vez,—será que habremos sido presa de los cuervos, que picotearán nuestra carne

(1) Como si dijésemos «Fenecimiento.»

en un valle cualquiera, cerca de un cordón. ¿Te figuras tú que en los puestos se ocupan de nosotros? Volvernos á llevar á un centenar de verstas sería demasiado largo. Nos echan el ojo, nos matan, y ya está: ¡un tiro, y punto concluído!

—¿Acabarás de graznar, cuervo del diablo? Mañana nos ponemos en camino; prepárate. Dí á Bobroff lo que hay que llevar; la Comunidad proveerá de todo.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido y se alejó con la cabeza baja, mientras Vassily iba á avisar á los otros compañeros que estuviesen preparados. El cuanto á sus funciones de segundo del starosta, ya hacía tiempo que había cesado en ellas y que se había nombrado á otro en su lugar. Los fugitivos hicieron su atillo, trocaron la ropa usada por otra nueva, y lo mismo el calzado, y al otro día, cuando se preguntó quiénes querían ir de obreros al molino, se ofrecieron todos. Aquel mismo día entraron en el bosque. El único que faltaba era Buran.

La partida se componía de gente muy á propósito para el caso. Al lado de Vassily iba su amigo, que, en cuanto brodiaga, llevaba el nombre de Wolodka Makaroff, un tronera valiente y forzudo, que se había evadido dos veces de Kara; luego dos circasianos, mozos resueltos, de una fidelidad á toda prueba; en fin, un tártaro, ladrón y trafafón, pero de espíritu inventivo y sumamente hábil. El resto se componía de brodiagas experimentados que ya sabían lo que era una excursión al través de Siberia.

Los evadidos llevaban ya veinticuatro horas internados en la espesura, empezaba á declinar el segundo día, y Buran no parecía por ninguna parte. Se mandó al tártaro al cuartel. El hombre se escurrió allí con maña, y llamó aparte al forzado Bobroff, amigo de Vassily, que tenía gran influencia sobre los deportados. El resultado de la entrevista fue que á la mañana siguiente Bobroff fué á ver á los fugitivos.

—¿Qué hay, camaradas? ¿En qué puedo seros útil?

—Procura á toda costa enviarnos á Buran; sin él no pode-

mos ponernos en camino. Que le den todas las provisiones que pida. No esperamos ya más que á él.

Bobroff volvió al cuartel, y vió á Buran que no daba señales de disponerse para el viaje. Iba y venía por el cuarto, según costumbre, manoteando y discutiendo consigo mismo.

—Pero, ¿en qué piensas, Buran? — dijo Bobroff interpelándole.

—¿Te importa á tí, acaso?

—¿Ahora sales con eso? ¿Por qué no te vas?

—¡Yo no puedo irme más que á la tumba, nada más que ahí!

Bobroff se amoscó.

—¿Con qué canción te me vienes ahora? ¡Y los compañeros esperándote en el bosque! ¿Querrás que se dejen poner en el potro? ¡Y se llama á esto un viejo brodiaga!

El viejo, al oir estas reconvenciones, se echó á llorar.

—Pasó mi tiempo..... Yo no podré escaparme de esta isla... Estoy acabado.....

—Acabado ó no, eso es cosa tuya. Podrás no llegar, podrás morirte en el camino; nadie tendrá nada que decir. Pero después de haber expuesto al látigo á once personas, no puedes dejarlas en la estacada; digo, me parece. Y luego ya sabes que no tengo más que decir una palabra á la Comunidad... ¿qué te aguarda entonces, eh?

—Ya sé—dijo Buran mohino. —¡La tapadera!.... y merecida me la tengo. Bueno, pues no, un brodiaga viejo no debe morir así. Habrá que marcharse. Pero el caso es que no tengo nada dispuesto.

—Todo estará listo al instante. ¿Qué te hace falta?

—Pues por el pronto una docena de jalates nuevos.

—Pero si todos los muchachos tienen los suyos.

—Tú haz lo que te digo—replicó Buran amostazado.—Ya sé que cada uno tiene su jalate; pero necesita dos. ¿No será menester que cada cual dé un jalate á los guiliacos para pagar la canoa? Me hacen falta también doce buenos cuchillos, dos hachas y tres calderos.

Bobroff congregó á la Comunidad y explicó el asunto. Todos los que tenían un jalate de sobra le dieron, porque todo preso experimenta una simpatía instintiva por esas tentativas audaces cuyo objeto es la libertad. Desterrados antiguos proporcionaron los cuchillos y los calderos, mitad por dinero, mitad gratuitamente. En dos días todo estaba arreglado; hacía trece desde la llegada del convoy á la isla.

Al día siguiente, Bobroff acompañó á Buran al sitio donde le esperaban los compañeros. Entonces los fugitivos, en actitud de orar, entonaron el *Te-Deum* especial que los presos conocen tan bien, y después de despedirse de Bobroff, se pusieron en marcha.

Uladimiro Korolenko.

(*Concluirá.*)

DE LA GUERRA

LAS CAUSAS DEL DESASTRE

IV

Cuando se ve llegar la ruptura de relaciones con una nación que las mantiene en pie tan inequívoco de solapada hostilidad, cual acusaban con respecto á España los procedimientos y los actos de la República Norteamericana; cuando con evidencia, que entonces tenía quien no cerrara los ojos, se mira como inevitable el conflicto armado, débese, en primer término, formar un plan; pero aún es más imprescindible marchar rectamente al objeto que el plan persiga, con firme resolución, sin desviarse del camino emprendido, sin vacilaciones, sin aplazar para mañana lo que hoy se considera oportuno realizar, y no dejándose influir por la quimérica esperanza de desarmar á fuerza de concesiones y debilidades á un enemigo tanto más envalentonado cuanto más débil é irresoluto ve á su adversario.

Viene esto á cuento del viaje, tan traído y llevado, de la escuadrilla de torpederos á Puerto Rico, á Cuba ó á donde quienes dirigían la guerra—y en este plural radica una de las prin-

cipales causas de nuestras desventuras—los enviaran; viaje que no llegó á realizarse. Una de dos: ó se estimaba conveniente que al empezar la campaña estuvieran los torpederos en las Antillas, y en tal supuesto ninguna consideración debió hacer desistir del propósito de llevarlos allí, á despecho de protestas y amenazas de los que ya teníamos por desenmascarados enemigos, ó no existiendo sino el proyecto de incorporarlos á la escuadra del Atlántico, hubo torpeza en dejar que se propalara la especie de su marcha á las colonias. En la primera hipótesis era insigne candidez renunciar á situar las propias fuerzas de la manera más ventajosa para comenzar la guerra, por temor á precipitar un rompimiento de hostilidades que, de un modo ó de otro, no podía demorarse sino muy poco tiempo; admitir la segunda, implicaría sensible impremeditación, pues la apariencia de que los torpederos se quedaban en Cabo Verde, no por voluntad del Gobierno español, sino por exigencia del americano, ó por recelo de que sus escuadras los atacaran en la travesía, equivaldría á un *fracaso militar* antes de empeñar la lucha, deplorable, no sólo por lo que en ésta pesara una maniobra frustrada, sino por la influencia moral que en propios y extraños, en amigos y enemigos, produjo el vernos retirar antes de disparar el primer cañonazo; era una retirada, antes de librar combate, con todas las consecuencias deprimentes que las retiradas llevan consigo; era, además, muestra del escaso temple de la energía con que se iba á ejercer el mando.

Harto se alcanza á cualquiera que si el Gobierno tuvo alguna vez propósito de enviar los torpederos á las Antillas por delante de la escuadra, no lo abandonaría por complacer á los ministros de Washington, ni por suponer que, defiriendo á sus indicaciones, se evitaría la guerra, sino por miedo á que las fuerzas navales americanas cortaran el paso á la escuadrilla, ocasionando un desastre... Pero, ¿acaso tenía fundamento tal temor?... Recordemos que por aquella fecha no había armados en los Estados Unidos sino tres barcos cuyo andar fuera su-

perior á 23 millas: los destructores (valga el neologismo, puesto que existe tal calificativo y el de torpederos) números 6, 7 y 8, con velocidades de 26 y 27,5 millas, inferiores á las de los españoles, con tonelaje casi mitad que el de ellos, y con escasa ó nula aptitud para navegaciones de altura, por todo lo cual eran bien poco temibles. Los demás buques yankees no podían inspirar cuidado, pues dado caso que consiguieran cortar el rumbo á la escuadrilla, carecían de condiciones para darle caza; es, pues, lo más probable que ésta habría logrado escapar de ellos y proseguir su derrota después de dar un rodeo.

No puede, en vista de esto, sostenerse que fuera enviar los torpederos á una destrucción infructuosa y sin objeto el hacerlos emprender la travesía á las Antillas; y, por tanto, lo procedente era hacerlos salir sin pérdida de momento, contestando al reto de los Estados Unidos todo lo más tarde que se pudiera, diciéndoles que yendo dichos barcos á una provincia española, no se trataba sino de una de tantas espediciones marítimas enviadas desde los comienzos de la insurrección cubana, y que mal podían ver ellos una amenaza en el viaje, cuando no estimaban debiéramos tomar nosotros como tal la reconcentración de sus escuadras á unas cuantas horas de la Habana, en cuyas inmediaciones no tenían pendiente ningún conflicto de fuerza.

Dando ya por terminada la crítica de la forma cómo se procedió en esto del viaje de la escuadrilla, para ser justos, debemos manifestar lealmente que unida á la Escuadra del Atlántico, era, en nuestro entender, de más utilidad que en Cuba. Lo consideramos así, por dos razones: primero, porque en aquel apostadero hacían servicio seis torpederos—*Filipinas, Martín Alonso, Vicente Yáñez, Galicia, Nueva España* y *Marqués de Molins*—los cuales, empleados con habilidad y decisión, podían cooperar activamente á la defensa de los principales puertos, inquietar á los buques bloqueadores y obtener algún éxito contra ellos; consiguiendo, por lo menos, obligarles á alejarse

de las costas durante la noche y facilitando con ello á los mercantes, nacionales ó extranjeros, el forzamiento del bloqueo. Cierto, más eficaces serían diez ó doce que seis; pero si se recuerda lo dicho acerca de la Escuadra del Atlántico, acaso se encuentre justificada nuestra opinión de que más urgente era aumentar su poder ofensivo y dotarla de medios de exploración, aportados por el concurso de los torpederos, que enviar un pequeño refuerzo á la isla de Cuba.

Para terminar con cuanto se nos alcanza acerca de este punto, sólo nos resta advertir que no se agregó la escuadrilla entera á la Escuadra del Atlántico: únicamente sólo tres de sus buques pasaron á depender del Almirante de aquella, tomando los demás rumbo á Canarias, donde quedaron para prestar el servicio que las circunstancias exigieran; disposición acertada, pues en el caso de que el Archipiélago de la costa occidental de África fuera objeto de un ataque, ya de parte de nuestros enemigos, ya de algún neutral — caso no nuevo—podían tales máquinas de guerra ser de gran utilidad en la defensa de las islas.

***

En los días que precedieron á la declaración de guerra, cuando cada uno que transcurría aumentaba la tirantez de relaciones entre los Gobiernos de España y de los Estados Unidos, empeorando el cariz de los sucesos, era cosa indudable para españoles y extranjeros, que todos los artificios diplomáticos sólo tendrían eficacia para retardar por breve tiempo la ruptura de hostilidades que á más andar se venía encima, sin que se columbrara decoroso medio de evitarla. Creía la gente que, persuadidos los gobiernos de tal verdad, proseguían las negociaciones sin mirar en ellas sino ardides para ganar tiempo y ocupar ventajosas posiciones. En tal supuesto, y aun sin él, pues no debe olvidarse el adagio «A Dios rogando y con el mazo dando», generalizóse mucho la opinión de

que perdíamos un tiempo precioso manteniendo la escuadra en Cabo Verde, y suspirábase por verla emprender rumbo á Cuba, destino por entonces indiscutible, según voz general, de los buques mandados por Cervera. Conllevóse malamente semejante inacción en tanto no se declaró la guerra; y esto por el temor de que si quedaba alguna remotísima esperanza de amistoso arreglo pudiera desvanecerla un movimiento de la escuadra que nuestros adversarios tendrían, probablemente, por ofensivo, estratégicamente considerado; pero cuando al llegar el rompimiento se vió que aquella seguía fondeada en Cabo Verde sin dar señales de emprender nada ni de trasladarse á la gran Antilla, agotóse la paciencia y comenzaron á formularse á las claras las censuras, acentuándose conforme pasaban los días; pues era opinión extendida en dicha época que en ningún sitio podía prestar mejores servicios que al otro lado del Atlántico, y más especialmente en las costas cubanas. Era ésta general manera de pensar, y no ciertamente de la parte más ignorante del vulgo, pues personas muy ilustradas, á quienes no faltaba competencia técnica en achaques de guerra, abundaban en tal idea, desacertada en nuestro entender, según procuraremos demostrar más adelante.

En tan pocas cosas hemos de manifestarnos acordes con los que han estado encargados de la dirección de las operaciones, que creemos deber de conciencia darles la razón siempre que la veamos de su parte; y la elección del momento en que la escuadra del Atlántico había de entrar en juego es una de las contadísimas disposiciones acertadas por ellos adoptadas; pero bien entendido que esto lo decimos en el supuesto de haber de salir con el rumbo que lo verificó, y sin prejuzgar la oportunidad de éste.

Efectivamente, no contando con superioridad en los mares, enviar á la isla de Cuba más buques de los que ya estaban allí para que en sus puertos aguardaran la declaración de guerra, era inutilizarlos desde los primeros momentos de la contienda ó hacerlos perecer sin objeto al comenzar las hostilida-

des, privándose de elementos que, empleados más adelante donde conviniera, según el sesgo que los sucesos tomaran, podrían influir en éstos en proporción á su fuerza intrínseca y á la manera más ó menos oportuna, juiciosa y decidida de manejarlos. El más fuerte de dos combatientes tiene lógico interés en acumular cuantos elementos pueda sobre su objetivo y en hacerlo con la mayor rapidez posible á fin de buscar en los comienzos de la guerra un éxito decisivo abrumando al adversario bajo el peso de enorme superioridad. Cuando tal concentración de fuerzas enemigas pone en peligro inminente y grave el suelo de la patria y la invasión amenaza desbordarse sin dique que la contenga, quien haya de defenderse con medios inferiores á los del ataque no tiene otro arbitrio que acumular también, hasta cierto punto, los suyos no para lanzarlos á una total derrota, presagiada por su reconocida debilidad, sino para ir disputando paso á paso el terreno hasta que el avance, los esfuerzos realizados por el agresor y el tiempo vayan equilibrando la partida. Es natural que el que se considera con mayores bríos quiera precipitar los sucesos; por el contrario, el débil halla un arma en la prolongación de la lucha; quien va á ella con conciencia de su fortaleza y persigue un *objeto positivo* necesita batallas, busca triunfos y más triunfos; quien se apresta á combatir empujado por la necesidad, recelando de sus fuerzas, y con el fin *pasivo* de defenderse, mira las cosas de distinta manera: hacer que los combates sean escasos, poco decisivos; alargar la campaña hasta hacerla pesada, cansando al enemigo á fuerza de idas y venidas, acechando la ocasión de alcanzar menudas ventajas, que si aisladamente consideradas valen poco, al sumarse van modificando la inicial ponderación de fuerzas y pesan en el resultado final; batiéndose no más que cuando la suerte ó la maña deparen favorable coyuntura, cuando la retirada por sí sola pudiera dar al enemigo las mismas ventajas que una batalla ganada, ó cuando en rehusar el combate se encerrara riesgo de grave quebrantamiento de la moral de las tropas ó de la nación. Pero

en el caso concreto que consideramos, ni peligraba el suelo de la patria, ni en los comienzos de la guerra corría siquiera riesgo en términos alarmantes el de la isla de Cuba, donde teníamos un ejército numeroso, al cual era de presumir, y la experiencia lo ha corroborado, que el enemigo no se decidiera á atacar formalmente en tanto no tuviera nada que temer de las escuadras españolas.

Enviar una como la de Cabo Verde á las Antillas antes de que las del enemigo se hubieran dividido con ocasión del bloqueo, de la vigilancia de las propias costas, y de empresas como el bombardeo de Puerto Rico, era quitar á éstas motivos de preocupación, presentarles un objetivo de superior importancia á todos los demás y hacer que sobre cuatro pobres buques lanzados enmedio de las fuerzas yankees cayeran para aplastarlos todos los de las flotas americanas: tal resolución equivalía á arrojarse sobre el adversario en el lugar y momento en que él había de ser el más fuerte. Una de dos: ó cortado el rumbo de la Escuadra del Atlántico, en una zona donde la multiplicidad de islas y cayos no la permitirían escapar merced á sus condiciones de marcha como podría hacerlo en mares abiertos, veríase obligada á aceptar el combate en malas condiciones, y acosada por fuerzas colosalmente superiores, ó teniendo que verificar una parte de su travesía con todo el poder naval de los Estados Unidos á su flanco derecho, sin mar libre por la izquierda, ó encerrada en el golfo de Méjico, de no sucumbir tendría que buscar refugio á toda prisa en un puerto de la costa cubana, quedando tan *embotellada* como en Santiago estuvo después; sólo que el embotellamiento se hubiera verificado antes, ahorrando á los americanos preocupaciones y cuidados, sin conseguir retrasar, como algunos han creído, ni dificultar, el establecimiento del bloqueo, que de otra parte ha sido siempre bastante nominal considerado en conjunto, y más desde que la llegada de Cervera á Santiago despejó la situación, dando libertad, para moverse, á los buques no empleados en cerrar la boca de dicho puerto.

Para que á la escuadra del Atlántico se le señalara el cometido de cooperar activamente á la defensa de Cuba por medio de una acción directa é inmediata, tomando á aquella isla como base definitiva y constante de sus operaciones—en lugar de utilizarla como tal sólo en forma eventual y transitoria—so pena de incurrir en imprudencia palmaria, era preciso que ya que su potencia no aventajara á las de Sampson y Scheley reunidas, pudiera, cuando menos, contrabalancear la de ellas.

La situación en Cabo Verde de la única flota de que disponíamos en el Atlántico en condiciones de entrar en campaña era en los primeros tiempos de la guerra sumamente ventajosa por amagar á la vez á muchos puntos, manteniendo al enemigo en la duda del rumbo que al cabo tomaría; en tanto no desapareciera para él el riesgo de verla inopinadamente donde menos pudiera sospechar había de dirigirse, impedíale mover sus barcos con libertad, quitándosela para constituir los numerosos y pequeños núcleos que el mantenimiento del bloqueo requería; pues á menos de quedar estos muy bien cubiertos y protegidos á retaguardia ó proximidad de las Escuadras principales, dejábalos expuestos á sufrir graves daños si eran sorprendidos por la española; y buena prueba de ello es el hecho de que, tan luego como fue ésta anulada en Santiago y al desaparecer la zozobra que inspiró, destinaron los yankees para sostener el bloqueo buques de todas clases, de escasísimo poder, diseminados y aislados como lo requerían las exigencias de la vigilancia á que habían de consagrarse para impedir que los mercantes atravesaran la línea de él.

¿Quiere esto indicar en nosotros la opinión de que debía condenarse á la inacción la escuadra en el archipiélago portugués? De ningún modo, pues ni en táctica ni en estrategia sirven de nada las más ventajosas posiciones, sino en cuanto favorecen la acción de los elementos activos que las ocupan; pero sí entendemos que no era atinado abandonar la que consideramos en tanto las fuerzas enemigas no se pusieran en

movimiento, descubriendo cuales fueran sus proyectos inmediatos, y hasta que adquiriéramos el necesario conocimiento de la repartición de sus buques entre las diversas escuadras, diferente fuerza de cada una de éstas, y situación de ellas en el teatro de la guerra. Una vez sabido todo esto llegaba el momento oportuno de entrar en operaciones, y en tal sazón fue cuando las emprendió la flota de que estamos hablando.

Pero aquí acaba nuestra conformidad, relativa, con los que han sido directores de la campaña lastimosa en la que sólo fracasos espantosos hemos cosechado.

V

Habiendo de salir la escuadra de Cabo Verde, ocúrrese preguntar, en primer término, cuál era el rumbo que debía tomar y cuál el objetivo más conveniente para ella. Cuatro principales se presentaban: las costas y puertos americanos del Pacífico, las del Atlántico, la defensa de Cuba, la marcha á Filipinas. Vamos á hacer la crítica de estos cuatro planes.

Las costas del Pacífico.—Indicaban la conveniencia de una contraofensiva en tal dirección, el desamparo de dichas costas, su deficiente y escasísimo artillado, el pequeño número de barcos que á lo largo de ellas tenían nuestros enemigos, la escasa fuerza de estos barcos, la imposibilidad de llevar allí refuerzos del Atlántico antes de nuestra llegada, y la consideración de que á intentar enviarlos se debilitarían en las Antillas, en el golfo de Méjico y en el Atlántico; presentaba bajo otro aspecto la ventaja de que la presencia de las naves españolas en las costas occidentales de los Estados Unidos, y los insultos de ellas á poblaciones y propiedades mal defendidas, pertenecientes á Estados que no tienen gran solidaridad de intereses con los orientales, y en donde existe cierto antagonismo latente contra éstos, acaso excitara recriminaciones

contra un Gobierno que no había sabido ponerlos á cubierto de tales riesgos; y quizá hiciera para muchos, indiferentes hasta entonces, impopular la guerra, dando alientos al partido que siempre la vió con malos ojos y sólo calló cuando su voz fue ahogada por el vocerío de los *jingoistas*.

Pero estas ventajas, problemáticas unas y ninguna decisiva, estaban contrapesadas por graves inconvenientes y grandísimas dificultades de ejecución: en primer término, el bombardeo de una ó varias plazas no es capaz de influir sino muy poco en una contienda de la índole de la que sosteníamos, y menos cuando tales plazas están alejadas del centro de fuerzas del adversario, y la realización de la empresa, además de lo que el hecho en sí signifique, no representa un triunfo, siquiera moral, sobre su escuadra. No obstante nuestro interés en prolongar la guerra sin librar combates decisivos, el encaminar los esfuerzos hacia el Pacífico era alejarnos excesivamente de los principales teatros de operaciones; y los éxitos de importancia secundaria que así se pudieran alcanzar, tal vez llegaran demasiado tarde para restablecer el equilibrio roto por triunfos de mayor entidad obtenidos por el enemigo; corriendo el albur de que la cuestión estuviera decidida antes de la llegada de las escuadra á su destino, sin que pudiese influir en la resolución con el peso de la fuerza que esta representaba. Dado lo largo de la travesía, no hubiera sido extraño que nuestros barcos se vieran en momentos críticos sin medios de navegar por falta de carbón, muy difícil de reponer en aquellos mares, donde los depósitos escasean, están á grandísimas distancias unos de otros y pertenecen á nuestros enemigos ó á naciones que no nos daban muestras de amistad; por último, una vez realizado el cometido que se les encomendara en tan apartadas costas, quedaban á enormes distancias de los lugares donde, según todas las presunciones, habría de ser necesario utilizarlos en el transcurso de la guerra.

Por todas estas razones y otras que fuera prolijo y enojoso puntualizar, pues basta con las indicadas, resulta que la diver-

sión al Pacífico era inoportuna é inconveniente á todas luces.

No obstaba esto, sin embargo, para que se procurara hacer creer al enemigo en ella, con el intento de inducirle á distraer fuerzas de Cuba y del litoral del Atlántico. Esta maniobra era hábil y hacedera: efectivamente, saliendo de Cabo Verde en dirección á las Antillas, á fin de que cuando más adelante se conociera la verdadera derrota al SO. se nos supusiera propósito de ocultarla, podíase después virar para tomar dicho rumbo, y á los cinco ó seis días de zarpar de Cabo Verde hacerse visible en las inmediaciones de Pernambuco ó Bahía, llegando, si se deseaba tener mayor seguridad de que la escuadra había sido vista, á tomar carbón en dichos puertos. Es muy probable bastara esto para hacer nacer en el Ministerio de Marina americano la sospecha de que el objetivo de Cervera eran las costas del Pacífico; pero aparte de ello, en tal maniobra habían de ver los *yankees* un riesgo más grave é inmediato: el que sus tres buques *Oregón*, *Marieta* y *Nitcheroy*, que en dicha época se hallaban en aguas del Brasil, corrían de ser aplastados por la superioridad de nuestra flota (se ha dicho, ignoramos con qué fundamento, que el *Oregón* estaba desarmado). Es verosímil que, para acudir en auxilio de ellos, destacaran de sus escuadras los cruceros más veloces de ellas, y dada la situación que á principios de Mayo ocupaban, como habrían de tardar, cuando menos, de quince á veinte días en llegar á Bahía, se disponía de tiempo muy sobrado para caer sobre dichos barcos, á los que es probable se sorprendiera en el citado puerto, en la costa inmediata á él ó en Río Janeiro, de donde, con arreglo á las leyes de la neutralidad, deberían salir en un breve plazo. Una vez conseguido un éxito, en el que se podía confiar dada la superioridad de fuerzas, quedaba la escuadra en libertad de escapar antes de la llegada de los refuerzos, si la importancia de ellos no permitía esperarlos, ó aprovechar la imprudencia del enemigo si los que enviaba no podían por sí solos afrontar el combate con ella en condiciones ventajosas.

Es rudimentario buscar al adversario donde se presenta más débil: en los mares del Brasil no tenía fuerzas que equilibrasen las nuestras, y los que dirigían los movimientos de éstas estaban en el deber de conocer la crítica situación de los tres buques citados, toda vez que España tiene cónsules en aquel país y en él hay telégrafo: es, pues, imperdonable no haber sabido aprovechar tan favorable coyuntura.

La oportunidad de una acción enérgica contra los buques que los americanos tenían en peligroso aislamiento nos ha salido al paso, distrayéndonos del punto que analizábamos; así que terminada con lo dicho anteriormente esta cuestión incidental, y con independencia de ella, volvemos ahora á tomar el hilo de nuestro razonamiento. Después de hacerse ver hacia la parte Norte del Brasil podía la escuadra llegar á Buenos Aires, forzando la marcha para que lo precipitado del viaje corroborase á nuestros enemigos en la idea de que nos proponíamos realizar una expedición rápida al Pacífico; podíamos haber hecho que dicha creencia fuera más firme cargando en aquel puerto cuanto carbón se pudiera ó nos permitieran estivar, y cometiendo indiscreciones, disfrazadas bajo la máscara de una aparente reserva, sobre el rumbo, que á la salida se tomaría hacia el cabo de Hornos.

Con la noticia del arribo de Cervera á La Plata pocas dudas habrían quedado en los Estados Unidos respecto á su propósito de atacar las costas americanas del Pacífico; y si la llegada á Bahía y el riesgo del *Oregón* y los buques que le acompañaban no habían sido incentivos suficientes para destacar barcos al Sur, esto lo sería, máxime teniendo en cuenta lo que sobre los peligros que para nosotros encerraba tal expedición hemos dicho, los cuales no se les habían de escapar á ellos, sirviéndoles de aliciente para procurar, ya que no evitar los daños que allí pudiera causar la Escuadra del Atlántico, si para ello era tarde, hacérselos pagar caros. Si, por el contrario, sus buques navegaban ya en tal camino desde que recibieran el aviso de la presencia de aquella en los mares del

Brasil, la noticia de la llegada á Buenos Aires serviría para hacerlos persistir en su determinación.

A la salida de este puerto, después de navegar al Sud tiempo suficiente para que un cambio de rumbo pasara inadvertido, virando al Este, cabía ganar distancia bastante para proseguir la navegación lejos de la costa, pero ahora al Norte, hacia la isla Martín Vaz ó Trinidad, pasando luego entre las de Fernando de Noronha y San Pablo y teniendo gran cuidado en no dejarse ver desde tierra alguna; por último, podía optarse ó por enderezar las proas á las Antillas, sorprendiendo á las fuerzas bloqueadoras debilitadas por las que se hubieran destacado al Sud, y logrando acaso hacer levantar el bloqueo, ó por dar algún golpe de efecto en el litoral oriental de los Estados Unidos, retirándose después donde conviniera, según lo que el tiempo y la guerra hubieran dado de sí, ó, finalmente, marchar á Canarias para efectuar allí la unión con la escuadra de Reserva, y reunidas ambas emprender nuevas operaciones ya con fuerzas respetables y con el prestigio que una campaña como la indicada habría dado á nuestra Marina. Entretanto una buena parte de los mejores buques yankees irían navegando á todo vapor por el Cabo de Hornos, y hasta su llegada á Valparaíso permanecerían en la ignorancia de que marchaban sobre una falsa pista que los conducía á cuarenta singladuras de los lugares donde según todas las probabilidades sería en tales momentos más necesaria su presencia.

Treinta ó treinta y cinco días bastaban para llevar á cabo en todos sus extremos la maniobra de que acabamos de hablar, y por tanto, á fines de Mayo ó principios de Junio pudiera haber quedado terminada.

*
* *

Contraofensiva en las costas americanas del Atlántico.—Lo cercano de ellas, el ruido que una ventaja obtenida en

dicho litoral, por pequeña que fuera, había de hacer en el mundo, y la consideración de que si se encaminaba la escuadra á dicha parte distraería respetable porción de las fuerzas concentradas por el enemigo sobre Cuba, militaban en pro de la adopción de este plan. Cierto que el artillado y fortificación de los puertos y radas no se hallaba en el estado de abandono que en el Pacífico, pero no faltaban poblaciones y rías que, por tener defensas viejas y débiles, se prestaban á un ataque de nuestra flota.

Por lo dicho antes se puede ver que admitimos la oportunidad de una ofensiva encaminada contra el litoral de los Estados orientales; pero, al hablar de ella, la considerábamos como término de un plan que debía prepararse por medio de maniobras preliminares, cuyo objeto fuera alejar y dividir las fuerzas enemigas; y no debe olvidarse que en aquel supuesto no había de verificarse tal ataque en los primeros días de la guerra.

Como la línea recta es la más corta entre dos puntos, y como los grandes resultados se logran marchando directamente al fin perseguido, claro es que á disponer de una escuadra poderosa, ningún plan valiera lo que éste; pero en las condiciones de inferioridad en que nos encontrábamos, fuera demencia el haberlo seguido desde el primer momento, porque cuando zarpó de Cabo Verde la escuadra del Atlántico, casi todos los elementos que componían el poderío naval de la República norteamericana se hallaban distribuídos entre Cuba y Boston, próximos á las costas, por lo tanto al telégrafo, y en aptitud de concentrarse en tres ó cuatro días donde más conviniera, para oponerse á aquélla en condiciones de abrumadora superioridad. No sólo esto, sino que aquellos buques, muchos de mayor potencia ofensiva que los españoles, no estaban diseminados, sino agrupados en núcleos bien situados, siendo los principales los que se hallaban en Hampton Roads y Cayo Hueso (Key West).

El enemigo estaba, además, apercibido y alerta contra

esta ofensiva; tenía varios vapores ligeros, exclusivamente dedicados al servicio de exploración, acechando la llegada de la escuadra española, con orden de replegarse, tan pronto la viesen, á puertos determinados para circular con toda rapidez el aviso á los Almirantes: en suma, no habiendo posibilidad de sorprender al adversario, y siendo menos fuerte que él, abordar empresa de semejante fuste era lanzarse á un fracaso cierto, cuando no á un espantoso descalabro.

*
* *

Defensa de Cuba.—De dos maneras cabe hacer las defensas: bien directamente, llevando las fuerzas que á ellas han de coadyuvar al punto ó comarca atacados, para operar en íntima conexión con los elementos de resistencia que allí se encuentren, apoyándose en ellos, ligando la suerte de los auxiliares á la de los socorridos, y muchas veces precipitando la ruina de unos y otros, ó bien por medios indirectos, iniciando operaciones ofensivas en otros lugares; así distrayendo fuerzas enemigas, se facilita la tarea de los encargados inmediamente de la defensa; y buscando en otra parte ventajas en proporción á los recursos de que se disponga, se logra á veces contrapesar en cierto modo los adversos sucesos que en los demás teatros de operaciones puedan sobrevenir.

De estos dos procedimientos, el segundo es, en términos generales, el que, por lo común, da mejores resultados y el que debía haberse empleado para socorrer á la isla de Cuba; pues cuando la reunión de todas las fuerzas del más débil no basta á hacer cesar la inferioridad, el acumularlas en un punto sólo sirve para que el enemigo las destruya más fácilmente y de una vez, decidiendo en un combate lo que de otro modo le hubiera costado más tiempo, más dinero y mayores esfuerzos y sacrificios.

Como á pesar de que la Historia está llena de ejemplos de tremendas derrotas ocasionadas por el estrecho criterio de

cooperar á las defensas en la primera forma, este fue, por desdicha, el plan que la escuadra desarrolló, no hay para qué decir ahora nada más acerca de él, toda vez que lo habremos de examinar al hacer la crítica de las maniobras que la condujeron á la ratonera de Santiago de Cuba primero, y más tarde á una destrucción infructuosa, que influyó grandemente en la rendición de aquella plaza.

***

Marcha á Filipinas.—Allá por los días en que todos andábamos preocupados con la entrada en operaciones de la Escuadra del Atlántico, y por todas partes se oía preguntar si habría zarpado de Cabo Verde ó se hallaba en dichas islas; cuando la mayoría de las gentes suspiraba por la noticia de su entrada en un puerto de Cuba ó soñaba con su llegada, á toda máquina, á New York, viéndola muchas calenturientas imaginaciones forzando aquella larga canal perfectamente defendida con sinnúmero de baterías que, de flanco y á boca de jarro baten el barco que en ella se aventure, nadie pensaba en la conveniencia de que el Contralmirante Cervera condujera á Filipinas los buques que tenía á sus órdenes. Poco después, cuando ya navegaban con rumbo á las Antillas, llegó la triste nueva de la derrota de Cavite y se comenzaron á hacer suposiciones que tenían por base la hipótesis de que tal vez hacia el Archipiélago Magallánico iban marchando el *Vizcaya*, el *Teresa* y demás naves que luego fueron sus compañeros mártires. Nuestra mala suerte quiso que sólo fueran hipótesis y no llegaran á realidades.

Es natural que á nadie se le ocurriera semejante idea con anterioridad á aquella batalla, pues mecida la opinión por halagüeñas ilusiones, pensaba que en los mares de Oriente teníamos poco menos que asegurada una victoria. Ya hemos indicado que la nación formó errado juicio de la potencia de las escuadras opuestas por causa de los equivocados informes

de la prensa; y las optimistas declaraciones del entonces Ministro de Marina, anunciando un triunfo pocos días antes de la derrota, contribuyeron mucho á robustecer tal creencia.

Pero si la opinión pública andaba á ciegas, los encargados de dirigir las operaciones debían saber, sin género alguno de duda, cuál era la verdadera fuerza de la escuadra de Filipinas, y tenían obligación de no ignorar que hacía tiempo se concentraban buques enemigos en Hong-Kong y sus cercanías. De suponer es que nuestros agentes diplomáticos lo avisaran con la conveniente oportunidad. De no hacerlo, cabe por ello formular cargos contra quienes tan mal se hacían servir, pero no los exime de responsabilidad, pues todos pudimos leer un telegrama, inserto en los periódicos de fines de Abril último, dando la noticia de la reunión de la escuadra adversaria en la bahía de Mirs el día 25 de dicho mes. En cuanto á la gran superioridad de ésta sobre la del Vicealmirante Montojo resultaba evidente para quien á su disposición tuviera un Anuario de la Marina americana.

Con tales datos, que si no eran conocidos de los encargados del mando sólo puede achacarse á culpas propias, había motivos muy suficientes para presumir que en aguas del Archipiélago íbamos á ser derrotados, ó en el caso más favorable, á vernos reducidos á huir ante la escuadra enemiga. Parecía lógico haber pensado que la presencia en Filipinas de los americanos victoriosos, ó á lo menos en situación más airosa que la nuestra, era un grave peligro allí, donde bajo las cenizas de mal apagada insurrección reciente, ardía el odio de una raza salvaje al nombre español; fue candidez insigne, si en ella se incurrió, creer que pueblo tan práctico como el americano no sacaría todo el partido posible de los sentimientos hostiles que contra nosotros existían en una gran parte del elemento indígena.

Tan evidente era este peligro, que al hacerse pública la noticia de la batalla de Cavite y de su resultado, y tan pronto como hubo pasado el estupor de los primeros momentos, la

preocupación general fue la originada por los temores de un recrudecimiento en el movimiento insurreccional.

Consideraciones de tanto peso merecían haber sido tenidas en cuenta por quienes estaban en condiciones de sospechar lo que sucesos fáciles de prever podían dar de sí. Reflexionando sobre la ponderación de fuerzas propias y enemigas en los diferentes teatros de guerra, y considerando atentamente el estado político de Filipinas cuando las hostilidades se rompieron, podíase comprender que estando, según todas las probabilidades, inmediata una derrota en aquel país, era de urgencia, si para evitarla no era ya hora, detener en lo posible sus desastrosas consecuencias, intentando buscar un desquite que restableciera nuestro desmedrado prestigio ante los indígenas: ya persiguiendo una victoria en aquellas regiones sobre los yankees, ó, cuando menos, la retirada de éstos, que evitaría la caída de Manila.

Esto se hubiera conseguido enviando directamente la escuadra de Cervera, desde Cabo Verde á Filipinas, donde se habría presentado con fuerzas superiores á las que nuestros enemigos podían oponerle á su llegada.

Vamos á intentar demostrarlo con la esperanza de conseguirlo.

Aún no es del dominio público la fecha exacta de la salida de la colonia portuguesa de los buques españoles; pero con pocos días de diferencia sabemos que se verificó hacia el 26 ó 27 de Abril, pues el 30 manifestó el Presidente del Consejo de Ministros que, por ser ya imposible guardar reserva durante más tiempo, no tenía inconveniente en revelar que desde unos cuantos días antes se hallaba navegando.

Sin necesidad de recurrir al empleo de las grandes velocidades que la escuadra del Atlántico era capaz de desarrollar, podia verificar la travesía de Cabo Verde á Filipinas, por el Cabo de Buena Esperanza, en un plazo de treinta ó treinta y cuatro días, sin que para ello fuera preciso andar sino á razón de unas 15 millas por hora, marcha muy moderada para má-

quinas susceptibles de llegar á 20,5; y debemos advertir que en dichos días va incluído el tiempo necesario para renovar la provisión de carbón hasta dos ó tres veces, si tantas fuera necesario hacerlo.

Este punto del aprovisionamiento de combustible, presentado siempre como una dificultad grande para combinar libremente las maniobras de nuestra Marina, no podía ser obstáculo para la que estamos considerando, sobre todo si se tiene en cuenta el gran radio de acción de los barcos que habían de hacer el viaje, pues si bien no era tal que permitiera hacer la travesía de un tirón y sin tocar en ningún puerto, tampoco exigía renovarlo sino de tarde en tarde (en rigor una sola vez), y en lugares muy alejados unos de otros, dando, además, facilidades para elegir los depósitos donde se hubiera de tomar en forma tal, que se aprovecharan los situados en puertos desprovistos de comunicación cablegráfica submarina, con objeto de disimular todo lo posible la ruta seguida.

Desde Cabo Verde á Filipinas, y en el derrotero indicado, abundan extraordinariamente los depósitos de hulla; pero teniendo presente que la actitud de Inglaterra desde la ruptura de hostilidades pudiera ser una traba para abastecer nuestras carboneras, haremos caso omiso de los numerosos de dicha nación situados á pequeñas distancias sobre el camino que los buques españoles habrían tenido que seguir. A pesar de esta limitación todavía quedaban los pertenecientes á otros países, en número tan crecido que alejaban la contingencia de la falta de combustible, pues, sólo de momento, podemos citar Dakar, Libreville, Fernando Poo, Loanda, Reunión, Tamatave, Santa María, Diego Suárez, Nossi-Be (estos cuatro, en Madagascar, desprovistos de comunicación cablegráfica directa), Mozambique, Mayotte, Batavia, Saurabaya, Koupang, Macassar, Amboine é Isabela.

Aun sin acudir á medidas preliminares de acumulación en lugares determinados, las cuales había probabilidad de preparar en tanto la escuadra hacía la primera parte de un viaje;

aun sin tomar la precaución de hacerla acompañar por barcos almacenes, ó de enviar estos á encontrarla en los islotes de la costa oriental de África, del Océano Indico ó del Archipiélago de la Sonda, disposiciones todas que, merced al cable, cabía adoptar, utilizando para ello los grandes depósitos del Cabo, Suez, costas del Indostán, la Indochina ó Australia, de donde podían partir los aprovisionamientos, se ve por la enumeración hecha en el párrafo anterior que no había riesgo de que la escuadra de Cervera llegara á verse apurada de carbón, dado el corto número de buques que la componían.

Procediendo con habilidad en los primeros días de navegación, es probable que á lo menos durante los diez ó doce primeros de ella, las incertidumbres del adversario respecto al rumbo y destino de la escuadra fueran las mismas en que estuvo hasta su arribo á la Martinica. Sin dejarnos llevar de la fantasía, y juzgando por la experiencia de los hechos que nos han demostrado que los americanos no se decidieron á obrar ofensivamente y con vigor contra Cuba sino cuando la perspectiva de la posible captura de nuestra escuadra en Santiago les movió á una operación en la que seguramente no habían pensado, se puede afirmar que á resistir aquella isla como podía y debía hacerlo habría llegado Cervera á Filipinas antes de ocurrir nada serio en las Antillas, donde los yankees se limitaban á reconocer las costas por medio de ataques parciales, flojos y sin importancia. El cómo podía y debía resistir Cuba, no es en este lugar donde debemos manifestarlo, sopena de involucrar asuntos que deben tratarse con el debido orden para no hacer confuso este estudio; basta por ahora lo dicho, y, en realidad, ni aun esto es necesario, pues aun con el acicate de apoderarse ó destruir la escuadra del Atlántico no lograron los Estados Unidos verificar desembarcos serios sino hasta el 10 de Junio, es decir, diez ó doce días después que la posible llegada de ésta á Manila pudiera producir la probable derrota ó la retirada de la de Dewey, y con ella un total cambio en el aspecto de la guerra, levantando en Espa-

ña y en las colonias el espíritu decaído con el resultado de la batalla de Cavite, realzando nuestro prestigio ante enemigos y neutrales, ocasionando preocupaciones serias en los Estados Unidos por la suerte de su escuadra de Filipinas y por los refuerzos que tenían en camino.

Componían la flota enemiga que venció á la del General Montojo cuatro cruceros con cubierta protectora, de los cuales el más fuerte, el *Olimpia*, sólo tenía 5.800 toneladas, con artillería inferior á la que los cuatro españoles de Cervera montaban, y sin blindaje en la línea de flotación, con el que estos estaban defendidos. De los otros, uno era de 4.500 toneladas, y los otros de 3.183 y 3.189, siendo, como es natural, más débil su artillado y menor la protección. Recuérdese que tres de nuestros cruceros desplazaban 9.700 toneladas y 8.300 el cuarto; téngase en cuenta lo dicho acerca de su artillado en el artículo anterior y se comprenderá que la superioridad de ellos era decisiva, haciéndola mayor los tres torpederos, sin que bastase á contrapesar el aumento de fuerza que éstos proporcionaban, el formar parte de la escuadra americana los cañoneros *Pretell* y *Concord*. En cuanto á velocidades, si bien el enemigo tenía un buque de primer orden, el *Olimpia*, con marcha máxima de 23 millas, los demás eran muy heterogéneos, pues variaba su andar entre 19 y 14, y, por tanto, esta última era la velocidad real de la escuadra, en tanto la española podía alcanzar la de 20.

Aunque admitamos la hipótesis más desfavorable de que los americanos fueran informados con gran rapidez del plan á que venimos refiriéndonos, no tenían verdaderos barcos de combate en disposición de acudir á tiempo en auxilio de Dewey, pues en las costas del Pacífico sólo disponían de unos cuantos cascos anticuados, mal artillados y sin condiciones. Los que se hallaban en el Atlántico no era posible llegasen á tiempo, á causa de lo enorme de la distancia que habían de recorrer; y así no es presumible siquiera que intentasen hacer doblar el Cabo de Hornos á los que hacia aquella parte te-

nían; pero aun equivocándonos en esta apreciación, resultaría, en definitiva, para nosotros otra ventaja: la de que se debilitasen en Cuba y el Atlántico por emprender una maniobra de la que nada podíamos recelar.

Aparte de las condiciones de superioridad señaladas recientemente, existía otra más importante que todas ellas y era la escasez de municiones de los barcos enemigos fondeados en Manila, en tanto no repusieran las consumidas en el combate de Cavite.

Por si todo esto no bastara, y en caso de querer darle una fuerza irresistible, podíase aumentar nuestra flota enviando, si se estimaba conveniente (nosotros no lo hubiéramos hecho para no descubrir la derrota de Cervera), algunos barcos de refuerzo que, siguiendo la ruta de Suez, la salieran al paso y se reunieran á ella en punto determinado de antemano. Y no sólo esto, sino que procediendo con actividad y energía á raíz de la derrota de Cavite, quizá en ocho días pudieran haber embarcado en Cádiz, Barcelona y Valencia 15 ó 20.000 hombres para Filipinas; pero para esto fuera preciso echar mano de cuerpos organizados en lugar de acudir al desacreditado é indisculpable sistema de organizar batallones nuevos, y eso en un número tan exíguo, que hace pensar acaso no existiera en realidad la idea de enviarlos. Con esto habríamos dado una prueba de energía, manifestándonos resueltos á defender las Filipinas, y para ello que no había que retardar la llegada de la Escuadra de Cervera sino en diez días, cuando los primeros refuerzos yankees se hallaban á más de quince de navegación del Archipiélago magallánico. No tenemos á nuestros lectores por tan torpes que creamos preciso detenernos á enumerar ni á puntualizar las consecuencias lógicas que produciría la presencia en Manila el 10 de Junio de una escuadra superior á la americana y de 20.000 hombres de desembarco, ni aun siquiera las de la sola llegada de aquélla en los primeros días de dicho mes. Basta que cada uno compare cuál hubiera sido nuestra situación en aquella fecha, en la cual,

con los procedimientos que se siguieron, teníamos á Manila bloqueada y sin posible auxilio; la isla de Cuba también bloqueada casi efectivamente por todas partes; la escuadra en situación bien poco airosa, encerrada en la gazapera de Santiago; los yankees desembarcando en Guantánamo, y España sin poder oponer un solo buque á los del enemigo, que por todos los mares se movían sin temor á ser inquietados por nadie.

¡El bloqueo de Cuba! ¡Era preciso romper el bloqueo!..... ¿Acaso se ha pensado seriamente en lo que tal frase significa?..... En primer lugar, el bloqueo no tuvo verdadera eficacia hasta la llegada de la Escuadra á Santiago; en segundo, no cabe que quien vea las cosas fríamente, piense que lo que es verdad respecto de una plaza murada, pueda serlo cuando se trata de un país de la enorme extensión de la isla de Cuba. Cuando cercando una plaza se cierra en absoluto la entrada en ella de mantenimientos, es seguro tarde ó temprano su rendimiento; pero, aparte la imposibilidad de cerrar centenares de leguas de costas, durante día y noche, lo mismo que se interceptan las avenidas de una población, ¿acaso se creyó que por el hecho de navegar los barcos americanos alrededor de la tierra cubana, había esta perdido la propiedad de dar frutos y que allí no existía ya nada que comer, ni había cosechas, ni medios de vivir?..... Cuarenta días transcurren allí entre la sementera y la recolección de algunos frutos, como la habichuela; el arroz se produce con rapidez y facilidad asombrosa; los plátanos en cantidad fabulosa, y bien lo saben los americanos, que consumen enormes cargamentos de ellos; la batata, el moniato, la yautía, el ñame y otros tubérculos, se dan asimismo con abundancia y rapidez; y si la carne escaseaba, no se había agotado por completo. Habían disminuído, es cierto, los recursos alimenticios; pero también había decrecido notablemente el número de habitantes, á causa de la tremenda mortandad que la guerra produjo y de la emigración que se verificó en considerables proporciones. De prolongarse el blo-

queo, y de adoptar en la isla las convenientes disposiciones, se habría pasado mal, no cabe duda; pero imaginar que aquella isla pudiese ser reducida por hambre, ni más ni menos que si se tratara de una población, es creer un disparate. No era, pues, tan de vida ó muerte la urgencia por ella, y no para levantar el bloqueo, pues no se contaba con fuerzas para ello, sino para perturbarlo solamente, debiéramos correr á un desastre seguro.

IGNOTUS.

(Continuará.)

EL PROBLEMA ACTUAL DEL PATRIOTISMO

Uno de los escollos con que más á menudo tropieza la investigación científica, es la vaguedad, ó la multiplicidad de sentidos, en las palabras que expresan conceptos fundamentales. Cuando esas palabras se refieren á elementos de la vida práctica social, y entran en lo que puede llamarse *latu sensu* política sociológica, el obstáculo llega á ser tan grande, que hasta puede originar, con la exageración de las interpretaciones contrarias, una lucha armada; siendo lo más grave que las divergencias de este género son las más difíciles de reducir.

Un caso de esa indeterminación de concepto ofrécesenos hoy día en lo que toca á las palabras *patria* y *patriotismo;* y no de otra manera puedo explicarme que espíritus de gran cultura formulen, con tanta seguridad como lo hacen, una condenación absoluta, precedida de una crítica cruel, de las ideas y sentimientos que corresponden á aquellas palabras, confundiendo sentidos parciales, ó abusivos y teratológicos, de ellas, con otros esenciales y de perfecta normalidad.

Si examinamos, en efecto, la argumentación de los más radicales y «modernistas» enemigos del patriotismo, veremos

que toda ella se reduce á combatir exageraciones chauvinistas ó agresivas del sentimiento patriótico, que llegan, sin duda, á poner una venda en los ojos del pueblo, impidiéndole conocer sus propios defectos (y, por tanto, cerrándole el camino á la corrección y enmienda), ó destruyendo las ideas de fraternidad humana y dejando que perduren y se arraiguen más y más los egoismos nacionales y los procedimientos de la guerra económica ó armada, igualmente nocivos. Y en esto, no cabe duda que han de estar conformes (y á la verdad, siempre lo han estado) los espíritus generosos y ajenos á toda preocupación ambiciosa (1). Pero el error comienza cuando, generalizando las conclusiones condenatorias de aquella anormalidad del patriotismo, se comienza á combatir la raíz misma de este sentimiento, como si todo patriota fuera necesariamente

(1) Digno y franco precedente de esas limitaciones al amor nacional, que se hallan en todos los filósofos, moralistas y filósofos del Derecho modernos, es la doctrina de un ilustre español, el P. Feijóo, el cual, en el Disc. X, tomo III de su *Theatro crítico*, al tratar del *Amor de la patria y pasión nacional* (dirigiéndose particularmente contra los abusos del regionalismo y los egoismos de campanario), fustiga con gran crudeza de razones el mal uso del patriotismo, «especioso pretexto» de muchas concupiscencias, su confusión con la conveniencia particular, y el error chauvinista; pero afirma la esencialidad de la patria depurada de esos extravíos, basándola, por cierto, en elementos sociológicos é ideales que pueden desaparecer con el cambio de residencia, y establece sólidamente, incluso con el ejemplo que él mismo dió y de que luego hablaremos, la obligación en que estamos para con la patria nacional (véanse, especialmente, págs. 224, 226, 230, 237 y 38, 243 y 44 de la nueva edición de Madrid, 1877).—La conciliación de ambas cosas (la crítica de los *vicios* y la afirmación de la esencialidad de las naciones) pueden verse aún en los autores de la escuela jurídica krausista, que son los que más han acentuado en nuestro tiempo la idea del Estado internacional y de la federación de los pueblos: léase, por ejemplo, el *Ideal de la humanidad para la vida*, de Krause (trad. de Sanz del Río, Madrid, 1860, párrafo 88); la *Filosofía del Derecho*, de Ahrens, y su *Enciclopedia jurídica*, libros, estos dos últimos, que han formado la base de la educación jurídica de varias generaciones españolas.

egoista y cruel. Tanto valdría combatir la familia, porque puede llevar á limitaciones perjudiciales para la especie; ó el amor paternal, porque disminuye el que debe tenerse al resto de los hombres, con quienes no liga el lazo de la generación directa. El egoismo, la envidia, la ambición, la crueldad, no son vicios exclusivos de las agrupaciones patrióticas, de los Estados y de las nacicnes, sino generales del espíritu humano, dándose lo mismo en el individuo que en la familia, en la localidad, en la región, en la clase social, en el gremio, en la nación, en la raza (1), etc. Evitarlas y suprimirlas en todas y cada una de estas entidades, constituye la aspiración y la obra seculares de casi todas las religiones, de casi todos los filósofos y de todos los hombres de buena voluntad; pero es absurdo creer que ha de conseguirse esto suprimiendo las entidades mismas; porque como, al fin y al cabo, la raíz de ellas se encuentra en el individuo y en las ideas y sentimientos de éste, habría que suprimir al individuo mismo: lo cual sería, sin duda, el más radical de los ejemplos posibles en el orden de los remedios heroicos.

No quiere esto decir que todas las agrupaciones sociales y políticas que hoy conocemos sean esenciales y hayan de perdurar eternamente. La Historia nos demuestra que han des-

(1) Así se da el caso de pueblos extraordinariamente cultos, y perfectamente caracterizados como nación, que, ofreciendo grandes ejemplos civilizadores en lo interior, son en las relaciones exteriores de una inhumanidad que indigna. ¿Habrá por esto que pensar en suprimirlos? ¿Ganaría algo la humanidad, desde el punto de vista de la civilización y el progreso, con que desapareciera Inglaterra, cuyo carácter es irreductible, é intransmisible, en cierto sentido, á otros pueblos? Bastaría con que se corrigiese de su poco escrupulosa avaricia política. Los estados patológicos del patriotismo han sido estudiados por Ribot en su *Psychologie des sentiments*. Pero algunos de los que figuran como tales, no son en rigor consecuencia de aquel sentimiento. Así la guerra, que, como dice muy bien Legrand, es, por el contrario, un ataque á la patria, que cesaría si se afirmase la esencialidad jurídica de este principio social.

aparecido otras que gozaron vida pujante por muchos siglos, y no tenemos derecho ni razón lógica para negar que suceda lo propio algún día con tales ó cuáles de las que hoy existen. Por otra parte, la aspiración á un Estado ó sociedad internacional, humano, á una inteligencia amorosa de todos los hombres, no es de hoy, ni pueden gloriarse de ella los modernos partidos ó escuelas radicales; y ha pasado ya á la categoría de conocimiento vulgar la observación de que el proceso evolutivo de la sociedad parece haberse dirigido hasta nuestros días (porque del mañana nadie puede responder) en el sentido de una amplitud cada vez mayor en la constitución de los grupos. Nadie puede afirmar, sin embargo, que las tendencias á realizar positivamente la fraternidad humana hayan ni puedan llevar el camino de destruir las asociaciones naturales, á la vez que los vicios egoístas de ellas (1); ni aun se atrevería hoy ningún pensador serio á decidir (salvo algunos pocos casos concretos de agrupaciones políticas) cuáles de entre las asociaciones ó formas de asociación nacional existentes son accidentales ó esenciales, estando todavía muy inseguro el criterio en la masa, como lo demuestran las reivindicaciones *regionalistas*, que buscan el reconocimiento de una *personali-*

(1) Por el contrario, lo general es pensar en la corrección de los defectos manteniendo las diferenciaciones nacionales. Véase por ejemplo, el reciente libro de G. Tomé, *Geografia del presente e dell' avvenire, ossia etnografia e geografia politica del mondo civile, giusta i principii dell' etnicarchia* (1898), que partiendo de las mismas ideas expuestas por Loescher en 1880, estudia la *tendencia natural* de los pueblos á formar familias diversas, no por fuerza material política, sino por solidaridades de orden espiritual, y defiende la idea humanitaria de una paz universal, previa la anulación del militarismo, sobre la base de los grupos nacionales autónomos y bien definidos. La obra del Sr. Tomé es particularmente útil por su numerosa bibliografía. Véase también Legrand (*L'idée de Patrie*), para quien la solución del porvenir consiste en mantener la división en naciones independientes completadas por inteligencias internacionales y arbitrajes, y la defensa que hace Burgess de la individualidad nacional. (*Ob. cit.*, I, págs. 59-60 de la trad. esp. de La España Moderna.)

dad propia en las regiones, compatible con la unidad superior (1). Por otra parte, es frecuente ver cómo marchan paralelas en los filósofos del Derecho la aspiración á un cosmopolitismo que una cada vez más á los hombres de todas procedencias, y el reconocimiento de esferas autónomas, de Estados propiamente dichos, en los círculos sociales inferiores y aun en el individuo mismo.

Fuera de esto, es indudable que la política real tiene otras exigencias que la política ideal, y que si en ésta es lícito forjarse el cuadro de repúblicas utópicas en que (haciendo uso del optimismo de algunos grandes reformadores) aparezcan vencidos todos los males y todos los abusos egoístas que en

(1) Esta compatibilidad es evidente para los regionalistas de muchos Estados europeos constituídos sobre la base de una nación. (No puede discutirse sobre el ejemplo de Austria-Hungría, que no es un Estado nacional, hoy por hoy, aunque, en opinión de muchos, v. gr. Schuchardt (a), acabará por serlo). Así en Francia, donde el regionalismo descentralizador tiene mucha fuerza, y se está traduciendo ya en la política activa, (reforma de los Consejos generales, etc.) nadie niega la patria nacional, ni ataca la cohesión formada por obra de siglos y generaciones. Tan sólo en España hay quienes (poquísimos, por fortuna, dentro del regionalismo) niegan la patria española, y aun de éstos, los hay que se limitan á consignar la actual decadencia de la conciencia nacional y el amor de la patria en el pueblo; pero ofrecen remedios para volver á estrechar ese fortísimo vínculo de unión social. Algún autor (v. gr., el señor Torras y Bagés en su voluminoso libro *La tradició catalana*, Barcelona, 1882, pág. 77) distingue entre el «sentimiento de la patria», que entiende ser puramente local (también parece creerlo así el Sr. Unamuno en su *Crisis del patriotismo*, núm. 6 de la revista *Ciencia social*, Marzo, 1896) y el «sentimiento nacional» nacido de «la unidad de leyes ó instituciones fundamentales (¿nada más ni nada menos?) entre diferentes pueblos que forman una nación.» Verdad es que el mismo autor habla luego de «patria común» (declarando su compatibilidad con la región) y de «sentimiento de patria» en las naciones actuales (pág. 81). Para evitar *quid pro quos* con los que acepten esta distinción, debemos advertir que nos referimos siempre á la *patria nacional* y al sentimiento patriótico *español*, que son dos *hechos* innegables, aunque puedan ser discutibles.

(a) *Slawo-deutsches und Slawo-italienisches* (1884), pág. 131.

las relaciones humanas continuamente se producen, y, por consecuencia, todas las rivalidades y exclusivismos, individuales y de grupo, en aquélla hay que partir de los datos reales y trabajar sobre la base de ellos. Los que pretendan hacer otra cosa, serán excelentes filósofos ó moralistas, pero no servirán para la obra de organización actual, ni para el remedio inmediato de los males presentes, que no puede lograrse sino partiendo del mismo estado en que se dan, ni nadie lo ha de conseguir *per saltum*.

Ahora bien; la realidad nos obliga actualmente á reconocer la existencia de diferentes grupos nacionales, más ó menos caracterizados, de grupos puramente políticos, y de ciertos movimientos y aspiraciones comunes que tienden á constituir asociaciones más amplias, bautizadas con el nombre de una raza: como el eslavismo, el germanismo, la fraternidad latina, la anglo-sajona, etc. Aun descontando de estas aspiraciones todo lo artificial (1) con que á ellas contribuye (y aún les da origen) el egoismo político de tal ó cual Estado, que afirma con esto nuevamente su sustantividad, es indudable que existen corrientes de opinión en este sentido, las cuales cada día tienden más á jugar un papel activo en la política internacional. Pues con todos estos elementos hay que contar, hoy por hoy, para cualquier trabajo de reconstitución y de progreso; y sacrificar el elemento propio, el que directamente nos toca, en aras de un cosmopolitismo vago, mientras los restantes afirman y extreman, incluso agresivamente, su personalidad, es el más inocente é inútil suicidio que cabe en cabeza humana. Tanto valdría consumir de golpe, por un arrebatado ardor altruista, las fuerzas individuales cuya conservación puede ser esencial para la misma obra humanitaria. Lo que importa para los verdaderos intereses de la caridad no es que un San Vicente de Paul muera al día siguiente de comenzada

(1) Véase, por ejemplo, en lo que toca al eslavismo, lo que dice Schuchardt en su folleto *Tchèques et Allemands* (París, 1898), págs. 20 y 21.

su obra sublime, sino que atienda lo suficiente á su salud para durar muchos años en beneficio de lo mismo que representa. Tiempo hace, y no escaso, que Spencer (1) y otros filósofos han demostrado la necesaria compatibilidad del egoismo y el altruismo, reduciendo á justos límites ambos sentimientos.

Volviendo á la observación de los organismos sociales presentes—y descontando el proceso de su formación, que puede haber sido más ó menos regular (2)—hallaremos que muchos de ellos están caracterizados sustantivamente por sus hechos y por la opinión de los demás. No nos referimos ahora á la determinación geográfico-política, ni siquiera á la étnica, en cuyas contradicciones hallan muchos autores argumentos contra la formación de nacionalidades (3), sino á la psíquica, que hace posible hablar del espíritu y de la cultura ingleses; del es-

(1) *Fundamentos de la Moral*, cap. XIII.

(2) Todo organismo, toda institución y cuanto más complejo es, con mayor motivo, cuando se estudia en sus orígenes ó en la historia de su formación, aparece vago, indeterminado, vacilante en la lucha de las fuerzas y de los elementos que han de integrarlo al cabo. Lo mismo pasa con el organismo nacional; y pretender negar su realidad actual, apoyándose en su proceso genético, es procedimiento poco científico. Fue, no obstante, el que siguió el Sr. Pí y Margall en algunos capítulos de su libro *Las Nacionalidades*, flojísimo en la parte histórica. — V. las juiciosas observaciones que hace Schuchardt, *loc. cit.* pág. 34, á propósito de la exageración de las reivindicaciones históricas.

(3) Es la argumentación de los federales (como el Sr. Pí) y de los cosmopolitas. Pero la fuerza de esta argumentación reside únicamente en la equivocada manera que generalmente se ha seguido para investigar el fenómeno nacional, empeñándose en reducirlo á una sola forma, caracterizada, ora por la unidad de lengua, ora por la de raza (?), ora por limitaciones geográficas especiales, etc. Por fortuna, hoy empieza á reconocerse que, en la realidad, se dan naciones de muchos y variados tipos, en que sólo existen algunos de aquellos elementos, ó uno solo, ó aparecen negados otros que se creyeron fundamentales, y, sin embargo, hay *nación* (v. gr. los Estados Unidos de América y Suiza). Puede decirse de ella

píritu francés ó galo; del alma italiana; del carácter alemán, etc., siendo indudable que estas determinaciones existen, y que, traduciéndose en las costumbres, en la ciencia, en el arte, en toda la idealidad de los pueblos, señalan sus más notables diferencias y afirman su personalidad en el mundo (1). Nada definitivo puede decir la ciencia en punto al proceso de formación de tales caracteres; ni son prueba en contrario las continuas trasferencias y asimilaciones recíprocas que cada día ponen más en claro los estudios comparativos. Por bajo de todas las influencias extrañas, el espíritu de cada grupo subsiste y se impone, como en la historia pasada se impuso (en Grecia, en Fenicia, en Roma, etc.), sin que podamos decir tampoco de donde procede, y en qué toma raíz esta individualidad, si en el influjo del clima, en el más amplio de las

---

lo que Gumplowicz dice de la raza (*Lucha de razas*, cap. XXXI), á saber: que es un *producto del proceso histórico* resultado de muchas y varias causas, y que se caracteriza por la existencia de factores principalmente intelectuales y por un sentimiento de unidad y solidaridad en los individuos y cuerpos que la forman, sentimiento que, andando el tiempo, produce la ilusión de la unidad antropológica, de la comunidad de origen. Con razón, pues, dice Legrand en su citado libro *L'ideé de Patrie* (Paris, 1898) que hoy día ya no se liga el patriotismo á las afinidades de raza, «que no preceden ni producen la patria, sino que son, al contrario, consecuencia y obra de ella;» ni «á las semejanzas de lengua, culto y aún cultura, que constituyen el fondo de que se alimenta el patriotismo, pero no la fuente de que emana: como lo prueba Suiza, que no tiene, ni igualdad de religión, ni de raza, ni de lengua.» Fouillée, por su parte, hace constar que el pueblo francés, «el que ofrece mayor unidad desde el punto de vista psicológico, es quizá el más híbrido desde el punto de vista de la raza. La unidad—añade—la han hecho el suelo, el clima, la historia, las selecciones naturales y sociales, los intereses y las pasiones comunes, todo lo que, al través de los siglos, forma la educación de un pueblo.»

(1) V. cómo fundamenta este concepto Fichte, en sus *Discursos á la nacion alemana*, cap. VIII. De ellos publicaré en breve una traducción castellana.

determinaciones geográficas, en el substratum étnico (1), ó en un complejo de causas que en cada punto da resultados dife-

1) La cuestión de la influencia del tipo antropológico propiamente dicho, muy discutible desde que se reconoció (v. por ejemplo, Gumplowicz, *La lucha de razas*) que en los tiempos históricos no existen ya razas puras, parece tomar un nuevo rumbo, á lo menos por lo que respecta á Europa, después de los trabajos de Lapouge y Ammon (inaugurados en 1896: v. su bibliografía en *Rev. Internationale de Sociologie*, Marzo y Junio, 1898), ó sea de la constitución de los estudios antroposociológicos. Lapouge distingue en Europa tres tipos: el *Homo Europeus*, dolicocéfalo y rubio (llamado á veces, con error, tipo ario); el *Homo Alpinus*, braquicéfalo (celta ó celto-eslavo), y el *Homo Mediterraneus*, dolicocéfalo moreno (dolicocéfalo meridional). Los dos primeros componen *principalmente* la población del Norte y Oeste; el tercero la de los países del Sur, aunque no faltan en ellos representantes numerosos de los tipos europeo y alpino, como se ve en la *Distribución geográfica del Indice cefálico en España*, según el Sr. Oloriz. Las conclusiones de la escuela de Lapouge son: que, en punto á la energía y las aptitudes, el *H. Europeus* ocupa, en cualquier territorio en que se halle, el primer lugar; el *Alpinus*, el segundo, y el *Mediterraneus*, el tercero, en la jerarquía de las razas europeas. Semejantes conclusiones se basan hoy por hoy en la determinación de tres caracteres (que suponen otras tantas leyes) deducidos de la comparación entre las razas indicadas en orden al reparto de riquezas, á la estratificación ó jerarquía social, y á la sedentariedad ó emigración. (V. un resumen de estas demostraciones en el art. de C. C. Closson, trad. en la *Rev. Internat. de Sociologie*, Junio 1898, con el título de *La hiérarchie des races européennes*). Pero del valor científico de estas conclusiones, dudan muchos críticos, y algunos como Monod llegan á calificarlas de fantasías. Por lo que toca á España, los datos obtenidos por los Sres. Aranzadi, Hoyos, Oloriz y Anton, resumidos por éste en su Discurso de apertura de la Universidad central (1895), prueban que la composición antropológica es algo más compleja de lo que los antroposociólogos suponen, y que no siempre ha dado en la historia tan medianos resultados como hace presumir la pretendida inferioridad del *Homo Mediterraneus*. Sea lo que quiera de la exactitud de estos nuevos estudios, importa á nuestra tesis observar que no contradicen las diferencias nacionales (antes se inclinan á afirmarlas como irreductibles, sobre la base de la especial combinación que en cada una tienen los tres tipos), y que afirman la composición mixta de los pueblos actuales, y la no correspondencia de las

rentes por la forma de la combinación (1). Ni puede ser argumento en contrario la indeterminación de ese mismo carácter en ciertos puntos, ó su presente «inefabilidad», demostradas en las diferentes opiniones, á veces radicalmente contrarias, de los extraños, y en las mismas dudas de los naturales, como respecto del *espíritu* francés acaba de verse en una recientísima información (2). Lo único que esto arguye es el atraso en las investigaciones de psicología colectiva, tan embrionaria, en efecto, por lo que toca á las leyes generales como á la determinación personal de cada grupo. Pero la afirmación de la conciencia popular (3) y las conclusiones ya alcanzadas por algunos investigadores (4), bastan para sostener la existencia real de la diferencia entre los varios pueblos actuales y pasados, aunque respecto de los primeros no se haya logrado todavía una fijación clara de los elementos característicos.

---

razas históricas modernas con los tipos antropológicos. El valor respectivo de estos se obtiene estudiándolos dentro de cada nación y comparándolos entre sí, pero no bastan á explicar la diferencia real que hay, verbi gracia, entre el carácter alemán y el francés, no obstante hallarse formado uno y otro pueblo de la mezcla predominante del *H. Europeus* y el *Alpinus*.—En punto á la no correspondencia entre las razas *antropológicas* y las familias lingüísticas (la antigua división de arios, semitas y turanios) y, en general, para lo que se refiere á las razas europeas, consúltese el excelente libro de Taylor, *The origin of the Aryans*, que resume muy bien el estado actual de los conocimientos.

(1) V. la nota de la pág. 69, y el libro de Legrand, en lo que toca á las formas y á las bases fisiológicas y psicológicas de la individualidad nacional.

(2) Aunque se refiere especialmente al *espíritu literario*, es característico. V. *Revue des Revues*, 1.° Julio, 1898: *Qu'est-ce que l'esprit français?* Opiniones de Bourget, Bréal, Desjardins, Fonsegrive, etc.

(3) La fuerza de este hecho no se ha estudiado lo bastante; pero no está en lo cierto Legrand cuando afirma que «la esencia del patriotismo es un acto implícito, pero real y continuo, de asentimiento y de amor.»

(4) Comienza ahora á estudiarse la psicología de ciertos pueblos, como el francés, el inglés, el alemán; pero aún tardará mucho tiempo en poder reducirse científicamente las diferencias de juicio que es fácil advertir,

Después de todo, no debe maravillar este hecho; es una simple consecuencia del principio de desigualdad, de individualidad, que enmedio de lo común alcanza á todos los seres. Por fortuna, ya en lo que toca á los individuos está rectificada la romántica ilusión de una igualdad absoluta, á que llevó la exageración de la jurídica, ó mejor, ante la ley; y con igual fuerza hay que protestar contra la ilusión de la igualdad (más bien se diría de la uniformidad) de los pueblos, que algunos parecen acariciar con harta ligereza. Toda la teoría de la tutela social, y de la colonización como una forma de tutela, se basa, como es sabido, en esa desigualdad (1); y aunque de ella quitemos las interpretaciones abusivas que ceden en desprecio del derecho de los peor dotados, siempre quedará en pie el principio y su fundamento en el hecho de existir históricamente pueblos superiores ó inferiores á otros. Pero las diferen-

---

comparando los relatos y observaciones de los viajeros, los refranes en cada nación afirman algo de su carácter ó del de otras naciones (principalmente en son de censura ó de burla) y otros datos que muestran la inseguridad de semejante conocimiento, hasta ahora. Como libros y artículos recientes inspirados en este sentido pueden citarse: *Profilo antropológico dell' Italia*, por Francesco L. Pulle (Firenze, 1898), que se dirige á trazar, con ayuda de la estadística, un *perfil* psicológico; *Quelques traits de la psychologie des Slaves*, por S. Korski (en la *Rev. philosoph.* Jun. 98); Fouillée, *Psychologie du peuple Français*, tomo I (París, 1898), obra excelente, aunque deja muchos puntos obscuros, quizá por que, como dice un crítico, «el carácter francés no es muy conocido en sus aspectos esenciales»; Ed. Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons* y *Les Francais d'aujourd'hui. Les types sociaux du Midi et du Centre* (París, 1898), libro este último, que contiene muchas observaciones exactas, pero que á juicio de uno de sus críticos, Lichtenberger, no es de fiar en las conclusiones, porque generaliza sobre un grupo pequeño de hechos. De carácter más limitado son los trabajos de G. Routier, *Grandeur et décadence des Français* (París, 1898), y H. Bérenger, *La Conscience nationale* (París, 1898), estudio más bien de los defectos actuales de la sociedad francesa, que de toda su psicología.

(1) V. mi estudio sobre *La dictadura tutelar en la Historia*, cap. I.

cias que propiamente establecen la personalidad de los pueblos, no son las cuantitativas, nacidas de hallarse en este ó el otro grado de civilización y de capacidad, porque éstas pueden salvarse y reducirse andando el tiempo, y no imprimen propiamente carácter, sino las que se refieren á la *modalidad* intelectual y sentimental, que persisten y aun se acentúan con la diferenciación cada vez mayor que el progreso trae consigo. Sería peregrino que, reconociendo hoy la ciencia como ley de toda evolución orgánica la diferenciación, que caracteriza cada vez más los elementos y órganos, se negase su aplicación á las sociedades humanas, pagando harto tributo al afán uniformista de la época. Lo que radicalmente distingue la personalidad del pueblo griego de la del romano, no es el haber sido uno *más* civilizado que el otro, sino el sentido, la modalidad de su civilización, á pesar de haberla recibido en gran parte el segundo del primero (1). Si á este elemento se une el del medio natural que, á pesar de la industria humana, señala inevitables divisiones del trabajo económico (2), se tendrán las bases fundamentales de la diferenciación de las naciones y de la existencia de ideales y de intereses diferentes entre ellas.

Estas diferencias de modalidad llegan, á veces, á lo más hondo del carácter, y á las cualidades que facilitan ó retrasan el progreso en la cultura (3). Pero todavía cabe creer que el contacto persistente de unos pueblos con otros, los cruzamientos, la influencia sistemática y reflexiva de la educación, en-

---

(1) El *más* y el *menos* son también muy relativos en historia, porque los pueblos no desarrollan íntegra y paralelamente todos los órdenes de su actividad. Así, el pueblo romano, que en conjunto es inferior al griego, en el orden jurídico no puede afirmarse como tal.

(2) Respecto del influjo del clima, véanse los datos aportados en mi *Enseñanza de la Historia*, págs. 160 á 190, y en las *Adiciones* (págs. 30 á 33 y 387-88 del libro *De Historia y Arte*).

(2) V. lo dicho en nota anterior, acerca de las conclusiones de Lapouge y su escuela.

tendida como Fichte la explicaba (1), disminuyan con el tiempo algunas de estas diferencias, excitando, v. gr., el afán por la cultura, el deseo de modificar las industrias para igualar á las extrañas, el impulso activo en ciertos órdenes..... Muy probable es también que el carácter cosmopolita que van adquiriendo la ciencia y el arte, la homogeneidad que en algunas cualidades presenta hoy día la civilización de tipo europeo y otras causas análogas, contribuyan al mismo fin; pero todo nos autoriza á pensar que la homogeneidad no podrá pasar de ciertos límites, porque ni las más poderosas influencias educativas pueden crear facultades que no existen (y sí solo despertar las existentes), ni borrar particularidades que reposan en diferencias de situación y de vida que escapan á la acción del hombre y pesan sobre él (2), quiera ó no quiera. Los recientes estudios de sociología jurídica y de derecho consuetudinario, v. gr., demuestran que, lejos de rectificar la experiencia el sentido de la escuela histórica ó savigniana, lo afir-

(1) Páginas 54-55 de sus *Discursos*. Es la misma teoría desarrollada luego por Guyau. Un ejemplo reciente de la influencia enorme que, á veces, pueden producir los contactos de pueblos, la tenemos en la rápida *europearización* de los japoneses.

(2) V., por ejemplo, los datos que trae el P. Duhem sobre los caracteres específicos del tipo mental inglés, comparado con el alemán, en el artículo *L'école anglaise et les theories physiques* (*Revue des questions scientifiques*, 1893, 2.° semestre, pág. 345), y el paralelo que entre la química francesa y alemana hace el Sr. Carracido en su artículo *La nacionalidad en la ciencia* (incluído en los *Estudios histórico-críticos de la ciencia española*. Madrid, 1897). En punto á la vida jurídica, sabido es que Carle dedica todo un libro (V de la 2.ª parte) de su *Vida del Derecho*, á desarrollar un «ensayo psicológico sobre el carácter mental que en los estudios jurídicos y sociales han desplegado algunos pueblos modernos», distinguiendo y caracterizando el genio inglés, el alemán, el francés y el italiano. V. en la trad. esp., Madrid, 1891, las págs. 349 y sigs. del tomo II. Con relación á grupos más amplios, (griegos, eslavos, celtas, latinos y germanos) ha expuesto recientemente Burgess en su *Ciencia política* (págs. 45 á 53 de la edición española) la psicología del genio político en las naciones europeas.

man con la prueba de que la realidad en este orden, la verdadera vida del derecho, lejos de guiarse por principios absolutos de un derecho *natural,* igual para todos, descansa en las variedades que á las instituciones imprimen los pueblos, de conformidad con su idiosincracia especial (1). La doctrina de la división del trabajo entre los pueblos, según las respectivas aptitudes y las imposiciones del medio geográfico (orografía, relieve en general, costas, etc.), y la teoría de las misiones especiales que las naciones cumplen, son de las que más legítimamente han pasado de la antigua filosofía de la historia idealista á la moderna sociología positiva; y aunque de ellas es preciso descartar interpretaciones patrioteras como la alemana de Fichte y Gervinus, y, hasta si se quiere también, toda conclusión que se refiera á los pueblos actuales ó á la historia moderna, sobran los ejemplos en la antigua para confirmar la existencia de características diferenciales entre las naciones.

No arguye en contra de esto la inseguridad y la mutabilidad que los azares de la fuerza producen en la demarcación territorial, aun de los Estados que con mayor razón pretenden ser *nacionales*; ni siquiera la vaguedad que todavía reina en punto á la definición de las voces «nación», «pueblo», «raza», «patria» y sus análogas (2), porque el criterio territorial que

---

(1) Inútil nos parece detenernos en explicar el alcance de estas afirmaciones, que no invalidan, claro es, el valor general de los principios de justicia. La cuestión ha sido demasiadamente tratada por todos los modernos filósofos del Derecho.

(2) Pueden consultarse á este propósito, además del libro ya citado de Gumplowicz, el de Burgess, por lo que toca á la explicación de la «unidad étnica» nacional, y los recientes de Auerbach, *Les Races et les Nationalités en Autriche-Hungrie* (París, 1898), y de Luigi Gasparoto, *Il principio di Nazionalità nella sociologia e nell diritto internazionale* (Turín, 1898), que compara las ideas de *patria* y *nacionalidad* en los diversos sistemas de filosofía: socialismo, cosmopolitismo, partidarios de la

hasta ahora se ha seguido, por imposición errónea de la historia política, no es el verdadero para juzgar en estas materias. Los pueblos no adquieren ni pierden personalidad por ganar ó perder unos cuantos kilómetros de frontera, sino, como antes decíamos, por poseer ó haber agotado un espíritu propio, una modalidad especial de ideas, sentimientos y conducta, una conjunción históricamente condensada—por la continua labor, obscura é irreflexiva á veces, de la masa—de intereses y aspiraciones (1); y mientras ese espíritu persiste, indicando que la persona social vive todavía, hay pueblo, hay nación, hay patria, al través de todos los cambios de dominación y de todas las segregaciones territoriales. Sin duda, la independencia política, como ya el mismo Fichte demostraba, es condición eminentalmente necesaria para que fructifique y se desarrolle el espíritu nacional, y por eso las agrupaciones que la tienen defienden tenazmente su independencia, hasta el punto de ser lícito pensar que el grupo en el cual carece de fuerza ese sentimiento ha dejado de ser pueblo, por agotamiento de su espíritu propio ó de sus energías orgánicas, y está próximo á la muerte. Pero lo que importa afirmar es que la personalidad nacional y patriótica no depende tan por completo del

---

paz universal, etc. También Legrand, *ob. cit.*, y Demolins, *A quoi tient la supériorité*, etc. (págs. 294 y sigs.) estudian los diferentes sentidos de estos conceptos. Schuchardt, en el folleto citado, que contiene indicaciones muy claras y sujestivas, llama pueblo (*Volk*) al Estado, al grupo político, y nación (*Nation*) al grupo etnográfico, «á la comunidad de lengua». En cuanto á la palabra «nacionalidad», cuya significación como «el conjunto de cualidades que caracterizan á una nación» se sustituye á veces por el sentido traslaticio, según el cual designa «el conjunto de individuos que presentan aquellos caracteres nacionales», Schuchard prefiere no usarla para evitar confusiones.—Nosotros empleamos indistintamente las voces «pueblo» y «nación», reservando la de «Estado» para designar el grupo político, que puede no ser nacional.

(2) La etimología de la palabra griega *patria*, denota ya una significación ajena á la territorialidad.

suelo como se ha creído (1), sino, ante todo y sobre todo, de la existencia de un espíritu común en el grupo. Así es posible que el pueblo judío (2) siga siendo «pueblo» (es decir, nación) aunque no posea territorio propio («patria», como se dice erróneamente); que los pueblos verdaderamente colonizadores lleven su espíritu á países nuevos y allí lo arraiguen, y que los pueblos emigrantes ó nómadas, no obstante la movilidad y continuo cambio de su territorio, hayan mantenido y mantengan su personalidad, comunicada luego á los territorios en que se establecen definitivamente (3). Lo principal, repetimos, es la existencia, en un grupo de hombres, de cierta unidad concreta en intereses, creencias y aspiraciones, en ideal y sentido de la vida; de la conciencia de esa unidad nace el sentimiento de solidaridad y amor referido á todos los que de ella participan, afirmando la personalidad del grupo y distinguiéndolo de los demás: por donde, de cada vez, á medida que se acumula tradición, á medida que el tiempo va consolidando la conexión entre los elementos constitutivos y la herencia colectiva, va diferenciándose y cristalizando el genio nacional, la patria moral.

Verdad es que el predominio alcanzado en la vida social por la forma sedentaria y la desaparición, desde hace siglos, de las grandes emigraciones, han unido sólidamente á la patria

---

(1) Salvo en lo que el suelo *influye* en formar ese espíritu, como hemos visto. La doctrina de las unidades geográficas, en su relación con las étnicas, para formar el tipo perfecto de nación, responde á otro sentido del que ahora nos guía en el texto, que no pretende negar la esencialidad de los dos factores (suelo y pueblo) que Renán consideraba como fundamentales para el nacimiento de la nación.

(2) Es el único ejemplo de pueblo sin patria.

(3) La historia antigua y la de los tiempos medios ofrecen numerosos casos que demuestran esta afirmación. V. v. gr. el libro de Ihering, *Prehistoria de los indoeuropeos*, y recuérdese á los germanos, á los árabes, etc.

moral la patria material, como elemento fijo (1); pero nótese que, salvo episodios siempre pasajeros de conquistas militares, la tendencia general (manifestada así que terminaron las oscilaciones producidas durante toda la Edad Media por el último movimiento de emigración en Europa) sigue la dirección de establecer las divisiones territoriales sobre la base de la comunidad de espíritu (principio de las nacionalidades), subordinando aquellas á éste y enlazando los grupos que pueden reconocer una patria moral común; siendo lo exacto, en esta corriente histórica de las nacionalidades, que el hecho no procede de la doctrina (como erróneamente suponen algunos), sino al revés, la doctrina no ha sido otra cosa que el reconocimiento por los eruditos de un hecho natural, de una aspiración anterior de las masas, aunque en la práctica el egoismo de las minorías gobernantes, y aun la misma exageración del elemento negativo que el amor patrio (como todo amor) tiene, hayan producido perturbaciones que aún duran en parte.

Guiados por este criterio, no nos parecerá contradicción que el amor patrio se nutra (secundariamente en rigor, fundamentalmente en apariencia, muchas veces) de elementos que proceden del territorio. El apego al terruño en que se nació y vivió los primeros años, la preferencia por la naturaleza y las condiciones geográficas de la patria local (y aun de la nacional) son, para muchas gentes, condiciones primarias del patriotismo, y el lenguaje vulgar confirma este hecho cuando, al pedir una *patria*, entiende pedir «un pedazo de suelo;» pero también es cierto que los mismos que esto sienten, responden cuando se da á la patria un sentido moral y un alcance que trasciende del terruño natalicio, afirmando siempre la existencia de los estratos afectivos é intelectuales que la comunidad de intereses y de ideal van produciendo en el alma del

(1) No quiere esto decir que los nómadas no tengan suelo; pero en ellos es mudable é influye menos, en punto á la determinación de los demás caracteres sociales, que en los pueblos sedentarios.

pueblo. El efecto de desnaturalizarse que se produce en los hombres de vida errante y aventurera, cuando la emprendieron demasiado jóvenes ó no se hallan provistos de un sentimiento vigoroso de la solidaridad con el grupo de que proceden, nace, no de que pierdan de vista el *territorio* de su patria natal (que pueden seguir amando geográficamente, que diríamos), sino de romper la *comunicación* ideal con el grupo. Pero como no se pueden *desnaturalizar* á la vez todos los individuos de un pueblo, ni siquiera la mayoría, estos ejemplos aislados nada dicen en contra de la realidad y esencialidad del patriotismo (1); siendo también lo más frecuente que se produzcan: ó en individuos que no han tenido tiempo para formarse en aquel espíritu, ó por los que padecen de ese misantropismo especial que el vulgo califica aplicándoles el nombre de *descastados*. Natural es, sin embargo, que el carácter *territorial* del patriotismo sea más acentuado en los grupos y en los individuos de escasa cultura y poca movilidad (los montañeses, v. gr.), mientras que el carácter moral se acentúa y progresa en los grupos cultos, ciudadanos, que viajan y se transportan fácilmente; y que, al fin y al cabo, contribuya ó pueda contribuir en todos á fundamentar más sólidamente (aunque también con mayor estrechez y egoismo) el senti-

(1) Así lo piensa también un autor español tan poco sospechoso para los modernistas como el Sr. Corominas *(Psicología del amor patrio,* en la revista *Ciencia social,* núm. 6, Marzo 1896). Véase en la pág. 173 cómo explica la formación *afectiva* del amor patrio.—Pero conviene no aceptar de ligero la afirmación de que sólo una escasa minoría intelectual concibe la patria abstracta, la patria que trasciende del trozo de suelo natal. Obligan, por lo menos, á reserva en este punto, hechos como las resistencias espontáneas á la dominación extranjera, y los sentimientos de vanidad nacional y de celos internacionales, expresados en proverbios, refranes, canciones y otras formas de literatura popular, comunes á todos los pueblos, y que reconociendo una solidaridad más amplia que la del grupo local, afirman un carácter, un amor propio y hasta intereses algo más que del terruño.

miento de la patria nacional, de cuya suerte depende tanto la de cada parte de territorio.

Ahora bien; para nosotros, lo esencial del patriotismo es la moral. Habrá sentimiento patriótico en los pueblos que se hayan afirmado, en el proceso del tiempo y por la acumulación de intereses, riesgos, sensaciones, ideas, etc., con una cierta unidad y solidaridad sociales, cristalizadas en un carácter común y una idealidad colectiva. La manera cómo esto se haya producido; la cualidad y origen de los elementos concurrentes, si se han fundido en la persona nacional, ya sean de una ó de varias razas, nada de esto importa frente á la existencia de aquel hecho en un momento dado de la historia, como tampoco modifica en manera alguna este hecho la persistencia de modalidades regionales ó locales de todo orden, que ora se refieren á condiciones subordinadas de la vida, ora representan un factor de los varios que, enlazándose y completándose, ó rectificándose, han producido la resultante común. Claro es que con esto se afirma la temporalidad y dependencia histórica en que están la nación y el patriotismo; pero téngase cuidado en no confundir tales caracteres con el de contingencia, cosa á que propenden, por error muy generalizado, algunos críticos. Las variaciones que ha sufrido el mapa político de Europa, v. g., no dan materia para el menor argumento contra la realidad y sustancialidad de los grupos nacionales modernos en que existe un sentimiento patriótico. Aun en los tiempos más bajos de la Edad Media, es decir, en los de más confusión de los elementos sociales europeos, es posible discernir los nucleos caracterizados diversamente, que habían de ser base de las naciones futuras. A medida que el trabajo de reorganización adelanta, van dibujándose mejor y más claras las líneas propias de cada nucleo, con modificaciones ligeras á veces, producidas por la ingerencia de un factor nuevo, que se asimila, ó con excisiones que llegan á causar estado y caracterizarse á su vez. Pero todo esto cúmplese por encima de la mayor ó menor extensión de los Esta-

dos; y así, con las comarcas del Rhin ó sin ellas, el pueblo francés señálase por la misma individualidad; con más ó menos divisiones políticas, el pueblo italiano es uno, y siente, desde muy temprano, su unidad; y frente á él, á pesar de todas las dolorosas gestaciones de su consolidación política, el grupo germano afirma su carácter completamente distinto, etcétera. Las modificaciones territoriales no producen efecto sino á la larga, cuando traen por consecuencia que una parte de población pase al dominio de un grupo diferente, mayor ó de más enérgica individualidad, y permanezca así durante mucho tiempo, sin interrumpirse la prescripción, sufriendo influencias nuevas, que hacen variar la orientación de la solidaridad. Así, por ejemplo, los vascos y los catalanes franceses, que, á fuerza de años de hacer vida común con un pueblo diferente del suyo de origen han perdido el sentido de comunidad de vida y patria con los vascos y catalanes españoles, no obstante conservar algunos elementos de relación, como el idioma (1). Pero estas mudanzas—que si bien se considera no han afectado, desde el siglo V á la fecha, sino á muy contadas agrupaciones, ó destruídas casi completamente (v. gr., los alanos), ó absorbidas socialmente por el dominador político, ú obligadas á emigrar (v. gr., los vándalos, que á su vez eran invasores recientes de país extraño)—no se cumplen en un día; y presente está el ejemplo de naciones desaparecidas por usurpación y pérdida de independencia en nuestra época que, ó han logrado reivindicar esas condiciones (lo cual prueba la pesistencia del espíritu nacional, v. gr. Grecia) ó demuestran bien claro el deseo de reivindicarlas si les fuera posible, procu-

(1) Las corrientes regionalistas modernas, que pretenden resucitar la solidaridad de estos dos grupos, para soldar nuevamente sus mitades y hacer el todo independiente, reproduciendo la existencia de Estados antiguos más ó menos reales (especialmente por lo que toca á los vascos), son puramente eruditas. La masa no las siente, á lo menos en la forma que los regionalistas desean, sin que esto obste á «el amor de la tierra natal» que todos tenemos, aunque sintamos el amor nacional también.

rando, mientras tanto, salvar y acentuar el carácter propio (v. gr. Polonia). Sin duda que estos hechos varían mucho, según los casos; hay pueblos cuyo sentido nacional y patriótico es más tenaz y vivo que el de otros, ya por estar más solidificado, ya por descansar sobre una realidad más perfecta, y éstos resisten más; hay también otros que todavía se hallan en germinación (por ejemplo, muchos de Africa) y que quizá no lleguen á granar por interposición de factores europeos más robustos y dotados de una enorme potencia asimiladora (las más de las veces, hay que decirlo, destructora). Pero siempre, cuando se trata de personalidades nacionales plenamente diferenciadas, el cambio no se produce sino después de mucho tiempo de sufrir las influencias ajenas acompañadas de dominación política.

Por último, no debe perderse de vista que los pueblos no son eternos, y que muchos, más poderosos que las grandes nacionalidades modernas, han desaparecido del mundo.

Cuando un pueblo ha agotado su ideal y sus energías naturales, ó se ha depravado moralmente, ó ha caído en un anárquico egoísmo como el que Fichte pintaba en los *Caracteres del tiempo presente,* perdiendo todo interés por defender y salvar el carácter y la independencia nacionales, es lógico que decaiga y se deje absorber por otro pueblo que se halle en pleno período de desarrollo nacional; y hasta puede desaparecer por completo, aunque á veces esta desaparición sea más aparente que efectiva, continuando, por bajo de la exterioridad política contraria, la realidad del genio nacional, aun á despecho del propio pueblo decaído, que se impone al vencedor; testigos, Grecia y Roma (1). Conviene también advertir que quizá no formamos una idea equivocada de la dinámica social y política del mundo antiguo; que tal vez las condiciones de

(1) No sabemos todavía nada cierto en punto al fenómeno de las decadencias y aparentes desapariciones de pueblos. Es cuestión que la sociología histórica necesita estudiar detenidamente.

vida de los pueblos modernos son muy diferentes de las de sus predecesores y más aptas para la persistencia de la personalidad; y que, en fin, la teoría de la renovación de los pueblos y de las fatales leyes de desarrollo que los condenan, como á los individuos, á muerte inevitable (teoría quizá demasiadamente sujeta á una pura observación histórica limitada, que no puede elevarse á ley), necesita de una detenida revisión para contrastar su derecho á influir sustancialmente en nuestras concepciones de estos fenómenos sociales (1). Y es posible que á estas nebulosidades contribuya también, por su parte, el hecho de que, existiendo en un pueblo dado *muchos* de los elementos que componen el genio ó espíritu nacional, y no ignorándolo, sino conociéndolo con más ó menos claridad, el pueblo mismo, no llegue á *sentirlo* con suficiente fuerza para fundar realmente la unidad, ó claudique en algunas de sus manifestaciones más aparentes, y al fin y al cabo, de positivas consecuencias; v. gr., en la necesaria solidaridad defen-

(1) En el proceso general evolutivo del organismo social humano, ¿señala la Edad Antigua un grado sólo (inferior al presente), ó se dió ya en algunos pueblos orientales y clásicos toda la complejidad y organización necesarias para constituir un Estado sólido y no una forma pasajera? Problemas son estos que me parecen aún poco claros en la Sociología experimental, aunque para algunos autores, como Burgess, la impotencia política de los asiáticos y del pueblo griego sea punto menos que axiomática. En punto á la negación de la ley de desarrollo de los pueblos, concebida á la manera tradicional, es sugestivo el siguiente pasaje de un artículo del Sr. Vidal y Jumbert (*¿Cuál es el elemento enfermo?*, en *La Vanguardia* de 18 Agosto, 1898): «En esto me aparto de los que comparan el desarrollo de una nacionalidad á la vida individual en sus tres períodos de juventud, plenitud y muerte; porque las grandes nacionalidades (España ha sido una de las más grandes, aunque otra cosa opinanlos pesimistas de encargo por todo lo español) tienen varios desarrollos, procesos, pero de ninguna manera comparables á los tres de la vida individual.»

siva contralas agresiones exteriores, según ocurrió en Grecia (1).

Con todas estas salvedades, volvamos nuevamente á la realidad actual. Siempre que nos hallemos en presencia de un grupo humano organizado actualmente en territorio propio, con civilización y carácter diferenciados, con historia común á todos sus componentes en un largo período de tiempo, y que tiene conciencia de su personalidad (2), la ama y la quiere sostener, ¿por qué no ha de ser lícito y humano fomentar esa conciencia y ese amor, procurando sostener el genio nacional, defenderlo de las agresiones que pretenden destruirlo, y procurar su difusión en lo que tiene de bueno para beneficio de la humanidad misma, que nunca sacará mejor provecho de cada uno de sus factores que cuando todos desarrollen su actividad originalmente, según su idiosincracia; así como toda sociedad no pierde, sino que gana, con que se produzcan original y personalmente cada uno de sus individuos? La homogeneidad de los caracteres no sólo es una ilusión, sino que, de poderse lograr artificialmente en un momento y espacio dados, sería un mal (3). Por muy fuerte que sea el pesimismo nacional, el menosprecio que en momentos de decadencia suelen sentir los individuos que más participan de ese estado respecto de la colectividad toda, convirtiendo en

(1) El ejemplo de la división de las antiguas tribus españolas, motejado por los historiadores clásicos como el hecho que produjo la absorción romana, no puede equipararse á éste, á mi juicio; porque el grado de evolución social en que estaban las tribus peninsulares, ni era tan adelantado, ni mucho menos tan homogéneo como el de los grupos griegos, en que los factores comunes estaban muy acusados en casi todos los órdenes.

(2) V. sobre el carácter de «sentimiento inmediato de conciencia» que tiene el patriotismo, y su independencia de toda demostración concreta (á veces imposible) de la existencia de la persona nacional, á Fichte, Dis. IX, al cual siguen Foullée, Lagrand y los demás autores modernos.

(3) Consúltese Fichte, *Disc. cit.*

absoluto el juicio relativo (y quién sabe si exacto) de una situación transitoria; por muy graves, hondas, exageradas y apasionadas que sean las antipatías extranjeras, hijas siempre, no de una noble repugnancia humanitaria, sino de la envidia, del recelo ó de la venganza, ¿quién se arrogará justamente el derecho de condenar en definitiva á un pueblo, dándolo por inútil, por muerto, por falto de toda condición buena que, debidamente desarrollada, pueda servir para el progreso del mundo? (1) Los *sociólogos* que reparten con ligereza desenfadada patentes de vitalidad ó decadencia irremediable, de utilidad ó inutilidad, de aptitud ó ineptitud para la civilización á los pueblos, no son hombres de ciencia, no tienen derecho á ser escuchados seriamente; ó son políticos disfrazados, que buscan con sus sentencias la formación de una atmósfera conveniente para la realización de planes interiores ó internacionales, ó son fanáticos (reaccionarios unas veces, radicales otras) que se dejan llevar por sus fanatismos y cierran los ojos á la historia y á la psicología colectiva. Aquella cristiana confianza que á los correccionalistas en Derecho penal hizo negar rotundamente la posibilidad de afirmar nunca, por modo decisivo, la incorregibilidad de un sujeto, tiene más fuerza y mayor aplicación respecto de los pueblos, cuyas energías son más hondas y complejas que las de los individuos, y de cuya psicología sabemos todavía tan poco, que nos veda resolver de plano acerca de la esencialidad ó accidentalidad de fenómenos cuya medida cronológica no es, ni puede ser, igual á la que rige en los casos individuales.

(1) Tomemos como ejemplo los pueblos asiáticos ó africanos, tenidos como bárbaros, ó, cuando menos, positivamente inferiores, hoy día, á los de Europa. ¿Acaso si la colonización de los civilizados europeos no los destruyese, como los destruye en los más de los sitios, serían incapaces de llegar á constituir nucleos importantes de organización social? ¿Quién se atrevería á negarlo en absoluto? El ejemplo del Japón es bien elocuente, y todavía no sabemos las sorpresas que nos reservan los pueblos de la China, del Indostán, del Africa, N. E. y otros.

Ni siquiera cabe la posibilidad de decidir en muchos casos respecto de la *superioridad,* para el verdadero progreso de la especie humana, de tales cualidades sobre tales otras; porque ni es uniforme y definitivo el concepto de *civilización* que hoy tenemos (1), ni quizá las preocupaciones que nuestro tipo moderno nos ha creado nos dejan bastante lucidez para decidir respecto de ciertos factores morales, tal vez de mayor importancia que otros materiales y de confort que nos deslumbran (2).

Yo sinceramente me pregunto si ciertas naciones muy desarrolladas en no pocas esferas de la civilización moderna, y no sólo en lo material, sino en lo intelectual, prestan con esto á la especie un favor que exceda, ni aun compense, el ejemplo terrible, desmoralizador, verdaderamente bárbaro que le dan con los procedimientos de falsedad, de maquiavelismo, de rapacidad, de injusticia, que sistemática y reflexivamente siguen en las relaciones internacionales y en el trato con los pueblos inferiores ó con ciertos elementos socialés de su propia nacionalidad ó Estado (v. gr., los negros, en la América del Norte; los judíos, en Alemania; los chinos en California, etcétera). El pesimismo que esto crea; la perpetuación que produce de una moral (de una inmoralidad más bien) egoista; la creencia, que ayuda á mantener en la superioridad de la fuerza bruta sobre el derecho; la superstición que origina respecto de la esencialidad y la fatalidad de la llamada «lucha por la existencia», ¿no son acaso males terribles para el progreso fundamental de la sociedad, al lado de los cuales pierden, si no todo, gran parte de su valor, los adelantos de las artes y de la industria, los refinamientos de la cultura científica, con-

(1) V. el cap. III de mi *Enseñanza de la Historia.*

(2) Cf. especialmente la doctrina de Metchuikoff y la de Gumplowicz (capítulo XXXVI), y el reciente libro del Dr. Mehemed Emin Efendi, *Kultur und Humanität. Völkerpsychologische und politische Untersuchungen* (Vürzburg, 1897), interesantísimo en muchos respectos.

vertida en placer solitario de una minoría y no en bálsamo que calme las malas pasiones y mejore la voluntad?

Y si de estas reflexiones resulta muy aventurado decidir respecto de la superioridad absoluta de un pueblo sobre otro, y de la conveniencia de adoptar universalmente y de un modo completo el tipo del presunto *superior*, como si los demás no ofreciesen ningún elemento aprovechable para la obra común humana, ¿parecerá cosa más fácil decidir en punto á la utilidad de destruir la variedad riquísima de los genios nacionales, reduciéndoles á una simplicísima homogeneidad por el dominio incontestable y la presión de uno solo? ¿Acaso ganará más el género humano con la uniformidad que con el sostenimiento de la especial originalidad de cada uno de sus grupos? ¿Acaso le prestará más servicio un pueblo renunciando á su propio carácter (no sólo en lo que tenga de propiamente suyo, sino hasta en el modo de *interpretar* y desarrollar lo ajeno asimilado), que procurando mantener, purificar y engrandecer ese mismo carácter? Ni cabe, en fin, asegurar—y menos hoy día, dada la orientación y las conclusiones de los modernos estudios filosóficos y sociales—que la formación del tipo ideal humano se logre mejor por la absorción de todos los elementos en uno solo, que por el juego libre de todos ellos, cada cual en su esfera y á su modo, perfeccionándose cada vez más por la experiencia concreta de una función especial.

La insensatez del aislamiento; la necesidad de estar recibiendo continuamente influencias de los demás, de los que son diferentes á él (necesidad tan esencial en los pueblos como en los individuos para la propia nutrición psíquica); el reconocimiento de la solidaridad de todos los grupos humanos en la obra de la educación, de tal manera, que nadie sabe jamás á ciencia cierta si en la obtención del estado presente hay más elementos indígenas que ajenos, ni aun entre éstos cabe siempre determinar cuáles predominan ó de dónde vienen, nada de esto sentencia en contra de la necesidad de sostener la personalidad de los pueblos constituídos, como factores útiles, y tal vez im-

prescindibles, en la compleja obra del progreso humano, para la cual no se basta uno sólo, ni quizá la naturaleza de nuestro espíritu consiente que toda la carga y todas las condiciones pesen ó se hallen en *un* grupo social, como positivamente no se hallan en *un* individuo, por alto y equilibrado que sea, ni en una generación.

Rafael Altamira.

BAJO LOS AUSTRIAS

LA MUJER ESPAÑOLA EN LA MINERVA LITERARIA CASTELLANA [1]

(CONCLUSIÓN)

En Sevilla, en los primeros años del siglo XVII, hubo una doncella ilustre por su cuna é ilustre por su talento, que pretendió una restauración clásica del teatro, basando en ella la fundación del teatro nacional. Llamábase esta señora doña Feliciana Enríquez de Guzmán. Descendía del Condestable D. Juan de Portugal, biznieto del Rey D. Juan III, cuya mujer, doña Isabel Enríquez, fue nieta de D. Enrique II de Castilla, y entre sus deudos no lejanos contábase doña Isabel En-

(1) En los números correspondientes á los meses Enero á Marzo de 1897 se publicaron en esta Revista los artículos anónimos titulados «Los salones de la Condesa del Montijo», que fueron reproducidos, casi íntegros ó extractados, por *La Época*, *La Correspondencia de España* y otros muchos periódicos nacionales y extranjeros, y que la opinión pública recibió con marcado favor.

Se atribuyeron, después de largas discusiones, á alguno de nuestros más insignes literatos académicos; y con objeto de poner en su punto la verdad y dar á cada cual lo suyo, cumple á nuestra rectitud declarar que el autor de dichos artículos es, lo mismo que del presente, el sabio escritor político y literato D. Juan Pérez de Guzmán, Director que fue de *La Época* desde 1875 á 1877, el cual se propone reproducirlos corregidos y con algunos interesantes apéndices. (*N. del D.*)

ríquez, Marquesa de Montemayor, que edificó el monasterio de Santa Paula de Sevilla para que la sirviera de sepulcro. A pesar del alto linaje, la fortuna fue adversa á los de esta familia. D. Alonso Enríquez de Guzmán, hermano mayor de doña Feliciana, «caballero noble desjarretado,» se dió á la vida militar de aventuras, y sus hermanas menores doña Carlota y doña Magdalena profesaron en Santa Inés. Aunque inclinada doña Feliciana á los estudios, es decir, á los altos estudios de los humanistas y de los filósofos, las leyes de la naturaleza llamaron á su corazón, y aunque correspondida, hallando oposición para su enlace, y alejado el galán á Salamanca so pretexto de hacer su carrera literaria, doña Feliciana, juntando al amor apasionado el arrojo y la resolución, vistió traje de hombre y marchóse á Salamanca también, no para manchar su nombre, sino para seguir las leyes de su destino. El fingido estudiante tres años pudo sostener el secreto de su disfraz, y en ellos ganó lauros y premios, principalmente en los ejercicios de la poesía. Al cabo de este tiempo concibió celos del que amaba, creyéndole infiel, y en un día la celosa pasión rompió el velo de lo que había estado por tres años encubierto. Fugitiva de Salamanca, primero se amparó á Coimbra y á Lisboa hasta que, restituída á Sevilla, se unió al hombre por quien había hecho tantos sacrificios y corrido tan novelescas aventuras.

Fija siempre en su pensamiento predominante de arrancar el teatro de las manos bárbaras del vulgo y darle las formas convencionales del magisterio grecorromano, ningún asunto le pareció más adecuado para el ensayo que se proponía, que la misma novela real de la vida de que había sido principal papel y protagonista, mas desfigurando la acción de manera que, pudiendo ser interpretada, no fuera del todo conocida. De este plan fue producto la tragicomedia *Los jardines y Campos Sabeos*. La publicó en dos partes, de las que la primera se imprimió en Lisboa y la segunda en Coimbra, en el año de 1624, y después, las dos reunidas, en Sevilla en 1627. La

obra no tiene nada de dramática ni representable, y la sumisión de argumento tan interesante á tantos convencionalismos del modelo artístico que se propuso y de las consideraciones domésticas y sociales que cohibían los vuelos del ingenio, la constituyeron en una obra curiosa de nuestra literatura, y aún más curiosa porque en el pensamiento de una mujer hubiera nacido la idea de dar origen propio á un teatro nacional y artístico, pero no en un monumento verdadero de la poesía dramática. El teatro nacional ni pudieron fundarlo las farsas chavacanas de los juglares trashumantes, ni las tentativas artísticas de los que, como decía Gracián, solían ser sabios en latín y tontos en romance. Lope de Vega hirió con el suyo el corazón de las multitudes, y lo creó la opinión.

Doña Feliciana Enríquez de Guzmán dejó algunos versos líricos distribuídos en diversas obras de su tiempo y, sobre todo, entre los panegíricos que se hicieron á la *Información en derecho por la Purísima Concepción de Nuestra Señora*, que en 1625 publicó en Sevilla su marido D. Francisco de León Garavito, sobrino del célebre poeta Baltasar del Alcázar, señor de la Puñana; mas en realidad carecía de la vena de la inspiración lírica de las demás poetisas de que se ha hecho referencia.

Al entrar Madrid en la palestra con el concurso personal de sus poetisas, dignas de este nombre y de esta fama, nos presenta agrupados dos nombres que se destacan considerablemente de la turbamulta de las Academias y de los conventos: el de la hija del Conde de Castro, doña Antonia de Mendoza, dama de la Reina y poetisa de palacio, y el de doña María Nieto de Aragón, de cuna noble, aunque no de tanto lustre, y cuya vena poética se desborda en todos los accidentes familiares de la corte de Felipe IV. De doña Antonia de Mendoza no hay versos impresos; de doña María Nieto de Aragón, muchos, unos en obras sueltas editadas por ella misma, otros inclusos en las crestomatías de su tiempo. Doña Antonia de Mendoza formaba parte de aquella servidumbre

aristocrática y literaria que inundó durante toda su vida la regia estancia de Felipe IV. Con doña Luisa Enríquez y con D. Jaime Manuel de Villena, era la obligada para los *motes* poéticos de las recreaciones íntimas de la cámara de la Reina con las damas y la alta servidumbre, á que solían asistir el Rey y el Conde Duque. Llamábasela *la divina Antandra*, y sus discreteos eran tan celebrados como los de su homónimo varón D. Antonio de Mendoza, que llevaba el sobrenombre de *El discreto en palacio*. Sus improvisaciones eran tan geniales como esta que hizo en cierta ocasión:

El galán que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

Poco afortunada en sus amores, siempre conservó en su alma la llama de su primera pasión, y sus versos, que se conservan, transpiran la vehemencia de sus afectos, sobre todo cuando escribe la *Silva panegírica* al Marqués de Velada, y su *Soneto* al mismo, que comienza:

Ninguno igual á tu gallarda mano
Rige el caballo, ni el acero mueve.....

El Marqués de Palacios, sobrino del Conde Duque, se quejó en sus *Poesías* de que esta dama le había levantado enemistades en el regio alcázar, porque después de haberla cortejado por algún tiempo, se inclinó más á la hermosa catalana doña Catalina de Moncada; pero doña Antonia de Mendoza llegó á casarse con el Conde de Benavente; doña Catalina, con el Príncipe de Paternó, Duque de Montalto, y el Marqués de Palacios con ninguna. Los poetas del oficio tenían en gran reputación á doña Antonia, y Quevedo la dedicó, bajo el seudónimo de *Antandra*, el soneto cuyas palabras todas llevan la *A* de su nombre por inicial. La *Elegía á la muerte de la Marquesa de San Román y Astorga*, «que murió muy moza, recién casada, y

que era muy hermosa y muy discreta, y que lastimó á toda la corte», es, sin duda, la más sentida é inspirada de sus composiciones. A la de la Reina Doña Isabel de Borbón, de cuya Cámara era, sólo hizo estos cuatro versos:

Al cielo sube Isabel
Del suelo, porque es estrella:
Y naide ganó más que ella,
Ni naide perdió más que él.

No realzaba este mismo laconismo las dotes poéticas de doña María Nieto de Aragón. De 1645 á 1647 empalmó en largos y sendos poemas, odas y sonetos, las *Lágrimas á la muerte de la augusta Reina nuestra Señora Doña Isabel de Borbón*, con las *Obras epitalámicas á las bodas de Doña Mariana de Austria con el Rey Felipe IV*. De su estilo y estro puede dar muestra uno de estos sonetos al Rey Don Felipe por la muerte de Doña Isabel. Dice:

A la pérdida iguala el sentimiento
Del corazón Real solicitado,
Que no cabiendo en sí, ya arrebatado
Rompe en señas visibles de tormento.
Con augusto valor el sufrimiento
En batalla cruel, siempre animado,
Abate al desconsuelo que postrado
Cual Acteón robusto cobra aliento.
Alcides español, la fuerza pura
Levanta de la tierra al zafir puro,
Que goza de Isabel la luz serena.
Allí el lauro inmortal te da seguro;
Y pues que tu gobierno al orbe enfrena,
Que tus ansias den ley al rigor duro.

A la altura verdadera del genio se remontan en la lírica castellana del siglo XVII dos insignes portuguesas: doña Bernarda Ferreira de la Cerda y sor Violante do Ceo. A esta última, uños han querido compararla con nuestra Santa Teresa de Jesús, y otros con nuestra musa mejicana sor Juana Inés de la Cruz. ¡Infecundos juicios! Cada genio en la Historia, va-

rón ó hembra, no se parece sino á sí propio, y esa es la línea exclusiva que los distingue. En sor Violante do Ceo, con ser una artista consumada de los conceptos rítmicos, ni hay el éxtasis espiritual de nuestra reformadora del Carmelo, ni hay la pasión humana febril, calenturienta, de sor Juana Inés de la Cruz.

Doña Bernarda Ferreira de la Cerda sobrepuja en todas las condiciones poéticas á sor Violante. Doña Bernarda se presentó en 1618, en Lisboa, en la palestra literaria, aspirando á la corona de laurel y de encina de Caliope, con la primera parte de su poema épico *Hespaña libertada*. Jamás en lengua alguna la entonación épica había entrado en las facultades artístico-literarias de la mujer: y el voto lisonjero con que la opinión acogió la obra de la nueva poetisa, demostró que realmente había tenido alientos sobrados para salir airosa del empeño que había acometido. Hasta entonces doña Bernarda no había sido conocida más que en los pequeños ensayos líricos de la multitud vulgar, aunque desde el primer instante, reivindicando para sí con ellos un lugar de excepción. Desde la aparición de la *Hespaña libertada*, hasta el envidioso Lope de Vega quiso discernir estrellas por laureles para sus sienes de gigante. Volvió después de nuevo la gentil poetisa hispano-portuguesa al palenque lírico; pero no para disipar las alas de su genio en bagatelas efímeras. Abordó la poesía lírico-descriptiva, y en las *Soledades de Buzaco,* impresas en Lisboa en 1634, vertió joyas de eterno valor en el tesoro espléndido de nuestro Parnaso nacional. Leamos alguna de estas descripciones:

Por entre las peñas duras
Que se cuelgan de los cerros,
Ya coronando la tierra,
Ya siendo basas del cielo,
Hay mil cóncavas cavernas
De laberintos perfectos,
Que en intrincados anfracios
El aire retumba en ecos.

Habitan muchas especies
De animales dentro de ellos,
Y de cada especie de estas
Hay individuos sin cuento.
El cerdoso jabalí,
El pardo ligero ciervo,
Que corre los montes altos
Más veloz que el mismo viento.
También el cobarde corzo
Anda por allí sin miedo;
El tejón y la gineta,
La zorra y el lobo fiero,
La cauta y tímida liebre,
Con el inquieto conejo,
Que desde una piedra en otra
Salta lascivo y travieso.
Los ligeros pajarillos
Son tantos, y tan diversos,
Que, volando por el aire,
Forman escuadrones densos,
Rompiendo con sus gargantas
Aquel profundo silencio
Sin compás, claves ni letras
Hacen concordes acentos.
La filomena se queja
Entre dulcísimos quiebros;
Respóndele el jilguerillo
Con el chamarís parlero.
La negra mirla le ayuda,
Mientras en los ramos secos
Gime la tórtola triste
Por su compañero muerto.
También gime de otra parte
Progne por el hijo tierno,
Que por vengar á su hermano
Mató con tirano pecho.
Arrulla la palomilla
Y graznan el negro cuervo
Y el ánade en la laguna
Mientras se baña contento.
Entre ellas bate las alas

El nevado cisne bello,
Que con música suave
Festeja el día postrero.
La garza y perdiz calzada
Andan allí sin recelo,
La galerita y la grulla
Vigilante en todo tiempo.
Allí el águila real
Tiene larguísimo imperio,
Y enseñan las hijas suyas
A mirar al rubio Febo.
Infinitos pececillos
Nadan por los arroyuelos,
Vistiendo el aire de plata
Con sus saltos y rodeos.
Concuerdan sólo en ser peces,
Que en lo demás son diversos,
Con diferencias notables,
Con apellidos inmensos.

Doña Bernarda Ferreira no dejó sin concluir su poema predilecto, y aunque murió sin publicarle, después de haber adscrito el voto de su pluma y numen á todas las emociones gloriosas de España en su tiempo, la segunda parte de la *Hespaña libertada* pudo publicarse, póstuma, en 1673, no siendo en mérito é inspiración sostenida desigual á la primera.

Aunque Salamanca era á la sazón un nido de alumnos de Apolo de los dos sexos, verdaderamente como modelos artísticos de la palabra y de la rima no merece citarse más nombre de mujer que el de doña Antonia Jacinta de Barreda. Para medir la elevación de su espíritu basta leer el soneto que Grande de Tena incluyó en las *Lágrimas panegíricas* por la muerte del doctor Juan Pérez de Montalván. Sólo en la elección del asunto dejó ver doña Antonia la humanidad profunda y generosa de sus entrañas. No se dirigió al muerto en los encomios vulgares que todos los poetas, en número que se pierde de cuenta, le tributaban. En la muerte de un hijo el

dolor es del padre. A éste dirigió doña Antonia el soneto de su inspiración, que dice:

No cubra el rostro, venerable anciano,
El diluvio de lágrimas que viertes,
Que serán con tu lástima dos muertes
Que enternezcan el pecho más tirano.
Ya no te obliga sentimiento humano
Si á tanto extremo prodigioso adviertes:
Porque llorando el mundo de mil suertes
Tu llanto suple el cielo soberano.
Mas ¡ay! que no es consuelo suficiente
Al dolor que te oprime tan prolijo
Aunque á la piedad mía más le cuadre;
Porque aunque llora el mundo amargamente
No hay quien á un padre llore como un hijo
Ni quien á un hijo llore como un padre.

No concluyen, ni se cifran, en las hasta aquí citadas las grandes poetisas de Castilla en aquel tiempo: de Burgos adelanta su simpática figura doña Beatriz Sarmiento, enlazada en la casa de los Maluenda, y de Medina del Campo la inspirada, abundante y discreta doña Leonor de la Cueva y Silva. La poesía de la primera es un bordado de lentejuela de plata la de la segunda de oro puro. Doña Leonor de la Cueva y Silva llena con sus obras todo el espacio que media entre los primeros años del reinado de Felipe IV hasta el último tercio del siglo XVII, hasta el año 1689, en que se encuentran dos de los pocos sonetos impresos que hay suyos, uno en el *Numeroso desengaño de la vida y breve diseño de la muerte de la Reyna N. S. Doña Luisa María de Borbón*, y el otro, hacia la misma fecha, en un *Poema* corto, impreso también, de D. Antonio Bartolomé Benavides Osorio Enríquez y Guerrero. Pero el caudal de su poesía espontánea, nerviosa, juvenil, que permanece inédita, corre de 1634 hasta el *Certamen* que Felipe IV mandó celebrar para rendir el culto del amor nacional á los soldados que murieron en la batalla de Lérida, palestra en que también tomó parte. Los versos de su primera edad tenían por

asuntos la patria, la gratitud, el amor. En todos fue excelente. ¿Es la patria la que la inspira? Véase el bello soneto *A la primera salida á Atocha de la Reina Doña Isabel de Borbón después del nacimiento del Príncipe:*

Salió á espaciar una mañana Isbella,
Y creyendo las aves ser la aurora,
Con dulce canto y música sonora
El viento rompen por llegar á vella.
Mas mirando en su luz que era más bella,
Piensan ser Cinhtyo que la tierra dora,
O de las bellas plantas nueva Flora,
Venus de amor, si no del cielo estrella.
Acuchillan el aire bullicioso
Teniendo á Isbella por su nueva diosa,
Diana de la noche, del sol alba;
Reina en belleza ante lo más hermoso,
Y ufanas de gozar su luz gloriosa
Con mil dulces canciones le hacen salva.

¿Le inspira la gratitud cuando el Infante Cardenal don Fernando, partido para las campañas de Flandes, da á su hermano D. Antonio de la Cueva y Silva su guión el día que entró en Milán? He aquí cómo la poetisa envía al vencedor de Nordlingha el voto expresivo de su gratitud, deseándole todo género de recíprocas venturas:

Segundo Apolo del mayor del mundo,
Hijo de Marte, nieto de Felipe,
Fénix raro divino y sin segundo,
Que no hay valor que al tuyo se anticipe;
.....
.....
.....
.....
Gallardo Atlante del hesperio suelo,
En cuyos hombros penden las Españas;
Hermosa afrenta del señor de Delo
Y en luz más clara todo el orbe baña.
La fama escriba en el celeste velo

Con pluma de diamante tus hazañas.
Y el sol y luna, alfombra de tus huellas,
Tus plantas besen en lugar de estrellas.
Goce insignes victorias de tu mano
Nuestro Rey, y pasando á tus mayores,
Más que la aurora aljófar da al verano,
Te dé la suerte triunfos superiores.
Del Príncipe de Roma soberano
La silla alcances, gracias y favores,
Y siempre dé tu nombre, en paz y en guerra,
Al cielo admiración, yugo á la tierra.

¿Es el amor el numen de su corazón y de su mente, y llora desengaños y dolores?

Ni sé si muero, ni si tengo vida;
No estoy en mí, ni fuera puedo hallarme;
Ni en tanto olvido cuido de buscarme,
Y estoy de pena y de dolor vestida.
Dame pesar el verme aborrecida,
Y, si me quieren, doy en desquitarme;
Ninguna cosa puede contentarme;
Todo me enfada y deja desabrida.
Ni aborrezco, ni quiero, ni desamo;
Ni desamo, ni quiero, ni aborrezco;
Ni vivo confiada, ni celosa;
Lo que desprecio á un tiempo, adoro y amo:
¡Vario portento en condición parezco,
Pues que me cansa toda humana cosa!

A tan gentil poetisa no puede seguir en este cuadro otra menos gentil. La discreta extremeña doña Catalina Clara de Guzmán, la hermana de D. Lorenzo Ramírez de Prado, que después de avalorar su ilustre persona durante su bien cultivada juventud con los honores de la poesía, por su casamiento con el general del ejército de España en las fronteras de Portugal, D. Francisco Tuttavilla, se condecoró con el título de Duquesa de San Germán. Aquel era un espíritu tan festivo como culto, en que el aticismo más refinado le brotaba por todas las venas de su musa juguetona. Leyendo algunas de sus

composiciones. ¿quién no cree andar al tope con el numen de Quevedo? ¿Retrata á D. Francisco de Arévalo «que era muy pequeño de cuerpo?» ¡Los enanos de Velázquez se trazan por su pluma!

Mirando con anteojos tu estatura,
Con antojos de verla me he quedado;
Y por verte, Felicio, levantado,
Saber quisiera levantar figura.
¡Lástima tengo al alma que en clausura
La trae penando cuerpo tan menguado!
¡Átomo racional, polvo animado
Instante humano, breve abreviatura!

Anastasio Pantaleón de Rivera y ella se trocaron los retratos humorísticos en versos, como ahora podrían trocarse dos caricaturas fotográficas. ¡Qué suma de ingenio por una y otra parte! Así se dibuja ella misma al espejo de su pluma:

Si es de azucena ó de rosa
Mi frente, no comprehendo
Ni el color,
Y será dificultosa
De imitar, pues no la entiendo
Yo la flor.
Y aunque las cejas, en frente
Vivan de quien las murmura
Sin recelo,
Andan en traje indecente,
Pues siempre está su hermosura
De mal pelo.
.....
.....
.....
.....
Mis mejillas desmayadas
Nunca las ví su candor,
Y esto ha sido,
Porque son tan descuidadas
Las tales, que hasta el color
Han perdido.

De mi nariz he pensado
Que algún azar han tenido,
O son antojos;
Pero á ello me persuado,
Porque siempre la he tenido
Entre ojos.
Viéndola siempre á caballo,
Mi malicia se previene
Que lo doma;
Y en buena razón lo hallo,
Pues aunque lengua no tiene,
Se va á Roma.
.....
.. ..

En el capítulo de monjas también desfilan á pares las que colocaron en este siglo, con sus obras, que se imprimieron, el nombre de las poetisas castellanas, en la cima donde en pedestales eternos viven y vivirán perennemente las de la antigüedad. ¿Qué altura será negada á Teresa de Jesús, considerada como poeta, y á Sor Juana Inés de la Cruz? Estos dos nombres bastan para acreditar entera una literatura. ¿A qué repetir aquí conceptos que llenan ya toda la Historia? Su grandeza y su notoriedad exime aquí de repetir elogios, que con razón esperan otros, si no de tal magnitud, de mérito reconocido, y que en su propia proporción llenan las leyes de la armonía en el grandioso conjunto. Además de la Musa de Méjico, á quien Lope de Vega no alcanzó, no pudo negar sus panegíricos á otra poetisa americana ilustre, á doña Jerónima de Velasco, que dejó obras insignes en Quito y Lima del Perú. De ésta decía *El laurel de Apolo:*

¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia
Podrá oponerse á perfecciones tales;
Que substancias imitan celestiales?

De la portuguesa doña Isabel Correa, que ilustró la musa castellana en Flandes traduciendo el *Pastorfido*, de Juan Bau-

tista Guarini, publicándolo en 1673, pocos encomios restan que hacer á los que van ya en otra parte; pero sí los merece, y una mención muy particular, la Abadesa de Casbás, en Aragón, doña Ana Francisca Abarca y Bolea y Mur, hermana del Marqués de Torres, que en 1679 dió á las prensas de Zaragoza su libro.

Es una miscelánea de prosas y versos, en la que el dique de los votos, poniendo frenos á las olas del genio, deja traslucir la lucha entre el deber y las libres inspiraciones del alma iluminada para todas las batallas de la tierra. El supremo talento de la poeta salva todas las dificultades; pero en sus versos sólo se echa de ver la falta de una nota, falta común á todas las poetisas conventuales, con la sola excepción de Teresa de Jesús: la de la unción ascética. Escribió algunos versos profanos que no están en su obra, entre otros, el soneto á la muerte del Príncipe D. Baltasar Carlos, después de la muerte de su madre la Reina Doña Isabel, soneto que hizo vibrar las cuerdas de su lira, de modo que en él se advierte la suprema labor del arte; porque doña Ana Francisca Abarca era una poetisa de cuerpo entero:

Lapidario sagaz, duro diamante
Labra; resiste firme el golpe fiero;
Tíñelo en sangre, y pierde aquel primero
Rigor, á su labor menos constante.
Contra Carlos el mal no ven bastante,
Que queda al golpe, cual diamante, entero;
Tíñelo en sangre amor, y el mal severo
Sujeta con amor á un hijo amante.
El mal lo agrava, y el amor lo aflige:
¿A cuál pide remedio? Éste no tiene,
Y quien conoce aquel, á éste no alcanza.
No rige el mal: que amor de madre rige;
Y Carlos por amor, á perder viene
La vida en flor, y España la esperanza.

VII

Sin que la mujer española de aquel siglo, perpetuamente para nosotros memorable, hubiera abordado otras esferas que las de la poesía lírica en la palestra de las artes del saber y de la imaginación, bastaría el cuadro de que queda hecha somera pintura para reclamar para ella el puesto de honor que le corresponde en las emancipaciones morales de que tanto alardea nuestro siglo, y en que en más de dos en España se había adelantado. Aun resulta para ella, de la comparación de objetivos y de resultados, que también podría hacerse la indudable ventaja de la sana dirección moral que daba carácter á aquel movimiento social, y el respeto que se tributó con plena lealtad á los supremos principios dirigentes. Con recordar sólo lo que con los libros de caballerías sucedió, se adquiere la convicción más profunda de la eficacia que dentro de nuestro régimen social este principio sabia y virtuosamente representado siempre tuvo. Los libros de caballerías fueron recibidos en nuestra sociedad más culta y encumbrada con el mismo delirio que un siglo después despertaban en las mismas clases privilegiadas, y más tarde en la masa del pueblo, las nuevas comedias de Lope y de Calderón. El orador y el escritor sagrados emprendieron simultáneamente la guerra para arrancar del corazón de las gentes aquellos libros calificados de «incentivos para despertar el gusto del pecado», y una multitud de escritores laicos salieron á ayudar las iniciativas de la Iglesia. En la poesía, Hierónimo de Urrea se proponía moralizar cristianamente los poemas de Ariosto; Jerónimo Bermúdez dirigió al Conde de Lemos, D. Fernando Ruiz de Castro, sus *Tragedias españolas*, á fin de poner ánimos en muchos ingenios, que «dexando de seguir el gusto de quien se le tiene estragado, es crimen de aquí adelante, cosas que destierran

de España las barbaridades y burlerías de los más poetas de ogaño»; D. Bernardino de Mendoza escribía sus *Comentarios* para que los soldados españoles tuvieran «libros para poder dexar los de ficciones, de cuya lección no se saca otro fruto que el que llevan los que se han puesto á escuchar la corriente de un arroyo», y el Doctor Juan Sánchez Valdés de la Plata daba á luz su *Crónica é Historia general de España,* porque «viendo que los mancebos y doncellas, y aun los varones ya en edad y estado, gastan su tiempo en leer libros de vanidades enarboladas, que con mayor verdad se diría ser seminarios de Satanás que blasones de caballería», quería desterrar de sus pensamientos estos malos hábitos de mentiras y vaciedades. Ni siquiera se agradeció á Cervantes que lanzara sobre ellos el ridículo por medio de una fábula semejante, porque, como decía el autor del *Criticón,* «era dar del lodo en el cieno, y querer sacar del mundo una necedad con otra.»

La cuestión es que cuando el manco de Lepanto dió á luz su libro inmortal, la Iglesia ya había logrado su triunfo. El libro de caballería no había desaparecido del todo; pero había descendido desde el estrado de los señores al tenducho de la barbería, y la imprenta no reproducía las antiguas ediciones. ¡Ojalá la Iglesia hubiera tenido siempre á su cabeza varones que, como fray Luis de Granada, pudieron comunicarse familiarmente con la Duquesa de Alba, que era muy docta, haciéndole sentir siempre la superioridad de su magisterio!

Conducida por la mano misma de la Iglesia, fué la culta mujer española á morar en los valles de Helicona, hasta desde el fondo obscuro de sus murados conventos; mas cuando desde la llanura, en alas de su propio genio, se remontó á las cumbres, entonces las exigencias de su espíritu las reclamaron á otras disciplinas del humano saber. Desde Ana Commeno, único ejemplar conocido, no fue la *Historia* manjar adecuado al paladar intelectual de la mujer. Sin embargo, en el siglo XVII dos ingenios femeninos hicieron presa de ella para ejercer su ministerio. Fue la primera la musa del Gua-

diana, doña Ana de Castro Egas, que con el título de *Eternidad del Rey Don Felipe* (III), escribió un *Discurso de su vida y santas costumbres*, que, aunque muy abreviado, contiene la particularidad de ciertas noticias íntimas y compendiadas, que siempre servirán de documento á los que escriban de aquel tiempo, de aquel Rey y de aquel reinado. De su discurso hicieron las alabanzas treinta y seis afamados ingenios de la corte, entre los que se hallaban grandes y títulos como el Duque de Lerma, el Marqués de Alcañices y los Condes de Siruela y de la Roca, á los que se añadían poetas del fuste de Mira de Mescua, Bocángel Unzueta, López de Zárate, Pérez de Montalván, el M. Valdivielso y Miguel de Silveira, y funcionarios de cámara ó del Estado, como el caballerizo Vivanco, el secretario Carnero y el Ministro Tovar de Valderrama. Quevedo hizo también el elogio, pero en verso y enteramente político.

La sevillana doña Ana Caro de Manlleu, otra de las grandes líricas del tiempo, si su nombre no se hubiera reservado para este lugar, y para más adelante, tocó también en los dinteles de la Historia, pero con otro carácter análogo al de los periodistas de información, que actualmente son de los más diestros y eficaces colaboradores del periodismo, para producir hojas del día en la forma de *Relaciones* que afectaba á la sazón en toda Europa, y en España más que en ninguna otra parte, el periodismo naciente. Dos documentos de este género han llegado hasta nuestros días, y se conservan, de doña Ana Caro de Manlleu. El uno se publicó en Sevilla en 1633, con el título de *Grandiosa victoria que alcanzó de los moros de Tetuán Jorge de Mendoza de Pizaña, general y gobernador de la ciudad de Ceuta*, y otro se imprimió en Madrid en 1637, con el epígrafe de *Contexto de las Reales fiestas que se hicieron en el palacio del Buen Retiro á la coronación del Rey de Romanos y entrada en Madrid de la señora Princesa de Cariñán*. En tres discursos, dedicados el primero á doña Agustina Spínola de Eraso, el segundo al Conde Duque de

Olivares, y el tercero á la villa de Madrid, se dividió este papel; mas la relación está acompañada de algunas poesías de doña Ana, entre ellas una preciosa *silva* dirigida al Conde Duque de Olivares, indudablemente Mecenas de la escritora, como lo fue de todos los ingenios que de Sevilla vinieron en su tiempo á la corte de Felipe IV. De cualquier modo es curioso ver emplearse en esta ocupación á una dama, ejemplo que hasta entonces no se había dado en este género de publicaciones, cuya redacción, cuando tenían carácter político, como lo era evidentemente el de la *Relación* última, se solía confiar á personas de suma confianza y prudencia, habiendo desempeñado este papel, desde 1821, Andrés de Mendoza, don Gabriel de Bocángel Unzueta, Gaspar Dávila, D. Antonio de Mendoza y otros sujetos semejantes.

Campo más propio de sus facultades abrió la novela de costumbres urbanas á los nuevos peregrinos ingenios de la cultura española, y fue la primera que se caló la visera para entrar denodadamente en el palenque, doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. El maestro José de Valdivielso, cuando le fue presentado para su censura el libro de las *Novelas amorosas y ejemplares* de la ilustre dama, no pudo menos de emitir el dictamen más favorable para su publicación, haciendo recalcar bien estas palabras: «Y cuando á su autor por ilustre emulación de las Corinas, Safos y Aspasias, no se le debiera la licencia que pide, por dama é hija ilustre de Madrid me parece que se le puede dar.» La licencia se expidió en Madrid en 2 de Junio de 1636, y el libro se publicó por vez primera en Zaragoza en 1637. Lo que se desconoce es la ó las causas por qué habiéndose escrito y aprobado estas novelas en la corte del Rey Felipe, fuesen con nuevos dispendios á publicarse en Zaragoza, es decir, fuera de la jurisdicción directa de Castilla. Si el Maestro Valdivielso reconoció que por el simple hecho de ser dama y señora debía otorgársele la licencia para la impresión, prescindiendo del honor que para nuestras letras era la aparición de aquella nueva y

luminosa figura literaria, la autora debió luchar con los poderosos obstáculos de las preocupaciones no del todo extirpadas, cuando en el prólogo de su obra estampó estas significativas palabras: «¿Quien duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo, no sólo para escribir un libro, sino para darlo á la estampa? Habrá muchos que atribuyan á locura esta *virtuosa* osadía de sacar á luz mis borrones, *siendo mujer*, que en opinión *de algunos necios* es lo mismo que una cosa incapaz. Pero cualquiera, como sea no más de buen cortesano, ni lo tendrá por novedad ni lo murmurará por desatino..... ¿Qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo? Esto no tiene, á mi parecer, más respuesta que la impiedad ó tiranía en encerrarnos y no darnos maestros. Si de nuestra crianza, como nos ponen cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos diesen libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puntos y para las cátedras como los hombres».

No fue la común galantería tan pródiga en elogios con esta novelista como lo había sido con la Castro Egas al acometer una obra histórico política con el evidente propósito de reanimar los bandos que había suscitado á la muerte de Felipe III la improvisación del Conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, á la privanza y gobierno absoluto del nuevo monarca, y á la rehabilitación del partido de los Lerma, que tan crueles flagelos habían recibido de la dura mano del nuevo y colosal ministro. De la cumbre apolínea de Madrid solamente acudieron en la alabanza de la ilustre dama el condescendiente Pérez de Montalván y el también novelista D. Alonso del Castillo Solorzano, que se congratuló de tan bizarra compañía en el género que cultivaba. El portugués Diego de Pereira también se adelantó á su alabanza, porque en Portugal entonces reflejaba de tal modo el rayo de imposición de toda materia literaria que radiaba del cerco luminoso de Madrid, que todavía durante más de un siglo después de haberse rebelado contra nuestro dominio y haber alcanzado su emancipa-

ción política, su literatura no era más que un satélite que servilmente giraba dentro de la órbita de fuego de la constelación castellana. Mas el doctor José Adrián de Argaiz y los hidalgos D. Francisco de Aguirre Vaca y D. Alonso Bernardotte y Quirós, que juntaron sus encomios rítmicos á los de los anteriores, cumplieron sólo aquellos rendimientos de la amistad que entonces eran tan frecuentes, sin que cayesen en la feroz censura de Hierónimo de Arbolanche, el obscuro émulo de Garcilaso, cuando tronaba irónicamente contra el príncipe de la poesía castellana «porque alquilaba sus versos» para recomendar libros ajenos.

Entre el elemento social que la aparición de la novela suscrita con el nombre de una dama, á quien Lope de Vega ya había llamado «dulce, hermosa, inmortal hipocrenide», causó una emoción más entusiasta fue entre las demás bizarras literarias que mantenían con sus escritos el fuego sacro de la emancipación que realizaban. Aquella sevillana, residente en Madrid y muy en los altos círculos políticos y literarios, doña Ana Caro de Manlleu, á quien el Conde Duque confiaba la redacción de documentos del día, que habían de trascender á la Historia, en sucesos de la magnitud de la coronación imperial del Rey de Romanos, que á España había impuesto tanto empeño y tan onerosos sacrificios, escribió para doña María de Zayas y Sotomayor unas décimas tan sentidas, que es de lo mejor que en poesía apologética tenemos en castellano.

Así decía:

Crezca la gloria española,
Insigne doña María,
Por tí sola, pues podría
Gloriarse España en tí sola.
Nueva Safo, nueva Pola
Argentaria honor adquieres
A Madrid, y te prefieres
Con soberanos renombres,
Nuevo prodigio á los hombres,
Nuevo asombro á las mujeres.

A inmortal región anhelas
Cuando el aplauso te llama,
Y al imperio de la fama
En sus mismas alas vuelas.
Novedades y novelas
Tu pluma escribe; tú cantas;
Triunfa alegre en dichas tantas,
Pues ya tan gloriosa vives
Que admiras con lo que escribes,
Con lo que cantas encantas.
Tu entender esclarecido,
Gran Sibila mantuana,
Te miente al velo de humana,
Emula al común olvido;
Y del tiempe desmentido
Lo caduco á las historias,
Hará eternas tus memorias
Rindiéndole siempre fieles,
A tu elocuencia, laureles,
A tu erudición, victorias.

En Zaragoza, donde, como en todo el antiguo reino de Aragón, la mujer había alcanzado la altura de ilustración intelectual que se ha podido apreciar por la narración de los sucesos religiosos y sociales de que antes se ha hecho mérito y que habían traído á la palestra literaria tantos nombres insignes recogidos de todas las capas y de todas las jerarquías vitales, se celebró como un gran acontecimiento local que en aquella corte de la emulación del talento fuera donde por vez primera una mujer esclarecida sacase al teatro de la publicidad el nuevo género literario hasta entonces vedado al genio de las de su sexo. Y entre los aplausos pindáricos que doña María de Zayas recogió y que constituyen documento demostrativo de esta aseveración, se cuenta este soneto, de gran contestura artística, de doña Ana Inés Victoria de Miras y Aguillur, que encierra la suma del pensamiento común de la opinión:

Sacro Ibero, que en nítidos cristales
Formas alegre solio á tus delicias,

A quien veneran ninfas, que propicias
Son á tu aplauso y obediencia iguales;
Despacha algún Tritón por tus raudales
Que al claro Manzanares pida albricias,
De gozar tus riberas las primicias,
Que María hace glorias inmortales.
Dí que de Zayas el renombre ilustre
La fama por el orbe en vuelo breve
De gente en gente su valor pregona;
Que goza España en él un nuevo lustre,
Que aplausos oye á las hermanas nueve
Y que es timbre del monte de Helicona.

El éxito franco que alcanzaron las novelas de doña María de Zayas, atrajo sobre su nombre todos los epítetos de la ponderación y le abrió todas las puertas del prestigio. Hasta entonces sólo había sido conocida por algunas de aquellas composicioncillas fugaces de inspiración forzada que se daban á la amistad para la recomendación de los libros de otros, como las *décimas* que en 1624 puso en los preliminares del *Orfeo*, de Montalván, con las canciones y metros de Lope, Tirso de Molina, D. Gabriel del Corral, D. Jerónimo de Villaizán, López de Zárate y el portugués Francía y Acosta. Desde entonces giró con luz propia y de astro de gran magnitud. Montalván la llamó «décima musa de nuestro siglo», y Marques de Careaga acredita «que se hizo mucho lugar en la Academia de Madrid.» De sus versos sueltos, tan sobresalientes como sus prosas, y tan artísticos y originales como las fábulas de sus novelas, no se hizo colección y en su mayor parte se han perdido; pero por los que la novelista intercala, como entonces era costumbre, en el texto de sus obras, se adquiere la noción de su inspiración y de su arte exquisito, llegando á todas las alturas en la poesía descriptiva de la naturaleza, como en las cuatro composiciones que consagró *á las estaciones del año, primavera, verano, otoño é invierno.*

El género literario en que se distinguió exigía facultades de mayor concepción, disposición y arte que las fáciles inspi-

raciones líricas, y por esta razon, la aplicación á la novela no encontró tantos adeptos como tuvo asaltantes de los dos sexos la cumbre del Parnaso, sobre cuya muchedumbre, dirigiéndose á Baltasar Elisio de Medinilla, ya escribió Lope en el *Soneto de la buena cosecha de poetas, conforme al pronóstico de los almanaques.*

Si de poetas la abundancia apruebas,
Elisio, en nuestro hispánico distrito,
A los panes y peces te remito,
Si no sabes el número que llevas.
«Año de brevas, y de muchas nuevas,
Nunca le veas»; tiene el vulgo escrito;
Mas cierto matritense manuscrito
Dice *poetas*, donde dijo *brevas*.

Aquel siglo, por lo tanto, no produjo en España más que otra novelista, si no del genio de doña María de Zayas y de su inspiración tan sostenida, también muy apreciable: la granadina doña Mariana de Caravajal y Saavedra, que á la vez acometió los dos géneros literarios más en boga: el teatro, para el que ella misma confiesa que escribió doce comedias, que se han perdido, después de haber sido representadas en Granada, en Toledo y en Madrid, y sus ocho novelas de las *Navidades de Madrid y noches entretenidas*, que se vino á publicar á la corte en 1663, y puso bajo el patrocinio de D. Francisco Eusebio Peting, Conde del Sacro Romano Imperio, Barón de Oderfalkenstain, Señor de Groskrichaimb, Runburg y Wilchin, Burgrave perpetuo de Linz, y Embajador del Imperio en la corte del ya espirante Felipe IV.

No es el objeto de este resumen histórico, hasta ahora nunca intentado á fondo, de la representación de la mujer española en la Minerva castellana, emitir juicios críticos sobre las obras que se enumeran. De que se estiman de consideración y calidad para condecorar una literatura, responde al mero hecho de su mención. Se zurce y pespunta aquí el desarrollo de los hechos sociales de que emanan las producciones

literarias de la mujer, ó en los que influye, ya en la dirección general de la Historia, ya en la evolución constante de las ideas y de las costumbres, y se hacinan los materiales que otros talentos aprovecharán con ventaja en la órbita del ramo del saber á que se apliquen. Así, aquí se recoge cada flor de cada planta, y sistematizando el incoherente manojo, se forma el precioso ramillete, que al cabo constituye este hasta ahora desconocido acopio de tantos nombres insignes, de tantas facultades brillantes y de tantas producciones de perenne doctrina ó de perenne recreación. A veces se han citado obras que nunca estuvieron concebidas para los honores de la publicidad, y en este número no es posible substraerse de citar con vivo encarecimiento el cartulario privado de una monja, cuya fama ha llenado los ámbitos de la política hasta aquí más que los de la littratura; pero en lo sucesivo sus *Cartas*, admirable y superiormente coleccionadas en reciente fecha en la ignorada y recóndita recreación de una dama por muchos títulos ilustre, y exornada con un prólogo de tanta erudición como aguda crítica por el Sr. D. Francisco Silvela, serán ya el documento auxiliar de la Historia, en cuya graduación la tenían los sabios que de ellas alcanzaban alguna imperfecta noticia, y modelos del arte, en su propia espontaneidad, para los ejemplos del aula y el tesoro de la literatura nacional. Estas son las *Cartas de sor María de Agreda*, la monja sabia y virtuosa con quien el Rey Don Felipe IV sostuvo continuada correspondencia desde la caída del Conde Duque de Olivares y la derrota de nuestras armas en Rocroy, hasta 1665, en que ocurrió la muerte de este monarca. Todo es en esta correspondencia, por parte de la santa monja, espontaneidad de su alma llena de bondad y moderación, rectitud y sanidad de intención y de espíritu é inspiración del bien y de la virtud; pero aunque en ellas la ciencia y el arte parecen no intervenir, arguyen desde luego, así la elección del monarca en su tolerante correspondiente, como la firmeza de ésta en sus pláticas y consejos, una copia de talentos característica de las inteligencias de ín-

dole superior. Su nombre no puede ser apartado de este cuadro, en que la propia autora nunca tuvo ni el más remoto pensamiento de poder entrar, como por sus contornos epistolarios entraron deliberadamente con la corriente que la historia literaria de sus épocas respectivas, el Bachiller de Cibdad-Real y el Obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara, con la diferencia ventajosa para el renombre de sor María de Agreda, que mientras aquellos nunca hablaran en sus obras más que á los monumentos de la literatura, y cuando más á las ideas de su tiempo, las *Cartas* de la sabia monja abarcan todo un mundo literario, todo un mundo político, todo un mundo histórico y todo un mundo social. Las *Cartas de sor María de Agreda* son la fotografía intelectual y moral del último tercio del reinado de Felipe IV. Más alto que ellas no habla ningún otro documento, ni de la Historia, ni de la literatura.

En realidad, en los conventos de religiosas no era sólo literatura lo que á la sazón prevalecía. Como en una carta de San Juan de la Cruz se escribe, «allí no faltaba ni el ejercicio de lo escolástico, ni faltaba el de la Theología mística»; y en tan sabias disciplinas cultivábanse las inteligencias de las que el mundo ordinariamente no veía á través de la malla de hierro que las circunscribían, sino en los ejercicios litúrgicos y en la práctica de la oración. De aquel selecto noviciado que sor Teresa de Ahumada, ó séase Santa Teresa de Jesús, se rodeó primeramente, y en cuyo número de alumnas se contaban doña Catalina Doria «rica, moza, hermosa, de lo mejor de Génova»; doña Francisca de Mendoza, hija del Marqués de Almazan; doña Francisca de Cárdenas, hija del Presidente de Ordenes, D. Iñigo; doña Beatriz de Toledo, hermana del Duque de Alba; doña Juana de Tassis, hija del Conde de Villamediana, y otras damas de semejante alcurnia, destacóse en primera línea por el esplendor de su inteligencia, y por el amor que en ellas puso su Santa Maestra, la venerable madre sor Ana de Jesús, natural de Medina del Campo, donde habia

nacido en 1545, y al comenzar el fértil apostolado de las fundaciones de Teresa, ésta fue la elegida para dirigir la de Salamanca. Su sabiduría era igual á su prudencia, y el P. Fray Juan de la Cruz, á sus instancias, escribió la *Exposición de sus Canciones* y se la dedicó. Esta dedicatoria, á la que el Santo dió nombre de *prólogo*, no se imprimió en España con sus *Obras;* quedó en los originales y en los muchos traslados que se hicieron, hasta que fue incluída en el libro IV, cap. VI, página 251 de la reimpresión de Bruselas de 1627. De Salamanca, sor Ana pasó á fundar en Madrid, donde la halló el tránsito de la Santa, y desde luego puso perseverante empeño en publicar las obras de la Doctora sublime. Mas la Inquisición se había incautado de ellas y no las quería soltar. Sostuvo la lucha por doce años, desde 1575 hasta Octubre de 1586. Al cabo obtuvo los manuscritos del Inquisídor general, y los entregó á fray Luis de León para que preparase la impresión. Hubo que corregir y hacer una selección de lo que se había de publicar, dando para ello licencia previa las Carmelitas Descalzas de Madrid, que se creían dueñas de los trabajos literarios de la Santa Madre, y el Rey Felipe II; pero éste á condición de que los manuscritos originales, después que la impresión estuviese hecha, se habían de recoger y serle entregados para la librería del Escorial. Fray Luis de León no se atrevió á hacer las correcciones por sí, y sor Ana de Jesús se constituyó en la colaboradora asidua del docto maestro, en cuya labor arriesgada probó aquélla toda la suma de los conocimientos científicos que adornaban á la que fue discípula predilecta de la Santa, y como tal, depositaria de sus pensamientos.

De sor Ana de Jesús hicieron merecidos elogios las primeras lumbreras teológicas de su siglo. San Juan de Dios le escribía: «Aunque á vuestra reverencia le falta el ejercicio de lo escolástico, no le falta el de Theología mística, que sabe por amor, y en que no solamente se saben las verdades, sino que juntamente se gustan.» El beato Alonso de Orozco, agustino,

solía decir que «el saber de la madre Ana de Jesús no era saber del suelo, y que no creía que hubiese entonces en el mundo otra como ella». Fray Diego de Yepes repetía «que tenía más envidia á Juan de la Cruz por lo que aprendía de la Madre Ana, que le podían á él tener por confesor del Rey.» El P. Juan Jerónimo, de la Compañía de Jesús, la ponderaba diciendo: «que no había menester él otros libros para saber, sino comunicar con sor Ana de Jesús». Y el Santo Juan de la Cruz se aliviaba de la muerte de Santa Teresa, «porque Dios le había dejado su consuelo en la tierra en la Madre Ana». Cuando ésta pasó á Flandes, llevando los libros de la *Vida de Santa Teresa, El camino de perfección*, *Las Moradas* y *Las fundaciones*, en cuya redacción ó en cuya corrección había colaborado, y en presencia de cuya colaboración fray Luis de León los dedicó á la Madre, como Priora de las Carmelitas Descalzas de Madrid, la Infanta Gobernadora Doña Isabel Clara Eugenia, que la había conocido anteriormente en esta corte, así como el Archiduque Alberto, su marido, que la había llamado para que fundara en Francia y en los Países Bajos, haciéndola Abadesa del monasterio de Carmelitas de la Reforma, que habían erigido en Bruselas, no supieron ya desprenderse nunca de ella. Hasta los asuntos más graves de Estado se le consultaban; y era el oráculo de Ministros y grandes y soldados. A su muerte, la Infanta Gobernadora mandó escribir su vida y recoger sus escritos; pero sor Ana de Jesús había mandado que se inutilizaran, para rendir esta prueba de cariño y de respeto á la memoria de la que fue su santa Madre y Maestra, cuyas producciones creía que bastarían siempre «para hacer sabias y perfectas mil generaciones» (1).

(1) De otras religiosas, como Sor Luisa de Carrión, franciscana, me abstengo de ocuparme; no porque la Inquisición, en cuyas reclusiones murió, las interviniese—¡intervino las de Santa Teresa de Jesús!—sino porque no conozco de ellas más que el parecer que el Maestro Aponte emitió acerca de las mismas. No era talento sólido el de esta monja.

Del coste de estos luminares, claro es que no se prodigaban por la naturaleza las creaciones y los nombres. Pero de este siglo fueron doctas escritoras de asuntos teológicos y morales la venerable Madre sor Francisca de Villada, natural de Santiago de Galicia, fundadora de las religiosas Descalzas de Nuestra Señora de los Reyes, orden de Santo Domingo de Guzmán, de Sevilla, á quien el Arzobispo D. Pedro de Castro y Quiñones apellidaba *virgen sapiens et una de numero prudentissima*. Su confesor fue el celebrado poeta y Doctor Juan de Salinas, que á su muerte recogió sus obras ascéticas y morales; la Madre Josefa del Santísimo Sacramento, y en el mundo Larramendi y Larrañaga, Abadesa del convento de Recoletas de Santa Brígida, de Azcoitia, que también dejó muchos *Discursos y sentencias*, y la Madre sor Gregoria Francisca de Santa Teresa (doña Gregoria Francisca de la Parra y Quiroga), otra hija de Sevilla, aunque de padres flamencos, cuyas *Obras*, que andan impresas, están nutridas de hermosos versos á asuntos místicos, pues era una profunda teóloga y una florida poetisa.

Este ramo de la literatura femenina del gran siglo es, sin duda, mucho más abundante en producción; pero baste aquí mencionar las que son más conocidas. Otras obras, como la *Regla de la orden de Santa Brígida*, de sor María de Escobar, son producciones de régimen disciplinario de los conventos, que no entran ni en la parva literaria, ni en el acerbo científico. No obstante, hasta en el palenque de la literatura laica, los asuntos religiosos y morales fueron los únicos á que pudieron entregarse los espíritus de las damas escogidas, cuando la súbita interrupción que sufrió nuestro movimiento intelectual ante las grandes desventuras que envolvieron á España durante el último tercio del reinado de Felipe IV, parece que apagaron toda luz en las inteligencias y toda noble emoción en los corazones. Se ahogó el entusiasmo lírico de la mujer por todas partes. Todavía la Academia de la Alhambra de Granada procuraba en 1681 vivificarlo, y coronando poeti-

sa á doña Isabel de Tapia, aspiraba á refrigerar las memorias de los tiempos pasados y restaurar el fuego de las abatidas antorchas (1). Pero el resultado no respondió á la generosidad de la tentativa. Todavía del Perú, en 1701, con motivo de las exequias de Carlos II, la *Parentación Real* de Fray José de Boendía nos enviará los nombres de las poetisas de Lima doña Violante de Cisneros y González de Mendoza y doña Serafina de Cisneros Mendoza y Villavicencio, las dos monjas de la Concepción; pero la literatura de aquellas remotas provincias no era sino el reflejo de la luz que de la península se las comunicaba, y extinguida aquí la llama, se extendieron por todas partes las tinieblas. Cuando en 1635 murió Lope de Vega, y en 1636 murió loco el mísero Pérez de Montalván, acompañaron los funerales, del uno por grande, y del otro por modesto, los sufragios fúnebres de doscientos poetas de todas las regiones de España, entre los que derramaron sus flores de consolación más de treinta poetisas laureadas. Mas cuando en 1681 murió, lleno de sumos respetos, D. Pedro Calderón de la Barca, tres mil personas de toda condición, con hachas encendidas, llevaron su cadáver hasta el borde de la tumba que encerró sus cenizas; pero entre la tierra que envolvió sus despojos, no fue mezclada ni una sola flor de las musas, que parecía que arrastraba tras sí á su sepulcro.

El Marqués de Villatóreas quiso resucitar por aquel tiempo en Valencia las antiguas Academias; el Duque de Veragua trató de resucitarlas en Cádiz y en la capital del Perú el Marqués de Castelldosrius: no había vates, no había poesía.

En el vasto imperio que gobernaba torpemente Carlos II,

(1) La autoridad de Doña Isabel de Tapia en Granada al declinar el siglo XVII era tan grande que, en 1684, D. Luis Gavi Cataneo le dedicó sus *Ecos postrimeros de métricas voces, que en asuntos numerosos articula el desengaño, para despertar dormidos discursos á lo lisonjero de mundanos halagos*, y la dedicatoria la encabezaba con esta frase: «*A la nueva hija de Apolo.....*»

todo había perecido. Un puñado de héroes sintiéronse avergonzados de la vil ociosidad que los consumió, cuando el edificio total del gran imperio de Carlos V y de Felipe II se venía al suelo, y con el Duque de Béjar y el de Escalona, los Marqueses de Valera, Llaneras y San Mauricio, el Barón de Astross y el señor de Bay Bourgignon, que, aunque flamencos, ardían en amor de la patria española, acudieron á Buda al clamor de los pueblos cristianos á defender de los moros la capital de Hungría, como en otro tiempo las legiones de Carlos V acudieron á Viena á defenderla de la media luna. ¡Estériles sacrificios! No había fe: no había patria. ¿Cómo había de haber ni ciencia ni literatura?

La Condesa de Paredes, doña Luisa Manrique de Lara, en Castilla, entretenía los rayos de su talento cayendo desmayados sobre el océano de su piedad, escribiendo *El año cristiano*. En Aragón la Condesa de Aranda, doña Luisa de Padilla, ardiendo en ira contra el espectáculo de la común degeneración que presenciaba, principalmente en las clases privilegiadas, las espoleaba con las *Lágrimas de la Nobleza* y *La Nobleza virtuosa*, dos libros en que, bajo formas de exquisita moderación, se lanzaba el agijón del bochorno á los corazones aletargados de la juventud corrompida. La tercera Condesa de la Ericeira, doña Juana Josefa de Meneses, en Portugal, tomaba un pseudónimo de batalla para disfrazar su nombre, el de *Apollinacio de Almada* y en su *Despertador del alma* afilaba el cuchillo de la indignación contra la decadencia de los espíritus, que la Condesa de Aranda forjó en Zaragoza en las fraguas de su cólera santa. Fueron las últimas representantes de aquella generación que hizo germinar con sus conquistas, con su entusiasmo, con su magisterio, con su ejemplo y el de sus hijas y el de su corte la sublime Isabel I de Castilla; de aquella generación que exaltó á todos los heroismos y á la idea de todas las supremacías morales á Carlos V; de aquella generación á la que el celo de Felipe II abrió espléndidamente todos los vestíbulos de la ciencia; de aquella generación que

Felipe III y Felipe IV, durante los primeros treinta años de su reinado, vieron ocupar todas las cimas del genio; de aquella generación que, al espirar el espíritu político de la patria, se hundió en las sombras del sepulcro, para no presenciar sus derrotas, sus digregaciones, su pasividad y su servidumbre. ¿Qué había de hacer entonces la mujer, aun dotada del espíritu más selecto é iluminada de las más radiantes llamaradas del genio? Lo que le dicta la naturaleza y le dicta el destino, cuando la mujer no se siente crecer en su propia dignidad, viendo á su lado con sus propios esfuerzos agigantarse al hombre: esconderse en el hogar junto á la cuna de sus hijos; volver los ojos á la fe de lo desconocido; alzar los ojos á Dios y rezar y llorar.

Esto hicieron por término del cuadro que queda descrito, ante el cuadro de desolación que presentó España desde que Carlos II recibió la herencia de su padre, la castellana Condesa de Paredes, la aragonesa Condesa de Padilla y la portuguesa que, no por haber logrado Portugal su independencia, dejó de mirar como propio todo el patrio solar de la Península, Marquesa de la Ericeira.

Con todo, los pasos de la civilización no retroceden en sus progresos legítimos. La conquista de la emancipación intelectual de la mujer estaba hecha en la alta Minerva castellana, que era aún la maestra de las naciones. El porvenir estaba asegurado, y nuestro siglo recoge por todo el mundo los ópimos frutos de aquella fecunda semilla.

Juan Pérez de Guzmán.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: La novela italiana y D'Annunzio.—Imitación y originalidad.—Lord Byron.=Enseñanza y Educación: La vocación para el estudio en los laboratorios de Psicología. — La educación de nuestros hijos.=Ciencias: El oro del mar. — Matemáticas caseras.= Sociología: Conceptos de la sociedad y escuelas sociológicas.—El socialismo en España.=Filosofía: Grandeza é infelicidad.=Anecdótica: El saludo á la Duquesa de Broglie.

LITERATURA

La novela italiana y D'Annunzio.—En la revista *Cosmopolis*, Virginia M. Crawford, una escritora inglesa de tanto talento como exquisito gusto literario, consagra un interesante artículo al gran novelista italiano D' Annunzio, que comparte hoy con Tolstoï y Zola la atención del mundo culto, suscitando doquiera, como aquéllos, entusiastas admiradores é imitadores, y apasionados censores y enemigos. En el trabajo crítico de la eximia colaboradora de *Cosmopolis*, se reconocen los altos méritos de D' Annunzio, poniéndose de relieve los defectos capitales de sus obras.

El *motivo de amor* —dice la señora (1) Crawford — predo-

(1) Nos parece soberanamente ridículo y antiestético citar á los autores extranjeros, como es costumbre corriente de nuestros escritores, ha-

mina en la vida en Italia, hasta un grado que los sobrios temperamentos del Norte no pueden alcanzar sin dificultad. El amor es para el italiano el fin y el objeto de todas sus aspiraciones. No ya á una pasión de toda la vida, sino al más trivial capricho del momento, el italiano le concede el poder de absorber sus facultades, de alterar sus compromisos y negocios, y de llenar su mente hasta excluir toda otra preocupación. Y si esto es verdad respecto de los hombres, que al fin están obligados á llevar cierta vida de actividad mental y física, lo es mucho más respecto de la mujer italiana, á la cual son, en general, desconocidos los placeres intelectuales, y en la que el temperamento emocional se desarrolla sin freno. En la novela italiana contemporánea, el motivo de amor predomina como en la vida. Las novelas italianas son esencialmente voluptuosas. Han pasado muchos años desde que Manzoni escribió su linda y deliciosa novela histórica *Los novios*, sin que haya fundado ninguna escuela, y continuando ocupando un puesto aislado en la historia de la literatura italiana. Ni la novela religiosa, ni la histórica, tendrían hoy en Italia éxito alguno, y en cuanto á la novela de aventuras, pura y simple, ni siquiera existe.

D' Annunzio es un producto esencial de la Italia moderna, siendo probablemente en este siglo el más maravilloso intérprete de las emociones sensuales. Despiadado como un cirujano, con la delicada percepción de un artista, con un poder de análisis absolutamente sin rival, pone al desnudo, á través de largas páginas fluídas y rítmicas, los más ocultos secretos del corazón, las más sutiles manifestaciones del deseo sensual. Es

---

ciendo preceder sus nombres de *Mr. (Monsieur)*, *Mme. (Madame)*, etcétera. ¿No tienen estas expresiones su perfecto equivalente en castellano? Pues ¿por qué, cuando en castellano se escribe, no se ha de emplear esa equivalencia, sin poner al lector en grave aprieto é incurrir en la extravagancia, no poco frecuente, de hacer de un *signore* italiano, de un *Herr* alemán ó de un *mister* inglés, un *monsieur* á todo trance? Inveterado es ya este vicio, pero hay que cortarlo de raíz, y más vale tarde que nunca.

un artista consumado, un forjador y manipulador maravilloso de la lengua italiana; pero con todo su poder, con todo su genio, sólo puede mirar la vida á través de las emociones del sexo. De aquí que su obra sea singularmente unilateral. Una sola novela de D' Annunzio, llena al lector de suave voluptuosidad; una serie de sus trabajos, produce inevitable reacción, despertando en no pocos lectores un sentimiento de verdadera saciedad.

El carácter de D' Annunzio es esencialmente pagano. Para él la belleza es el más alto de los bienes, y la felicidad la más alta de las metas. La moral cristiana, en lo que hace al amor, no existe para él. Sus libros están llenos de las más exquisitas páginas descriptivas; pero todo lo ve por su lado sensual. No ama la naturaleza por sí misma, como la amaba Wordsworth; para él, la primavera que florece, el grito de la golondrina en su raudo vuelo, el silencio del calor del medio día, todo susurra pasiones humanas y alegría humana.

Se ha dicho que D' Annunzio es el centro de un nuevo Renacimiento, el heraldo de una nueva aurora, el fundador de una nueva escuela en la historia de la literatura italiana. No hay tal cosa. Es la flor más brillante de la decadencia, una hermosa creación emponzoñada, el producto, á semejanza de sus héroes, de una gran nación venida á menos. Sus escritos destruyen, no edifican; nunca podrán inspirar una gran causa ni estimular altos ideales del espíritu.

*
* *

Imitación y originalidad.— Nada más cierto que la afirmación de Juan Stuart Mill—dice en la *Nouvelle Revue Internationale*, de París, Jesse Francis Sheppard—de que llegará un día en que será imposible inventar una melodía, aserto aplicable desde luego á todo arte y literatura.

En música, la composición sinfónica reviste las más diversas formas y los más variados estilos; pero oid una sinfonía

de Schumann, y recordaréis de tal modo á Beethoven que necesitaréis un oído de primer orden para no equivocaros sobre el autor; escuchad un motivo de Berlioz, y dudaréis si es de Mozart. En óperas, sin ser más que un simple aficionado, es fácil descubrir semejanzas rayanas en el plagio entre los más célebres compositores; una melodía del *Trovatore* ha sido tomada casi intacta de *Semiramide*, como tal número de *Lucrezia* parece la repetición de un número de la *Norma*. Con el tiempo, las melodías viejas se olvidan, y los músicos las arreglan para divertir á las nuevas generaciones que no conocen el repertorio antiguo. Offenbach tuvo para estos arreglos extraordinaria habilidad.

En pintura y escultura la originalidad es, por el carácter mismo de estas artes, muchísimo menor: la facultad creadora, que en poesía y en música constituye el genio, está limitada hasta tal punto en las artes plásticas, que en la mayor parte de los artistas de fama la habilidad técnica sobrepuja con mucho á la intelectualidad; al revés del músico y del poeta, ¡el pintor y el escultor no pueden pasarse sin modelo! Es verdad que existen artistas idealistas y creadores; pero hasta un Rafael, un Tiziano, un Correggio, lo mismo que un Praxiteles ó un Miguel Angel, tienen que recurrir á sus modelos para copiar sus formas. Comparad las obras maestras idealistas de las escuelas de Italia y de España con las mejores obras contemporáneas de nuestros museos y exposiciones, y tendréis la sensación de haber dejado un jardín de rosas por un campo de trébol rojo. «El arte antiguo — decía José Roux — revestía el cuerpo humano de pudor y de majestad; el arte moderno desnuda hasta lo desnudo, es un impúdico, y á veces un impudente; Atenas difundía espíritu en la carne, París derrama carne en el alma; la estatua griega se ruboriza, la francesa hace ruborizar.» Se siente uno atraído hacia las obras maestras de la antigüedad por el espíritu á la vez poético y real que las informa. El éxito enorme de las telas de Meissonier es la prueba más indiscutible de la degeneración del gusto, y del

«triunfo del elemento burgués» en el arte. Entre el método de Meissonier y el de Zola, es sorprendente la semejanza: ambos retratan actualidades con maravillosa precisión; pero sus facultades creadoras son limitadísimas. Vivimos en un tiempo en que la invención técnica se cotiza más alto que el arte imaginativo; la minuciosidad con que un Detaille ó un Meissonier pintan una batalla ó una bailarina es igual, por la exactitud fotográfica, á las pinturas verbales de un Zola ó un Maupassant.

Maupassant hace ejecutar á sus caracteres la gimnástica literaria, mostrándonos los músculos, los nervios, el espíritu, las maniobras mentales de cada uno, y acabada la representación, se descubren los métodos artificiales de las habilidades literarias, y se asombra uno de que el autor haya podido cautivar la atención de sus lectores con invenciones tan flojas y triviales; la diferencia que hay entre Maupassant y su maestro Flaubert es la que existe entre el talento elevado á su apogeo á fuerza de aplicación y de estudio, y el genio, de instinto poético y creador innato. Balzac también imitaba; pero su facultad de imitación estaba forrada de una concepción filosófica y poética que daba á sus obras el sello de originalidad que las distingue; Zola, admirador de Balzac, está tan lejos de éste, como Maupassant de Flaubert; escribir con fuerza y con elegancia, es cosa que se aprende; pero la originalidad no se adquiere del mismo modo.

Hay, sin embargo, para el hombre de talento una esfera que, si no creadora en el sentido clásico de la palabra, ofrece todavía cierto campo á la originalidad: el cultivo de la ciencia. Hace tres siglos, Bacon no vacilaba en declarar que se había apropiado todos los conocimientos; eso podía decirse entonces, cuando todo se reducía al antiguo saber de Grecia y Roma; con dominar el griego y el latín bastaba, llenando toda la dramática Esquilo, Sofocles y Eurípides; la oratoria, Demóstenes y Cicerón; la historia, Herodoto y Tácito; la filosofía, Platón y Aristóteles; la poesía, Homero, Horacio y Vir-

gilio. ¡Qué diferencia de aquella vida á la vida moderna con sus ramificaciones caleidoscópicas, sus problemas políticos, sus ahogos religiosos, su ciencia social, sus experimentos de magnetismo, sus invenciones eléctricas y su progreso evolucionista! El hombre de genio del porvenir debe conocer el mundo en sus fases poéticas, como en sus fases prosaicas; tiene que familiarizarse con los elementos místicos de la filosofía ateniense tanto como con los característicos del pesimismo alemán, de las teorías evolucionistas, del agnosticismo científico y del liberalismo cristiano; el sentimiento debe aliarse con la Ciencia, la Filosofía con el Arte. Ese es el campo que queda á la originalidad, y que espera todavía el genio que la cultive.

*
* *

Lord Byron.—Un precioso artículo, exornado de excelentes grabados, consagra la *Revue des Revues* al gran poeta inglés, estudiando en él ciertos rincones obscuros de su vida y su carácter, é iluminándolos con la luz del análisis psíquico de aquella desequilibrada naturaleza.

El padre de Byron, pródigo y disoluto, carecía de sentido moral, y acabó por suicidarse; su tío, á quien Byron debió su título como heredero, no tenía cabales sus facultades intelectuales: había matado á su mejor amigo en un casi-duelo en su propio palacio, golpeaba á su mujer y tenía aterrorizados á sus colonos; cuando la cólera le dejaba, se divertía con juguetes como un niño; se hacía construir barquitos artillados y los lanzaba en su estanque contra fuertes liliputienses, y en el intermedio de las batallas se escondía entre la yerba y conversaba con los grillos. Del lado materno tampoco salía mejor librado: su abuelo se había suicidado, su abuela era maniática y su madre murió de un acceso de ira producido por la lectura de una cuenta de su tapicero.

Con estos antecedentes, y en este medio familiar, nació y vivió Byron, que tuvo que sufrir los accesos de cólera de su

madre viuda, á la que da el nombre de Alecto, una de las Parcas, y cuya muerte sintió, no obstante, hasta el punto de que, para calmar su desesperación, tuvo que entregarse á una violenta escena de puñetazos con uno de los acompañantes del entierro. Byron, sin embargo, aborrecía á su madre, no tanto por sus extravagancias y mal trato, como por lo que irritaba su inmenso orgullo el que hiciera alusión constante á su defecto físico, llamándole «mi querido cojito». Eso le llegaba á Byron al alma, y, como dice la Chaworth, «Byron hubiera dado la mitad de su gloria por poder decir de sus pies lo que decía de sus manos.»

Su temperamento era en extremo nervioso, estando sujeto á ataques epilépticos y padeciendo accesos de rabia y de abatimiento de extraordinaria intensidad. La menor emoción le paralizaba. La primera vez que en la Universidad de Cambridge le llamaron en la lista con el título de *dominus*, en lugar de responder *¡adsum!* palideció, balbuceó y cayó desvanecido.

De su vida de colegial se cuenta una anécdota curiosa. En Harrow se había encariñado con uno de sus condiscípulos, un pobre muchacho enfermizo y enclenque, á quien un compañero más alto y más fuerte que ellos se complacía en atormentar. Un día, Byron se acercó á aquel verdugo, que se preparaba á dar de palos á su víctima de costumbre.

—¿Cuántos golpes piensas darle todavía?—le preguntó.

—¿Y á tí que te importa?—replicó el joven.

—Es que, si te diera lo mismo, yo quisiera que me dieses á mí la mitad de los que haya de recibir, sin perjuicio, por supuesto, de devolvértelos cuando sea bastante fuerte.

El nombre del verdugo no es conocido; la víctima llegó después á llevar uno de los más ilustres de Inglaterra: era Roberto Peel.

Byron comenzó á enamorarse desde la más tierna edad. A los nueve años quería apasionadamente á la niña María Duff, á los doce suspiraba por su prima Parker, que murió, y más tarde quiso casarse con la señorita Chaworth, la hija del

amigo de su padre; era muy hermosa y muy rica, y Byron era pobre y cojeaba. La Chaworth se casó con otro, y desde entonces Byron se entregó de lleno á la vida de crápula y de escándalo, haciendo que toda Inglaterra se ocupara de sus aventuras, de sus excentricidades, de sus conquistas, de sus hazañas de caballero, sus proezas de tirador de espada y de pistola, sus aventuras y su habilidad en la natación; enmedio de esta vida ruidosa produjo su primer libro, *Horas de ocio*, y comenzó á cimentar su fama literaria con sus versos, hechos, como decía un lord, «entre mujerzuelas y pilletes, bebiendo en un cráneo humano, y después de emborracharse».

Sus excentricidades le valieron numerosas conquistas. Carolina Lamb, mujer de un hijo de lord Melbourne, se apasionó románticamente de lord Byron, causando en él tal impresión, que la propuso robarla; ella rehusó, Byron desconfió, la ruptura vino, y Carolina Lamb desafió al poeta publicando *Glenarvon*, una novela de escándalo, llena de alusiones contra su antiguo amante; Byron pensó en vengarse del mismo modo, pero no llegó á hacerlo. El resultado de la publicación de *Glenarvon*, fue que Byron se decidiera á casarse, haciéndolo en 1815 con la señorita Milbanke, que le llevó de dote 250.000 francos, con los que Byron no tuvo bastante para apaciguar á sus acreedores. Al año siguiente del matrimonio, su mujer, harta de aquella vida de intranquilidad y de apuros, se marchó al lado de su familia, dió á luz una niña y escribió á su marido que se resignase á no volver á verla. Byron no pudo resistir el golpe y se despidió de Inglaterra.

Entonces comenzó su ruidosa peregrinación por Francia, Suiza é Italia, hasta que se instaló en Venecia, donde vivió cinco años, enmedio de fiestas y de orgías, en el palacio Moncenigo. Allí tuvo por favoritas, primero á Mariana y luego á Margarita Cogni, una mujer del pueblo de maravillosa belleza, pero tan celosa y tan tremenda, que á menudo andaba á bofetadas con Byron, no saliendo siempre éste de la lucha bien librado, lo cual era tan público, que un viejo veneciano,

á quien cuarenta años después se hablaba de lord Byron, decía recordándolo:

—¡Ah! ¡Ya sé! ¡Aquel inglés que tenía caballos y á quien su querida golpeaba tan fuerte!

Su verdadera pasión, sin embargo, fue la de Teresa Guiccioli, recién casada con el Conde de este nombre; fue tan ardiente, que la decidió á fugarse con él á Milán; pero tal escándalo se produjo, que Teresa volvió al domicilio conyugal, siendo tal su sentimiento que el mismo marido tuvo que ir á buscar á Byron para que su desesperada esposa recobrara la salud, como la recobró, instalándose los dos en Pisa. Allí recibió Byron la noticia de la muerte de su íntimo amigo el poeta Shelley, y tan violenta fue la conmoción, que resolvió morir consagrándose á alguna grande y noble causa. Los griegos acababan de levantarse contra los turcos, y Byron decidió unirse á ellos para ayudarles á conquistar su independencia.

Su entrada en Agostoli fué triunfal. Su entusiasmo por los griegos era, sin embargo, menos que mediano, y según el doctor Millingen, hasta los despreciaba profundamente. «Esos »griegos—cuenta que le dijo un día—son el pueblo más de»pravado y más degradado que exista bajo el sol, porque jun»tan á sus vicios nativos los de sus opresores y los de los es»clavos.—Entonces, ¿por qué habéis venido á combatir en su »favor?—Porque más harto de mis trabajos que el público de »su lectura, he querido cambiar el curso de mis ideas. La vida »activa y peligrosa de soldado ha fascinado mi imaginación. »Por lo demás, este nuevo modo de existencia me permitirá »dejar este mundo, donde el papel que me incumbe se me ha »hecho insoportable.»

Estos accesos de desprecio y de irritación contra los griegos, eran producto de su nerviosidad; los jefes helenos se daban cuenta de ello, no dejando nunca de guardar las mayores consideraciones al generoso apóstol de su libertad, hasta el día mismo en que, presa de la fiebre, y agobiado por sus ataques

epilépticos, murió pronunciando estas últimas palabras: «Y ahora, es preciso dormir.»

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

La vocación para el estudio en los laboratorios de Psicología.—El sabio Alfredo Binet, Director del Laboratorio psicológico de la Sorbona, ha consagrado al estudio de la batallona cuestión de la enseñanza clásica un sustancioso trabajo en la *Revue des Revues*, examinando el problema desde un punto de vista completamente nuevo y eminentemente práctico.

¿Quién piensa en negar el encanto, los méritos y las ventajas de la enseñanza de las humanidades? ¿Quién puede desconocer los grandes servicios que la enseñanza utilitaria puede prestar? Ambas clases de enseñanza merecen todos los respetos y responden á fines igualmente dignos de consideración. No debe, pues, perderse el tiempo en discutir si la enseñanza clásica forma mejor el espíritu ó si la moderna prepara mejor para la lucha por la existencia. Lo que importa es llegar á saber quiénes son más aptos para una y quiénes para otra, y dar á cada cual la que mejor permita el desenvolvimiento de sus aptitudes, pues esa seguramente será siempre para el que la recibe más ventajosa.

¿Cuántas y cuáles son las familias naturales de espíritus? Aparte de los tipos intermedios y de transición, Binet, después de ocho años de investigaciones, establece tres tipos intelectuales bien marcados: el *literario*, el *científico* y el *artístico*. El espíritu *literario* se atiene, sobre todo, al desarrollo de la expresión, del lenguaje, y se manifiesta en el gusto por la lectura, en la facilidad de escribir, de componer frases bien formadas y matizadas; el espíritu *científico* se manifiesta por el sentimiento vivo de la verdad, por el desarrollo del talento de observación, por la tendencia á clasificar, juzgar, razonar,

encadenar los hechos y descubrir sus consecuencias; el espíritu *artístico* tiene por base el sentimiento desarrollado de lo bello en cuanto es causa de excitación para los órganos de los sentidos; puede prescindirse de este tercer tipo intelectual, por no entrar sino en parte infinitesimal el arte en nuestros sistemas de enseñanza.

¿Cómo pueden reconocerse en la práctica estas tendencias y en qué signo objetivo puede hallarse la indicación de que tal alumno es científico y tal otro literario? En el curso de sus ya largas investigaciones, Binet se ha convencido de que esos signos existen, y el método que para reconocerlos emplea forma parte de una ciencia compleja, la *psicología individual*, «conjunto de procedimientos que permiten descubrir la característica de cada cual mostrando su modo de pensar, de razonar y de sentir.» Entre esos procedimientos, para el caso concreto de que se trata, Binet elige, por vía de ejemplo, los dos más sencillos de explicar y más fáciles de exponer: la redacción de una descripción y la apreciación de la imaginación espacial y visual del alumno.

Poned ante el alumno un objeto cualquiera, cuanto más sencillo mejor: un cigarro, una moneda, una pluma, una flor; dadle una cuartilla de papel y decidle que describa aquel objeto. Si el experimento se hace en una clase, nadie pregunta más y todos comienzan á escribir. Si la prueba se hace con un adulto aparte, es muy raro que el alumno no pida explicaciones. No se le da ninguna y se le repite en todos los tonos que describa aquel objeto, dejándole solo. Binet ha hecho esta prueba en toda clase de lugares y con todo género de personas y siempre con idéntico resultado, llegando á la obtención de los tres tipos consabidos.

1.° El tipo *observador*. Es el que se fija en el objeto, lo describe en sus detalles materiales, en sus usos, ó interpreta sus detalles y saca conclusiones, pero siempre con relación al objeto. ¿Es una moneda? Anotará su efigie, su fecha de emisión, su aspecto, su color, sus dimensiones, su desgaste. ¿Es

una pluma? Describirá minuciosamente las diversas partes de que se compone, su color, la forma de su pico y de su base. ¿Es un cigarrillo? El color del tabaco que se desborda, el color y la consistencia del papel, la forma del todo, etc.

2.° El tipo *literario*. Las redacciones de este género son infinitamente menos numerosas que las precedentes, lo que depende de la índole de esta prueba, pues se necesita tener una tendencia literaria muy fuerte para abandonar el objeto y dejarse llevar del desarrollo verbal. El literario, en efecto, no habla del objeto mismo, sino á propósito del objeto. Ante una moneda describirá los servicios que puede prestar dada oportunamente, á menos de que la efigie de la pieza no despierte en él recuerdos políticos ó históricos; la pluma le hace pensar en el hierro de la lanza ó en todas las injurias que se pueden escribir; el cigarrillo, en fin, sirve de cebo á sus recuerdos ó fantasías.

El segundo experimento consiste en conocer la imaginación espacial y visual de una persona. Todos poseemos hasta cierto punto la facultad de representarnos visualmente los objetos en el espacio; pero esta representación, muy precisa en unos, es harto vaga en otros; los primeros son espíritus científicos; los segundos, literarios. Para hacer esta investigación, Binet y sus colaboradores Henri y Vaschide, suelen emplear, entre otros, el siguiente procedimiento: toman un pliego de papel, lo doblan dos ó tres veces haciendo notar bien la posición de cada pliegue sucesivo, y luego hacen un recorte de forma particular en el último doblez, pidiendo al alumno que dibuje el aspecto que tendría el pliego de papel si se desdoblase, indicando la figura y posición que tendría el recorte en el papel desplegado; el problema es fácil si el papel se ha doblado dos veces en pliegues perpendiculares, pero es complicado si los pliegues son numerosos y oblícuos. El espíritu literario no acierta á representarse exactamente los cambios producidos por los dobleces; por más esfuerzos que hace, su imaginación visual es vaga y vacilante, mientras que sus compañeros, los científicos, aciertan al primer golpe.

Ahora bien; dada una especie de espíritu, ¿qué género de enseñanza se le debe aplicar? En este respecto, la pedagogía tiene dos reglas aparentemente contradictorias, pero que se armonizan en realidad: es preciso que el educador se esfuerce en producir espíritus completos desarrollando todas las aptitudes que en él están en germen; pero es preciso también, cuando una aptitud es naturalmente muy fuerte, favorecer su desarrollo ulterior. Hay, pues, que dar á todos, sean como quieran, algunos rudimentos de enseñanza literaria y de enseñanza científica; pero si se trata de cultura intensiva, de una enseñanza elevada, superior, debe reservarse la enseñanza clásica á los espíritus literarios y la moderna á los científicos.

***

La educación de nuestros hijos.—Con este mismo título publica *La Nueva Antología* un artículo de Margarita Traube, en el que se encuentran algunas ideas dignas de ser especialmente recogidas.

La moderna manía de la educación arranca del concepto que Rousseau tenía del niño: «En cuanto nace—decía—apoderaos de él y no le dejéis hasta que sea hombre; sin eso, nunca conseguiréis nada.» Es en verdad una insistencia que raya en la persecución, la del empeño con que nos apoderamos del niño para quitarle toda iniciativa. Rousseau, sin embargo, atormentaba á los niños mucho menos que nosotros, porque en su tiempo los niños eran malos, como hoy, pero no costaban tanto, física, moral ni económicamente.

Que los hijos cuestan hoy más de lo razonable es fácil demostrarlo: cuestan tanto que se vacila hasta sobre darlos á luz. En Francia, por ejemplo, aunque sea una de las naciones más ricas, muchos explican la disminución de nacimientos por razones económicas. En América del Norte lo que hace disminuir los nacimientos es la emancipación de la mujer, el llamado feminismo. En Inglaterra, por ahora, los nacimientos abundan,

pero allí está ya establecido el uso de cloroformizar á las mujeres durante el parto, y tiende á generalizarse de tal modo que se aplica en el mismo caso á los animales domésticos. La razón es que en las naciones muy refinadas, como en los animales demasiado escogidos, disminuye la resistencia contra el dolor, ó crece la sensibilidad, que para el caso es lo mismo.

Juntamente con la sensibilidad del dolor ha crecido la sensibilidad psíquica. Para convencerse de ello basta presenciar el dolor con que una aldeana ó una señora joven y robusta soporta la pérdida de un hijo, con dolor bastante mayor que el de una madre de la ciudad que sea débil ó menos joven. Lo mismo que sus padres, los hijos se hacen más débiles; y esto, no sólo por la degeneración de la raza, sino por los progresos de la medicina y de la higiene, que consiguen conservar á quienes hubieran debido sucumbir en los primeros años de su vida infantil. La educación es el fruto de este exagerado cariño, de esta ansia por los hijos que va creciendo á medida que disminuyen los nacimientos y progresa la degeneración de la raza.

Hace después Margarita Traube la crítica concreta de la educación moderna, comenzando desde los jardines de la infancia, que no son tales jardines, y haciendo constar el hecho de que un niño de mediana inteligencia puede obtener en dos años en su casa, trabajando una hora diaria, el mismo provecho que en cinco años de escuela con cuatro horas diarias de trabajo. Las censuras que dirige á la enseñanza de las ciencias naturales están llenas de finas observaciones: esta enseñanza, del modo que se hace, quita al niño la capacidad de permanecer sorprendido ante los fenómenos de la naturaleza; en lugar de excitar su espíritu de observación, acaba por embotarlo.

Existe un pueblo salvaje—concluye la distinguida escritora después de pasar revista á los defectos harto conocidos de la actual educación—en el cual, para honrar á un huésped, se mastica el arroz y se le mete en la boca ya masticado; este es el último término que se puede poner á la iniciativa individual, y es lo único que falta. Si pudiéramos violentar nuestras

tendencias y modificar la educación de modo que los jóvenes pudiesen pensar con la propia mente y prepararse á la vida con cerebro fresco y nervios sanos, ese sería un día capaz de hacer entrar á la sociedad en una fase más sana que la presente.

CIENCIAS

El oro del mar.—Hace muy poco, la oficina de ensayadores de Nueva York recibió trece lingotes cónicos—dice el doctor Caze—de una aleación de oro y plata con un total de unos 600 pesos en oro y 33 en plata. Estos lingotes ninguna particularidad ofrecen, sino la de haber sido extraídos del agua del mar. El oro procede del Océano, y ha sido obtenido en el establecimiento de North-Lubeck (Estado del Maine), donde funcionan los aparatos de extracción. La instalación ocupa un malecón á orillas del mar. El método de obtención está seguramente basado en la electrolisis. Detrás del molino hay un gran depósito que se llena en pleamar de agua salada; una exclusa automática permite hacer entrar esta agua en una presa recubierta de cobre que la lleva al molino. El cuarto de las máquinas tiene 150 pies de largo por 40 de ancho, y contiene un centenar de aparatos cilíndricos misteriosamente ocultos á todas las miradas; allí está el secreto; todo lo que se sabe es que hay una gran dinamo y que se opera por la electricidad.

La presencia del oro en disolución en las aguas de ciertos parajes, ha sido demostrada científicamente muchos años hace. Se presenta en estado de ioduro, y está mantenido en disolución por el iodo puro. En los climas cálidos, la cantidad de oro en disolución en el iodo puro es menor que en los climas fríos, pero existe más en el ioduro de calcio. Sonstadt, en 1872, reconoció que una milla cúbica de agua contenía

17.000 toneladas de ioduro de calcio, que, descompuesto, dejaba en libertad 11.072 toneladas de iodo puro.

En cuanto á la cantidad probable de oro que contiene el agua de mar, no se han hecho hasta aquí más que conjeturas. Münster, que recientemente ha analizado el agua del Christiana-Fjord, dice que por término medio ha encontrado 5 milígramos de oro por tonelada. Ahora bien: la profundidad media del Oceano corresponde, según los últimos trabajos, á cuatrocientos millones de millas cúbicas, equivalentes á 1.837.030.272.000 toneladas, que representan, á 5 miligramos por tonelada, diez millones y cuarto de toneladas de oro.

Los resultados de la gran instalación de North-Lubeck dan un grano de oro por cada tonelada de agua salada. Cada máquina puede extraer diariamente unos 6,25 francos de oro y plata. Según los cálculos de los promovedores de la empresa, ésta dará un rendimiento, cuando el molino se halle en constante actividad, de 30 pesos por día y por máquina; se ha calculado que podrían instalarse 20.000 máquinas, lo que daría un rendimiento diario de 600.000 pesos. Una vez perfeccionado el sistema, será posible obtener mayores sumas, pues de los experimentos hechos por Pack, ensayador de la casa de moneda de San Francisco en las costas del Pacífico, resulta que se extraen de cada tonelada de agua cuatro centavos de oro, que es algo más de lo obtenido en North-Lubeck.

*
* *

Matemáticas caseras.—El sistema de multiplicación inventado por el polaco Procopovitch, y del que da cuenta el doctor Caze en la *Revue des Revues*, es tan ingenioso como práctico, y de aplicación incuestionable en la escuela y en la casa.

Se trata de facilitar el conocimiento de la tabla de Pitágoras contando por los dedos; la multiplicación de los cinco primeros números no suele ofrecer á los niños grandes dificulta-

des, y se deja á un lado; para los demás se procede del modo siguiente:

De 6 á 10 se da á cada dedo, del pulgar al meñique, el valor que le corresponde: 6 el pulgar, 7 el índice, 8 el medio, 9 el anular y 10 el meñique. ¿Se quiere multiplicar 7 por 7? Pues se juntan los índices de ambas manos y se cuentan los dedos que quedan en dirección al pulgar ó para arriba, que dan las decenas, multiplicándose los dedos que quedan en dirección al meñique ó para abajo, que dan las unidades; en efecto: 7 por 7 dejan, contando los dos índices reunidos, cuatro dedos (los dos índices y los dos pulgares) para arriba, lo que nos da 40 (4 decenas), y 3 dedos para abajo en cada mano, que dan 9 (3×3), total 49. Lo mismo se hace para cualquier otro número: siempre los dedos juntos, más los que haya hasta los pulgares, dan, sumados, las decenas, y los que queden hasta los meñiques, multiplicados, las unidades. La operación es sencillísima, y se tarda más en exponerla que en aplicarla.

Si los números son de dos cifras, el procedimiento es análogo. De 11 á 15, se da el valor de 11 al pulgar, de 12 al índice, de 13 al medio, de 14 al anular y de 15 al meñique. Se juntan los dedos de cada mano que representen los números objeto de la multiplicación, y contando éstos, más los otros dedos que haya hasta el pulgar, se tienen las decenas; en cuanto á las unidades, se multiplican esos mismos dedos (no los inferiores), los de la mano derecha por los de la izquierda, se añade 100 y se tiene el número que se busca. ¿Cuántas son 13 por 14? Junto el dedo medio de la mano derecha con el anular de la mano izquierda y me quedan así tres dedos en la primera y cuatro en la segunda, ó sean 7, que representan las decenas, 70; multiplico los tres dedos de una mano por los cuatro de la otra, y obtengo 12 que, sumados á los 70 de las decenas, dan 82; añado á esta cifra ciento, y obtengo 182, que es el producto buscado.

Con tal de que multiplicando y multiplicador pertenezcan á la misma serie de 5 números, puede seguirse así indefinida-

mente, siempre con el mismo resultado, contando por los dedos con asombrosa facilidad.

SOCIOLOGÍA

Conceptos de la sociedad y escuelas sociológicas.—En todo período de transición—dice A. Angiolini en la *Rivista moderna di cultura*, de Florencia—cuando la sociedad ha sido agitada por crisis que han turbado su movimiento regular, la ciencia ha restablecido el orden haciendo desaparecer los obstáculos que se oponían al progreso de la civilización. Al fin del siglo pasado, la Enciclopedia sacudió el edificio social fabricado por los poderes y prejuicios feudales; al fin del presente, la Sociología abrirá la nueva vía por donde gobernantes y gobernados deben dirigirse.

La Sociología presenta una concepción completamente nueva y positiva de los fenómenos sociales, frente á la concepción teológica y racionalista. Con la concepción *teológica*, que estima esos fenómenos como producto de una voluntad divina, es inútil todo estudio relativo á la sociedad, á su desarrollo, perfeccionamiento, degeneración y muerte. La sociedad, en su estática y en su dinámica, aparece como un eterno misterio, porque todo se reduce á la voluntad de Dios, y porque las leyes que son ó parecen fundamentales, pueden ser por Dios subvertidas ó transformadas. Lo cual no obsta para que haya en Italia mismo un partido científico-católico, cuyo órgano es la *Rivista internazionale di disciplini sociali e scienze ausiliarie*, que publica en Roma monseñor Talamo, que trata de conciliar los dogmas de la religión con los descubrimientos de la ciencia, y que habla y discute de Sociología en nombre de Dios, cosa que parece sumamente extraña al autor. ¿Por qué? Por el concepto equivocado que de Dios tiene. Si Dios es la perfección y las leyes sociales existen, ¿cómo ha de subvertirlas ni transformarlas? Lo que sucederá será que el hombre

tomará por ley lo que no es tal ley, y podrá de ese modo equivocarse; pero si la ley existe, existirá con el carácter de inmutabilidad que le corresponde, sin que sea, por consigniente, obstáculo alguno la concepción teológica para que el hombre estudie y descubra los principios que presiden la evolución de los fenómenos sociales.

La concepción *racionalista* arranca del error antropocéutico; todo existe para el hombre, que es centro de todo lo creado. Se quita del altar el simulacro de Dios y en su lugar se pone la razón humana. Esta escuela ha prestado grandes servicios, pero se basa en el error de suponer que la sociedad puede y debe gobernarse según la razón. Se olvidó y se olvida que en la sociedad se encierran energías que ninguna fuerza humana puede vencer.

La concepción *sociológica* es la única que puede resolver los problemas sociales. Los fenómenos sociales no son, según Angiolini, el producto de una voluntad divina, ni menos de la voluntad y razón del hombre; son algo más fijo y más estable (¿puede haber algo más fijo ni más estable que la voluntad de Dios?); obedecen á leyes, á movimientos que no se pueden impunemente violar ni turbar (¿quién dicta esas leyes y quién produce esos movimientos? porque toda ley supone legislador y motor todo movimiento).

Han disputado algunos á la Sociología el derecho de existir, diciendo que toda ciencia social tiene un fin, y que no existe un fin sociológico especial. Ese fin existe, sin embargo, y es la sociedad misma, la vida colectiva. Fustel de Coulanges afirma que la Sociología no tiene razón de ser, pues la Historia tiene el mismo sentido y significa la misma cosa, á lo cual replica Lubbock que son cosas distintas, habiendo partes de la Historia (sucesiones, dinastías, batallas) que no entran en la Sociología, y cuestiones de Sociología (educación, salud, condición de los pobres) que no entran en la Historia.

La Sociología estudia las leyes y fines de la sociedad, formas que puede adoptar esta vida y sucesión de estas formas.

Tiene por auxiliares la Historia, la Economía y el Derecho; pero es una ciencia aparte, que ejerce benéfica influencia en todas las ramas del saber: en derecho internacional, intenta abatir las antiguas barreras patrióticas; en derecho privado, se preocupa de los intereses de las clases proletarias; en derecho penal, destruye la responsabilidad individual basada en el libre albedrío y afirma la social, por la que se defiende de los delincuentes como de enfermos ó locos; en literatura abandona los antiguos criterios románticos y metafísicos, para tomar al hombre como es, con las pasiones nobles é innobles que le agitan; en arte declara vacía de sentido la fórmula de *el arte por el arte,* sustituyéndola por la de *el arte por la vida*; en la moral, sustituye el positivismo á la moral religiosa y racionalista; en política, enseña las leyes bajo las cuales vive la sociedad, y sus tendencias y necesidades.

Entre los que exageran la importancia de ciertas leyes sociales, se encuentran los *pesimistas,* de quienes puede decirse representante el profesor de Graz Luis Gumplowicz. «Todo grupo humano tiende á subyugar otros grupos para aumentar con sus servicios su bienestar.» Esa es la fórmula: la vida de la sociedad se reduce á la lucha perpetua de los grupos, y la humanidad estará siempre dividida entre conquistados y conquistadores, siendo inútil esperar mejora ni progreso alguno.

Otra escuela sociológica, la *organicista*, exagera á su vez otros principios. Como el conjunto de las células forma el organismo animal, el cuerpo, así el conjunto de los hombres forma el organismo social, la sociedad. Este organismo debe estar regido por las mismas leyes que rigen el organismo humano, y esta analogía, que existe, sin duda, exagerada por Lilienfeld y Worms, lleva al error de olvidar que la sociedad es algo más que un conjunto de hombres, y que tiene leyes propias.

Otros, en fin, partiendo de las teorías evolucionistas y darwinistas sobre el origen del hombre, han exagerado el principio de la lucha por la existencia que, en el campo humano

como en el animal, conducirá siempre al triunfo del más fuerte. Olvida de este modo la escuela *darwinista*, que si entre los animales la lucha por la vida se resuelve por el triunfo del más fuerte, en el campo humano conduce al triunfo del más adaptado al ambiente, debiéndose recordar, á los que sostienen que esa lucha es la causa de la civilización y el factor más eficaz del progreso, lo que dice Novicow: «Como en un pugilato el mejor es el que tiene músculos más robustos y no más trascendental ingenio, así en nuestra sociedad imperfecta, donde el hurto y el engaño son estimados como acciones lucrativas, los mejores son los que saben engañar y robar mejor.»

Tres tendencias reconoce Worms que existen entre los cultivadores de la Sociología: la práctica, la histórica y la filosófica. Para los primeros, la sociología es la inspiradora inmediata de la práctica en materia social; para los segundos, es la historia íntegra de la humanidad científicamente elaborada; para los terceros, es la filosofía misma de la vida superorgánica. De todas estas concepciones, ninguna debe desatenderse, repitiendo, con Leibnitz, que, si todos los sistemas son falsos por lo que niegan, son verdaderos por lo que afirman. No debe disputarse el título de sociólogo ni á los filósofos que razonan sobre la vida social, ni á los historiadores que la describen, ni á los hombres de acción que la conducen conscia y voluntariamente por la vía del progreso.

***

El socialismo en España.—G. Maze-Sencier, en la *Revue politique et parlementaire*, publica un trabajo muy concienzudo y de información bastante autorizada sobre la historia y organización del socialismo en nuestra patria.

El movimiento fue al principio un poco vago y romántico, análogo por las tendencias al movimiento de 1848 en Francia. D. Fernando Garrido y D. Joaquín Abreu fueron los propagandistas de las teorías falansterianas, y hasta llegaron á fun-

dar un falansterio cerca de Jerez. A diferencia de lo ocurrido en Francia, los primeros adeptos del socialismo español, Ugarte, Cala, Guillén, Canalejas, Sixto Cámara y otros, pertenecían á las clases directoras.

La revolución de 1868 sacó de la esfera de la pasividad al socialismo español para darle alcance práctico y carácter de partido militante. La Interuacional organizó entonces una sección central en Madrid y después otra en Cataluña, que en seguida se pusieron en relación con Bakunine, disponiéndose á trabajar por la revolución social. Se celebró el primer Congreso nacional de obreros españoles, donde se acordó aceptar en política el credo de los republicanos federales, y se dió tal impulso á la propaganda, que á fines de 1869 la Asociación contaba con 195 secciones y más de 20.000 miembros. Pero la armonía duró poco, y en el Congreso de Zaragoza se llegó á un rompimiento entre los autoritarios ó colectivistas, partidarios de Carlos Marx, y los anti-autoritarios, partidarios de Bakunine, que fueron los que triunfaron. Pablo Iglesias, Mesa y Pagés se separaron de los colectivistas y se constituyeron en grupo especial. El Congreso de Córdoba reveló la excisión, pero los progresos del colectivismo fueron tan rápidos y considerables, que España llegó á ser en 1873 el centro del colectivismo revolucionario de Europa, llegando la Internacional á contar con 270 federaciones regionales subdividas en 537 secciones, con un total de 300.000 afiliados. Las medidas represivas tomadas por Sagasta fueron tan enérgicas, que, suprimida la prensa socialista, prohibidas las reuniones y disueltos los círculos, la Internacional parecía ir á desaparecer.

La renuncia de Don Amadeo y la instauración de la República dió rienda suelta al movimiento popular produciendo los tristes excesos del cantonalismo, que desacreditaron el régimen. Los cantonalistas, empujados por los socialistas, retrocedieron ante las consecuencias extremas de sus principios, y no se atrevieron á romper con la tradición del Gobierno representativo ni á adoptar las soluciones del socialismo respecto á

la organización del trabajo y á la expropiación de los capitalistas.

Dominada la insurrección cantonalista, disuelta la Internacional y restablecida la dinastía destronada, el socialismo parecía muerto en España; el impulso, sin embargo, estaba dado, y una vez relajado el rigor de ciertas medidas, comenzó á reconstruirse, pero mucho mejor dirigido y con menos utópicas aspiraciones que la Internacional, limitando su programa á la conquista del Poder por la clase obrera, á la transformación de la propiedad individual de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social y común, y á la adopción de medidas políticas y económicas. Los socialistas obreros reconocen la legitimidad de la propiedad colectiva, y persiguen la organización de la sociedad civil sobre la base de la federación económica; quieren que la sociedad se encargue de todos los enfermos y viejos, y proclaman los tres ochos y el salario mínimo igual para ambos sexos. Su ideal es llegar á la emancipación de los trabajadores, aboliendo para eso todas las clases sociales, reduciéndolas á una sola: la de trabajadores dueños de sus salarios y del fruto de su trabajo. Tienen por órgano *El Socialista*, viven aparte de todos los partidos burgueses, habiéndose separado ruidosamente de los republicanos, y aspiran á ejercer su influencia política, no como agitadores, sino como representantes impuestos de toda una clase social.

Con esta nueva organización, el socialismo no reclutó al principio más que obreros manuales; poco á poco, sin embargo, su propaganda fue conquistando partidarios, y al fin, en Agosto de 1888 manifestó públicamente su poder en el Congreso de Barcelona, donde se redactó y aprobó el reglamento orgánico del partido socialista obrero español. Este primer Congreso logró reunir 16 agrupaciones obreras, que llegaron á ser 23 en el Congreso de Bilbao en 1890; 37, en el de Valencia, en 1892; 45, en el de Madrid, en 1894; y 50 en el de Valencia, en 1896. En el terreno electoral, al que los socialistas han acudido, llegaron á obtener en 1891 5.000 votos; en 1893,

7.000, y en 1896, 14.000; las cifras son pequeñas en absoluto; pero relativamente son grandes, teniendo en cuenta el atraso de la educación política y la enorme presión de los Gobiernos.

Los socialistas obreros rechazan toda asimilación con los anarquistas; se separan de los teóricos tanto como de los propagandistas de la acción revolucionaria; les repugnan los ataques á las personas y á la propiedad, y pretenden llegar legal y legislativamente á la realización de su programa.

FILOSOFÍA

Grandeza é infelicidad.—Así se titula un hermoso trabajo publicado por Vaccaro en la *Revista Moderna de Cultura*, con el propósito de mostrar la sinrazón del pesimismo al estimar unida á la grandeza humana la desventura y la desgracia.

En uno de los diálogos de Leopardi, la Naturaleza, al echar al mundo un Alma, le dice: «Ve, hijita mía predilecta, vive y sé grande é infeliz.» Sorprendida el Alma, pregunta: «¿Qué mal he cometido yo para que me condenes á esta pena?» «¿No se trata de pena—responde la Naturaleza;—todos los hombres nacen y viven infelices, y como tú has de dar vida á una persona humana, tienes que compartir la desventura común á los hombres.»—«Pero, dime: ¿son la misma cosa excelencia é infelicidad? Y si son dos cosas, ¿no pueden separarse?» «En el alma de los hombres puede decirse que la excelencia y la infelicidad extraordinarias son la misma cosa, porque la mayor vida de las almas implica mayor eficacia del amor propio, lo cual implica mayor deseo de felicidad, y por lo tanto mayor descontento por estar privada de ella y mayor dolor por las adversidades que sobrevienen. Todo esto está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, que yo no puedo variar. Por otra parte, la finura de tu propia inteligencia y la vivacidad de la imaginación te arre-

batarán grandísima porción del dominio de tí misma. Los brutos emplean eficazmente, en los fines que se proponen, todas sus facultades y fuerzas; pero los hombres rarísima vez usan todo su poder, impedidos ordinariamente por la razón y la imaginación, que crean mil dudas en el deliberar y mil intentos en la ejecución; los menos aptos ó menos gastados en ponderar y meditar son los más prontos en resolverse y los más eficaces en el obrar. Estas y otras dificultades y miserias ocupan y rodean las almas grandes. Pero están ámpliamente recompensadas por la fama, las alabanzas y los honores que otorga á estos egregios espíritus su grandeza.»—«Pero estas alabanzas y estos honores que tú dices, ¿los tendré yo del cielo, de tí ó de quién?»—«De los hombres.»—«Pero yo creía que no sabiendo hacer lo más necesario al comercio de los hombres, debería ser vilipendiada y no alabada.»

La Naturaleza, no acertando á disimular la gravedad de esta objeción, dice: «No me es dado á mí prever lo futuro; pero lo más verosímil es que serás perseguida por la envidia, que es otra calamidad con que suelen encontrarse las almas excelsas, aparte de que la misma fortuna suele ser enemiga de tus semejantes. Pero enseguida después de tu muerte, como ocurrió á un llamado Camoens, ó al cabo de algunos años, como sucedió á otro llamado Milton, serás celebrada y elevada hasta el cielo, no diré por todos, sino por los pocos hombres de buen juicio.»—«Madre mía—dice entonces el Alma,—según tus palabras, la excelencia de que me has dotado podrá ser de necesidad ó de provecho para obtener la gloria, pero no conduce á la felicidad, sino á la desventura. Ni aun á la misma gloria es creíble que me conduzca antes de la muerte, sobrevenida la cual ¿qué utilidad ó qué placer me podrá venir de los mayores bienes del mundo? De modo que de tus propias palabras deduzco que tú, en lugar de amarme singularmente, me quieres mal porque no has dudado en hacerme un regalo tan calamitoso como esa excelencia que tanto me alabas.»

La Naturaleza, ante semejante reconvención, se excusa diciendo que no tiene ninguna culpa de que las almas de los hombres estén asignadas como presa á la infelicidad, y que en la universal miseria de la condición humana la gloria es juzgada por la mayor parte de los hombres como el mayor bien concedido á los mortales. Apesadumbrada de esto, el Alma pregunta si hay entre los animales alguno que tenga menos vitalidad y sentimiento que los hombres, y oída la respuesta afirmativa, el alma concluye pidiendo á la Naturaleza que se digne alojarla en el viviente más humilde é imperfecto, ó por lo menos despojarla de las funestas dotes que la ennoblecen, haciéndola igual al más estúpido espíritu que exista y abreviándola la vida todo lo posible.

Cree Vaccaro muy probable que al componer este diálogo, Leopardi tuviera á la vista lo que sobre la gloria había escrito Fóscolo, que sacrificó su vida entera por conseguirla. La conclusión de los agudos razonamientos de uno y otro, sería esta: «La grandeza de espíritu ó de ánimo implica necesariamente mayor infelicidad.» ¿Es esto cierto? La vida en sí misma, responde Leopardi, es infelicidad, de donde el no vivir es siempre mejor que vivir. Ahora bien; cuanto más intensa es la vida, tanto mayor es la infelicidad, y puesto que la excelencia del alma implica mayor intensión de vida, implica también mayor infelicidad. Todo esto, según Leopardi, está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, y se extiende no sólo al hombre, sino á todos los vivientes, como se ve en el *Diálogo de un físico y un metafísico*.

La vida es lo que es, y sacar de aquí que sería mejor que no fuese ó que fuese de otro modo, no tiene sentido común. La vida, en sí misma, no es un bien ni es un mal, ni implica necesariamente felicidad ni desventura. En los seres inferiores que carecen de órganos de los sentidos ó los tienen rudimentarios, la vida transcurre lánguida, sin placeres ni dolores apreciables; para tales seres no existe la felicidad ni la infelicidad. A medida que se asciende en la escala zoológica, los

órganos de los sentidos se especifican y coordinan, y la vida, que se hace más intensa y consciente, se revela en una continua alternativa de placeres y dolores; pero no está dicho que éstos superen á aquellos ó viceversa y, por consiguiente, pesimismo y optimismo son igualmente injustificados.

Lo único que puede afirmarse con certeza es que cuanto mejor adaptado está un ser viviente á las fuerzas externas que le circundan, tanto más disminuye la suma de sus dolores, en relación con sus placeres, y viceversa; y si se considera que los órganos de los sentidos y la inteligencia son medios que sirven para adaptar los seres con el mundo externo, debe concluirse que la suma de los dolores en relación con los placeres, no crece con el crecer de la intensidad de la vida, como afirma Leopardi, sino que decrece.

El hombre es el más inteligente de todos los animales; no sólo conoce sus estados presentes, sino que recuerda los pasados, y con su facultad de abstracción puede siempre imaginar cosas mucho mejores que las que posee, y desearlas sin poder obtenerlas. He aquí el fundamento del pesimismo de Leopardi: «El hombre desea su felicidad, y no pudiendo alcanzarla, es infeliz.» ¿Por qué no puede ser satisfecho este deseo de felicidad? Porque es inextinguible, pudiendo siempre aspirarse á lo mejor, que es lo infinito. Pero de esto no se deduce que el hombre haya de ser necesariamente infeliz (1).

En lo que no deja Leopardi de tener razón, es en su afirmación de que la mayor elevación de la inteligencia constitu-

(1) No hay razón para tal infelicidad, añadimos nosotros. Con sólo creer en Dios y en la otra vida, esa infelicidad desaparece por completo. ¿Somos aquí desgraciados? Consolémonos con la esperanza de que en otra vida seremos felices, y para llegar á serlo conduzcámonos bien en esta. ¿Somos aquí afortunados en lo que cabe por nuestra inteligencia ó por nuestras riquezas y posición? Pues contentémonos con esta ración de felicidad, y si nuestras aspiraciones naturales nos obligan á apetecer cosa mejor, podemos apetecerla sin ser por eso infelices, sabiendo que siempre hay un más allá inasequible en esta vida, y sólo alcanzable en la otra

ye una desventaja y una causa de desventura. ¿Por qué? Por la ley de adaptación. ¿Para qué sirve á un ilota espartano ó á un paria de la India tener gran inteligencia? ¿Para qué sirve esa gran inteligencia á quien tiene la desgracia en nuestros días de nacer en condición miserable? Para hacerle comprender toda su miseria y convertirle en un rebelde, en un criminal (1).

Prescindiendo de las riquezas y distinciones sociales, es indudable que el hombre dotado de talento y ánimo muy superior al promedio, corre gravísimo peligro de vivir infeliz; donde quiera que vuelva los ojos, ve mejor y más lejos que sus contemporáneos, y es, por lo mismo, perseguido ó ridiculizado; sólo la *áurea mediocritas*, los llamados *hábiles*, triunfan y prosperan en la sociedad humana, obteniendo fama, honores y riquezas (2). El mayor número de éstos, abusando de la buena fe, de la ignorancia y de la sencillez de las masas,

---

mediante nuestras virtudes presentes. El pesimismo leopardino, como todos los demás pesimismos, sólo tienen valor fuera de la ortodoxia. Con la concepción cristiana de la vida no cabe ni aun siquiera plantear el problema del pesimismo, que no tiene razón de ser, ahogado en su mismo origen por la resignación y la esperanza, personificadas en Jesucristo.

(1) ¿Por qué, precisamente, un rebelde ó un criminal? ¿Por qué no un valiente obrero honrado, que á fuerza de laboriosidad y de inteligencia se levanta desde su humilde posición hasta las más altas cumbres sociales? ¿No está llena la historia contemporánea de ejemplos semejantes? Grandes inteligencias al servicio de viciosos y neurasténicos, podrán llevar al crimen; al servicio de hombres honrados, no le llevarán nunca.

(2) Pero eso es un círculo vicioso. ¿Consiste la felicidad en la fama y las riquezas? Ya hemos convenido que no, puesto que el alma no puede satisfacerse, y con razón, con tales cosas. El hombre verdaderamente grande, *que ve mejor y más lejos que sus contemporáneos,* no puede extrañarse de que sus contemporáneos no vean como él; tiene la conciencia de su superioridad, y no debe subordinar al éxito su dicha; la conciencia de su propio valer debe bastarle, y el cumplimiento de los deberes que *su propia superioridad* le impone, con independencia del éxito ó fracaso de sus esfuerzos, debe satisfacerle.

con la intriga, la mentira y los artificios más desvergonzados obtienen inmerecida fama, mientras otros que valen mucho más, pero que desdeñan descender á tales bajezas, viven y mueren obscuros (1).

Por otra parte, ¿no es la gloria una irrisión? ¿A qué se reduce en definitiva? A una piedra que distinga los suyos de los infinitos huesos que en la tierra y el mar siembra la muerte. ¡Flaca compensación!.... No, no es por obtener una lápida, una estatua ó un monumento por lo que los verdaderamente grandes afrontan persecuciones, dolores y miserias sin fin; ellos, las más veces, descubren el calvario que les espera; ven el sendero que han de recorrer lleno de espinas; pero espoleados por su genio, avanzan serenos é impertérritos, señalando con su sangre su camino, y á la turba vulgar de sus contemporáneos que les befan y les insultan, la perdonan repitiendo las sublimes palabras del Crucificado: «¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

En suma: la vida hay que tomarla como es. La verdadera sabiduría consiste en conocer las leyes que presiden á la vida misma, y adaptarse á ellas. Esto, y no otra cosa, puede formar lo que llamamos aquí felicidad. Quien se figura que la felicidad es un estado de perfecto reposo, confunde la muerte con la vida; quien supone que la vida puede existir sin dolor, ignora que el dolor tiene la misma raíz que el placer, y que ambos concurren al mantenimiento de la vida misma. Todo lo que podemos conseguir por los progresos de las ciencias naturales y sociales, y por la técnica, es reducir hasta cierto punto la suma de los dolores, y aumentar la de los placeres. Las recriminaciones son inútiles. Contentémonos y ¡á trabajar!

---

(1) Pero quizá más felices que los otros en esta vida, y sin quizá, mucho más en la otra, como justa compensación.

ANECDÓTICA

El saludo á la Duquesa de Broglie.— En una de las fiestas dadas por el Elector Palatino durante la estancia en su corte del embajador de Luis XV, Blondel — cuenta en la *Revue des Revues* Pablo de Estrée, con referencia á las Memorias de dicho Embajador—figuraba entre los invitados la Duquesa de Broglie. Blondel presentó al Elector muy ceremoniosamente todos los personajes, y el Príncipe los acogió con la cortesía que merecían. Unicamente la Duquesa de Broglie se manifestó malhumorada; llamó aparte á Blondel y le reprendió amargamente por no haber prevenido al Elector de que debía saludarla particularmente como era su derecho, pues debía ser saludada en particular por los Reyes y Príncipes reinantes.

Blondel se excusó como pudo por aquella infracción de la etiqueta, que seguramente le criticaría Luis XV, y fué en seguida á contar la cosa al Elector.—No hay que apurarse—le dijo éste,—voy á reparar vuestro..... crimen.

Y acercándose á la mariscala, la saludó y la dirigió los más lisonjeros cumplidos.—«Si tuviera veinticinco años—añadió—la hubiera pedido permiso para besarla; pero mi edad, mi piel arrugada y mi barba blanca, deben ser poco tentadores para tan bella dama».

La Duquesa de Broglie era «vieja, flaca y seca», un verdadero remedio contra el amor. Tomó en serio los cumplimientos del Príncipe, llena de satisfacción, y contestó que «nada podía serle tan agradable». El pobre Elector tuvo que aguantarse y plantar un par de besos en las arrugadas mejillas de la Duquesa, «lo cual—añade Blondel— no debió darle mucho gusto».

Fernando Araujo.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LÓGICA PARLAMENTARIA.

CCCXC

Para ganarse la confianza, importa mostrar que vuestro interés personal es idéntico al de vuestro auditorio, pero contrario á la teoría que defendéis.

CCCXCI

La cólera es un disgusto que proviene de una ofensa inmerecida hecha á vosotros mismos ó á vuestros amigos; por tanto, para excitar la cólera es preciso mostrar la injusticia de la ofensa.

CCCXCII

Para calmar la ira es preciso mostrar (según los casos) que quienes provocaron la irritación de vuestros oyentes deben ser temidos ó reverenciados, que tienen títulos para la estimación de todos, que ofendieron involuntariamente ó que les pesa lo que han hecho.

CCCXCIII

Una sentencia á la cual se añade la causa y el por qué, es un entimema.

CCCXCIV

En las lamentaciones ó en la amplificación es donde sobre todo debe hablarse de una manera universal de lo que no es univereal.

CCCXCV

Para agradar á vuestros oyentes, decid de una manera *general* lo que responde á sus sentimientos *actuales;* por tanto, debéis examinar el estado de ánimo del auditorio.

Las sentencias que expresan verdades *generales* dan al discurso un gran aspecto de moralidad.

CCCXCVI

No habléis de todas las eventualidades probables, sino tan sólo de los hechos ciertos y probados.

CCCXCVII

Cuanto más se relacionan los asertos con el asunto, más *propios* son de él y menos comunes. Las cosas comunes son *las que un asunto poseen,* pero que también *otros asuntos las poseen;* las cosas *propias del asunto* son aquellas que son peculiares suyas y sólo de él. Estas últimas tienen un alcance real; y la cosa más apremiante y que más importa conocer en un asunto son los detalles por los cuales difiere de todos los demás asuntos.

CCCXCVIII

Las cosas dichas con mayor precisión son las más visibles para el oyente.

CCCXCIX

De todos los silogismos, los más fastidiosos son los que no parecen claros desde el principio.

CD

Es un error el amplificar antes de haber dado una demostración del asunto.

CDI

Los circunloquios son útiles para engañar á vuestros oyentes, pero no sirven nada más que para eso.

CDII

Si es necesario que seais prolijos, emplead la *razón* de la cosa en vez de la cosa misma; en el caso contrario, nombrad la *cosa*. Entiendo por la *razón de la cosa* una descripción de sus propiedades.

CDIII

Las partes del discurso son: el exordio, la tesis, la demostración y el epílogo.

CDIV

El exordio sirve para hacer conocer el propósito del discurso; si el discurso ha de ser corto y su objeto es conocido, huelga el exordio. También sirve para rechazar la calumnia, ya provenga del mismo orador, ya del oyente, del asunto ó del adversario.

CDV

La defensa debe separar todos los obstáculos en el comienzo del discurso. La acusación debe insistir en sus cargos en el epílogo, á fin de que los oyentes conserven muy fresca la memoria de ellos.

CDVI

Se mantiene la atención del auditorio diciéndole grandes cosas, cosas á propósito, cosas que asombren y cosas muy divertidas.

CDVII

En la defensa, he aquí el objeto de la controversia: la cosa de que se acusa no ha sido cometida, no es nociva, no es injusta, ó no lo es tanto como se pretende.

CDVIII

La peroración prepara al oyente á formarse buen concepto del orador y mala opinión del adversario; permite amplificar ó atenuar, conmover las pasiones y refrescar la memoria.

CDIX

Por la persuasión, el orador exhorta á elegir, hablar ú obrar, manifestando que lo que aconseja es justo, legal, útil, honesto, agradable y fácilmente realizable. Cuando disuade, el orador logra su objeto mostrando lo contrario.

CDX

He aquí lo provechoso: el mantenimiento de las ventajas presentes, la adquisición de las ventajas que faltan, el apartamiento de los inconvenientes actuales ó que amenazan.

CDXI

Para combatir un proyecto de modificaciones constitucionales, alegad que es injusto cambiar la Constitución establecida; para defenderlo, decid que el hecho de ampliar lo que ya existe no es derogar la Constitución vigente, sino perfeccionarla.

CDXII

Para combatir una alianza, demostrad que es inútil, y sobre todo en los actuales momentos; que la nación con la cual hay el propósito de tratar, no es digna de confianza; que alimenta antiguos rencores contra vuestro país; que está alejada de él por la distancia, y es incapaz de acudir á nuestro auxilio en el momento oportuno.

CDXIII

Para recomendar la guerra decid que, por efecto de ciertas circunstancias, ha llegado el momento de vengarnos de quienes nos han ofendido; de defender á nuestros aliados, injustamente atacados; de obrar en pro del bien público; de adquirir honra ó provecho. Alegad cuantos motivos podais; manifestad que todas las circunstancias que pueden hacer favorable una guerra parecen estar de parte nuestra, como, por ejemplo, la suerte, la superioridad del número, la riqueza, generales prudentes, aliados sólidos, el buen estado de las plazas de guerra; despreciad las fuerzas de nuestros adversarios y exagerad las nuestras.

CDXIV

Para combatir la guerra, demostrad que las ofensas alegadas son mínimas ó nulas; que la guerra nunca es ventajosa. Recordad las calamidades que de ella resultan, generalmente; decid que aún serían más temibles en estas circunstancias; demostrad que todas las ventajas están de parte del enemigo.

CDXV

Para hacer cesar una guerra afortunada, decid que un Gobierno prudente no aguarda á la mala suerte para dejar la lucha, sino que se aprovecha de la victoria para concertar la paz. Demostrad las numerosas y terribles alternativas que

suele haber en la guerra, y que son más especialmente probables en el momento en que hablais.

CDXVI

Para hacer cesar una guerra desgraciada, mostrad no sólo cuánto puede aún padecer el país, sino sobre todo cuánto ha sufrido ya; decid que más vale ceder una parte que arriesgarlo todo. Exponed que las peticiones del enemigo son justas; que arriesgamos malquistarnos con nuestros aliados si no hacemos la paz; que están fatigados de la guerra; que temen á nuestros adversarios, y que no están de acuerdo entre sí.

CDXVII

Antes de apoyar ó de combatir lo que alega un orador, examinad con qué intención y en qué circunstancias ha hablado.

CDXVIII

Sucede á menudo que un orador que persigue un propósito se imagina que ya ha logrado que se le concedan numerosos puntos; y, sin embargo, no hay nada de eso.

CDXIX

La animación es la primera cualidad de la elocuencia, dice Quintiliano.

CDXX

Medios indispensables: primero la memoria, después la imitación.

CDXXI

El entimema es el silogismo de la retórica.

CDXXII

La exposición clara y precisa del asunto es otro medio in-

dispensable. Un orador debe prepararse por asuntos de carácter general.

CDXXIII

La narración no debe ser seca y árida, ni demasiado florida.

CDXXIV

Al comenzar el discurso, tratad de decir algo que os atraiga las simpatías del auditorio.

CDXXV

Interesa al orador tener siempre una apariencia modesta.

CDXXVI

La retórica sería muy fácil si pudiera contenerse una sola regla; pero el orador debe tener, ante todo, un ingenio inventivo que sepa variar sus procedimientos según las causas, las coyunturas, las ocasiones y las relaciones.

CDXXVII

A menudo es posible decir las cosas con una ambigüedad bastante calculada para que puedan dar margen á interpretacienes, no sólo diferentes, sino casi opuestas.

CDXXVIII

Al exponer, sed sencillos y claros; al argumentar, agudos y enérgicos; en los comentarios, justos y elegantes; en la elocuencia, vehementes y patéticos.

CDXXIX

Para atacar lo que otros han dicho ó para defender lo dicho por vosotros, omitid ó añadid una palabra; ó bien poned una palabra en vez de otra, un poco más moderada ó un poco más enérgica, según el fin que persigais.

CDXXX

Las ambigüedades más seguras y más hábiles son aquellas que resultan del giro de toda la frase y no de una palabra en particular.

CDXXXI

El sentido primitivo de una palabra, el sentido que se le da por el momento, y el sentido popular: todos deben examiminarse según la ocasión.

CDXXXII

Para desarrollar bien un período, elegid y desarrollad un hecho accesorio y volved luego al asunto principal del período.

CDXXXIII

La retórica tiene cinco partes: la invención, la disposición, la alocución, la memoria y la expresión.

CDXXXIV

En la retórica es preciso alabar ó censurar, persuadir ó disuadir, atacar ó repeler.

CDXXXV

La retórica es el arte de explicar, exagerar ó disminuir; el arte de calmar, conciliar ó excitar las pasiones.

CDXXXVI

Tres cosas hay que hacer: instruir, conmover y agradar. Y cuando pueden excitarse las pasiones, prodúcese grande efecto.

CDXXXVII

Siempre debe examinarse si la cuestión es *general* ó *particular;* necesariamente es lo uno ó lo otro. En una cuestión particular no basta tratar la cuestión general; y, sin embargo, si no se trata la cuestión general, no se puede tratar la cuestión particular. Tres casos pueden acontecer: ¿Ha ocurrido algo? ¿Qué ha ocurrido? Y ¿de qué naturaleza era la cosa ocurrida?

CDXXXVIII

Para los asuntos que contengan un elogio ó una censura personales, véase á Quintiliano.

CDXXXIX

En el vituperio, descubrid cuáles son los sentimientos íntimos de vuestros oyentes para conformaros con ellos. Siempre se es oído con gusto cuando se halagan las opiniones de su juez.

CDXL

Hacer comparaciones cabales y llegar á conclusiones exactas, es razonar con solidez.

CDXLI

Las pasiones que habitualmente es preciso mover, son: el resentimiento, el temor, el deseo, la esperanza y el odio.

CDXLII

Persuadiendo y disuadiendo, es necesario considerar tres cosas: el asunto de la deliberación, el carácter de quienes deliberan y el de la persona que habla.

CDXLIII

La obra de persuadir está toda ella en la comparación de una circunstancia con otra.

CDXLIV

La consideración de lo útil puede conducir á tener en cuenta la ocasión, el lugar, las personas, la manera, las proporciones; y todas estas circunstancias, no menos que las condiciones de las partes, deben tenerse presentes, tanto en la jurisprudencia como en su aplicación.

CDXLV

Las partes persuasivas de la elocuencia, deben adornarse de sentimientos, pero no recargarse de palabras.

CDXLVI

Se ataca y se repele en el exordio, en la exposición, en la demostración, en la refutación, en la peroración y hasta en las digresiones en que el asunto mismo nunca puede perderse de vista por completo.

CDXLVII

Es preciso que el orador examine, ante todo, la naturaleza y el tema principal de su causa, los puntos dificultosos, lo que conviene establecer y lo que importa refutar (anotando todo esto por separado); en seguida examinará cómo puede exponerse más favorablemente la causa. Para ello, debe conocer toda la fuerza y toda la extensión de la causa. Por último, debe considerar por qué procedimientos puede granjearse la simpatía de los jueces, y qué disposición de ánimo debe inspirarles, si severidad, benevolencia, resentimiento, calma, inflexibilidad ó clemencia.

CDXLVIII

Algunos autores piensan que el exordio debe componerse en último lugar. En efecto, conviene que el orador, antes de comenzar, haya reunido todos sus materiales y que se sepa exactamente el fin que con cada uno de ellos es preciso alcanzar.

CDXLIX

Examinad primero si conviene negar, justificar ó distinguir el asunto con una denominación diferente que altere su naturaleza, ó advertir algún defecto de forma.

CDL

No hay cuestión que no conduzca naturalmente á ciertas ideas naturales: conviene examinarlas.

CDLI

Ved bien cuál es el punto que ha de juzgarse, el medio de defensa y el principio con arreglo al cual será juzgada la causa.

CDLII

Si el orador domina el punto litigioso, las cualidades de la causa, los argumentos de su adversario como sus propios argumentos, y si ha discernido bien dónde debe llegar el gran esfuerzo de la cuestión, el orador es dueño del debate entero.

CDLIII

El preámbulo tiene por objeto hacer al oyente benévolo, atento y dócil.

CDLIV

La benevolencia se hace nacer de las personas ó de la naturaleza de la causa.

CDLV

Si vuestro adversario es poderoso, hacedlo odioso; si es débil, menospreciable: si malo, aborrecible.

CDLVI

Alabad al juez, enlazando sus méritos con el interés de la causa.

CDLVII

Descubrid exactamente la disposición de ánimo de vuestros jueces, para aprovecharla si os es favorable y para modificarla si os es adversa.

CDLVIII

Si la causa misma os diere argumentos para granjearos el favor de vuestros jueces, esos argumentos deben colocarse en el exordio.

CDLIX

En el exordio es preciso tocar ligeramente las pasiones; en la peroración es preciso removerlas con la mayor fuerza posible.

CDLX

En el discurso, cierta manera desenvuelta de hablar, aunque ordinaria, es muy á propósito para predisponer en favor vuestro, y sería gran torpeza descuidarla.

CDLXI

Enlazad, si podéis, los intereses de vuestra causa con los de vuestros jueces, y así conseguiréis remover todas las pasiones.

CDLXII

Nada hay más falible que el testimonio de un solo sentido: es necesario comprobar ese testimonio con el de los demás sentidos.

CDLXIII

Examinad primero el asunto, y después el modo de adornarlo.

CDLXIV

Si no podéis combatir una afirmación tal como la hizo vuestro adversario, ved si podéis lograrlo por medio de una ligera alteración en la forma ó en el fondo.

CDLXV

Cuando este procedimiento pueda favorecer á vuestra causa, mostrad exactamente los puntos acerca de los cuales todo el mundo está de acuerdo, y limitáos á enumerar aquellos en que diferis. Hasta podéis omitir por completo alguno de estos.

CDLXVI

Antes de comenzar, tratad de reconocer bien toda la marcha y toda la extensión de vuestro discurso.

CDLXVII

Ved si por un cambio de palabras podéis agravar las acu-

saciones que dirijais, y atenuar los cargos alegados contra vosotros; si no podéis conseguirlo por medio de una palabra, hacedlo por medio de una perifrasis.

CDLXVIII

Determinad en qué momento del discurso responderéis á lo que aleguen vuestros adversarios, y animad el que hayais preparado con frases y alusiones hechas por miembros de la Cámara.

CDLXIX

Exponer desde el comienzo del discurso las diferentes acusaciones de que pueda ser objeto el orador, es un procedimiento á menudo ventajoso, para el buen desarrollo del asunto; es fácil prejuzgar esos cargos.

CDLXX

Nunca tema el orador dar demasiada fuerza á un argumento, ni expresar con sobrada delicadeza las reflexiones ó impresiones referentes á las personas.

CDLXXI

Si vuestra causa es harto mala, llamad en vuestra ayuda á todo vuestro partido; si lo malo es el partido, apelad en vuestro auxilio á la causa; si ambos son malos, ofended al adversario.

CDLXXII

Si es imposible negar un cargo, es preciso atenuarlo; decid que no se aplica á la cuestión actual, que el arrepentimiento puede redimir la culpa, que ésta ya se ha expiado lo suficiente.

CDLXXIII

Aceptando una insignificante acusación que se os dirija, ganaréis bastante crédito para poder rechazar los cargos esenciales.

CDLXXIV

Hay dos clases de argumentos: primero, decir lo que no se haya dicho; segundo, decir con más fuerza lo que ya se hubiere dicho. Si os encontrais débiles en el primer punto, prestad toda vuestra atención al segundo.

CDLXXV

Cuando expongais el asunto, podéis omitir algunas circunstancias irritantes; pero debéis conservar las suficientes para que no se perciba el artificio. También podéis agregar circunstancias que sólo de un modo indirecto se relacionen con el asunto.

CDLXXVI

Tened un conocimiento particular de todas las circunstancias relativas al asunto, y un conocimiento general de todos los asuntos que se refieran al ó se relacionen con el vuestro.

CDLXXVII

Haced gala de vuestros conocimientos generales y especiales: de vuestro talento de argumentación, yendo á buscar muy lejos razones probatorias; de vuestro talento de distinción, separando las circunstancias que parezcan semejantes; de vuestro talento patético, descubriendo en vuestro asunto los motivos más conmovedores.

CDLXXVIII

Si vuestro adversario establece un principio que tengáis la

obligación de poner en duda y no podais negarlo en absoluto, no lo admitais sino *sub modo* y con modificaciones; mostrad también que ese principio, aunque sea exacto, no lo es más que aplicándolo á otros asuntos.

CDLXXIX

No tengais ningún hecho por asentado; *examinad* cada hecho, aun cuando esté reconocido por la generalidad ó universalmente aceptado. No tengais por concluyente ningún argumento; por mucha fuerza con que se afirme, sondeadlo y discutidlo.

CDLXXX

Es muy raro que el orador siga exactamente el método que tenía la intención de seguir, y que evite lo que en el comienzo del discurso tuvo el propósito de evitar.

CDLXXXI

Examinad cuáles son las partes de vuestro discurso que respondan á las prevenciones de vuestros oyentes; entonces podréis ya considerarlas como admitidas, ya desarrollarlas con ventaja.

GUILLERMO GERARDO HAMILTON.

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

DEL PLATA AL NIÁGARA, por Paul Groussac, Buenos Aires, 1897.—JOYAS POÉTICAS AMERICAÑAS, colección de poesías escogidas, originales de autores nacidos en América, selección hecha por Carlos Romagosa: Córdoba (República Argentina), 1897.—APUNTES SOBRE LA MÍSTICA Y SUS MANIFESTACIONES FILOSÓFICO LITERARIAS, por Joaquín Toledo (tesis para el doctorado en Filosofía y Letras). Bogotá, 1897.

A pesar de «los estrechos lazos» que unen á España con las Repúblicas hispanoamericanas, lazos de los cuales se habla mucho de algún tiempo á esta parte y que en realidad existen ó deben existir, atendidas la filiación y lengua de aquellas naciones, la verdad es que la mayoría de los españoles sabemos muy poco de ellas. Las conocemos por fuera, por meras nociones geográficas, históricas y estadísticas de manuales didácticos, ó por lo que dicen de tales pueblos los periódicos; pero su intimidad nos es ajena; sus ideales, la dirección de su pensamiento, su estado social, sus aspiraciones, los modelos que imitan, sus vicios y virtudes particulares, sus diferencias de Estado á Estado y de sociedad á sociedad, son para nosotros cosas generalmente ignoradas. Relativamente sabemos mucho más de Francia, de Italia, de Inglaterra ó de Alemania que de Méjico ó de la República Argentina. A un español

medianamente culto se le pone en un aprieto si se le pregunta qué diferencia de carácter y de cualidades hay entre un chileno y un mejicano, y en cambio podrá expresar sin gran trabajo las diferencias entre un italiano y un inglés. Como nuestro conocimiento de la América española es vago, confuso y superficial, nos la representamos como una unidad colectiva y no alcanzamos á distinguir los rasgos diferenciales y los caracteres propios de cada una de las Repúblicas americanas de nuestra lengua.

Claro es que de esta imperfección de conocimiento se exceptúan los españoles que han hecho un estudio particular de aquella mitad de América; pero son contadísimos, y entre los mismos que residen en las Repúblicas hispanoamericanas hay pocos que tengan tiempo, disposición y gusto para estudiar lo que son aquellos pueblos y compararlos entre sí. Por lo general, el emigrante europeo no va á estudiar el Nuevo Mundo.

Son, pues, de utilidad para el público español los libros capaces de llenar esta laguna. Entre ellos merece un puesto señalado el que con el título de *Del Plata al Niágara* ha publicado recientemente Mr. Paul Groussac, de nacionalidad francesa, pero establecido hace muchos años en la Argentina, según se colige de su obra.

Aunque escrito en forma muy literaria, no es este meramente un libro de literatura amena, una de esas relaciones de viajes escritas tan sólo con un fin estético y de pura deleitación. En la obra del Sr. Groussac la parte más interesante es la de observación histórica y sociológica, en la cual revela el autor gran penetración y extensa cultura. El libro no tiene, sin embargo, al parecer, intención didáctica ni sigue un método riguroso. El autor va consignando sus impresiones personales con la libertad que permite un trabajo que, aunque no sea de mero entretenimiento, tiene más de literario que de científico.

*
* *

Chile es uno de los pueblos americanos cuyos caracteres y manera de ser estudia más detenidamente el Sr. Groussac. Siendo la Argentina la segunda patria de éste, la rivalidad entre chilenos y argentinos era un estímulo para este estudio, y es de alabar la imparcialidad con que aquél reconoce las virtudes que han elevado á la nación chilena á uno de los primeros lugares en la América del Sur. Ese ciego patriotismo de relumbrón que se pone voluntariamente una venda sobre los ojos para no ver las buenas cualidades del adversario ó del enemigo, y que tan frecuente es en algunos pueblos de Europa, no aparece en la obra del Sr. Groussac, inspirada, no obstante, en un sincero amor hacia su país de adopción. Verdad es que el autor no es argentino, sino francés, y que, sin duda, siente más el patriotismo francés que el patriotismo argentino, según puede inducirse de algunos pasajes de su obra; mas esto, que es natural, porque ninguna segunda patria sustituye en el alma á la nativa, es una ventaja para la imparcialidad y acierto del libro. El Sr. Groussac no es *enteramente* extranjero en los pueblos hispanoamericanos de que nos habla, pues conoce su lengua y está connaturalizado con las costumbres y cultura especial de uno de ellos, de suerte que no puede incurrir en los errores de apreciación en que, por falta de preparación suficiente, incurren á menudo los viajeros que recorren países del todo extraños á ellos. Y al mismo tiempo, como no es tampoco un hijo de esos países, está libre de la sugestión del patriotismo, tan difícil de vencer, como que hasta pasa por un mérito el dejarse extraviar por ella.

De Chile dice el Sr. Groussac que, como Prusia y Macedonia, debe su engrandecimiento á su pobreza primitiva, que ha hecho aptos á los naturales para vencer obstáculos y abrirse paso en la lucha por la vida.

Más de una vez se ha dicho, con evidente exageración, pero con una cierta exactitud relativa, que Chile era la Prusia de América. Los datos é impresiones que consigna el señor Groussac parecen confirmarlo.—Chile ha tenido sesenta años

de buena administración. Este es el resumen de su historia — dice—compendiando en una frase feliz lo que acaso no expresarían mejor varias páginas llenas de pormenores. Es este uno de los puntos de semejanza que tiene la República chilena con la monarquía de los Hohenzollern.

Al hablar Ferrero en su libro sobre la Europa joven de la corrupción que acompaña generalmente al cesarismo, hace notar la excepción de Prusia, dotada de una administración incorruptible. Los Federicos de antaño tanto se cuidaron de crear regimientos como de formar buenos funcionarios civiles, mostrando en ello que eran tan estadistas como capitanes.

El Sr. Groussac pinta á Chile como un pueblo enérgico, *concreto*, lleno de espíritu nacional, imitador estudioso de cuanto cree favorable á su progreso, mas poco original y poco *ideal*. Una especie de Esparta americana..... salvadas las distancias y los tiempos.

La comparación que hace el autor del libro que vengo examinando, entre los cuadros de oficialidad de los ejércitos chileno y argentino, es un dato curioso y de interés para las eventualidades que se vislumbran en América. Chile tiene pocos jefes y oficiales. No pasan de 12 sus generales por 42 argentinos, y en la cifra de coroneles la diferencia es todavía mayor, pues están en la proporción de 18 de los primeros por 142 de los segundos; tenientes coroneles hay 40 en Chile y 190 en la Argentina. En cambio, el soldado chileno está muy bien pagado; cobra 30 pesos al mes, casi triple que el argentino.

Si hemos de creer al escritor que da estos datos, Chile, á pesar del aumento de su poderío y del prestigio conquistado en América por sus campañas, ha recogido amargos frutos de sus triunfos militares. Las adquisiciones territoriales han sido para esta República la túnica de Neso. Diríase que el vencido ha contagiado al vencedor de sus males. Las riquezas de Iquique han sido la fuente de desmoralización de aquella sociedad, tan austera en sus días de pobreza.

La transición es violenta, en el libro, al pasar de las pá-

ginas consagradas á Chile, á las correspondientes al Perú. De un pueblo vigoroso nos trasladamos á un pueblo en plena decadencia. El marasmo en que yace el Perú, no depende sólo —en opinión del autor—de la guerra chilena, á la cual comúnmente atribuyen sus males los peruanos. El vencedor fue en verdad implacable: estrujó al vencido. El pormenor de los bancos de mármol de Lima, llevados como trofeo ó botín de la victoria á la plaza de Santiago, revela que hasta en esto saben hacer los chilenos la guerra á la prusiana. Todavía dura en los periódicos franceses el recuerdo de los relojes que se llevaron los alemanes durante la guerra de 1870. Pero el mal del Perú, según Groussac, es más hondo que la pasajera estenuación causada por las catástrofes de la guerra. Aquel pueblo está enfermo, y como síntoma de degeneración aparece la superioridad general de la mujer sobre el varón. Otro peligro es la infiltración de una raza inferior, el incremento de la inmigración china, que trae consigo el cruce y la formación de una nueva casta mestiza.

Poco favorables son también los juicios del autor sobre Méjico. La existencia de una gran masa de población india, es ciertamente un gran obstáculo para el progreso. Quizás haya algo de apasionamiento francés en las opiniones sobre la dictadura de Porfirio Díaz, sobre Juárez, etc. Mas el paralelo de un libro de enseñanza, á que alude Groussac, entre Juárez y Jesucristo, parece en verdad impropio de un pueblo civilizado.

Exceptuando á la Argentina, á la que considera como la avanzada y la iniciadora del progreso en América, indicando que el grado de adelanto y riqueza de un país americano puede medirse por la cifra que alcanza la inmigración europea, es poco entusiasta el Sr. Groussac respecto á los pueblos de la América latina. No ve relaciones efectivas entre ellos. «En Sociología, como en Física—dice—el agua es mala conductora del calórico», observación que resulta harto verídica para nosotros, españoles, aplicándola á las experiencias, dolorosas y

recientes, de la pérdida de nuestros últimos dominios ultramarinos. «Méjico—añade—está á enorme distancia moral de la Argentina. Nos ignoramos.» Niega que haya un grupo hispanoamericano. Hay sólo una América del Norte y una América del Sur, y de ésta dice que es un continente incurablemente español, lo cual indica que tampoco le merecemos nosotros gran concepto.

Toda la cultura que hay desde Méjico al estrecho de Magallanes es, según él, la absorción y digestión de la cultura europea. Observación exacta, pero que debe extenderse igualmente á la América del Norte, aunque allí haya empezado ya á formarse una civilización original. Por eso la futura extinción de toda soberanía política de Europa en el Nuevo Mundo, que comenzó con la emancipación de las colonias inglesas, y que, según todas las apariencias, no ha de tardar mucho tiempo en consumarse, ya por tratados y renuncias voluntarias, ya por despojos violentos como el de que España acaba de ser víctima, no podrá llevar consigo la verdadera expulsión de Europa, la cual conservará su *soberanía ideal*, la primacía de civilización, en el largo período histórico que parece necesario para la formación de una nueva cultura americana, independiente y propia. Destruído por los bárbaros el Imperio de Occidente, siguió dominándolos la cultura romana, que aún dura entre nosotros. Así sigue y seguirá en América el predominio de la cultura europea, y aunque se debiliten y decaigan tanto los pueblos de Europa que vengan á formar como otro Bajo Imperio frente á las razas y las naciones nuevas de los demás continentes, su cultura habrá de sobrevivir mucho tiempo á su poderío.

La mitad del libro del Sr. Groussac está consagrado á los Estados Unidos, y se comprende que así sea, puesto que el motivo de su viaje por América fue visitar la Exposición ó Feria del Mundo, de Chicago.

Tiene felices rasgos de observación esta parte de la obra. Juzgando la civilización norteamericana, dice el autor que los

Estados Unidos son un pueblo que tiene voluntad, mas no representación. Los que hayan leído á Schopenhauer comprenderán la profundidad y exactitud relativa de este juicio. En opinión del Sr. Groussac, les falta á los norteamericanos la facultad del ensueño. Más bien podía decirse que sueñan de otro modo que nosotros.

En lo que á mi juicio no acierta el autor, es al apreciar el carácter democrático de la sociedad angloamericana. La felicidad material del mayor número—dice—se ha comprado á costa del descenso de la minoría, que lleva la enseña de la civilización. Los Estados Unidos no producen genios ni parecen organizados para producirlos. Mas, ¿por ventura ha sido en Europa el período contemporáneo una edad heroica, un período de genios? La civilización moderna tiende á la nivelación de las condiciones, á la producción de un tipo medio superior, por la difusión de los bienes morales y materiales.

Este es acaso su mejor título á un juicio favorable de la posteridad. Las teorías de moda (resurrecciones de viejas doctrinas) que proclaman como fin de la humanidad y de los pueblos en particular, la producción de unos pocos genios ú hombres superiores, aunque sea á costa del rebajamiento de la gran masa social, pugnan con toda moral y desconocen la realidad histórica. Son un renacimiento falso y artificioso de lo peor que encerraba el espíritu pagano. Late en ellas un monstruoso orgullo de sofistas. El fin de toda sociedad es el bien común, que no consiste en la sabiduría ó felicidad de unos pocos, cimentada sobre la ignorancia y el dolor de la mayoría, sino en extender el mayor número posible de bienes al mayor número posible de asociados. Lo contrario es resucitar, con más ó menos atenuaciones, la doctrina de la esclavitud. Por otra parte, no es esa tendencia exclusiva, ni siquiera característica de los Estados Unidos. La marcha de la civilización europea es la misma; tiende también á mejorar la condición general de los ciudadanos, á difundir por todas las clases el bienestar y la cultura.

Al final de la obra del Sr. Groussac aparecen dos apéndices en francés: uno referente á Chile; otro, escrito en forma dramática, tiene por asunto el Congreso de las Religiones. Este último puede considerarse como una *boutade*, pues el espíritu de tolerancia no es antirreligioso, como parece creer el autor.

Respecto de la forma literaria, justo es reconocer que el Sr. Groussac tiene condiciones de escritor. Su castellano, sin ser un castellano perfecto, es mucho mejor que el de no pocos prosistas naturales de la América española. Domina la parte que más difícilmente se asimilan los extranjeros, la estructura propia de la lengua, la sintaxis; pero su léxico es insuficiente y á las veces sorprenden desagradablemente al lector neologismos introducidos por desconocimiento de las voces propias que para el caso tiene la lengua castellana.

El Sr. Groussac advierte en la introducción de su libro que, no siendo el idioma español el suyo, puede haber alguna deficiencia en su conocimiento de dicha lengua. Acaso por esto mismo le parece el castellano un idioma poco apropiado para expresar los múltiples matices del espíritu moderno. Por otra parte, la corrección y la pureza del lenguaje deben de ser para él cosas secundarias, si hemos de juzgar por un pasaje de su obra en que reniega «de los países de habla castiza, donde todos saben escribir y nadie sabe pensar.» Es preferible, sin duda, pensar bien á escribir bien, pero no hay incompatibilidad entre ambas cosas. Los tres motivos apuntados: ser el castellano una lengua extranjera para el señor Groussac; considerarle éste como un idioma en cierto modo anticuado, y sentir prevención ó desdén hacia el culticismo y la corrección literaria, habrán contribuído, probablemente, á los defectos de locución que se observan en el libro de que vengo hablando, libro que, así y todo, merece leerse.

*
* *

Con el título de *Joyas poéticas americanas*, ha impreso en

Córdoba (República Argentina) el Sr. D. Carlos Romagosa una colección de poesías de autores nacidos en América.

Es una compilación interesante por su contenido, pero verdaderamente desordenada y caótica, pues las composiciones que contiene aparecen insertas al azar, sin sujeción á orden ni sistema alguno.

No están ordenadas las poesías ni por géneros, ni por épocas, ni por autores, ni siquiera por lenguas, siendo de advertir que el libro es trilingüe, pues comprende producciones de poetas norteamericanos, brasileños é hispanoamericanos, en sus lenguas originales, viéndose mezcladas las poesías de autores antiguos, como sor Juana Inés de la Cruz, con las de los poetas más modernos de América.

La colección es bastante copiosa. Comprende 225 composiciones de 119 autores, pertenecientes á 14 naciones ó pueblos americanos. Claro es que faltan muchísimas, y no pocas notables.

El prólogo tiene poca crítica y contiene juicios muy exagerados sobre el mérito de la poesía americana. La comunidad geográfica (el hecho de ser los autores naturales de América) es un criterio falso en literatura, pues lo que determina y distingue las literaturas es, en primer término, la lengua. Entre las poesías norteamericanas escritas en inglés, y las de los poetas de la América española, escritas en castellano, hay una relación mucho menor que la que existe entre las obras de los primeros y las de los poetas británicos de Europa, ó entre las composiciones de los segundos y las de los poetas castellanos de la Península ibérica.

Esta colección lleva tres índices, uno de composiciones por orden de inserción, otro de autores por orden alfabético, y el tercero de autores por naciones. Estos últimos índices remedian un poco el desorden con que está formado el libro, que en realidad sólo puede considerarse como una acumulación de materiales para una antología.

*
* *

Las tesis doctorales, aparte del mérito individual que puedan tener, ofrecen siempre interés como documentos acerca del estado de la enseñanza en el país en que ha estudiado el graduando. La capacidad personal de cada autor y el grado de su saber establecen, sin duda, diferencias muy notables entre estos trabajos; mas hay una parte en ellos, como la cuestión de método, el conocimiento de las fuentes, etc., que es seguro indicio para apreciar la calidad del medio universitario en que se han formado los nuevos doctores.

Por este motivo ofrece algún interés el folleto titulado *Apuntes sobre la mística y sus manifestaciones filosófico-literarias*, escrito por D. Joaquín Toledo, colegial de número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, como tesis para tomar el grado de Doctor en Filosofía y Letras.

Si hemos de juzgar por este trabajo, que no será de los peores cuando ha sido enviado á Europa, no puede formarse opinión favorable sobre la enseñanza superior en Bogotá.

El tema es, en verdad, vastísimo y difícil, pero el discurso resulta declamatorio, ligero, superficial. Es un artículo largo de periódico más que una verdadera tesis doctoral. Carece de método y acusa escaso conocimiento de las fuentes, siendo la mayoría, de las pocas que debe de haber consultado el autor, ó anticuadas ó indirectas, es decir, referentes á otras materias, aunque incidentalmente hablen de la mística.

A pesar de la generalidad del título, en realidad trata sólo el discurso de los místicos españoles del siglo XVI, y de éstos sin profundidad ni erudicción.

Algunas frases, como *el misticismo nirwánico de los persas...* el *nirwana* de los budhistas y *yoquis*, revelan poco conocimiento hasta de los mismos rudimentos históricos más extendidos en la cultura usual universitaria.

La forma vale algo más que el fondo; pero no lo bastante para hacer olvidar los defectos de éste.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Factores de nuestra perdición.—Reflexiones sobre nuestras desgracias.—Insistencia en la imposibilidad de todo concierto nuestro con las alianzas europeas.—Examen de conciencia.—Diferencias entre la Revolución y la Restauración en el conflicto cubano.—Errores cometidos por todos.—Errores y deficiencias del último período.—Volvamos atrás la vista, sustituyendo á los estragos de la guerra los beneficios del trabajo.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Contando los factores de nuestra perdición y ruina, se cuentan ya las conjuras y maniobras de los yankees; la indolencia del Gobierno nuestro y sus partidarios en todo lo referente á reformas ultramarinas, las cuales, en los últimos lustros pudieron emprenderse con calma en meditados Códigos y cumplirse con mesura en series progresivas; la impaciencia de los radicales cubanos con su empeño suicida del cumplimiento milagroso de su programa, queriendo que se hiciera tamaño ideal, como Dios hizo la luz, con una palabra; las intransigencias de los incondicionales, rémoras del régimen y del método reformista, quienes pudieron á una conciliar, como sintéticos nexos, á las dos extremas de la política cubana, y convertir aquella revolución asoladora en segura evolución

pacífica; las deplorables propensiones de una parte del elemento hispanoamericano á favor de quien estuviera siempre, por hereditario atavismo, frentre al interés de su raza y patria; causas todas adversas á nuestra estabilidad en el Nuevo Mundo, y generadoras de la inmensa catástrofe, bajo cuya pesadumbre la estabilidad ha hoy sucumbido, y quedan para lo futuro nuestros intereses allí completamente aplastados. Hay que añadir aquí la indiferencia de Europa, trastocada en algunos pueblos, como el pueblo inglés, hasta la más completa hostilidad. No conozco problema de suyo tan complejo, como el problema de nuestras alianzas internacionales. Por lo mismo, no conozco injusticia mayor que la cometida en los cargos despedidos sobre nuestros dos mayores gobernantes por no haberlas anudado, cuando estaban en la imposibilidad absoluta de anudarlas. Recuérdese cómo la opinión llegó á sublevarse, airadísima, el día nefasto en que concurrió Don Alfonso XII á las maniobras militares germánicas, y cómo al tratado mercantil con Francia, generador en algunas regiones de breve malcontento, satisfizo después á todas, contándose como una época milenaria de felicidad el período que duró tal tratado, y por esto se verá cómo la nación quería modestas alianzas económicas, mientras repugnaba ruidosas alianzas políticas. Y tenía sobra de razón el sentimiento público en sus adivinas intuiciones. Para tener aliados, ó hay que ingresar en la duple alianza franco-rusa, ó hay que ingresar en la triple, germano-italo-austriaca. Si entramos en la duple, ¿cómo resistir á Inglaterra? El sueño de Chamberlain sobre la unión de los ciento setenta millones de ingleses, por el mundo esparcidos, realizaríase, y nuestra ya horrible catástrofe se hubiese agravado de una manera espantosa. Si entramos en la triple, ¿cómo vivir aquende los Pirineos con la hostilidad sistemática del gran pueblo y del gran Gobierno de allende? Italia no tiene una frontera con Francia tan dilatada como nuestra frontera pirenáica, corriendo de mar á mar; no tiene partidos extremos tan poderosos como los nuestros, á

pesar de la última fiebre revolucionaria en Milán; tampoco tiene por la derecha carlistas semejantes á los españoles, apercibidos siempre para la guerra civil implacable, como los albaneses de Turquía; no tiene por único mediador plástico entre su territorio propio y el europeo continente á Francia, y, sin embargo sus intereses han adolecido de tal manera por las inteligencias con los Imperios de Alemania y Austria, que allí existe un partido formidable, propenso, muy propenso, á una estrecha relación y amistad con Francia. Tiene razón este partido, porque de nada le sirvieran en Africa las alianzas europeas. Sus aliados han propendido más que al Rey de Italia, según ahora mismo se ve, al Rey de Abisinia. Ningún don recibió Italia del connubio con los Imperios, y á la rica Inglaterra le ha dado Kassala, según dice nuestro refrán, á la mar agua. Cuenta Grecia por su dinastía con el Príncipe de Gales, con el Emperador de Alemania, con el Czar de todas las Rusias. ¿Cuál servicio le han prestado? Dejarla por completo á merced y arbitrio del Sultán de Constantinopla, que á punto se halló de reconquistar Thesalia y no quiere soltar Creta. En la posición difícil de nuestro Estado nacional ante América, imposible presidiéramos ó suscitáramos una coalición de potencias europeas contra las potencias americanas. Hubiéramos aparecido ante los Estados, verdadera generación española, con aspecto de reconquistadores, perdiendo moralmente nuestra América, después de haberla perdido materialmente. Nunca se ofreció tan propicia ocasión de constituir una liga europea contra los pueblos americanos, como al invadir tres grandiosos Estados, cual Francia, Inglaterra y España, Méjico. ¿Y qué consiguieron? España hurtó pronto el cuerpo; siguióla Inglaterra; y el Imperio francés, más perseverante, se marchó de allí á una señal de los yankees, dejando Austria fusilar al más generoso y más inteligente de sus Príncipes, sin decir una sola palabra. Las alianzas han pintado mal á nuestra patria. Desde Felipe I á Felipe V nos hallamos confundidos con Austria, que nos llevó á la rota de Rocroy, la que

tan cara nos costó, y á la paz de Westphalia, cuyo tratado acabó con nuestra hegemonía católica en Europa. Desde Felipe V á Fernando VII nos hallamos confundidos con Francia, que nos llevó á la rota de Trafalgar y á la pérdida, por nuestro pacto de familia, del dominio español en América. Para no subir tan alto, ¿de qué sirvieron en la guerra de Africa nuestras amistades con Francia é Inglaterra? El Gobierno inglés nos prohibió el paso desde los desfiladeros del Fondach á Tánger, y nos hizo devolver Tetuán; el Imperio francés nos armó el motín de la Rápita para quedarse con las Baleares. A un pueblo de tantas expansiones seculares como el nuestro, expansiones que llamaría yo una continua explosión, le conviene dentro de sí mismo encerrarse, prosperando un estado económico bajo el cual crezcan la paz y la libertad.

II

Hagamos ahora un examen de conciencia en lo relativo al procedimiento, predecesor de la guerra civil y de la guerra internacional. Llevábamos una dirección económica, resultado necesario de haberse concluído con el sufragio universal toda evolución política: súbitamente viramos en redondo hasta promover inoportuna guerra, tan injustificada en sus móviles y tan dañosa en sus resultados como la guerra de Melilla. Tamaño cambio de orientación política, en mal hora concebido, nos privó de un presupuesto nivelado, con el cual hubieran descendido los cambios á cero, puéstose nuestro papel sobre la par, facilitádose una conversión de nuestra Deuda y abiértose un crédito á nuestro Estado que le hubiera permitido alcanzar todos los progresos modernos, inclusos los indispensables al material de guerra y á la organización del ejército. Aunque no pertenecía quien primero propuso este programa ni á ningún Gobierno existente ni á ningún partido militante, se revolvieron airados contra él todos los intereses

malheridos, aunque malheridos en mero programa y plan, maltratándolo cual no se maltrató jamás á quien diera un consejo, que se podía seguir ó no seguir, sin carácter alguno de mandato que hay necesidad de obedecer. Por un maquiavelismo burdo se presentó el presupuesto de la paz frente al presupuesto de la guerra, como si hubiese algún estadista ó político de tan poco seso que pudiera prescindir del ejército, indispensable al organismo social como la fuerza muscular es indispensable al organismo humano. A los cinco años de presupuesto de la paz, ¿dónde hubiéramos estado y dónde hubiera estado el ejército? A los cinco años de presupuesto de guerra, ¿á dónde estamos y dónde está nuestro ejército? Yo atribuyo todos nuestros males al cambio de la orientación económica en orientación guerrera, y por tal razón creo raíz del estado presente la empresa de Melilla, cuyos propósitos siempre reprobé con todo el ardor de mi corazón y reprobaré hasta el día de mi muerte. Al cambio de orientación respecto de lo económico se unió la incertidumbre y la perplejidad respecto de lo político. En las reformas cubanas y en el presupuesto nivelado encontrábanse por aquella sazón las claves de todas cuantas situaciones quisieran los liberales fundar ó mantener. Abandonada la orientación económica, é inciérto, por los embates conservadores y por las inercias fusionistas, el plan de reformas, la situación liberal flaqueaba por su base como todo aquello inobediente á las causas de su origen y á las finalidades de su destino. Imposible vivir en un pueblo donde los partidos no se forman al modelo de la idea que une y organiza los cuerpos sociales como el alma los cuerpos humanos, y predominan los intereses y las pasiones destinados á corromperlo y perturbarlo todo. En aquel espantoso aquelarre producido por los proyectos de las reformas cubanas, muchas fuerzas liberales se iban á una con el partido incondicional intransigente, mientras muchas fuerzas conservadoras propendían al autonomismo y á los autonomistas. Así hemos visto que dentro del partido liberal se produjo una reacción extrema, con

su correspondiente personificación en el Gobierno, contra las reformas, y que dentro del partido conservador se acarició la idea radical hasta el punto de publicarse, bajo los conservadores, un esbozo del régimen autonomista en la *Gaceta de Madrid*. Por fin se llegó á una transacción, que votaron en las dos Cámaras desde los federales á los carlistas. Pero al votarse tal fórmula progresiva cayó de la gobernación pública el partido liberal que la produjera con sumo trabajo, y fue á la gobernación pública el partido conservador, que había representado la reacción cubana. ¡Gravísimo error el retroceder aquí sin meditar cómo se imponía el avanzar allí, pues las sociedades tienen sus motores como sus frenos, y no hay que poner el freno cuando apenas se ha ensayado el motor! Entre tales incidencias estalló la rebelión, y cuantas personas de seso había entre nosotros anunciaron, según sus experiencias, en sus presentimientos, que otra tercer guerra no podía concluirse y desenlazarse sino por una tremenda catástrofe.

III

Y aquí empezó la nueva fase del problema cubano. Recordemos la Historia para que nos sirva su experiencia de verdadera enseñanza. La Revolución se halló también de manos á boca con una guerra civil en Cuba; y disminuyó su gravedad, no dándole nunca la importancia dada bajo la Regencia, en estos días, á tal fenómeno; cuando nunca conviene aumentar una enfermedad con las aprensiones y cavilosidades del enfermo. ¿Qué hizo la Revolución? Dos cosas de la mayor importancia: primera, proveer el ejército, destinado á la guerra tropical, con recluta voluntaria, cuyas deficiencias, y únicamente las deficiencias, se cubrían y llenaban por grados y en la necesaria medida con el ejército de línea; segunda, decidir que, manteniendo Cuba la guerra, se pagara tan extraño gusto. No debe darse á las guerras civiles coloniales el carácter

importante que toman las guerras civiles internas. Holanda tiene una guerra de veinte años en Sumatra; Portugal una guerra periódica en el continente africano del Mediodía, fomentada por codicias germánicas y britanas; Inglaterra otra en el Afghanistan y en Pamir, perdurables: no le hacen caso. Siempre me pareció un error grave asemejar una guerra colonial en las Antillas á una guerra civil en las provincias. El foco de la guerra cubana estuvo en Oriente. Con haber dispuesto la suficiente fuerza para impedir el paso de los insurrectos del Oriente al Centro y al Ocaso de la Isla, terrenos feraces y crasísimos, estábamos del otro lado. Con haber impedido, distribuyendo una fuerza de cincuenta mil hombres, á lo sumo, para preservar los centros capitales de la isla é impedir á los insurrectos la posesión de un poblado en que hubieran podido darse aires de beligerantes, todos los deberes nuestros y todos nuestros ministerios con nuestras finalidades se hallaban de sobra cumplidos. Pero una opinión pública extraviada tomó como el non plus ultra de la guerra el envío de doscientos mil hombres, número propio de las grandes guerras, contra una intangible nube de insurrectos, la cual, evaporadísima siempre y no condensada nunca, ni frente daba por nuestro mal á los soldados, no hacía otra cosa que agitar la isla estérilmente, presentando pretextos al mundo americano para proceder á la injusta intervención y decidir sus continuas mediaciones. Y no se había contado con el clima. El plomo de los mambises no mataba soldados españoles, ó mataba pocos; los mataban aquellos microbios tropicales recluídos en el agua de las bituminosas marismas, mares muertos y mortales parecidos á los vorágines del infierno. Regimientos, que por Marzo de este año corriente contaban allí mil hombres, por Abril descendían á trescientos. Y este combate, no con los hombres, con los elementos, donde la derrota sin gloria y sin esfuerzo provenía de un clima sin piedad, elaborando para los hijos de las zonas templadas, no el oxígeno de la vida, el hálito de la muerte, hizo recaer la opinión sobre un

retroceso militar, debido á la serie de reacciones con que se inauguró para nuestro mal y desgracia el período de la Restauración, sobre la redención por dinero, excluyendo del servicio, mediante rescate, á las clases acomodadas, y defiriendo el cuidado de la patria y la formación de su ejército á los más desdichados y míseros, comidos por la miseria y colocados en el dintel de la mendicidad, cuando el servicio universal entra ya en el sentido común de los pueblos contemporáneos como el deber imperioso puesto al reverso del sufragio universal, explicándolo y completándolo. Daba satisfacción en tiempo de la República, organizadora del servicio universal, ver soldados, muy distinguidos por su aire, llevando el uniforme militar, igualitario, en los coches de la tradicional nobleza y de la nueva banca, demostrando así cómo todas las clases se juntaban y confundían en la igualdad de sus deberes como en la igualdad de sus derechos. En cuanto las familias pobres experimentaron la falta de sus hijos inmolados por un enemigo invisible, comenzaron á comprender que se habían enviado las prendas de su corazón por pobres, y á producir un movimiento á favor del servicio universal obligatorio, en apariencia puramente militar y técnico, en el fondo muy democrático, por no decir muy republicano. Si el servicio se hubiera extendido á todas las clases acomodadas, éstas hubieran cuidado de que sus corazones, la sangre de su sangre, las entrañas de sus entrañas, no hubieran sido devorados por los ardores del trópico, formándose coloniales ejércitos de indígenas fieles, como aconseja la ciencia y como tienen otros pueblos más adelantados y felices que nuestro propio pueblo. El movimiento resultó tan formidable, que lo tomó en consideración el Poder legislativo. Y tal error proviene de haber dejado en los últimos cinco lustros despreciado el servicio militar obligatorio, y de no haberse nada hecho absolutamente, ó haberse muy poco hecho en materia de fuerzas coloniales. ¡Cuántos problemas han surgido de la guerra cubana! ¿Cómo habrá la nación de ocurrir á resolverlos, si no queremos acom-

pañe ó suceda un remedio á nuestra disolución colonial, nuestra disolución interior?

IV

No podía complacer á nadie la guerra tal y como se conducía en el primer período. Empezaron los gobernantes aquellos por propensiones de reconciliación y por materiales reminiscencias del Zanjón, cuando se necesitaba quizás caer con golpe tremendo sobre la insurrección y aplastar con furia española sus gérmenes; acabaron por símbolos de intransigencia y de cóleras menos comprensibles cuanto más vigilados nos veíamos y más requeridos á procedimientos, llamados por la perfidia de nuestra enemiga la sociedad yankee, humanitarios, mientras se apercibía ella con cautela indudable á comenzar y á sostener el más horrible atentado que han conocido los tiempos en su ira cruel y bárbara. Mas, fueran acertados ó no fueran acertados los procedimientos en el primer trienio seguido, ninguno trajo las consecuencias esperadas con anhelo general; ninguno trajo la pacificación pronta, ni el método primero de conciliación más ó menos aparente, ni el método segundo, más ó menos aparente, de intransigencia y rigor. La enfermedad continuaba en gravedad suma, complicándose á cada paso con la cuestión exterior, exacerbadísima por un Presidente propenso, muy al contrario de su eminente antecesor, hacia la guerra y hacia la conquista. Entonces la miopía de ilusiones y esperanzas forjó para concluir la guerra civil, amén del método natural ó del método guerrero, dos otros métodos, conocidos con los nombres de método diplomático y método político. Mala para mí toda guerra, pero entonces preferible á procedimientos de una verdadera indefinición en sus términos y de una imposible práctica en sus aplicaciones. El método diplomático significaba tratos con los Estados Unidos y con las primeras ¡poten-

cias del mundo á la hora en que los Estados Unidos y las demás potencias del mundo estaban más intratables. El método político significaba reformas improvisadísimas, inoportunas enmedio de la guerra, muy saludables de haberlas puesto por obra dos lustros antes, trocadas, por su inoportunidad manifiesta, de medicina en extremaunción. Por estas razones me opuse yo, conociendo como el partido liberal no traería remedio, sino agravaciones del mal, á que subiese hacia un Gobierno en que sólo podían aguardarle catástrofes, aunque sólo reservase sus fuerzas para el remedio en lo posible de esta catástrofe, cuyo estallido tocaba por decreto providencial á sus predecesores en suerte, y no había para qué participar de tal suerte adversa. Pero nadie me hizo caso. Aquí hace tiempo gobierna un poder anónimo é irresponsable de las Convenciones republicanas y de las Asambleas constituyentes, una prensa muy temida, y esta prensa llevó los liberales como de la mano al Gobierno por cambiar de postura en el triste lecho de nuestra irremediable agonía y por hacer que hacemos. Cosa inconveniente cambiar los tiros de una diligencia enmedio del vado, aunque parezca el vado fácil. Los conservadores se ufanaban de tener casi concluída la guerra, y aunque fueran estas creencias ilusiones del deseo, creyéronlas muchas gentes, sobre todo creyólas á pies juntos la oposición, quien forma en España la mayoría de los opinantes, y constituye, por ende, á su guisa y gusto, la opinión universal. Se complicaron los tres métodos, embarazándose unos con otros, como tres clases de medicinas propinadas á un enfermo grave, las cuales únicamente sirven ya, en tales extremidades, no á procurar el remedio, á precipitar el desahucio. Si con el cambio de dirección y de procedimiento en la guerra; con las dos constituciones autonómicas dadas por el poder real convertido en poder constituyente; si con el triste arribo de los radicales y de los exagerados al gobierno cubano se conseguía la paz, bien hecho estaba todo; pero si, al revés, nada se conseguía; cuanto se agravaban nuestros males con reformas pro-

gresivas dadas en tiempos tan opuestos á todo progreso, cual son los tiempos de guerra, litigio armado y violento en que un despotismo se opone á otro despotismo, huyendo de sus cru entísimos senos la libertad y el derecho. Toda guerra es pési ma; lo son las mismas guerras libertadoras, que si suelen traer á la larga buenas consecuencias, por el pronto lo perturban todo y proscriben la libertad y el derecho. Si para intentar y conseguir la paz internacional se han tenido que suspender las garantías constitucionales aquende los mares ¿cómo allende se aplicó el más amplio régimen de gobierno propio y propio derecho, reinando una guerra, y una guerra cruel? El método político tenía que marrar por inoportuno, y tenía que marrar el método diplomático por imposible. Ni las constituciones autonómicas, ni los trabajos diplomáticos, dieron fruto de ningún género: las unas, recrudeciendo aquella grande agitación y reanimando la guerra entre incondicionales y avanzados, produjeron las manifestaciones ocasionales dė la entrada del *Maine*, buque nefasto, en nuestra grande bahía colonial, mientras las otras concluyeron atrayendo al fin y la postre una injustificada é increible declaración de guerra. Fueron ambas medidas como esos pararrayos que, teniendo soluciones de continuidad en sus hierros ó interposición de materias malas conductoras del flúido eléctrico, no conjuran las incendiarias centellas, las atraen y llaman. Así de golpe horroroso en golpe horroroso, nos encontramos con una declaración de guerra, cuya responsabilidad no toca ni puede tocar á ningún estadista ni á ningún Gobierno español, cuya responsabilidad toca y pertenece á quien la concibió sin razón y la declaró sin motivo, por un acto de voluntad tan arbitrario como el que pudiera concebir y poner por obra el capricho de cualquier déspota endiosado. Creíamos que sólo eran Emperadores, dioses y bestias al mismo tiempo, los Ciros, los Sardanápalos, los Baltasares, los Jerges, los Nabucodonosores; sónlo también los pueblos, y los pueblos republicanos, cuando pierden su naturaleza propia y

reniegan del fin y objeto para que fueron criados. Después del *ultimatum* requiriéndonos para que abandonáramos Cuba, no podíamos de modo ninguno abandonarla sin una declaración solemne de nuestro derecho y sin una protesta moral en armas. Pero, como ahora los conservadores aseguran que jamás hubieran llegado hasta la guerra, debe lamentarse no precedieran á las conferencias habidas entre nuestro Gobierno y los llamados por la opinión estadistas y conspícuos al hacerse la paz, otras semejantes al declararse la guerra. Quizás entonces alguno propusiera una manifestación de nuestras fuerzas frente á las fuerzas contrarias; de nuestros recursos frente á los recursos enemigos; de nuestra posición en el golfo mejicano frente á la posición americana, y propusiera una dejación de nuestro derecho en Cuba, so intimaciones incontrastables, sin esgrimir un arma y apelando á la conciencia universal. Pero una cosa es pensar desde abajo y otra ordenar desde arriba. Cualquier Ministerio español, colocado en la situación del Ministerio gobernante ahora, hiciera lo hecho por éste: aceptar una guerra no querida por él é impuesta por ese conjunto de fuerzas á cuyo resultado y suma llamamos fatalidad.

V

Lo he dicho arriba y me ratifico en ello: ningún Gobierno español es responsable de una guerra, declarada por la voluntad sin freno de un Gobierno extranjero sin escrúpulo. Pero, en la dirección y desarrollo de la guerra, se han visto deficiencias que han exacerbado mucho el sentimiento público y traídonos una desconsideración universal hasta respecto de virtudes y calidades que creíamos congénitas al carácter y al temperamento nacional. ¿Cómo no advertimos la escuadra yankee del Asia, que debía causar nuestros primeros desastres? ¿Cómo no teníamos impedimento alguno frente al enemigo en el canal que abre paso á la bahía de Manila? Nues-

tros enemigos han podido quemar una escuadra en Cavite; armar los rebeldes tagalos y volverlos contra nosotros; llamar sobre la ratonera de Santiago nuestros primeros barcos, para perderlos uno á uno en su salida ó quedarse con ellos; acabar pronto con un sitio como el de la banda oriental cubana, que con sólo durar los hubiera exterminado; quedarse con Cuba sin disparar por ella un tiro; convertir en conquista heroica el paseo militar por Puerto Rico; rematar una rebelión que apenas mantenían unos quince mil hombres con programas de reclutamientos nunca comenzados, y con columnas en el papel de números fantásticos, y no de soldados en carne y hueso. El motín sanitario hecho por los yankees en la vencida Santiago, para salir por cualquier camino de aquel horno devorador, enseña cuáles resultados obtuviéramos de resistir un poco, como se suele resistir en esta nación de los sitios, y hacer algunas segundas salidas tan heroicas como fueran las primeras, de cuya fuerza y empuje nos prometimos títulos inmarcesibles de gloria con esperanzas seguras de triunfo. Pero todo marró en verdad. Y marró, porque siempre carecimos de un presupuesto suficiente á satisfacer las exigencias de nuestro vasto Imperio y las obligaciones con este Imperio contraídas. Yo recuerdo las miles de calumnias esparcidas en este país de la envidia por los innumerables envidiosos, aquí existentes, contra el ferrocarril central de Cuba. Si en los veinte años últimos se hubiera hecho, como debió hacerse, ¿tuviéramos tan desprovista de víveres y pertrechos á Santiago, como la hemos tenido? El combate verdaderamente titánico de Manila enseña cuánto se puede hacer con voluntarios y soldados españoles cuando se les dirige bien, siendo complexión y temperamento natural de nuestras gloriosísimas tropas el heroismo. Pero, empeñados en una guerra marítima, perdimos al primer golpe todos nuestros barcos, y no podíamos mantener ésta en el mar, porque nadie puede lo imposible.

VI

Necesitaríanse las quejas de Job y los plañidos de Jeremías para llorar nuestras desgracias. Manila inçendiada y puesta en trance de muerte por el infame ayuntamiento de los yankees voraces con los tagalos rebeldes; cortadas las comunicaciones entre la Metrópoli y el Archipiélago; falto éste de todo recurso y desesperado de todo auxilio; sumergidas en el mar ó acaparadas por la violencia nuestras naves, factores capitales de la defensa territorial; prisioneros ó muertos los marinos; rotas las navales máquinas á que fiáramos nuestra salvación y en que consumiéramos nuestros ahorros; el pabellón estrellado extendiendo sus nefastas estrellas desde la mar de los Caribes á la mar de los indochinos, sin protesta y sin resistencia posible de nuestra parte; Santiago entregada con todos los ejércitos del Oriente cubano y entregada ó caida, para más dolor, al ejército derrotado en sus trincheras improvisadas y consumido por los ardores del trópico; bloqueada Cuba sin los auxiliares necesarios marítimos, y sin esperanza de provisionarse para bien defenderse del hambre, la incontrastable fuerza sitiadora; Puerto Rico asaltado; amenazadas las Canarias; amagando un bombardeo asolador los primeros puertos de nuestras costas; nada tan difícil como la continuación de una guerra internacional, equivalente á temerosísimo suicidio. Yo sé cuanto le duele al temperamento español hacer declaraciones de conformidad con el hado adverso y con el destino implacable. Nuestra patria es como patria del elemento psíquico por excelencia: de la voluntad. Un poeta español fue quien dijo: «La causa del vencedor agradó á los dioses; la del vencido á Catón.» Como hemos hecho lo imposible, creémoslo posible todo en el mundo á nuestro esfuerzo. Solos combatimos al continente asiático y al continente africano, por lo menos á los musulmanes, extendidos desde el estrecho

gaditano hasta la Meca, en el combate de los siete siglos; solos descubrimos y nos apropiamos el Nuevo Mundo. Así no hemos contado nunca nuestros enemigos, ni en las guerras catalanas con Oriente, ni en las guerras nacionales con Bonaparte aquí en Occidente. Bajo el imperio de tales recuerdos, ni distinguimos de circunstancias sociales, cual debemos distinguir, ni estimamos cual debemos estimar el medio ambiente. Como aquellos ejércitos feudales, que no querían tomar en cuenta la invención del explosivo por excelencia, de la pólvora, y después de hallada remitían á su brazo y á su lanza y á su armadura la defensa personal; nosotros no hemos tenido en cuenta para el gran litigio armado nada más que nuestro valor personal y en este valor hemos librado nuestra esperanza de contrastar, si no de vencer, al pueblo más químico y más mecánico que hay en la tierra, el pueblo de las grandes invenciones contemporáneas, que, si no ha descubierto el vapor, sa ha servido del vapor como nadie, y si no ha descubierto la electricidad, ha con saber milagroso aplicado la electricidad al pararrayos, al telégrafo, al fonografo, á la iluminación de nuestras noches en maravillosas magias. Así nuevamente se ha visto en esta guerra que, al tratarse del valor de cada combatiente, á nuestros contrarios aventajaramos en toda ocasión, y al tratarse de las fuerzas físicas y mecánicas, que agrandan tanto el valor, hemos sufrido una inferioridad indecible. Compárense las máquinas de guerra y los explosibles que tenían en sus barcos nuestros enemigos, con las máquinas de guerra y los explosibles que teníamos nosotros en nuestros barcos, inferiores por su número á los suyos, y dígaseme luego si la ciencia y la industria no vencerán siempre á la tradición y á la rutina. Por mucho que nos cueste, necesitamos y debemos declarar como España está vencida. Se anuda la garganta, se detiene la pluma, diciendo de palabra ó por escrito nuestra derrota, pero hay que decirla, por ser verdad, y para ver si en tristes experiencias conseguimos algún reconocimiento de nuestros errores por nosotros mismos, y enmendamos con en-

mienda pertinaz y sabia todas nuestras faltas y todas nuestras culpas. Del enemigo, bajo cuyos atropelladores pies hemos caído, no hay que aguardar ninguna consideración, por ser naturalmente inconsiderado; no hay que aguardar ninguna piedad, por ser naturalmente despiadadísimo. Parece imposible, tras cuatro mil años de civilización histórica en el planeta; los hijos del cristianismo y de la revolución, después de haber proclamado y conseguido aquellos derechos humanos, protectores del alma y de la vida, hechura de la justicia universal, estamos en el caso de repetir las palabras de los viejos conquistadores clásicas: *ulla salus victis*, *nullam sperare salutem*. Lo que ahora se ha visto no se había visto nunca; no se había visto, convenida en principio la paz y preparado el protocolo, perseguir los vencedores á sus beligerantes cuando rotos y vencidos se proclamaban; asediar en el Oriente cubano las poblaciones casi rendidas y arremeter con los soldados ya inermes casi; bombardear é incendiar á Manila, merecedora de otra suerte por su heroico martirio; seguir la invasión injustificadísima de Puerto Rico, siempre fiel á su España, todo ello, como no tienen los vencedores más razón que su fuerza, ni más título que su victoria, todo ello en requerimiento y busca de algun pretexto con que justificar sus procedimientos prehistóricos, propios de tiempos bárbaros, que nos hacen descender á todos en las gradas del organismo hasta las especies inferiores, una salvaje conquista. Han conquistado nuestras Antillas; no tenemos más remedio que sufrir la dura ley del vencedor y conformarnos con la horrible suerte del vencido.

VII

Estamos volviendo atrás la vista siempre. Convirtámosla hoy adelante. Nuestros barcos sumergidos, nuestros mausseres por el vencedor acaparados, nuestro ejército roto en tierra y roto en mar, nuestra Deuda en proporciones aterradoras au-

mentada, nuestros desahogos económicos en las colonias cortados ó suspensos, la miseria consiguiente á una guerra que trae aparejada la peste misma, el estado de completa desorganización en que acaban de caer los partidos gobernantes, las reconvenciones consuetudinarias entre vencidos y la rebusca de responsabilidades hacen indispensable trazar para lo porvenir una línea política, cuyos puntos en el espacio sean otras tantas ideas en el espíritu, formando su resumen un inflamado luminoso ideal, á que necesitemos sujetarnos en nuestros pensamientos y en nuestros actos. Yo sé muy bien cómo la traidora reacción, acechándonos á la continua, imputa el marro de la dominación colonial á las ideas democráticas y á los Gobiernos progresivos. No conozco especie política tan infundada como esta vulgar especie. Si son elementos precisos de nuestra nacionalidad los principios reaccionarios, hay que despedirse, no ya de las colonias, de la nación misma, pues imposible toda vida social para los pueblos cultos fuera del espíritu moderno, como imposible toda vida natural para los hombres todos fuera del aire atmosférico. Yo no acostumbro á exigir tremendas responsabilidades, sólo exigibles por la opinión y por la Historia. Pero, cuando con frecuencia leo y escucho la imputación de que nos ha perdido en Cuba y Filipinas el elemento progresivo de nuestra sociedad, declaro habernos perdido el elemento reaccionario. Con sólo citar la oligarquía negrera en Occidente y la oligarquía teocrática en Oriente, basta para persuadirse á creer la reacción causa primera y exclusiva de nuestros desastres. Si mal del grado de los egoistas negreros diéramos en Cuba el gobierno á los cubanos de sí mismos, no triunfan como han triunfado los mambises; y si diéramos en Filipinas la desamortización eclesiástica, mal del grado de nuestros intolerables frailes, no combaten como han combatido los tagalos. Aun admitiendo lo contrario de la verdad, aun admitiendo que masones y demócratas dominaran Cuba y Filipinas, tenían mucho que hacer para desarraigar los efectos producidos por cuatro siglos de

frailes y negreros. ¿Quién ha dicho que comenzara la pérdida de nuestras colonias con el régimen liberal y parlamentario? Perdió Felipe II los Países Bajos; perdió Felipe IV, Portugal; perdió Felipe V, Gibraltar; perdió Isabel de Farnesio, Nápoles y Sicilia; entregaron los Braganzas, Tánger á Inglaterra, y dividieron de Portugal el Brasil; empiezan á perderse para la península ibérica los dominios lusitanos cuando muere Don Sebastián en el desierto; empiezan á perderse los dominios americanos con Carlos III, que pelea por sujetar territorios antiguamente españoles á los yankees, asistidos en su rebelión colonial por los Reyes absolutos de Francia y España, unidos con el pacto de familia; y al nombre nefasto de Fernando VII va unida la separación del continente americano de nuestro patrio techo. Aunque la desesperación por todas partes nos asalta, yo fío en Dios no perderemos los dos únicos bienes interiores que nos quedan: la paz y la libertad. Debemos estar afligidos; no debemos estar desesperados. Peor que nosotros se veía Italia después de Novara; peor que nosotros Francia después de Sedán; peor que nosotros Prusia después de Jena. Y, sin embargo, se han reconstituído, agrandándose y extendiéndose de una manera desmedida. Lo que importa es optar por una política de sabia reconstitución económica y de buen carácter administrativo. Pueden preferirse á estos consejos míos los propósitos ambiciosos de quienes, ilusos eternamente, sueñan todavía con grandes alianzas europeas y con cruentos desquites americanos. Pero yo habré de recordar á quienes así piensan que tal política exige ríos de oro, los cuales no pueden allegarse por nuestro pueblo sino un siglo después de haberse renutrido con el trabajo en sus grandes manifestaciones de arte y ciencia, de agricultura é industria. Cuando el organismo se desmedra y enflaquece, no hay más medio de restaurarlo en su antigua robustez que renutrirlo, pues con la renutrición sus nervios se aplacan, sus músculos se aceran, sus vísceras se regularizan, y puede usar, no solamente de su inteligencia y de su corazón, puede usar de sus fuerzas corpo-

rales, cuando en los conflictos de la vida el honor ó la necesidad le reclamen á la pelea que muchas veces suele imponerse á las conciencias más serenas y á las voluntades más pacíficas. Si abrazamos una política nacional, y no de secta ó de partido; si establecemos aquellas relaciones mercantiles que han sustituído á las relaciones diplomáticas en los pueblos modernos; si pensamos, ajenos á toda veleidad de reconquista, en que nuestra hegemonía histórica y moral sobre el Nuevo Mundo español no se ha perdido porque se hayan perdido allí nuestros bienes materiales; si damos por el pie á todos los ruinosos dispendios y entramos con resolución en todas las útiles economías; si constituimos un presupuesto con sobrantes de una manera muy vigorosa, y satisfacemos nuestros compromisos y pagamos nuestras deudas; si podemos regular y moralizar nuestra imposible administración pública, bien mostrenco de los nuevos señores feudales llamados caciques por nuestro pueblo, que se cree tratado por ellos como si fuera un pueblo de indios y de negros; si con las seguridades dadas á los intereses promovemos industrias y suscitamos industriales que recuerden cómo aquí, en el extremo de la Europa continental se halla un territorio, el cual comprende todas las riquezas continentales como en el extremo superior de nuestro cuerpo se halla la cabeza que compendia todos los nervios y mueve todos los músculos, aún podemos, no obstante los libros de caballería metidos en los sesos y el romanticismo connatural á nuestra complexión histórica, ser en este tiempo de los intereses aquello mismo que fuéramos en el tiempo de las creencias, y con el arado abriendo surcos, las lanzaderas manteniendo fábricas, en las minas nuestras piquetas, en el mar nuestros barcos mercantes, aún lograremos sacar de nuestro suelo una corona de metales preciosos que se enlace con nuestra corona de racimos y espigas y olivos, alzándose cada día con más esplendor sobre campos redimidos por el trabajo, sobre ricos productos atesorados merced á la industria y movidos por el comercio, un ideal correspondiente con nuestras

tenaces aspiraciones y concordante con las obras colosales que hemos realizado para bien de todos los pueblos en el seno de la humanidad, para continuar nuestro renombre glorioso en la Historia universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Septiembre de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Psychologie des Sectes, par Scipio Sighele, agregé á l'Université de Pise, associé de l'Institut International de Sociologie. Un vol. de 231 páginas.—París. Giard et Briere.—Precio: 4 francos.

La Coppia criminale y *La Folla delinquent*, dos libros del autor, despertaron en el mundo científico grandes estímulos por conocer los misterios de la colectividad, en lo que al derecho penal atañe. Fournial, Tarde, Le Brou, de Vogüe y otros, bien refiriéndose á tales doctrinas, bien por incidencia feliz en las suyas, hicieron juicios atinadísimos, definiendo las diversas suertes de las asociaciones humanas. Entre nosotros, cuantos quisieron darse cuenta cabal del asunto del delito colectivo, apenas encontraron otras fuentes que los escritos de la ilustre señora Arenal, y las producciones del pensador positivista, que tradujo La España Moderna. Por eso el nombre de Sighele es harto conocido del público español, para que me esfuerce en probar hasta donde su reputación alcanza.

La Psychologie des Sectes, que, traducida por Braudieu, avalora la colección flamante de la *Bibliotheque Sociologique Internationale,* es la continuación lógica de la tarea emprendida por el autor, con éxito tan bueno. Se compone de una *Introducción,* titulada *Los criminales modernos y las dos formas de la criminalidad sectaria*, de cuatro capítulos: *La evolu-*

ción de los grupos sociales, *Psicología de la Secta*, *La moral privada y la moral sectaria*, *El crimen colectivo* y un apéndice: *Contra el parlamentarismo*. Ya no estudia Sighele la *multitud*, colectividad de ocasión pasajera; ahonda en la psicología del primer grado, de la asociación homogénea y definida, permanente y con organización peculiar, la *secta*.

Para desentrañar cuanto tiene de sustancial, y para fijar sus influjos en la criminalidad, como para definir su papel en la vida, estudia el autor los dos tipos de la delincuencia en el individuo y en la sociedad, el atávico y el evolutivo; cómo se traduce en ellos el espíritu de la secta y lo que significa la «multitud» que domina el mundo; muestra los adelantos de la psicología social con un objetivo determinado y racional; investiga la formación de los grupos humanos, y los clasifica en heterogéneos (la multitud de la calle, del teatro, etc.) y homogéneos (la secta, la casta, la clase, el Estado). Concretándose á su asunto propio, indaga la alteración del *yo* en la secta, la influencia de la secta en la multitud, sus relaciones con otros grupos, la psicología de sus organizadores, de sus jefes, sus caracteres y su misión. La moralidad sectaria le hace discurrir acerca de las diferentes maneras de la moralidad, sustancialmente distintas, basadas en la ley de conservación de los grupos sociales, y pasando de la moralidad sectaria á la inmoralidad de la secta y á sus crímenes, define su función social en la vida.

El pensamiento de Sighele es éste: «Así como se transforma en el medio la propia personalidad, se altera el *yo* en la secta, pierde la identidad consigo mismo, de que habla Tarde, como para confundirse con el de los demás, en una conciencia difusa de todos; pero se altera *en peor*, porque los progresos de la moralidad están en razón inversa de la extensión de las uniones sociales. El hombre político y el sectario no pueden ser verdaderamente morales; pero las inmoralidades del político, como los crímenes del sectario, tiene una función en el mundo perfectamente organizada. En la minoría

sectaria late un espíritu innovador y revolucionario, y sus crímenes son los más dignos de indulgencia, porque sirven á un ideal y revelan altruismo.

El libro de Sighele es un libro sugestivo y valiente, hace pensar mucho, y es en mucho también un reflejo fiel de la vida. Pero ni sus principios me parecen indiscutibles, ni dejan de advertirse contradicciones en ellos. Más que una solución, son, á mi ver, el planteamiento de un problema.

LEOPOLDO PALACIOS.

El derecho civil y los pobres, por Antonio Menger, profesor de Derecho en la Universidad de Viena, versión española con la autorización del autor y precedida de un estudio sobre *El Derecho y la cuestión social*, por Adolfo Posada, profesor de Derecho político y administrativo en la Universidad de Oviedo. — Librería general de Victoriano Suárez. Un volumen de 440 págs.—Madrid, 1898. Su precio: 5 pesetas.

Así se titula el interesantísimo libro que, editado con la perfección que acostumbra Victoriano Suárez, acaba de ver la luz pública.

No están los tiempos en España, en esta tierra infeliz por obra de la ignorancia y de la miseria, para libros; y sin embargo, tengo para mí, que este libro habrá de ser muy leído, dando por un momento de mano á las hondas preocupaciones que nos avasallan, por los españoles que aspiren á vivir como la humanidad pide.

El por qué de esta afirmación, se encuentra enseguida en las primeras páginas del prólogo, que entiendo que se trata en él, de mano maestra, de la causa suprema de los males que aquejan al mundo actual, y que son causa también de la gravísima crisis que hoy pone en trance de perdición á nuestra desgraciada patria, y que podrán, andando el tiempo, si la gente que está preparada para *pensar, sentir y querer* no procura ponerles pronto el remedio, acabar también con la humanidad que se llama civilizada.

En el fondo del libro del profesor alemán, y del prólogo del catedrático español, late algo que pide solución, y solución pronta y eficaz; algo que se manifiesta en este hacer y deshacer perenne de los gobernantes, que parecen complacerse en acumular leyes sobre leyes, y pronunciar sin descanso abrogaciones y derogaciones de las mismas, como si buscaran moldes, fórmulas jurídicas que no encuentran; algo que se revela en esta crítica sangrienta con que los gobernados responden á la labor de los *dirigentes,* sin duda porque no aciertan con el medio á propósito para satisfacer la intensa necesidad de justicia, que es paz y amor, que aquellos experimentan.

Y este algo no puede ser otra cosa, ó mienten todas las señales, que el *egoismo* brutal de una clase que, apoderada de la suprema dirección política de la sociedad, no se siente satisfecha todavía, é insiste en que los de abajo continúen siendo *puro medio* para *su fin*, y así en esta práctica abusiva acentúa su *impotencia* para labrar el bien de los demás, ó para no querer otra cosa que el goce para sí misma.

En el fondo del libro del profesor alemán, como del prólogo del catedrático español, se vislumbra el remedio natural para este gravísimo padecimiento. No se trata de ninguna maravilla. *Sublata causa tollitur affectus.* Si la causa es la *impotencia* de los que dirigen para el bien de los demás, el remedio estará en sustituirlos por los que, sintiendo año tras año, y siglo tras siglo, hambre y sed de vida verdaderamente humana, poseen *in potentia* la energía para procurársela, y carecen de las condiciones para que se desenvuelva esta energía potencial.

En el carácter de esas condiciones es en lo que difieren el profesor alemán y el catedrático español. Aquel confía en absoluto en la *reforma legislativa,* que con la fuerza del Estado imponga á los poderosos *la obligación* de proteger al desvalido, hasta que éste, ya fuerte, logre *convivir* con su *obligado protector*—que esto y no otra cosa significa el magnífico estudio que Menger ha hecho del proyecto de Código civil ale-

mán, en el que demuestra, por modo magistral, que en el fondo y en la forma es todo lo contrario de lo que debía de ser, porque *es una* prueba palpable de que la *burguesía* se encastilla en la fortaleza del monopolio, y defiende á fuego y á sangre los privilegios que en otras épocas arrancó *á la nobleza,* y que *debía ser* una obra de paz, de conciliación, de armonía, de reconocimiento de una esencial y profunda igualdad entre todos los hombres.

En cambio, el catedrático español, en el prólogo, pensado y escrito como muy raras veces se hacen estas cosas en España, pone, á mi entender, la cuestión en su punto. No niega el valor *de la obra legislativa,* pero tiene por *anterior,* más eficaz, más saludable, la *obra educativa:* como que más vale lo que surge de *adentro,* que lo que viene de *afuera:* mejor efecto produce lo que proviene del propio *convencimiento,* que lo que resulta de la *imposición.*

Acaso esto necesite de una explicación por nuestra parte. Sin negar que la ley es elemento de educación, entendemos que cuando emana de la misma *práctica* de la vida (*¿quid leges sine moribus?*) entonces es innecesaria; porque no necesita *sanción* lo que voluntariamente se realiza, y cuando la *ley* es meramente un *capricho* del legislador, que nô responde, por lo tanto, al modo de ser del pueblo, quedará reducida á una fórmula vacía.

La educación es siempre en el fondo *autoeducación;* de aquí que las influencias que repugnan á la naturaleza del educado, nunca podrán pasar de la corteza exterior, y de aquí la razón que tenemos para afirmar que la *condicionalidad* propia y exclusiva de la vida humana, ha de nacer en ella y de ella misma, y por consiguiente, de nada vale la voluntad *arbitraria* del legislador. Ahora bien: si es verdad, como dice el prologuista, que «la *ley tiene cierto valor é influjo educativo y hasta sugestivo,* y es como un *medio de difusión de la voluntad é ideas del legislador,*» entendemos que esta proposición debe limitarse á la circunstancia de que la ley responda á la situa-

ción para que ha sido estatuída, y la voluntad y las ideas del legislador á la voluntad y á las ideas de aquellos para quienes se legisla; pues en el caso contrario, ni la primera ejercerá tal influjo, ni será posible que se difundan voluntad é ideas que pugnan con las de la generalidad.

Buena prueba de este aserto nos la ofrece la historia de la humanidad, rebosante de perturbaciones, de verdaderas revoluciones ocasionadas siempre por la precipitación en *legislar*, nutridísima de abrogaciones y derogaciones de preceptos legislativos que no encarnaban en la realidad, y excelente contraprueba la encontramos en la paz de que disfrutaron y disfrutan las naciones en las cuales se ha comenzado por formar la *opinión* antes de implantar la *ley*.

Por eso dice con hermosa frase que brota de la verdad del concepto, Posada, en su prólogo: «La acción que más legítimas esperanza puede despertar de una modificación, sin duda lenta, del actual estado de las relaciones sociales, muy especialmente de las relaciones que implican un interés económico, es la que se dirige á formar el *hombre interior*, es decir, la conciencia moral de las personas. Y he aquí por donde la cuestión social tiene, como al comenzar decía, un aspecto *pedagógico:* porque, obra de la educación en un sentido amplísimo, es, sin duda, la de formar el carácter ético de los hombres, de suerte que se conduzcan en la vida según la ley del deber y por los estímulos del amor.»

Esto no quita para que proclamemos muy alta la oportunidad del libro de Menger y su aplicación, sobre todo en nuestro país, en donde se siente, como en todos, esa necesidad á que aludíamos al principio de este trabajo, y en donde en esta materia de conciliación de intereses, de armonía de clases, casi no se ha hecho más que expresar una vaga aspiración instituyendo la Comisión de reformas sociales, que, por razones que no son de ahora, se ha detenido apenas había comenzado á dar señales de vida.

Adolfo A. Buylla.

Les Lois sociales. Esquisse d'une sociologie, par G. Tarde.—1 vol. 167 págs. Paris Felix Alcan. 1898.—Su precio 2,50 francos.

El sociólogo Sr. Tarde, bien conocido entre nosotros por sus libros *Las Transformaciones del derecho*, *La criminalidad comparada*, y *Estudios penales y sociales*, (1) acaba de publicar la obrita cuyo título va al frente de esta *nota*, que aunque de corta extensión es sin embargo por extremo interesante, en dos principales respectos: de un lado, porque en las 167 páginas que la componen se condensa con relativa claridad, dado lo complejo de la materia misma, una de las manifestaciones más independientes de la sociología moderna, *extra-evolucionista*, si vale el mote, y de otro, porque mediante este *bosquejo de sociología* puede uno, con cierta mayor facilidad, darse buena cuenta del *conjunto* doctrinal de las ideas de Tarde expuestas con amplitud y detalle, en tres grandes libros titulados: *Les Lois de l'imitatión*, *La Lógique sociale*, y *L'Opposition Universelle*. Según el mismo nos dice, en este pequeño volumen «ha intentado dar no sólo ni precisamente el resumen ó la quinta esencia de sus tres principales obras de sociología general—las citadas— sino también y sobre todo, el lazo íntimo que las une.» Y el propósito puede estimarse logrado por completo. De hoy en adelante la *psicología*, un tanto compleja y bastante intrincada, de los razonamientos sociológicos y hasta ultrasociológicos del insigne maestro, se aclara y define mediante el estudio anterior y posterior al de los libros de sociología general, á que nos referimos, de este librito, de tan fácil y sugestiva lectura. Y digo estudio anterior y posterior al de las obras, porque tiene en mi concepto el *Bosquejo* de que hablo, una doble función.

Leído antes, aun cuando contiene repetidas alusiones á los largos desenvolvimientos de las obras fundamentales, sin em-

(1) Tres volúmenes publicados por La España Moderna.

bargo, se ha hecho la condensación con tal arte, que puede formarse desde luego una idea general del pensamiento sociológico del autor, lo que prepara y orienta de un modo muy adecuado, para poder juzgar la posición personal del sociólogo francés, especialmente ante la gran corriente evolucionista spenceriana, y seguirle con paso firme por todas las sinuosidades y aparentes laberintos, al agudo y perspicaz investigador de las leyes de la imitación. Leído este librito, después sirve para mucho: para ordenar y definir, y sobre todo *asir* lo que según el autor mismo constituye la unidad íntima del sistema.

El libro *Las leyes sociales* consta de tres capítulos, con una *introducción* y una *conclusión*. Sirve la introducción para preparar las indagaciones sucesivas, presentando al alcance filosófico de las tres ideas capitales en el sistema sociológico ó quizá *general* del Sr. Tarde: la repetición, la oposición y la adaptación: en el capítulo primero se habla de la repetición de los fenómenos, en el segundo de la oposición de los fenómeno, y en el tercero de la adaptación de los fenómenos. La *conclusión,* magistralmente hecha, comprende el último *substractum* de esta quinta esencia del sistema sociológico de Tarde. En ella se condensan las idea capitales, y en ella (pág. 159 sobre todo) afirma el ilustre sabio la posición independiente del evolucionismo — posición con cimentación psicológica y hasta quizá *¡metafísica!*—de su concepción original, y de las consecuencias de esta concepción.

Adolfo Posada.

OBRAS NUEVAS

Barrantes (V. de).—Plan nuevo de educación completa para una señorita al salir del colegio. En 12.°, 97 págs.: 1 pta.

Benlliure y Viciano (V.)—Leyes y reglamentos que rigen el impuesto sobre carruajes y caballerías de lujo. En 4.°, 66 págs.: 1 peseta.

Bernaldo de Quirós (C.)—Las nuevas teorías de la criminalidad. En 4.°, 357 págs.: 5 ptas.

Biblioteca bascongada. *Tomos 21 y 22.*

Blázquez y Delgado Aguilera (A.)—Historia de la provincia de Ciudad Real. En 4.°, 184 págs.: 3 pesetas

Caballero-Infante y Zuazo (F.)—Aureos y barras de oro y plata encontrados en el pueblo de Santiponce al sitio que fué Itálica. En 4.°, 47 págs.

Cabezas (M.)—La crisis industrial agrícola-social. En 4.°. 24 páginas: 1 peseta.

Casañal Shakery (A.)—Fruslerías (versos). En 12.° 106 págs.: 1,50 pesetas.

Castellanos (M. P.)—Historia de Marruecos. *Tercera edición.* En 4.°, IX-687 págs.: 7 ptas.

Cocat (L.) y Criado (H.)—El ratón y el gato, zarzuela. En 8.°, 29 páginas: 1 peseta.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XVI.* (Valdivia y sus compañeros. IX.) Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana. 1898. En 4.° may., 492 págs.: 15 pesetas.

Coll y Bofill (J. C.)—Tesis para el Doctorado en medicina y cirugía. Tiroidoterapia. En 4.°, 47 páginas: 2 ptas.

Cruz (R. de la).—Las castañeras picadas; sainete refundido en tres cuadros por Carlos Fernández Shaw. En 4.°, 45 págs.

Díaz Valero (C.)—Cartilla pena para uso de las Escuelas de primera enseñanza. En 8.°, 93 páginas: 1 pta.

Díez-Canedo y Lletget (F.) y Marín

y Boné (A.)—Nuevas tablas para acreditar haberes á los empleados del Estado. En 8.°, 128 páginas: 2 ptas.

Escalafón general de los jefes y oficiales del Cuerpo de Sanidad Militar. En 4.° apaisado, 56 páginas.

Exposición (La) nacional de Bellas Artes de 1897. Reproducción autotípica de las obras más notables. Reseña crítica, por D. Francisco Alcántara. En 4.° may., 18 cuadernos con 294 págs. y grabados: 13,50 ptas.

Fernández (C.) — Nuevas fábulas ascéticas en variedad de metros. En 8.°, 65 págs.: 1 pta.

Fernández (P.) — Aguas Buenas; pretexto, motivo ó cosa así para una velada cómico-lírico-poético-bailable. En 4.°, 15 págs.: 1 peseta.

Fernández López (M.) y Gestoso Pérez (J.)—Discursos leídos ante la Real Academia sevillana de Buenas Letras. En 4.°, 47 páginas.

Tema: Modernos descubrimientos arqueológicos de Carmona.

García Duarte (R.)—De la gastroectasia. Discursos leídos en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada. En 4.°, 38 páginas.

García Tejero (A.)— Facultad de Medicina. Tesis para el grado de Doctor. De la viruela y su tratamiento. En 4.°, 29 págs.

Granés (S. M.) y García Rufino (J.) —El baño de Diana; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 29 páginas: 1 pta.

González Cando (L.) y López Alvarez (A.) -De visita; apropósito en un acto y dos escenas en verso. En 4.°, 17 págs.: 1 pta.

Hernández (I.)—La virtud premiada; zarzuela infantil en un acto. En 4.°, 15 págs.: 1 pta.

Impuesto de exportación. Tarifa para la exacción del impuesto de exportación creado por la ley de Presupuestos de 1898-99, aprobado por Real orden de 29 de Junio de 1898. En 12.° apaisado, 29 páginas: 75 céntimos.

Llorens y Asensio (V)—Historia general de Filipinas y Catálogo de los documentos referentes á estas islas, que se conservan en el Archivo general de Indias. *Cuaderno I.* Cada cuaderno 1 peseta.

Mallada (L.)— Memorias de la Comisión del Mapa geológico de España. *Tomo III.* Sistema devoniano y carbonífero. En 4.°, 405 páginas con grabados: 15 pesetas.

Manuel de Ferrer (L.) — Medios prácticos para fomentar la instrucción de las masas populares. En 4.°, 16 págs.: 15 céntimos.

Martín Granizo (I.) y Saldaña (Q.) —Soñar despierto; monólogo. En 8.°, 13 págs.: 25 céntimos.

Descripción del Arzobispado de México hecha en 1570, y otros documentos. México, 1897. En 4.°, IV-461 págs: 16 ptas.

Estadística minera de España, correspondiente al año de 1897. En 4.° mayor, 150 págs.

Navarro (C.)—Las aguas buenas; juguete lírico en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 pta.

Ollero (D.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias

exactas, físicas y naturales. En 4.°, 90 págs.

Tema: Los progresos de las armas de fuego en su relación con las ciencias matemáticas.

Pérez Constanti (P.)—Biografía del escultor Ferreiro. En 4.°, 32 páginas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).—Pepe Gallardo; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, .55 págs.: 1 peseta.

Rivas y Ruiz (L.)—La enseñanza superior en España. En 4.°, 97 páginas: 1 pta.

Roldán y Vizcaino (F.)—Datos para los tanteos de defensa, fortificación y armamento en las posiciones marítimas. En 8.°, 194 págs.: 3 ptas.

Idem.—El poder naval comparado de las distintas naciones. En 4.° mayor, 20 págs.: 50 céntimos.

Sánchez Tirado (A.)—Abrojos y Flores. En 8.°, 159 págs.: 1 pta.

Silva (F.)—Manual del empleado de Hacienda. En 8.°, 447 págs.: 1 peseta.

Vidal y Blanca (J.) y Ramírez y Ramírez (F. de P.)—Guía general de la legislación marítima. *Tomo II, H-Z.* En 4.°, 1078 págs.: 12 ptas.

Villegas Arango (E.)—Las campesinas; juguete lírico en un acto. En 4.°, 37 págs.: 1 pta.

INDICE

Págs.

Uladimiro Korolenko, por X..... 5
El Desertor de Sajalín, (novela) por Uladimiro Korolenko..... 10
De la guerra, por Ignotus..... 39
El problema actual del patriotismo, por Rafael Altamira..... 63
Bajo los Austrias.—La mujer española en la Minerva literaria castellana (conclusión), por Juan Pérez de Guzmán..... 90
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 121
La Prensa Internacional: Lógica parlamentaria, por Guillermo Gerardo Hamilton..... 151
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 167
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 177
Notas bibliográficas, por Leopoldo Palacios, Adolfo A. Buylla y A. Posada..... 197
Obras nuevas..... 205

España moderna

AÑO 10.º NUM. 119.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE 1898

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL DESERTOR DE SAJALIN

(CONCLUSIÓN)

V

—¡Vamos! ¿Ya irían ustedes tan gozosos al emprender la marcha, verdad?—pregunté al narrador, que hablaba ahora con voz más firme y tenía la fisonomía más animada.

—Gozosos..... ¡ya lo creo! Apenas entramos en la taiga, nuestra querida protectora, sentimos un bienestar indecible. ¿Me creerá usted? Aquel murmullo del bosque por encima de nuestras cabezas; el aire libre alrededor de nosotros; todo eso nos renovaba, daba á nuestras almas tal sensación de frescura, que nos parecía venir al mundo por segunda vez. Todos teníamos el corazón henchido de alegría. Buran iba solo, delante, con la cabeza baja, mascullando siempre palabras ininteligibles. El viejo no se había puesto en camino de buena voluntad, y su instinto le advertía probablemente que no iría lejos.

No necesitamos mucho tiempo para ver que no debíamos contar gran cosa con nuestro jefe. Era ciertamente un brodiaga de experiencia, que se había ya evadido dos veces de Sajalín; parecía conocer perfectamente el camino, y, para convencerse de ello, no había más que mirarle marchar hacia adelante sin ninguna vacilación, como perro que sigue una

pista segura. Pero, á pesar de todo, yo y mi amigo Wolodka empezábamos á estar intranquilos.

—Me temo—dijo Wolodka—que este Buran sea causa de una desgracia. Verás bien que no está enteramente en su asiento.

—¿Pues qué hay?—pregunté.

—Es cosa clara que el viejo ha perdido los memoriales. Siempre va hablándose á sí mismo y meneando la cabeza; y luego no veo que dé ninguna orden. Ya sería más que tiempo de ordenar un instante de descanso, y malditas las trazas que tiene de pensar en tal cosa. Te digo que eso no es claro ni lógico.

Yo también veía que las cosas no marchaban como sobre carriles. Apretamos el paso para acercarnos á Buran, y le llamamos.

—¡Pero, oye, abuelo! ¿A dónde vas así, sin parar? ¿No crees que sería cosa de hacer alto y descansar un poco?

Se volvió, nos miró y volvió á emprender la marcha.

—Esperar un poco—dijo al fin.—¿Por qué tenéis tanta prisa de tumbaros? Una pizquita de paciencia; ya os tumbarán las balas en Warky ó en Poghiba, y entonces tendréis todo el tiempo que querais para descansar.....

¡Bonita perspectiva nos ofrecía! Sin embargo, no quisimos llevarle la contra, porque era un brodiaga ducho, y además comprendimos que nuestra petición no era nada juiciosa, siendo aquel nuestro primer día de viaje y conviniendo alejarnos lo más posible. No había, pues, que pensar en descansar.

Después de andar aún algunas verstas, mi amigo Wolodka me empujó de nuevo.

—Te digo, Wassily, que esto no marcha bien.

—¿Pues qué más ocurre?

—Vamos á ver. Se nos decía que teníamos que hacer 20 verstas hasta Warky. Pues bien: ya hemos andado 18, seguramente. Temo mucho caer en un puesto.

—¡Buran! ¡Eh, abuelo!—gritamos.

—¿Qué queréis?

—Parece que Warky anda muy cerca.

—Todavía está lejos—respondió, y siguió andando.

De seguro hubiésemos tenido que sentir, si no reparamos en una canoa que había amarrada á la orilla. Al verla nos paramos de golpe, excepto Buran, que seguía hacia adelante. Makaroff tuvo que retenerle á viva fuerza. Nosotros nos echamos esta cuenta bastante clara: puesto que hay aquí una canoa, no debe andar lejos el dueño. ¡Alto, pues! ¡Camaradas, al bosque!

Y volvimos á internarnos en la espesura.

Por el fondo de un profundo valle corría un riachuelo. Seguimos su curso. A uno y otro lado se alzaban altos montes, poblados de árboles seculares.

En cuanto llega la primavera envuelven la isla de Sajalin nieblas tibias que suben del suelo. Estábamos en esa época del año, y aquel día, como de costumbre, marchábamos enmedio de una especie de bruma. Trepábamos trabajosamente por un cerrillo, cuando, al llegar á la cumbre, empezó á soplar del valle un viento violento, y en un instante arrastró la niebla al mar. Entonces, despejado el horizonte, divisamos claramente detrás de una colina todo el cordón de tropa: los soldados que iban y venían por el patio; los perros que dormitaban echados tranquilamente. Lanzamos un grito de estupefacción y de terror: ¡en un tris había estado que no nos metiésemos nosotros mismos en la boca del lobo!

—¡Pero, cómo es esto, tío Buran! ¿No es aquel un puesto de tropa?

—Sí—dijo.—Warky, cabalmente.

—Pues mira, Buran, aunque seas nuestro decano, ahora será menester que nos cuidemos nosotros mismos de las cosas, porque, contigo, estamos expuestos á atraernos muchas miserias.

El viejo rompió á llorar.

—¡Hijos—decía—perdonadme por amor de Cristo! Soy demasiado viejo. Ya hace cuarenta años que estoy en camino; no es extraño que esté gastado. Empiezo á perder la memoria. Es más lo que he olvidado que lo que me queda en la cabeza. ¡No hay que culparme por eso! Ahora lo que importa es despabilar de aquí cuanto antes, porque (¡Dios no lo quiera!) si á algún soldado le diese por venir á buscar bayas ó si nos hubiesen olfateado los perros, estábamos perdidos.

Reanudamos la marcha, hablando de estas cosas, decididos á vigilar á Buran.

Los compañeros me eligieron entonces como jefe y guía. En adelante, yo era el que dispondría las paradas y daría órdenes; pero Buran quedó encargado de seguir delante, porque no se engañaba de camino. Todo parecía muerto en aquel hombre menos las piernas. ¡Ah! ¡qué bien hechas á andar estaban aquellas piernas! El hombre iba pasito tras pasito, meneando el cuerpo, como si nada le costase y como si en su vida hubiese hecho otra cosa. Y en efecto: anduvo así hasta el último instante. La muerte fue la que le detuvo.

Para ir más seguros en aquella expedición aventurada, seguíamos de preferencia el camino de los montes. Era algo más penoso, pero menos expuesto. Allí no oíamos más que el murmullo de la taiga y el rumor de los arroyos que bajaban retozando por sus lechos de piedras. ¡Ningún ser humano! Los guiliacos no se establecen más que á orillas del mar ó de los ríos, porque viven sobre todo de la pesca. ¡Y qué de peces hay! No se creería, á no verlo uno con sus propios ojos: ¡á veces llegábamos á cogerlos con las manos!

Así marchábamos con el oído alerta. A veces, cuando la seguridad de que gozábamos nos inspiraba plena confianza, bajábamos hacia el mar ó hacia un riachuelo; pero, si allí nos sobresaltaba alguna duda, algún temor, nos dábamos prisa á subir para volver á nuestra buena taiga.

Lo que había que sortear á todo trance eran los puestos de tropa, y usábamos para ello precauciones infinitas, porque es

tanto más difícil evitarlos, cuanto que no se encuentran á igual distancia unos de otros: tan pronto los separan 20 verstas como 50. Por lo tanto, era imposible en absoluto preverlos. A pesar de todo, y sean las que quieran las razones, Dios nos libró de ellos. Escapamos de todos, hasta el último.

VI

Aquí mi huésped frunció el entrecejo y calló. Al cabo de algunos instantes se puso en pie.

—¿Y lo que falta?—pregunté.

—Tengo que ocuparme del caballo... Debe estar seco; creo que es tiempo de soltarle.

Salimos al patio. El frío cedía; se había disipado la niebla. El brodiaga miró al cielo.

—Ya está alta la Osa Mayor—dijo.—Deben ser más de las doce.

Ahora no impedía ya la niebla distinguir claramente las viviendas del pueblo, donde todo dormía.

En el aire se arremolinaban nubes de humo blanco, perezosas é indolentes, ó bien salían de alguna chimenea lluvias de chispas que parecían entregarse á una danza loca con aquel frío intenso. Los yacutas tienen la costumbre de alimentar el fuego sin descanso toda la noche: el calor pasa rápidamente al través del tubo corto y abierto. Así, la primera persona á quien despierta el frío, se apresura á echar algunos leños en el hogar.

El brodiaga permaneció algunos minutos sin decir nada, mirando la sloboda. Luego, suspirando:

—¡He aquí algo que me recuerda mi pueblo! ¡Hace tanto que no había visto un pueblo! Los yacutas viven en sus naslegues, como los animales en el bosque, aisladamente, cada uno aparte. ¡Si al menos pudiese yo trasladar mis penates á estos sitios! Entonces quizá llegaría á entrar en caja...

—Y en su naslegue, ¿no se halla usted á gusto? ¿No tiene allí su casa? Usted me decía, sin embargo, hace poco, que no estaba descontento de su situación.

El brodiaga me dejó sin respuesta algunos instantes. Después dijo:

—¡No puedo más! El caso es ese. ¡Me disgusta este país; no puedo sufrirle!

Y se acercó á su caballo, le palpó por debajo de la crin y le acarició suavemente el cuello. El inteligente animal volvió la cabeza y relinchó.

—¡Bueno, bueno!—dijo Vassily con voz cariñosa.—Ahora mismo voy á soltarte. ¡Mucho ojo! ¡á ver lo que hacemos mañana!... Ha de saber usted que le echo á correr con los tártaros. Es un buen caballo; le he enseñado bien, y ahora puede dar puntos á cualquiera de pura sangre. ¡Corre como el viento!

Quitó el cabestro al caballo, y la bestia corrió alegremente hacia el heno.

Entramos en la isba.

Vassily seguía sombrío; parecía haber olvidado su relato ó no querer continuarle. Le recordé que esperaba el fin.

—¿A qué contar?—dijo con semblante hosco.—¿Para qué?... ¡Ah! ¡las cosas no han acabado bien! ¡Tanto peor, después de todo! Puesto que he empezado, tendré que ir hasta el fin.

Llevábamos ya andado doce días, y no habíamos salido aún de la isla de Sajalin, aunque no hubiésemos debido invertir más que ocho días en llegar á la provincia de Amur. Ese retraso provenía de que teníamos miedo y poca confianza en nuestro guía. En vez de salir al llano ó de seguir el río, corríamos sin cesar por montes y por valles, escalando peñas, resbalando por los barrancos y escondiéndonos las más de las veces en la taiga. ¡No se anda mucho á ese paso! A todo esto las provisiones empezaban á agotarse, porque no habíamos llevado más que para doce días. Hubo que ponerse á ración;

no se repartió ya más que una cantidad reducida de galleta, dejando que cada uno completase como pudiese ese exiguo sustento. Afortunadamente, no faltaban frutos en la taiga.

Llegamos así á la orilla de un golfito cenagoso, cuya agua es ordinariamente salobre, á no ser que la vuelva dulce una gran crecida del Amur.

Allí la cuestión era hacerse con una canoa para ver de pasar á la provincia del Amur.

Pero, ¿cómo encontrarla? Y aquí fue el devanarnos todos los sesos, pero inútilmente. Acosábamos á Buran á preguntas: «¡Aconséjanos!» Pero el viejo, falto de fuerzas, con la mirada turbia, completamente abatido, no se hallaba en disposición de dar un consejo eficaz. Sin embargo, acabó por decirnos: «Para tener canoas hay que pedírselas á esos guiliacos.» Pero, ¿dónde estaban esos guiliacos? ¿Cómo arreglárse para que diesen canoas? Eso es lo que Buran no explicaba.

Por fin Wolodka y yo dijimos á los compañeros:

—Aguardad aquí mientras nosotros vamos á explorar las orillas. Puede que encontremos guiliacos, y entonces nos procuraremos seguramente una ó dos canoas. Vosotros andad con cautela, porque es probable que haya un puesto cerca de aquí.

Los tres, Buran, Wolodka y yo, empezamos á recorrer la orilla, observando todas las cosas con prudencia. Habíamos andado ya un buen trecho, cuando desde las alturas de un peñasco vimos abajo un guiliaco que componía sus aparejos á orillas de un riachuelo. ¡Dios mismo nos enviaba aquel Orkun!

—¿Qué es Orkun? ¿Nombre propio ó qué?—pregunté á Vassily.

—No sé con fijeza. Nombre probablemente; sin embargo, esa palabra significa más bien en su lengua *jefe de comunidad*, supongo, porque, en cuanto nos acercamos á él y le rodeamos para que no se escapase, empezó á golpearse el pecho repitiendo: «Orkun, Orkun.» Pero lo que quisiese decir esa palabra no lo sabíamos.

Sin embargo, entablamos conversación.

Wolodka cogió un palo y se puso á dibujar en la tierra una canoa, lo cual significaba: «Eso es lo que queremos de tí.» El guiliaco comprendió en seguida, y, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, nos enseñó dos, cinco y hasta diez dedos de sus manos. Tardamos mucho en dar con lo que quería decir, hasta que al cabo Makaroff cayó en la cuenta.

—Pero, amigos, si lo que quiere saber es para cuántos ha de preparar la canoa.

—Pues es verdad. E indicamos al guiliaco que éramos doce.

Meneó la cabeza en ademán de inteligencia, y pidió que le enseñásemos los otros compañeros. Titubeamos al pronto; pero, en fin, ¿qué hacer? ¡No podíamos atravesar el mar á pie enjuto! Le llevamos, pues, á donde estaban los nuestros, á quienes no les pareció bien lo que hacíamos.

—¿A qué traer ese guiliaco? ¿Es para presentarnos á él como una exposición de cosas raras?

—Callaos vosotros—dijimos.—Vamos á tratar con él el asunto que más nos importa.

El guiliaco, por su parte, se paseaba impasible, tranquilo, enmedio de nosotros, sin temer nada, embebido completamente en el examen de nuestros jalates. Le dimos los que llevábamos á prevención. El los ató con una correa, se los echó al hombro y bajó presuroso por una senda que conducía al pie de la montaña. No hay que decir que nosotros le seguíamos. Descubrimos entonces una especie de valle por donde se veían diseminadas yurtitas de guiliacos, un á modo de lugarejo.

—¿Y ahora qué va á ser de nosotros?—decían los compañeros intranquilos, cuando volvimos de la aldehuela.—Ya ahí, en su lugar, va á reunir á todo el mundo.

—¿Y á nosotro qué que los reuna?—contestamos.—Allí hay cuatro yurtas, poca gente, y nosotros somos doce, armados de buenos cuchillos. ¿Y cómo va á medirse un guiliaco con un ruso? Nosotros comemos pan, que cría fuerza, y ellos no co-

men más que pescado. ¿Se echan músculos con el pescado? ¡Qué comparación tiene!.... ¡No la hay!

A decir verdad, yo no las tenía todas conmigo, y se me oprimía el corazón, como cuando se barrunta una desgracia.

Habíamos conseguido atravesar la isla sin tropiezos, y divisábamos aquella provincia del Amur, blanco de nuestras esperanzas; pero ¿llegaríamos á ella? En el horizonte, á la otra parte del estrecho, se dibujaban sus montañas, destacándose airosamente sobre el fondo azul del espacio. ¡Hubiésemos querido tener alas para volar á aquella tierra prometida!

¿Nos sería concedido arribar? ¡Sólo Dios lo sabía! Y sin embargo, ¡estábamos tan cerca! Pero bastante hacíamos con eso: también la boca puede arrimarse mucho al codo, y no logra morderle.....

Algún tiempo después de la marcha de nuestro guiliaco, vimos con estupor venir en masa hacia nosotros, lanza en mano y Orkun á la cabeza, á todos los habitantes del caserío.

—¿Lo veis ahora?—decían nuestros compañeros.—Vienen contra nosotros.

—Pues bien, ¡sea lo que quiera! ¡Y que nadie se rinda mientras esté vivo! Si le matan á uno, santas pascuas: ¡estaba de Dios! Pero, mientras respire uno de nosotros, á defenderse valerosamente hasta morir. ¡Salvarse ó perecer, pero todos juntos! ¡Firmes, muchachos!

Pero no venía á cuento preocuparse así. Los guiliacos se acercaban con las intenciones más pacíficas, y en cuanto Orkun notó nuestro recelo, se apresuró á desarmar á los suyos, quitándoles las lanzas y poniéndolas todas en manos de uno sólo. Así, sin defensa, se aproximaron..... Entonces, pareciéndonos completamente honradas sus intenciones, los seguimos hacia el punto donde tenían las canoas. Nos dieron dos. En la más grande colocó Orkun á ocho de los nuestros; los cuatro últimos se acomodaron en la más pequeña.

¡Al fin poseíamos las benditas canoas! Desgraciadamente, un fuerte viento, que venía de Amur, empezó á levantar olas

enormes, y nos fue imposible hacer la travesía en embarcaciones tan pequeñas. Tuvimos, pues, que aguardarnos otros dos días.

En el ínterin, habíamos dado fin á nuestras vituallas, y tuvimos que contentarnos con los frutos silvestres que encontrábamos acá y allá. Nos llenábamos sin alimentarnos. Por fortuna Orkun nos dió cuatro pescados que nos sostuvieron un poco. Agradecimos mucho á nuestro guiliaco aquella atención. Era un hombre excelente, honrado á carta cabal, y humanitario si los hubo. ¡Dios se lo pague! ¡Yo, por mí, no olvidaré nunca á aquel guiliaco!

Así pasamos un día entero, consumiéndonos en la playa. Era para morirse de impaciencia. A la noche y al día siguiente no amainó el viento. Se apoderaba de nosotros una angustia insoportable. ¡Y la provincia de Amur, como para burlarse de nosotros, más distinta cada vez, ahora que el viento se había llevado la niebla del mar!

Buran, sentado en un altillo, miraba fijamente á la otra orilla, inmóvil y como petrificado en su puesto. No hablaba ni comía. Si alguno de nosotros, movido de lástima, le llevaba algunos frutos, los comía con indiferencia; pero él, por sí, no se hubiese tomado la menor molestia por buscarlos. ¿Es que su corazón no podía ya con la pena? ¿Es que el viejo brodiaga esperaba la muerte?.... Quizá. ¡En fin, la situación llegó á ser insostenible!

—Suceda lo que quiera—dijeron los compañeros,—pongámonos en camino esta misma noche. De día no pasaríamos, porque nos verían los soldados; pero de noche podemos burlar su vigilancia, y en cuanto á Dios, acaso se compadezca de nosotros.

El viento seguía soplando con furia; por la cresta de las embravecidas olas corría, como bandada de conejillos blancos, una espuma argentada. Sobre las olas volaban «viejos» (especie de gaviotas) con una algarabía de todos los diablos. El mar rompía furioso contra las peñas, saltando por encima, y la ribera parecía exhalar interminables gemidos.

—Vamos, acostémonos—dije á los camaradas.—Hacia la media noche habrá salido la luna; entonces, en marcha y ¡sea lo que Dios quiera! Como luego no tendremos tiempo de dormir, tratemos de echar un sueñecillo reparador.

Se siguió mi consejo, y escogimos para ese descanso una anfractuosidad que se hacía en la roca por encima del mar. Desde abajo no podían vernos, escondidos como estábamos por una masa de arbustos. Buran no se acostaba, sino que seguía mirando con fijeza hacia el Poniente. Como apenas empezaba á bajar el sol, nos quedaba mucho tiempo hasta la media noche. Hice la señal de la cruz; escuché durante un rato las quejas de la tierra y el rumor confuso de la taiga sacudida por el viento, y á poco me dormí. No sé cuanto tiempo dormimos de esa suerte, tranquilos, sin presentir la desgracia. De repente oigo la voz de Buran que me llama. Despierto; miro. El sol va á ponerse; el mar se ha calmado; las tinieblas invaden ya sus orillas. Buran, pegado á mí, me mira con ojos extraviados.

—¡Levántate—dice, señalando á los arbustos;—ahí los tienes; vienen á buscar nuestras almas!

Me levanto precipitadamente; veo los soldados que salen de la espesura; uno de ellos, el más próximo, me apunta, mientras otros, bajando la montaña, se preparan á tirar. En un instante me rehago; lanzo el grito de alarma con voz de trueno; los nuestros se levantan en un abrir y cerrar de ojos como un solo hombre, y no había tenido tiempo de volver á cargar su fusil el primer soldado, cuando ya caimos sobre ellos.

Aquí una sorda y punzante emoción ahogó la voz del narrador, que inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho. La yurta estaba ahora medio á obscuras, porque el brodiaga no pensaba ya en meter leña.

—Hago mal en referir todo esto—dijo con un tono en que se traslucía una súplica.

—¡No, no; siga, á pesar de todo! Vamos, ¿qué pasó?

—¿Lo que pasó?.... Pero usted mismo puede figurárselo; ellos no eran más que cinco, y nosotros éramos doce..... Y además pensaban caer sobre nosotros como sobre «tetras» (1), mientras dormíamos, y fuimos nosotros, al revés, los que no les dimos tiempo siquiera para reponerse..... Nuestros cuchillos eran largos.....

No pudieron tirar más que una vez desde la cumbre del cerrillo, y marraron. Bajaron entonces á paso de carga, y nosotros los recibimos sobre nuestros cuchillos..... ¿Me creerá usted?—continuó el brodiaga con un tono lleno de compasión y dirigiéndome una mirada en que se pintaban la angustia y el espanto.—No supieron defenderse; blandían las bayonetas como para espantar á perros, mientras que nosotros..... ¡ah! nosotros caíamos sobre ellos, los estrechábamos, los ahogábamos como lobos feroces. Uno de los soldados me hirió ligeramente en una pierna; no era más que un rasguño. Titubeé, caí al suelo, y él se abalanzó á mí; pero entonces Makaroff se dejó caer con todo el peso de su cuerpo sobre mi enemigo..... sentí correr sangre por mis manos..... Makaroff y yo nos levantamos, pero el pobre soldado..... ¡ese allí quedó!

En aquel momento ví asomar en la loma otros dos soldados (fueron los últimos). El que venía corriendo delante era Saltanoff, el comandante del puesto, la bravura en persona, hombre cuya fama se extendía muy lejos. Los mismos guiliacos le temían como al demonio; y en cuanto á nosotros, sabíamos que más de uno de los nuestros había recibido la muerte de sus manos. Pero esta vez fue otra cosa; le llegó la suya. Había entre nosotros dos circasianos, ágiles como gatos y de una valentía extraordinaria. Uno de ellos encontró á Saltanoff á mitad de la colina y se arrojó sobre él. El comandante disparó un tiro de revolver, que evitó el circasiano bajándose; durante esa terrible lucha, los dos enemigos cayeron. Enton-

(1) Avechuchos que se cazan con frecuencia sorprendiéndolos durante el sueño.

ces el otro circasiano, creyendo muerto á su compatriota, se tiró de un salto al vencedor, y en menos que se dice le cortó la cabeza..... Luego le vimos brincar de alegría..... con aquella cabeza entre las manos. Le miramos helados de terror. Salió de su garganta un grito ronco y salvaje, sacudió aquella cabeza, la blandió y la lanzó al través del espacio..... Y la cabeza voló desde lo alto del cantil por encima de los árboles. Todos nos quedamos silenciosos, más muertos que vivos. De repente se oyó una zambullida al pie del peñón: era la cabeza que caía al mar.....

El soldado que seguía á su jefe á distancia no pasó adelante; sobrecogido de espanto tiró el fusil, se tapó la cara con las manos y huyó. No le perseguimos. «¡Sálvate, y que Dios te guarde!» El pobre muchacho iba á encontrarse solo ahora en el puesto, porque de 20 hombres que eran, 13 habían ido á buscar provisiones á la provincia de Amur y no habían vuelto todavía á causa del viento, y los otros seis..... los habíamos matado nosotros..... En fin, todo estaba terminado, ya se hallaba conjurado el peligro, y sin embargo teníamos miedo...., no llegábamos á recobrar la posesión de nosotros mismos; nos mirábamos unos á otros con asombro, como preguntándonos: «¿Qué ha sucedido? ¿Es sueño? ¿Es realidad?» Pero de pronto oímos gemir la voz de Buran cerca del sitio en que estuvimos acostados. Es que el primer tiro que se disparó había herido al pobre hombre. La bala no le había matado inmediatamente; el viejo tuvo que padecer aún durante algunas horas. Con todo, la muerte no se hizo esperar mucho, y aún no había desaparecido el sol tras el horizonte cuando el infeliz Buran entregaba el alma. No podría decir á usted lo que nos afectaron sus últimos momentos. Estaba medio echado debajo de un cedro, con la mano en el pecho y los ojos llenos de lágrimas. Me hizo señas para que me acercase.

—¿Quieres mandar á los chicos que abran una fosa? De todas maneras no podéis embarcaros ahora mismo; tenéis que aguardar á la noche, porque no podéis exponeros á tropezar

enmedio del estrecho con los soldados. ¡Con que enterradme, por amor de Dios!

—Pero ¿qué estás diciendo ahí, abuelo? ¿Se cavan fosas para los vivos? Vamos á pasarte á la otra orilla, á la provincia de Amur, y allí te llevaremos en brazos. ¡Dios te conserve!

—No, hijo mío—respondió el viejo;—nadie puede librarse de su destino, y el mío claramente es morir en esta isla. ¡Cómo ha de ser! Ya me lo daba el corazón..... Me he pasado la vida con el ansia de huir de Siberia, de llegar á Rusia..... Ahora sería feliz si pudiese morir al menos en el suelo de Siberia y no en esta maldita isla!

Miré á Buran con asombro: no era ya el mismo; hablaba juiciosamente, en plena lucidez, con la mirada despejada, y sólo con voz un poco débil. Nos reunió á todos en torno suyo y empezó á darnos consejos.

—Hijos míos; oid lo que voy á deciros y retenedlo bien. Ahora vais á recorrer la Siberia solos, porque yo me quedaré aquí. Es una situación muy peligrosa la vuestra, sobre todo á causa de la muerte de Saltanoff. La noticia va á correr á todas partes, no sólo á Irkutsk, sino hasta Rusia. Estarán en acecho en Nicolaievsk. Así, que mucho cuidado, hijos míos; tened prudencia; aguantad si es menester el hambre y el frío, pero alejaos cuanto podais de los pueblos, y sobre todo de las ciudades. De los guiliacos y de los goldos no tenéis nada que temer; no son peligrosos. Y ahora, acordaos bien de lo que voy á deciros, porque voy á hablaros de vuestro camino por la provincia de Amur. Antes de llegar á la ciudad de Nikolaievsk encontraréis una granja. El hombre que hay allí, uno de los dependientes del negociante Tarjanoff, es de toda nuestra confianza, y os diré por qué. Estaba en relaciones comerciales con los guiliacos de Sajalín, y una vez, atravasando las montañas, perdió el camino y se extravió. Precisamente entonces andaba torcido con los guiliacos; ellos aprovecharon la ocasión para vengarse, y habiéndole sorprendido en un ba-

rranco por poco le matan. Fue su suerte que en aquel mismo momento nosotros, escapados de Sajalin, llegábamos á aquel barranco..... (era entonces mi primera evasión de la isla). Oímos lamentos; la voz nos pareció de un compatriota; acudimos y arrancamos al infeliz de manos de los guiliacos. El dependiente de Tarjanoff no ha olvidado nunca aquel beneficio: «¡Hasta la tumba protegeré á esos buenos muchachos de Sajalin que me salvaron la vida!» Y, en efecto, desde aquella fecha los nuestros encuentran siempre en él ayuda y protección. Si tenéis la suerte de hallarle, os socorrerá de toda clase de modos.

Luego el viejo nos indicó los caminos, nos dió sus últimas instrucciones y terminó así:

—Y ahora, hijos míos, no hay tiempo que perder. Vassily, haz que abran aquí mi última morada, porque me agrada el sitio. Siquiera oiré el ruído del viento que viene de Amur y el golpeo de las olas arrullará mi sueño eterno. No tardéis, hijos; basta de vacilaciones. ¡Manos á la obra corriendo!

Obedecimos.

El viejo seguía allí recostado en un cedro. Nosotros, al lado, abríamos su tumba..... la abríamos con nuestros cuchillos. Terminada la triste faena, rezamos; Buran no hablaba ya; no hacía más que llorar á lágrima viva, sacudiendo la cabeza. Espiró el pobre al ponerse el sol. Cuando bajaron á la tierra las sombras de la noche, estaba cumplida la última voluntad de nuestro compañero. Todo había concluído, y allanada la tierra ni siquiera se conocía el lugar en donde reposaba al fin el viejo brodiaga. Cuando volvimos á las canoas había cerrado completamente la noche y subía la luna. Entonces todos, de pie, nos descubrimos en señal de respeto. Dejamos atrás la isla de Sajalin, cuyas montañas aparecían como sombras gigantescas. Cerca de la orilla, en lo alto de un peñón, se erguía el árbol bajo el cual dormía Buran su último sueño.....

VII

Abordamos por fin á la otra orilla, á la provincia de Amur. Tuvimos la desagradable sorpresa de ver que lo de Saltanoff andaba ya de boca en boca. Sobre todo los guiliacos, que andan siempre á caza de noticias, eran los que más hablaban del caso. Encontramos algunos pescando á orillas del mar, y, al pasar junto á ellos, cogimos retazos de frases: «La cabeza de Saltanoff»... «El agua»... y como ellos mismos no echaban muy de menos al comandante, se reían y disfrutaban con todos aquellos pormenores. «¡Sí, reíos, ralea del demonio! A vosotros, ¿qué os importa? A vosotros no os va á pasar nada por eso. Pero á nosotros no nos da risa, porque esa cabeza puede hacer caer todas las nuestras...»

Aquellos hombres nos dieron pescado, y con él, y después de informarnos del camino que debíamos seguir, continuamos nuestra marcha.

Nos parecía andar sobre ascuas: tal miedo nos daba cada ruido. Evitábamos toda vivienda, y en cuanto divisábamos un ruso, nos escondíamos en la taiga y hacíamos desaparecer nuestras huellas. ¿Qué hubiera sido de otro modo? De día descansábamos en el bosque; pero caminábamos la noche entera.

Una mañana, antes de amanecer, vimos enmedio del bosque una granja cuyos edificios eran nuevos y estaban rodeados de una cerca con una puerta cochera herméticamente cerrada. A juzgar por nuestros informes, debía ser la granja de que nos habló Buran. Nos aproximamos y llamamos tímidamente. Inmediatamente brilló una luz.

—¿Quién es?—nos preguntaron.

—¡Brodiagas! Traemos un saludo de parte de Buran para Stajey Mitrich.

Ese Stajey Mitrich, el dependiente mayor de Tarjanoff,

estaba ausente en aquel momento; pero había dejado á su segundo la orden de que, si pasaban fugitivos de Sajalin, diese á cada uno cinco rublos, un par de botas, un abrigo, ropa blanca y provisiones á discreción. «Habrán de ir satisfechos —había ordenado—sea el que quiera su número. Reunes á los obreros para que sean testigos de lo que des. No necesitas más asiento, ni más nada.»

En la granja se sabía ya la muerte de Saltanoff; de modo que el dependiente no parecía muy tranquilo.

—¡Ah, amigos!—dijo.—¿No sois vosotros los que habéis matado á Saltanoff? ¡Mal negocio!

—¡Sea quien sea, poco le importa! Lo que importa por el momento es que nos dé algún socorro. Tenemos que saludar á Stajey Mitrich de parte de Buran.

—Y Buran, ¿está otra vez preso en la isla?

—Sí; allí está preso y *le desea á usted una larga vida.*

—Entonces, ¡que Dios acoja su alma!... Era un buen brodiaga, de honrados principios, aunque extraviado. Todavía se acuerda de él Stajey-Mitrich, y no hay duda que pondrá su nombre en su oración por los muertos. Pero, ¿cuál era su nombre? ¿No le sabéis vosotros?

—No. Buran, y nada más que Buran; así le llamábamos siempre. Yo creo que él mismo había olvidado su verdadero nombre. Y á la verdad, ¿de qué le hubiese servido á un brodiaga?

—Esa es la cosa precisamente. ¿Qué vida es la vuestra? Si un sacerdote quisiese rezar por vosotros, no sabría siquiera vuestro nombre. Ese viejo tendrá también en su país parientes de alguna clase, hermanos, hijos quizá...

—Claro que sí. Aunque fuese brodiaga y no llevase ya su nombre de cristiano, no había dejado de nacer de una mujer, como todo el mundo.

—¡Oh! ¡qué amarga es vuestra vida!

—Sí: ¡nada hay más amargo! ¡Vivir de limosna, vestirse de harapos, morir sin sepultura! ¡Y así es! ¡Un brodiaga no

tiene siempre un pedazo de tierra donde reposar! Muchas veces muere enmedio del desierto. Entonces le devora una fiera ó le desgarra la carne un ave de rapiña, y los lobos roen los huesos dispersos. ¿No es horrible?

Estas palabras nos entristecieron á todos. Aunque esas exclamaciones patéticas tuviesen por principal objeto enternecer al dependiente (es sabido que, cuanto más se lamenta uno delante de un siberiano, más recibe de él), de sobra nos constaba á nosotros que aquello era muy verdad. Qué diferencia entre este hombre y nosotros, pensábamos. Pronto le entrará el sueño; bostezará, se santiguará y se acostará tranquilamente; no tiene frío, ni hambre, ni teme á nadie... mientras que nosotros habremos de vagar por la taiga en esta noche obscura y escondernos al primer canto del gallo, como malos espíritus ante todo buen cristiano.

—En fin, vamos á ver. Ya va siendo hora de que yo me acueste. Por mi parte, doy 20 copeks á cada uno de vosotros; recibiréis, además, todo lo que la casa acostumbra repartir. Después, ¡en marcha, queridos, y que Dios os guíe! No quiero despertar á todos los obreros; tengo tres que son seguros, y me bastará con su testimonio. Me temería algo malo, si hiciese otra cosa. De todos modos, guardáos mucho de pasar por la ciudad de Nikolaievsk. He estado allí el otro día. El ispravnik (1) de ahora es hombre de una energía y de una actividad extraordinarias. Ha dado orden formal de detener á todo extraño, sea quien sea: «detendré á las picazas al vuelo, á las liebres enmedio de sus brincos, á las alimañas en su carrera; pero acabaré por echar mano á los fugitivos de Sajalin.» Eso dijo el hombre. De modo que vuestra salvación está en sortear la ciudad; lo que es entrar en ella, no lo hagáis por nada de este mundo.

Nos dió, pues, lo prometido, con la añadidura de algún pescado y de 20 copeks por cabeza como donativo personal;

(1) Comisario de policía de distrito.

luego, alzando los ojos, se santiguó y entró en la granja, cerrando la puerta. Los siberianos apagaron la lumbre y volvieron á acostarse.

Aún faltaba mucho para amanecer. Reanudamos nuestra marcha nocturna, con el corazón oprimido por una angustia rara é inexpresable.

¡Ah, sí! ¡es inexpresable, pero terrible, la angustia del brodiaga! ¡La noche está obscura, la taiga muerta... la lluvia os cala hasta los huesos, el viento os seca... y en el mundo entero no hay un rincón, un asilo donde pueda reposar un instante!

Constantemente se suspira por volver al país natal... pero, apenas habéis llegado á él, cuando hasta los perros barruntan el brodiaga... ¡Si es las autoridades, no hay miedo que se equivoquen! Y bien lo demuestran. No se ha empezado á saborear un momento de libertad en el país, cuando se ve uno cogido de nuevo y restituído á la prisión.

Y la verdad es que á veces, al lado de esa vida errante, de esa vida de parias, la prisión parece una especie de oasis, un paraíso con que se sueña. Aquella noche precisamente, cuando andábamos por aquellos caminos tan largos y difíciles, exclamó Wolodka de pronto:

—Chicos, ¿qué harán los nuestros ahora?

—¿Cómo los nuestros?

—Pues los de Sajalin, cuartel núm. 7. Seguro que á estas horas duermen muy tranquilos, mientras nosotros andamos rodando por aquí... Realmente, más nos hubiera valido no tomar el pendingue.

Reprendí á aquel hombre:

—¡Dejémonos de lloriqueos mujeriles! Hubieras hecho mejor en quedarte allá, puesto que tienes tan pocos alientos... Eso aparte de que tus lamentaciones desaniman á los demás.

Para ser franco, esas palabras me sumían á mí mismo en amargas reflexiones.

Estábamos rendidos, y tal era nuestra fatiga, que dormi-

tábamos andando. Eso les pasa á menudo á los brodiagas. En cuanto yo me dormía, empezaba á soñar con el cuartel. Volvía á ver el muro blanco de la prisión, iluminado por la luna, y, detrás de las rejas, los tablados en que descansaban los infelices presos. Me veía á mí mismo, acostado también, estirando los miembros doloridos; pero ese movimiento, que hacía yo realmente, bastaba para despertarme, y, ¡adiós mi sueño!

Pero los sueños más penosos eran aquellos en que volvía á ver á mis padres. Entonces, ni prisión, ni Sajalin, ni puestos de vigilancia, nada de eso existía. Estoy allá, en la casita paterna; mi madre se halla junto á mí, peinándome y acariciándome el pelo. En la mesa hay una bujía, y cerca está sentado mi padre, calados los anteojos, leyendo gravemente un libro viejo..... Es lector de iglesia..... Mi madre tararea quedito una canción..... ¡Ah! Un puñal clavado en el corazón me hubiera hecho menos daño que despertar de tal sueño. En vez de la casa paterna, un sendero escondido en las entrañas de la taiga. Makaroff va delante, y todos le seguimos en fila. De cuando en cuando se levanta un viento ligero, mueve las ramas y calma enseguida. Allá abajo, al través de los árboles, se vislumbra la línea azulada del mar, y sobre ella clarea un trozo de cielo: es el alba que nace. Nos avisa que el día se acerca, y que debemos pensar en escondernos en alguna quebrada.

¡Y ese mar, cosa extraña, que no se calla nunca! Usted lo habrá advertido, sin duda: parece contar alguna historia, ó entonar una canción, ó murmurar..... no sé qué, que no se entiende, pero que se oye. Por eso, acaso, soñaba yo sin cesar con canciones oídas en otro tiempo..... El mar nos pone tristes á nosotros los brodiagas, porque no estamos acostumbrados á su extraño lenguaje.

Nos acercábamos á Nikolaievsk. Las alquerías iban siendo menos raras para nosotros; el peligro, más grande. Avanzábamos, á pesar de todo, como Dios nos daba á entender, aun-

que siempre muy despacio. De noche seguíamos nuestro camino; pero, en cuanto rayaba el alba, nos apresurábamos á meternos en cualquier escondrijo donde no hubiese penetrado, no ya un ser humano, pero ni un avechucho, ni una alimaña.

Hubiera sido cuerdo rodear á gran distancia la ciudad de Nikolaievsk; pero nos pesaba la soledad; no podíamos ya con tanto desierto. Además, habíamos agotado los víveres. Por todo eso, una tarde nos acercamos á un río. Algunos hombres se entretenían á la orilla en pescar con red. Comprendimos enseguida que esos pescadores eran forzados «libres» (1), y nos llegamos á ellos sin recelo.

—Buenas tardes, señores—dijimos.

—Buenas tardes—respondieron.—¿Vienen de lejos?

Y se trabó conversación. De pronto el starosta empezó á mirarnos fijamente, y, llevándome aparte, me dijo:

—¿No sois por casualidad de la isla de Sajalin, señores viajeros? ¿Sois, quizá, los que habéis dado cuenta del famoso Saltanoff?

No me atreví á decirle la verdad, lo confieso, á pesar de ser de los nuestros; pero en semejantes casos desconfía uno hasta de los suyos. Y á esto hay que añadir que el forzado libre no es ya como el de la comunidad; sus intereses han dejado de ser los mismos. Por ganar el favor de las autoridades, puede delatarnos sin recelo: ¡es libre! En la prisión, donde todos los espías nos son conocidos, no se atrevería á hacerlo, porque no tardaríamos en descubrirle y castigarle.

El starosta notó mi perplejidad, y continuó:

—No temais nada: yo nunca he denunciado á ninguno de los nuestros. Además, damos de barato que no habéis sido vosotros, y no hay más que decir. Pero no os extrañéis: corre por la ciudad el rumor de que ya se ha hecho una sonada en Sajalin, y os veo aquí, á todos los once. Naturalmente, tengo

(1) Forzados que han cumplido su condena, pero que siguen sometidos á un reglamento especial.—*N. del T.*

sospechas..... ¡Ah, amigos! ¡Qué mal negocio! Una verdadera desgracia, porque ello es grave de suyo, y nuestro ispravnik es un zorro de los más largos. Pero, en fin, eso es cuenta vuestra. Si lograis pasar sin que os descubran, tanto mejor para vosotros. Por nuestra parte, podemos ofreceros todas las provisiones que nos queden de nuestra comunidad, puesto que nosotros regresamos esta misma noche. Tened: ahí va todo el pan que hay; además vamos á daros pescado. ¿No os hace falta un caldero?

—Bueno—dije.—Un caldero más no estará de sobra.

—Pues tomadle. Además, á la caída de la noche procuraré traeros alguna otra cosa de la ciudad. ¡Uno tiene que ayudar á los suyos!

Esas palabras bondadosas nos hicieron bien; sentimos algún alivio. Me quité el sombrero, y saludé al excelente hombre en señal de gratitud; los compañeros hicieron otro tanto. Ya era mucho habernos dado pesca; pero lo que nos hacía bien, sobre todo, eran aquellas palabras afables. Así, nosotros, acostumbrados á esconderos, á huir de los hombres, encontrábamos uno que se compadecía de nosotros. Unos nos buscaban para darnos la muerte; éste nos ayudaba á vivir.

¡Pero esa satisfacción estuvo á punto de costarnos bien cara!

Después de marcharse los forzados libres, nuestra gente sintió una alegría insólita. Hasta Wolodka saltaba y bailaba de placer. Todos, en fin, olvidamos durante un momento los temores que nos asaltaban sin cesar. Entonces nos fuimos, cerca del río, á un valle llamado Dicmann, en recuerdo del alemán que hizo construir allí sus embarcaciones, y encendimos una buena hoguera, donde colocamos los dos calderos: uno para el te, y otro para la sopa de pescado.

La tarde empezaba ya á declinar; á poco se puso muy obscuro y empezó á caer una lluvia menuda. Pero, como estábamos alrededor del fuego, esperando tomar el te, no hicimos caso de la lluvia. Parece que estoy viendo aún aquel cuadro:

todos sentados en torno de la hoguera, conversando tranquilamente, como santitos en el regazo de Dios.

¡Y cosa increíble, que prueba hasta qué punto solemos llevar nuestro descuido los forzados: no nos pasaba por las mientes que desde la ciudad, cuyas luces percibíamos, se debía ver por fuerza nuestro fuego! En nuestras marchas por la taiga ó los montes, nos alarmaba el menor ruido, y ahora hacíamos una fogata enfrentito de la ciudad, y nos calentábamos con todo sosiego, departiendo tranquilamente, como si todo marchase á maravilla en el mejor de los mundos.

Por dicha nuestra, vivía allí á la sazón un antiguo funcionario, excelador de la cárcel de N. Todos los presos que llenaban esa cárcel han conservado un buen recuerdo de ese viejo; y ha habido muchos, porque la cárcel es muy grande. Se llamaba Samaroff, y era conocido en toda Siberia. Y yo mismo, al saber recientemente que había muerto hace dos años, he ido expresamente en busca del pope (1) y le he dado 50 copeks para que dijese una misa por el descanso de su alma. ¡Era un corazón excelente aquel viejo! ¡Que Dios le tenga en su santa paz! Todo se le iba en reñir y echar pestes por la boca..... ¡Es inaudito lo que nos reñía! Se desgañitaba, montaba en cólera, daba patadas en el suelo, apretaba los puños, y, sin embargo, nadie tenía miedo de él..... Jamás se le guardaba rencor, por supuesto, porque, en resumidas cuentas, era un hombre justo. Nunca vejaba á los presos, nunca los atormentaba, nunca trataba de apropiarse su dinero, salvo, naturalmente, el que la comunidad le daba de buena voluntad en recompensa de sus buenos servicios.

Hay que decir también que los presos, individualmente, no olvidaban tampoco al viejo, cargado de numerosa familia.

Reunió así una fortunita bastante redonda.

En la época á que me refiero, ese excelador se había jubilado, y vivía tranquilamente en su casita, en Nikolaievsk.

(1) Sacerdote.—*N. del T.*

Como en lo antiguo, seguía en buenas relaciones con los nuestros, con los que habían extinguido su condena.

Quiso la suerte que en el momento en que nosotros descansábamos tan á gusto en el valle al amor de la lumbre, Samaroff estuviese sentado á la puerta de su casa, fumando su pipa. De repente ve aquellas llamas en el valle de Dickmann.

—¿Pues quién ha podido encender esa hoguera?—se pregunta.

Llama entonces á dos forzados libres que acertaron á pasar por allí.

Les interroga:

—¿Dónde pescan hoy vuestros compañeros? ¿Sería en el valle de Dickmann?

—No—responden.—Debe ser un poco más lejos. Además, han debido volverse esta misma noche.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Y veis aquella hoguera allá, al otro lado del río?

—Sí; la vemos.

—Pero ¿quién ha podido encenderla? ¿Qué os parece á vosotros?

—No sabemos nada, Stepan Savelievich; algunos caminantes probablemente.

—Caminantes decís..... ¡Es que no se os mueve el espíritu de pensar en vuestros compañeros, poltrones!.... ¡Siempre tengo que ser yo el que piense en todo el mundo! ¡Y eso que habéis oido lo que dijo anteayer el ispravnick hablando de los sajalineses!..... Se los ha visto muy cerca..... ¿Si fuesen esos imbéciles los que hubiesen encendido esa hoguera, eh? ¿Si fuesen ellos?....

—Es posible, Stepan Savelievich. Acaso sean ellos los que la han encendido.

—Pues si es así, han hecho su suerte; no habrá quien dé nada por su vida. ¡Vaya con los sandios!.... No estoy seguro de que el ispravnich esté en la ciudad..... Pero si no está ahora, estará dentro de poco; verá enseguida la hoguera, y man-

dará un destacamento para prenderlos. ¿Qué hacer?.... Porque el caso es que me dan lástima esos tunantes..... Van á perderse todos á causa de ese Saltanoff. Vamos, hijos, preparadme una canoa.....

Nosotros, entretanto, seguíamos sentados á nuestra hoguera, esperando que acabara de hacerse la sopa; ¡ya iba fecha desde que no entraba cosa caliente en nuestro cuerpo! La noche era obscura; venían del Océano espesos nubarrones; en el fondo del barranco y en la espesura de la taiga, seguía oyéndose el menudo goteo de la lluvia. Pero todo eso no servía sino para ensancharnos más el alma; para nosotros, los parias, una noche obscura es una madre protectora: cuanto más fosco se pone el cielo, más se alboroza nuestro corazón.

De repente vemos á nuestro tártaro pararse á oir; esos tártaros tienen oidos de tísico. Yo también me pongo á escuchar, y, en efecto, me parece que reman sordamente. Me acerco á la orilla..... no me engañaba. Sí, es una canoa que va siguiendo el ribazo. Se distinguen perfectamente los remeros, y el timonel con su reluciente escarapela en el gorro.

—Estamos perdidos—dije á los camaradas.—¡Es el ispravnik!

Todos se ponen en pie de un salto, tiran los calderos y huyen hacia la taiga.

Los detengo; doy la orden de no dispersarse, porque, me decía:—Hay que ver de qué se trata, y todos juntos podemos defendernos aún, particularmente si no son muchos.—En espera, nos escondimos detrás de los árboles.

Arriba la canoa, y saltan á tierra cinco hombres.

Uno de ellos se hecha á reir.

—¿A qué viene escaparse así, hatajo de imbéciles?—dijo. —No tardaréis en estar aquí todos; tengo un medio mágico para sacaros de vuestros escondrijos. ¡Vaya unos valientes que salen huidos como liebres!

A mi lado, detrás de un cedro, estaba Daryine.

—¡Calle, Vassily!—dijo.—¡Qué raro! Me parece que conozco yo la voz del ispravnik.

—Cállate—respondí.—Vamos á ver en qué para todo esto. No son muchos.

Entonces uno de los remeros, adelantándose, preguntó:

—¡Eh! ¡no tengáis miedo!.... ¿Hay entre vosotros alguno que conozca á un preso de nuestra cárcel?

Ninguna respuesta. Apenas respirábamos.

—Pero ¿qué es lo que os ha dado, demonios?—gritó.—Acabad de decir si conocéis á alguno de la cárcel; puede que entonces nos reconozcáis á nosotros,

Yo respondí:

—Poco importa que conozcamos ó no. De todas maneras, más nos hubiera valido á todos no encontrarnos, porque no nos entregaremos vivos.

Con estas palabras advertía á los compañeros que estuviesen preparados. Ellos no pasaban de cinco; de modo que nosotros éramos los más fuertes. Lo malo, me decía, es que van á disparar tiros de revólver que se oirán desde la población. Pero, en fin, puesto que de todas maneras estamos perdidos, no nos rendiremos sin combatir.

El viejo volvió á tomar la palabra:

—Vamos, hijos, ¿será posible que ninguno de vosotros reconozca á Samaroff?

Daryine me dió otra vez con el codo.

—Verdad—dijo;—debe ser el celador de N.

Y alzando la voz preguntó:

—¿Se acuerda usted de un tal Daryine?

—Vaya si me acuerdo; era uno de mis starostas en N. Se llamaba Theodot, si no me engaño.

—¡El mismo, señor! Salid, compañeros, es nuestro padre.

Todos nos presentamos.

—¿Y qué? ¿Ha venido usted aquí para detenernos? Pero suponemos que no.

—¡Ah! ¡Qué bobos sois! ¡Es que os he tenido lástima, im-

béciles! Pero ¿en qué estábais pensando, más que idiotas, para hacer una fogata frente por frente de la población?

—Estábamos calados hasta los huesos; como llovía.....

—*¡Llovía!* ¡Y á esto se llama brodiagas! ¡Sin duda que os habría matado la lluvia! Suerte habéis tenido, y por dos lados: porque me ha dado á mí el capricho de fumar la pipa á la puerta y porque no ha vuelto aún el ispravnik. Si hubiese vuelto y ve vuestra hoguera, él sí que os hubiera puesto á secar enseguidita. ¡Vaya, vaya con los niños! A lo que veo, no os habéis despabilado todavía, á pesar de haber hecho lo de Saltanoff. ¡Canallas! ¡Vamos! ¡A apagar ese fuego y á meterse en el valle más aprisa que á paso, y lejos, lejos! ¡Allá podéis encender todas las hogueras que querais! ¡Canallas!

Y el viejo seguía despotricando y daba suelta á su provisión inagotable de pestes. Nosotros reíamos so capa. Por fin nos dijo, más tranquilo:

—Ahora, ¿sabéis? allá en la canoa hay pan y te, que os he traído. ¡No vayais á llevar un mal recuerdo de Samaroff! Y si Dios quiere sacaros del mal paso en que estais, si uno de vosotros se encuentra alguna vez en Tobolsk..... que vaya á la catedral y ponga una vela á mi santo patrón. En cuanto á mí, bien lo veo, está escrito que moriré en este país; la fortuna de mi mujer, la casa que me ha traído en dote y que habitamos, todo eso me ha hecho echar raíces aquí..... Y luego, ya soy viejo. Pero eso no quita para que yo también me acuerde de la tierra en que nací. Y ahora ¡adiós! ¡Ah! otro consejo para acabar: dividíos en grupos pequeños. ¿Cuántos sois ahora?

—Somos once.

—¡Once! ¡Once!..... ¡Cómo no decir, después de eso, que os falta un sentido! ¡Si deben conoceros ya en Irkutsk! ¡Y seguís yendo así, en masa, tan campantes y satisfechos!

Después de esta última amonestación, el viejo volvió á su canoa y se fué. Nosotros nos internamos en el valle. Allí hicimos el té y la sopa; luego repartimos las vituallas y nos separamos, tomando el consejo del viejo. A mí me tocó de

compañero Daryine; Makaroff se fue con los circasianos; el tártaro se unió á otros dos brodiagas, y los tres restantes formaron el cuarto grupo. Después no hemos vuelto á vernos. No sé si se han muerto ó viven. En cuanto al tártaro, he oído decir que volvieron á cogerle y á mandarle á Sajalin, pero no estoy seguro de ello.

Aquella misma noche, antes de que empezase á apuntar el día, Daryine y yo atravesamos furtivamente la ciudad de Nikolaievsk. No encontramos á nadie. Sólo oímos un perro que se puso á ladrar en una casa de labor.

Al salir el sol habiamos andado ya unas diez vertas por la taiga y volvíamos á costear la carretera, cuando de repente oímos un campanilleo que se acercaba. Nos escondimos detrás de una espesura y miramos: vimos pasar entonces una silla de postas con tres caballos, y en el fondo de ella al ispravnik, que dormía como un bendito envuelto en su capote.

Daryine y yo nos persignamos. ¡Loado sea Dios! No estaba en la ciudad ayer noche; nos buscaba, nos perseguía, y su ausencia nos ha salvado.

VIII

Mi fuego se apagaba; la yurta estaba tan caliente como un horno. El hielo de las ventanas empezaba á derretirse, señal de que la temperatura de fuera era menos baja, porque durante los fríos muy intensos no se funde nunca, ni en el exterior ni en el interior, por mucho calor que haga en las habitaciones. Cesamos, pues, de echar leña á la chimenea, y yo salí para cerrar el tubo.

En efecto: la niebla había desaparecido ahora completamente; la atmósfera estaba más diáfana y templada. Por el Norte, tras la masa negra de los bosques que coronan las colinas, corrían rápidamente por el cielo blanquecinas nubes proyectando débiles claridades; y enmedio de la noche profunda

y fría, esos torbellinos de vapor parecían salir de un pecho enorme: hubiérase dicho que pasaban silenciosos suspiros inmensos del uno al otro confín del horizonte para ir á extinguirse suavemente en el obscuro azul del cielo. Era una aurora boreal cuyos débiles resplandores jugueteaban en el firmamento.

Cediendo á un encanto singular y triste, permanecía yo en el techo, siguiendo, abstraído, aquellos reflejos de oro pálido que iluminaban el horizonte. La noche reinaba á la sazón como soberana en toda su fría y melancólica belleza. Arriba, en la bóveda celeste, centelleaban las estrellas; abajo se dilataba una llanura de nieve, inmensa sábana blanca y lisa; sobre esa blancura destacábase la negra cresta de la taiga, y en el confín del horizonte se dibujaba el agudo perfil de los montes azulados. Y todo ese cuadro, impregnado de frío y silencio, inundaba el alma de una dulce tristeza. Me parecía que una voz, entrecortada por sollozos, recorría el espacio repitiendo estas palabras terribles: «¡Lejos, lejos de todo lo que amaste!»

Cuando entré en la yurta, dormía el brodiaga: se oía distintamente su respiración igual.

Yo también me acosté; pero, bajo la impresión del relato que acababa de oir, no pude dormir en mucho tiempo. A veces el sueño parecía invadir mi cabeza ardorosa, pero entonces, como si lo hicieran de intento, el brodiaga se rebullía en su banco, murmurando palabras ininteligibles. Aquellos sonidos agitados y confusos que salían de su pecho alejaban en seguida el ligero sueño que se había apoderado de mí. Me incorporaba, y volvía á recorrer en imaginación, unas tras otras, las escenas de la odisea que acababa de escuchar. En fin, si me adormecía, creía oir á mis pies el susurro de los pinos y de los cedros; me veía en lo alto de un peñasco mirando las casetas blancas de los cordones de tropa en el fondo de una hondonada, y entre aquellos muros blancos y mis ojos se cernía blandamente en el vacío un águila de alas gigantescas.

Y mi sueño me trasportaba más lejos cada vez de aquella yurta donde reinaba una obscuridad desesperante. Me sentía circundado por un soplo de viento que aspiraba libremente; zumbaba en mis oídos el rumor sordo y confuso del Océano; el sol se ocultaba; bajaban á la tierra reflejos azulados de crepúsculo, y mi lancha se columpiaba blandamente sobre las ondas.

¡Es que aquel brodiaga me había trastornado completamente con su narración! Yo me imaginaba el efecto que debía producir aquella epopeya, contada á los forzados entre las cuatro paredes de una prisión ahogada y cerrada á piedra y lodo. Y me preguntaba por qué el relato se grababa tan profundamente en mi espíritu. No era por las dificultades de los caminos que habían recorrido, ni por lo que tuvieron que sufrir, ni aun por la angustia constante é indeciblemente cruel que llena el alma de un brodiaga. No, no. Era por la extraña poesía que se asocia á esta palabra: libertad! Esa fuerza atractiva, ese soplo poderoso, esa aspiración hacia el mar, hacia la taiga, hacia las estepas, eran lo que hacía latir tan violentamente mi corazón; y si á mí, que no albergaba ya esperanzas, podía seducirme aún esa libertad, ¡qué incentivo no debía tener para el brodiaga que había paladeado ya la envenenada copa del deseo insaciable!

El brodiaga seguía durmiendo; á mí mis pensamientos no me dejaban ningún reposo. Yo olvidaba completamente las circunstancias que habían conducido á Vassily á la cárcel y al destierro, lo que había padecido y las faltas que cometió al dejar de obedecer á sus padres. No veía en él más que un joven lleno de vida y de energía cuya pasión era la libertad, y que buscaba su camino para lanzarse..... ¿á dónde?

—Sí; ¿á dónde?

En las palabras confusas que murmuraba el brodiaga, me parecía oir no sé qué quejas vagas, indefinidas. Me adormecí bajo la impresión de ese enigma indescifrable, y siguieron asediándome sueños sombríos. El sol se había puesto ya. Yo

veía la tierra ingente, infinita, melancólica y triste, sumergida por entero en una atmósfera de pensamientos dolorosos. Denso y silencioso nublado se cernía en el cielo... Sólo el horizonte se iluminaba con los débiles rayos del crepúsculo. Allá, en cierto punto, á lo lejos, al pie de las montañas azuladas y vaporosas, brillaba una lucecita... ¿Qué es? ¿La llama del hogar paterno, tanto tiempo hace abandonado, ó un fuego fatuo sobre la tumba ignorada que me espera?

Era ya muy tarde cuando me dormí.

IX

Al despertarme, los rayos oblicuos del sol, atravesando el hielo de la ventana, retozaban en el suelo de la yurta. Serían alrededor de las once. El brodiaga no estaba ya.

Tenía que ir á mis cosas á la sloboda. Enganché, pues, mi caballo á un trineito, y salí de casa tomando la larga calle del pueblo. El día era despejado y relativamente templado; teníamos unos 20 grados Réaumur; pero... todo es relativo en este mundo, y lo que se llama en todos lados el punto culminante del invierno, se miraba aquí como el primer soplo de la cercana primavera.

Las bocanadas de humo, que salían á la vez de todas las yurtas de la sloboda, no subían ya hacia el cielo en forma de columnas rígidas, derechas é inmóviles, como acontece durante los grandes fríos, sino que se inclinaban hacia el Oeste. Del Océano Pacífico soplaba un viento Este que traía calor.

Casi la mitad de la sloboda está habitada por tártaros desterrados; como aquel día era su fiesta, la calle estaba bastante animada. A cada instante rechinaba sobre sus goznes una puerta cochera, y se veía salir un trineo ó caballos de silla sobre los cuales se tambaleaban jinetes medio beodos. El hecho es que esos discípulos de Mahoma tienen la memoria algo flaca para las prohibiciones del Corán. Así se explicaban las

eses caprichosas que describían jinetes y peatones por las calles de la sloboda.

A veces un caballo asustadizo se echaba á un lado bruscamente, el trineo daba la vuelta, el caballo se escapaba á todo el correr de sus piernas, y el dueño, sin soltar las bridas, bregaba en el suelo, de bruces en la nieve, levando en torno suyo una verdadera nube de polvo blanco.

No poder contener el caballo y rodar del trineo, es cosa que puede sucederle á cualquiera cuando está «alegre». Pero sería un bochorno para un buen tártaro soltar las riendas, por apurado que sea el trance.

Ahora la calle, recta como una I, empieza á animarse y á agitarse de una manera particular. Los jinetes se dirigen hacia los setos; los peatones se colocan en fila; las mujeres tártaras, con sus «chadras», muy adornadas y puestas de mil colores, mandan á los niños á las casas respectivas. De todas las yurtas salen curiosos, y todas las miradas se dirigen hacia el mismo punto.

Al extremo de la larga calle aparece un pequeño grupo de jinetes. Es que van á celebrarse las carreras, el espectáculo que apasiona á los yacutas lo mismo que á los tártaros. Formaban el grupo unos cinco jinetes que volaban como el viento. Cuando pasó cerca de mí la cabalgata ví delante el caballo rodado en que Baghylai había ido á mi casa la víspera. A cada salto ganaba terreno, é iba agrandándose continuamente la distancia que mediaba entre él y los otros caballos que dejaba atrás. Pasaban todos como un huracán, y el suelo temblaba á su paso.

Los ojos de los tártaros, excitados, relucían casi siniestramente. Todos aquellos *gentlemen-riders* agitaban brazos y piernas y se desgañitaban á gritos, casi tumbados de espaldas sobre el lomo de sus monturas. Sólo Vassily montaba «á la rusa», inclinado hacia el cuello del animal, lanzando á ratos gritos estridentes, secos y cortantes como latigazos; su caballo, rasando el suelo con la panza, hendía el aire como un ave.

Las simpatías de la muchedumbre, como sucede siempre en tales casos, eran para el vencedor.

—¡Vaya un mozo!—exclamaban extasiados los espectadores; y los ladrones viejos de caballos, idólatras de todo sport, puestos en cuclillas, imitaban el galope y se golpeaban las rodillas, llevando el compás de las zancadas.

Vassily, que volvía con su caballo cubierto de espuma, se llegó á mí enmedio de la calle.

Sus rivales venían lentamente á distancia, corridos de vergüenza.

El semblante del brodiaga estaba pálido; sus ojos encendidos brillaban. Noté que estaba algo bebido.

—Andamos alegres—me gritó inclinándose sobre el caballo y agitando el gorro.

—Eso, allá usted—respondí.

—¡Ea, no te enfades!..... No hay peligro; yo puedo alegrarme; pero perder la cabeza con el vino, ¡jamás! Y sea dicho de pasada: no dés mis maletillas á nadie bajo ningún pretexto, ni aun á mí mismo si fuese á pedírtelas.

—¡Comprendido!—respondí fríamente;—pero le suplico que no se le ocurra ir á verme si está borracho.

—Corriente; puedes estar tranquilo—dijo el brodiaga sacudiendo las riendas sobre el cuello del caballo.

El animal resopló, se encabritó y echó á andar después de algunos botes. Vassily le detuvo, y volviendo otra vez hacia mí añadió:

—¡Qué caballo! ¡Es oro! Por eso había apostado yo. ¿Ha visto usted cómo corre? Ahora le venderé á los tártaros al precio que quiera. Porque los tártaros pierden el seso por un caballo hermoso.

—Pero, ¿por qué quiere usted venderle? ¿Qué caballo va usted á montar entonces?

—Le vendo, sí, como lo oye..... un conjunto de circunstancias.

Sacudió de nuevo las riendas, pero sin alejarse.

—La verdad es que acabo de encontrar aquí á uno de mis compañeros..... Ahora lo dejo todo. ¡Ea! ¡A vivir! Mira aquel tártaro de allá, el que está montado en un garañón con pintas..... ¡Eh, ¡tú!—gritó, llamando al tártaro, que estaba detrás de él.—¡Ajmetka! ¡Ven acá!

El caballo de piel pintada se adelantó hacia mi trineo con paso majestuoso y moviendo gallardamente la cabeza. El tártaro que le montaba se quitó el sombrero y me saludó, animando su astuto semblante con una alegre sonrisa. Yo le miré con curiosidad. Sus ojuelos brillaban gozosamente, fijándose en su interlocutor con una familiaridad picaresca, que parecía decir á todo el mundo: «Nosotros nos comprendemos el uno al otro. Yo soy seguramente un ratero, pero la cosa es ser ratero con maña, ¿no es verdad?»

Y mirando atentamente aquella cara de pómulos abultados, aquellas arrugas joviales en torno de los ojos, aquellas orejazas delgadas y aventadas que parecían mirar de un modo tan ridículo á cada lado de la cabeza, acababa uno por sonreir sin querer. Entonces Ajmetka, creyéndose comprendido, se daba por satisfecho, meneando la cabeza campechanamente, en señal de solidaridad de opiniones.

—Es un compañero—añadió, señalando á Vassily.—Habíamos hecho juntos el camino como brodiagas.

—¿Y ahora, dónde vives? Yo no me acuerdo de haberte visto hasta aquí en la sloboda.

—He venido en busca de mis papeles. Voy á las minas de oro, donde trafico en aguardiente (1).

Yo miré á Vassily. Bajó al pronto la cabeza, pero enseguida, recogiendo las riendas del caballo, volvió á alzarla atrevidamente con aire provocativo y miradas inflamadas.

---

(1) Es decir: iba á introducirle de una manera clandestina á cambio de oro, con exposición de que le condenaran á trabajos forzados, porque en las minas está prohibido ese comercio.—*N. del T.*

Apretaba los labios, pero el inferior temblaba de una manera visible.

—Me vuelvo á la taiga con él. ¿Qué tienes tú que mirarme así? ¡Soy un brodiàga, ea! ¡Sí: un brodiaga!

Pronunció estas últimas palabras en el momento en que su caballo salía á galope.

Un instante después no se oía ya más que un golpeo de cascos, que iba alejándose enmedio de una helada polvareda.

Un año después reapareció Ajmetka en la sloboda para recoger sus «papeles». Pero no se volvió á ver á Vassily.

Uladimiro Korolenko.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y

LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Ahora andamos todos muy preocupados con eso de nuestra regeneración. A juzgar por la fiebre regeneradora que nos ha cogido de la noche á la mañana, y por lo que *opportune et importune*, del último modo y á tontas y á locas casi siempre, se habla del asunto, pudiera creerse, y habrá muchísimos cándidos que crean que la cosa va de veras. Como tras de la tempestad suelen aparecer sobre la tierra, saltando y metiéndose por todas partes, verdaderas plagas de animalitos que no se sabe de dónde vienen ni á qué, que parece esperaban ansiosos aquella ocasión para salir de sus escondrijos, y que por su abundancia y aparición inesperada podría juzgarse que habían sido generados espontáneamente, por la fuerza del chaparrón, ó que habían caído de las nubes, así también, como incubados enmedio de la tempestad que nos ha estado azotando y moliendo los huesos por tanto tiempo, y cuyos resultados sabe Dios si podrán ser remediados algún día, ha brotado, al suspenderse aquélla, tal plaga de regeneradores, en tan enorme número, que casi no va á quedar nadie sobre quien ejercer semejante acción benéfica. Toda la baraja se va volviendo ases.

En la historia se conocen muchas epidemias sociales, y no ha sido la menos frecuente la de los pseudo-regeneradores de mil clases; esa epidemia nos ha tocado, por lo visto, á nosotros ahora. Todo el mundo se considera llamado á redimir, con su sacrificio, á este pecador pueblo, harto pecador, sí, y harto necesitado de algún Mesías que lo salve; y todos piensan que lo han de hacer tan á maravilla, que á los dos días de comenzada la obra se podrá ésta dar por concluída y estaremos tan remozados y transformados que no habrá nadie que nos conozca. El mote de «Turquía occidental», con que en otros países se conoce á España, ó no seguirá aplicándose, según los flamantes regeneradores ó si por el pronto no desaparece, como no desaparecen de súbito los hábitos muy arraigados, habrá de ser empleado inadecuadamente.

«¿Cree usted que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?» «Sí, padre; pero ya verá usted como no viene.» Muchísima falta nos hace esa regeneración, pero no tendremos la fortuna de conseguirla; si es que, so pretexto de conducirnos á ella, no se nos degrada todavía más de lo que estamos y se nos coloca en situación de que, no ya los turcos, sino los más salvajes de entre los salvajes se avergüencen de ser comparados con nosotros.

Porque los signos de capacidad de los futuros salvadores no son muy abonados. La característica de los hombres superiores, como debieran serlo aquéllos de que se trata, tiene que ser la previsión; no han de ser de los que no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena; deben, por el contrario, prevenirse contra los nublados en tiempo bonancible y estar continuamente averiguando las causas de futuras posibles tronadas para precaverse contra ellas y evitarlas. ¿Cuándo hemos reconocido nosotros los españoles, cuándo han reconocido nuestras clases llamadas «ilustradas», nuestros gobernantes, nuestros periodistas, nuestros escritores, nuestros abogados, nuestra magistratura, nuestro profesorado, etc., su inmensa inferioridad con respecto á los de otros países? ¿Cuándo han

visto y confesado nuestra vergonzosa postración, señalado el peligro que esto envolvía y clamado á gritos por que fuera conjurado, empleando á tiempo los adecuados medios? ¿No decían hace aún pocos meses que hemos sido siempre y seguíamos siendo el primer pueblo del mundo, el más admirable, aquel cuyos miembros se hallaban dotados de mejores condiciones, de mayor vitalidad y fuerza, el pueblo con el que ningún otro, ni antiguo ni moderno, podía resistir comparación? ¿No ha durado ese engreimiento y esas necias bravatas hasta ayer mismo, hasta ayer, cuya jornada nó debía en manera alguna haber sorprendido á los hombres de las clases que se dicen «directoras», si se hubieran hallado adornados de las cualidades que decían tener y debían haber tenido para ocupar la posición que ocupaban? Eso que se llama ahora «el desastre» no es más que un episodio, quizá de no gran significación, del mismo; pues hace muchísimo tiempo que estamos en pleno desastre, en catástrofe completa, no siendo lo que ahora se nombra tal sino el fruto maduro, que se cae ya por sí solo cuando le falta toda resistencia para mantenerse en pie. ¿Y quién, de todos esos que al presente claman y se conduelen tanto, de los que, como los imprevisores, como los niños, se echan las manos á la cabeza cuando ya no les alcanzan, quién de ellos había dado la voz de alarma sobre la situación deplorable en que nos encontrábamos, no ya de años, sino de lustros y aun de siglos atrás? ¿Quién había tenido la valentía y la sinceridad de reconocer que el juicio que de nosotros se tenía formado fuera de España era en general y sustancialmente verdadero (1), y rompiendo con todos los convenciona-

(1) Nuestra escasa ciencia, la parte con que vienen contribuyendo los españoles á la construcción del edificio de la misma, es por lo regular—y aparte muy pocas excepciones individuales—desconocida enteramente de los extranjeros; forma, por tanto, una corriente aparte, no incorporada al caudal de la ciencia moderna. Raros son los libros españoles que suelen verse citados en los trabajos científicos extranjeros, lo cual sucede

lismos ridículos y nocivos en que estamos viviendo, se había «desposado con la verdad» y exigido que se variara de rumbo, esto es, que nos hiciéramos merecedores de que tal juicio fuera rectificado? ¿No son los mismos que ahora confiesan nuestra inferioridad y pretenden ser los llamados á elevarnos y regenerarnos, los que han cooperado con todas sus fuerzas á producirla, los que no consentían que se nombrara á un militar sin calificarlo de «bravo y pundonoroso», á un profesor sin anteponerle lo de «docto», á un magistrado sin lo de «recto», á un abogado, un ministro, un empleado, sin lo de «ilustre y apto», á un comerciante sin que fuese «honrado», y así sucesivamente, á pesar de que con ello se sabía faltar á la verdad? ¿No son ellos los que han fomentado la hipocresía y la mentira que nos tienen consumidos y que han originado la dualidad antagónica, que todo lo penetra, trastornándolo, entre la vida real ó verdadera y la legal ó ficticia, y entre la moralidad pública y la privada, de suerte que al bribón y al canalla que cuida de no caer entre las redes del Código penal, y que por *fas* ó por *nefas* no ha podido llevársele ante los tribunales y condenarlo, hay forzosamente que tratarlo de «honrado» y

---

porque se nos juzga como cosa despreciable y de cuya contribución científica puede prescindirse sin causar agravio á la ciencia.

Un hecho que puede dar idea del aprecio en que se nos tiene en el orden que nos ocupa, no menor ciertamente del que en otros órdenes se hace del pueblo del flamenquismo y las corridas de toros. En un Congreso científico internacional tenido en cierta capital extranjera, algunos miembros del mismo se sorprendí an de las doctrinas originales y atrevidas de un congresista, sin otra razón que la de ser español, y le preguntaban por eso si no había sido educado fuera de su país.

No hay que decir que en otros órdenes se tiene formado de nosotros un juicio muy análogo. ¿No lo mereceremos? Es verdad que todas nuestras cosas no pueden ser absolutamente malas, algo habrá que merezca aprecio; pero debe ser relativamente tan poco, que no destruya ni desvirtúe la impresión de conjunto que en nuestro país reciben los extraños, y que les obligue á pensar que no compensa el oro que pueda recogerse el trabajo de buscarlo entre tanta escoria.

«caballero», y á ese mismo canalla y bribón, adúltero, etc., es al que se le confían los puestos oficiales, con lo que el manejo de la cosa pública y la dirección social toda se halla en manos de gentes inmorales bajo el aspecto privado («vividores», «sanguijuelas» y «bandidos» de toda calaña), pero de quien no se puede decir que lo sean, so pena de ser perseguido por injuria y calumnia, y cuya conducta privada se dice que no puede estorbar en nada para que sean oficial y públicamente tan honrados y estimados como el que más? ¿No son los individuos de que se trata, los que se diputan á sí mismos por regeneradores, quienes han contribuído tan eficazmente á la ruína de España, haciendo predominar de un modo tan corruptor el poder de la «influencia», al punto de que hace mucho tiempo que nadie piensa en este desdichado país en ocupar su sitio conquistándolo con su esfuerzo propio, sino despojando de él, merced al auxilio del padrino político, á quien debería ocuparlo con mejor derecho, habiendo llegado en este punto á tal estado que, más que posibilidad de regeneración, lo que se ofrece en perspectiva es una muerte inevitable, por haberse convertido la mitad de los españoles en parásitos que viven á costa de la otra mitad, y no tener esta última ya fuerzas para mantenerse en pie y sostener á los que se nutren de su sangre? (1) Finalmente, ¿no han sido esos que se sienten hoy

(1) Este vicio de hacerse todo por «influencia» está tan arraigado entre nosotros, que casi podría decirse es ya constitucional en nuestro organismo, y trabajo le mando al que trate de corregirlo totalmente, mucho menos de pronto. ¿No es ahora cuando comenzamos nuestra regeneración, según por ahí se dice? Pues el ejemplo de la manera de comenzarla nos lo ha dado el propio señor Ministro de Estado, Duque de Almodóvar del Río, uno de los encargados, por lo visto, de llevarla á cabo, el cual, en los mismos momentos de nuestros mayores apuros, deja cesante á un alto empleado de su Departamento, sin más motivo al parecer que el de que, habiendo presidido dicho empleado un tribunal de oposiciones á plazas de agregados diplomáticos, no hizo cuanto humanamente fuera posible, y aun más, para que los favorecidos con aquéllas fuesen los recomen-

obligados á meterse á redentores los que, cuando alguien ha dado el aviso de nuestra postración intelectual, social, económica y de todas clases en años anteriores, y reclamado la urgencia de poner dique á tan peligroso modo de vivir, han fingido escandalizarse y han tildado de falta de patriotismo el poner al descubierto nuestras lacerías y nuestra ignorancia de lo que necesitábamos saber; de pesimismos injustificados, el anuncio del resultado á donde forzosamente íbamos á parar; de idealismos soñadores, los proyectos de reformas que se proponían, y de innovaciones innecesarias ó peligrosas, cuando

---

dados por el señor Duque. Los periódicos han dado cuenta también de los actos de nepotismo realizados con motivo del nombramiento de ciertos individuos agregados á la Comisión que en estos momentos discute en París con los delegados norteamericanos las condiciones del tratado de paz entre los Estados Unidos y España. Y si esto se hace en trances que todos llaman «tristísimos», cuando aún no se ha amortajado el cadáver causante del «duelo nacional», ¿qué no ocurrirá luego que se le entierre y se disipe la impresión dolorosa de los primeros instantes? ¡Esta, esta es la regeneración que nos espera, la que son capaces de hacer los que vienen prometiéndonosla!

Tenemos tan metida en la sangre la idea de que ha de hacerse todo por «influencia» y «recomendación», que no nos asusta, sino que nos parece naturalísimo que ellas sean los únicos resortes que impulsen nuestra vida. Los Gobiernos no sólo hacen de ellas un uso enorme, sino que á veces no se recatan de decirlo. Recuérdese, por ejemplo, que hace dos años, cuando con ocasión del crimen de la calle de Cambios Nuevos, de Barcelona, el Gobierno pensó en crear, y creó, un Cuerpo especial de policía judicial para la persecución de los anarquistas, el mismo Gobierno se creyó obligado á advertir oficiosamente, por medio de los periódicos, que el nombramiento de los individuos que habían de componer ese Cuerpo se haría «sin atender á las recomendaciones». Lo cual era una confesión implícita de que la norma ordinaria de su obrar era el atenderlas; y se puede apostar doble contra sencillo que aun entonces se atendieron también. Nadie, que yo sepa, protestó contra lo que suponían tales palabras del Gobierno, ni nadie advirtió que ese es un camino de perdición. ¿Y vamos á ser capaces de abandonarlo estando tan de patitas metidos en él? ¡Ni aunque un Mefistófeles se empeñara en transformarnos de pronto, como á Fausto!

no heréticas, la pretensión de que se hiciera algo de lo que estaban ya cansados de haber hecho, en las diferentes esferas de la vida social, los pueblos que figuran como los más adelantados?

No basta con hablar mucho de regeneración para que ésta quede lograda, ni basta tampoco con desearla ardientemente; hay que comenzar por hacerla posible. Y para hacerla posible, hemos de conocer por fuerza quienes somos, confesando nuestra inmensa pequeñez y dejando á un lado arrogancias que no sientan bien en nuestros labios ni tienen más base positiva que el desconocimiento de nuestro verdadero valor. La ignorancia: este es nuestro grande y fundamental enemigo; ignorancia arriba é ignorancia abajo; en los directores y en los dirigidos; en los que siendo ineptos para ejercer la misión tutelar del mando, la desempeñan, sin embargo, merced á la intriga, á la audacia y al favor inmerecido, y en los que si no tienen otros guías, es verdaderamente porque no saben proporcionárselos, porque, como de ordinario se dice, «no son dignos de ellos.» Para hacer cualquier cosa, hay que ponerse en condiciones de saberla hacer, y de saberla hacer con el mínimo gasto de fuerzas posible, reservándolas para nuevas empresas; hay que conocer los elementos que han de intervenir en la obra y el modo de utilizarlos con el máximo resultado. La de nuestra regeneración es una obra magna, complicadísima, para la que hay que tocar muchos resortes y que poner en juego muchos factores. Como toda obra social, es dificilísima, y no está al alcance del primer audaz que se presente como idóneo y dispuesto á llevarla á cabo. Un solo camino hay para acometerla en serio, camino muy largo, por el que no se puede marchar de prisa, sino con extremada lentitud, sobre todo al principio (dados los primeros pasos en firme, y habituado el viajero, luego se camina con movimiento cada vez más acelerado, encontrando la vía á cada momento más y más expedita): el camino del estudio, el de la averiguación y conocimiento de nuestro presente estado y de los medios

que podemos y debemos utilizar para colocarnos á la altura de aquellos otros pueblos que, por estar haciendo uso de los mismos, son más ricos, más ilustrados, más poderosos en todos sentidos que nosotros; á la altura de aquellos otros pueblos que, gracias á un examen constante de las fuerzas naturales y sociales, tienen una representación mental exacta de las mismas, conocen su eficiencia y poder, y se hallan, por consecuencia, en aptitud de hacer un uso conveniente de ellas y de someterlas á su dominio.

*
* *

¿Qué tiene que ver todo lo dicho con el discurso y la Memoria de apertura de los tribunales?

Sólo una verdadera ceguedad puede ser causa de que se desconozca la relación estrecha entre ambos términos, ó sea, entre nuestra postración general, nuestra pobreza, nuestra ignorancia, nuestra haraganería por un lado, y nuestra administración de justicia por otro. Dada la atmósfera social en que vivimos, sólo un milagro hubiera podido hacer que el organismo de la administración de justicia fuera excelente, sano, robusto, inmejorable, como se complacían en pintarlo en años anteriores algunos que, por vivir enmedio del pantano, no advertían la general corrupción de que ellos mismos participaban, ó por seguir pagando tributo á las «mentiras convencionales,» que han sido, y siguen siendo por desgracia, parte tan principal de nuestro espiritual alimento, decían de labios afuera y en el papel lo que de labios adentro sabían perfectamente que era inexacto. Una judicatura compuesta de individuos de gran inteligencia y cultura, honradísimos, rectos á carta cabal, incorruptibles, trabajadores, sordos á la recomendación y á la «influencia,» al halago, á la amenaza, al deseo y á la perspectiva del ascenso, encarnación, en suma, del juez ideal, era una raza muy particular de hombres en un país atrasadísimo, lleno de gente inepta y poco escrupulosa, donde

lo único que priva en todas las cosas es la sinvergüenza, la intriga, la osadía cínica ó solapada, la caza sin freno al empleo, etc., etc. Era muy raro que en un organismo enfermo ó enteco hubiera un órgano tan rozagante, tan fuerte, tan perfecto como se nos decía, sin que á él se hubiera extendido la debilidad ó corrupción del resto del ser de que formaba parte; muy raro, que cuando eran generales las quejas contra nuestros servicios administrativos y contra todos los que los desempeñaban, no las hubiera contra el importante y delicadísimo (por lo mismo muy expuesto al mal, pues las partes que más pronto y más sufren en los organismos cuando les acomete un dolor, una enfermedad, un golpe cualquiera, son las más complicadas y, á causa de esa complicación y de su mayor importancia, más sensibles) de la administración de justicia, ligado estrechamente con los restantes, y cuya salud bien puede decirse que es un resultado de la salud de éstos, aunque á su vez la condicione.

Y, sin embargo, era cosa convenida lo de que la administración de justicia en España era impecable, y no tenía, en lo tanto, pecado ninguno. Así lo decían ciertas gentes, aunque por dentro pensaran otra cosa, y así lo han confesado repetidamente, durante varios años, en la apertura de los Tribunales, los Ministros de Gracia y Justicia, los Presidentes y Fiscales del Tribunal Supremo, en sus respectivos discursos y Memorias. Cuando se reconocía algún vicio en esta función, era sólo en el desempeño de la misma por el más inferior de los organismos á que se halla encomendada, esto es, en la justicia municipal. Con relación á los tribunales superiores, desde jueces de instrucción y primera instancia para arriba, se confesaba no haber nada que corregir ni remediar, porque todo el mundo cumplía, y cumplía perfectísimamente, con sus obligaciones. A lo sumo, podría el más descontentadizo hallar «pequeños defectos é imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana». Yo, sin embargo, no pienso ni he pensado antes de igual manera. Pareciéndome que esto no era más que

un «valor entendido», una de tantas «mentiras convencionales»—con las que lo único que se logra es ocultar por algún tiempo el verdadero estado de las cosas, y hacer que el mal, por no ser remediado, vaya ahondando, ahondando, hasta que ya se desborda el pus por todas partes y no hay posibilidad de engañar ni aun á los tontos acerca del estado de podredumbre del enfermo,—siempre que he tenido ocasión de hablar de nuestra administración de justicia, he protestado contra la «mentira» de referencia, y he dicho que andábamos en este orden tan mal ó peor que en los restantes, sobre todo por causa del personal, y que no debíamos de ninguna manera prestar asenso á las róseas ilusiones que algunos se hacían á este propósito. En este mismo sitio, y con idéntica ocasión á la presente, he manifestado mi sentir tocante al asunto, al hacerme cargo de ciertas afirmaciones del discurso y Memoria de apertura de los tribunales de 1895, y sobre todo de los de 1896.

Ahora bien; parece que ha llegado la hora de que no pueda mantenerse por más tiempo el convencionalismo á que anteriormente queda hecha alusión. Y como los «regeneradores» de última hora se han percatado de que su sistema de ocultaciones no les ha traído cuenta, y ahora se han decidido (hasta ahora, no: como si cambiara uno de carácter y conducta á voluntad, y no siguiera siendo y obrando como antes era y obraba) á decir la verdad, al «descubrir», como ellos dirían, «no más que una punta del velo que ha venido cubriendo nuestras vergüenzas», nos espetan nada menos que lo siguiente: que «*la justicia no está instituída en España para otra cosa que para servir á los amigos y perseguir á los adversarios*» (1). El

(1) Palabras del Sr. D. Francisco Silvela, tomadas de unas declaraciones hechas recientemente á un periódico político (*El Liberal* de 18 de Septiembre de 1898, primera plana). Es de advertir que el Sr. Silvela es el jefe de uno de los partidos que aspiran á gobernar al país, de uno de los partidos que ha venido turnando en esa gobernación desde el año 1875 hasta el día; por tanto, uno de los futuros «regeneradores» de España

actual Fiscal del Tribunal Supremo, por su parte, en lugar de seguir el sistema de sus antecesores, á la vez que reconoce como éstos que la justicia municipal está necesitada de reformas, porque «los Jueces y Fiscales municipales, ó el Secretario de estos Juzgados, distribuyen la justicia caprichosamente en beneficio de los amigos ó en interés de las pasiones políticas de localidad», añade también que la justicia administrada en los tribunales superiores no anda mucho mejor, demostrando que, aun desde el punto de vista de las leyes vigentes y de la marcha ordinaria de las cosas, hay en ella algo más que las «imperfecciones de detalle» de que el Sr. Puga nos hablaba en su Memoria de 1895.

A pesar de que se nos venía diciendo que nuestra administración de justicia era inmejorable, un hecho comprobado por las estadísticas desmentía año por año esa grata afirmación, obligando á los mismos que se complacían en hacerla á contradecirse, al menos en lo que respecta á la administración de justicia criminal, puesto que no podían menos de reconocer el aumento efectivo de la criminalidad en nuestro país. Y lo peor era que parecían hallarse muy satisfechos con tal averiguación, por cuanto, si por un lado no encontraban nada reformable ni criticable en el funcionamiento de nuestro aparato judicial, por otro confesaban que no sabían cómo había de atajarse el aumento de referencia (1).

He aquí otro punto de enlace entre lo dicho anteriormente

---

desde la Presidencia del Consejo de Ministros. Pero es de advertir principalmente que el Sr. Silvela ha formado ya parte del Gobierno muchas veces, y varias como Ministro de Gracia y Justicia; debe suponerse que sabe muy bien lo que dice. Pero cuando él dirigía el Departamento ¿no pasaban ya así las cosas, ó no se enteró de que pasaban, ó no le convino darse por enterado y no quiso remediarlas en cuanto de él dependiera?

(1) La Memoria elevada al Gobierno en 1896 por el Fiscal del Tribunal Supremo, que lo era á la sazón el Sr. Puga, es harto expresiva sobre este punto: ya lo hice notar al ocuparme de ella en LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre del citado año.

á propósito de nuestro estado y nuestra administración de justicia. Porque, si el ambiente nacional en que vivimos desde mucho tiempo hace es un ambiente de podredumbre, de día en día mayor, ¿era acaso posible que los frutos del mismo no fuesen frutos podridos? ¿Era posible que aumentando constantemente las causas de malestar social, uno de cuyos resultados más visibles y uno de los que recogen (aunque con poca exactitud) las estadísticas es la delincuencia, ésta fuese decreciendo, lo que significaría una excepción inexplicable á la ley natural, según la que los efectos están en relación directa é indisoluble con sus causas? Las estadísticas de la administración de justicia criminal en España, y los datos que recogen sobre el particular las Memorias anuales de los Fiscales del Tribunal Supremo, acusan un crecimiento constante en la delincuencia. Sin ir más lejos, el año pasado ha habido, con relación al anterior, un aumento de 4.866 procesos criminales, según hace constar en su Memoria el Sr. Sánchez Román, y un fenómeno análogo se ha observado en los años precedentes, conforme enseñan las correspondientes Memorias. Lo cual denuncia, no sólo la impotencia de nuestro organismo judicial para el buen desempeño de la función que tiene encomendada, puesto que siendo el instrumento de que la sociedad se sirve para luchar contra el delito consiente que el número de estos vaya creciendo, sino también el deplorable estado de la sociedad en que esto sucede. Se conoce que la gangrena, en lugar de ser atajada por esos que se llaman los médicos de las enfermedades sociales, por los tribunales y jueces, va extendiéndose más y más. Muchos de ellos, la mayoría, bien puede decirse que contribuyen á propagarla, pues todos los vicios que quedan señalados como factores de nuestra ruina (la ignorancia, el medro por el favor y no por el trabajo, el servilismo y la adulación á los poderosos, la rutina y el horror á las innovaciones y modificaciones de lo existente, etc., etc.) les cogen de medio á medio.

Ni debe esperarse que tal estado de cosas cambie, al menos

de la manera poco menos que improvisada que muchos imaginan que pueden hacerse. Porque, según dicen por ahí muchos sabios sentenciosos, aquéllas, las cosas, «caen del lado que se inclinan», y en nuestra España están tan inclinadas desde largo tiempo hace hacia lo malo, tan propensas al encharcamiento y á la putrefacción, que difícilmente habrá fuerzas bastantes que contrarresten tal inclinación y sean capaces de impedir la caída y la muerte definitivas. No sólo es imposible que quienes han sido hasta ayer de una manera se transformen de pronto dejando de ser lo que eran, y cambiando como por ensalmo toda su constitución mental y moral, y dando de mano absolutamente á sus relaciones y compromisos, y olvidando sus antiguas mañas, se conviertan en hombres enteramente nuevos, que piensen y obren de otro modo que como han pensado y obrado hasta el presente, sino que aun dando por supuesto el imposible de su transformación, con ella apenas cambiarían los males que nos consumen, y de los cuales nos lamentamos. Dueños, por ejemplo, de la *Gaceta* esos hombres viejos remozados, apenas harían nada de provecho desde ella, porque á fuerza de preceptos legales no serían capaces de suprimir toda la armazón de nuestra vida social, carcomida por la herrumbe que años tras años se ha venido depositando en ella. Mientras no se ponga otra armazón nueva, nada adelantaremos. Y eso, si todavía es factible, lo que puede muy bien ponerse en duda, no lo hará seguramente la generación presente, lo tendrán que hacer generaciones nuevas.

¿No cabe, por lo tanto, esperanza de que disminuya la criminalidad en nuestro país? A mi juicio, por ahora no debemos alimentar tal ilusión. A las causas generales de nuestro malestar, ya indicadas, cuyo influjo malsano, más bien que disminuyendo, irá acentuándose probablemente de día en día, se han añadido en los años inmediatamente anteriores, y, sobre todo, en el último, otras que hacía tiempo no obraban con tanto poder: las causas originadas por las recientes gue-

rras. La pobreza general del país, los recargos tributarios, el número de familias desamparadas y miserables, la mendicidad, la vagancia, los *déclasses* de todo género, el desequilibrio, no sólo económico, sino de otras mil formas, son todas cosas que han aumentado de poco tiempo acá de un modo que bien podemos llamar enorme, y, por consecuencia, han aumentado las facilidades y las probabilidades favorables al desarrollo de la delincuencia. A lo que hay que añadir, como factor criminógeno de suma importancia, el empuje alcanzado últimamente entre nosotros por el militarismo, con todo el cortejo de elementos abonados para el fomento de la criminalidad que el mismo trae consigo: crecimiento en la cifra de los parásitos, de los holgazanes, de los viciosos, de los desacostumbrados al trabajo, de los inútiles para el mismo, gentes todas que más ó menos directamente cooperan á la producción del malestar social bajo sus diferentes formas, y á la delincuencia, por tanto, como una de las manifestaciones principales de ese malestar. Y como tales factores de criminalidad no han de desaparecer de súbito, sino que persistirán sabe Dios aún por cuánto tiempo, de presumir es que tendremos que resignarnos á oir todos los años la triste confesión que en el presente y los anteriores han hecho los Fiscales del Supremo, es á saber: que «no hay motivos de complacencia ni fundadas esperanzas de mejoramiento» (Memoria de 1898); que «el número total de delitos no justifica cálculos optimistas para un inmediato porvenir, porque las causas de la delincuencia siguen inalterables, cuando no ensanchando la esfera de su perniciosa influencia» (ídem); que «no hay indicio que haga concebir esperanzas lisonjeras para el porvenir» (Memoria de 1896), etcétera, etc.

La deducción que de esto se puede sacar será todo lo triste que se quiera, pero no por ocultarla deja de ser verdadera. Ahora, recuerden los que de ella se lamenten, como los que han dado en la flor de lamentarse, «después de la liebre ida», de nuestras «presentes desdichas», que, como ellos dicen, «las

cosas caen del lado que se inclinan», que han caído del lado á que ellos mismos las han venido, con torpe egoismo, inclinando, y que «lo presente no es más que un producto necesario de lo pasado», es decir, un producto de su propia obra; y, por consecuencia, recapaciten si son ellos los que han de deshacer lo que hicieron y defendieron á toda costa.

*
* *

Consagra su discurso de este año el Sr. Isasa á tratar del anarquismo. El tema no puede ser más interesante, no sólo en sí mismo, sino por la actualidad que reviste. El anarquismo es un hecho en nuestras sociedades, un hecho innegable, hasta una fuerza social cuyo empuje es imposible desconocer. Beneficiosa ó nociva, esta fuerza existe sin la menor duda, y para saber si ha de tenerse por lo primero ó por lo segundo, si ha de favorecerse y alabarse, ó, por el contrario, execrarse, persiguiendo como á fieras (según suele decirse) y sin contemplación alguna á los que la defienden, colocándoles fuera del derecho (situación en que nos vanagloriamos de que no se encuentre nadie hoy, como sucedía en tiempos anteriores), se hace de todo punto preciso empezar por conocerla, por averiguar sus causas y su procedencia, sus doctrinas ó tesis, sus aspiraciones. Sabiendo que el discurso de apertura de los Tribunales iba á versar este año sobre el anarquismo, no podía menos de sentirse estimulada la curiosidad de las gentes por conocer cuál fuese el pensamiento del primer funcionario judicial español acerca de un punto tan llamativo y respecto del cual la gran mayoría de las personas anda por completo desorientada y á obscuras, no teniendo más noticia del anarquismo y de los anarquistas que las que les dan (es de presumir con cuánta serenidad de espíritu) cuando ocurre alguno de los crímenes terroristas que ponen en desusada conmoción y en miedoso desasosiego á cierta parte de nuestra sociedad. Valía bien la pena de escuchar sobre la materia el autorizado juicio

del Presidente del Tribunal Supremo, quien, por razón de su «altísimo» cargo y de la competencia doctrinal que supone, parecía estar obligado á tratar el asunto con amplitud, sin apasionamientos, tranquilizando, si había motivo para ello, á los pusilánimes, dando los correspondientes toques de atención, si le parecía necesario, á los que se lamentan y gritan mucho contra los atentados anarquistas luego que han sido cometidos, sin perjuicio de pasarse la vida preparándolos con su conducta; enseñándonos á todos lo que el anarquismo sea, el valor que hemos de darle, la participación que hemos podido tener ó tengamos al presente, de un modo más ó menos mediato, con conciencia ó sin ella, en su producción, lo que á cada uno toca hacer para combatirlo, si es que debe ser combatido, etc., etc.; en suma, sirviéndonos de guía y de maestro tocante á una materia en que tanto lo necesitamos.

Es, sin duda, España uno de los países en que tiene más arraigo el anarquismo terrorista y uno de los pocos en que se ha manifestado con más frecuencia la llamada «propaganda por el hecho», la cual ha tomado últimamente la forma, al parecer, de regicidios y tiranicidios. Convenía, por tanto, saber si en la producción del estado psicológico particular de los autores de los crímenes terroristas, estado que, como demuestran sus mismos hechos, no puede ser ciertamente de benevolencia y amor para con las instituciones sociales actuales, sino de odio á las mismas, singularmente á las que se juzgan iliberales y opresoras, tenía alguna parte nuestra lamentable situación social general; nuestro atraso intelectual, económico y moral; nuestra viciosísima administración en todos los ramos; los convencionalismos que en todo y por doquiera dominan; los abusos y violencias de los diferentes órganos del poder público: es decir, convenía averiguar si el terrorismo era entre nosotros, total ó parcialmente, un mero episodio del gran drama de nuestras desdichas, y, por consiguiente, si la cura del mismo había de consistir, más bien que en una poda y amputación de los miembros del cuerpo social en que la

enfermedad haya venido á localizarse, en la persecución de las causas generales de la misma. Ejemplo: por los mismos días en que leyó el Sr. Isasa su discurso de apertura de los Tribunales, ocurrió el último atentado anarquista, que privó de la vida á la Emperatriz de Austria. Los periódicos han publicado ciertos antecedentes del autor de aquel, tales como los siguientes:

«Los padres de Luccheni.—A un periódico italiano escribe su corresponsal en Parma diciéndole que la madre del tristemente célebre asesino de la Emperatriz nació en Folta, provincia de Albareto, en los Apeninos.

El apellido de la familia era Lacchini, y el cambio sólo procede desde el nacimiento de la madre del asesino, la cual, por un error del Registro, fue inscrita con el nombre actual.

Luisa Luccheni se hallaba de criada con una familia de Albareto, y habiendo quedado en cinta, la entregó el seductor, para librarse del matrimonio, la cantidad de 1.000 liras, con las cuales partió para París.

En 1873 dió á luz al niño, que envió á Italia y fue recogido en el Hospicio de Parma.

Todas las noticias hacen creer que la madre de Luccheni reside actualmente en San Francisco (América del Norte).

El padre vive también, y el corresponsal asegura que su apellido empieza con B, y añade que le conoce y no lo revela por razones de discreción fáciles de comprender.»

En vista de esto, no parece desacertado suponer que una de las causas determinantes del crimen que se lamenta, y quién sabe si de otros muchos, y quizá la única verdadera, engendradora de otras mil más inmediatas, ha sido el abandono en que el seductor dejó á la madre del que hoy llamamos asesino. Es probable que si el Sr. Isasa hubiera parado su atención en esto, nos la hubiera llamado á todos acerca de la urgencia de poner en claro la «complicidad social» (que dirían algunos penalistas españoles muy ilustres) en los delitos de que se trata, y acerca de la precisión de higienizar el medio social presente, terreno favorable para el desarrollo de cierto estado de desesperación, de amargura y descontento en que suelen hallarse los que cometen los atentados de referencia. Es probable también que entonces hubiera atribuído bastante

culpa de lo que sucede á los mismos que, luego de haber preparado la mina, se espantan y horrorizan ante su explosión y consideran nada menos que como «monstruos del Averno» á los que, encontrándosela perfectamente dispuesta, no han hecho otra cosa más que aplicarle la mecha y hacerla volar. Es igualmente posible que se hubiera creído en la obligación de hacer por sí mismo averiguaciones, y buscar los medios de que otros las hicieran, respecto á los antecedentes de todos los anarquistas españoles y de los que se hallen en potencia propíncua de serlo; respecto de los motivos á que obedece su estado intelectual y emocional; respecto á las vicisitudes de su vida desde el momento en que fueron engendrados; respecto á la educación recibida y al cuidado que se ha tenido en formar su pensamiento y su carácter; respecto á la angustia ó la holgura económica de ellos mismos y de sus ascendientes; respecto á la conducta que con ellos hayan seguido autoridades, patronos, empresarios y demás; respecto á las causas de agradecimiento ó de agravio que puedan tener para con la sociedad en que viven, por estar tratados en ella como personas todos cuyos derechos se respetan ó como esclavos sin derecho alguno y como escoria despreciable; y acaso, después de enterarse de todo esto, y de percibir el sinnúmero de miserias que hay dentro de ello, y de reconocer que en la producción de éstas cabe muchísima parte á quienes se lavan á menudo las manos como si fueran impecables, hubiera sentido la necesidad de proceder con más calma y más equitativamente de lo que suele hacerse en la distribución de culpas, y hubiera protestado severísimamente contra todos aquellos, incluso colegas suyos, que siguen conducta análoga á la de cierto magistrado de *Le Coupable* de Coppée, ó sea engendrar los delincuentes primero, y luego de engendrados, tronar contra semejantes «fieras» y pedir su total é implacable exterminio (1).

(1) En la novela de Coppée, un estudiante de Derecho seduce á una joven obrera, á quien abandona después que la misma da á luz un hijo.

El Presidente del Tribunal Supremo no ha querido seguir este camino. Ha huído exprofeso de estudiar el anarquismo como fenómeno social, de escudriñar sus causas y sus raíces, y lo considera tan sólo desde el punto de vista que llaman, muy equivocadamente por supuesto, «jurídico», y que sería mucho mejor que llamaran puramente legal; es decir, lo trata como leguleyo, no como jurisconsulto, y menos como sociólogo. Para él, el anarquismo (por supuesto, el autor no distingue, como suele distinguir todo el mundo, entre el anarquismo teórico y el terrorismo, entre la doctrina anarquista y los atentados anarquistas, por lo que no podemos saber si le son aplicables á ambos las afirmaciones que hace), el anarquismo para el Sr. Isasa es un producto que toma tal y como se lo encuentra formado, sin más, un delito cuya etiología no le importa, importándole tan sólo la clasificación del mismo dentro de las categorías legales que el Código admite, la jurisdicción que ha de conocer de su represión y el procedimiento á que debe someterse (con Jurado ó sin él). Lo que, á mi juicio, significa tanto como lo siguiente: «el anarquismo es una hierba que da frutos dañados; pues cortémoslos, y en todo caso seguemos esa yerba cizañosa, pero no nos metamos á indagar de dónde viene la simiente, ni cuáles sean las condiciones del terreno en que tan bien se propaga, ni las del ambiente que

---

Es de presumir cuál será la suerte que corren tanto éste como la madre, puesto que todo el mundo estamos hartos de presenciar casos análogos. Nadie extrañará, dada la atmósfera que tales desgraciados suelen respirar, y la educación que suelen recibir, que el personaje de nuestra novela llegue á ser delincuente. Conducido ante el Tribunal del Jurado, su mismo padre, que, concluída la carrera, ha entrado á formar parte del organismo judicial, es quien sostiene contra él la acusación, como funcionario del Ministerio público. ¡Y cuántas veces no se repetirá este caso, aunque bajo muy varias formas, y cuánto no trinarán en mil y mil ocasiones, contra esos «abortos de la naturaleza», aquellos mismos que directa ó indirectamente, material ó moralmente, les dieron la existencia! ¿Quién es aquí el autor del delito ó de los delitos?

tan á maravilla favorece su desarrollo»; sin advertir que las hierbas, cuanto más se siegan y podan más arraigan, más y con mayor robustez se propagan y multiplican. El agricultor que procediese de este modo se tendría por un agricultor torpísimo. Pues los cultivadores del jardín social no parece que saben proceder de otra manera. Ignoran, y no quieren que se les llame la atención sobre ello, que en ningún tiempo han atemorizado las matanzas ciegas; que la mejor propaganda que de una doctrina, secta, partido político, confesión religiosa, etc., puede hacerse es la persecución inconsiderada y sangrienta; que el martirio, verdadero ó no (para el que se sacrifica por una idea, aun la que los demás tengan por más absurda, martirio es), tiene un inmenso atractivo, como lo tiene, según ha mostrado Guyau, todo riesgo y todo peligro; que la sangre de los perseguidos y martirizados se ha dicho ser semilla fecundísima, etc., etc. El Sr. Isasa ha huído de meterse en todas estas que él llamará acaso, como las llaman muchos, «honduras filosóficas» con que se entretienen los «idealistas» que viven apartados de la vida sublunar, discurriendo siempre para otros mundos distintos del mundo que pisan; y obrando como «hombre de ley», se habrá dicho: «Lo positivo y práctico es que hay anarquistas, que estos cometen actos calificados como delitos por el Código, y que los ejecutores de los mismos deben ser castigados con la pena señalada por la ley y en la forma prevista por ésta: todo lo demás son cosas que, si de algo sirven, será ciertamente para unos pocos fantaseadores, no para los encargados de dirigir de hecho la vida y la conducta social.» Por supuesto, que en esta manera de discurrir tiene el señor Presidente muchísima gente que le acompañe: la casi totalidad de los que manejan la cosa pública y de los que participan en el desempeño de la función de administrar justicia. Ni los Estados modernos siguen otra conducta en la llamada represión de todos los delitos, y singularmente en la de los atentados anarquistas, ni al reproducir ahora, con motivo del asesinato de la citada Emperatriz de

Austria, el propósito de llegar á una inteligencia internacional para perseguir el anarquismo, piensan los Gobiernos de los diferentes países en otra cosa que en reforzar contra los anarquistas los llamados resortes represivos; ó lo que es igual, el único medio en que parecen confiar para esa persecución es el del aumento de la severidad penal, el de la poda del árbol, no el de arrancar sus raíces.

Ahora sería ocasión de añadir algunas palabras acerca de la consideración legal que el Sr. Isasa dice que debe darse á los delitos anarquistas, que para él son, como alguien los ha llamado, «sociocidios», «atentados contra el orden social, contra el régimen legal establecido»; pero el temor de dar á este artículo más extensión de la que debe tener, me lo veda. No quiero, sin embargo, dejar de apuntar dos cosas: 1.ª, que entre la verdadera gravedad de estos delitos por un lado, y por otro la intensidad del deseo de venganza que provocan en ciertas gentes, la cuantía de la pena que se querría imponer á sus autores y la alarma que causan, es posible que haya mucho menor proporción que entre varios otros delitos y aun actos no contemplados por las leyes y su reacción penal actual; 2.ª, que á esa desproporción, debida probablemente á la aparición reciente de esos delitos, ha de atribuirse el que se les califique de la manera que se les califica, por lo que cuando el juicio acerca de su gravedad cambie, como cambiará acaso en plazo no largo, es de presumir que se dejará también de considerarles como el Sr. Isasa, y con él otros muchos, quiere que sean considerados. Los más recientes atentados anarquistas (el de Caserio, el de Angiolillo, el de Luccheni) se han dirigido contra personas determinadas, aunque no como tales, sino por la posición política que ocupaban. Parecen, pues, delitos de índole política; son muy semejantes á los regicidios, que no se reputan ciertamente como crímenes extraordinarios, ni mucho menos recientes. Por lo demás, ese carácter de «sociocidios», de atentados á las instituciones y al orden social, que dan el Sr. Isasa y otros muchos á los delitos de que se trata, debiera

enseñar, creo yo, á reconocer lo que anteriormente dejo indicado, esto es: que el estado de ánimo del que comete tales delitos es de descontento y odio á esas instituciones contra las cuales reacciona, y, por lo tanto, parece racional que los encargados de dirigir la marcha social viesen si en ese descontento había algo de justificado, y en caso afirmativo, trataran de combatir los factores del mismo.

***

Pocas palabras puedo ya consagrar á la Memoria del señor Fiscal del Supremo. Y no ciertamente porque no lo merezca, pues tanto por su extensión, como por los múltiples puntos que toca, algunos interesantes de veras, ofrece materia abundante de examen; sino por el motivo que he apuntado poco hace, de no poder dar longitud desmesurada á este trabajo. Voy, pues, á hacer sólo algunas observaciones.

Ante todo, leyendo la Memoria de referencia, adquiere uno la grata convicción de que el Sr. Sánchez Román no es de los que rehuyen el trabajo, lo cual, en un país como el nuestro, donde, como queda dicho, abunda tanto el fenómeno de la holgazanería, y quizá más que en sitio alguno entre los funcionarios públicos de todos los ramos, no es cosa que merezca ser pasada por alto. El no hacer coro á la infinidad de gentes que dicen que «quien más pone más pierde» y que ajustan su conducta á esta máxima, «saliendo del paso de cualquier manera,» «mientras cobro,» es un hecho que, aun no siendo otra cosa que el cumplimiento estricto del deber, merece ser registrado, y aun acaso llamarse meritorio, por cuanto parece necesitarse mayor energía espiritual de la ordinaria para sustraerse al poderoso influjo de la corriente general. El Sr. Sánchez Román se conoce que ha tomado en serio su oficio, y la Memoria que acaba de elevar al Gobierno como Fiscal del Tribunal Supremo revela que ha trabajado de veras y no meramente para cumplir de cualquier modo con el

precepto legal que impone la obligación de escribir ese documento cada año á la persona que ocupe tal puesto. No creo yo que la Memoria de este año sea un *chef-d'œuvre*, ni siquiera en su género, como no creo tampoco que sea de alabar la factura general de la misma, ni toda la doctrina vertida en ella, ni todas las soluciones que el autor da á los diferentes problemas que trata; creo, sí, que merece alabanzas, singularmente en España, el interés y la actividad desplegados en la formación de un trabajo de esta clase. El del Sr. Sánchez Román es muy completo, dentro de los criterios y de los moldes corrientes y legales, y dentro de estos mismos moldes y criterios, hasta puede considerarse sin dificultad como obra de importancia.

Las Memorias de años anteriores han tratado, por lo general, casi exclusivamente puntos de materia penal, y, sobre todo, puntos dudosos y dificultades de aplicación de las leyes procesales criminales (de Enjuiciamiento criminal y del Jurado), sin duda—decía yo al notar este fenómeno, cuando examiné desde este mismo sitio una de las Memorias dichas—porque los Fiscales de las Audiencias, donde mayor intervención tienen es en los asuntos criminales, y en la aplicación de las leyes de este orden es donde habrán encontrado dudas que someter á la consideración de su superior el Fiscal del Supremo, y que éste recoge después en sus exposiciones al Gobierno. El Sr. Sánchez Román ha hecho lo propio que sus antecesores, y resuelve en su trabajo, la mayor parte de las veces con acierto, y siempre justificando sus soluciones, las dificultades con que sus subordinados han tropezado en la aplicación de las leyes de referencia, y muy particularmente en la de la ley de Enjuiciamiento criminal. Hace también consideraciones análogas á las de sus colegas de los años precedentes acerca de las deficiencias que se notan en la justicia municipal y en la inspección de los sumarios. Y no falta tampoco, como no faltaba en varias de aquellas Memorias, un buen número de páginas dedicado á la institución del Jurado, á los

defectos que se notan en la ley y á los abusos que se cometen al aplicar ésta en la materia de formación de las listas de jurados, recusaciones de los mismos, etc., etc.

Claro está que si concluyera aquí y á esto se redujera la Memoria de 1898, no se diferenciaría en nada apenas de sus congéneres de años anteriores. Pero esto es sólo la primera parte de la misma. Hay además una segunda y una tercera que son enteramente nuevas, aun cuando en Memorias anteriores se hacen algunas veces indicaciones ligeras sobre ciertas materias de las tratadas ahora expresamente y por separado.

La segunda parte está consagrada á las *Materias del orden civil ó de otros órdenes que no sean el exclusivamente penal, en los que la ley da intervención al Ministerio público.* Como nueva que es esta parte, ha salido por primera vez menos completa de lo que es de esperar suceda en años sucesivos, cuando ya esté aclimatada y se haya hecho un lugar indispensable en las Memorias del Fiscal del Supremo, y cuando los Fiscales de las Audiencias recojan y remitan á su superior inmediato, con más solicitud, holgura y hábito de lo que han podido hacerlo este año, los datos relativos á su intervención en todos los asuntos no exclusivamente penales en que las leyes se la impongan, que no son pocos. Para preparar esta innovación, dirigió á sus subordinados el Fiscal del Tribunal Supremo oportunísimas circulares, con fechas 7, 8 y 9 de Marzo de este año, en las cuales les recordaba la obligación legal que tienen, y que por varios motivos que el mismo Sr. Sánchez Román enumera habían olvidado un tanto, de intervenir en multitud de asuntos de índole no penal con la misma diligencia con que pueden intervenir en los penales, únicos que parece les preocupan y llaman hoy su atención, así como también les daba instrucciones sobre el modo de cumplir las obligaciones de su cargo y les ordenaba que en las Memorias anuales que tienen que elevar á la Fiscalía del Supremo, hubiera un apéndice en que se consignara la intervención que durante el año hubiera

tenido el Ministerio público en todos los asuntos no criminales. Y para que no hubiera dificultad alguna en el cumplimiento de esta obligación, y se lograra la conveniente uniformidad en ese cumplimiento, el mismo jefe del Ministerio público dió, por medio de reglas concretas, el orden y la pauta que habían de seguir los Fiscales inferiores; les indicó en un *Resumen* ordenado, cuáles son los casos en que están llamados á intervenir, citándoles los textos legales pertinentes, y hasta les remitió modelos impresos de los estados que al efecto habrían de formar y acompañar al apéndice indicado.—Todo lo cual supone un laborioso estudio hecho por el Sr. Sánchez Román de la misión y funciones del Ministerio público en España en todas las esferas legales. Si los miembros de este Ministerio secundan, como es de esperar, el pensamiento y los esfuerzos de su jefe, no habremos adelantado poco. En el ánimo de muchas gentes, sobre todo en el de la mayoría de las personas estudiosas, se halla la convicción profunda de la necesidad de grandes modificaclones legislativas, así en el orden penal como en los no penales. Y para que esas modificaciones sean viables y provechosas, han de responder á las necesidades reales, que no pueden conocerse por simple intuición y como desde arriba por los que han de ponerles remedio, sino mediante informaciones exactas de aquellos que, por vivir entre ellas, pueden apreciar su magnitud y urgencia y el modo de subvenir á ellas. Todo cuanto sea allegar datos para conocer nuestra verdadera situación, me parece obra digna de alabanza; por eso creo que ha hecho bien el Fiscal del Supremo al introducir esta segunda parte en su Memoria, marcando el camino que habrán de seguir sus sucesores, y al excitar la diligencia de los Fiscales sus subordinados para que en los años siguientes expongan á la superioridad los vicios que encuentren en la administración de la justicia civil, los puntos de Derecho ó de doctrina ó las cuestiones que por su novedad ó importancia hayan llamado su atención, y «todo lo demás que estimen pertinente».

Por fin, en la tercera parte de su Memoria trata el Sr. Sánchez Román de las *Reformas convenientes para el mejor servicio en la intervención del Ministerio fiscal en la administración de justicia*. En esta parte es quizá donde más flaquea. Ofrecíasele en ella ocasión propicia para proponer todo un plan de reformas urgentes en casi todas las esferas de nuestra legislación y para censurar, con la autoridad que le da su cargo y su prestigio, el tono y el sentido general de muchas de las leyes vigentes en España y buena porción de las disposiciones de las mismas. Parecía también estar obligado á ello una persona de la significación liberal y progresiva que tiene el actual jefe del Ministerio público, tanto más cuanto que su posición de tal le ofrecía coyuntura muy favorable para hacer saber directamente á los poderes públicos, con esperanza de que les pusiesen remedio, cuáles sean los males que derivan en todos los órdenes legales del actual estado de cosas y á los que se debe parte tan esencial de nuestro atraso. El autor, sin embargo, se contenta con algunas indicaciones muy generales, sin puntualizar nada, acerca de la necesidad de modificar todas las leyes, tanto sustantivas como procesales, indicaciones que vienen repitiéndose todos los años en la apertura de los Tribunales con la misma vaguedad que se ha hecho en éste, y que por su propio carácter de generalidad, ni nada dicen ni á nada comprometen. No basta advertir al Gobierno de la precisión de reformar; deben indicársele los puntos reformables y el sentido y procedimiento de la reforma.—Fuera de esto, el Sr. Sánchez Román se concreta á exponer, por vía de ejemplo, según dice él mismo, dos ó tres puntos necesitados de modificación, todos ellos de Derecho civil, y referentes á las fuentes del Derecho y al Derecho transitorio en la legislación común. Sin necesidad de hacer una obra voluminosa, ni de descender á todos los detalles, podía el señor Fiscal haber concretado algo más su pensamiento acerca de tantas y tantas reformas como conviene introducir, según confiesa él mismo al comienzo de esta tercera parte de su trabajo. Porque de otro

modo, esta parte, que debería ser la más beneficiosa, por contenerse en ella las propuestas de mejoramiento de lo defectuoso y anticuado, no tendrá utilidad alguna. Extraña además que habiendo escrito el señor Fiscal una voluminosa Memoria (220 páginas de texto, en folio), y habiendo consagrado muchas páginas á tratar todas las cuestiones contenidas en ella, incluso las más insignificantes, se haya conformado con dedicar tan pocas (no más de tres) á trazar un bosquejo de las modificaciones que requiere todo el orden legal vigente. Es de esperar que si el Sr. Sánchez Román continúa en el puesto que hoy ocupa llenará este vacío en su Memoria del año que viene; y si para entonces no es ya Fiscal del Supremo, confiamos en que lo llenará en otra de años sucesivos, cuando vuelva á serlo. Porque aunque tarde en desempeñar de nuevo tal cargo, probablemente, al volver á él, encontrará nuestra legislación civil y penal en el mismo estado en que la deje. En estas cosas no queremos pecar de precipitados los españoles. Antes de que se lleve á cabo la reforma del Código penal, tantas veces proyectada y anunciada como de realización urgente, ha de dar muchas vueltas el mundo.

Cierra la Memoria un largo estudio—la porción mayor de la tercera parte de aquélla—acerca del Ministerio fiscal, sus funciones y obligaciones, su estado presente, los defectos de que adolece su organización actual, etc.; estudio bien hecho y muy interesante, pero no más, sin duda, que lo hubiera sido el cuadro de reformas legislativas que el Sr. Sánchez Román no ha querido ofrecernos, entre otras razones—dice—por no dar á su exposición al Gobierno «proporciones verdaderamente extraordinarias y desusadas». Vuelvo á lamentar que para todo haya tenido espacio bastante el autor de la Memoria menos para el punto que tengo por el de mayor utilidad.—No puede dudarse que el Sr. Sánchez Román ha tomado á verdadero empeño el penetrarse de las obligaciones anejas al cargo que ocupa; ha hecho por eso un estudio muy minucioso de la naturaleza del mismo y de los deberes que por nuestras leyes

le están encomendados. Como resultado de lo cual, nos ofrece en su Memoria cuantos datos y observaciones puedan apetecerse respecto al estado y al funcionamiento de esta institución en España al presente. A sus subordinados les ha facilitado también inmensamente el desempeño de su misión, pues con este estudio, incluído en el cuerpo de la Memoria, y con las circulares publicadas en el apéndice primero de la misma, especialmente con el ya mentado *Resumen*, anejo á la circular de 7 de Marzo de 1898, tienen una norma segura que les presenta bien claro el horizonte de su competencia y de su actividad complejísimas.

En conjunto, pues, la Memoria de este año me parece un buen trabajo, cuya lectura no vacilo en recomendar; un trabajo muy ordenado y mucho más completo que sus antecesores, en el cual tienen los llamados «hombres de ley» mucho que aprender, y los estudiosos de cuestiones doctrinales bastantes puntos que despiertan multitud de ideas. Hasta se observa una cosa, que debemos desear no sea un fenómeno aislado, sino más bien un síntoma de la nueva dirección por que comienzan á marchar los funcionarios de nuestra administración de justicia, y que cuando menos puede servir de ejemplo y enseñanza á muchos de ellos que han venido y vienen creyendo que el encargado de aplicar las leyes ha de ser un esclavo de éstas, de su letra. En efecto, el Sr. Sánchez Román protesta—y no en un solo lugar de su obra, sino en varios (1), lo que prueba que no se trata de una afirmación incidental, sino de una convicción firme, que está bien arraigada en su pensamiento y que domina toda su labor—contra los partidarios del *summum jus*, contra «los que viven esclavos de la letra y que nada conceptúan lícito como no esté taxativamente previsto»; contra los que «sacrifican la justicia y lo sacrifican todo al rito y á la fórmula»; contra los defensores del sistema de pruebas «producto de artificios y de amaños con que se pre-

(1) Por ejemplo, páginas 45, 76, 77, 81 y 84.

tende despistar la acción de la justicia»: así como defiende y ensalza á los que, cual ocurre, según él, frecuentemente con los jurados, dejándose de «argucias y sofismas», de la justicia encerrada en el Código, del *juxta allegata et probata*, se van en busca de la justicia real, del espíritu, del pensamiento que debe residir en la ley. ¡Es tan raro que nuestros funcionarios judiciales, y en general nuestros legistas, piensen y hablen de este modo, que al tropezarse uno con uno de ellos diferente de los otros, no puede menos de ponérselo como ejemplo á los demás y de repetirles lo que ya se les ha dicho tantas veces, aunque ahora con la garantía y el escudo nada menos que del Fiscal del Tribunal Supremo, ó sea que la justicia está antes que en la ley en las cosas, y que para buscarla, han de estudiarse las cosas, que son el espíritu de las leyes, más aún que el texto de éstas, más que el rito y la fórmula, que nos esclavizan y nos obligan á hacer uso de argucias y sofismas!

P. Dorado.

LA VIDA ES SUEÑO

REFLEXIONES SOBRE LA REGENERACIÓN DE ESPAÑA

Es inútil callar la verdad. Todos estamos mintiendo al hablar de regeneración, puesto que nadie piensa en serio en regenerarse á sí mismo. No pasa de ser un tópico de retórica que no nos sale del corazón, sino de la cabeza. ¡Regenerarnos! ¿Y de qué, si aun de nada nos hemos arrepentido?

En rigor, no somos más que los llamados, con más ó menos justicia, *intelectuales* y algunos hombres públicos los que hablamos ahora á cada paso de la regeneración de España. Es nuestra última postura, el tema de última hora, á que casi nadie, ¡débiles!, se sustrae.

El pueblo, por su parte, el que llamamos por antonomasia pueblo, el que no es más que pueblo, la masa de los hombres privados ó *idiotas* que decían los griegos, *los muchos* de Platón, no responden. Oyen hablar de todo eso como quien oye llover, porque no entienden lo de la regeneración. Y el pueblo está aquí en lo firme; su aparente indiferencia arranca de su cristiana salud. Acúsanle de falta de pulso los que no saben llegarle al alma, donde palpita su fe secreta y recogida. Dicen que está muerto los que no le sienten como sueña su vida.

Mira con soberana indiferencia la pérdida de las colonias nacionales, cuya posesión no influía en lo más mínimo en la felicidad ó la desgracia de la vida de sus hijos, ni en las esperanzas de que éstos se sustentan y confortan. ¿Qué se le da de que recobre ó no España su puesto entre las naciones? ¿Qué gana con eso? ¿Qué le importa la gloria nacional? Nuestra misión en la Historia..... ¡Cosas de libros! Nuestra pobreza le basta; y aún más, es su riqueza.

Cuando estalló la guerra, los españoles conscientes, los que saben de esas cosas de Historia y de Derecho, y de honra nacionales, le quitaron muchos hijos, á quienes sus padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar. La vida es difícil, el suelo pobre, el porvenir incierto, ¿qué más da morir en la guerra que en otra parte? Y sobre todo, *hay que servir,* es una necesidad fatal. Y allá se dejaron llevar á morir, porque habían de morir al cabo, los héroes anónimos. ¡Héroes anónimos! ¡Vaya un sarcasmo el del absurdo enlace de esas dos expresiones incongruentes entre sí! Se exponían á morir. ¡Bah! Nadie se muere hasta que Dios quiere. La muerte sólo aterra á los intelectuales, enfermos de ansia de inmortalidad y aterrados ante la nada ultraterrena que su lógica les presenta. Y somos los mismos intelectuales los que hemos convertido en retórica el dolor de las madres, lo mismo que la regeneración de la patria. Es tomar al mundo en espectáculo, y en espectáculo darnos á él.

Han muerto muchos hijos en la contienda y sus padres les han rezado, mientras se preparan otros hijos á ocupar su puesto. Pero al ver desfilar esos cadáveres vivientes, esos pobrecillos que anhelan en las garras de la fiebre, el pueblo llora, porque ¿para qué van á servir muchos de esos desgraciados? Su vida será una carga para ellos mismos y para sus hermanos, algo peor que la muerte.

Ha concluído la guerra después de haber enflaquecido á España, y empieza el pueblo á descansar un poco. Tendrán que dejarle por algún tiempo sin turbar su sosiego con nuevas

sonoras historias, sin molestarle con el estribillo de la gloria y de su destino histórico, sin llamarle heroico. El *mundo*, su enemigo, enmudecerá algún tiempo y le dejará que se recoja en su pobreza y que gocen de más paz los hombres obscuros, los benditos *idiotas*, cuanto más impotente sea la nación.

Pero no, que ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarle otra vez de su sueño secular. Dícenle que padece de abulía, de falta de voluntad, que no hay conciencia nacional, que han llamado moribunda á la nación que sobre él y á su costa se alza, nación á la que llaman suya. ¡Suya! ¡suya! ¡Él no la tiene! Sólo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra, allá arriba, de estancia. Pero lo que tiene no es nación, es patria, tierra difusa y tangible, dorada por el sol, la tierra en que sazona y grana su sustento, los campos conocidos, el valle y la loma de la niñez, el canto de la campana que tocó á muerto por sus padres, realidades todas que se salen de las historias. Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres obscuros su vida, si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo los *idiotas*, mejor es que las naciones agonicen. ¡Bienaventurados los pacíficos, porque de ellos será el reino de los cielos, ese reino cuyo advenimiento piden á diario por costumbre!

¿Viven mejor, con más paz interior, los ciudadanos concientes de una gran nación histórica, que los aldeanos de cualquier olvidado rincón? El campesino del Toboso que nace, vive y muere, ¿es menos feliz que el obrero de Nueva York? ¡Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga á emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oir la voz de la sabiduría eterna, que repite el *vanitas vanitatum!* Este pueblo, robusta y sanamente misoneista, sabe que no hay cosa nueva bajo el sol.

¿Que yace en atraso? ¿Y qué? Dejad que los otros corran, que ellos pararán al cabo. ¿Que yace en ignorancia? ¡Ignorancia! ¡Cuánto más grande es la ignorancia de los privados, que no la ciencia de los públicos! ¡Ignorancia! ¡Saben tantas cosas

que no saben! Ellos saben mucho de lo que ignoran, y los regeneradores, en cambio, ignoran casi todo lo que saben. Es una ciencia divina la ciencia de la ignorancia; es más que ciencia, es sabiduría. El cuerpo sabe mejor que todos los fisiólogos cicatrizar las heridas, y el pueblo, que es el cuerpo social, sabe mucho más que los sociólogos que le salen y se empeñan en no dejarle dormir.

Pero hay que sacrificar el pueblo á la nación, hay que darle carácter é individualidad histórica para que viva en la cultura y figure entre los *Kulturvolken*—esto hay que decirlo en alemán. ¡Horrible cosa es esa especie de suicidio moral de los individuos en aras de la colectividad! Pretender sacrificar todos y cada uno de los españoles á España ¿no es pura idolatría pagana acaso? ¿No es una crueldad turbar la calma de los sencillos, y turbarla por una idea? No la hay, por grande que sea, que valga la paz interior de un pueblo, la verdadera paz, la plenitud del *idiotismo*. El enredar á los hombres en la lucha por la vida histórica de la nación, ¿no les distrae y aparta de luchar por su propia vida eterna?

El destino individual del hombre, por importar á todos y á cada uno de ellos, es lo más humano que existe. Y al hablarse aquí de regeneración, casi todos olvidan eso, y aún muchos afirman que para regenerarnos tenemos que olvidarlo. ¡Basta de rezar, á trabajar todo el mundo! ¡Como si la oración no fuese tan trabajo como es el trabajo oración! La conquista de la paz no es nada para todos esos aportadores del nuevo paganismo, que quieren aplastar bajo la *ciudad* al hombre, al sencillo, al *idiota*, al manso, al pacífico, al pobre de espíritu.

No sé si hay ó no conciencia nacional en España, pero popular sí que la hay. El pueblo español—no la nación—se levantó en masa, sin organización central alguna, tal cual es, contra los ejércitos de Napoleón, que nos traían progreso. No lo quiso. Vislumbró que le costaría el viático de su peregrinación por la terrena patria, el consuelo de su vida resignada,

la rutinaria fe en que su obscura tranquilidad se asienta; vislumbró que no le dejaría el progreso soñar en paz, que se le convertiría en una pesadilla, y resistió. Se dispuso hasta á morir colectivamente antes que lanzar á sus hijos en el camino que á los suicidios individuales lleva. Entonces los progresistas eran afrancesados, miraban con cariño al invasor que traía el evangelio de la cultura, la buena nueva de la Revolución burguesa.

Prométenle no sé que brillante papel para sus hijos si, sacudiendo su sueño, entra de lleno en vías de progreso. «Se te dará potestad y gloria si rendido adorases al Progreso,» le dicen. Sus lejanos descendientes poseerán á Canaam, pero él ha de morir en el desierto, sin consuelo.

¡Qué le dejen vivir en paz y en gracia de Dios, circundado de áurea sencillez, en su camisa de hombre feliz, y, sobre todo, que no se tome en vano el nombre de su fe para hablarle de la España histórica conquistadora de reinos, en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la injusticia! ¡Que no le viertan veneno pagano de mundanas glorias en su cristiano bálsamo de consuelo! ¡Que le dejen dormir y soñar su sueño lento, obscuro, monótono, el sueño de su buena vida rutinaria! ¡Que no le sacrifiquen al progreso, por Dios, que no le sacrifiquen al progreso! ¡Ah, si volviese otra vez á aquella hermosísima Edad Media, llena de consoladores ensueños, á aquella edad que fue la de oro para el pueblo que trabaja, ora, cree, espera y duerme! Entonces le vivificó para siglos la grandeza de su *idiotismo*.

¿Qué es un progreso que no nos lleva á que muera cada hombre más en paz y más satisfecho de haber vivido? Suele ser el progreso una superstición más degradante y vil que cuantas á su nombre se combaten. Se ha hecho de él un abstracto y del abstracto un ídolo, un Progreso con mayúscula. Es el terrible *Fatum*, el hado inhumano del ocaso del paganismo, que encarnado en Evolución, reaparece á esclavizar las almas fatigadas.

Sólo se comprende el progreso en cuanto libertando de su riqueza al rico, al pobre de su pobreza, y de la animalidad á todos, nos permite levantar la frente al cielo, y aliviándonos de las necesidades temporales, nos descubre las eternas. ¡Sí, todo á máquina, todo con el menor esfuerzo posible; ahorremos energías para reconcentrarlas en nuestro supremo interés y nuestra realidad suma! Pero del progreso real y concreto, que es un medio, hacemos progreso ideal y abstracto, fin é ídolo. ¡Progresar por progresar; llegar á la ciencia del bien y del mal para hacernos dioses! Todo esto no es más que avaricia, forma concreta de toda idolatría, hacer de los medios fines.

El oro, que es instrumento de cambio, lo tomamos como fin, y para acumularlo vivimos miserablemente. Y la cultura no es más que oro, instrumento de cambio. ¡Dichoso quien con ella compra su felicidad perdurable!

Imagen simbólica de los pueblos que se embriagan con el Progreso, nos ofrece aquel pobre segador moribundo que, al ir el sacerdote á ungirle, cerraba la mano, guardando en ella su última peseta, para que con ella le enterrasen. Con su progreso también se enterrará á los pueblos avaros é idólatras del Hado.

¡Hay que producir, producir lo más posible en todos los órdenes, al menor coste, y luego que desfallezca el género humano al pie de la monumental torre de Babel, atiborrada de productos, de máquinas, de libros, de cuadros, de estatuas, de recuerdos de mundana gloria, de historias!

¡Vivir, vivir lo más posible en extensión é intensidad; vivir, ya que hemos de morir todos; vivir, porque la vida es un fin en sí! Y, sobre todo, meter mucho ruido, que no se oigan las aguas profundas de las entrañas insondables del espíritu, la voz de la Eternidad! Reventar de cultura, como dice un progresista amigo mío.

Si al morir los organismos que las sustentan vuelven las conciencias todas individuales á la absoluta inconciencia de

que salieron, no es el género humano otra cosa más que una fatídica procesión de fantasmas que va de la nada á la nada, y el humanitarismo lo más inhumano que cabe. Y el hecho es que tal concepción palpita, aunque velada á las veces, en todos los idólatras del Progreso.

Hay en la inmensa epopeya castellana un pasaje de profundísima hermosura, y es que cuando, despedido de los duques, se vió Don Quijote «en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías.» Elevó entonces un himno á la libertad, reputando venturoso á aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo, y se encontró en seguida con una docena de labradores que llevaban unas imágenes de talla para el retablo de su aldea. Pidió cortésmente Don Quijote verlas, y le enseñaron á San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, caballeros andantes del Cristianismo los cuatro, que pelearon á lo divino. Y exclamó entonces el hidalgo manchego:

—Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

Aquí la temporal locura del caballero Don Quijote se desvanece en la eterna bondad del hidalgo Alonso el Bueno, sin que haya acaso en toda la tristísima epopeya pasaje de más honda tristeza. El caballero empeñado en la hazañosa empresa de enderezar los tuertos del mundo y corregirlo, confiesa

no saber lo que conquista á fuerza de sus trabajos, y vuelve su mirada á la conquista del cielo, que padece fuerza.

Ese su descenso á la cordura de Alonso el Bueno, á la eterna cordura que servía de sostén á su temporal locura, ese su descenso pone en claro su íntima afinidad espiritual con los místicos de su propia tierra, con aquellas almas hermosas llenas de la sed de los secos parameros castellanos y del vibrante calor del limpio cielo que los corona. Ese momento de duda en su propia obra es lo más divino del pobre caballero, tan hondamente humano; es la revelación del cimiento de humildad de aquella loca soberbia que le llevó á creerse brazo de la justicia y á encomendarse á Dulcinea, la Gloria.

Retírese el Don Quijote de la Regeneración y del Progreso á su escondida aldea á vivir obscuramente, sin molestar al pobre Sancho el bueno, el simbólico *idiota*, sin intentar civilizarle, dejándole que viva en paz y en gracia de Dios en su atraso é ignorancia. ¡En paz y en gracia de Dios! He aquí todo. Sí, esto es todo y lo demás es nada.

El bueno de Sancho, en quien desahogamos los intelectuales el dolor de nuestras no satisfechas ansias insultándole, el bueno de Sancho guarda tesoros de sabiduría en su ignorancia y tesoros de bondad y de vida en su egoismo. El fue grande, porque siendo cuerdo creyó en la locura ajena, amó al loco y le siguió cuando otros locos no le hubiesen seguido, porque cada loco, con su tema siempre lleva su camino y sólo en el suyo cree; esperó en la ínsula purificando con la firmeza de tan poco cuerda esperanza su egoísta anhelo de poseerla. Fue un hombre de fe aquel sublime *idiota*, de tanta fe como el loco de su amo.

Mas después de aquel descenso del caballero á su íntima cordura, siguiendo su mente la cadena de pensamientos que le era habitual, y al entrar, distraído en razones y pláticas, por una selva, hallóse á deshora y sin pensar en ello, enredado en unas redes de hilo verde. Y vuelto entonces á su locura ofreció sustentar durante dos días naturales y en mitad del cami-

no que iba á Zaragoza, que aquellas señoras zagalas contrahechas que tendieran las verdes redes, eran las más hermosas doncellas y más corteses del mundo, exceptuando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso.

No bien ha sedimentado en cualquier Quijote intelectual el poso de la agitación que tal vez le produzcan revueltos pensamientos de fundamental cordura, tórnale otra vez la tentación incansable, la del progreso, la del brillante porvenir histórico, la de la riqueza, la de la gloria, la de la nación en la Historia ahogando á la Patria en la eternidad, vuelve á la visión de su Dulcinea del Toboso. «Una nación asceta es un absurdo—se dice—no puede un pueblo huir del ruido mundanal, no puede ser sabio. O progresa ó muere. Hay que conquistar cultura y gloria.»

Y por debajo de tales ideas palpita su alma oculta, el deseo de que nuestra nacionalidad cobre relieve y se extiendan nuestra lengua y nuestra literatura, se lean más nuestros libros, los de cada cual de los que así sentimos, y duren más nuestros nombres en los anales y en los calendarios. Ha de hacernos más caso el mundo, hemos de ser más ricos, aunque tal riqueza se asiente sobre el empobrecimiento de nuestro consuelo; hay que inmortalizar nuestro fantasma aquí abajo, tenemos que pasar á la Historia. ¡Hay que alcanzar los favores de la sin par Dulcinea, la Gloria!

Los más abnegados, los creyentes más puros en el Progreso, sólo aspiran á la gloria colectiva, á que España llegue á ser una nación fuerte, temida, que se deje ver y se haga oir en el mundo.

A todas horas oímos hablar del juicio de la posteridad, del fallo de la Historia, de la realización de nuestro destino (¿cuál?), de nuestro buen nombre, de la misión histórica de nuestra nación. La Historia lo llena todo; vivimos esclavos del tiempo. El pueblo, en tanto, la bendita grey de los *idiotas*, soñando su vida por debajo de la Historia, anuda la obscura cadena de sus existencias en el seno de la eternidad. En los

campos en que fue Munda, ignorante de su recuerdo histórico, echa la siesta el obscuro pastor.

¡La historia! Todo se nos reduce á aquella fe pagana que se encierra en el verso perdurable de la Odisea: los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres, para que tengan argumento de canto los venideros.

A medida que se pierde la fe cristiana en la realidad eterna, búscase un remedo de inmortalidad en la Historia, en esos Campos Elíseos en que vagan las sombras de los que fueron. Perdida la visión cordial y atormentados por la lógica, buscamos en la fantasía menguado consuelo. Esclavos del tiempo, nos esforzamos por dar realidad de presente al porvenir y al pasado, y no intuimos lo eterno por buscarlo en el tiempo, en la Historia, y no dentro de él. Así inclinamos la frente al *Fatum*, al Progreso, tomándole de fin é ídolo, y nos hacemos sus siervos en vez de ser sus dueños. Y el Progreso nos tritura como el carro de Yagernaut á sus fanáticos adoradores.

Desgraciado pueblo, ¿quién le librará de esa historia de muerte?

MIGUEL DE UNAMUNO.

LAS NUEVAS CONFEDERACIONES

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

E pluribus unum.

Si lo que formula el pensamiento, antes de realizarse en hechos definitivos, la inteligencia lo depura en su crisol, la idea que ya se abre camino en toda la América de origen ibérico, puesto que en todos los varios Estados de la América que fue española se halaga y se discute, camina á su realización. Los escépticos la tienen aún por una utopía. Los interesados en obstruirla no la impugnan: ó se callan y observan, ú observan y acentúan su incredulidad. Pero la opinión ya se prenda de ella. De su iniciación en las polémicas del periodismo diario ha ascendido á la revista, al folleto, al libro. Y acogiéndola con denuedo, sin temor á ningún género de inconvenientes ya, aunque velada, la lanzó en su último discurso presidencial ante las Cámaras de Bogotá el presidente Caro, y con menos embozo todavía en su último mensaje también el general Eloy Alfaro en las Cámaras del Ecuador. *La Revista,* de Buenos Aires, la recogió en el acto; *El Chileno*, en Valparaíso, y *El Callao*, en el Perú, se han adherido con júbilo al voto de sus hermanas. En el Centro, la reciente Constitución de la República Mayor, formada de la nueva confederación

del Salvador con Nicaragua y Honduras, se adelanta á consumar en la práctica lo que para las demás hasta ahora no pasa de ser un deseo platónico. En la capital donde gobierna con gran prestigio personal Porfirio Díaz, la idea ya ha encontrado resonancia; y si en Santo Domingo y Haiti todavía no hierve enteramente el jugo de la opinión en este movimiento de ebullición general, ni dejará de sentir pronto el calor del rescoldo, ni dejará éste de propagarse á la isla de Cuba, si, en vez de ser anexionada por los Estados Unidos, logra—lo que por ahora parece inverosímil—obtener su independencia.

El principio fundamental de las confederaciones que se proyectan, el Presidente Caro lo ha consagrado en su Mensaje. Nada de procedimientos de fuerza. «El lazo federal—ha dicho—es un medio suave de agregar Estados contiguos y constituir una nacionalidad.» El complemento de esta idea se halla inmediatamente en el Mensaje del general Alfaro á las Cámaras del Ecuador. «La veneración—decía—que guardo por los próceres de nuestra independencia, quienes nos legaron una patria la más poderosa en las Américas del Sur y del Centro, me impele á fijar la atención en nuestra debilidad y pequeñez actuales é indicaros lo que, á mi juicio, convendría realizar para asegurarnos tranquilo porvenir al abrigo de una hermosa confraternidad. Por ahora, intereses bastardos impiden pensar en la reconstitución de la antigua y gloriosa Colombia de Bolívar; pero sí será fácil formar una confederación que presente unidos ante el mundo á los pueblos que conquistaron su independencia en los campos de Carabobo, Boyacá y Pichincha. Efectuada esta unión, esas nacionalidades, en lo tocante á sus asuntos internos, continuarán disponiendo de sus destinos como á bien tuvieren, tal cual ha venido sucediendo hasta hoy; pero en lo referente á relaciones exteriores formarían una sola entidad política, compuesta de Venezuela, Colombia y Ecuador, confederados, con un total de ocho millones de habitantes esparcidos desde las playas del Orinoco y hoya Amazónica hasta el golfo de Guayas, es decir, en toda

la extensión del territorio más rico del continente de Colón. Una Dieta, compuesta de plenipotenciarios de las tres Repúblicas, sería la llamada á organizar esa gran entidad internacional, que nos mostraría fuertes y respetables ante las demás potencias y nos permitiría representar un inmenso papel como nación en la vida del porvenir.»

En la Argentina, donde la idea de engrandecimiento está tan encarnada en una parte de la opinión, y sobre todo en la personalidad del general Julio Argentino Roca, que acaba de ocupar de nuevo la presidencia de la República, y del partido numeroso que le reconoce por jefe, el proyecto de la federación de los tres Estados septentrionales del continente del Sur no puede menos de mirarse con simpatía; pues aunque á través de la reconstrucción del antiguo virreinato español bajo el nombre de la *Confederación del Río de la Plata*, es fácil adivinar el fondo de un pensamiento más grandioso y de mayor absorción, hacia el ideal de aquella gran Colombia de Bolivar, de que hablaba Alfaro, el movimiento de unidad total de la raza entera, que es lo que realmente se persigue, no es cosa que puede improvisarse, sino que para vencer la inercia de los pueblos, que sería el primer obstáculo con que se tropezara, hace falta una paciente y constante preparación que no se detenga en las perturbaciones parciales á que necesariamente tiene que da lugar, pues las evoluciones políticas de un carácter tan profundo, sólo cuando por esta preparación tenaz se impulsan es cuando llegan al estado de madurez en que inevitable y definitivamente se realizan.

Por lo pronto, el pensamiento de unión que en chispas salta casi á la vez en la América del Centro y erige su primer ensayo en la República Mayor, que en Bogotá y en Quito formula de una manera oficial, aunque parcial, sus aspiraciones, y que en la Argentina eleva á la primera magistratura de su soberanía al hombre que más notoriamente lo encarna y lo representa, causa ya estos dos efectos innegables: el primero, el de llenar todas las inteligencias de los hombres pensadores

de la América de nuestra raza; el segundo, el de producir una visible alarma en toda la raza antagonista de la española en uno y otro hemisferio. Una Colombia formidable de más de cincuenta millones de habitantes, una Colombia inmensa de todas las tierras que descubrió Colón y conquistó y civilizó la espada y la cruz de los españoles, enfrente de la Unión pirática de los anglosajones del Norte: ese es, en substancia, el pensamiento de unidad que envuelve esta naciente apelación de las inteligencias y en los corazones de la América de origen ibérico.

Todavía el Presidente Alfaro no había formulado la noble aspiración de las tres Repúblicas septentrionales en las Cámaras de Quito, y ya de Londres se transmitían telegramas que reproducían las informaciones recogidas por el *Daily Mail* en los círculos diplomáticos de Madrid de que todas las cancillerías, así de la América del Centro como las del Sur, estaban en negociaciones para acordar una conferencia, acaso análoga al abortado Congreso de Panamá, á fin de buscar medios para impedir que los Estados Unidos puedan extender su influencia á los demás países de orígen español. El orígen de la información, del mismo modo que el cuidado puesto en su divulgación por medio del telégrafo, probablemente habrá sido sugerido por un móvil más capcioso que benigno; pero de cualquier modo arguye que la unión de la América, que fue española, en una ó más grandes confederaciones, promueve inquieta espectación en los anglo-sajones de un lado y del otro del Atlántico, que en ella, hasta ahora, han disfrutado el privilegio de una tácita dominación por su sagaz intrusión en los negocios bancarios y en los intereses políticos de tantos Estados pobres enmedio de la opulencia de que por la naturaleza están dotados, y débiles é impotentes entre sí y contra los demás por la misma entidad microscópica que cada uno de ellos representa.

Un movimiento de unidad que por su virtud misma ponga término así á las pequeñas rencillas de rivalidad de fronteras,

como á las pequeñas ambiciones de índole interior de cada Estado; que reuna en una sola representación la personalidad internacional de la soberanía de tantos millones de hombres; que preste esta misma fuerza de cohesión á los instrumentos de su común defensa, así en tierra como en mar; que concentre en un solo centro el crédito nacional, y que del mismo modo imponga el respeto de la unión para el Estado pequeño que para el grande, sería rectificar aquella errónea política que, habiendo presidido á las guerras y á las organizaciones fortuitas de la Independencia, han dado lugar á esa debilidad ingénita en que las Repúblicas hispanoamericanas vegetan. Las provincias de orígen inglés forman desde la primera Convención de Filadelfia *e pluribus unum*, y con esta unión que les dió nombre han podido en un siglo realizar todos sus progresos. La América española no se sometió á estos moldes de unidad al pronunciarse contra la madre patria. Ni aun siquiera los nuevos Estados que se formaron se redujeron á la mera demarcación geográfica y política en que España tenía dividida su administración colonial. En contra de la fórmula de constitución de las provincias anglosajonas unidas: *e pluribus unum*, adoptaron la opuesta: *ex uno plura*, y cada parte aislada de aquel todo, tuvo aisladamante primero que adquirir su independencia; después, que organizar su soberanía; más tarde, que definir sus constituciones de derecho, tarea accidentada, nunca concluída y que en luchas internas ha consumido la vitalidad común que necesitaba para atender á su repoblación, á estudiar, cultivar y explotar su exuberante naturaleza, á impulsar su prosperidad económica, á promover las empresas de la alta industria y del alto comercio, todo por iniciativa propia, todo por el empleo de las facultades propias y todo por la labor cooperativa de la aplicación común. Con el lema de *e pluribus unum*, los Estados Unidos en un solo siglo han llegado al grado de cultura, de prosperidad y de poder, cuyas fuerzas gigantescas todo el mundo admira. Con el lema *ex uno plura* de los Estados hispanoamericanos han perpetuado su es-

tacionaria debilidad, hasta el punto de que ella misma sea, como debe ser, la mayor pesadilla de sus estadistas, aún más que las amenazas del Norte por sus ideas de imperio y de absorción.

De cualquier modo, y aunque no más que tras la terliz del pensamiento, ¡qué hermoso cuadro de prosperidad y de poder ofrecería la realización de esa soñada y nueva confederación hispanoamericana, que, abrazando en una sola expresión política de acción y de voluntad todas las naciones extendidas desde México hasta Magallanes, sobre el pavés del derecho y el sello de la civilización progresiva siempre, apretara en un mismo haz de fuerzas y en un mismo baluarte de defensa común todo el cemento español y cristiano que le dió nuestra colonización y toda la sangre que lo cruza de las numerosas emigraciones europeas de este siglo, mezclada y constituyendo una misma familia con la del indio mejicano y guatemalteco, con la del indígena aún no mediatizado de las llanuras del Cauca y de las vertientes del Chimborazo, con el llanero del Orinoco y el pampero paraguayo, con el gaucho argentino y el montés del Perú! La República confederada, que desde luego sería soberana de la mayor cordillera que interrumpe la grandiosa curva del planeta, los ríos más caudalosos y navegables, las selvas más impenetrables y exuberantes de la tierra y las regiones de inagotable y perenne abundancia que prestan al sustento y á la vida, el agua y el fuego, el hierro y el carbón, el trigo y la viña, el café y el azúcar, la piel y la carne, la especiería y la droga, todas las materias de todas las industrias y todos los instrumentos de todas las artes; con su variedad de climas templados en Méjico, en Chile, en el Perú, en Bolivia, en la Argentina, en el Paraguay, en el Sur del Brasil, allá fríos, allá ecuatoriales; la República confederada, que desde luego sumaría más de cincuenta millones de habitantes, todo de un mismo orígen colonial ó indígena, ó fundidos en él, todos de una misma lengua, procedentes de una misma tradición, actores de una misma historia, identificados en reli-

gión, en usos y en costumbres, no sólo se hallaría desde el primer momento en aptitud de contrarrestar toda rivalidad provocadora ó toda amenaza deprimente, sino con medios de resistencia bastantes para poder disputar su preeminencia á cualquiera otra raza y con fuerza de proyección suficiente para aspirar á un primer puesto en el Senado señorial de las grandes potencias del mundo.

De que estos pensamientes no son nuevos; de que se halagaron desde los días difíciles de la emancipación, dan evidente prueba las apelaciones que en cada región se hacen al recuerdo de sus primeros redentores. Aquí infunden la noble fe del patriotismo mezclada á la memoria de Bolívar; allá á la de San Martín; de la otra parte á la de Belgrano; pero estas apelaciones, bien ó mal cimentadas, sólo deben considerarse como la identidad de sentimientos comunes fundados en una misma conciencia nacional y en una misma intuición del porvenir.

En realidad, ningunos momentos como los presentes favorecen la común inspiración de esta común esperanza. La guerra con los Estados Unidos, en que España ha sido vencida, ha sido fuente de revelaciones demasiado instructivas para toda la América y para toda la Europa, que han visto sin razón ni justicia levantarse contra nuestro país, no de frente, sino por los procedimientos más ladeados de una deslealtad sin ejemplo, al poder más gigantesco que ha crecido en aquel hemisferio, para ahogar en su germen nuestro naciente poder naval, para expulsarnos totalmente del mundo que dió España á las ventajas de la civilización y para perseguirnos rapaz y violentamente en todos los vestigios que nos quedaban de nuestro antiguo y perdido imperio colonial. Las lecciones morales de trescendental importancia que de estos sucesos han emanado, no se circunscriben ciertamente al duelo entre la coraza y la madera, como unos han dicho, al duelo entre la coraza y el cañón, ni al duelo entre el valor y el heroismo de tradición y de raza y el ciego ímpetu de los progresos mecánicos de la iencia aplicados á los instrumentos de la guerra. Estas leccio-

nes son de un carácter muy subalterno, y no son las lecciones que el estadista moderno ha debido recoger.

La presencia de España en aquel mar de las Antillas, cuya posición topográfica, ni desfiguraba su perfil geográfico á ninguna potencia limítrofe, ni era una obstrucción, ni servía de obstáculo á ninguna empresa lícita de la civilización, era á la vez, y sin hacer ostentación de ello, nudo de comprensión y de unidad moral entre toda la potente raza, emanada de nuestra sangre, que se asienta en Méjico y Santo Domingo, que vierte su caudal de vida por uno y otro lado de la cadena de pueblos que en el centro se han formado y que amplía los caracteres de familia desde el cabo septentrional del continente del Sur hasta el último extremo de las islas de Diego Ramírez. Ninguna alianza formal política establecía el vínculo recíproco de estas familiares simpatías entre aquellos Estados, disgregados de nuestro pasado Imperio y la antigua madre y metrópoli. Pero un instinto inspirado así por el propincuo parentesco, como por el recuerdo de secular subordinación, erigía á España en las Antillas, como madre de tantos pueblos, en el centro de un hogar cuya antorcha el tiempo no extinguía. España en las Antillas era el freno á la absorción, á la invasión, á la amenaza de la otra raza enemiga que avanzaba hacia el Sur por las riberas del Bravo y la península de la Florida. Este freno era una común garantía de seguridad para toda la América de nuestro orígen. Pero aún desempeñaba con Europa otro papel aún más importante. España en las Antillas sostenía á la vez el equilibrio del poder en la política del Atlántico y el muro de contención que imponía á los Estados Unidos el respeto á la soberanía de las potencias del viejo continente que aún conservan colonias en América, y el baluarte de defensa común en que detenía los ímpetus invasores de los Estados Unidos, que no se satisfacen ya con acaparar para sí la hegemonía política de todo el Nuevo Mundo, y aun con dilatar las empresas de sus navegantes y misioneros por todos los desamparados archipiélagos del mar Pacífico y Bo-

real, sino que hace tiempo medita cómo poner un pie en la costa atlántica del Africa, cómo alargar la mano á imponer á Europa un yugo de fuerza desde alguna posesión mediterránea, y cómo, en fin, traer sobre el mundo que descubrió, pobló y civilizó á América, los mismos yugos que la antigua Roma impuso al Asia Menor, de donde procedía, y por los que fueron alternativamente pasando todos los pueblos civilizadores de la antigüedad, un día colonizadores triunfantes de pueblos ignorados y bárbaros, y otro día esclavos de los pueblos regenerados á quienes sirvieron de verdugos al mismo tiempo que de lábaros de de redención.

Ni América meditó profundamente nunca sobre lo que España en las Antillas para la familia española de los dos mundos representaba, ni Europa vió tan cerca y tan certera la herida que sobre la cabeza de España se le infería. Al estallar en la isla de Cuba la insurrección desoladora tras de cuyos horrendos espectáculos la astuta ambición de los Estados Unidos se emboscaba, la mayor parte de la opinión en América sintió simpatías por un presunto pueblo que clamaba, vertiendo sangre, por su emancipación y su independencia. El temor de América por sí misma y por su propia suerte, no comenzó á labrar en las conciencias más reflexivas, hasta que en el giro inicuo del drama horrible, los Estados Unidos, hollando toda razón y derecho, se fue quitando poco á poco la careta. Entonces fue la verdadera explosión de todas las simpatías, ya estériles, hacia la madre España. Tampoco Europa trató de profundizar bien la extensión del problema. España estuvo confiada en que Europa se interpondría entre ella y los Estados Unidos para evitar la guerra, hasta que recibida la bofetada pública que obstruía todo medio de conciliación, oyó en la corte de Viena: *Il n'y a pas d'Europe; il n'y a que la force.* Las protestas de un año antes, pronunciadas en los brindis de Petheroff, quedaron anuladas. Europa no se atrevió á poner su *veto* á los Estados Unidos en inteligencia con Inglaterra. Las alianzas de la paz, si en lo formal no quedaban rotas,

quedaban rotas de hecho en su eficacia moral. ¿Qué vendría después de una guerra con España, ya aniquilada de antemano y, por lo tanto, derrotada y vencida antes de dispararse el primer cañonazo, por la desproporción de la fuerza gigantesca con que tenía que luchar? Europa no pensaba en esto; acobardada desde un principio ante el recuerdo de Francia acorralada en Méjico y en Panamá, de Italia escarnecida en Nueva Orleans, de la misma Inglaterra rendida en humildes genuflexiones en la Guyana; antes de la guerra, sólo trató de endosar al poder imbele de León XIII ante un Estado jactanciosamente ateo é insolentemente grosero, una mediación, cuya ineficacia estaba descontada aun antes de hacerse las primeras tentativas de la mediación; en el fragor de la guerra no tuvo la menor protesta contra ninguna de las frecuentes transgresiones del derecho público, cometidas por el más fuerte de los beligerantes, pero sí trató de atar aún más las manos á España en la cuestión del corso, en la declaración del carbón de piedra como contrabando de guerra y en la libertad dispensada á Italia para hacer con los Estados Unidos el tráfico de sus salitres, para que tuviesen materia abundante con que fabricar sus pólvoras y explosivos; finalmente, para el término de la lucha, todavía inicuamente se impuso Europa á España, no por la derrota de nuestra mísera escuadra sacada á empellones no se sabe todavía por qué escondidas influencias de las aguas de Santiago, sino cuando heroicamente nos defendíamos en las trincheras de la ciudad y cuando á Filipinas ofrecíamos el pobre auxilio que podían llevarle nuestros últimos acorazados, primero tratando de impedir su paso por Suez, después sumiéndose en el terror más profundo cuando los Estados Unidos amenazaron llegar con sus escuadras á las costas de Europa. Si en Washington no se ocurre dirigir esta amenaza á España y á Europa..... ¡probablemente todavía la guerra no habría concluído, ni se habrían rendido los anémicos soldados de Santiago!

En realidad de verdad, las actitudes de la América de ori-

gen ibérico en movimientos generosos de interés y de simpatía hacia España, y en previsiones de propia defensa para el porvenir, se pronunciaron viril, enérgica y simultáneamente en todos sus pueblos desde que los Estados Unidos manifestaron su intención formal de intervenir en los asuntos de la guerra separatista de Cuba. Este fue el momento solemne en que la conducta del Gobierno de Washington puso á la vez en guardia todas aquellas Repúblicas que, inseguras ya de su suerte en el porvenir, recordaron todos los agravios que cada una tiene recibidos de la hermana mayor anglosajona, y todas las amenazas que pesan sobre cada una, fulminadas con terrible repetición desde las márgenes del Potomac. El grito de alarma no sólo se dió en las más próximas, como Méjico, Nicaragua, Colombia, el grito de alarma repercutió hasta los últimos extremos del continente austral, donde se levantan las miserables viviendas de los ovas. Pues qué, ¿no llegan hasta aquellos mares, cuyas olas circulan hasta la muda desolación de los hielos del polo, los recuerdos ominosos de la mano despótica de los Estados Unidos para deprimir los nacientes pueblos de la raza española? Obsérvese la antigüedad de estos depresivos recuerdos. El atropello de los argentinos en sus derechos de soberanía sobre las islas Malvinas, datá ya de 1832. Veamos como refiere estos sucesos un escritor de Chile, don Alberto del Solar, en su precioso opúsculo *La doctrina de Monroe*.

Don Luis Vernet, comandante político y militar de las islas Malvinas y adyacentes, había obtenido del Gobierno de Buenos Aires, en Enero de 1828, una concesión por la cual le fue permitido el privilegio de explotar la pesca de anfibios en dichas islas. Después de haber transportado á la isla de la Soledad hombres, gran número de caballos, yeguas para cría, instrumentos de labor y artículos necesarios para el sostén de la colonia, tropezó con una seria dificultad. Multitud de buques norteamericanos inundaban las costas y pescaban á su antojo. Vernet, en su doble carácter de concesionario y de

autoridad, exhibió sus títulos y adoptó medidas para poner fin á aquel abuso; pero no sólo se le desobedeció, sino que fue objeto de burlas injuriosas. Entonces se propuso obrar con energía, é hizo apresar dos goletas yankees, la *Harrit* y la *Breskwater*, con el objeto de que fueran juzgadas por infracción á las leyes del país y por desacato á sus autoridades. Mientras se instruía el sumario informativo, la *Breskwater* logró fugarse, y la *Harrit* fue llevada á remolque al Río de la Plata, como presa y á las órdenes del Gobierno de la República. Apenas fondeó en las aguas del río, el Cónsul de los Estados Unidos, Mr. George W. Slacum, protestó del hecho en una nota descomedida, negando *in totum* al Gobierno de Buenos Aires el derecho de pertenencia de las islas y costas de las Malvinas, de la pesca en ellas y de cualquier otro acto que implicara soberanía. Esto ocurría hacia fines de 1831, y todavía no se había producido el despojo posterior que llevaron á cabo los ingleses; pero las indiscreciones de Mr. Slacum en Buenos Aires, no hicieron más que abrir el apetito de los británicos, cuyo Ministro y agentes en el Plata siguieron con atención los sucesos, transmitiendo á su Gobierno nota de la existencia de aquellas islas *sin dueño*. Mientras el Ministro argentino, Sr. Anchorena, repugnaba por intempestivas las notas de Mr. Slacum, fondeó en la rada de Buenos Aires la corbeta americana *Lexingston*, al mando del capitán Silas Duncam, el cual consideró entonces oportuno arrogarse el derecho de intervención por sí y ante sí, y sin más preámbulo que una simple carta á su propio Cónsul, en la cual le comunicaba su resolución, levó anclas y se dirigió á las islas. Para entrar disfrazado en la bahía de la Soledad, enarboló la bandera francesa; enseguida desembarcó gente armada, que entró á sangre y á fuego, arrasándolo todo y depredando las propiedades particulares; inutilizó la artillería de las defensas, incendió la pólvora y arrebató los efectos allí depositados legalmente á disposición de los magistrados argentinos. Los colonos, sorprendidos bajo la insignia de una nación amiga, huyeron des-

pavoridos al interior de la isla, en tanto que otros eran arrancados de sus hogares, transportados y arrojados clandestinamente sobre las costas del Estado Oriental, que les dió noble hospitalidad; otros, en fin, conducidos á bordo de la *Lexingston*, fueron juzgados vilmente y ejecutados como piratas. A la protesta indignada y á las reclamaciones formales del Gobierno ultrajado, contestó más tarde el Encargado de Negocios norteamericano, Mr. Francis Baylies, que los Estados Unidos, reiterando la declaración de su Cónsul, no sólo negaban todo derecho á las autoridades argentinas para que apresasen á los que pescaban en las islas Malvinas, Tierra del Fuego, Cabo de Hornos y cualquiera de las islas adyacentes, sino también cualquier derecho ó autoridad en el Gobierno de Buenos Aires para hacerlo, proclamando luego de un modo categórico, y por vez primera, la soberanía de la Gran Bretaña sobre las referidas islas. ¡Entonces, por lo visto, no había en la cancillería yankee los rigorosos escrúpulos que ahora sobre la doctrina de Monroe! Pero los Estados Unidos que ya eran más fuertes que la Argentina, no lo eran tanto, ni con mucho, como Inglaterra, y dieron á la Gran Bretaña lo que arrancaron á una soberanía americana!

No refleja sólo este suceso el género de procedimientos que los Estados Unidos desde antiguo emplea con los pequeños; no demuestra la fácil inteligencia que en todo conflicto los Estados Unidos puede establecer con Inglaterra, aun rompiendo para ello las prescripciones exclusivas de la doctrina de Monroe y los acuerdos antiguos para impedir que las naciones de Europa puedan apropiarse nuevos territorios en América; lo que pone de relieve es la autoridad dictatorial que se arrogan sobre las demás Repúblicas de origen español y el ánimo deliberado de humillarlas en todos sus derechos. Se ha hablado de la protección de los Estados Unidos á las Repúblicas pequeñas del nuevo continente, y un español degenerado, el escritor cubano Rafael M. Merchan, en su opusculillo *La redención de un mundo*, ha exaltado la influencia protectora de *la*

gran nación del Norte que contuvo la acción de la Santa Alianza para que se devolvieran á España las provincias insurrectas de América, que impidió á mediados del siglo que Centro América quedara convertida en una colonia inglesa, que no permitió la implantación de un imperio exótico en Méjico, que detuvo á España en sus empresas de reconquistas en el Pacífico, que puso un veto á la restauración del Imperio en el Brasil y otro veto á Inglaterra para que dispusiera á su talante de los despojos de Venezuela. Pero estos son los falseamientos de la Historia. Lo que los pueblos americanos de origen español no pueden olvidar en sus relaciones con los Estados Unidos son los hechos que con la fe de los documentos diplomáticos han referido hasta la minuciosidad el ya citado escritor chileno Sr. del Solar, y los colombianos, mejicanos y argentinos Uribe, Rivas Groot, Borda, Becerra, Olarte Camacho, Alfredo de Guzmán, José V. Concha y otros no menos eminentes tratadistas y publicistas.

¿Cuándo olvidará Méjico la anexión de Texas y las circunstancias de aquella anexión? Cuando los Estados Unidos se desengañaron de que no podrían obtener por compra aquella rica provincia mejicana, emprendieron la tarea de invadirla poco á poco, poblándola deliberadamente con ciudadanos de la Unión, que se dedicaron á sublevarla, de la misma manera y por los mismos procedimientos que se han empleado en la isla de Cuba, y que se están empleando ya también en el Salvador, en Nicaragua y en casi todos los Estados del Centro-América. Aunque aquella conducta desleal y artera no fue condenada por el venerable John Quincey Adams, por el senador Benton, por Winthrop, Miller, Macon y por otros ilustres próceres americanos con tanta indignación como la que con motivo del conflicto con España han expresado el profesor E. J. Phelps en su carta al honorable Levi P. Morton, cuando el Gobierno mejicano envió al de Washington la nota del 21 de Julio de 1843 protestando contra los elementos de insurrección, las armas y las partidas armadas que del Missouri, el Illinois y el

terrltorio de Arkansas venían á invadir y sublevar el territorio de Méjico, sólo recibió por contestación, como recientemente España en sus protestas contra las expediciones filibusteras de Nueva York, Tampa y Cayo Hueso, que el Gobierno de Washington no podía oponerse á que en su país se armasen los ciudadanos, y que el Gobierno no era responsable de sus actos. Y cuando el presidente Herrera, viendo que carecía de medios para impedir la rebeldía atizada desde el territorio de la Unión se resolvió á reconocer la independencia de los tejanos, levantando así una nueva nación que sirviese de valladar entre los Estados Unidos y Méjico, el Senado y el Gobierno de Washington, al conocer la autorización otorgada por las Cámaras mejicanas al Presidente Herrera para declarar la independencia del Estado de Tejas, se apresuraron á admitir á este último como un Estado de los de la Unión.

¿Bastó, por fortuna, el sacrificio? Tras de Texas los Estados Unidos urdieron la cuestión de la cesión de Nuevo Méjico y de la California. ¿Quién ha olvidado, y sobre todo, cómo puede olvidar Méjico la misión y el papel de aquel famoso John Silldell, á quien, al ofrecer el pago de la deuda mexicana y la gratificación de algunos millones de dollars por aquellas provincias, que sumaban más de la mitad de todo el territorio de la República, proponía *una paz amistosa*, como la de Cleveland á España, ó *un rompimiento abierto*, como el de Mac Kinley? Méjico prefirió, como España ha preferido, ser despojada de su territorio y destrozada en sus sacrificios, antes que hacer mercancía de su honor. ¡Pobre Méjico! Lo que debía seguir después no puede narrarse sin la indignación y la pena de que están inundados nuestros corazones: guerra sin cuartel, expediciones filibusteras, depredaciones terribles en plena paz dentro de su territorio, cobro de indemnizaciones á cada paso... ¡la muerte moral! ¡la ruina material y la pérdida de sus territorios!

De las vejaciones de Méjico no hay país americano que no tenga un costal. ¿Cuándo olvidará el lejano y escondido Para-

guay, ni la agresión inícua del *Watec Wilch*, en 1855, ni la amenaza brutal de 1857, cuando se envió contra él una expedición de 20 barcos de guerra y 2.000 hombres de desembarco para apoyar una infamia cuya inmoralidad tuvo que reconocer más tarde el propio Gobierno de Washington? ¿Cuándo olvidará Colombia estas tres fechas memorables: 1856, incidente Jack Oliver, por el que se exigió á la indefensa República, de origen español, la cesión del Estado de Panamá á los Estados Unidos y una indemnización de 400.000 pesos; 1885 y 1897, y el laudo injusto de Cleveland en el arbitraje sobre la cuestión Cerruti? ¿Cuándo olvidará el Brasil la reclamación de Mr. Webb en 1857 y el pago de aquella indemnización de 71.260 pesos para el aventurero Wells, de los cuales el honorable Ministro no entregó al reclamante sino 25.000 pesos y el resto se lo guardó para sí? Y en estas materias de indemnizaciones, ¿cuándo olvidará Méjico su litigio de 1872, Venezuela, el que duró de 1870 á 1876, y en el que por una reclamación de 400.000 dollars se le obligó á pagar un millón; ni Chile las de 1880 y 1891, por los excesos de la tripulación del *Baltimore* ó de su capitán, el actual comodoro Schly, en el famoso barrio del *Main Top Dance?*

Mas si estas humillaciones, en su mayor parte, pueden considerarse como incidentes fortuitos de la vida internacional de los pueblos, en las que sólo se hace notar el espíritu de injusticia y la imposición despótica de la violencia con que los Estados Unidos tratan á los demás pueblos de América, á los que, por otra parte, mira con el desdén soberano de una olímpica superioridad, no tienen el mismo carácter, ni el relatado de las Malvinas, regaladas por los Estados Unidos á Inglaterra contra los derechos de la República del Plata, ni las anexiones ni conquistas practicadas contra Méjico, su vecina, ni las tentativas hechas desde 1856 para apoderarse del Estado de Panamá, arrancándolo á Colombia, ó para neutralizar las ciudades de Colón y Panamá, consintiéndole establecerse entre tanto en las islas que guarnecen esta última bahía. Esta

política de extensión y absorción se ha ido desarrollando en progresión ascendente, conforme han ido creciendo las gigantescas fuerzas vitales de la gran República. Y si sus miras ambiciosas sobre el continente americano vienen de lejos, no hay más que fijarse en la historia.

Una de las figuras más venerables de los tiempos modernos en los Estados Unidos, fue la del General Grant, y en su tiempo cobraron alas desmedidas todas las ideas imperialistas. «Nuestra gran República—decía en uno de sus mensajes—está destinada á servir de guía á todas las demás. Las teorías gubernamentales cambian con el progreso general. Ahora que el telégrafo facilita el cambio rápido del pensamiento y completa la ventaja de las comunicaciones por medio del vapor, todas las partes del continente están igualmente bajo la mano de un solo Gobierno. No comparto los temores de quienes ven en la expansión territorial una causa de peligros y de desavenencia para los Gobiernos.» Mas si esto, después de todo, no era más que una opinión abstracta, que, en principio, tocando á todas, no puntualizaba ningún término personal y concreto de la cuestión, en otro Mensaje, en el de 1867, dirigía sus dardos más certeros, respecto á la cuestión de Santo Domingo, cuya anexión había sido abandonada por España. «Debemos aspirar—decía Mr. Grant—á la adquisición de Santo Domingo, en primer lugar, por la posición geográfica de la isla. Dominaríamos la entrada del mar de las Antillas y el Itsmo, que será paso obligado para el comercio. La posesión de la isla, que tiene un suelo fertilísimo, puertos naturales, seguros y amplios, clima sano, aumentaría nuestro comercio y haría progresar á nuestra Marina mercante. En caso de guerra extranjera, dominaríamos en aquel mar y evitaríamos que los enemigos se fortificasen en las inmediaciones de nuestras costas. La anexión de Santo Domingo entra de lleno en la doctrina de Monroe. Aconséjanla la protección de nuestro territorio nacional, el derecho que nos asiste para influir en el comercio universal, cuyas corrientes han de diri-

girse hacia Panamá, los intereses de nuestra Marina y la necesidad de abrir nuevos mercados á nuestros productos. Convencidos de las ventajas de la anexión de Santo Domingo y de las calamidades que la no anexión haría llover sobre nosotros, creo que basta iniciar la idea para que sea por todos aprobada.»

Esto, en realidad, no era una política nueva: esto no era más que una determinación más viva llevada á la conciencia del país, de una tradición más lata, que sólo se conservaba en vigor, previniendo las contingencias del porvenir, en las dependencias del Ministerio de Relaciones Extranjeras. La diplomacia americana en todas partes en realidad practicaba, lo que todavía los Estados Unidos, inseguros de su propio poder, no confiaban al temerario arbitrio de las armas. Medio siglo han gastado practicando ensayos de anexión en Cuba y favoreciendo y estimulando todos los elementos de insurrección que periódicamente habían perturbado la isla. Todavía, después de la de 1895, hubiera sido posible que no se hubiesen determinado al hecho definitivo, sin la aquiesciencia previa y la inteligencia con la Gran Bretaña. El aislamiento á que había sujetado Europa á esta gran potencia, ha sido la base de esa reconciliación. La triple alianza, desdeñándola y condenándola á una pasividad incompatible con el instinto de su propia existencia; la doble alianza amenazándola hasta de arrojarla del paso del Mediterráneo, son las que la han echado en brazos de los Estados Unidos, sin prevenir los peligros que de esta alianza habían de surgir para la paz y para el equilibrio del mundo. Entre todas las naciones, ninguna había tenido la imprudencia de revelar más públicamente su debilidad que España, en aquella desgraciada é inhábil empresa de Melilla, que fue la sepultura de nuestro crédito militar. En aquella empresa salieron á la superficie todos nuestros flacos, y apenas terminada la aciaga aventura, surgió el conflicto de la gran Antilla.

El error de Europa en permitir que hayamos llegado hasta

la guerra con los Estados Unidos, ha consistido en el gran peligro que había en dar á la República de la Unión la conciencia cierta de su poder militar y de la extensión de sus recursos. El resultado está á la vista. La derrota de España ha señalado al mundo la aparición de una nueva potencia de primera clase, cuyo poder es superior á los primeros poderes militares del viejo continente por la abundancia de sus medios y por el espíritu que ha alentado en aquel país, ante el cual ninguna empresa de dominación parece ya imposible. La venganza de Inglaterra ha sido tremenda. A la sola amenaza de que los Estados Unidos podían enviar una escuadra á las costas europeas, todas las grandes potencias se han amilanado, se ha obligado á España á acelerar la paz bajo cualquier suerte de condiciones vejatorias; los que no hace un año aún hablaban grueso, para que su voz resonara en todas partes, este año han perdido hasta el uso de la palabra. Las alianzas que sostenían ya la garantía de la paz, ya el temor de la guerra, de hecho se han quebrantado y puesto de manifiesto su inutilidad y su ineficacia. Alemania, so pretexto de los intereses del extremo Oriente, ha procurado reconciliarse inmediatamente con Inglaterra, cuando del lado de allá del Volga, con los brazos abiertos, le esperaba la lógica de la política trádicional prusiana. Italia busca el cable de protección de la Gran Bretaña. Francia abre su seno á la satisfacción de las codicias yankees, y Rusia, que aconseja y pide fórmulas para el desarme universal, ordena aumentar el número de sus construcciones navales y el número de sus barcos en su escuadra de las aguas de China, á donde los Estados Unidos se dispone á que se le ponga cubierto en la mesa del festín.

El desborde de la ambición de la América del Norte corresponde á esta suma de triunfos, en que los conseguidos sobre las atribuladas cancillerías de las grandes potencias de Europa son mayores y de mucha mayor trascendencia que los de Dewey en Cavite y los de Sampson en Santiago. Con la plena conciencia de estas victorias por todos los ámbitos de la gran

República del Norte, no resuena más que una voz: «La masa del pueblo americano—se dice—anhela vivamente sujetar á su imperio, bajo diversas formas, todas las regiones de este continente.» Y como grito de alarma, algún periódico escribe: «Las naciones del Sud-América, que por causa de la guerra cubana ó por otros motivos, se han mostrado enemigas de los Estados Unidos, no están en situación muy segura. El único protector que tienen contra su conquista y su repartimiento por la Europa, es la doctrina de Monroe, y, sin embargo, no se muestran en modo alguno favorables á la gran nación que existe en el Norte. Esta situación no puede durar. El águila del Capitolio será la única soberana desde el mar de Bering al estrecho de Magallanes.»

Estas frases que se repiten todos los días, y en todos los tonos, ¿no han de causar el efecto de un justo temor? Cuando después del protocolo de Cambon, los Estados Unidos se han vanagloriado con el regalo que se les ha hecho de Puerto Rico, ¿el senador Stephens Elkins, no ha dicho públicamente: «Toda nuestra política va á recibir un cambio profundo. No basta Cuba; no basta Puerto Rico. Necesitamos más territorios?» Al proyectarse nuevas obras para el canal de Nicaragua, ¿no ha tenido que protestar la cancillería de la República Mayor contra el hecho de que los Estados Unidos dispongan y resuelvan por sí sobre esta empresa, como si el territorio por que ha de llevarse á cabo no tuviera un poder soberano que lo posee; mientras la prensa *jingo* clama que el canal debe ser enteramente norteamericano, y norteamericano el territorio que atraviese, ya sea comprándolo á Nicaragua ó ya tomándoselo por la fuerza, si Nicaragua no quiere venderlo? ¿Qué significa todo esto?

Todos los pueblos que constituyen los diez y ocho Estados soberanos é independientes de orígen español están alarmados; todos conocen su infortunio para defenderse aisladamente contra una agresión súbita y brutal, como suelen ser las agresiones de los *yankees*. Ni un solo Estado deja de tener en la actualidad, para debilitarlo más, algún problema ya de or-

den interior, ya de carácter internacional, que lo preocupe, lo dislacere y conspire contra su fuerza. En Guatemala está fresca la sangre de la última revolución; en Venezuela pasa lo mismo; Colombia está bajo los *interdictos* de Italia; el Brasil tiene algunas provincias agitadas; el Uruguay se halla en una difícil interinidad; la Argentina contiende enérgicamente con Chile en el exterior y con sus entrerianos en el interior; Chile navega entre dificultades sin término entre su crisis financiera y sus divergencias con la Argentina, con el Perú y con Bolivia. Todo, por todas partes, son, como se ve, portillos franqueables.

La tendencia á la unión se impone del fondo de estos mismos conflictos y de estas mismas amenazas. En el Centro, la Confederación la han realizado ya el Salvador, Nicaragua y Honduras; pero no hay medio de reducir á Guatemala y Costa Rica. Méjico no cabe en estas federaciones; pero dentro de la suya propia pueden entrar Santo Domingo, Haiti y Cuba, si logra su independencia. En la parte septentrional de la América del Sur el Ecuador la propone á Colombia y Venezuela y en el Centro la Argentina con Roca caminará hacia ella, al menos con el Uruguay, el Paraguay y Bolivia. Del lado allá de los Andes se hallan Chile y el Perú con sus sangrientas heridas de ayer. La devolución de Tacna y Arica al Perú podrá dulcificarlas. Pero estas confederaciones parciales, ¿serán suficientes para prevenir los peligros comunes que se avecinan? Hay que confesarlo: no son bastante.

Si los movimientos de confederaciones nuevas que se dibujan en el horizonte ofrecen alguna ventaja efectiva, es que, si al cabo llegan á pronunciarse, vencerán la inercia de los pueblos, que es el mayor obstáculo que á ellas se opone. Una vez dado el impulso, el tiempo y la convicción del mutuo interés harán lo demás (1).

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

---

(1) En los momentos en que se imprime este pliego, recibimos *El Correo Nacional*, de Bogotá, del día 14 de Septiembre, con las bases de la

nueva Unión Iberoamericana, circulada á los Gobiernos de todas las Repúblicas de origen ibérico. Estas son:

1.ª Establecimiento de una tarifa idéntica para el cobro de los derechos de Aduanas sobre las mercancías de los países que no formen parte de la Unión. Dicha tarifa será discutida por un Congreso de Plenipotenciarios sobre la base de un derecho mínimo de un 60 por 100 del precio de los artículos empleados.

2.ª Los productos de las naciones confederadas, sean materias primas, sean manufacturadas, circularán dentro del territorio de la Unión libres de todo impuesto fiscal ó municipal.

3.ª Establecimiento de una Federación permanente entre los Estados que se adhieran á la Unión, á fin de defender la integridad de sus respectivos territorios contra todo atentado á su soberanía.

4.ª Abolición de la guerra entre las partes contratantes, sometiendo todas las diferencias al arbitraje de terceros, de origen ibérico.

5.ª Establecimiento de un Congreso permanente que alternativamente resida en la capital de cada una de las naciones hispanoamericanas que se adhieran á la liga, el cual estudiará el modo y la forma como los Estados confederados deben contribuir á la defensa de cada uno de los miembros de la Unión.

Esta Convención, en proyecto, abrazará las naciones siguientes: Méjico, Cuba, si logra su independencia, Santo Domingo, Haití, Guatemala, las tres Repúblicas de la Mayor del Centro Salvador, Honduras y Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, el Ecuador, Brasil, Paraguay, Oriental, Argentina, Chile, Perú y Bolivia.

Siendo una liga de toda la raza ibérica de América, á España se le concederán las mismas exenciones y derechos que los Estados Unidos de origen anglosajón pacten ó concedan á la Gran Bretaña.—P. DE G.

DE LA GUERRA

LAS CAUSAS DEL DESASTRE

VII

Tantas pueden ser las causas de los desaciertos cometidos en la última campaña, que, aun poniendo el mayor cuidado en el examen de los hechos y de los antecedentes de ellos, acaso, y muy fácilmente, nos escape alguna ó algunas de influencia decisiva; tal vez lo que hoy parezca á primera vista responsabilidad de un individuo ó una entidad, deba pesar sobre otro ú otras, por existir alguna desconocida razón justificativa del proceder de aquél ó aquélla, siendo disculpa para uno lo que resulte censura para otro. La guerra, cual todas las grandes manifestaciones de la actividad de las colectividades, tiene dos historias: una puede escribirla todo el mundo al compás mismo que los sucesos se desarrollan; fórmanla hechos públicos y notorios realizados á la luz del día, cuya gloria ó responsabilidad parece recaer, sin lugar á dudas, sobre determinadas personas; sus fuentes son las narraciones de testigos presenciales, conocedores solamente de la exterioridad de las cosas; los relatos periodísticos, por lo común precipitados, poco es-

crupulosos é influídos con harta frecuencia por pasiones del momento; todo se presenta en ella con claridad incontrovertible para las personas de espíritu ligero y superficial, que sólo miran las cosas por encima, dando excesivo crédito al testimonio de los sentidos, sin reparar que ni las aguas del mar son verdes, ni el cielo azul, aunque así los ojos lo atestigüen.

Por esto, para formar criterio histórico y pronunciar sentencias, no basta el exacto conocimiento de los sucesos; debe pensarse que al lado de esta historia externa hay otra historia interna, únicamente conocida por los que ejercen el mando supremo y por los más elevados funcionarios encargados de cumplir las órdenes de aquellos.

Consideraciones de muy diversa índole, que no vienen aquí á cuento, rodean las relaciones entre unos y otros de un misterio que á veces tarda años en aclararse ó no llega jamás á desvanecerse.

Esta historia, paralela á la anterior, suele dar la clave de cosas incomprensibles ó absurdas á primera vista; pero dicha clave no llega muchas veces á salir de las manos de quienes, por una ú otra causa, respetable en unas ocasiones, vituperable en otras, la guardan cuidadosamente.

Comenzamos el presente artículo con las anteriores consideraciones de carácter general, porque deseamos recordar lo dicho en el primero recalcando que ni por pienso es nuestra intención la de oficiar de acusadores de personas determinadas, no queriendo aparecer con pretensiones de distribuidores de responsabilidades. Ni á tal tarea somos aficionados, ni aun cuando lo fuéramos, tenemos los datos necesarios para emprenderla; y si volvemos á insistir en ello, es porque en el período de la campaña cuyo análisis comenzamos, son los sucesos de tal naturaleza, que culpas y torpezas pueden repartirse entre muchos; y la historia externa no proporciona luz suficiente para saber cómo y en qué proporción. Conste, pues: nuestra crítica se refiere á hechos, no á personas; la opinión y

los tribunales son los encargados de puntualizar las responsabilidades, aquilatadas con los documentos relativos á la historia interna de la guerra.

*
* *

El 29 de Abril zarpó de Cabo Verde la escuadra del Atlántico. ¿Cuál podía ser entonces el cometido que se le asignó y qué papel se pretendía hacerle desempeñar?

No es verosímil la suposición de que los directores de las operaciones creyeran en la posibilidad de alcanzar ventajas decisivas en el mar de las Antillas ni en las costas de la América Continental con esta escuadra, pues aquellas, para tener tal carácter, no podían ser otras sino las proporcionadas por batallas victoriosas libradas contra las flotas de combate del enemigo, cuya fuerza, muy sperior á la nuestra, no permitía lisonjearse con la esperanza de triunfos de tal índole.

Analizados ya los diversos planes que pudieron encomendarse á los barcos mandados por el General Cervera, con excepción del que se realizó, nos atendremos ahora á considerar éste. Si por los hechos hemos de juzgar, no se comprende á la verdad cual pudiera ser, inclinándonos á suponer no se perseguía con él ningún objeto positivo; ó, más claro, que sin haber realmente plan en la verdadera acepción de la palabra, íbamos á dejarnos llevar á remolque por los acontecimientos. Las excitaciones de la opinión, agitada por la prensa periódica, y concretadas en ella, empujaban al Gobierno á enviar á Cuba á toda prisa los buques anclados en Cabo Verde al declararse la guerra, y, como casi siempre, obraba la opinión á ciegas, sin saber lo que pedía ni para que lo solicitaba. Alarmada con las noticias de las primeras presas hechas por los americanos; sugestionada por el establecimiento de un bloqueo incompleto alrededor de la isla de Cuba; sin pesar ni medir las fuerzas marítimas que aquellos y nosotros teníamos en aptitud de poner en juego, reclamaba imperiosa é irreflexiva-

mente el envío inmediato de nuestras naves, y á juzgar por la impaciencia demostrada y el lenguaje empleado por los periódicos, parecía que aquella isla, con sus 150.000 soldados, era presa facilísima para el enemigo. No se reparaba que más eficazmente la defendíamos por el mero hecho de conservar y aumentar las fuerzas navales dispuestas á caer sobre el adversario, que arrojándolas sobre él en los primeros momentos peligrosamente fraccionadas.

Admitido el supuesto de operar directamente contra las escuadras que rodeaban la isla de Cuba, la primera necesidad era robustecer cuanto fuera dable la que allá hubiéramos de enviar, á fin de constituir una capaz de afrontar sin abrumadora desventaja la lucha con cada una de las adversarias. Mientras en los Estados Unidos se nos viera disponer de elementos que fueran aumentándose de día en día, con los cuales pudiéramos presentarnos en las Antillas, á nada decisivo se arriesgarían, pues bien claro se marcaba su propósito de no intentar formales desembarcos hasta derrotarnos en el mar: propósito de otra parte muy natural y acorde con los consejos de la más vulgar prudencia. Habríanse reducido todas sus empresas, durante algún tiempo, á mantener el bloqueo de las costas de la manera imperfecta como podían hacerlo en tanto la confianza de no tener enemigo serio de quien cuidarse no les permitiera llevar el fraccionamiento de los buques encargados de sostenerlo hasta el último extremo, única forma de hacerlo eficaz. Hubieran seguido los cañoneos como los de Cárdenas, Puerto Rico, etc., sin resolver nada y sirviendo sólo para disfrazar malamente la real inacción de nuestros adversarios, presentándolos ante el mundo como incapaces de imprimir á sus operaciones un fin positivo, y prolongando, con perjuicio de su prestigio, aun en su mismo país, su actitud expectante ante Cuba, natural objetivo para ellos de la guerra.

Pero para mantenerlos en tal expectativa era preciso alistar con extraordinaria actividad todos los barcos que pudie-

ran reforzar la escuadra del Atlántico, algunos de los cuales formaron luego la de reserva, la cual, á causa de la lentitud con que se procedió, no estuvo en disposición de hacerse á la mar sino cuando su acción llegaba ya tarde para influir en el resultado de la lucha, mientras que á disponerse de ella en tiempo hábil para unirla á la de Cervera, habríamos podido pretender operar en las Antillas, si no en condiciones de igualdad, por lo menos sin la abrumadora desproporción con que la escuadra del Atlántico hubo de luchar. Ya que no otra cosa cabría entonces intentar el levantamiento del bloqueo, con alguna esperanza de conseguirlo, si se tenía la suerte ó la habilidad de combatir separadamente y una á una con las escuadras enemigas.

De haber adoptado este juicioso plan (por entonces tan razonable, que nos lo atribuían gente tan competente como los marinos de guerra ingleses), la realización de él indicaba, como primera maniobra, la retirada de Cabo Verde á Canarias y el envío á estas islas de los refuerzos, ó en último extremo, al mismo Cádiz, si los movimientos del adversario lo hacían preciso.

No cabe duda de que opinión y prensa habrían puesto el grito en el cielo *por el abandono de la isla de Cuba*, cual si, como el gallego del cuento, estuvieran *solos* los 150.000 hombres que la guarnecían y los treinta buques de guerra afectos al Apostadero de la Habana, si bien incapaces de medir sus fuerzas con los acorazados y cruceros yankees, suficientes para luchar con los cañoneros é improvisados cruceros auxiliares que en varias zonas eran los que realmente sostenían el bloqueo. Al clamoreo de aquí habría respondido el de allá; pero si los que dirigen la guerra han de ser juguetes de la opinión indocta é irreflexiva; si el supremo interés de una campaña se ha de dejar á un lado por atender á imposiciones de secundarios intereses de localidad, no vale la pena de encargar á nadie del mando: tómese por mentor en cualquier redacción un gacetillero estratego; síganse los consejos de las tertulias

de café, ó acúdase donde lo pidan los medrosos gritos de comarcas ó pueblos amenazados por el peso de la guerra, pero no se piense que eso es el mando que debe mirar más lejos y más arriba; que debe dar el impulso y no dejarse llevar á empujones; que tiene la obligación de resistir á toda presión de quienes ni saben ni pueden saber que es lo más conveniente.

En muchas ocasiones, en diversos tiempos y diferentes países, ha sido origen de reveses y derrotas el que los directores de la guerra se hayan dejado influir por los clamores de la opinión pública, y sospechamos que, sin ser la única, ésta es una de las principales causas de los desastres sufridos en Cuba. Todo parece indicar que al enviar allí la escuadra se fué á remolque de lo que la gente pedía por falta de decisión para arrostrar la impopularidad de no socorrer aquella isla. Se comprende que en determinadas ocasiones se quiera evitar el enajenarse el apoyo de la opinión pública, pero aun cuando se temiera el efecto en ella de un movimiento retrógrado, hasta el punto de ver un peligro interior en la retirada á Canarias, no parece que por ello hubiera precisión de proceder como se procedió, pues púdose contemporizar, y mientras se preparaba la escuadra de reserva, encomendar á la del Atlántico operaciones sin carácter decisivo, donde, antes que á buscar ventajas, se atendiese á ganar tiempo, y sobre todo, á conservar los buques sin arriesgar combates de importancia mientras no se reunieran las fuerzas de las dos. Más adelante indicaremos cuáles, entre otras, pudieran haber sido estas operaciones; pero, desde luego, cabe calificar de pura demencia la decisión de arrojar la escuadra de Cervera con solos cuatro cruceros y tres torpederos enmedio de fuerzas colosalmente superiores.

¿Cuál podía ser el objeto de tal plan? ¿Derrotar al adversario en formal batalla? ¿Levantar el bloqueo? ¿Cooperar á la defensa, oponiéndose á los desembarcos y basándose para ello en una plaza como la Habana ó Santiago? ¿Hacer buenamente lo que se pudiera, sin llevar de antemano idea fija, ni saber lo que allí se iba á buscar?

Juzgando por los hechos, se siente uno inclinado á pensar que este último era el cometido de la escuadra, sin tener en cuenta que dados sus elementos y el sitio donde se la enviaba, nada bueno se podía esperar. En efecto, á no hacerse muchas ilusiones, no era posible soñar en derrotar al enemigo con sólo cuatro barcos en los lugares donde, acumuladas todas sus fuerzas, podían, aun divididas, ser notablemente superiores á las nuestras. No consiguiendo tales victorias, tampoco cabía abrigar pretensiones de obligarle á levantar el bloqueo: luego no era razonable perseguir ninguno de estos objetivos, *a priori*, imposibles de lograr. Quédanos por examinar el último supuesto.

En tesis general no se pueden evitar los desembarcos desde tierra cuando los transportes que conducen las tropas van convoyados por escuadras dotadas de numerosa y buena artillería. Como ya tocaremos este punto con alguna detención al ocuparnos de los verificados en Cuba, admítase por ahora esta afirmación y permítasenos dejar para más adelante el demostrarla. Sentada tal premisa, se llega lógicamente á la conclusión de que sólo las escuadras son aptas para impedir la realización de estas operaciones. Pero nos encontramos en el mismo caso que cuando hablábamos del bloqueo, pues tanto para hacer levantar este como para asegurar las costas cubanas, la primera necesidad era dominar los mares que las bañan y disponer de escuadras de fuerza suficiente para que ante ellas se vieran precisadas á huir las adversarias. Para llenar semejante cometido sólo dos métodos podía adoptar la enviada allí por nosotros: mantenerse en la mar entre las playas de la América del Norte y las de la Gran Antilla, ó arribar á un puerto como Santiago, la Habana ú otro de la costa Norte, para lanzarse desde él sobre las flotas que condujeran las expediciones. Aun sin hacer alto en la circunstancia ya señalada de faltarnos elementos para combatir en regulares condiciones, ni una cosa ni otra podían hacer los buques de Cervera con probabilidades de éxito. En el primer caso habrían de cruzar por el

canal Norte de la isla de Cuba, (que termina al Oeste en Cayo Hueso), al cual salen por el flanco septentrional el de Bahama y otros varios desembocaderos muy á propósito para la llegada de fuerzas enemigas, en tanto que por el Mediodía lo cierran los cayos y bajos de la costa cubana. Tan pronto como allí entrara la escuadra, hallaríase en un callejón sin salida, al que, como moscas á la miel, habrían acudido las naves todas del enemigo, rodeándola y aplastándola con el peso de una decisiva desproporción de fuerzas. En el segundo supuesto, y ya entrara en un puerto (cualquiera que fuese) por propia voluntad ó para escapar de fuerzas enemigas, quedaba anulada como elemento activo é imposibilitada para oponerse á ningún plan del adversario, por la obvia razón de que ya cuidaría éste de bloquearla. Los hechos han demostrado esto con harta elocuencia; pero para que no se diga que al hacer crítica á posteriori damos como única demostración de opiniones profesadas desde el momento mismo de la entrada de la escuadra en Santiago los sucesos con posterioridad acaecidos, indicaremos que por entonces muchas personas técnicamente competentes se asustaron al tener noticia del arribo de ella á aquella plaza, que los yankees juzgaron perfectamente la situación de nuestros buques, pintándola de un modo gráfico al decir que estaban *embotellados*, siendo entonces motivo de asombro, tanto para los marinos americanos como para los ingleses, el que la escuadra del Atlántico no saliera enseguida de dicho punto. —Pueden verse, en corroboración de esto, las revistas profesionales *Army and Navy Gazette*, de Londres, y *Army and Navy Journal*, de New York.

Y es muy natural que tal opinión formaran á priori cuantos supieran un poco de cosas militares, entendiesen algo en achaques de estrategia, ó aun sin esto, tuvieran presentes las enseñanzas de la historia, que en sus páginas registra grandes desastres como consecuencia del error, muchas veces cometido, de que fuerzas activas, que tienen su principal energía en la movilidad y la iniciativa, busquen resguardo al amparo de

plazas fuertes, cuya acción, puramente pasiva, apaga aquella energía, inmoviliza los ejércitos ó las escuadras, deprime el ánimo de unos ú otras, les hace olvidar el principal objeto que deben proponerse, finge riesgos extremos en todo lo que sea abandonar el abrigo de la plaza é inutiliza las mejores tropas, que al presentarse frente al adversario van ya medio vencidas. En tales casos, cada día transcurrido sin decidirse á abandonar el refugio se lleva algo de la confianza en las propias fuerzas, y cuantos más pasan tanto más mengua el propio concepto, llegando, por último, á perderse por completo la esperanza de salir airoso en empresas que acometidas en otras ocasiones con ánimo esforzado, después de sufrir la deletérea influencia que las plazas ejercen sólo se arrostran por deber y con la resignación del que marcha al sacrificio. No cabe duda de que tal estado de espíritu es poco propicio para vencer grandes dificultades.

Por las razones anteriores, tanto en España como en el extranjero había muy pocas personas competentes que creyeran en la existencia de un plan, cuyo objeto fuera una acción de la escuadra del Atlántico contra el grueso de las fuerzas enemigas, ni que la supusieran el propósito de encerrarse en Santiago de Cuba ni en la Habana. Quien estudiara la cuestión atentamente había de pensar que sólo trataríamos de ganar tiempo mientras alistábamos otros buques, sin empeñarnos en ninguna operación decisiva, buscando pequeñas ventajas y esquivando el bulto. Tan natural parecía esto, que el 21 de Mayo *The Army and Navy Gazette*, de competencia en tales asuntos universalmente reconocida, decía lo siguiente: «La »escuadra del Almirante Cervera ha sido vista en aguas de »Curaçao, y evidentemente su táctica será la de amagar y es»capar, procurando aprovechar las menudas ventajas que cir»cunstancias fortuitas ó inesperadas puedan proporcionarle.»

VIII

Entre las operaciones de menor cuantía que la escuadra del Atlántico pudo emprender para no aparecer sumida en la inacción ni verificar un movimiento retrógrado en los comienzos de la campaña, llaman principalmente la atención dos objetivos: en alcanzarlos pudo muy bien invertirse el tiempo que la escuadra de reserva tardara en ponerse en disposición de reforzarla. Era uno de ellos, no el levantamiento del bloqueo, pero sí distraer las principales fuerzas que lo mantenían para facilitar la llegada á la isla de Cuba de barcos mercantes, demostrando así lo ilusorio de dicho cerco; el otro pudo ser atacar al comercio yankee yendo á cruzar en una de las zonas más frecuentadas por los trasatlánticos americanos.

Como la escuadra española había de tomar distintos rumbos, según ejecutara uno ú otro plan, examinaremos en primer lugar el segundo, pues el primero, por requerir el mismo que se llevó al iniciar las operaciones, lo consideraremos al analizar estas.

Entre las Azores y Terranova pasan la mayor parte de los derroteros seguidos desde los Estados Unidos á Europa por los numerosos barcos yankees que hacen esta carrera. En la época en que el Almirante Cervera abandonó el fondeadero de Cabo Verde, sabíase que las escuadras enemigas estaban ancladas en los puertos de su país ó cruzando por las costas de Cuba, atendiendo unas al bloqueo y ocupadas otras en la persecución de nuestro comercio en el mar de las Antillas y en el golfo de Méjico; las demás se hallaban en situación expectante de lo que la nuestra intentara á su salida del archipiélago portugués.

Tomando al zarpar rumbo á las Antillas, y modificándolo luego para navegar en dirección á Terranova, pocos días eran necesarios para llegar á cortar los derroteros señalados sin aproximarse á más de tres singladuras de la costa americana; y cruzando durante unos cuantos en dichas aguas, no hubiera sido difícil hacer algunas buenas presas sin correr el menor riesgo. Fácil es convencerse de ello: manteniéndose á la distancia indicada de los puertos americanos, lo más pronto que la primera noticia de la presencia de la escuadra en tales parajes podría llegar á ellos era tres días después de la llegada; aun sin hacer cuenta del tiempo necesario para comunicar órdenes á las flotas enemigas, y dando por supuesta la inmediata salida de ellas á la mar, habíanles de ser precisos otros tres ó cuatro para llegar donde la nuestra se hallara. Tenía ésta, por consiguiente, cinco ó seis á su disposición para moverse en libertad antes de pensar en retirarse con tiempo y delantera suficiente para no poder ser alcanzada por los adversarios; y en dicha zona y en tal plazo era posible hacer muchas y valiosas presas, que tal vez no fueran las últimas, pues de camino hacia Europa se ofrecerían probablemente ocasiones de aumentar su número, sirviendo de compensación á las pérdidas experimentadas por los armadores españoles con las muchas que los americanos nos hicieron al comenzar las hostilidades.

Y no era el lugar indicado el único á propósito para tal empresa, pues entre las costas occidentales de Irlanda y el golfo de Gascuña, habría sido fácil recoger abundante botín, con riesgo aún más remoto.

Además de su sencillez y del escaso peligro que en llevarla á cabo se corría, abonaba esta operación la conveniencia de hacer sentir á los americanos el peso de la guerra en los primeros momentos de ella; pues, no sólo era lógico procurar dañar al enemigo en sus intereses, cuando había pocas esperanzas de dañarle en sus fuerzas, sino muy político el hacerlo.

Entrando ahora á considerar el viaje de la escuadra, y

procediendo en justicia, debemos reconocer que se verificó hábilmente, logrando despistar al enemigo, hasta el punto de que oficialmente se comunicó al Ministerio de la Guerra Americano la noticia de su llegada á Cádiz, el 10 de Mayo, y el 11 se presentaba en la Martinica.

En realidad el viaje fue sumamente lento, pues se emplearon trece días en recorrer una distancia de poco más de 2.000 millas, (que es la que separa á Cabo Verde de aquella isla) cuando á las velocidades medias podían los cruceros salvarla en la mitad de tiempo. Pero si se tiene presente que para evitar el encuentro de otros buques, con seguridad no se seguiría la derrota acostumbrada, y reparando en la falta de urgencia de llegar en corto plazo, pues, por el contrario, era ventajoso retrasarse un poco para dar lugar á que los movimientos de las escuadras adversarias revelaran las intenciones del enemigo, no hay motivo para censurar la lentitud en la marcha.

Era oportuno tocar en la Martinica ó en cualquiera otra isla de las Antillas Menores antes de aventurarse en el Mar de las Antillas ó en los canales del Norte de Santo Domingo y Cuba, pues de no tomar tal precaución, merced á la cual podía el Almirante adquirir noticia de la situación de las escuadras, corríase el riesgo de ir á caer enmedio de fuerzas superiores.

Pocos informes positivos podría recoger acerca de tal situación el General Cervera en aquella isla: enteraríase allí solamente de los reconocimientos ofensivos verificados por buques yankees de escaso poder en diversos puntos de la costa Norte de Cuba; seríale probablemente comunicada la noticia de la permanencia de la división del comodoro Schley en Hampton Roads; pero es casi seguro que no lograría saber nada concreto respecto á la situación y rumbo de la de Sampson. La conclusión que de estos datos se deducía, era que la mayor y más respetable parte de las fuerzas enemigas se hallaba, según los indicios, al Norte de las grandes Antillas, y de aquí provino, sin duda, la determinación de dirigirse á

Curaçao, tanto por ser ruta bastante segura á causa de su alejamiento de aquellos mares, como por ser dicha isla punto adecuado para adquirir noticias más recientes y positivas de la escuadra principal del enemigo, antes de aventurarse en los parajes cercanos á Cuba.

El 14 llegaron el *Teresa* y el *Vizcaya* á Willemstad (Curaçao), quedándose fuera los demás cruceros; á la caída de la tarde del 15 salieron aquéllos, y el mismo día regresó el torpedero que se había enviado de explorador. Como consecuencia de la permanencia en aquel puerto y de las noticias que dicho buque trajo después de comunicar en alta mar con un correo español, se enteraría el Comandante de la escuadra del ataque á Cienfuegos, realizado el día 11; del bombardeo de Puerto Rico, el 12; de la salida de Schley de Hampton Roads, el 13, y de la llegada de Sampson á Puerto Plata el 14.

Entonces fue cuando indudablemente debió de adoptarse la resolución de dirigirse á Santiago de Cuba; y ahora ya sorprende se tardara de tres y medio á cuatro días en una travesía que, además de poder hacerse en menos tiempo, era conveniente verificar con rapidez. Es asimismo extraño que se marchara á dicho puerto como hacia él no empujara la carencia ó escasez de elementos para seguir navegando sin reponer antes los que faltaran ó pudieran escasear para llegar al término del plan adoptado. Dados los antecedentes adquiridos en Curaçao, donde seguramente se comunicaría con el Ministro de Marina, con el Capitán general de Cuba y con algunos Cónsules de las Antillas, podía deducirse que Sampson, por el Norte, marchaba de Puerto Rico á La Florida, Habana, ó, cuando menos, á las costas de Cuba; que la escuadra de Schley, haciéndose á la mar al día siguiente de recibir en los Estados Unidos la noticia del arribo de los españoles á la Martinica, claramente delataba uno de estos intentos: ir al encuentro de ella directamente; reforzar el bloqueo de Cuba, esperándola en alguno de los pasos obligados del mar de las

Antillas ó del Oceano á los canales entre las islas de Bahama y la de Cuba. Por último, sabíase que al Sud de esta isla había unos cuantos buques, pocos y de escasa resistencia, en las cercanías de Cienfuegos.

Pudo reflexionarse entonces que en tanto las flotas enemigas llegaran á puerto, ó mientras las alcanzaran los barcos que el Gobierno americano enviara en su busca, ni podrían tener noticia de la llegada á Curaçao de la española, ni recibir órdenes, ni comenzar á buscar á ésta. Haciendo un cálculo muy poco optimista, se podía suponer que nada de esto ocurriría, al menos en cuarenta y ocho horas, y de haberse querido dar un golpe de audacia y de gran efecto, había posibilidad de ello poniendo la proa á Cienfuegos para caer sobre los buques bloqueadores de la costa Sud, y después de hacer en ellos una *razia*, alejarse de nuevo, huyendo de la proximidad de las costas, dejando la Jamaica al Oriente, primero, y luego al Norte, para huir de estrechos y canales, tomando la vuelta de Canarias atravesando las Antillas Menores, ó yendo á Puerto Rico á renovar la provisión de carbón, si fuera necesario para seguir el viaje. Aunque muy audaz, tal correría era practicable dado lo que de la situación de las escuadras adversarias se sabía y merced á la notable marcha (si la que el *Anuario oficial* consigna no era falsa) de los cruceros; pues sin llegar ni con mucho á la máxima, que sólo se emplea en momentos decisivos, dos días y medio bastaban para llegar á la altura de Cienfuegos. Aunque se emplearan otros dos en la caza; aun cuando las flotas del Norte acudieran tan pronto como recibieran el aviso de nuestra presencia en el Sud; aun en el caso más desfavorable de llegar una por el canal de Yucatán y la otra por Cabo Cruz, navegando la nuestra rectamente al Sud, y á toda velocidad hasta los diez y seis ó quince grados de latitud, era punto menos que evidente que lograría escapar, hasta en el supuesto de que tropezara con el enemigo—cosa muy difícil,—pues le aventajaba en marcha, y en aquellos mares no corría peligro, como en los del Norte, de

verse acorralada entre cayos é islotes por fuerzas concurrentes en distintas direcciones.

Este plan, según lo dicho perfectamente ejecutable, podía combinarse á la salida de Curaçao, pues se observará que al hablar de él no nos hemos apoyado en lo que los yankees hicieron durante el tiempo necesario para desarrollarlo, ni en la situación de sus barcos con posterioridad conocida, habiendo sólo hecho referencia á lo que, al tiempo de salir de Willhemstad, se sabía con certeza; y la parte contingente es el mínimun de la que en todo plan de guerra ha de haber forzosamente.

Pero, admitiendo por un momento que se considerase esta empresa demasiado atrevida, todavía pudo en aquella misma época haberse emprendido otra de las de mucho ruido y pocas nueces, pero de gran efecto moral: una expedición á las costas de los Estados Unidos en el Atlántico.

Esta operación, que los datos sobre posiciones de las escuadras á la salida de la nuestra de Curaçao, indicaban como fácil, se prestaba á ser conducida sigilosamente hasta llegar al litoral, adoptando un rumbo que dejara bien lejos hacia el Oeste el Archipiélago de Bahama; pasando del mar de las Antillas al Atlántico, ora por el canal de la Mona, entre Puerto Rico y Santo Domingo, ora por cualquiera de los numerosos pasos que separan las innumerables islillas situadas en el espacio que media desde Puerto Rico á la Guadalupe; pudiendo perfectamente ocultarse de las costas, sin más que tener cuidado de embocar el canal que se eligiera al cerrar la noche del día 16, con lo cual la luz de la mañana del 17 llegaría cuando ya los buques estuvieran á tal distancia de tierra, que no serían vistos desde ella.

De los dos caminos indicados, parece más conveniente el segundo, pues acaso la isla de Puerto Rico estuviera especialmente vigilada por avisos enemigos. Una vez en el Atlántico, seguiríase otro día con rumbo al N. NE. para dejar por la popa la derrota de los trasatlánticos que de Europa van á la

América Central, á fin de evitar la contingencia de que alguno viera á la escuadra en marcha hacia las costas de los Estados Unidos. Con la más exquisita vigilancia, durante el día se procuraría esquivar los encuentros; y cuando quedaran atrás aquellos derroteros, sería ocasión para rectificar el propio, dirigiéndole rectamente hacia los puertos de la Carolina ó la Virginia, donde podía llegarse á los cinco días de salir de Willhemstad. Bombardearíase uno ó dos, con intento de hacer mayor daño á las poblaciones que á los fuertes, sin emplear en esta empresa arriba de veinticuatro á treinta y seis horas para no dar lugar á que las escuadras americanas tuvieran tiempo de acudir desde el Sur antes de haber verificado nuestra retirada.

De realizar esta operación en tal forma, en la tarde del 20 ó en la mañana del 21 de Mayo se habría llegado al objetivo, y el 22 se estaba ya en franquía para dar la vuelta hacia Canarias.

El 20 navegaba Schley en aguas del Cabo de San Antonio; hacíase Sampson al mar desde Cayo Hueso, en demanda uno y otro de la escuadra de Cervera, que, habiendo sido vista en Curaçao, pensaban, como era natural, caminaba hacia Cuba, y á la cual salían á encontrar por el Norte el último, y por el Sud el primero, de dicha isla.

Entre lo que el aviso de la presencia de aquella en el Norte tardara en encontrarle, y el tiempo que Sampson, el más cercano, invirtiera en la marcha, no le era posible, por mucha actividad que desplegara, llegar con tiempo para alcanzar á nuestros buques. Además, la ruta que tenía que tomar era obligada, y por tanto, ejerciendo vigilancia en la dirección de ella, no se puede admitir que una escuadra que, como la nuestra, aventajaba notablemente en velocidad á la enemiga, fuera sorprendida ni forzada a combatir.

Con uno y otro de los dos planes considerados se lograba el objeto primordial que debíamos habernos propuesto, que era el de exponer la escuadra todo lo menos posible; ganábase

tiempo para la preparación de la de reserva, haciendo que las fuerzas del adversario anduvieran de un lado para otro, sin lograr ventaja ninguna, desatendiendo el bloqueo, que pudiera haber sido burlado por buques mercantes preparados al efecto, y haciendo un desairado papel en su país y en el extranjero; levantábase en cambio el prestigio de nuestra Marina, en realidad á poca costa, y como término de tales correrías preparábase en buenas condiciones la unión de la escuadra de reserva á la del Atlántico en Canarias ó en Cádiz, constituyendo una apta para emprender campañas de más positivos frutos.

Los que cabía recoger de las últimamente consideradas, eran diversos: con el ataque á los barcos bloqueadores del Sud, pudo habérseles hecho verdadero daño, si bien no de gran entidad para el enemigo por tratarse de buques de mediana calidad y escaso porte; pero ventajas de tal índole, no por pequeñas dejan de tener importancia, sobre todo cuando las logra el combatiente que es reconocidamente más débil. Hubiera sufrido el bloqueo un golpe efectivo de mucha resonancia; y sin ligar la suerte de nuestros cruceros á la de tal ó cual puerto de la isla de Cuba, cooperábase á la defensa de ella, pues el temor á la escuadra española influiría más que antes en nuestros enemigos, haciendo aumentar las vacilaciones, que durante mucho tiempo sintieron antes de decidirse á verificar formales desembarcos: que ya por entonces corría muy válida, en los Estados Unidos, la opinión de que sería muy conveniente aplazarlos para el otoño, siendo muy probable no comenzaran hasta dicha época, á no haber despejado de riesgos el horizonte la permanencia en Santiago de los buques mandados por el Almirante Cervera.

Al hablar del ataque á las costas yankees, hemos comenzado por decir que era empeño de los de mucho ruido y pocas nueces; y nos expresamos así porque, en realidad, los resultados positivos habrían sido insignificantes, y, según todas las probabilidades, menores que los que podían alcanzarse en el

Sud; pero el efecto, en la opinión indocta extraordinario y el escándalo en los Estados Unidos mayúsculo, dando lugar en dicho país á reconvenciones agrias contra el Gobierno y la Marina.

Considerando uno y otro supuesto con respecto á España, no cabe duda de que así se hubiese satisfecho á la opinión pública, sin enviar la escuadra al sacrificio, levantando, además, el espíritu en Cuba bastante mejor que encerrándola en Santiago ó en la misma Habana; pues, aun haciendo caso omiso de que si pretendía llegar á la capital es verosímil fuera destrozada en el camino por las fuerzas superiores del enemigo, no habría sido allí mucho más útil que en Santiago, porque tan bloqueada quedaría en uno como en otro puerto; que el error no estaba en que la ratonera fuera mayor ó más pequeña, ni en que estuviera aquí ni allá, sino en meterse en ella.

Acaso á primera vista parezca á algunos muy extraordinario que presentemos como fácil la obtención de ventajas sobre un enemigo notablemente superior; pero si bien se reflexiona en la causa de ello, se comprenderá que la razón estriba, no sólo en la superior velocidad de nuestra escuadra, sino acaso, y más principalmente, en la inapreciable ventaja que en la guerra lleva el combatiente que toma la iniciativa sobre quien pasivamente espera los sucesos para ir á remolque de ellos: ventaja tanto más patente, cuanto más extenso es el teatro de operaciones. En el caso concreto á que nos referimos, habían los yankees de atender á cubrir el bloqueo de Cuba, y podían ser atacados, no sólo en los mares que circunvalan esta isla, sino en todo el desmesurado litoral de los Estados orientales, desde el Cabo Sable á la desembocadura del río de Santa Cruz.

A causa de su situación expectante ante los movimientos de nuestra flota, libre para moverse sin preocuparse de si dejaba descubierto tal ó cual paso ni cuidarse de defender nada, tenían forzosamente nuestos enemigos que estar en una cons-

tante incertidumbre acerca del punto donde Cervera se presentaría con sus cruceros. Este sabía siempre donde podía dirigirse para ofender al adversario vulnerable alrededor de Cuba y en todas sus costas, que ni cambiaban de sitio ni se alejaban. En tanto los americanos no tenían sino un objeto sobre el que descargar sus golpes, las naves españolas, que en constante movimiento, nunca se sabía á ciencia cierta ni donde estaban, ni á donde marchaban, mientras no cometieran la imprudencia de aventurarse en las zonas donde los rumbos están de antemano marcados entre bancos, islas y cayos, únicos lugares en los que podía facilitarse la tarea de los yankees. En suma, la diferencia entre la situación de unos y otros era la que puede existir entre dos tiradores, de los cuales uno hace fuego sobre un batallón á pie firme y el otro sobre un pájaro al vuelo.

Es cosa harto sabida por quienes se han dedicado á estudiar la historia de las guerras terrestres ó marítimas, que el que, como nuestros enemigos, se mantiene ó tiene que mantenerse á la espectativa, enfrente de un contendiente maniobrero y resuelto, llega siempre tarde á todas partes. Es natural: cuando se tiene noticia de la presencia del adversario en un punto ya no suele estar éste en él, y generalmente se ignora á dónde se dirige; comienza por sorprender la noticia, pues por lo común se le espera por todas partes menos por donde aparece; es preciso luego cerciorarse de la exactitud de ella, para no proceder de ligero; desechar planes fundados sobre distinta base é idear otros, meditando cuáles podrán ser los propósitos del enemigo y cuál el medio mejor de hacerlos fracasar; comunicar órdenes para realizarlos y esperar su ejecución. Se acierta ó no se acierta en las conjeturas, con más frecuencia lo segundo; pero aun admitiendo lo primero, todo ello consume tiempo, y no poco, precisamente cuando los minutos son de inapreciable valor. Mientras tanto, el que toma la iniciativa va marchando y acercándose á su objetivo, con la doble ventaja del tiempo y el espacio, de inestimable valor en la guerra. Y todo esto no tiene nada de extraordinario, pues

lo mismo ocurre en el mundo, donde, por regla general, suele siempre llegar antes el que va delante. Cuando no se trata de medir fuerzas desproporcionadas y librar batallas, sino de maniobras y marchas, basta ser más ligero y tener la iniciativa para lograr el objeto, y aun para tales empresas la mucha fuerza estorba á veces.

Para ultimar este asunto, sólo queda por tomar en cuenta un factor sumamente importante, del cual pudiera depender la posibilidad ó imposibilidad de realizar las operaciones indicadas: el carbón necesario para llevarlas á cabo.

Tres de los cruceros tenían un radio de acción de 9.700 millas y uno de 8.300, lo cual da un promedio de 9.300 para la escuadra, supliendo en uno de los puertos donde se entró ó se hubiera de entrar lo que á éste le faltara, tomándolo de la provisión de los otros. Considerando que con ellos iban los torpederos, con los que habría que hacer lo mismo, podemos reducir la amplitud de movimientos á 9.000 millas, y en último caso, si estos barcos eran un obstáculo en este concepto, desde Curaçao pudieron enviarse á Cuba. El mayor de los recorridos exigido á la escuadra para desarrollar los planes analizados no llegaba, aun con los rodeos, á 9.000 millas, y por tanto el carbón no podía ser obstáculo para llevarlos á cabo, y más si se tiene en cuenta que en último extremo, dirigiéndose en un caso á las Azores y en el otro á Cabo Verde, era posible disminuir notablemente las necesidades de combustible. Allí, con arreglo á las leyes por que se rigen los neutrales, podía hacerse carbón en la cantidad necesaria para llegar al puerto español más cercano.

Si á lo anterior llegara á objetarse que por no llevar la escuadra completa su dotación de combustible no estaba en aptitud de emprender operaciones de amplio desarrollo, viéndose en la precisión de arribar á un puerto, convendremos en ello; pero si bien en dicho caso no será justo hacer cargos por falta de pericia, en cambio surgirá otra responsabilidad mayor y menos disculpable: la resultante del inconcebible descuido, y

de lo absurdo de la determinación de echar al mar una escuadra desprovista de lo necesario; acaso cambie la persona sobre quien recaiga la mayor culpa del desastre, pero en cambio el peso de ella será mucho más abrumador: lo uno sólo indicaría desacierto é impericia; lo otro, falta de celo, sin que tal mudanza pueda eximir de la censura formulada.

Poco resta ya que agregar para dar por terminadas las observaciones que un cuidadoso estudio de los hechos y de las situaciones creadas por ellos nos han sugerido respecto al viaje de Cabo Verde á Santiago de la escuadra que á la salida de este puerto dejo de existir. Unicamente haremos notar que á la llegada de ella á la Martinica era ya conocido el desastre de Cavite, habiendo transcurrido desde entonces tiempo suficiente para que, meditando sobre nuestra situación en Filipinas, pudiera pensarse en cuanto dijimos en nuestro anterior artículo acerca de este punto. Llevando—como parece que llevaba—á Cuba por objetivo, al llegar á la Martinica tenía la escuadra una espinosa y dificilísima tarea que llenar sin probabilidades de éxito, ni aun para el más optimista si entendía un poco en achaques de guerra; presentábase en cambio en el extremo Oriente posibilidad de alcanzar ventajas patentizando firme resolución de sostener la bandera en Filipinas. No parecía dudosa la elección, y esta es una de las pocas cosas en que la voz pública no andaba descaminada; no habiendo la excusa, para quien la haya menester, de no habérsele ocurrido la idea, pues que á gritos se hablaba de ello en las calles.

Como ya hemos examinado con detención este plan, partiendo de Cabo Verde, sólo agregaremos ahora que el tiempo para realizarlo desde la Martinica no aumentaba sino en unos cuatro á seis días. Lo dicho entonces acerca del combustible es perfectamente aplicable al caso que ahora tratamos, y en cuanto á la fecha de llegada oscilaría probablemente alrededor del 20 de Junio, es decir, antes de la llegada de los refuerzos yankees salidos de California.

Entró la escuadra del Atlántico en Santiago de Cuba el 19

de Mayo; rondaban alrededor de este puerto unos cuantos barcos enemigos de escasa resistencia que recientemente lo habían cañoneado; y al embocar el puerto nuestros cruceros sin hacer caso de ellos, más bien que como fuerzas de auxilio se presentaban cual acosados fugitivos que buscaran amparo en el fondeadero; actitud tanto más extraña cuanto que las escuadras de combate del adversio se hallaban en tal día en Cayo Hueso, á gran distancia de la nuestra. Ni el apresuramiento en ganar la bahía sin cuidarse de procurar hacer daño alguno á las naves bloqueadoras, ni la situación de aquella eran para que ningún español se enorgulleciera ni se regocijara; y á pesar de todo fue general en España el alborozo, promovido acaso principalmente por personas en quienes la competencia técnica que debían tener hacía inverosímil estimaran aquella operación como un éxito. Sin embargo algunos veían las cosas con mayor claridad, constituyendo para ellos motivo de seria inquietud la desfavorable situación de nuestra flota. Desgraciadamente estos pocos estaban en lo firme: ellos y nuestros enemigos, que viendo claramente el partido que podrían sacar del encierro de la única flota española en estado de navegar, decían en una de sus más autorizadas Revistas navales: «Los españoles se han engreído cuando su escuadra »ha ganado el puerto; pero si la más fuerte de sus flotas se »*embotella*, ¿no es esto una confesión de debilidad que será » fatal para las pretensiones españolas?»

IGNOTUS.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Criminología: Puñal y revólver.=Arqueología: Claustros románicos españoles.=Política: Enseñanzas de la guerra hispanoamericana.=Psicofísica: Psicología de las hormigas.=Sociología: ¿Qué harán nuestros hijos?—¿Qué haremos de nuestras hijas?=Filosofía: León Tolstoï.—La filosofía de Nietzsche.=Tiquis miquis literarios: La patología en aumento ó disminución.—Jugar toros.

CRIMINOLOGIA

Puñal y revólver.—Los que en el campo del derecho penal han dedicado sus estudios á la antropología y á la sociología criminal, se han ocupado de la constitución del homicida, de las varias categorías en que puede entrar, de los móviles que le impulsan á la comisión del delito, de la influencia que en él ejercen el temperamento, la raza y el ambiente social y económico; pero ninguno ha estudiado *exprofeso* el arma con que se lleva á cabo el crimen, el instrumento que corta la vida del uno, abriendo al otro las puertas de la cárcel.

Angiolini hace ese estudio en la *Rivista moderna di Cultura*, y sostiene que, lejos de ser indiferente para conocer el tipo del criminal, el arma empleada puede ayudar para reconstruir en su verdad y en su esencia el tipo exacto del delincuente.

«Si para llegar á ser—decía Rousseau en el *Emilio*—el rico heredero de un hombre á quien jamás se hubiese visto,

de quien nunca se hubiera oído hablar, y que habitase allá abajo, en el fondo de la China, bastase oprimir un botoncito para hacerle morir, ¿quién de nosotros no oprimiría tal botón?»

Arriesgada es la pregunta, y el hombre más honrado se queda dudoso un instante, impresionado por su crudeza. Basta que la víctima esté lejana, *allá abajo*, *en la China*, basta que su rostro, aunque humano y semejante al nuestro, sea desconocido; basta que no se vea vacilar y caer su cuerpo ni aparezca delante la angustiosa agonía de la muerte, para que aquel crimen, sentido al principio como cosa enormísima y terrible, parezca, en cierto modo, menos anormal y repulsivo.

Quizá por esto—porque no tienen presentes y vivos ante sí los horribles sufrimientos de los moribundos, de los mutilados, porque no ven el rojo arroyo de la sangre vertida—los gobernantes, los Ministros, deciden en un momento la guerra, lanzando unas contra otras enormes masas de pueblo inconsciente ó mandando la flor de la juventud á combatir contra patriotas más ó menos bárbaros.

En la antigua sociedad humana dominaba la fuerza muscular, la energía del brazo, el valor guerrero; entre nosotros, por el contrario, triunfa la inteligencia que, naturalmente, reviste el aspecto de la astucia y llega á veces al grado criminoso del fraude. A una sociedad guerrera, como diría Spencer, ha sucedido una sociedad industrial, y así el delito guerrero, del que es típico ejemplo el homicidio al arma blanca, ha sido sustituído por el delito intelectual, en el que predominan la astucia y el fraude, aunque el fin sea sanguinario. No todos, sin embargo, han sentido tal modificación, ni sabido adaptarse á las exigencias del ambiente transformado, y como en la época actual hay quienes combaten en la lucha por la existencia con armas superiores y perfeccionadas hay también quienes permanecen rezagados en punto á procedimientos para combatir.

El que por una disputa de dos ó tres céntimos clava el pu-

ñal en el vientre del adversario, ó el que, irritado por el humo que penetra en su habitación, rompe á martillazos el cráneo del vecino que le ocasiona aquella molestia, se asemejan en sus líneas generales á aquellos bárbaros, tan bien descritos en *La Guerra* de Letourneau, que con entusiasmo se baten cuerpo á cuerpo y reputan por mejor al que mayor número de cabezas ha logrado separar del tronco.

Ahora bien; Angiolini se atreve á sostener que esos homicidas por tres céntimos ó por un poco de humo, darán el golpe con el puñal ó con el martillo, pero nunca emplearán la pistola ni el revólver. Suprimid en los casos citados el martillo ó el puñal, sustituidlos por el arma de fuego, y la figura atravesada del criminal se desvanece hasta el punto de no poderla reconocer.

Con el revólver pone fin á sus días y á sus culpables amores la señora elegante; con el revólver mata á la esposa adúltera el marido ultrajado; con el revólver hieren y se proporcionan súbita venganza todos aquellos á quienes la ocasión hace criminales. Pero apenas salido el tiro, los ímpetus se desvanecen y el homicida comprende entonces toda la importancia del hecho; no puede asistir á los sufrimientos del herido y, arrojada el arma, huye si no la revuelve contra sí mismo ó si, recompuesto el ánimo, no presta al herido los primeros socorros. Esto ocurre porque semejantes homicidas matan sin pensar en las terribles consecuencias de su propia obra.

Pero quien mata ó hiere por lujuria de sangre, quiere ver de cerca los sufrimientos de la víctima, quiere palpar sus carnes, sentir penetrar el arma propia en el cuerpo del adversario, y en tal caso la pistola y el revólver le estorban; es mejor la navaja, que se puede esconder, con la que se puede embestir de cerca y repetir los golpes sin temor á que el rumor del arma sea oído por nadie; es mejor la segur, que puede de un golpe echar abajo al adversario.

No queremos decir por eso que el arma por sí sola sirva para distinguir el delincuente nato del pasional; basta pensar

que el arma algunas veces es la marca del oficio y caracteriza lo que Tarde llamaría delincuencia profesional. Recordando, sin embargo, cómo las profesiones revelan la naturaleza del individuo, no deberemos olvidar que quien va armado de navaja ó de cuchillo, que siempre lleva consigo las armas del oficio, demuestra por ende su tendencia á la riña, como la señora que tiñe de rubio sus cabellos negros, descubre su naturaleza ligera y su afán de figurar y de agradar.

Así aparece la diferencia sustancial entre los que usan el puñal y los que emplean el revólver. El atávico, en cuyas venas discurre la sangre de los bárbaros, no podría sentirse atraído por las armas de fuego, que satisfacen otras exigencias y fines muy distintos de la lucha individual.

Al hombre normalmente constituído produce dolor tanto el pensamiento como la vista de los sufrimientos de otro, pero claro es que los nervios se sienten menos impresionados por el simple pensamiento de un dolor, que por la presencia real y efectiva del que sufre; por eso damos limosna al hambriento que nos sale al paso, mientras la rehusamos á los muchos hambrientos que no vemos.

El que hiere con martillo, con navaja, con piedra, muestra no tener repulsión, no ya al pensamiento, pero ni aun á la vista de los dolores y sufrimientos del otro; al acercarse á su víctima, no pueden ocultársele las contracciones dolorosas de su rostro, sus esfuerzos para rebelarse y defenderse, sus miradas suplicantes, que invocan gracia; mientras que quien hiere con revólver ve confusamente, recogidas en breve momento, aquellas fases que ante el otro se desarrollan lúgubres en largo lapso de tiempo. Además, el mismo alejamiento, lo que podría llamarse discontigüidad entre matado y matador, es otro hecho que disminuye el espanto en quien comete el delito.

Poner las manos en una persona con intento de herirla, de matarla, saltar ó precipitarse sobre ella, representan acciones enormemente repulsivas, que rebajan al hombre al nivel de las bestias que luchan cuerpo á cuerpo entre sí, y con dientes

y garras se lanzan sobre el enemigo. Quien, por el contrario, hiere de lejos, ni consume una gran energía fisiológica ni siente el contacto de la víctima; entre él y el muerto existe cierta distancia, y su organismo puede experimentar la ilusión de no haber herido, de no haber producido ningún mal, de no haber tomado parte en el crimen.

Preciso es reflexionar, por otra parte, que el revólver es un arma hecha expresamente para matar y que si por la mente del hombre normal puede pasar por un momento el relámpago de una idea homicida, pasa al mismo tiempo el reflejo del revólver, que explota y mata sin dar tiempo de pensar en los sufrimientos, en la agonía de la víctima. Pero quien piensa en la navaja ó en la segur ó en el sacudimiento de la cabeza contra el muro, debe haber adaptado su organismo á impresiones é ideas eminentemente feroces. Para hacer de un instrumento, inocente por sí mismo y por su ordinario uso, un arma de las más mortíferas, se necesita un organismo, un temple particular que no todos los delincuentes poseen.

ARQUEOLOGIA

Claustros románicos españoles.—Publicados primero en *La Ciudad de Dios*, la acreditada revista que los Agustinos de El Escorial redactan, y recogidos después en interesantísimo folleto, los artículos escritos por D. Enrique Serrano Fatigati, el infatigable organizador y Presidente de la Sociedad española de Excursionistas, contienen tan curiosos datos como acertadas apreciaciones sobre los más notables claustros románicos que España atesora «ennegrecidos por los siglos, misteriosos como los sepulcros donde se encierran grandes secretos históricos, y llenos de esa idealidad que dan á los recintos las grandezas del pasado».

Los que en primer término llaman la atención, por sus primorosas esculturas, son los claustros benedictinos: el monaste-

rio de Ripoll, San Cucufate del Vallés y San Benito de Bagés, en Cataluña; San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo de Huesca, en Aragón; el monasterio de Silos, en Castilla, y San Pedro de Villanueva, en Asturias, son los que descuellan entre todos. Entre las fundaciones cistercienses merecen singular mención las de Iranzu, la Oliva y Fitero, en Navarra; Poblet y Vallbona, en Cataluña, y las Huelgas de Burgos, en Castilla, debiendo figurar el convento de Bernardas de San Andrés del Arroyo al lado del premostratense de Aguilar de Campóo, desde el punto de vista artístico. Las catedrales de Avila, Salamanca y Sigüenza con las de Gerona y Tarragona, y las colegiatas de Vilabertrán, San Pedro de Soria, Santillana del Mar y Santa María de Sar (en Santiago), con los restos de San Pedro la Rúa, de Estella, y San Pedro de Galligans, en Gerona, completan la nutrida falange de artísticos monumentos claustrales del arte románico en España.

Los caracteres de estas variadas construcciones revelan las diversas influencias que los tiempos ó los gustos artísticos de las Ordenes fundadoras hicieron sentir en estas fábricas. Así, en cuanto á las *cubiertas*, las ostentan de madera llenas de arcaicas pinturas, Ripoll, Santillana y Silos, teniéndolas de medio cañón los claustros de la catedral de Gerona, bóvedas de aristas Tarragona y Aguilar, y grandes masas de roca San Juan de la Peña. Los *arcos* son profundos, sin molduras ni arquivoltas que atenúen su espesor, en San Pedro el Viejo, San Pedro de Galligans, San Cucufate del Vallés y San Benito de Bagés, separándose un poco de este tipo Silos, Santillana y la catedral de Gerona; se presentan adornados de elegante ajedrezado en San Juan de la Peña; exórnanse de escocias, baquetones, dentellones, clavos y otros elementos ornamentales los de Aguilar, Claustrillas de Burgos y Tarragona, y se abren en menos gruesos muros los de Ripoll, llenos de luz y de esbeltez. Los *abacos* están labrados en un trozo de roca distinto de los capiteles y coronan en una sola pieza las columnas pareadas que los sostienen; la catedral de Tarragona los posee

gruesos y con rica ornamentación, ó bien sencillamente adornados; los de Silos, Ripoll, San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo, presentan zonas de follajes, grecas y trenzados, y los de Santillana, San Pedro de Galligans, catedral de Gerona, San Benito de Bagés, San Cucufate del Vallés y las Claustrillas de Burgos, no ofrecen más que un sencillo tablero con mayor ó menor número de escocias y aristas. La disposición de los *capiteles* de las columnas pareadas características, es también muy diversa: están unidos formando un solo cuerpo, sobre el que se destacan relieves de todo género, en Santillana, Aguilar, San Juan de la Peña y San Pedro el Viejo; se hallan sólo en contacto por su parte superior muchos de los de Tarragona y Silos; aparecen separados, pero próximos, en las Claustrillas de Burgos, San Pablo del Campo, el Colegio de la Vega (Salamanca), Ripoll y San Benito de Bagés, y figuran alejados uno de otro, formando con el abaco de enlace una especie de pórtico, en San Pedro de Galligans, la catedral de Gerona y San Cucufate del Vallés. Los *astrágalos* están unidos al capitel, como en las demás construcciones románicas, sin formar pieza con el fuste como en las griegas y romanas. Los *fustes* son monolíticos, cilíndricos y lisos; en el corredor del claustro de Silos, que contiene el cenotafio de Santo Domingo, hay varios con indicios del galbo clásico, y en San Pedro de Galligans se observa también cierta tendencia al abandono de la forma cilíndrica perfecta; su altura, en relación con la total de las columnas, es siempre inferior á las proporciones clásicas, no pudiéndose señalar un tipo fijo, ni siquiera dominante. Las *basas* están compuestas de dos toros separados por una sencilla escocia, y se apoyan en una especie de plinto que generalmente es común á las dos basas pareadas, hallándose unidos al toro inferior por los garfios y descansando en el antepecho que separa las galerías del patio. Las *galerías*, en fin, unas veces son continuas ó seguidas, como las de Ripoll, Santillana, Silos y San Juan de la Peña, y otras divididas en grupos de ventanales por pilastras sencillas ó manojos

de columnas adosadas, como las de Tarragona, Poblet, Claustrillas de Burgos, San Cucufate, San Benito de Bagés, catedral de Gerona, Aguilar de Campóo y San Pedro del Campo. En los claustros abovedados hay contrafuertes, y de ellos carecen en general los cubiertos por techumbre de madera.

Respecto á la filiación histórica de los claustros españoles, claro es que la influencia de las Ordenes fundadoras se hace sentir con todo su peso en las diversas fábricas; pero si en sus líneas generales pueden buscarse los modelos de nuestras construcciones en los templos de Moisac, San Trófimo de Arles y Elne, en sus pormenores hay que confesar, por lo que á los claustros de benedictinos concierne, que se aprecian por lo menos tantas diferencias como analogías, no estando bien determinadas las corrientes particulares que imprimieron á nuestros claustros el sello de originalidad que los distingue, al contrario de lo que ocurre en las fundaciones cistercienses, expresiones todas de un ideal invariable, de un tipo uniforme en el que sólo se deja al arbitrio del artista alguno que otro detalle, como la mayor ó menor amplitud de los ventanales, el número de arcos inscritos en las grandes arquivoltas, ó las especies de follajes con que se engalanan los capiteles; Scala Dei y Fontfroide, los dos monasterios franceses que mayor contingente de fundaciones dieron á España, pueden señalarse como los patrones típicos á que se ajustaron en España las fábricas cistercienses, siendo innegable por otra parte el paralelismo que se observa entre las transformaciones políticas de las diferentes comarcas españolas y el desarrollo de las diversas fundaciones, así como puede afirmarse que los contrastes profundos que en su origen presentan las escuelas artísticas se dulcifican poco á poco al ponerse en contacto, y acaban por fundirse en un verdadero sincretismo.

Interesantísimo resulta el estudio de la ornamentación y decorado de las fábricas románicas, y el espíritu analista con que en el mismo ha procedido el Sr. Serrano Fatigati es altamente científico y laudable, apareciendo fielmente reflejado

en los capiteles, abacos y relieves de los claustros la vida social entera de los siglos XI, XII y XIII, con sus emblemas religiosos, sus empresas guerreras, sus simbolismos y sus extravagancias.

La flora tiene en el decorado de los claustros cumplida representación, abundando los tréboles en San Pedro el Viejo, las coníferas en Silos, los helechos en las Claustrillas y los pámpanos y racimos en Tarragona y Ripoll, no faltando en unos y otros mazorcas y ninfeas, cajas de adormideras y crucíferas, y dibujándose aquí y allá, entre matas y arbustos, ciervos enredados en el ramaje, osos combatidos por montañeses, buhos, águilas, lechuzas, liebres, culebras de agua devorando ranas y otros variados motivos que completan la flora y la fauna ornamental, siendo muy de notar que no todas estas representaciones corresponden al carácter simbólico y al tipo hierático de que tanto se abusa por la crítica, sino que muchas se inspiran en la realidad y son copias más ó menos imperfectas de la naturaleza misma.

Mayor y más preferente lugar ocupa la representación de escenas humanas en los claustros benedictinos y en los de catedrales y colegiatas, que falta por completo en los cistercienses, pudiendo clasificar estas composiciones escultóricas en tres grandes grupos: pasajes religiosos, combates y trabajos, siendo de notar en todos ellos ya las diversas influencias de las Ordenes fundadoras, ya el influjo artístico de las distintas razas que se fueron señoreando del suelo de la Península.

POLITICA

Enseñanzas de la guerra hispanoamericana.—Entre los muchos trabajos dedicados por las revistas extranjeras á la exposición, crítica ó consecuencias de la guerra entre España y los Estados Unidos, merece recogerse el consagrado en *La Nueva Antología* por Luis Palma, consejero de Estado de Ita-

lia, á estas cuestiones, tanto por los puntos de vista originales que presenta cuanto por la autoridad del estadista y por la exactitud de su apreciación.

El Sr. Palma deja á los competentes la dilucidación de los problemas técnicos de organización, mando y operaciones de los ejércitos y armadas beligerantes, y se limita al estudio de las cuestiones de orden político que la guerra terminada implica.

La primera de las conclusiones que de los hechos ocurridos se desprende es la destrucción una vez más de la leyenda de que las guerras son ocasionadas por las monarquías, por las ambiciones de los Reyes, y de que si los Gobiernos monárquicos fueran sustituídos por republicanos, reinaría en el mundo la paz.

Los Reyes—se dice—por origen, por tradición, por esencia, no pueden ser sino jefes militares, siendo las armas su mayor fundamento y debiendo necesariamente ambicionar la gloria militar, que sólo puede obtenerse por la guerra, mientras que los pueblos tienen interés por la paz, debiendo ser las democracias eminentemente pacíficas.

¿Es esto verdad? Las Repúblicas griegas, especialmente la democrática Atenas, no parecen confirmar semejante teoría, no habiendo sido ciertamente la guerra del Peloponeso debida á las ambiciones de ningún rey, y sucediendo lo propio con las Repúblicas romana y cartaginesa, tanto en los tiempos del patriciado, como en los de la triunfante democracia de Mario y de Julio César.

Cierto es que las Monarquías que surgieron de las invasiones germánicas fueron eminentemente militares; pero no fueron más pacíficas las Repúblicas italianas, Florencia y Venecia, por ejemplo, democrática la una y aristocrática la otra; ni la República de los Países Bajos, ni la República inglesa de Cromwell, ni siquiera la de la libérrima Suiza que, no pudiendo guerrear con los Estados vecinos, se mezclaba en sus guerras cuanto podía, vendiendo sus hijos á los Reyes de Francia

y de otros países para sostener el despotismo de los Borbones de Nápoles y del Papa.

Kant creyó en el pasado siglo que se obtendría la paz perpetua sustituyendo los Gobiernos representativos á los absolutos. En un siglo, todo el mundo, menos Rusia, se ha hecho constitucional, y aunque en todas las Constituciones se afirma que el Rey necesita del Parlamento para tener soldados y dinero, y los pueblos tienen los mayores medios de acción con la prensa, las reuniones y las elecciones, para hacer prevalecer su espíritu pacífico, nos encontramos con los ejércitos permanentes.

La primera República francesa escribió en su Constitución que quería abstenerse de conquistas; pero las hizo en Bélgica, en Suiza, en Italia, en Germania y donde pudo; la segunda no vaciló, en 1849, en declarar la guerra á Roma contra la libertad del pueblo; y la tercera ha conquistado Túnez, el Tonkín y Madagascar, como lo hacían las antiguas Monarquías y lo hizo el Imperio napoleónico.

En el fondo de las antiguas guerras por sucesiones dinásticas ó disputas de príncipes, había siempre aspiraciones políticas nacionales, como hoy; sólo que entonces los territorios apetecidos se pretendían como herencia ó dote de un príncipe ó princesa, y hoy, no pudiéndose admitir este lenguaje, se habla de *Hinterland*, de *esfera de influencia*, de *humanidad*. Las causas de las actuales guerras de Europa son esencialmente las ambiciones, intereses y pasiones opuestas de los pueblos: entre Alemania y Francia, por la Alsacia y la Lorena y la primacía militar y política; entre Francia é Italia, el empeño de avasallar aquélla á ésta; entre Francia é Inglaterra, por el Egipto y el Africa; entre Rusia é Inglaterra, por el dominio de Asia; entre Rusia y Austria Hungría, por el Oriente balcánico.

Lejos de favorecer las aspiraciones pacíficas, las Repúblicas democráticas son más desfavorables que las Monarquías á la paz. Y la razón es clara: en una democracia no hay más

poder que el salido de la mayoría del pueblo; si el pueblo es, como la realidad lo muestra, apasionado, ambicioso (con razón ó sin ella) de reivindicar un territorio, un derecho, una ventaja, un predominio, una satisfacción de amor propio, sus tendencias á lograrlo por la fuerza de las armas no hallan freno, como el que puede oponerles un Rey sensato.

Los americanos aparecían pacíficos porque, teniendo un inmenso territorio sin poblar, no sentían necesidad alguna de acrecentarlo, aunque ya para redondearse habían adquirido la Luisiana de Francia, la Florida de España, la América rusa del Czar y algunas islas de Dinamarca, no habiendo vacilado en apelar á las armas contra sus hermanos de Méjico para conquistar Tejas y California, cuya posesión les convenía, con la misma, si no con mayor desfachatez que lo hubiera hecho cualquier Rey de la vetusta Europa.

Y eso precisamente es lo ocurrido en la última guerra. Los Estados Unidos apetecían desde hace tiempo, habiéndolo mostrado ya desde 1823, el dominio de Cuba. Habiendo fallado todas las tentativas anteriores, lo intentaron de nuevo fomentando descaradamente la insurrección; y viendo que, á pesar de todos los auxilios americanos, los insurrectos no lograban expulsar á los españoles, se decidieron por la guerra. Naturalmente hablaron para ello de humanidad, de civilización, de moralidad; pero el hecho es que se quería la conquista y por ende la guerra. El Presidente vacilaba ante tamaña responsabilidad; pero pronto le obligaron las Cámaras, con la *Joint resolution* del 19 de Marzo, en cuyos términos se ve cómo las Asambleas populares saben hablar el mismo lenguaje imperativo de un Luis XIV ó un Napoleón, y que las Repúblicas no tienen, por desgracia, más sentido moral que las Monarquías.

***

La segunda conclusión que de la guerra hispanoamericana se desprende, según Palma, es lo vano de la esperanza en

ciertos arbitrajes, y particularmente en el del Papa, para la resolución de las contiendas internacionales. Sin duda que la institución de los jueces árbitros es una de las más altas y nobles manifestaciones de la conciencia jurídica moderna, y que se han escrito muchos doctísimos libros y pronunciado infinitos discursos sobre el arbitraje internacional; pero la carencia de un derecho común reconocido por los contendientes opone obstáculos insuperables á la acción eficaz de los árbitros.

Palma reconoce que el Papa, altísimo poder espiritual, está más indicado que una potencia extraña, que necesariamente inspira celos y desconfianza, para el ejercicio del arbitraje. Pero el Papa mismo, Vicario de Dios, es reconocido y acatado como tal por los católicos, no por los acatólicos; y aun entre los católicos, podrá serlo por los individuos ó por las Asociaciones, pero no por los Estados y sus Gobiernos. Por otra parte, en el supuesto de la más completa imparcialidad, difícil siempre de ser garantizada, no puede crear y aplicar un derecho que esté reconocido igualmente por ambas partes. En la última contienda, la mediación del Papa, laudabilísima en sí, fue rechazada absolutamente por los Estados Unidos, y, como la de otra potencia que lo hubiera intentado, no hubiera sido tampoco aprobada por España, que creía decaer en la estimación del mundo si hubiese dejado de defender con las armas su derecho de soberanía en Cuba.

Podrá doler cuanto se quiera; pero la conclusión positiva es que no se ha dado un solo paso en este asunto en el camino del progreso; y que hoy, como en los pasados siglos, las cuestiones del llamado derecho internacional no presentan otro modo de resolución que la fuerza brutal de las armas, siendo vano esperar en los arbitrajes.

* * *

La tercera enseñanza que la guerra hispanoamericana nos proporciona es la transformación de la doctrina de Monroe.

Por su orígen y por sus términos, la doctrina de Monroe, originada por la intervención que se temía ejerciera Europa en favor de España contra sus antiguas colonias suramericanas, y contenida en el famoso Mensaje presidencial de 2 de Diciembre de 1823, se limitaba á declarar que «consideraría peligrosa toda tentativa de las naciones europeas para extender su sistema político (la Monarquía) á una parte cualquiera de América», y que «el continente americano no podía ser considerado en el porvenir como susceptible de ser colonizado por ninguna potencia europea.» Nada de ese pretendido lema de «América para los americanos», ni mucho menos el de «América para los Estados Unidos», reconociéndose, como se reconocía, el derecho de las metrópolis europeas sobre las colonias existentes á la sazón.

La guerra actual ha demostrado que la famosa doctrina se va entendiendo muy de otro modo, convirtiéndose en una especie de supersoberanía de los Estados Unidos sobre las demás Repúblicas americanas, y que por el camino del pretendido principio de «América para los americanos» se quiere llegar definitivamente á la realización del lema latente que informa toda la política norteamericana: «América para los Estados Unidos.»

* * *

La última y más importante enseñanza de la guerra es la aparición de los Estados Unidos de América como formidable potencia expansiva, como los viejos Estados europeos, y contra ellos. Lo más grave de esta aparición es la incomparable unidad con que los norteamericanos se presentan frente á la división de los Estados de Europa.

Los Estados Unidos representan una extensión de nueve millones de kilómetros cuadrados, tanto como toda Europa, incluyendo Rusia. Tienen 70 millones de habitantes, superando ya, excepto á Rusia, á cualquiera de las grandes potencias

de Europa; y si se tiene en cuenta que en 1796 eran sólo tres millones, que en 1800 llegaron á 5.300.000, pasando á diez millones en 1820, á 17 en 1840, á 27 en 1860, á 38 en 1871, á 46 en 1881, y á 70 en la actualidad, dentro de cuarenta ó cincuenta años serán el doble, y dentro de un siglo no es posible calcular cuántos.

Todos estos millones de hombres, á pesar de sus diversos orígenes, tienen un Gobierno común y obedecen á un solo poder, con intereses idénticos y comunes aspiraciones. Frente á este potentísimo organismo, ¿qué presenta Europa? Multitud de nacionalidades, de ilustre y secular historia, cada una con su lengua, sus intereses, sus instituciones, sus ejércitos y sus flotas; unas, Imperios autocráticos como Rusia y Turquía; otras, Monarquías constitucionales como Austria y Alemania; otras, Monarquías parlamentarias como Inglaterra, Italia y España; otras, Repúblicas unitarias ó federales, como Francia y Suiza; todas con aspiraciones encontradas, todas incapaces de someterse á un régimen común monetario y aduanero y de llegar á una acción común por la heterogeneidad de sus elementos nacionales é históricos.

La gran inferioridad de Europa por estas circunstancias bien se ve hoy, lo mismo en el aspecto político que en el económico; los Estados Unidos han aguardado más de un siglo para adquirir la conciencia de su poder, y han probado sus fuerzas contra España, nación ilustre y no flaca, pero ciertamente mucho menos fuerte que ellos.

Este es un ensayo que descorre el velo del porvenir. El peligro vendrá más tarde, cuando creciendo en fuerzas, crezcan también los norteamericanos en apetito. ¿En qué condiciones estarán entonces frente á esos Estados Unidos de América los Estados divididos de Europa? Ese es el gran problema que surge del actual conflicto entre España y Norte América.

PSICOFÍSICA

Psicología de las hormigas.—Alberto Bethe, naturalista alemán dotado de excelentes condiciones como espíritu observador, ha emprendido una serie de investigaciones, según la *Revue Scientifique*, para averiguar los medios de que las hormigas se valen para reconocerse entre sí y los límites de ese reconocimiento.

El hecho culminante que ha servido á Bethe de punto de partida para sus indagaciones, es el repetidas veces comprobado de que cuando se introduce una hormiga en un hormiguero que no es el suyo, es inmediatamente reconocida como extraña, y como tal rechazada, perseguida y muerta por las habitantes del hormiguero invadido.

¿Cómo llegan las hormigas á distinguirse entre sí? Lubbock había ya recogido sobre el particular muy curiosas observaciones. Hormigas separadas de su nido á pocos días de nacer y restituídas al cabo de largo tiempo á su hormiguero, fueron acogidas sin hostilidad, y otras, especialmente las de la especie *Formica fusca*, alejadas de su hormiguero durante dos años, habían sido recibidas como antiguas conocidas al regresar á su domicilio; en cambio, si pertenecían á otro grupo eran recibidas como enemigas, y sólo por medio de la fuga podían librarse de la muerte. Las hormiguitas de la misma especie eran cuidadas por obreras del hormiguero extraño sin ninguna repugnancia, y en cambio si eran de especie distinta se las acometía y rechazaba como intrusas, y solo excepcionalmente eran admitidos ciertos individuos. Por último, la progenitura de una reina separada de su nido, podía volverse sin peligro al hormiguero de la madre. De todos estos hechos deducía Lubbock que las hormigas no se reconocían entre sí individualmente, pero sí como miembros de una familia hormiguero, sin lograr descubrir cuál era el medio de que se valían al efecto.

Cook, por su parte, había observado que una hormiga extraída del agua donde había caído, fue acometida por sus hermanas como si fuera una extraña, deduciendo de esta observación que aquella hormiga debía haber perdido por la inmersión alguna de sus propiedades, quizá algún olor especial distintivo de la sociedad á que pertenecía, que sirviese á sus compañeras para reconocerla. Forel hizo experimentos, y no sólo confirmó la suposición de Cook, sino que, cortando las antenas á hormigas de distintas procedencias, pudo juntarlas sin que se rechazaran entre sí, deduciendo á su vez de tales hechos el principio de que las hormigas se reconocen por el olfato, siendo las antenas el órgano de la olfación.

Bethe ha venido á confirmar estas suposiciones de un modo concluyente mediante el siguiente experimento: si se machacan en un mortero varias hormigas de una misma familia y con el jugo resultante se impregna á hormigas extrañas, éstas son recibidas sin dificultad en el hormiguero de aquellas; en cambio si se cogen hormigas de otro hormiguero y se las impregna con el mismo jugo, son rechazadas por sus hermanas, que las desconocen completamente.

Otro de los experimentos de Bethe consiste en lavar una hormiga con alcohol y luego con agua, impregnándola después en jugo de hormigas de especie distinta de la suya. Esta hormiga, escogida de diferente tamaño y distinto color que aquellas de donde se ha extraído el jugo, es perfectamente acogida entre éstas, lo que prueba que ni la forma ni el color es perceptible para las hormigas, sino únicamente el olor, que es el medio único de que se sirven para reconocerse y para guiarse, pareciendo comprobado que cada hormiguero tiene un olor característico, y que las hormigas acogen bien ó mal á una compañera, según que conserve ó no ese olor especial.

Bethe llama á la materia olorosa distintiva *Neststoff*, término que podríamos traducir perfectamente al castellano por medio del neologismo *nidistofa*, es decir, *estofa del nido*, materia propia del nido.

SOCIOLOGIA

¿QUÉ HARÁN NUESTROS HIJOS? ¿QUÉ HAREMOS DE NUESTRAS HIJAS?—He ahí dos preguntas, en el actual momento histórico, capaces de poner los pelos de punta á todo buen padre de familia, y que dan materia á dos interesantes volúmenes de Le Roux, perfectamente resumidos en la *Revue Bleue*.

¿Qué harán nuestros hijos? A esta pregunta, los solteros empedernidos, que hoy son una legión, responderán: «Como no los tenemos, después de mí el diluvio.»—Los padres de familia egoístas contestarán: «Nuestros hijos harán lo que quieran, ó más bien lo que puedan.» Los timoratos murmurarán: «Ya conseguiremos algún destino para ellos antes de morir.» Los hombres de iniciativa replicarán alzando los hombros: «Nuestros hijos harán lo que nosotros, ¡pardiez! ¡Trabajarán!» A esta última categoría de padres, la única interesante, es á la que se dirige el autor.

—¿Queréis—dice á esas buenas gentes—que vuestros hijos ganen el pan con el sudor de su frente, como manda la Escritura? Perfectamente; pero aunque decís eso, lo que queréis es que suden para obtener un título, y con él un empleo. ¿Por qué? Porque el moderno soberano es el Estado, que es quien provee de destinos y de títulos, y el que no sirve al Estado se siente despreciado por sus servidores; porque habiéndose modificado profundamente las condiciones económicas en el último medio siglo, el comercio y la industria implican grandes riesgos y ganancias cada vez más aleatorias, si no se ejercen con ayuda de conocimientos muy extensos y de indomable energía: vale más una modesta medianía en una carrera del Estado que el ejercicio de una profesión que puede llevar á la riqueza, pero que también conduce á la ruína.

Hay que hacer á nuestros hijos bachilleres, médicos, abogados, ingenieros, doctores; sólo así pueden salvarse. ¿Qué

harán después? Ellos se abrirán paso, aunque sea entre las filas del proletariado intelectual. «Hoy como en otro tiempo —dice Le Roux—el hombre que tiene pergaminos obliga al soberano á que le mantenga. El señor de Condé marchaba con los españoles contra el Rey de Francia; el médico sin enfermos, el abogado sin pleitos, el ingeniero sin fábricas marchan con la gente turbulenta contra el Estado.»

Puesto que los hijos de los comerciantes se hacen burgueses, es preciso que los hijos de la burguesía se hagan comerciantes. No se trata de enseñarles á embotellar vino ó á pegar etiquetas, sino de aprender á vivir como ciudadanos útiles á sí mismos y al Estado.

¿Qué haremos de nuestras hijas? Padres y madres de familia, vuestra hija tiene veinte ó veintidós años; hay que casarla.—Eso se dice fácilmente, responden padres y madres al unísono. «Nuestra hija es inteligente, instruída; es buena música; pinta un poco, tiene talento y corazón, su dote es muy decente, y, sin embargo... no la casamos. Y no es que sea descontentadiza, es que ningún partido se presenta, y muchas de sus amigas se hallan en el mismo caso. ¿Qué hacer? ¿Habrá que anunciar por los caminos una «Señorita casadera» con la cifra de la dote á continuación?»

Habría quizá dos remedios que ensayar antes de llegar á tan enojoso extremo. El primero, hacer de su hijo algo más que un fruto seco de la Politécnica, de la Normal ó de la Universidad; el segundo, poner coto á la imbécil enfermedad del lujo.

Habéis preparado, en efecto, una víctima en vuestra hija al crear un egoista en vuestro hijo; de un lado, un desgraciado que gana lo preciso para vivir y para quien el matrimonio, aun con una joven decentemente dotada, sería locura pura, y de otro, una triste joven condenada á marchitarse en el celibato. Esa madre que no vacila en sacrificar á su vanidad todos los ingresos de la casa so pretexto á veces de salvar el crédito de su marido, no ve que su hijo escucha, observa, oye

y deduce, y dice, después de haber asistido á una conversación en que su madre justifica la imposibilidad de presentarse cuatro veces en sociedad con un mismo traje: «No seré yo tan tonto como papá; me quedaré soltero; lo que sobran son mujeres para divertirse.» Que corra, que corra esa buena madre bailes y playas con su hija en busca de novio; de temer es que sea casi siempre en vano.

FILOSOFÍA

León Tolstoï.—La biografía del noble escritor ruso, publicada en Londres por G. H. Perris, y resumida por Nemi en *La Nueva Antología*, es una tentativa de exposición de las evoluciones por todos notadas en Tolstoï, el aristócrata convertido en aldeano; el revolucionario que ridiculiza el liberalismo; el ruso que combate la expansión moscovita; el cristiano que abjura cualquier forma de cristianismo; el artista que no cree en la belleza; el autor de reputación cosmopolita que da sus obras á quien quiere imprimirlas.

La parte más interesante de estas evoluciones del espíritu de Tolstoï, es la relativa á la religión. Convencido una vez de que la ciencia no podía resolver el problema que agitaba su mente, Tolstoï se volvió hacia la religión, hacia la fe que satisface á los niños y á los aldeanos, y quiso creer como ellos creían; pero atormentado por la filosofía de Schopenhauer y por la doctrina de Lao-Tsé, el gran novelista se ha ido formando una religión para sí mismo, fundada en el principio de que la vida individual es nada y la vida social lo es todo.

Su doctrina práctica se resume en seis preceptos, el último de los cuales se lo sugirió el predicador aldeano Bondaref, tomándolo del Antiguo Testamento; estos seis preceptos son: 1.° No hacer daño á nadie. 2.° Ser puros. 3.° No hacer juramentos porque no somos dueños del porvenir. 4.° No resistir

al mal. 5.° No distinguir entre conciudadanos y extranjeros. 6.° Trabajar. Los conceptos fundamentales que Tolstoï ilustra en estos sus trabajos, son los siguientes: todo lo que el hombre hace por su propia ventaja, es avaricia; el castigo le hace más malo; la guerra es un delito; el lujo es una enfermedad.

Es curiosa la conversación que Ossip-Lourié, el autor de los *Pensamientos de Tolstoï*, tuvo con él en el verano de 1897, en su residencia de Iasnaia Poliana, y no queremos privar de ella á nuestros lectores, porque condensa perfectamente las doctrinas morales del ilustre escritor. Hela aquí:

—Maestro, ¿sois feliz?

—Sí, porque he encontrado el sentido de la vida.

—¿En qué consiste?

—En el cumplimiento de la voluntad de Dios.

—¿Qué cosa es Dios?

—El ideal, la conciencia, el bien y Dios son para mí sinónimos.

—¿Cuál debe ser nuestro ideal?

—Amarnos recíprocamente y no hacer á los demás lo que no queramos que nos hagan.

—Hace diecinueve siglos que esa verdad fue proclamada por Jesús, después de ya haberla dicho Moisés.

—Pero el mundo no ha llegado todavía á comprenderla.

—¿Cuál es la causa?

—Hay que buscarla en nosotros mismos; la vanidad ciega y no deja evitar el mal.

—Maestro, ¿dónde está la salvación?

—En nosotros.

—¿Qué debemos hacer?

—Purificar la conciencia.

—Ninguno puede purificar la conciencia de otro. ¿Qué hacer de aquellos cuya conciencia de la vida no es completa?

—Hay que obrar contra ellos.

—¿Con qué medios?

—Con el amor.

—Maestro, ¿tiene el hombre derecho para destruir el orden de cosas existente? ¿Qué cosa debe reemplazarle?

—No se trata de destruir ni de sustituir una organización por otra; es preciso, sin embargo, vivir según la conciencia y volver á la naturaleza, á la tierra.

—¿Y la civilización, el progreso y el trabajo intelectual?

—La educación, el trabajo intelectual, es el que nos ha conducido al actual estado de cosas. El hombre no necesita de ellos para cumplir su destino y para alcanzar la verdadera felicidad.

—Maestro, ¿negáis el trabajo intelectual y lo habéis practicado toda vuestra vida?

—No soy feliz sino desde cuando renuncié á los errores del pasado, desde que encontré la verdad. Esa está ahí.

Y el conde se asomó á la gran ventana abierta, desde donde se descubría la inmensidad del cielo y de la llanura.

***

La Filosofía de Nietzsche.—Enrique Lichtenberger se ha tomado la molestia de presentar al público las principales teorías de Nietzsche en un tomo de la Biblioteca de Filosofía contemporánea, al que consagra la *Revue Bleue* un interesante artículo de Emilio Faguet.

Las conclusiones generales de la filosofía de Nietzsche son las siguientes:

Lo bueno y lo sano es la fuerza. En el mundo sólo hay un derecho sagrado: el derecho de la fuerza; la guerra, por ejemplo, es santa porque es sana; demuestra donde está la fuerza y donde la debilidad, donde la enfermedad y donde la salud. Es un experimento que instituye el sabio ó que habría que instituir, si las circunstancias no lo hiciesen, para probar el valor de una raza, de un hombre ó de una idea y para hacer progresar la vida. «Una buena causa—se dice—santifica la gue-

rra; pero yo os digo: la buena guerra es la que santifica la causa»: esa es la verdadera moral.

Nos engañamos en esto porque hay dos morales, la de los esclavos y la de los señores. La primera, inventada por esclavos, consiste en decir que hay que aliviar y consolar á la humanidad por justicia ó por caridad, consolándola con la esperanza de un mundo mejor, aquí ó en otra vida. Esta piedad, que palpita en el fondo de tal moral, es malsana; en el débil es un deseo de que le compadezcan, deseo de esclavo ó de mendigo; en el fuerte, es sorpresa de su sensibilidad ó duda de su derecho, voluntad debilitada por un escrúpulo de justicia, de igualdad, de fraternidad humanas, quimeras que los débiles han hecho pasar al espíritu de los fuertes, ó más francamente miedo, y nada más: en todo caso, síntoma muy probable de degeneración.

La moral de los señores es esta: ser fuerte, ser duro, ser implacable y realizar las obras de fuerza. El tipo verdadero de la humanidad es el feudal. El feudal moderno será el hombre superior, el hombre fuerte por su inteligencia, y, sobre todo, por su voluntad; en una palabra, el *archihombre* ó superhombre *(Uebermensch)*. Este se distingue del rebaño humano en que no tiene deberes hacia lo que la moral de los esclavos llama el prójimo, y que no es tal prójimo. Su primer deber es desarrollar su *yo*, es decir, su voluntad, hasta darle toda la fuerza de que es capaz; ese es el deber. El sobrehombre verá luego si le es útil asociarse á otros hombres superiores para el triunfo de la fuerza. El deber es tender á ser una voluntad sobrehumana. El tipo del *Uebermensch* es Napoleón. Esa es la moral de los señores, y no hay otra verdadera.

¿De dónde vienen todas esas ideas de Nietzsche? Desde luego de su gusto por la paradoja, del aristocratismo de sus maneras, del snobismo de su carácter. Después, de su amor intransigente á la verdad, á la sinceridad. ¡Nada de convencionalismos, ni de hipocresías! Tengamos la voluntad de ser sinceros, cueste lo que cueste. Una verdad consoladora será ad-

misible por ser verdad, no porque sea un consuelo; todo eso de consuelos y compasiones es puerilidad pura. Hojeemos la Historia, y veremos que es el reinado de la fuerza; examinemos el yo, y veremos que es «una voluntad de potencia». Todo lo demás es retórica. La moral verdadera es el desarrollo normal y natural de los instintos humanos, tales como son.

Toda esta teoría está impregnada del culto á la sinceridad, del amor á la verdad. Sólo que se equivoca respecto de lo que es la verdad. Y la verdad es que en la humanidad los débiles son los más fuertes en cuanto las circunstancias accidentales que les impiden serlo desaparecen. Los débiles triunfan siempre porque son los más fuertes siendo los más numerosos, y entonces *el señor* se convierte en *el jefe,* lo que no es lo mismo, pues el jefe es una necesidad de organización social, y *el señor, el amo,* es una superioridad natural indiscutida como la del león sobre el carnero.

El débil es un ser marcado por la naturaleza para que perezca—dice Nietzsche.—Toda vuestra moral y toda vuestra sociología parecen tener por objeto arrancar al débil de su condena, salvarle á toda costa. Con esta chifladura de salvamento, de hospicios, hospitales y limosnas, estáis haciendo del hombre una raza degenerada que marcha á pasos gigantescos á su consunción. La humanidad se da la muerte por su comezón de vivir más numerosa, y además con mayor delicadeza. La civilización es un suicidio. Los tipos de belleza no existen ya, y el género humano se hace asqueroso.

Toda esta doctrina es sencillamente una curiosa monstruosidad. Vése en ella la influencia detestable que puede ejercer, no habiendo tonto orgulloso que no se crea un *Hebermensch* á quien todo le es permitido; lo que no se ve es qué buen influjo pueda ejercer, pues aun el buen efecto de suscitar las energías de la voluntad y de realizar todo su yo, sólo es bueno teniendo previamente la idea del fin que se persigue, pues desarrollar el yo en abstracto, en todos sus sentidos, sin objeto, es una gimnástica muy vana.

TIQUIS MIQUIS LITERARIOS

La patología en aumento ó disminución.—En cualquier número de la mayor parte de las Revistas y periódicos profesionales de medicina se lee con la mayor frecuencia: «Ha disminuído la patología del aparato respiratorio», «ha aumentado la patología del aparato digestivo».

Pero la patología, ¿puede aumentar ó disminuir de esa manera de una semana á otra? ¿Qué patología es esa tan famosa, que cuenta sus ediciones por semanas?

Aumentan ó disminuyen las enfermedades reinantes de tal ó cual clase; pero no la patología, señores médicos.

Lo menos que á ustedes se les puede pedir, ya que son médicos y escritores, es que escriban en castellano, y que no confundan el *patos* con la *patología*, las enfermedades con la ciencia que de ellas trata.

Claro es que lo que ustedes quieren decir es que aumenta ó disminuye el número de enfermos que padecen tal ó cual enfermedad; pero es el caso que, con toda su buena voluntad, no dicen ustedes eso, sino otra cosa muy distinta.

Y si es empeño de emplear un vocablo griego, no hay ninguna dificultad en que hablen ustedes de *patía*, tronco de las voces *apatía*, *simpatía*, *antipatía*, y que llena todos los requisitos que pueden exigirse á un neologismo.

***

Jugar toros.—En un periódico de Madrid, no de gran circulación, aunque sí de los mejor redactados y más valientemente escritos, suele tropezarse con noticias como la siguiente: «Mañana se *jugarán toros* de Veragua en esta plaza.»

¡Jugar toros!..... ¿No se le crisparán los nervios al que tamaño galicismo en tal materia comete?

¿Qué es eso de *jugar toros?* En España *se juega á la brísca*, *se juega á las muñecas*, *se juega al monte* y también *se juega uno su fortuna*, *se juega la vida*, *se juega la cabeza;* jamás *se juegan toros.* Sólo los muchachos, aficionados á remedar el arte del toreo, *juegan á los toros.* Los toros se lidian, se torean, nunca se juegan.

Puede decirse que «el Duque de Veragua ha jugado seis toros á cara ó cruz»; decir que van á jugarse, ó que se juegan toros de Veragua, es pura galiparla y artículo literario de importación absolutamente prohibida.

Fernando Araujo.

CRÓNICA LITERARIA

Un discurso universitario.—¿Qué puede hacer la Universidad para contribuir á la reforma interior de la nación y á la restauración de su crédito ante los extranjeros?—Peligros de la tendencia retrospectiva.—Necesidad de «modernizarnos.»—Dos literatos ilustres.

Entre los discursos leídos este año en las Universidades con motivo de la apertura del curso, que han llegado á mis manos, el de mayor oportunidad é interés es el que leyó en la Universidad Ovetense su catedrádico de Historia del Derecho D. Rafael Altamira.

Trata este discurso de uno de los aspectos de la cuestión que está ahora en la mente, ó, por lo menos, en los labios de todos: de la regeneración de España. Hablan de ella políticos, periodistas, comerciantes, soldados. ¿Por qué no ha de hablar también la Universidad, desde su punto de vista?

El Sr. Altamira ha tenido el acierto de circunscribir la cuestión á la esfera propia de las funciones universitarias, dando así un ejemplo digno de imitación á los que acuden á esta gran consulta espontáneamente abierta sobre los males públicos y la manera de remediarlos. Por esto no se pregunta: ¿qué es lo que debe hacerse (en general) para la reforma de la nación?, sino: ¿qué es lo que puede y debe hacer la Universi-

dad para esa reforma y para la restauración de nuestro crédito ante los extranjeros? Este sentido de *especialidad* es muy laudable, pues para hacer algo práctico, menester es que cada cual se atenga á las cosas de su particular competencia, sin perjuicio de participar de la intervención común á todos los ciudadanos en los negocios públicos. Esta especialidad de funciones es todavía muy imperfecta entre nosotros, siendo frecuente el que cada individuo ó cada clase de las que intervienen en la vida pública pretenda extender su actividad á todo género de asuntos y hacer pesar en todos ellos su dictamen, invadiendo las esferas de la actividad ajena.

El Sr. Altamira hace bien en apartarse del camino seguido por estos omniscientes al uso, y evita así el escollo en que tropiezan casi todos los programas de regeneración que leemos á diario: y la repetición de generalidades tan desgastadas por el uso y el abuso, que han perdido ya toda sustancia y todo sentido, convirtiéndose en fórmulas huecas, de las cuales no puede esperarse ningún efecto práctico.

Tras unas pocas palabras de exordio, discretas y sentidas, en que hace el catedrático de Oviedo una calurosa protestación de su patriotismo al explicar cómo éste le impone el tema del discurso, plantea el Sr. Altamira la cuestión en los términos indicados, advirtiendo que no va á tratar de lo que constituye la función específica de la Universidad, del servicio que esta presta á la patria educando á la juventud, que es, dice con razón, una de las cosas más altas que pueden hacerse, sino de la cooperación especial que puede prestar en la obra de regeneración cuya necesidad por todos es reconocida.

Fijándose en uno de los aspectos psicológicos del problema, entiende el Sr. Altamira que para esa regeneración es necesario: 1.° Restaurar el crédito de nuestra historia á fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, aprovechando al propio tiempo todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos. 2.° Evitar discretamente

que esto pueda llevarnos á una resurrección de las formas pasadas, á un retroceso arqueológico, pues nuestra reforma ha de realizarse en el sentido de la civilización moderna.

Para comprender bien el por qué de la importancia que da el Catedrático de Oviedo á la vindicación de nuestra historia, conviene recordar la doctrina de las Ideas-fuerzas de A. Fouillée, de la cual saca aquél algunos de sus principales argumentos. La especulación y la acción no son dos esferas aisladas; las ideas son fuerzas, porque influyen como motivos en la conducta más ó menos conscientemente. El concepto que un pueblo tiene de sí mismo ejerce poderosa influencia en sus hechos y en sus destinos. Una nación que se cree degenerada é incapaz de redención, va por la senda de este pesimismo á la inacción y á la muerte.

Gran parte de nuestros elementos intelectuales, la mayoría, según el Sr. Altamira, está dominada por ese desaliento, por ese pesimismo que deprime la confianza en sí mismos que necesitan los pueblos, como los individuos. Hay que devolver al pueblo español esta confianza, y de ahí la importancia de la vindicación de nuestra historia, útil también en alto grado para combatir la leyenda forjada en perjuicio nuestro por el error ó la malicia de los escritores extranjeros desafectos á España.

Comprende claramente el Sr. Altamira que si esta comunicación con nuestro pasado puede ser muy provechosa para nosotros, ofrece también el peligro de poder inclinarnos á la resurrección de formas arcaicas, que nos desviarían del curso natural de la civilización europea en un retroceso suicida. Repetidamente advierte que hay que caminar en esta materia con gran precaución; que se necesita á cada paso hacer reservas y distinciones; que no se debe procurar un total renacimiento de lo pasado, ni es posible seguir otra orientación que la de la cultura moderna. Las formas transitorias de lo pasado son, en realidad, cáscaras vacías, envolturas muertas que no pueden reaparecer más que como fantasmas; pero

cada pueblo tiene una modalidad, un carácter, una *individuación* particular manifestada en su historia, de la que no es dable apartarle y que limita los cambios y las incorporaciones de elementos extraños que en él pueden verificarse.

*
* *

Como medios prácticos para que la Universidad contribuya en este sentido á la obra de la reforma nacional, propone el Sr. Altamira que se renueve la lectura de los escritores españoles antiguos, á lo cual se presta el carácter histórico que van tomando los estudios. Cuando haya fuentes ó antecedentes españoles convendrá utilizarlos con preferencia á las fuentes ó antecedentes extranjeros, para dar una base genuínamente nacional á las investigaciones modernas.

Debe también la Universidad inculcar á todas las clases sociales la idea del alto valor de la cultura. Llena este fin la llamada «extensión universitaria», ó sea la comunicación de la Universidad con aquellas clases que no concurren á sus cátedras. Dos medios se ofrecen para ello: la tutela educativa sobre los obreros y las excursiones para dar conferencias públicas en poblaciones diferentes de aquella en que tiene la Universidad su asiento.

Para mantener y fomentar el contacto con la cultura moderna y aprovechar los adelantos obtenidos en las naciones que marchan á la cabeza del progreso, expone también dos medios el catedrático de Oviedo: el primero, traer profesores extranjeros, como se ha hecho en Chile y se hizo en la misma Inglaterra en el caso del célebre filólogo y mitólogo Max Muller, pudiéndose citar también otros varios ejemplos; segundo, fomentar los viajes de instrucción al extranjero de profesores y estudiantes españoles, medio que considera preferible el Sr. Altamira, y para lo cual podrían utilizarse, como propone, las hoy estériles comisiones que otorga el Ministerio de Fomento, y que sirven ordinariamente de pasto á la *clientela* política.

A esta misión intelectual de la Universidad hay que agregar una misión moral y educadora. Al formar el espíritu de las nuevas generaciones debe levantar el ánimo de la juventud para impedir que se abandone al pesimismo; debe depurar el patriotismo de las exageraciones egoistas que le degradan, debe también trabajar por la paz, puesto que su misión como tal Universidad es de paz.

Como hace notar muy oportunamente el Sr. Altamira, no es España una nación aislada, un islote étnico perdido entre las grandes muchedumbres llamadas á luchar en la batalla de las razas. España tiene descendencia de numerosos pueblos que ocupan un continente joven. La Universidad, al trabajar por la regeneración de España, trabajará también por esos pueblos con los cuales debemos mantener relaciones más íntimas que las sostenidas con ellos hasta ahora: relaciones, más que de amistad, de parentesco.

La extensión de nuestra lengua y de nuestra raza en América ofrece un gran campo de difusión á los profesores españoles. A la tutela del pensamiento francés, norteamericano, etcétera, sobre los pueblos de la América latina, debemos intentar que sustituya nuestra influencia, facilitada por la comunidad del idioma y del espíritu de la raza.

Importa, pues, velar por la conservación del castellano en América y establecer un comercio intelectual más inmediato é importante con aquellos pueblos. Recuerda á este propósito el catedrático de Oviedo el proyecto del Sr. Güell y Renté de convertir á la Universidad de la Habana en un centro común de cultura de la América española. Hoy, aunque no tenemos ya dominios en América, nos quedan otros medios para fomentar esa comunicación intelectual. Conviene reconocer validez á los títulos profesionales y certificados de estudios expedidos en América, fomentar la venida á nuestros centros de cultura de la juventud americana, escribir obras que puedan utilizarse en América, etc.

Termina el discurso afirmando que la regeneración nacio-

nal sólo puede ser obra de una minoría ilustrada. No nos dejemos alucinar—dice el Sr. Altamira—por la esperanza de lo que vagamente se llama pueblo, masa, etc. Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción. El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura.

Hay que desechar también la preocupación de los que sólo consideran estimable lo muy grande y perfecto. No hay esfuerzo despreciable, por pequeño que sea, en la obra de la reforma social.

***

He procurado extractar en los párrafos anteriores el discurso del Sr. Altamira para llamar la atención del público ilustrado sobre un trabajo que considero de gran interés, y cuyas opiniones merecen ser acogidas con atención y simpatía. Creo, sin embargo, que el autor va demasiado lejos al apreciar la oportunidad y conveniencia de la vindicación de nuestra historia y al discurrir sobre los peligros del pesimismo.

Bien puede decirse que este es la excepción entre nosotros, al menos en lo que toca á las manifestaciones públicas. ¡Cuánto no se censuró al Sr. Cánovas por haber consignado en sus *Estudios sobre la Casa de Austria* y en *El Solitario y su tiempo* algunos juicios históricos y sociológicos exactísimos, que más que voces de desaliento y pesimismo eran la confesión, hecha por un hombre superior, del porvenir modesto que podemos prometernos, sean cualesquiera nuestros ensueños de grandeza! Hay, sí, en nuestras altas capas intelectuales algunos espíritus pesimistas, como los hay en todas partes, sin duda con menor motivo; pero ¿qué influencia tienen ni qué impresión pueden ejercer enmedio del general optimismo respecto de nuestras cualidades presentes y de nuestra conducta pasada? La mayoría de los españoles semi-ilustrados creen á pie jun-

tillas que no somos una de las primeras naciones del mundo por culpa de los gobernantes; porque no han querido que lo fuésemos los Sres. Cánovas y Sagasta. Esto de achacar al mal gobierno todas las desdichas públicas, y aun muchas de las privadas, venimos haciéndolo los españoles desde hace más de tres siglos. Antes eran los validos los responsables, ahora los políticos, y á nadie se le ocurre preguntar qué clase de incurable atonía padecemos cuando trescientos años de tan ominosa tutela no han bastado para decidirnos á ponerle término, aparte de que fuera caso por demás extraño el de un país en que han cambiado las dinastías, los sistemas de Gobierno, las influencias extranjeras, las leyes y costumbres, y sólo ha permanecido invariable y constante el mal gobierno, que al ser de tan larga duración no podría deberse á causas accidentales.

Ni el menosprecio de nuestra historia ni la desconfianza y desestima de nuestras cualidades actuales son hechos de suficiente generalidad para influir sobre nuestra conducta. No pasan de excepciones que se pierden sin dejar rastro en la ola inmensa del general optimismo y del común orgullo colectivo. Ha habido, sí, un período en este siglo en que las pasiones políticas influyeron notablemente en los juicios históricos sobre algunos períodos y algunos personajes de la antigua España. Fue común, por ejemplo entre los liberales, juzgar con excesiva severidad el período de la casa de Austria. Pero la tendencia reinante hoy es muy distinta; domina desde hace algún tiempo un verdadero sentido apologético en lo tocante á nuestra historia. Y así como antes exageramos hasta llegar al menosprecio, exageramos ahora frecuentemente elevando la vanagloria más allá de donde lo autoriza la realidad.

Respecto de la fe en nosotros mismos, ¿qué prueba mayor de absoluto y descabellado optimismo puede pedirse que la que acabamos de dar poniendo sobre las armas más de 200.000 hombres y gastando más de 3.000 millones de pesetas para prolongar por algún tiempo la posesión de una colonia que la inmensa mayoría de las personas pensadoras consideraba des-

tinada á emanciparse en plazo no lejano? No á las páginas de la Historia, donde no se hallaría ejemplo de cosa semejante, sino á las del libro inmortal de Cervantes hay que ir para hallar entre las aventuras de Don Quijote algo que tenga semejanza con este hecho contemporáneo de una nación que al parecer no ha perdido el seso.

Más que al pesimismo de algunos *intelectuales*, que por lo mismo de serlo no están en comunicación mental con la multitud, debemos temer á ese desbocado optimismo, á esa confianza sin límites en las fuerzas propias, á ese desdén de la realidad, á esa arrogante inconsciencia que no pesa las dificultades ni calcula los recursos, ni mide los obstáculos; á los arranques declamatorios de consumir el último hombre y la última peseta, de no salir de Cuba sin un Trafalgar, de querer que se conviertan en Gerona y Zaragoza las plazas de una colonia lejana en que el soldado se sentía medio extranjero; á toda esa garrulería retórica que tan cara nos ha costado, sin darnos siquiera la satisfacción de que nuestra caída fuese airosa y gallarda.

De ahí el peligro de extremar la apología de nuestra historia. De ser posible, convendría que fuésemos apologistas entusiastas al escribir la historia para los extranjeros, críticos llenos de severidad al escribirla para nosotros mismos. Mas como no podemos escribir dos clases de historia, vale más que optemos por la verdad, así cuando nos ensalce, como cuando nos deprima.

Y luego..... debemos pensar más en lo porvenir que en lo pasado. En vez de cultivar melancólicamente el panteón de nuestros recuerdos con la esperanza vana de resucitar á los muertos, cultivemos el terreno que han de pisar y que han de labrar con su sudor las nuevas generaciones. Hartos abrojos les dejaremos, hartos legados tristes recibirán de nuestras románticas locuras, para que no les debamos la indemnización de nuestros esfuerzos, á fin de prepararles una España menos atrasada y menos pobre que la actual.

Vivimos demasiado atados á nuestra historia, demasiado hipnotizados por los reflejos de su aureola. A fuerza de mirar hacia atrás, corremos el peligro de petrificarnos como la mujer de Loth. La rehabilitación de España no debemos buscarla en vindicaciones de nuestro pasado, sino en transformaciones para lo porvenir, en una gran invasión de vida moderna, de máquinas, de industrias, de trabajo; en el arrinconamiento del floreo retórico, de las preocupaciones añejas y de las grandes frases; en el culto de la labor continua, perseverante, silenciosa y modesta del progreso.

Dedíquense en buena hora los eruditos á restablecer la verdad en nuestra historia, pero háganlo huyendo de las exageraciones apologéticas. Saquemos de ella todos los demás las enseñanzas que contiene, y acordémonos siempre de que vivimos en los últimos años del siglo XIX y no en el XVI.

Ni Cortés, ni Pizarro, puestos al frente de los soldados con que derribaron los imperios de los Aztecas y de los Incas, podrían hoy realizar empresa tan inferior en apariencia como la de vencer á los rebeldes de Filipinas. No se conquistan ya reinos con un puñado de hombres; hasta los pueblos bárbaros se han perfeccionado en las artes de la guerra; los progresos mecánicos van reduciendo cada vez más la eficacia del valor personal, del factor hombre, entendido como se entendió en otros siglos. Y al mismo tiempo el crecimiento de las necesidades económicas condena á irremediable inferioridad á las naciones que no saben hacerse ricas con el trabajo y el ahorro.

Pueblos é individuos necesitan para poder vivir atemperarse á la realidad. Si nos lanzamos por los campos de la quimera y del ensueño, nuestras aventuras seguirán siendo las de D. Quijote, y, como el hidalgo de Cervantes, no conquistaremos gloria con ellas, sino mofa, ó á lo sumo curiosidad por nuestras gallardas locuras y nuestros divertidos desatinos. Divertidos para el espectador, se entiende, que no lo es para el protagonista ser molido á palos por yangüeses, apedreado por galeotes y burlado por todos.

La Universidad, como órgano de difusión científica y como elemento educativo, debe contribuir, ante todo, á modernizarnos, á ponernos en las condiciones de la vida contemporánea. No basta que en teoría, en las nociones difundidas entre las clases ilustradas, participemos del movimiento de la cultura y de los adelantos europeos; necesitamos reformarnos en la práctica, crear hábitos de verdadera civilización; ir reduciendo la dualidad que existe entre nuestro estado real y nuestro estado aparente; entre nuestras leyes y su aplicación; entre nuestra Constitución política escrita y nuestro régimen político practicado; entre la cultura más ó menos superficial de las clases superiores y la profunda ignorancia de la gran masa del pueblo. Para estos fines pueden ser de gran utilidad los medios que indica el Sr. Altamira en su bien escrito discurso: «la extensión universitaria», los viajes de profesores y estudiantes á los centros de cultura de las naciones más adelantadas y hasta la *importación* de profesores extranjeros, si nuestra vanidad quisquillosa lo consiente, que de seguro no faltará quien prefiera la ignorancia neta y castiza al saber traído de extrañas tierras.

***

En el pasado mes de Octubre han fallecido, con intervalo de pocos días, dos afamados escritores que fueron colaboradores asíduos de esta Revista, la cual puede decirse que ha recogido los últimos frutos de su ingenio. Aludo, como comprenderán los lectores, á D. Adolfo de Castro y D. Vicente Barrantes, á los cuales es de justicia consagrar en estas páginas un recuerdo.

Eran ambos de los últimos representantes de una generación literaria casi totalmente extinguida. Vinieron al mundo por la misma época, aunque había entre ellos alguna corta diferencia de edad, pues D. Adolfo de Castro había nacido en 1823, y en 1828, si no recuerdo mal, el Sr. Barrantes. Al-

canzaron los dos el período de actividad y de entusiasmo literario que despertó la transformación social y política de España en la primera mitad de este siglo, de igual manera que al comenzar el XVIII, con el advenimiento de una nueva dinastía y los cambios por ella introducidos, se produjo también un período de renovación semejante, fenómeno común al efectuarse en una nación algún cambio que trae aparejadas esperanzas de mejora, aunque estas se frustren luego y las arrastre como ramas muertas la corriente de los hechos. Uno y otro participaron de la afición á nuestra tradición literaria, que aún conservaba influencia poderosa en la época en que Castro y Barrantes hicieron sus primeras pruebas en el palenque de la literatura, y tuvieron también de común el gusto por las investigaciones históricas, aunque fuesen en lo demás escritores muy diferentes.

No me propongo hacer un verdadero estudio de ellos, ni siquiera una necrología proporcionada en extensión y en pormenores á la abundante producción literaria de uno y otro ingenio. Llega tarde para eso este trabajo, después de los muchos publicados en la prensa diaria, entre los cuales ha habido algunos interesantes y eruditos como los que en *La Época* ha escrito el distinguido literato D. Juan Pérez de Guzmán. Mi propósito se limita á dedicar un breve recuerdo á dos escritores de reconocido ingenio, de extraordinaria laboriosidad y extensa y sólida erudición, de los cuales guarda grata memoria La España Moderna, en cuyas colecciones hay, desde 1889, numerosos trabajos de uno y otro.

La carrera literaria de D. Adolfo de Castro fue mucho más rápida que la del Sr. Barrantes. Su célebre *Buscapié*, tan discutido por los cervantistas, traducido como obra de Cervantes á varias lenguas, impugnado y defendido dentro y fuera de España, dió á Castro, cuando era aún muy joven, notoriedad europea entre los aficionados á nuestra literatura. A más de gran atrevimiento, acreditaba sin duda grandes conocimientos filológicos y verdadero instinto literario, la empre-

sa de imitar una producción del Príncipe de los ingenios, presentándola nada menos que como la clave de su obra inmortal, para lo cual aprovechó hábilmente Castro la vaga tradición de la existencia de un *Buscapié* auténtico perdido, cuyo hallazgo no podía menos de excitar poderosamente la curiosidad de bibliófilos y eruditos. Tropezó D. Adolfo de Castro en esta empresa con el tremendo D. Bartolomé José Gallardo, cuyo mordaz ingenio satírico, bien acreditado ya en el Diccionario crítico burlesco y en otras diatribas semejantes, se ejercitó cumplidamente en aquella polémica, una de cuyas fases ó incidencias relata magistralmente el Sr. Cánovas en *El Solitario y su tiempo*. Los títulos de los escritos que se cruzaron entre Castro y Gallardo, *Buscapié del buscarruidos de D. Adolfo de Castro, Aventuras del iracundo bibliopirata don Bartolomico Gallardete, Zapatazo á Zapatilla y á su falso Buscapié un puntillazo*, dan idea de los tonos de la controversia, en la cual se vieron envueltos D. Serafín Estévanez Calderón y el mismo Cánovas, principiante entonces, motivando los ataques dirigidos á Calderón por Gallardo, la causa cuyos donosos y extraordinarios alegatos forenses por una y otra parte producidos parecen más bien que piezas de un proceso criminal, ingeniosas alegaciones para ante un tribunal literario.

Sus obras sobre los judíos y los protestantes españoles y sobre la decadencia de España dieron también á D. Adolfo de Castro notoriedad dentro y fuera de España, siendo celebradas en Inglaterra y Francia y aun aprovechadas como fuentes por escritores extranjeros. La crítica histórica tiene, sin embargo, mucho que rectificar en estos trabajos, eclipsados en gran parte por investigaciones y publicaciones posteriores, y así debió de reconocerlo el mismo autor cuando recogió años después los ejemplares que hubo á mano de alguna de dichas obras.

En los trabajos de la Biblioteca de Rivadeneyra tomó parte considerable el Sr. de Castro, como lo acreditan los estu-

dios preliminares escritos por él para algunos tomos de esta colección. La simple enumeración de sus obras sería muy larga, pues durante medio siglo puede decirse que no dejó ociosa la pluma. Ultimamente, el centralismo literario, que condensa en Madrid los loores de la fama, unido acaso á las variaciones de los tiempos y á las nuevas corrientes del gusto literario, hizo que D. Adolfo de Castro, que vivía en su ciudad natal, Cádiz, quedara algo olvidado. Para la mayor parte de los literatos actuales era un escritor de otra época, un antepasado viviente.

D. Vicente Barrantes comenzó su carrera literaria y política en la prensa, en tiempos en que ésta, no transformada aún por el noticierismo, daba mayor espacio é importancia á las letras y contaba con mayor número de ilustraciones en esta esfera que al presente.

La lucha por la vida y por el renombre fue dura para Barrantes en sus primeros tiempos. Recorrió el Calvario á que generalmente están condenados los escritores pobres en España. Tuvo que diseminar su ingenio y desparramar sus aptitudes en mil diferentes trabajos, pasando de la novela á la poesía lírica, de los estudios de erudición y bibliografía á las producciones escénicas, de los artículos políticos á las investigaciones históricas, de las traducciones de escritos extranjeros á los trabajos de crítica literaria y á las producciones satíricas y cuadros de costumbres, tocando, en fin, todos los asuntos y ensayando todos los caminos que se ofrecen á un escritor ávido de distinguirse.

Grave obstáculo es para los escritores este de la variedad excesiva de asuntos y de los cambios continuos en la aplicación de las facultades intelectuales. Así se frustran muchas verdaderas vocaciones, quedan reducidos á una discreta mediocridad claros talentos que hubieran dado superiores frutos en el cultivo de un género determinado, y desmerecen las más sobresalientes aptitudes, distraídas á cada paso de sus objetos preferentes, perdiendo en intensidad la obra lite-

raria lo que gana en extensión de materias. Así lo ha comprendido desde hace mucho tiempo la sabiduría popular: quien mucho abarca poco aprieta; aprendiz de todo maestro de nada, dice con muchísima razón el pueblo. Pero la escasa retribución de los trabajos literarios ha obligado y obliga á nuestros escritores á ser polígrafos por fuerza.

A pesar de estos inconvenientes, que fueron desapareciendo para el Sr. Barrantes á medida que su constancia, su laboriosidad y su inteligencia fueron labrándole una carrera política, en que llegó á ocupar puestos importantes y un renombre literario que le condujo á las Academias de la Lengua y de la Historia, deja este escritor obras de verdadero mérito.

Sus obras escénicas, su novela histórica *Juana de Padilla* y sus poesías, entre las cuales hay algunas muy briosas é inspiradas, han ido cayendo en el olvido. No así sus eruditos estudios histórico-bibliográficos acerca de Extremadura y sus trabajos referentes á Filipinas, que son testimonio de su vasta ilustración y de su competencia en cuestiones históricas y coloniales.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Abre hoy La España Moderna una nueva sección en sus páginas, consagrada exclusivamente á estrechar las relaciones entre la antigua metrópoli y sus antiguas provincias, emancipadas y constituídas en Estados soberanos de América, por medio de la comunicación recíproca de los intereses que se basan en los vínculos de la inteligencia y en el conocimiento de los hechos políticos y sociales que determinan la marcha de sus progresos respectivos. Ha pasado ya el tiempo de las prevenciones, del odio y de los abismos de la preocupación; y ha sonado á la vez la hora de la aproximación afectuosa y sincera de los que, amasados en una misma sangre, adoran un mismo lábaro de redención, sienten el orgullo común de un mismo origen, decoran los recuerdos de su pasado en el espléndido nimbo de una misma historia, hablan una misma lengua y palpitan en perfecta igualdad de deseos y de esperanzas. Los que viven bajo la ley de estos hermosos parentescos, ¡no importan las distancias geográficas que los separe!, deben conocerse, estimarse, protegerse en cada emoción de sus sentimientos y en cada evolución de su existencia. Sus ideas son comunes; sus afectos son estrechos, y también pueden recibir unidad de impulso sus intereses.

A llenar este vacío, que cada día se nota y se siente más

en las relaciones continuas de los pueblos de origen ibérico de los dos mundos, se consagrará esta parte de nuestra Revista.

*
* *

Sería intempestivo introducirse desde luego en la relación y en la crítica de algunos hechos parciales, los de más bulto, sin hacer antes una excursión metódica para indicar la situación actual de todas y de cada una de las Repúblicas americanas de nuestro origen, sobre las que han de versar nuestros estudios posteriores. El orden sistemático que se nos impone, proyecta su radio de observación de Norte á Sur, encadenando la solitaria República de México, que se asienta, como un muro de contención, al término de aquel continente, que casi se dirige por el dominio exclusivo de los Estados de la Unión anglosajona, cuyo exuberante desarrollo y cuyo prodigioso poder parece ser una amenaza continua de absorción para las pequeñas Repúblicas que tienen por solar pequeños territorios insulares en el mar de las Antillas, ó se hallan fraccionadas en porciones políticogeográficas que las imposiciones en la emancipación impusieron, y que el tiempo ha consagrado; á pesar de que las crecientes necesidades, ya de la defensa, ya del progreso material y moral, mueven á algunos de estos pueblos á nuevas agrupaciones, como las que se ensayan entre los Estados del Centro, las que ya se agitan en los del Norte del continente meridional y las que se halagan, del lado oriental de los Andes, en las márgenes del Plata, y del lado occidental, bajo las vertientes del Aconcagua.

México, en el término austral del continente del Norte, sin poder emular los adelantos estupendos de sus vecinos los Estados Unidos, vive en el impulso de los progresos modernos, dilatando más cada día las esferas de la pública instrucción, de las obras de utilidad general y del desenvolvimiento de sus riquezas naturales y de sus nacientes industrias. Ha logrado

bajo el gobierno del general Porfirio Díaz hacer estable la paz interior. Su gobierno, que es una benigna dictadura, se hace compatible con todas las libertades del Derecho civil. El impulso que el Estado da á la obra cada vez más extensa de la educación popular, contribuye á realizar á la vez dos obras insignes: la catequización ascendente y los cruzamientos con las razas indias, que aún en sus vastos dominios sobreviven á las subordinaciones fértiles de la civilización, y el mejoramiento de las costumbres, que reduce cada día más los defectos tradicionales que daban á aquellas razas una fisonomía que, cuando menos, servía de rémora á la franca realización de las empresas que elevan á los pueblos á los grados superiores de la cultura contemporánea.

Es verdad que la disminución que desde 1821 ha sufrido la raza indígena y el crecimiento de la criolla, que imprime ya á Méjico los caracteres especiales de una verdadera nacionalidad, son los hechos que más poderosamente influyen en estos resultados. Puede decirse que Nueva León y Coahuila no tienen ya en su territorio un solo indígena; Chihuahua y California sólo encierran unos cuantos, metidos en sus montañas, así como Tamaulipas y Durango. Los indios de Sinaloa, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis de Potosí y costa de Veracruz, Tabasco y Campeche, no tienen ya importancia como grupo etnológico. Colima, Guanajato, Jalisco y Querétaro, aunque los pueden contar por miles, olvidan su idioma y sus costumbres. Los antiguos tarascos han salido de su retraimiento, y rápidamente se funden con la población criolla michoacana. Otro tanto sucede en parte de Guerrero, el resto de Veracruz y el distrito federal y parte de Puebla. Solamente en Hidalgo, Méjico, Sierra de Puebla, Tlascala, Morelos, Teple, Yucatan y Chiapas es donde la raza indígena domina, pero en tal estado de indolencia, con excepción de Oaxaca, que su propia miseria la lleva rápidamente á su total extinción.

La unificación de la nacionalidad mejicana adelanta más

cada día, y ella hace posible desenvolver aquel cuadro de progresos y mejoras que delineaba con vivas esperanzas de éxito el presidente Porfirio Díaz en su Mensaje al Congreso de la Unión, abierto al primer período de su legislatura, el 16 de Septiembre último. Sólo entibian tal vez este movimiento los temores que en Méjico hacen concebir los Estados Unidos, de quienes temen que un día puedan ahogar su independencia. Recuerdan todas sus absorciones: en 1802, la del valle del Ohío; el mismo año la de la Luisiana; en 1812 la de la costa del Pacífico; en 1819, la de la Florida, la del Oregón y la del Arkansas; en 1843, la de Texas; en 1848, la de las enormes conquistas hechas á Méjico; en 1850, la del archipiélago del Norte; en 1854, la de la Mesilla y Arizona; en 1867, la de la península de Alaska, y últimamente, en este mismo año, la de las Haway y la de Puerto Rico, si aún Cuba puede salvar su independencia y España su integridad en Filipinas. Ven además los mejicanos la constante inmigración de elementos yankees en su territorio, tratando de transformarlo todo, hasta el lenguaje, y apoderándose de todas las empresas. Ellos adquieren tierras, fundan industrias, se hacen dueños de las minas, se apoderan, en fin, de la riqueza, y sólo los ferrocarriles yankees importan un río continuo de oro y plata que sin cesar se dirige de Méjico á los Estados Unidos. Pero estos temores no los abriga únicamente Méjico: son comunes á toda la América del Centro, cuyos cinco Estados independientes son objeto de la misma invasión pacífica y de los mismos monopolios.

***

América del Centro.—Los Estados de la América Central han quedado reducidos á tres entidades de carácter internacional, mediante la Constitución de la República Mayor, compuesta, después del pacto de Amapala, de la federación del Salvador, Honduras y Nicaragua, á la que hasta ahora

han rehusado unirse Guatemala y Costa Rica. La extensión total del territorio que ocupan, entre los dos grandes Continentes del Norte y del Sur, es casi igual á la de Francia en Europa; pero entre los cinco Estados no reunen más que la de tres millones y medio de raza mezclada, escasa habitación humana para la variedad y abundancia de riquezas que dan sus infinitas producciones, su benigno clima, sus grandes ríos y lagos y la situación que constituye aquel extenso itsmo en el centro de comunicación del comercio de los dos grandes Océanos, luego que se perfore el canal de navegación de largo tiempro proyectado, sea por la parte de Panamá, sobre el continente colombiano, sea por la de Nicaragua.

La unión de estos cinco Estados, que en todos se desea, les dará una fuerza incontrastable de hecho y de derecho, si sobre esta base de condensación, de acción y de poder se cierne siquiera por diez años la hada benéfica de la paz. Pero la idea de la unión tiene sus partidarios de convicción, sus contradictores de tradición y de escuela y sus enemigos acérrimos, que la combaten desde invisibles trincheras, en la persuasión de que las fuerzas unidas de todo el Centro dificultarían de una manera poderosa las miras de absorción que se halagan en los Estados Unidos y que se enardecen cada día más con la codicia de apoderarse de los territorios por donde se ha de abrir el canal de Nicaragua.

Aun después de firmado el pacto de Amapala; aun después de la reunión de la Asamblea Constituyente de Managua; aun después de la aprobación, firma y promulgación de la Constitución federal, el 27 de Agosto último, y hasta señalado el plazo para la elección del primer Presidente de la federación nueva, en Diciembre próximo, la idea de la unión no recibe la sanción unánime de la opinión en las tres Repúblicas confederadas. Honduras, la patria de Morazan y de Cobañas, la acepta sin vacilaciones de ningún género; el Salvador, el más rico de los Estados del Centro y el más poblado, es también entusiasta; pero en Nicaragua se mantiene vivo un nú-

cleo de oposición, que ya toma el dictado de separatista; pero Guatemala, que acaba de salir de otra nueva tentativa de revolución, atizada desde las fronteras de Méjico por Próspero Morales, auxiliado por Manuel Lleraudi y el ecuatoriano Plutarco Borren, y en cuyos sangrientos desmanes ha habido matanzas inhumanas hasta de mujeres y niños, resiste la unión, donde ella, apoyada en sus antiguas tradiciones, no puede ser cabecera; y en Costa Rica, aunque hay una gran sociedad de pensadores que acogen con aplauso la idea de la unión, se teme que su realización promoviera disturbios, allí donde se quiere la paz á todo trance, pues con la paz progresa el país, se enriquece y se convierte aquella pequeña República en una joya y modelo de sus hermanas ibéricas de todo el Nuevo Mundo.

Es lícito esperar que estas repugnancias no tarden en ceder ante el interés común, y el éxito y el ejemplo que obtenga de la recién constituída República Mayor, decidirá victoriosamente el problema en un plazo no muy largo. La población del Centro América es la más homogénea de todos los Estados hispanoamericanos; las cinco Repúblicas en que su Estado está dividido, gozan el mismo grado de cultura y de prosperidad; sus intereses son comunes y la unión total de todas ellas no tardará en prevalecer. Guatemala no tendrá más que recordar para ello su Tratano de Unión del 15 de Junio de 1897. La adhesión de Costa Rica no se haría esperar después de la suya.

En la última revolución de Guatemala, anteriormente indicada, murieron casi todos los cabecillas que en ella tomaron parte, y el primero de todos su jefe, Próspero Morales. Pero en este suceso son dignos de consignar varios hechos: 1.°, que los rebeldes contra el Presidente constitucional de la República, contaban con las simpatías de los mejicanos, sus vecinos; 2.°, que las fuerzas del poder constituído estuvieron amparadas por las simpatías de los norteamericanos, y que en la ocupación de Ocon, el capitán yankee Feugan, del cañonero

Leander, á petición de los representantes de Inglaterra y Alemania, tomó parte activa en la derrota de los moralistas, obligándoles á retirarse á las montañas de Cuchumatanes. Esta derrota aseguró el triunfo en las elecciones presidenciales al licenciado Manuel Estrada Cabrera, que ejercía interinamente tan alta magistratura desde el asesinato del Presidente Reina Barrios. Esta elección de Estrada Cabrera ¿impedirá la aproximación de Guatemala á la República Mayor, al menos durante el tiempo de su presidencia constitucional?

Con Costa Rica sucede algo parecido. El nuevo Presidente, Rafael Iglesias, ejerce sobre esta República una influencia también decisiva, y esta influencia mantendrá el estado de independencia del país que gobierna, al menos mientras no se resuelva el gran problema internacional que pronto habrá de plantearse entre los Estados Unidos y la República Mayor, á causa de las obras del canal de Nicaragua, que, como se sabe, el Gobierno de Washington y la opinión de los yankees aspiran á que sea una vía enteramente norteamericana.

*
* *

Grupo septentrional del Sur.—Las tres Repúblicas que le forman se encuentran bajo la presión de las mismas dificultades que para su amplio desenvolvimiento les crea la extremada división político-geográfica en que se hallan constituídas, y que compeliéndolas á girar dentro de la reducida órbita de sus propios recursos para mantener cada una las obligaciones inherentes á la soberanía de cada Estado, distraen en estas imperiosas atenciones las fuerzas que mancomunadas se harían más fértiles en el impulso de las mejoras generales, en la educación y en las obras públicas, en la organización de las fuerzas defensivas y en la proyección de las empresas que contribuyen al desarrollo de las riquezas propias y al fomento de la prosperidad. De Venezuela no logran desterrarse del todo las frecuentes convulsiones políticas en que, ni en el sen-

tido moral y político, ni en el sentido material y económico, pueden traducirse sino como grandes rémoras para todo bienestar y para todo engrandecimiento. En Colombia trabajan sin descanso para impedir su prosperidad las guerras internacionales que se levantan á deprimir el desarrollo de sus fuerzas. Por una parte, pesa gravemente sobre esta República el fracaso de la empresa de Panamá, que difícilmente logrará reconstruir su prestigio y adquirir elementos con que proseguir la obra comenzada, sobre todo si los Estados Unidos se resuelven, como parece, á tomar sobre sí la empresa del canal interocéanico por Nicaragua. Por otra, sin cesar siente sobre su cabeza la presión sorda que desde Washington se hace contra todos sus intereses desde que Colombia no consintió ceder sus territorios contiguos á la línea del canal trazado, al dominio soberano y exclusivo de los Estados de la Unión. Y, finalmente, los conflictos con Italia por las indemnizaciones de la cuestión Cerrutti, se ha tratado de que se conviertan contra ella ó en un problema internacional que pudiera conducir hasta un *casus belli*, ó en un problema de descrédito económico, en que se le pudiera amenazar hasta con la intervención de sus aduanas. Por último, el Ecuador, más distante y mejor defendido por su situación geográfica, en este género de cuestiones lucha con su propia inercia y con la insuficiencia de sus medios, para desarraigar de aquella República ciertas ideas que se oponen á sus progresos civiles y para hacerla entrar en las amplias corrientes de la activa vida contemporánea.

En Venezuela, el momento de la posesión constitucional de la Presidencia por el General D. Ignacio Andrade, que para ella había sido elegido, marcó el de la revolución contra el poder naciente, que hizo estallar su opositor el General José Manuel Hernández, que había sido derrotado en las elecciones presidenciales. Si esta situación moral de los espíritus pudiera aceptarse ante las determinaciones de una sentencia legal, como la sustantiva de las elecciones en que estriba toda la base

del derecho en los pueblos regidos por instituciones como las de Venezuela, ¿á dónde iríamos á parar? ¿Qué régimen de estabilidad y de normalidad podría fundarse en un país, donde los derrotados en el derecho pudieran hacer impunemente la apelación de las armas? La revolución, por fortuna, fue breve porque la suerte de los combates se pronunció desde luego contra el airado pretendiente, aunque no sin causar sangrientos sacrificios, entre ellos el del expresidente D. Joaquín Crespo, que murió peleando por el imperio de la legalidad. Hernández fue preso; su facción destruída, y con él cayeron sus Generales Quintero y Vita, todos los jefes de la revolución, todas sus armas y todos sus medios ofensivos. Pero de cualquier modo, estas protestas de los despechados del derecho mantienen siempre un principio de descrédito en las naciones donde pueden hacerse, y esta mengua del prestigio moral refluye en mengua de todos los intereses generales. Las cuestiones de Colombia con los Estados Unidos y con Italia no caben en el bosquejo general á que hoy nos vemos reducidos á encerrar este trabajo. Necesitan una amplia exposición, y hemos de aplazarla para otra revista. Las dos cuestiones están vivas, sobre el tapete y sin esperanzas de una próxima resolución. No perderán, por lo tanto, su oportunidad por este breve aplazamiento. Sólo nos servirá uno y otro antecedente para justificar el movimiento de unión y la aspiración á una fórmula federativa que á la vez se ha despertado en Venezuela, en Colombia y en el Ecuador, ansiosas de constituir entre sí un núcleo de fuerzas, no aliadas bajo la fe de un pacto internacional, sino fundidas en el crisol de una unidad común.

El Presidente Caro, en su lato mensaje á las Cámaras colombianas, ha dejado traslucir este fecundo pensamiento. Nombrado el doctor Luis Carlos Rico Ministro de Colombia en Caracas, aprovechó el discurso de la presentación de sus credenciales al Presidente de Venezuela, para recordar, como fuente de una nueva esperanza, los deseos de unión por desgracia entonces no realizada entre los dos pueblos hermanos y

vecinos, por los legisladores de Santo Tomás de la Angostura y de la villa del Rosario de Cúcuta. Los dos Gobiernos de Caracas y Bogotá se han mostrado después dispuestos á aceptar toda fórmula de conciliación en los puntos pendientes en el laudo y navegación del Orinoco; y el General Eloy Alfaro, Presidente del Ecuador, más explícito en levantar el velo de la inteligencia común, ha proclamado como principio de una política de redención para los tres países el principio de la aproximación federativa, para que un Cuerpo representativo de más de ocho millones de habitantes pueda fundir todas sus fuerzas para una defensa más eficaz de sus derechos y para una promoción más fértil de todas las empresas de la civilización y de la prosperidad en los tres países.

El pensamiento de Alfaro realmente ha sido para muchos una sorpresa; hasta el punto de que, al terminar la lectura del Mensaje en que lo formulaba, uno de los representantes se levantó y dijo: *Señor Presidente: no tengo la suficiente serenidad para escuchar ese Mensaje; protesto, y me ausento.* Pero esta opinión parcial no comprendía á todos los representantes. Para apoyar las ideas del Presidente, se formaba en el acto un directorio, compuesto de los doctores Luis F. Borja, Carlos Freile, Fidel Egas, Lizardo García, Eliodoro Avilés y Luis Dillón, y dispuestos á entrar en esta nueva corriente hasta los vencidos de la revolución del Azuay, los representantes Dillón, Pino y Pareja presentaron un proyecto de amnistía extensiva á los Obispos Masiá y Schumacker, y para que el Estado reconociera y pagara los gastos de la revolución fracasada, como pacto de paz entre los que hasta aquí se han combatido como enemigos.

¿Pueden ser considerados estos hechos como síntoma de que el pensamiento del general Alfaro será apoyado con entusiasmo en todo el Ecuador?

*
* *

Grupo oriental cisandino.—En las márgenes del Plata y de los ríos que á él confluyen, se habla más de alianzas que de nuevas confederaciones; pero la idea del ensanche y anexión de territorios próximos forma el pensamiento político sustantivo del general Julio Argentino Roca, que acaba de ocupar nuevamente la Presidencia de la República Argentina. En pocos años este Estado, sin llegar aún al número de población que alcanzan otras Repúblicas hispanoamericanas, ha logrado ponerse por sus fuerzas productivas, por su creciente comercio, por la importancia de la inmigración incesante que recibe en su seno, por el número é importancia de sus Bancos y de sus grandes asociaciones agrícolas é industriales, por el desarrollo de su agricultura, por el movimiento de sus fábricas y de sus buques, por la organización de sus fuerzas armadas, y sobre todo, por la creación de su gran Marina militar, á la cabeza de todos los Estados de origen ibérico, hasta del Brasil, que le aventaja casi en dos tercios de población total. Su capital, Buenos Aires, está llamada á ser en breve la Nueva York de la América Meridional, y el peso de su balanza política, no sólo á subordinar á una gran acción de unidad todo el movimiento de la América de origen español, sino á contrarrestar el ímpetu de absorción que se ha apoderado de los anglosajones del Nuevo Mundo.

Del lado allá de los Andes le disputa esta naciente preponderancia Chile, el país hasta ahora mejor regido de la América austral, en el cual han logrado transfigurarse dentro del molde originario del cemento español, las instituciones, las ideas, los mecanismos políticos, financieros y mercantiles de Inglaterra, con quien, desde su emancipación de España, Chile ha estado en la más frecuente comunicación. Sus hombres políticos parecen lores; sus costumbres no se han conservado bajo la pauta de la antigua aristocracia española, sino que se han modelado por el ejemplo de la severa y desdeñosa aristocracia oriunda de los Plantagenets. Pero aunque Chile, que ha constituído un gran Estado militar y un gran Estado

naval, ha autorizado estas instituciones con el prestigio de la victoria sobre sus hermanos fronterizos del Norte, su propia situación geográfica la encierra entre el mar y los Andes, en una estrecha cintura de tierra, de donde ningún esfuerzo le permite salir y dilatarse.

Esta despótica situación topográfica impuesta por la naturaleza, esteriliza sus luchas de rivalidad con la Argentina. Cincuenta y más años dura esta enemistad bajo el pretexto de una cuestión de demarcación de fronteras. Pero cuando las dos Repúblicas fronterizas se han encontrado más preparadas para dirimir la cuestión con las armas, el propio convencimiento ha obrado en Chile una gran reacción en sus elementos gobernantes, que ha equivalido moralmente á abandonar á su rival la no disfrutada victoria.

¿Se aprovechará el General Roca de esta situación? Indudablemente, á la vehemencia de sus deseos se le impondrán los dictados de la prudencia. Él sabe que no puede ser el provocador, porque el provocador, por el mero hecho de serlo, tendría contra sí la doble hostilidad de la opinión en el mundo y de las alianzas que Chile encontraría, al menos, para destruir en su germen la fuerza poderosa que en la Argentina se medra. Roca sólo se contentará con la atracción hábil del Uruguay, minado de revoluciones contra el General Cuestas, que ejerce de Presidente interino con conatos de dictador; del Paraguay, que es débil y está escondido, y de Bolivia, á quien devora el ansia de engrandecimiento. Pero Bolivia misma no es, sino política y momentáneamente, del grupo geográfico cisalpino de que la Argentina es cabeza, y aun para tratar de ella hay que tener en cuenta esta distinción.

Por lo demás, como de las cuestiones de Colombia con Italia, tenemos que diferir ocuparnos de las de la Argentina con Chile y de las revoluciones del Uruguay, pues el espacio no nos permite hoy entrar en estas materias. Tampoco perderán su oportunidad.

* * *

Grupo occidental transandino.—De las cuestiones de Chile con la Argentina hay que hacer un recuerdo común, y como entre Chile y el Perú y Chile y Bolivia los problemas pendientes afectan sólo cuestiones de fronteras, cuya base son la larga cordillera de los Andes y la extensa márgen del Pacífico, dilatada hasta otra Revista la primera de estas cuestiones, hay también que diferir las demás.

Entre tanto, el movimiento de atracción hacia la unidad por medio de la concentración de nuevas federaciones, ¿se deja también sentir en esta última parte austral del continente americano? Verdaderamente no es en ella tan vivo, ni tan sensible. El temor de la amenaza que pesa sobre Méjico, las repúblicas centrales y la parte septentrional del continente del Sur no está tan próximo, ni excita los mismos sentimientos de común defensa. Además, las guerras que Chile sostuvo hace pocos años con sus hermanas del Norte, dejándolas lesionadas y humilladas, mal pueden disponerlas á una inteligencia entre sí. Chile, por otra parte, ha jugado en falso: á Bolivia le prometió por pactos solemnes los territorios cautivos que apresó del Perú, y con el Perú ha negociado nuevos tratados para la devolución probable de estos mismos territorios. No sabemos si aun así, en el caso de un conflicto armado, podría Chile contar con el Perú como aliado: á Bolivia nunca. Pero de esta parte de los Andes se esperan evoluciones profundas que han de emanar de la suerte de las evoluciones que sufran los Estados cisandinos de que la Argentina es cabeza.

Con todo, una gran federación de Estados hispanoamericanos, desde Méjico hasta Punta Arenas, comprendiendo los cincuenta millones de habitantes que los pueblan, acaso donde hallaría mayores obstáculos para su realización sería en esta parte extrema de la gran cordillera.

*
* *

Estas Revistas no han de tener un carácter exclusivamente

político. Nos proponemos exponer en ellas los progresos de la inteligencia de los dos mundos, en cuanto se refiera á la unión y cultura de la gran familia hispanoamericana. Por eso no podemos hoy dejar de anunciar á nuestros lectores del otro lado del Atlántico, ya que no podamos extendernos en una meditada necrología, la muerte del Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, el americanista español, que era una de las glorias de nuestra patria.

Iob.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Proposiciones de Rusia sobre desarme universal.—Discurso acerca de tal tema pronunciado en la Tribuna Española en Febrero del ochenta y ocho.—Relampagueos de guerra universal.—Tristes reflexiones.—Tendencias naturales en todo desastre de los desastrados al misticismo.—El Emperador alemán y su carácter.—Peregrinación á Jerusalem.—Paso por Venecia y Constantinopla.—Evocación de ambas ciudades.—Cuestión china.—Desarrollo de esta cuestión.—El Japón revolucionario junto á la inerte China.—Victoria de aquel Estado en las aguas amarillas y azules.—Consecuencias para China de tales victorias.—Condiciones de la mujer en China.—Revolución del Palacio de Pekín dirigida por una mujer, la Emperatriz viuda.—Carácter de esta mujer.—Sus tendencias reaccionarias.—Destronamiento del Emperador á causa de sus tendencias progresivas.—Aparición de Alemania en el Celeste Imperio.—Luchas diplomáticas allí entre Rusia é Inglaterra.—Carácter de la revolución interior china.—La reacción no podrá nada contra esta revolución en definitiva.—Conclusión.

I

Hace mucho tiempo que sólo recibimos noticias siniestras sobre la marcha del progreso humano, cuyo movimiento vigilias innumerables ha merecido en toda ocasión y circunstancias, prósperas ó adversas, de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento. Así, abrumados espíritu y ánimo so el peso de las innumerables desventuras patrias, nos ha sorprendido por todo extremo ver á un déspota de nacimiento, á un guerrero y conquistador de profesión, á un Pontífice ó Papa en armas, al Czar de todas las Rusias, desde un trono compuesto por mondados huesos, y á la sombra de un solio tinto en sangre hu-

mana, teniendo por cetro una guadaña como la siniestra, por el esqueleto que simboliza la muerte, agarrada, proponernos el desarme, indispensable á la paz europea y á la libertad universal. Cualesquiera que sean mis aprensiones respecto del resultado y éxito de la proposición imperial, yo no puedo menos que aplaudirla y apoyarla con todas mis fuerzas, pues hartos pésimos intentos se muestran arriba por la mayor parte de los Gobiernos, así los liberales como el Gobierno de Inglaterra, cual los demócratas y republicanos como el Gobierno de América, para que yo deje de asentir á un plan, siquier sea de un déspota, el cual plan, como cuantos planes progresivos se han formulado en la Historia, empezará por encontrar obstáculos insuperables en los intereses de un día y concluirá por prevalecer, tarde ó temprano, impelido por las ideas progresivas, que triunfan en todos los tiempos.

II

Mi discurso último en el Congreso, por Febrero del año ochenta y ocho, discurso jamás atendido cual debía serlo, no en atención á su mérito, en atención á su ideal, ni por los Gobiernos liberales ni por la opinión popular, contenía ya formulados estos principios de paz y desarme que ahora bajan, tras diez larguísimos años, desde las alturas de un trono. «Los presupuestos en déficit, las deudas en aumento—decía yo entonces—el trabajo en penuria, los campos en desolación, el comercio de toda la tierra en crisis, dicen á una que así, bajo estos increibles armamentos, no podemos vivir más tiempo, hallándonos expuestos á perecer todos, no en las tormentas de una guerra, donde al cabo se muere con gloria, en la vileza y en la consunción del hambre universal. Y cuando los industriales se quejan del estado de sus fábricas, cuando el agricultor se queja del estado de sus campos, cuando el comerciante se queja del estado de sus cambios, no se quejan de nada interior, no; se quejan sin saberlo, y sin quererlo, del estado

internacional. Entre las verdades allegadas por la sociología contemporánea, ninguna tan exacta cual aquella que dice cómo á ciertos ministerios sociales corresponden ciertos organismos con ellos en armonía y consonancia. Explicaré la idea. Cuando se conforma un pueblo al combate, siempre se le organiza en ejército, y surge un Estado y Gobierno de cuartel; cuando se conforma un pueblo al trabajo, siempre se le organiza por modo fabril, y surge un Estado industrial.» Quien dijo esto no tiene más remedio que aplaudir el Czar.

III

Pero no las tiene uno todas consigo si contempla el estado de nuestro planeta en estas angustiosísimas horas. El pueblo á quien creíamos arquetipo de una sociedad trabajadora, se ha convertido en pueblo de conquistadores y piratas. Partidario de la paz perpetua y del arbitraje internacional, creíamoslo colaborador al progreso universal, y de pronto se nos aparece como un águila rapaz en los aires, descargados por su ciencia del rayo, y como un tiburón voracísimo en los mares, domados por su industria bajo las calderas y las máquinas del vapor. En la grande Inglaterra ya no existe la escuela de Manchester. Un Ministro casi republicano excita el temperamento semiescandinavo y semisajón de los suyos para que caigan sobre las demás razas, y lejos de prosperarlas por el comercio y por la industria, lleguen á destruirlas por la barbarie de una guerra sin tregua. Y el Emperador de Alemania responde al Emperador de Rusia con arengas militares que huelen á conquista. Está ciego quien deje de columbrar por todas partes los relampagueos de la guerra universal. Yo tengo una desesperación tal, después de nuestras últimas desgracias nacionales, que creo sería valedera y práctica la proposición del Czar si fuese mala, pero siendo buena, como es, prevalecerá cuando nosotros nos hayamos muerto, porque toda

grande idea prevalece al cabo en la Historia, pero mientras nosotros vivamos no prevalecerá.

IV

Francamente, siempre que vemos el mal tan extendido en los espacios y el error tan extendido en los espíritus, nos tornamos al eterno misterio pidiéndole que nos descifre, y no con jeroglíficos, no, con verdades, sus enigmas, y nos mande á nuestros labios, desecados por el ejercicio continuo de una plegaria inútil y sin eco, el rocío que los refrigere y los endulce para el cántico de las divinas alabanzas. Todos hemos interrogado al Universo, y el Universo nos ha respondido á todos con perdurable silencio. En espacios, por cuyos cerúleos senos tantos soles discurren, serán muy luminosos, pero están muy callados. El silencio de las alturas mucho se parece al silencio de los sepulcros. Con espirituales tendencias á subir, como las aves del aire á volar, en cuanto subís mucho no podéis vivir, porque no podéis respirar. El concierto de las esferas podría oirse desde arriba; desde abajo no se oye ni una miserable nota. Si queremos saber ó averiguar hasta donde la vida humana se dilata más allá de nuestra esfera, nos encontramos con que la más próxima entre todas esas luminarias celestiales ¡ay! se halla extinta; nos encontramos con que nuestro planeta va por la inmensidad del éter con un cadáver unido á su radio en perdurable desposorio. Así los mundos nos parecen purgatorios donde almas, ó superiores ó inferiores á la nuestra, plañen y penan fatalidades indecibles.

V

Y si la serpiente del mal se ha enroscado lo mismo al átomo de ceniza frío perdido en nuestros cementerios que á las hermosas pléyades relucientes en serenas noches y á la estrella Sirio deslumbradora en las profundidades de lo infinito, ¿dónde iremos á buscar el bien? Dentro de nosotros mismos

imposible hallarlo. Cada pecho parece un verdadero yunque, sobre cuya férrea superficie se destroza el corazón al golpe de unas desgracias continuas, generadoras de unos dolores eternos. En el mundo material no hay plagas ni calamidades comparables á las plagas del mundo moral. El entierro externo de nuestros semejantes muertos no resulta, no, tan triste como el entierro interno de nuestras esperanzas perdidas. Cada uno de nosotros lleva en las entrañas el aguijón de un desengaño, y este aguijón envenena y mata más que el aguijón de las víboras. Nos damos con el cerebro contra los hierros de la estéril y estrecha lógica, donde nuestro pensamiento está encerrado, como el criminal en su calabozo y en su jaula el demente, sin que podamos extraer de tamaños esfuerzos sino verdades relativas siempre, nunca la verdad arquetípica y absoluta. Los elementos de la vida se os tornan á cada paso agentes de la muerte. Bajo vuestros pies, el suelo que os sustenta bosteza con abismos insondables ó se estremece en terremotos horribles. Sobre vuestras cabezas, el aire vivificador se torna huracán y ciclón sólo propicio al exterminio. La viva luz deslumbra vuestros ojos y ciega vuestra vista. La próvida lumbre, á cuyo amor el hogar vive, se torna incendio voraz que lo consume y acaba. No hay medio de preservar los mejores amigos á la ingratitud; ni el amor de mujer más sensible á vuestra vida no hay medio de sustraerlo á la inconstancia que os mata con sus desengaños. Cada beneficio sembrado en los surcos de la sociedad os da frutos de ponzoña. No corrais tras ninguna ilusión, porque corréis el riesgo de que al estrujarla entre vuestros dedos convertirla en desilusión y en desencanto, sin colores en sus alas ó sin alas en sus cuerpos, metamorfoseadas de multicolores mariposas en orugas horribles.

VI

Así no hay más remedio, para procurar el consuelo, que pedir un refugio al misterio. Los sepulcros, que no hablan en

el Universo, mudo é indiferente, hablan en el templo, alfombrado de losas funerarias y ceñido de íris deslumbradores, enlazando con el recuerdo la esperanza. Esos montones de huesos, mondados y glaciales, no apetecidos ni de los cuervos por no poder sacarles ni una hilacha de fibra ni un dejo de tuétano, vistos por Ezequiel en la desolación de sus desiertos semitas, se calientan al calor de las lámparas sacratísimas y reviven al dogma de la resurrección. Los conciertos de mudos, cuyas armonías no podéis oir en las esferas materialísimas del cielo, podéis oirlos en las esferas espirituales del arte. La soledad de lo infinito henchida se halla por los efluvios y las emanaciones del éter universal. Ese terrible silencio de lo infinito, que tanto á los espíritus medrosos asusta, queda interrumpido con la revelación del Verbo, entrevisto en las escuelas platónicas y divinizado por los Concilios Ecuménicos. La indiferencia del Universo por nuestros males y desgracias; la eternal sordera de la Naturaleza, implacable á nuestras plegarias; su rigor cruel tomando por instrumento de renovación únicamente la muerte, hase trocado en amor á la celeste aparición del ideal femenino sobre las batallas del planeta, ese ideal representado por la Virgen Madre, á cuyos pies rota está la serpiente del Paraíso, tan venenosa y terrible, sobre cuya cabeza viva está la luz increada que resplandeció pura en los espacios antes del error y del pecado. No hay más refugio contra el dolor que la religión, como no hay otro antídoto contra la muerte que los dogmas y las esperanzas religiosas. Permitid tal desahogo á mis penas y vamos á continuar la historia de los sucesos contemporáneos en observancia de nuestro estoico deber.

VII

Me place, por su romanticismo natural, el Emperador alemán, no dando reposo jamás á sus nervios, continuamente remontados en busca de copiosas y profundas emociones. Todo

el mundo le ha visto citar los regimientos á ejercicios en altas horas de la noche; reunir los caballeros teutones en su palacio para dirigirles arengas parecidas á los viejos relatos del santo Grial que reclamaban un acompañamiento místico de orquestas inspiradas en el sublime *Parsifal;* convocar Concilios ecuménicos de las nuevas creencias sociales, aspirando á Constantino del socialismo, mientras su posición y su carácter lo condenaban á ser meramente Juliano; inspirar comedias políticas á los dramaturgos de la corte, ridiculizando en caricaturas muy recargadas á sus enemigos y dirigiendo él mismo las representaciones hasta dar la señal del aplauso á los apercibidos alabarderos ó *claqueurs;* dar lecciones de navegar á los marinos y lecciones de combatir á los generales en frecuentísimas conferencias; predicar sermones á manera de viejo pastor luterano ante la tripulación de los barcos en que navega por el Océano glacial todos los estíos; coger margaritas salvajes en las ruínas de Roma y depositar un ramo trenzado por él mismo al pie de la Reina de Italia; concebir, é ignoro si trazar también, cuadros simbólicos del peligro que la civilización corre si los amarillos del Oriente se alzan á mayores ó se endiosan; recorrer desde los problemas prácticos de la Economía más casera y vulgar hasta los problemas metafísicos de la Religión y de la Estética más altas.

VIII

Ahora corre á Tierra Santa, y hace bien. Todos los cristianos debíamos acudir una vez en la vida, por lo menos, al sagrado lugar donde brotó la idea de nuestro Dios y pasó el misterio de nuestra redención. Sin visitar á Córdoba no podéis comprender la grandeza de los Califas; sin visitar á Roma no podéis comprender la unidad de los romanos y su imperio sobre nuestro planeta; sin visitar á Grecia no podéis comprender las armonías de sus líneas y la perfección de sus modelos. ¿Cuál secreto habrá en Jerusalem para que sus rugosas tie-

rras, áridas y secas como la piel de un penitente asceta en el desierto, hayan evaporado y despedido de sus poros como un fluído misterioso la idea de Dios? Así como el alma individual nuestra mucho se conforma con el cuerpo donde reside, las ideas mucho se parecen á los espacios donde brotan. Las tres religiones monoteistas han brotado en la uniformidad del desierto. A la unidad absoluta de aquel territorio en lo real, debía corresponder la unidad de Dios en lo ideal, como bajo las selvas indias henchidas de savia debía brotar el Panteismo; bajo los cielos calientes y luminosos de Caldea, el Sabeismo; entre las islas dorias y jónicas, los dioses de la individualidad humana, los dioses personales del Olimpo con las musas canoras del Parnaso. Hace bien, repito, el Emperador alemán yendo á Jerusalem. Por el camino ha encontrado Venecia hoy; encontrará Constantinopla mañana. Evoquemos estas ciudades á ver si damos con el espíritu y el secreto de la peregrinación.

IX

El mundo antiguo no conoció, el mundo moderno, á su vez, no conocerá ciudad tan extraña, pero de tan llamativa poesía, como la singularísima Venecia. Cuando descendéis hacia sus cercanías y os sumergís en sus lagunas, imaginais hallaros en otro planeta de condiciones diversas á las condiciones de nuestra tierra, cubierto por el Océano, y obligando á sus habitantes, imposibilitados de poner el pie en el suelo firme, á erigir sus habitaciones, como esas aves cantadas por la poesía antigua que depositaban sus nidos en las ondas, á erigir sus habitaciones, decía, enmedio de las aguas. Las lagunas, extendidas entre el verde claro de las tierras que riegan tantas corrientes como fluyen de los Alpes y el azul obscuro del mar Adriático, brillan al sol, según la profundidad de sus aguas y la materia de su fondo, como si fueran una substancia preparada para producir ópalos y perlas. La entonación

general es celeste, tirando á blanca; pero el reflejo de los rayos del sol que fingen allí legiones de estrellas escapadas de las grutas marinas; las sombras de las algas, que dan toques obscuros y sombríos; los arreboles de tal hora del día ó de tal cambio del viento que proyectan por todos lados reflejos de púrpura, de rosa, de laca á un mismo tiempo, como mezclados en mágica paleta; las franjas de espuma que, á guisa de encajes, bordan los límites de tal isla ó señalan las tortuosidades de tal corriente; las estrellas dibujadas, así por las quillas de las barcas como por los movimientos de los peces; las escamas relumbrantes bajo la clara linfa; los bosques marinos, con sus ramas verdinegras en los abismos; las combinaciones fosfóricas y hasta eléctricas que, si no lucen al resplandor divino, modifican las sensibles aguas con algún extrañísimo destello; las conchas pintadas resaltando sobre los bancos de áureas arenas y sobre las líneas de marmóreos diques; todos estos espectáculos dan matices tales al inmenso espejo, que no sabéis si admirar su celestial uniformidad ó sus múltiples cambiantes, más bellos que los íris de los cristales venecianos ó los ramajes de las pérsicas alfombras, pues nada hay tan rico en deslumbradores espejismos como los juegos del aire, de la luz y de las aguas de la inmensa extensión del mar ó en la limitada extensión del lago, semejantes uno y otro á pedazos del cielo desprendidos sobre la tierra. De Venecia pasa el Emperador á Constantinopla.

X

¿Quién no admira Constantinopla? Los aires que respira tienen todos los colores y todos los matices del íris; las tierras donde se levanta, todos los destellos del éter. Sus iglesias se han convertido en mezquitas; sus monasterios en colegios de los softas, y su basílica en bóveda de estrellas, que descansan sobre columnas celestes y blancas, rojas y verdes, amarillas y negras, algunas parecidas á la piel del tigre, todas cruzadas

de mil varios adornos, su basílica es hoy el verdadero templo de Aláh. Altares tenía allí Azrael, ó sea el Angel de la Muerte; altares Juan, ó sea el profeta del Verbo. Mas ningún lugar sagrado comparable á Santa Sofía. Obra fue de cristianos. Para construirlo vinieron arquitectos de la Arabia, astrólogos de la India, tallistas de la Persia; y un viejo vestido de verde, cuyo rostro brillaba con luz misteriosa é increada, entregó á los nazarenos su plano. Cinco mil albañiles, asistidos por diez mil peones y mandados por cien arquitectos, trabajaban asíduamente en esta obra soberbia. Pero un día faltó dinero, y el Emperador Justiniano se lo contó á Dios. El Eterno le señaló el sitio misterioso donde se encontraban encerrados siete vasos gigantescos, todos repletos de monedas. En trono de plata se levantó la efigie de Cristo, tallada en oro; á sus dos lados doce estatuas gigantescas, de plata también, representaban á los doce apóstoles; al pie de las doce estatuas, en misales de materias preciosas, doce evangelios magníficamente encuadernados; seis mil lámparas cuajadas de pedrería bajaban de las altas bóvedas, y cinco mil sacerdotes y monjes se arrodillaban sobre su pavimento, sosteniendo cinco mil cirios que brillaban como las estrellas y olían como el incienso.

XI

Allí, en el Bósforo, los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor las dos riberas. Sobre las armoniosas playas de corte griego y los cabos parecidos á templos se extiende un cielo de Oriente enaltecido con resplandores indecibles. A un extremo el Mar de Mármara, con reflejos de Atenas, y á otro extremo el Mar Negro, con misterios del Asia; entre los dos mares del Bósforo, aquella especie de río salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse también las dos mitades de la tierra, las dos mi-

tades de la Historia, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces yo he contemplado en evocaciones mágicas el cuerno de oro; las aguas, profundas y transparentes al mismo tiempo; las costas de graciosísimos dibujos; los barcos extendiendo sus velas y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan por los mástiles, los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioscos, ceñidos de rosas los pies y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan los continentes; las colinas cubiertas de bosques tan sombríos y de alminares blancos en primer término, mientras en los segundos y terceros las graderías de cordilleras pintorescas sobre las cuales se alzan en el éter, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithynia: magnífico cuadro digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, á esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses. Así, mientras los hijos del desierto, los soldados que llevan por insignia la media luna de Osmán, pasean, como las fieras sobre las ruínas, por las calles profanadas de Constantinopla, debiera llevar el Emperador á sus mientes los tiempos en que nuestros padres los griegos iban por aquellas sus costas en las naves recién talladas de los árboles seculares, inquiriendo el vellocino de oro y encontrando el oro de la industria y del comercio; las plazas, en cuyos ámbitos las velas de Fenicia, de Persia, de remotas islas, así en dirección del Oriente como en dirección del Ocaso, juntaban las cosechas de todos los climas y el tesoro de todos los trabajos; el día en que los dioses de Roma fueron vencidos, aquellos dioses vencedores de tantos pueblos, sólo por haber elevado Constantino como un templo de la fe verdadera la capitalidad de Constantinopla; las basílicas, testigos de los Concilios ecuménicos, asambleas de los doctores cristianos victoriosos, los cuales, con la serpiente del paganismo herida á los pies, y los últimos reflejos del martirio resplandeciendo en las sienes, definían los nuevos dogmas,

y daban así al espíritu el alimento de la verdad eterna; la entrada de los cruzados, reflejando en sus armaduras el sol, y la actitud de los Emperadores griegos bendiciéndolos desde la cima de dominios, entre los cuales se contaban los sepulcros de la antigüedad helénica que parecían vacíos y estaban llenos de inspiraciones y de ideas; las mil fases de aquella vida que animaba la fe en el alma de cien generaciones de poetas, y enardecía la sangre de otras cien generaciones de héroes. ¿Cómo verán los ojos del Emperador tan cara prenda en poder de tan implacables enemigos? Las basílicas, henchidas con los cánticos religiosos, elevadas como ciudades místicas por las manos de los ángeles católicos, perfumadas de incienso, vieron pendientes de sus muros los alfanjes del exterminio en vez de las reliquias conmemorativas de la caridad y del amor. Las suras de los falsos profetas sucedieron á los salmos de los profetas santos. Las ondas del Eufrates, más amargas que la hiel, rodaron sobre las piedras de la nueva Jerusalem, más santas que los cielos. El muezín profanó con sus gritos las torres de donde subían al Empíreo, acompañadas por el eco de las campanas, las cristianas oraciones, que en su vuelo nos transportaban á la contemplación extática de la Madre del Verbo, ceñida de místicas estrellas. Los lugares santos que fueran monasterios, trocáronse en serrallos. ¡Ah! Todo el mundo vió las sacras efigies caídas como soldados después de una batalla; los monjes errantes y encorvándose bajo la pesadumbre de las reliquias salvadas del naufragio; los sabios recogiendo los últimos destellos del alma de Grecia para llevarlos como un arrebol de las ideas en su ocaso al lejano Occidente; los santuarios destruídos, los altares rotos, las aras dispersas, las fieras del desierto en los templos, y los señores de la tierra perseguidos y acosados en los desiertos. Hay un Emperador cristiano en Alemania, y aún hay un Califa musulmán en Constantinopla.

XII

El primero de los asuntos intercontinentales hoy, es el asunto de China, cuyo desarrollo va suscitando aprensiones, muy parecidas á cavilosidades, en la diplomacia universal. Cerrada por su gran murallón al Norte, y á los otros demás vientos por leyes prohibitivas de un rigor extremo, el mundo civilizado ha tenido que ir abriendo á cañonazo limpio sus puertas, antaño invioladas é inviolables como las puertas de un inaccesible y sacratísimo santuario. Todos estos Imperios, dominados de un espíritu estadizo é inerte, concluyen por petrificarse, y en su petrificación, por descomponerse, ó bien á la virtud y eficacia del aire mismo destinado á sostenerlos, ó bien al súbito golpe de un fulminante rayo. Recluídos se hallaban dentro de sus costumbres y tradiciones los vasallos del Emperador divino, invisible á los ojos de los suyos como Dios á los ojos de las criaturas, cuando un día, inesperado accidente, dos irrupciones, británica y francesa, concertadas y conreunidas, interrumpen aquel silencio y aquella serenidad, parecidos al silencio y á la serenidad de sus porcelanas, y saquean los palacios imperiales de invierno y de verano, diciendo con los cuantiosos despojos mostrados á la civilización occidental, que la inviolable China, la China de los señores celestiales y de las gentes mecánicas, había sido violada. Desde tal fecha tuvo China que aceptar las relaciones intercontinentales, incompatibles así con su complexión como con su historia, y tuvo que resignarse á recortes y cercenes, según los cuales iba encogiéndose poco á poco su vastísimo territorio. Ya un establecimiento mercantil inglés á su lado surgía, ejerciendo las atracciones propias de todo foco donde se concentran calor y luz, fuerzas á la postre universales, que llaman virtualmente á sí con sus radiaciones é ingieren á los cuerpos y á las gentes menores en sus radios; ya un avance de los ru-

sos por el Norte rebasaba desde la Mongolia, techo del mundo, las piedras apiladas contra los tártaros en líneas de una extensión incalculable; ya por dominios como la Birmania, el Imperio británico se acercaba paulatinamente al corazón de China, demasiado grande para transmitir su jugo vital á todos sus costados y á todos sus extremos; ya, no obstante las protestas de los negros pabellones, Francia por el Río Amarillo se dilataba, disputándole viejos espacios y antiguas tutelas; ya guerras civiles ó internas, de una crueldad inaudita, guerras más asoladoras que los terremotos y los ciclones y el bubón, obligaban al Emperador solitario y endiosado, desdeñoso de los extranjeros, á convocarlos y confiarles su defensa, imposible casi, nombrando jefes y generales y mandarines á legendarios aventureros, como el célebre Gordon, mártir de Jartum, ahora vengado, ante quien aquella tierra muda debía romper su silencio, y aquel monarca endiosado y misterioso debía deponer su endiosamiento y revelar sus misterios.

XIII

Muchísimos casos adversos han hallado los chinos en los últimos tiempos, mas ninguno tan adverso como la fundación del régimen, relativamente liberal y moderno, que priva en el Japón. Aquel famoso establecimiento de las Repúblicas griegas en los archipiélagos helénicos, no fue tan terrible para los Imperios y Monarquías del Asia Mayor y Menor, como la fundación de un Parlamento y de un Gobierno constitucionales entre los japoneses lo ha sido á China. El Japón se raspó, como pudiera rasparse una lepra, las ciencias mágicas y arqueológicas, devoradoras del alma; sacudió la inercia, en que los pueblos se momifican hasta pasar de las esferas animadas y vivas á las esferas minerales é inmóviles; tradujo los libros más selectos de las literaturas europeas modernas; compró los utensilios más necesarios para el estudio de las ciencias físicas naturales; apagó las moribundas hogueras de sus ídolos para

calentar químicas retortas; envió sus jóvenes más dispuestos á las grandes ciudades europeas en busca de riquezas; sustituyó las rudimentarias costumbres industriales con las máquinas contemporáneas; extendió por sus territorios las líneas férreas, y por sus aires los alambres eléctricos; movió las prensas y alzó la tribuna, respirando un oxígeno de libertad, quizá excesivo para la complexión de su pecho y la extructura de sus pulmones, pero que no le llevó á la muerte, como el oxígeno natural excesivo suele hacer: dió á la sangre suya más vigor, y á la vida más rápido movimiento.

XIV

Todos los pueblos que se reconocen y sienten libres, pugnan por irradiar fuera su libertad interior. Tal sucedió á los japoneses, lo mismo, exactamente lo mismo que á los convencionalistas de Francia, en la edad creadora de su revolución universal. Imposible, presentando China un blanco tan extenso á estas maniobras progresivas, que los japoneses dejaran de proceder contra China. Un pueblo libre junto á un pueblo esclavo, contagia siempre de libertad á su vecino. ¿Quién, siendo libre, quiere la esclavitud? ¿Y quién, siendo esclavo, no desea la libertad? Mas los orientales aparecen siempre muy duchos en materias diplomáticas. El Japón se guardó muy bien de meterse con China en las primeras de cambio. Pero veía cerca un Estado anejo al Celeste Imperio. Estado inerte, como el Celeste Imperio; Estado, como el Celeste Imperio, jerárquico; Estado, como el Celeste Imperio, incapaz de movimiento y progreso. Tal Estado se llama Corea. Y á Corea llevó la revolución el Japón. China se opuso á que penetraran el movimiento y la vida en los senos de la inercia y de la muerte. Los japoneses lucharon con los chinos y los vencieron. Esta horrible derrota consigo trajo a parejada, lo que traen aparejadas todas las derrotas, el disgusto de sí mismas, sentido por todas las gentes derrotadas, y derrotadas de una manera vergonzo-

sa. Los partidos se lanzaron unos á otros la responsabilidad, sin tener en cuenta que cuando luchan las naciones enteras con otras naciones enemigas, el desastre á todos sus naturales toca, y ninguno puede preservarse de la colectiva responsabilidad. Lo cierto es que, desde su derrota, no ha vivido China un minuto en paz. Cayendo y levantándose, acaba de topar con una revolución palaciega y de admitir el dominio de una desdentada bruja. Necesitamos recordar lo que la mujer es y representa en China, para medir toda la desmesurada extrañeza del fenómeno, presentado por la victoria de una Emperatriz reaccionaria, dictatorial, despótica.

XV

Realmente las teorías metafísicas y religiosas influyen mucho sobre la existencia moral de China. Un pueblo que oye todos los días encarecer los placeres de la nada, forzosamente ha de pugnar por volver á la nada. El pueblo chino es esencialmente suicida. Los protervos, dados á mercadear horriblemente con esta carne humana, ponen solícitos en sus cálculos egoistas las probabilidades ó certidumbres de irremediables suicidios. ¡Cuántas veces un propietario de tales siervos se ha levantado por la mañana y ha visto sus chinos todos pendientes de los árboles, donde se han colgado, después de inmolar á sus capataces blancos, sin mover el más leve ruido! Los muertos encuentran en esta raza un culto religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos, en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de un padre diecisiete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercibido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por

esclavo tan sólo para comprar un ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos, cuando les resultan demasiado gravosos, cohonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al reciénnacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en su agua! El padre que no puede materialmente dotar á sus hijas, nada conforme con la idea de sus miserias y de sus desgracias venideras, las cuales van anejas con el defecto seguro de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos mucho mejores por razón de tal sacrificio, que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable pobreza. Así todos los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, quienes se creen, allá en sus supersticiones, con derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en condiciones de siervas ó esclavas.

XVI

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fue su autor Fou-hi, cuyas leyes regularon el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Y también se dice haber existido de tiempo inmemorial entre los chinos una institución llamada el matriarcado. Con escribir su nombre se escribe también la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de

Fou-hi, cuentan las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos de las familias constituídas y los tiempos en que los hombres se hallaban tan bajo por las gradas del mundo animal que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales, y como en estas bases no podia entrar de manera ninguna la igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al Emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso; ni las instituciones ni las magistraturas la defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colgar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa Misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor, ni la sociedad entrañas para ella, desde la hora en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa, y de que una teja se halla expuesta por completo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque no existiendo aquellas hogueras en cuya voracidad solían las viudas indas desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios del hogar, según las costumbres chinas.

XVII

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las mujeres allí el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual el siguiente: «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí misma guardarse y debe hallarse guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios cuyo desempeño necesite ó pida de suyo agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendido por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ningún trabajo, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos, que les dan aire de ave más ó menos herida cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el viento. Dígase lo que se quiera por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, por su odio á la Teología y á la Metafísica; es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso, ni celebrarse ceremonias religiosas

sin su coparticipación; la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no sentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores; no mostrándose al huésped y al extraño; encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que les pertenece, la recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario.

XVIII

Heme detenido con tanto espacio en resumir el estado y condición de la mujer entre los chinos, para mejor apreciar el mérito de una terrible amazona, quien, rompiendo por leyes tan arraigadas allí como las leyes mismas del universo, y burlándose de cuantas cadenas la religión y la costumbre han puesto al imperio de su hermoso y débil sexo; más fuerte y omnipotente que la Semíramis caldea; más rica y dispendiosa que la Reina de Saba por los tiempos del Salomón bíblico, sólo comparable á la incomparable Atossa de los persas, evocada en el teatro griego por las inspiraciones sublimes del gran Esquilo; coja desde los senos de un gineceo asiático, en que se halla recluída como una monja católica en su celda; el cetro de los tiranos, la espada de los conquistadores, la pluma de los maestros, el timón casi roto de un Estado en verdadero naufragio, deponga los primeros ministros y los condene á destierros tan terribles como el último suplicio y peores que la pena capital; encierre al Rey en un calabozo, á pesar de ser sangre de su sangre, reflejo de su alma, nieto de su propia madre; reanude relaciones internacionales á su guisa, y detenga reformas recién promulgadas, y mande con el imperio y con el arresto con que pudiera mandar un general vencedor en un campamento sumiso. Y debe decirse, porque tal dicho resulta el substrato necesario de toda esta suprema crisis: la Emperatriz de los chinos ha triunfado, porque representa el senti-

miento popular en toda su extensión y en toda su profundidad, el sentimiento de horror á las innovaciones y á los progresos, sentimiento que late con fuerza en los corazones chinos, unido con el odio al extranjero, cuanto reina y domina con orgullosa incontrastable autoridad en aquella desdichada corte.

XIX

Así no hay nada ingenuo, no hay nada indígena, no hay nada verdaderamente nacional en aquellas luchas. El Emperador destronado aparece como revolucionario impenitente y como reformador audaz, porque así lo quiere Inglaterra, mientras la Emperatriz soberana, como una conspiradora muy diestra, dotada con un talento político cual pudiera tenerlo Catalina II, refrenando las innovaciones, porque así lo quiere Rusia. Mucho tiempo hace que los ingleses y los rusos se disputan á China, en una contienda moral que tiene loco al Imperio, por ambos á dos deshecho, so pretexto de protegerlo y ampararlo. Este combate, incapacitado de llegar á un choque tremendo por la naturaleza continental de Rusia y la naturaleza marítima de Inglaterra, tiene miles de morales encuentros en todos los territorios asiáticos. No adelanta un paso Rusia por el Pamir; no pone un jalón en el Turkestán y en la Mongolia; no acapara Mandchuria y se queda en Puerto Arturo, sino para contrastar el poder inmenso de Inglaterra, quien, unas veces protegiendo el Japón y Corea contra China, otras veces intentando arrastrar uno y otro reino á los pies de China, husmea con su avizor olfato los provechos granjeables para su enriquecimiento y los nuevos mercados accesibles á su invasor comercio. Así, mientras Rusia se queda con Puerto Arturo, teniendo en las costas chinas una estación de sus naves, nunca helada por el invierno, Inglaterra toma en las aguas centrales de China el codiciado Wen-Haz-Wen, prenda dada por los chinos al Japón y del Japón dividida para complacer y adular á los ingleses.

XX

Sobre tales sentimientos, muy arraigados en el bajo pueblo, es decir, en los hondos abismos á donde llega tarde, ó no llega nunca, la espléndida luz del nuevo día, se fundaba la especie de quietud externa, que, magüer la inquietud interna, reinaba sobre la inmóvil y uniforme tierra de China. Para explicar las altas sabias gentes á las gentes pobres é ignaras el desastre celeste, decían que los japoneses fueron poseedores de las islas arrebatadas al Imperio, como el archipiélago de las Pescadoras, para que sometieran, en castigo y purgación de sus rebeliones, los indómitos aborígenes aquellos al sublime hijo del Sol que impera y reina en China. Tres años duró tal beatitud, hasta el estallido de un reciente suceso, que ha trastornado por completo allí los ánimos y los espíritus. Tal suceso ha sido la toma de Kia-Tchéon por Alemania. Potencia esta esencialmente continental, sin marina y sin costas y sin colonias que justifiquen un engrandecimiento en Asia ó en Africa, empéñase, contra sus tradiciones históricas y su propio temperamento, en que ha de agrandarse y extenderse por donde no la llaman sus vocaciones y no podrá ejercer con desahogo y acierto sus varias aptitudes. Mas todo el mundo, cuando la fortuna sonríe, se cree apto para todo. A virtud de este loco empeño, en que Alemania recogerá punzante cosecha de abrojos, ó sea de amarguísimos desengaños, ha puesto su mano en China y ha dividido de China una porción del gran territorio costero, alzándose con su goce, por un capricho de la voluntad imperial. A este súbito caso, las reformas resurgieron, cual otros tántos fantasmas, y los reformadores marcharon hacia nuevos ideales bajo la presidencia del joven Emperador, amenazado de un seguro destronamiento y de una próxima muerte, si no renovaba, como los japoneses los han renovado, el espíritu y la vida de sus gentes.

XXI

Todas estas reformas comenzadas bajo la protección de Inglaterra, indignaron á la Emperatriz viuda, recluída en su cubículo, bajo la tutela de Rusia. Su indignación no podía estar más justificada, mirándola desde un punto, como las costumbres y las tradiciones celestes. El Emperador publicaba una serie de decretos, dirigidos todos á cambiar las ideas antiguas de los chinos y torcerlas hacia el protervo é infame Occidente. Al decretar colegios y escuelas de nuevo cuño á granel, la majestad imperial no se había contentado con loar y encarecer su obra: criticaba la obra de sus progenitores y maestros, diciendo con escándalo del mundo chino que los métodos de gobierno aplicados por las dinastías de Soug y de Mesig no tenían la menor utilidad práctica. El momento en que tal blasfemia resonó por el palacio de Pekín fue un trágico momento. Los chinos tradicionalistas rasgaron sus vestiduras y dirigieron al cielo sus preces para que los preservara de aquellas herejías. La horrible bruja, traidora y venal, que yacía en la cárcel de sus habitaciones imperiales, rugió como una fiera y juró por los manes de sus antepasados destronar al inexperto mozo que acababa de profanar con maldiciones temerarias las tumbas de sus mayores, inquietándolos y malhiriéndolos en el perdurable sueño de su eterno reposo. A lo que llamaba la Emperatriz religión sacra de los chinos, llamábalo el Emperador cáncer que se comía el Imperio. La increíble audacia del joven llegó á un extremo tal que sustituyera los chapines de su liturgia por nuestras botas de charol; el sombrero que le servía de corona con sus borlas y grecas litúrgicas, por un sombrero inglés; las sedas amarillas, bordadas con una flora multicolor y con dragones y serpientes y águilas en hilos de oro, rechazadas por una prosaica levita, innovación á la cual todos los espíritus de la vieja China se conjuraron, y el Emperador cayó del trono, salvando por una conmiseración

de la Emperatriz viuda el único tesoro que le han dejado: el tesoro de la vida.

XXII

Es necesario penetrarse de la Constitución china para convencerse del estrago que allí habrán hecho tamañas temerarias novedades. Puede llamarse á China una teocracia científica, de la cual están ausentes Dios y la teología, pero presentes los oligarcas sacerdotes llamados mandarines que profesan y explotan una idea cualquiera. Estos herederos de muchos siglos, depositarios de muchas creencias, condensadores del espíritu de las generaciones extintas y destinados por lo mismo á preparar el espíritu de las generaciones recientes y futuras, yacían en una inmovilidad imperturbable, repitiendo las fórmulas verbales de sus casi olvidadas ideas por modos puramente mecánicos y por hábitos puramente animales. De súbito se les dice que todo aquello cambiará, que su sacerdocio petrifica el Estado, que su ciencia carece de verdad, que sus fórmulas envenenan la juventud, que bajo su saber puramente material y formulario se ha perdido un Estado poderoso so la pesadumbre de otro Estado inferior y más pequeño, quien, á pesar de su pequeñez y de su inferioridad, le vencía en ideas nuevas y en novísimo espíritu. Nunca se intentan estos grandes cambios sin que tomen aspecto de revolución, y nunca se desarrollan las revoluciones en el mundo sin que les ataje la reacción el paso, aunque por poco tiempo é incapacitada de todo definitivo triunfo. Así acaba de suceder en China. La historia humana, lo he dicho mil veces, resulta un perpetuo conflicto, un combate á muerte, una guerra sin cuartel entre los grandes principios progresivos y los viejos intereses reaccionarios. Las victorias parciales y pasajeras pertenecen casi todas á los intereses viejos; pero las victorias definitivas y totales pertenecen á las progresivas y luminosas ideas.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Noviembre de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La conscience nationale, por Henri Berenger. 1 vol. 338 págs.—Paris, Armand Colin et Comp., editores, 1898, su precio 3,50 francos.

El autor de este interesante libro es uno de los más distinguidos representantes de esa juventud francesa, antipositivista, que suspira por una regeneración ética de la nación, y que tiende á elevarse por cima del espíritu sectario, de cualquier clase que él sea. El señor Berenger tiene un buen nombre como escritor y como crítico, en Francia. Ha publicado dos novelas *L'Effort* y *La Proie*, en las que por manera artística y literaria mantiene sus puntos de vista ideales; y otro libro muy discutido acerca de *La aristocracia intelectual*.

La obra de que voy á dar ligera cuenta, comprende varios trabajos independientes y distintos en cuanto á la materia, pero que tienen de común el objetivo final del autor; á saber: examinar con ocasión de ciertos problemas históricos, algunos de palpitante actualidad, la conciencia de Francia. Tienen además de común esos trabajos, el ideal del autor mismo que por doquier se advierte y que vivifica con soplo de optimista esperanza las páginas todas del libro. Y es este de un doble carácter. El autor lo califica de *Acto de fé crítica,* pero no es una crítica demoledora, sino animadora, sugestiva, conscructiva; al lado de la crítica de censura, en efecto, se percibe

el deseo del mejoramiento moral, que se estima posible, mediante la afirmación resuelta de la creciente solidaridad humana, fundada en la educación del individuo libre, pero res-responsable.

En cuatro partes se encuentran distribuídos los trabajos del libro del señor Berenger. La primera, bajo el epígrafe *El pensamiento y la acción en Francia*, comprende dos estudios, el uno acerca de la política de Lamartine y las generaciones nuevas y el otro sobre Chateaubriand—desde Chateaubriand á Barrés.—El primero es un largo artículo cuya tesis principal: la necesidad y posibilidad de hermanar el pensamiento (el ideal, el entusiasmo quiere decir) y la acción, la poesía y lu política, se personifica en Lamartine, el poeta político ó político poeta, encarnación perfecta, y para el autor admirable, de un hombre de Estado que lleva á sus actos de propagandista y de gobernante la poesía del alma. El retrato de Lamartine, por Berenger, es magnífico, sobre todo cuando lo compara con Thiers, encarnación viva de la política *au jour le jour*.

La segunda parte, bajo el epígrafe de *La Religión en Francia*, comprende otros dos estudios acerca de la juventud y el catolicismo, y de la religión libre. Interesa sobre todo el primero. Es un documento histórico de cierta importancia: entraña, en efecto, una explicación del alcance que pudo tener y tuvo la reciente reacción, si así puede llamarse, hacia los sentimientos religiosos de la juventud francesa, y de por qué este renacimiento no ha podido encauzarse por los viejos canales del catolicismo. Fue aquello un renacimiento, sin duda, ó más bien un movimiento sincero y anhelante de la juventud intelectual de Francia hacia la religión, pero que no pudo convertirse, como por algunos se ha pretendido, en un neo-catolicismo: «reivindicando, dice el autor, los derechos del misterio del ensueño del alma, en el pensamiento y en la acción, la juventud francesa de 1890 fue gloriosamente *idealista*.» Lo que falta saber es si este movimiento salió de las esferas intelec-

tuales, y si se quiere de la pura acción política, para entrar en el campo de la acción verdaderamente efectiva y real de la vida moral y práctica.

En la tercera parte, bajo el título de *Las crisis de la educación nacional*, examínanse dos problemas de palpitante actualidad, en Francia y fuera de Francia. ¡Cuántas, en verdad, de las consideraciones críticas que allí hace el señor Berenger tienen una aplicación perfecta para España! Como que el autor estudia primero la crisis de la prensa, crisis honda, terrible, crisis de moralidad profesional, ó de la decencia si se quiere decirlo más claro, y luego la crisis de la enseñanza en las Universidades y en las escuelas primarias.

La cuarta parte contiene un solo trabajo acerca del Ejército y la Nación.

Por último, el libro del señor Berenger termina con un breve estudio, elocuente y sincero, sobre la idea de la Francia, son páginas de un patriota entusiasta por Francia, en atención á lo que este gran pueblo significa en la historia de la elevación moral y política de la humanidad.

A. Posada.

Congrès International pour l'étude des questions relatives au Patronage des condamnés, des enfants moralement abandonnés et des alienés.— 3.ième session: Anvers, 1898. — 1.ère Section: Protection de l' enfance. 3.ième question: *L'intérêt du patronage n'exige-t-il pas que l'âge de la majorité pénale soit reculé le plus possible et, d'autre part, que la mise sous la tutelle administrative ne puisse être prononcée pour une durée prenant fin avant la majorité civile?* Rapport presenté par M. Pedro Dorado.—Bruxelles, J. Goemare, 1898.—Un folleto de 3 páginas.—2.ième Section: Patronage des condamnés liberés. 1.ère question: *Quelles mesures y a-t-il lieu de prendre, au moment de l'expiration de la peine, pour empêcher la récidive immédiate?* Rapport presenté par M. de Palencia.—Bruxelles, J. Goemare, 1898.– Un folleto de 43 páginas.

A la pregunta tercera de la Sección 1.ª del Congreso de Patronato de Amberes, antes transcrita, contesta el Sr. Do-

rado Montero afirmativamente, mediante un razonamiento que se encuentra en algunos de sus escritos anteriores. El razonamiento viene á ser éste en resumen: Existen en la actualidad dos sistemas punitivos: uno, tradicional y reinante, inspirado en las ideas clásicas de responsabilidad por la culpa y la pena-castigo, para los adultos; otro, fruto naciente de las nuevas enseñanzas, para los niños y jóvenes, verdaderamente tutelar y preventivo. Este dualismo habrá de desaparecer, quedando sólo el último término, que es el racional y humano. ¿Cómo? Dándole á ganar, por varios medios, el terreno que el primero ocupa, y entre ellos, elevando el límite de la mayoría de edad penal, que dará por resultado la ampliación del círculo de personas á quienes haya de aplicarse el tratamiento penal moderno, hasta tanto que el límite de edad desaparezca, y menores y adultos gocen el nuevo régimen.

El autor de esta nota se adhiere en todo á la opinión del ilustre maestro de Salamanca.

***

Para el mismo Congreso de Amberes, escribe D. Alvaro Navarro de Palencia, Administrador de la prisión de Ocaña, uno de los pocos profesionales que, en nuestro país, siguen el movimiento de la ciencia penitenciaria. Su informe, bastante amplio, comienza exponiendo la posición especial de un penitenciarista español en un Congreso de Patronato, porque «si se exceptúa el art. 11 del Real decreto de 7 de Septiembre de 1882, concediendo á los licenciados 0,50 pesetas por cada 20 kilómetros que les separen de su país natal ó de residencia», no hay hoy en España medida alguna de patronato, á pesar de tener una historia de ellos de las más antiguas. Esto sentado—y después de una breve noticia sobre el régimen penitenciario español — el Sr. Navarro de Palencia procede á exponer y justificar las medidas que, á su juicio, debieran

emplearse en el momento de la espiración de la pena para impedir la reincidencia inmediata. Son las siguientes: 1) un sistema penitenciario racional y en armonía con el fin de la pena (el autor prefiere entre los que conoce, el *tipo Crofton*); 2) enseñanza en la prisión de un oficio que pueda fácilmente ejercerse en la vida libre, ó perfeccionamiento en el que ya se tuviera; 3) institución de colonias penales agrícolas; 4) formación, durante el tiempo de expiación de la pena, de un fondo de reserva que permita al licenciado atender á sus primeras necesidades; 5) sociedades de patronato para la protección del licenciado.

El Sr. Navarro de Palencia me permitirá dudar de la eficacia de todas estas medidas, aun convencido como estoy de la sinceridad y el discreto trabajo mental con que las expone. Hace mucho que todas ellas — y muchas más — se conocen y funcionan, sin que por ello las reincidencias desaparezcan. La reincidencia es un producto fatal del sentido reinante de la pena, por lo cual, mientras éste no se transforme, seguirá el triste mal produciéndose. ¿De qué valdrá—por ejemplo—enseñar ó perfeccionar al preso en un oficio, si á la salida de la prisión va á hallar cerrado el taller, se verá despedido del trabajo y obligado por fuerza—como en otro lugar he dicho—á tomar los senderos de la vagancia y el alcoholismo, que de nuevo le conducirán al delito, como las madres solteras acaban en la prostitución?

Para impedir la *recaída* es preciso que la *caída* se aprecie más cristianamente; que todos tiendan la mano para *levantar* al desgraciado, y levantado que esté—si se logra—fortificarle positivamente hasta reintegrarle en su vida de libertad y trabajo, que es la mejor de todas las providencias. En suma: infundir en las instituciones penitenciarias espíritu nuevo que sustituya provechosamente el de las innobles penas y castigos que han desolado á la humanidad sin curarla del delito.

Constancio Bernaldo de Quirós.

OBRAS NUEVAS

Almanaque. El Sui Géneris, para 1899. *Año XXVII*. En 12.°, 192 páginas: 0,50 pesetas.

Becerro de Bengoa (R.)—La nueva iglesia de San Ignacio. En 8.°, 29 páginas y 7 láminas: 1 peseta.

Blasco (E.)—¡Madre mía! Cuadro íntimo en un acto. En 4.°, 17 páginas: 1 peseta.

Bori y Fontestá (A.)—Historia de Cataluña. Sus monumentos, sus tradiciones, sus artistas y personajes ilustres. En 8.°, 344 páginas: 3,50 pesetas.

Buxareo Oribe (F.)—Bovinotecnia. Descripción de las principales razas bovinas de Europa. En 4.° mayor, 358 págs.: 16,50 pesetas.

Calleja (C.)—Compilación de la patología de Letamendi. En 4.°, XIII-267 págs.: 5 pesetas.

Canibell (Eudaldo). — Monserrat. Albumguía-plano-historia de la célebre montaña. En 8.°, 153 páginas: 1,75 pesetas

Cartilla artística: ideas generales sobre las Bellas Artes y su práctica. En 8.°, 78 págs. con 36 grabados: 1 peseta.

Escalafón del Estado Mayor general del Ejército en 1.° de Septiembre de 1898. En 4.° mayor, XXXVIII-69 págs.: 3,50 pesetas.

Escalafón general del Cuerpo de Telégrafos. En 8.° men., 96 páginas.

Fernández Villegas (F.)—Por los Pirineos (Notas de viaje). En 8.°, 246 págs.: 3 pesetas.

Figueras y Bushell (F. de).—Lecciones de economía política. En 4.°, VIII-393 págs.: 10 pesetas.

Florez (C.) y Vicente y Tutor (M.) —Lecciones de legislación y de correos. En 4.°, VIII-198 páginas: 4 pesetas.

Frailes (Los) filipinos, por un español que ha residido en aquel país. En 8.°, 138 págs.: 2 pesetas.

Guasch y Galbas (M.)—Libro preparatorio para el ingreso en la Escuela de comercio. En 8.° mayor, 259 págs.: 3,50 pesetas.

Guerra y Mota (D.)—El observatorio; zarzuela cómica, en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 pta.

Guillén y Sotelo (J.)—La primer

batalla. En 8.°, 180 págs.: 2,50 pesetas.

Guimerá (A.)—La loca. Tragedia en tres actos y en verso, original. En 4.°, 84 págs.: 2 pesetas.

Hamilton (G. G.)—Lógica parlamentaria. En 4.°, 96 págs.: 2 pesetas.

Iglesias y Carral (M.)—Oftalmoplegías. Tesis presentada en opción al grado de doctor. En 4.°, 88 páginas y 2 láminas: 2,50 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—La chiquita de Nájera; juguete cómico-lírico en un acto y en verso, original. En 4.°, 44 págs.: 1 peseta.

Labra (R. M. de). La cuestión colonial. En 4.°, 57 páginas.

Lamarque de Novoa (J.)—El fondo de mi cartera, poesías. En 8.° menor, XVII-132 páginas.

Lasarte (M).—El bazar de los tres reyes. Novela. En 4.°, 146 páginas: 1 peseta.

Leal y Gutiérrez (J.) é Iranzo y García (V.)—Tratado completo de contabilidad provincial y municipal. En 4.° menor, 8 hojas prels. y 169 págs.: 6 pesetas.

Leguina (E. de).—Arte antiguo. Espadas históricas. En 12.°, 208 páginas: 4 pesetas.

López Marín (E.) y Ballesteros (Pedro M.)—Las de Farandul; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 33 págs: 1 peseta.

Medina (J. T.)—Bibliografía española de las islas Filipinas (1523-1810). Santiago de Chile. Imprenta de Cervantes. 1898. En 4.° mayor, 556 págs.: 25 pesetas.

Merino (G.) y Lucio (C.)—El sueño de una noche de verano; fantasía cómico-lírica en un acto. En 4.°, 38 págs.: 1 peseta.

Meyrán (A.) y García Rufino (J.)—La estatua de Don Gonzalo; disparate cómico-lírico en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

Navarro (C.) y Castellón (F.)—La coartada; cuadro lírico-dramático en un acto. En 4.°, 28 páginas: 1 peseta.

Ossorio y Bernard (M.)—Cuentos y sucedidos. En 12.°, 208 páginas: 50 céntimos.

Paluzie y Cantalozella (E.)—Geografía para los niños (2.° grado). En 8.°, 204 págs., encartonado,: 1,25 pesetas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).—La batalla de Tetuán, zarzuela cómica en un acto, original. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Ramos (R.)—De las sucesiones. Tratado teórico-práctico, según el Código civil. *Tomo II.* En 4.° menor, 369 págs.: 5 pesetas.

Saavedra y Magdalena (C.)—Algunas observaciones sobre los desastres de la Marina española en la guerra con los Estados Unidos en el año de 1898. En 4.°, 60 páginas, 2 estados y una lámina: 4 pesetas.

INDICE

	Págs.
El Desertor de Sajalín, (novela) por Uladimiro Korolenko.....	5
El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado.....	40
La vida es sueño: reflexiones sobre la regeneración de España, por Miguel de Unamuno.....	69
Las nuevas Confederaciones de la América española, por Juan Pérez de Guzmán.....	79
De la guerra, por Ignotus.....	101
Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....	123
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....	149
Revista Hispanoamericana, por Iob.....	163
Crónica internacional, por Emilio Castelar.....	177
Notas bibliográficas, por A. Posada y Constancio Bernaldo de Quirós.....	201
Obras nuevas.....	206

España moderna

AÑO 10.º NUM. 120.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE 1898

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SUEÑO DE MAKAR (*)

I

Este sueño le tuvo el pobre Makar, ese mismo Makar que hubo de ir allá, á los quintos infiernos, á las regiones tétricas y remotas, á apacentar ganados: Makar, el mísero, sobre cuya cabeza, al decir del proverbio, llueven todas las tejas (1).

El país donde nació se llama Chalgane. Es una apartada aldehuela, enteramente escondida en el riñón de la *taiga*, en esas selvas vírgenes é hiperbóreas del gobierno de Yakutsk. Los ascendientes de Makar sostuvieron una lucha prolongada y sin tregua contra la taiga para arrancarle un trozo de su helada tierra, menguada conquista que la triste maleza seguía envolviendo como enemiga é impenetrable muralla. Pero no se desanimaron. En la exigua clara del bosque surgieron setos y hacinas de heno y de trigo; aparecieron acá y allá ahumadas *yurtas* (2); ondeó al fin una bandera anunciando la victo-

(*) Las muchas cartas de felicitación que hemos recibido por haber publicado *El desertor de Sajalín*, de Korolenko, nos mueve á dar á luz la presente novela del mismo ilustre autor, cuyo hermoso y trascendental simbolismo no dejarán de comprender nuestros lectores. (*N. del D.*)

(1) Literalmente: «todas las piñas».

(2) Chozas de indígenas siberianos, sin más huecos que la entrada y un agujero en el techo para dar salida al humo.

ria; en la cumbre del cerrillo, enmedio de la aldea, se irguió un campanario: Chalgane se convirtió en una gran *sloboda* (1).

Pero al mismo tiempo que los antepasados de Makar triunfaban de la taiga con el hacha y el fuego, se volvían insensiblemente más selváticos. Casados con mujeres yakutas, se asimilaron la lengua y las costumbres de sus nuevos parientes. Los rasgos característicos de la gran raza rusa se borraban y desaparecían.

Makar no olvidaba su origen, ni que era hijo de aquella tierra. En Chalgane había nacido, allí vivía y allí esperaba morir. Estaba muy orgulloso de su nacionalidad, y tachaba á veces á los indígenas de «sucios yakutas», por más que en nada se distinguía él por sus costumbres, ni por su género de vida, de esos mismos yakutas. Hablaba poco el ruso, y bastante mal; se vestía de pieles de animales, y calzaba *torbass;* su comida ordinaria se reducía á una galleta mojada en te; en los días de fiesta ó en las ocasiones extraordinarias se regodeaba con manteca derretida, despachando toda la que había en la mesa..... Era muy hábil en montar toros. Cuando estaba malo, acudía al *chamán* (2), que combatía el padecimiento abalanzándose sobre él y rechinando los dientes con ademanes de poseído, á fin de espantar al elemento mórbido metido en el cuerpo del paciente, hasta obligarle á huir.

Makar trabajaba como un condenado y vivía míseramente, pasando hambres y fríos. Aparte la preocupación de su pobre galleta y de su te, ¿tenía otros pensamientos? Sí: los tenía.

Cuando estaba borracho, lloraba, «¡Qué vida tan perra llevamos, santo Dios!» solía exclamar. A veces parecía resuelto á dejarlo todo y marcharse «á la montaña». Allí se estaría sin arar, sin sembrar, sin derribar árboles, sin ir á moler el

(1) Aldea.

(2) *Chamán* (con *ch* francesa) ó *shamán* (con *sh* inglesa) es el sacerdote y médico hechicero de los indígenas siberianos.

grano á brazo. No pensaría más que en salvar su alma. ¿Qué montaña era esa? ¿Dónde se encontraba? No lo sabía á punto fijo. No sabía más sino que esa montaña existía realmente, y se hallaba muy lejos, tan lejos que el mismo comisario de policía no podría ir á sorprenderle en su retiro..... Y claro es que allí acababa también el pago de tributos.

Cuando no estaba beodo, se desvanecían esas ideas. Quizá reconocía entonces las pocas probabilidades que tenía de descubrir tan admirable montaña. Con la embriaguez se volvía más atrevido. Comprendía que estaba expuesto á no dar con la verdadera montaña, sino con otra. «Entonces —decía— sería hombre perdido.» Pero eso no era obstáculo para que acariciase su sueño; y, si no le realizaba, si no se ponía en busca de la famosa montaña, era probablemente por pura imposibilidad física: porque los colonos tártaros le vendían un aguardiente de pésima calidad, con una infusión de hojas de tabaco que realzaba su intensidad y su sabor, pero que le hacía rodar al punto por el suelo, malísimo y sin fuerzas.

II

Era Nochebuena, y Makar sabía que al día siguiente se celebraba una gran festividad. Tal circunstancia despertaba en él un deseo: el de beber un buen trago. Pero estaba triste y abatido, porque no tenía ningún dinero y su provisión de trigo tocaba al fin. Makar debía ya mucho á los tártaros y á los comerciantes de la localidad. ¡Y, sin embargo, el día siguiente era una gran fiesta! ¡Aun en un día así, en la gran festividad del invierno, le estaría vedado beber siquiera una botella de aguardiente!

Tuvo una idea luminosa. Se levantó, y se echó encima la desgarrada *sona* (capote de pieles). Su mujer, hembra fornida y musculosa, tan fortachona como fea, y que sabía de memo-

ria todos los pensamientos rudimentarios de su marido, adivinó su intención.

—¿Adónde vas, hombre del diablo? ¿Quieres chiflar *vodka* tú solo?

—Cállate. No compraré más que una botella, y nos la beberemos juntos mañana.

Le dió una palmada tan recia en el hombro, que la vieja se tambaleó. La mujer guiñó los ojos maliciosamente. ¡Ah, el corazón femenino! Sabía de sobra que Makar la engañaba; no tenía sobre eso la menor duda; pero no pudo resistir al hechizo de la caricia conyugal.

Una vez en el patio, Makar cogió su viejo Lyssanca, le llevó por la crín al trineo, y se puso á enganchar. Al poco tiempo el bruto y su amo estaban fuera del patio. Entonces Lyssanka se paró, y, volviendo atrás la cabeza, dirigió una mirada interrogadora á Makar, que se hallaba absorto en meditación profunda. Tiró Makar de la rienda izquierda, y el caballo se encaminó hacia el extremo de la sloboda.

Había en ese punto una pequeña yurta, de cuyo techo, como del techo de todas, subía recta hacia el cielo una blanca columna de humo que ocultaba las frías estrellas y velaba el brillo de la luna. Las llamas, al través de los mates carámbanos de hielo, tomaban mil alegres y caprichosas formas. Reinaba un silencio profundo.

Los habitantes de esa yurta eran «extranjeros». Venían de muy lejos. ¿Qué viento los había llevado? ¿Por qué suerte aciaga habían ido á dar con sus cuerpos en aquel rincón perdido? Makar no lo sabía, ni le importaba. Pero le gustaba tratar con esos hombres que no explotaban su miseria, y que no tenían la costumbre de regatear mucho.

Entró en la yurta; se dirigió en seguida hacia la chimenea; acercó al fuego sus manos heladas, é hizo una fuerte aspiración para expresar el frío que sentía.

Los «extranjeros» estaban en la yurta. Sobre la mesa ardía una bujía, pero no para alumbrar ningún trabajo. Uno de los

hombres fumaba en la cama, y seguía, abstraído, las espirales del humo que salía de su boca y en que se enroscaba sin duda el hilo de sus propios pensamientos. Otro, sentado delante de la chimenea, contemplaba en la misma actitud meditabunda las mil líneas incandescentes que surcaban la leña á medio consumir.

—Buenas noches—dijo como saludo Makar, á quien empezaba á cohibir el silencio.

No sabía él, naturalmente, qué penas pesaban sobre el corazón de los «forasteros» (1), qué recuerdos se despertaban en sus cráneos aquella noche, qué imágenes se les aparecían al través del humo del tabaco ó en los caprichosos y cambiantes destellos del fuego. Por otra parte, ¿no tenía él sus preocupaciones?

El joven sentado á la lumbre alzó la cabeza, dirigió á Makar una mirada apagada sin parecer reconocerle, hizo un movimiento como para expulsar los pensamientos que le asediaban, y se levantó de pronto.

—¡Ah, buenas noches, Makar, buenas noches! Llegas á tiempo. ¿Quieres tomar el té con nosotros?

Esta proposición agradó á Makar.

—¿Té?—dijo.—¡Bien, muy bien, amigo! ¡que me place!

Se quitó con presteza el capote de pieles y el gorro, quedándose así más á sus anchas; y cuando vió subir en el samovar la llama de los carbones encendidos que se habían echado en él, se volvió hacia el joven con efusión.

—¡Yo os tengo cariño! Os lo aseguro.... os quiero, os quiero tanto, que no duermo por las noches....

El extranjero le miró. Una amarga sonrisa pasó por sus labios.

—¡Ah! ¡nos quieres!—dijo.—¿Qué es, pues, lo que necesitas?

Makar, confundido, respondió:

—Sí: tendré que proponerte un trato... ¿Cómo me lo has

(1) No hay que decir que se trata de deportados políticos.

conocido?... Pero todavía no. Tomaré el té primero, y hablaré después.

Como el té le habían ofrecido los huéspedes mismos, y no pasaban de ahí, Makar creyó conveniente alargar el convite.

—¿No tendríais un trozo de asado?—preguntó.—A mí me gusta mucho...

—No tenemos nada.

—Bueno—dijo Makar en tono conciliador,—no importa. Otra vez será... ¿Otra vez, no es eso?—repitió.

—Convenido.

A juicio de Makar, «los extranjeros» le debían ahora un trozo de asado; y nunca dejaba él de reclamar deudas de esa naturaleza.

Una hora después estaba sentado nuevamente en su rústico trineo. Era poseedor de un rublo. Se había comprometido á llevar cinco carros de leña en condiciones relativamente ventajosas. Es verdad que había jurado por todos los dioses no gastar ese dinero en aguardiente, aquel día por lo menos. Sin embargo, su intención decidida era darle inmediatamente ese destino. Pero ¿qué le importaba? El apetito del placer ahogaba los escrúpulos de su conciencia. Hasta llegaba á olvidar que, una vez embriagado, su fiel esposa engañada le zurraría sin compasión.

—Pero ¿á dónde vas, Makar?—gritó el extranjero riendo, al ver que el caballo, en vez de caminar derecho hacia adelante, volvía á la izquierda, dirigiéndose hacia el lado de los tártaros.

—¡Sóoo... ¡sóoo! ¡maldito caballo!... ¡mira cómo vuelve! —gritaba Makar, dando á entender en el tono de la voz que no tenía él la culpa.

Pero tiraba con fuerza de la rienda izquierda, y excitaba solapadamente á Lyssanka hacia la derecha con golpecitos imperceptibles.

El inteligente animal, sacudiendo la cola á guisa de reconvención, tomó la dirección que se le indicaba. El trineo,

cesando de rechinar sobre la nieve, no tardó en pararse delante de la puerta cochera de los tártaros.

III

Cerca de la puerta cochera había atados varios caballos. Llevaban las altas sillas yakutas.

La isba era reducida. Dentro de ella ahogaba el olor acre de un tabaco de ínfima calidad. Cerníase una densa nube de humo, aspirada lentamente por el tiro de la chimenea. Delante de las mesas y en los bancos había una porción de yakutas. Sobre las mesas, tazas llenas de aguardiente. Algunos grupos jugaban á las cartas. Todas las caras estaban encendidas y sudorosas. Los jugadores miraban febrilmente los naipes, sin apartar de ellos los ojos. Si alguno sacaba dinero, le volvía á guardar en seguida por prudencia. En un rincón cantaba interminable melopea un yakuta borracho, acurrucado en un montón de paja. Con voz ronca y chillona repetía bajo mil formas diferentes, que al otro día era gran fiesta y que aquella noche estaba bebido.

Makar alargó su dinero, recibiendo en cambio una botella entera. La abrazó estrechamente, y se fué con ella á un rincón. Allí se echó taza sobre taza, y bebió trago sobre trago. El vodka era amargo. Con ocasión de la festividad, se le había bautizado con tres cuartas partes de agua, cuando menos, pero, en desquite, no se había economizado el tabaco. A cada sorbo, Makar se quedaba un instante sin aliento y todo lo veía de color rojo.

No tardó en quedar como una uva. También él se dejó caer en la paja, cogiéndose las rodillas con los brazos, y apoyando la cabeza en las rodillas. De su garganta salieron berridos estúpidos, semejantes á los de su vecino. Cantaba que al otro día era gran fiesta y que había gastado en bebida cinco carros de leña.

Entre tanto aumentaba la gente en la isba. Entraban nuevas personas, que habían ido á la slogoda para rezar y para beber al mismo tiempo el vodka de los tártaros. El amo vió que no iba á haber ya bastante sitio para todos sus parroquianos. Se levantó, paseando una mirada por la concurrencia. Sus ojos encontraron á Makar y al yakuta, acurrucados en su rincón.

Se acercó al yakuta, le agarró del pescuezo y le echó fuera. Luego se volvió hacia Makar. Respetando en este último su concepto de habitante de la localidad, el tártaro usó con él mayor deferencia. Abrió de par en par la puerta, y, dándole un soberano puntapié en cierta parte, le lanzó con tal ímpetu que el pobre diablo fué á caer de bruces sobre un montón de nieve.

No podría yo decir si él se ofendió por ese proceder descomedido. La nieve le helaba el rostro y se le metía por las mangas. Después de levantarse con no poco trabajo, se encaminó como Dios le dió á entender hacia su Lyssanka.

Estaba ya muy alta la luna. La cola de la Osa Mayor empezaba á inclinarse. Arreciaba la helada. De vez en cuando, detrás del semicírculo de una nube sombría surgían hacia la parte Norte, con resplandores de intensidad variable, las columnas de fuego de una naciente aurora boreal.

Lyssanka se daba cuenta seguramente del estado en que se hallaba su amo. Se dirigió con juicio y mesura hacia su morada. Makar, sentado en el trineo, seguía bamboleándose y entonando su cantinela. Repetía que se había bebido cinco carretadas de leña, y que su mujer iba á pegarle. Los sonidos de su voz eran gritos y gemidos, é interrumpían el silencio de la noche de una manera tan triste, tan lastimera, que el «extranjero», subido á la sazón en el techo de su yurta para cerrar el tubo de la chimenea, sintió oprimírsele el corazón más dolorosamente. En el ínterin, Lyssanka había llevado el trineo al cerrillo desde donde se descubrían los alrededores. La nieve brillaba, inundada por la viva claridad de la luna. A

ratos parecía apagarse esa luz, y la nieve se obscurecía; pero un momento después volvía á animarse con los cambiantes reflejos de la aurora boreal. Esos reflejos cambiantes producían un singular efecto. Las otras colinas de nieve del bosque parecían moverse: tan pronto se acercaban como se alejaban. En medio de la taiga, Makar distinguió claramente la blanca calvicie de la colina Yamalaj, detrás de la cual había armado él lazos ocultos en la espesura para cazar aves y animales monteses.

Esa circunstancia desvió el curso de sus pensamientos. Empezó á cantar que había cogido un zorro en el lazo, que vendería la piel al día siguiente, y que no le pegaría su mitad.

En el instante en que Ma ar entraba en su isba, resonaba la campanada de la una enmedio del silencio de la fria noche. Makar empezó por anunciar á su mujer que había un zorro en la trampa. Olvidando por completo que su mujer no había bebido con él una sola gota de vodka, se asombró mucho de recibir un puntapié descomunal, á pesar de la buena noticia que llevaba. Se metió en la cama corriendo, pero no sin que antes sintiese en la espalda el puño de su costilla.

Durante esta jarana, allá, en lo alto de Changene, vibraba el solemne repique de fiesta, extendiendo su caricia á lo lejos, al infinito, al través de las capas heladas de la noche.

IV

Makar estaba tumbado. Le ardía la cabeza, y se le abrasaban las entrañas. La mezcla de vodka y de infusión de tabaco circulaba impetuosamente en sus venas. Por las mejillas le bajaban hilos helados de nieve derretida, y otros regueros semejantes corrían por su espalda.

La vieja le creía dormido. No dormía, sin embargo. Obsediaba su pobre cerebro el espectro del zorro. Ahora tenía la firme convicción de que el animal estaba cogido, y hasta po-

día puntualizar en qué lazo. Veía al zorro—le veía aplastado bajo el pesado madero, escarvando la nieve con las garras á fin de escaparse.—Los rayos de la luna, filtrándose á través de la tupida enramada, jugueteaban en su dorado pelo. Sus ojos centelleaban, buscando los de Makar.

Makar no pudo contenerse. Saltó de la cama. Corría hacia su fiel Lyssanka. Se iba á la taiga.

Pero, ¿qué es eso? ¿Era acaso que los brazos forzudos de su mitad le cogían por el cuello de su sona, y volvían á meterle en la cama?

No. Está ya fuera de la sloboda. El trineo resbala cadenciosamente, y rechina sobre la nieve endurecida. Chalgane queda detrás de él, lejos ya. Las campanas de la iglesia repican majestuosamente; y por encima de la línea negra del horizonte, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se divisan de pronto, á modo de bandada de aves, las sombrías siluetas de los jinetes yakutas, con sus altos sombreros puntiagudos. Van á toda prisa á la iglesia.

Bajaba ya la luna. En lo alto, en el mismo zenit, apareció una nubecilla blanquecina. Brillaba con una luz fosforescente y cambiante. De pronto pareció desgarrarse, dilatarse, estallar. Rayos multicolores brotaban de ella en todos sentidos; al paso que, hacia el Norte, la nube opaca y semicircular se obscurecía de segundo en segundo, tornándose más negra que la taiga á que Makar se dirigía.

El camino serpenteaba al comienzo á través de un bosque amarillento y tupido. A derecha y á izquierda se elevaban colinas. Pero, á medida que avanzaba Makar, los árboles crecían, la taiga se espesaba, y su extraña belleza atractiva y silenciosa adquiría un carácter más agreste. Las ramas desnudas parecían como cubiertas de armiño por la argentada escarcha. El suave resplandor de la aurora atravesaba á veces la espesura, é iluminaba entonces con intermitencias, ya una clara blanquísima, ya el esqueleto mutilado de algún árbol, gigante del bosque, yaciente como un cadáver, envuelto en

su sudario de nieve... Duraba eso un instante, y el bosque caía nuevamente en su muda y misteriosa obscuridad.

Makar se detuvo. En aquel sitio, casi á orillas del camino, hallábase dispuesto todo un sistema de trampas. El resplandor fosforescente iluminaba muy bien la cerca de árboles derribados que las circuía. Makar llegó á ver la primera trampa: tres maderos largos y pesados, apoyados en otro vertical, y sostenidos por un sistema bastante complicado de palanquitas unidas entre sí por cuerdas de cerda.

Verdad es que esas trampas no eran suyas; pero eso no las impedía coger un zorro. Makar bajó con presteza del trineo, y, dejando al inteligente Lyssanka enmedio del camino, prestó oido atento.

Ningún ruido en la taiga. Sólo se oía en la tranquila noche el repique de Navidad, que llegaba de la sloboda, lejana á la sazón y fuera del alcance de la vista.

Makar no tenía nada que temer. El dueño de esas trampas es Alochka Chalganoff, su vecino y enemigo jurado; pero en este momento está seguramente en la iglesia. La tersa superficie de la nieve recién caida no presentaba ninguna huella.

Makar se internó en la espesura. Nada. La nieve cruje bajo sus piés. Las trampas están alineadas: parecen cañones que aguardan silenciosos con la boca abierta.

Continuó su paseo de un lado á otro. Nada aún. Volvió á tomar entonces la dirección del camino.

Pero, ¡cht!... Un ligero roce... Una piel rojiza atravesó como un relámpago por la taiga, por un sitio bien iluminado, y ¡tan cerca!... Makar distinguió claramente las orejas puntiagudas del zorro, el cual meneaba la espesa cola á derecha é izquierda como para invitarle á una persecución por las profundidades de la espesura. El animal desapareció entre los troncos de los árboles, corriendo hacia las trampas, y al cabo de algunos instantes resonó en el bosque un golpe sordo. El ruido, seco y ahogado en un principio, repercutió en seguida

bajo las bóvedas de la arboleda y fué á apagarse en un lejano barranco.

El corazón de Makar empezó á latir violentamente. Acababa de caer una trampa.

Se lanzó al través de la espesura. Las ramas le azotaban los ojos, salpicándole la cara de helada nieve. Tropezaba; le faltaba el aliento.

Ya está en el sendero que en otro tiempo trazó él mismo. A derecha é izquierda se yerguen árboles cubiertos de escarcha; frente á él serpentea y se estrecha el caminito á cuyo extremo está como en acecho la boca de una trampa... Algunos pasos más...

Pero he aquí que en esta misma senda, cerca de la trampa, surge una figura humana que desaparece inmediatamente. Apenas han tenido tiempo los ojos en fijarse en sus detalles y en su fisonomía Sin embargo, Makar ha reconocido á Alochka Chalganoff. Ha distinguido claramente su cuerpecito rechoncho, inclinado hacia adelante, y su andar de oso. Y aún le ha parecido más sombrío que de costumbre el semblante de Alochka, y más separados los labios de sus grandes dientes.

La indignación de Makar fue grande y sincera. «¡Miserable! ¡Pasearse enmedio de mis trampas!» Verdad es que él acacaba de inspeccionar poco antes lazos que no eran suyos; pero no era lo mismo, había una diferencia... Esa diferencia consistía en que, cuando se paseaba por entre los lazos de Alochka, temía ser sorprendido, mientras que ahora, al ver un extraño delante de sus propias trampas, sentía el ultraje á la vez que el deseo de castigar al que lesionaba sus derechos.

Corrió por el camino más corto hacia la trampa que había sonado. Había caido un zorro. Pero también Alochka dirigía hacia ese punto sus pasos ursinos. La cuestión era llegar antes que él.

Alcanzó al fin la trampa caida. Por debajo se ve el pelo rojo de la alimaña. Así le había visto Makar en su cama ha-

cía poco. El zorro escarvaba con las garras, y le miraba con ojos luminosos y ardientes.

—¡Fytima! (no toques)... ¡es mío!—gritó Makar á Alochka.

—¡Fytima!—respondió como un eco la voz de Alochka.—¡Es mío!

Los dos al mismo tiempo, con precipitación febril, y tratando de adelantarse el uno al otro, fueron á levantar la trampa á fin de coger el animal. El zorro se puso en pie. Dió un salto, y se paró, mirando burlonamente á los dos enemigos de Chalgane; luego, volviendo el cuello, se lamió en el sitio que había herido la caida de la trampa. Hecho esto, huyó tan campante, meneando alegremente la cola.

Alochka se lanzaba en su persecución; pero Makar le cogió de la sona.

—¡Fytima!—gritó.—¡Es mío!

Y se lanzó á la vez en seguimiento del zorro.

—¿Fytima!—repitió como un nuevo eco la voz de Alochka.

Y Makar sintió que le cogían de la sona, y vió á Alochka de repente delante de él.

Makar se amoscó. Olvidó el zorro, y se abalanzó en pos de Alochka, que huía.

A cada instante apretaba más el paso. La rama de un alerce arrojó al suelo el gorro de Alochka. Alochka no tenía tiempo de recogerle. Makar, profiriendo gritos furiosos, estaba ya á punto de alcanzarle. Pero Alochka había sido siempre más tuno que Makar. Parándose de pronto, se volvió con la cabeza inclinada hacia adelante. Makar dió con el vientre contra el obstáculo, y cayó en la nieve. El pillo de Alochka, inclinándose hacia Makar, que seguía rodando, le quitó el gorro y desapareció por la taiga.

V

Makar se levantó trabajosamente, molido, despechado, en un estado moral detestable. ¡Calcúlese! Haber tenido el zorro casi en las manos, y ahora... Creyó ver moverse aún la cola de la alimaña en la sombría espesura, y desaparecer luego definitivamente después de esa última ironía.

Aumentó la obscuridad. La nubecilla blanquecina del zenit se disolvía poco á poco, y apenas era visible. Los rayos que aún brotaban de ella morían lánguidamente, sin claridad.

Makar había entrado en calor con la carrera. La nieve se derretía sobre él, metiéndosele por las mangas, deslizándose por el cuello de la sona, corriéndole por la espalda y llenándole los torbass. No tenía ya el gorro, que se había llevado el maldito de Alochka. Los mitones los había perdido en la carrera, y no sabía dónde encontrarlos. Aquello tomaba mal cariz. Makar no ignoraba que el frío implacable no es cosa de juego para el que va por la taiga con la cabeza y las manos descubiertas.

Hacía mucho tiempo que andaba. Según sus cálculos, ya hubiera debido salir de Yamalaj y divisar la torre de la iglesia. Sin embargo, seguía aún en la taiga, y la veía extenderse por todas partes en torno de él. Se hubiera dicho que la espesura le había hecho víctima de un sortilegio y le retenía en su círculo mágico. A lo lejos continuaba vibrando el solemne tañido de las campanas. Makar creía ir hacia esa parte, y, á pesar de eso, el sonido parecía más lejano, más débil cada vez.

La desesperación invadía sordamente el alma de Makar. Le abrumaba el cansancio. Las piernas se negaban á servirle; sentía doloridos y pesados los miembros; le faltaba la respiración. Se le entorpecían los pies y las manos. Parecíale que le apretaban y deshacían la cabeza aros candentes.

—¡Soy hombre perdido!

Esta idea empezó á surgir, y se reprodujo en su cerebro en intervalos más próximos cada vez, á medida que marchaba.

La taiga permanecía silenciosa. Cerrábase tras él con una especie de perversa tenacidad, tapando los claros y disipando toda esperanza de salvación.

—¡Soy hombre perdido!—seguía pensando Makar.

Las fuerzas le abandonaron al fin completamente. Las ramas de los arbustos le azotaban con insolencia como para mofarse de él y aprovecharse de su lamentable estado. Un momento surgió una liebre blanca en una clara; se sentó; meneó las largas orejas con las puntas manchadas de pintas negras, y, haciendo su tocado, dirigió á Makar las muecas más impertinentes. Le daba á entender así que conocía muy bien á su Makar, que sabía perfectamente que era aquel mismo Makar que instalaba en la taiga toda clase de máquinas destinadas á la destrucción de su especie. Pero en aquel instante se burlaba de él.

Para Makar fue una gran pena. Entretanto la taiga empezaba á animarse más: cada vez se volvía más hostil. Ahora hasta los árboles más distantes alargaban las ramas á su paso, le cogían de los pelos, le abofeteaban la cara, le daban latigazos en los ojos. Los gallos silvestres salían de sus escondrijos, y clavaban en él con curiosidad los redondos ojos. Con la cola desplegada y las alas abiertas, marchaban enmedio de sus familias, hablando á sus hembras, con cólera y en alta voz, de Makar y de sus emboscadas. Y para colmo de desdichas, por las lejanas espesuras vió cruzar con la rapidez del relámpago millares de hocicos de zorros. Aspiraban el aire helado, y, agitando las orejas puntiagudas, le dirigían miradas irónicas, en tanto que grupos de liebres, sentadas sobre las patas traseras, departían riendo acerca de los reveses de Makar.

Era demasiado.

—¡Soy hombre perdido!—pensó Makar por última vez. Y resolvió concluir sin más espera.

Se tendió sobre la nieve.

El frío era terrible. Los últimos resplandores de la aurora boreal no proyectaban ya en el cielo más que un débil reflejo vacilante; atravesando las altas copas de los árboles, fueron á acariciar á Makar con una claridad fugitiva. De muy lejos llegaban allí confusamente los ecos de las campanas de Chalgane.

Durante un momento llameó la aurora, alcanzando su máxima intensidad, y luego se apagó. Las campanas callaron.

Y Makar entregó el alma...

VI

No se dió cuenta de cómo había sido aquello. Sabía que tenía que salir algo de dentro de él, y esperaba que saliese de un momento á otro..... Pero no salía nada.....

Con todo, él se daba perfecta cuenta de su estado: estaba muerto. Y permanecía tranquilo, sin moverse. Pasó así mucho tiempo, tanto tiempo, que acabó por aburrirse.

Estaba todo completamente á obscuras, cuando Makar sintió que alguien le daba con el pie. Volvió la cabeza y alzó los ojos.

Por cima de él inclinaban sus ramas los alerces, humildes y apacibles. Hubiérase dicho que se avergonzaban ahora de sus picardías de antes. Los velludos abetos extendían y columpiaban blandamente su nevado ramaje. Con igual suavidad brillaban y bajaban por la atmósfera copos de nieve.

Las estrellas, refulgiendo en la sombría extensión azul, lanzaban desde lo alto del firmamento dulces miradas al través del espeso ramaje, y parecían decir: «¿Véis ese pobre hombre muerto?»

Junto al cuerpo de Makar, y empujándole con el pie, se erguía un hombre. Era el viejo pope (1) Iván. Su larga sota-

(1) Nombre ruso del sacerdote del rito griego.

na, su *berguess* (1) de piel, sus hombros y su barba estaban cubiertos de nieve. Lo más notable es que era el mismo pope Iván que había muerto cuatro años antes.

Por aquellos tiempos ese Iván era un buen curita. Nunca apuraba á Makar por causa del diezmo, ni le reclamaba siquiera el dinero por las ceremonias del culto. El mismo Makar fijaba el coste de los bautismos y de las misas, y en aquel momento se acordaba con confusión de que á veces solía dar una cantidad demasiado mezquina y hasta no pagar nada. El pope Iván no se formalizaba por eso. Lo único que exigía es que á cada una de sus visitas hubiese sobre la mesa una botella de vodka. Si Makar no tenía dinero, corriente: mandaba él mismo por la botella, y bebían juntos. El pope rodaba invariablemente debajo de la mesa, borracho como una uva; pero era raro que armase quimera, y en todo caso nunca pegaba fuerte. Makar le llevaba á su casa, y le entregaba sin defensa y sin fuerzas en manos de su mujer.

Sí; era un buen curita. Su muerte fue atroz, sin embargo. Un día había salido todo el mundo, y el pope, que estaba borracho, se había quedado solo en la cama. Le entraron ganas de fumar. Se levantó, y se acercó dando traspiés á la chimenea, donde había una buena llama. Quería encender la pipa; pero, como había bebido una cantidad excesiva de aguardiente, no pudo guardar el equilibrio y cayó en la lumbre. Cuando volvieron los suyos, no encontraron ya del pope más que las piernas.

Se compadeció mucho al buen pope Iván; pero, como ya no quedaban de él más que las piernas, ningún médico del mundo podía curarle. Hubo que limitarse á enterrar aquellas piernas y á poner otro sacerdote en lugar del pope Iván.

Y ese curita, ahora de cuerpo entero, era el que se inclinaba hacia Makar y le daba con el pie.

—Levántate, querido Makar—decía,—y vámonos.

(1) Gorro.

—¿Y á dónde ir?—preguntó Makar de mal talante.

Toda vez que estaba muerto, pensaba que su deber era estarse tendido tranquilamente, y que no tenía necesidad de volverse á poner en marcha, de andar vagando de nuevo y perderse en la taiga. Si no, ¿á qué venía morirse?

—Vámonos con el *Gran Toyone* (1).

—¿Qué voy á hacer á su lado?—preguntó Makar.

—Él te juzgará—dijo el curita con voz contristada, trémula de emoción.

Makar se acordó, en efecto, de que después de la muerte hay que presentarse en cierto punto y someterse á un juicio. Así se lo habían dicho en la iglesia en otro tiempo. El curita tenía, pues, razón: había que levantarse.

Y Makar se levantó, refunfuñando entre dientes. Le contrariaba eso de que, aun después de la muerte, no le dejasen en paz.

El curita rompía la marcha. Makar le seguía. Caminaban en derechura hacia el Oriente. Los alerces se apartaban á su paso con humildad para dejarles libre el camino.

Makar notó con sorpresa que el pope Iván no dejaba ninguna huella sobre la nieve. Miró á sus propios pies, y no vió rastros tampoco: la nieve se extendía como blanca y tersa sábana.

Le atravesó por las mientes la idea de que ahora podría pasearse con toda libertad por enmedio de las trampas ajenas. Nadie lo advertiría. Pero el pope adivinó seguramente su secreto pensamiento, porque se volvió á él y le dijo:

—¡Déjate de eso! Tú no sabes lo que te reserva cada pensamiento semejante.

—¡Vaya, vaya!—respondió Makar enojado.—¡No puede uno pensar siquiera! ¿A qué vienen ahora esas severidades? Para eso cállate.....

El pope meneó la cabeza, y siguió andando.

(1) Dios.

—¿Nos falta mucho todavía?—preguntó Makar.

—Mucho—respondió el pope con pena.

—¿Y qué vamos á comer?—preguntó de nuevo Makar, no sin inquietud.

—Pero ¿te has olvidado de que estás muerto?—dijo el pope volviéndose.—Ya no necesitas comer ni beber.

Makar no se quedaba muy satisfecho. Sin duda sería una gran cosa la falta de necesidad en el caso de no encontrarse nada que comer; pero entonces debía quedarse echado como estaba inmediatamente después de su muerte; mientras que andar y andar tanto tiempo, sin comer nada, era lo más absurdo que podía imaginarse. Empezó á refunfuñar otra vez.

—¡Deja tus quejas!—dijo el pope.

—Bueno—respondió Makar sentido.

Y continuó gruñendo para sí y echando pestes contra aquel estado de cosas: obligar á andar á un hombre y no permitirle mascullar una corteza. ¿Se ha visto nunca tal?

Estaba de muy mal humor, pero no por eso dejaba de seguir al pope. Evidentemente hacía mucho tiempo que iban de camino. Cierto que Makar no veía rayar el alba; pero, á juzgar por la distancia recorrida, por el número de las gargantas y de los picos, de los ríos y de los lagos, de las llanuras y de los bosques que dejaban tras de sí, debía hacer una semana que estaban andando. Cuando Makar volvía la cabeza, veía huir la sombría taiga hacia el horizonte, detrás del cual desaparecían una á una, desvanecidas en las tinieblas, las altas montañas de eternas nieves.

Le pareció que subían más cada vez. Las estrellas adquirían mayor tamaño y brillo. Alumbraban más. Detrás de la cresta de una eminencia que escalaban, apareció un trozo de luna. Parecía darse prisa á huir; pero Makar y el pope la alcanzaban siempre, y, cuando al fin llegaron á esa meseta llana y elevada, la luna empezó á elevarse de nuevo sobre el horizonte.

Ahora se veía claro, mucho más claro seguramente que al

principio de la noche. Era sin duda porque se hallaban mucho más cerca de las estrellas. Tenían éstas el tamaño de manzanas y un brillo notable. La luna, tan grande como el fondo de un gran tonel de oro, brillaba cual el sol; iluminaba la llanura del uno al otro confín, haciendo visible el menor copo de nieve.

Millares de caminos atravesaban aquella llanura, convergiendo todos hacia el mismo punto: hacia el Oriente. Por esos caminos iban viajeros de todas clases y vestidos de todas maneras, á pié ó á caballo.

Desde hacía un instante Makar examinaba atentamente un jinete. De pronto, cambiando de dirección, corrió hacia él.

—¡Espera!—¡Para!—gritó el pope.

Makar no oía siquiera. Reconocía al tártaro que seis años antes le había robado su caballo pío y había muerto al año siguiente. El bruto rozagante volaba como una flecha. Sus cascos levantaban nubes de polvo de nieve, donde los rayos de las estrellas encendían mil reflejos multicolores y cambiantes. Viendo esa loca carrera, se preguntó Makar con asombro cómo él á pie había podido alcanzar al tártaro tan fácilmente. Este, por su parte, paró en cuanto vió á Makar á su lado. Makar le interpeló con violencia.

—Vamos á presentarnos al *starosta* (1)—gritaba.—Ese caballo es mío. ¡Tiene partida la oreja derecha!... ¡Véase si es malo este hombre!... Él montado en el caballo de otro, mientras el verdadero dueño va á pie como un mendigo.

—Espera—respondió inmediatamente el tártaro.—No hay que ir á presencia del starosta. ¿Dices que es tuyo este caballo? ¡Pues tómale! ¡Maldito animal! Cinco años hace que le monto sin que parezca moverse de su sitio... Todos los peatones me adelantan... Es una vergüenza para un buen tártaro.

Alzaba ya la pierna para desmontar, cuando llegó sin aliento el curita, y cogió á Makar de la mano.

(1) La autoridad del pueblo.

—¡Desgraciado!—exclamó.—¿Qué vas á hacer? ¿No ves que el tártaro quiere jugarte una mala pasada?

—¡A buen seguro que me engaña!—vocifereaba Makar, blandiendo los brazos.—Era un buen caballo, un gran caballo de campo... No hace dos años aún me ofrecían cuarenta rublos por él... ¡No, no, hijo mío!... Si has estropeado al animal, voy á matarle para vender la carne... En cuanto á tí, ya te ajustaré yo la cuenta... ¿Crees que porque eres tártaro no hay leyes contra tí?...

Makar se irritaba, levantando la voz á fin de atraer mucha gente en torno suyo, porque tenía miedo á los tártaros. Pero el pope contuvo sus ímpetus.

—¡Poco á poco, Makar, poco á poco! Te olvidas siempre de que estás muerto... ¿Qué falta te hace á tí un caballo?... ¿No ves que tú adelantas á pie más que el tártaro?... ¿Deseas por ventura verte obligado á viajar durante miles de años?...

Makar comprendió entonces por qué el tártaro le cedía el caballo con tanto apresuramiento.

—¡Qué mala ralea!—pensó.

—Está bien. Vete con tu caballo... y yo, querido, presentaré mi querella.

El tártaro se encasquetó el sombrero con rabia, y fustigó el caballo. Este se encabritó; sus cascos levantaron torbellinos de nieve; pero, mientras permanecieron allí Makar y el pope, el tártaro no adelantó un solo paso.

Este castigó con furia á la bestia, y dirigiéndose á Makar:

—Oye, amigo—dijo.—¿No tendrás por casualidad un poco de tabaco? Tengo unas ganas terribles de fumar, y va para cuatro años que me quedé sin una hoja.

—¿Yo tu amigo? ¡Lo serás del diablo!—contestó Makar furibundo.—¡Mira tú eso! ¡Me roba mi caballo, y todavía se atreve á pedirme tabaco! Anda; ya puedes reventar; no seré yo el que te tenga lástima...

Dicho esto, Makar volvió á ponerse en camino.

—Has hecho mal—le advirtió el pope—en no dar á ese

hombre una hojita de tabaco. Por esa buena acción el Toyone te hubiese perdonado cien pecados, cuando menos, el día del juicio.

—¿Por qué no habérmelo dicho antes?—contestó desabridamente Makar.

—Es que ahora es ya demasiado tarde para darte tales avisos. Los popes hubieran debido instruirte acerca de esto cuando vivías.

Makar se enfadó. Veía que los popes no servian para nada: recibían muy bien, pero no se tomaban la molestia de enseñaros en qué momento preciso es menester regalar á un tártaro una hoja de tabaco, para obtener una remisión de pecados... Muy fácil de decir: ¡cien pecados!... ¡y todo eso por una sola hoja!... De todos modos, valía la pena de...

—Aguarda—exclamó.—A nosotros nos bastará una hoja. Tengo otras cuatro; voy á dárselas al tártaro... Total: cuatrocientos pecados...

—Vuélvete—dijo el pope.

Makar se volvió. Detrás de él se extendia como una blanca sábana de desierta llanura. El tártaro apareció un instante en lontananza como un punto negro. Durante otro instante Makar creyó ver revolotear el polvo de nieve en torno de los cascos de su caballo pío; pero también desapareció esa nube.

—Bien, bien—dijo Makar.—El tártaro se pasará sin mi tabaco... El bribón ha estropeado mi caballo de buena manera!

—No—contestó el pope.—No le ha estropeado. Lo que hay es que es un caballo robado. ¿No has oido decir á los viejos que «en caballo robado no se va lejos?»

Makar se lo había oido efectivamente; pero, como durante su vida había visto llegar hasta la ciudad á muchos tártaros montados en caballos robados, no era asombroso que no hubiese concedido gran importancia á las palabras de los viejos. Ahora se convenció, sin embargo, de que las personas de edad podían decir verdades...

Y notó que en la llanura pasaba por delante de otros muchos jinetes. Todos llevaban el mismo paso que el primero; los caballos volaban; los hombres iban cubiertos de sudor, y, no obstante, Makar los dejaba atrás. A cada momento adelantaba á uno.

Eran por lo común tártaros. Pero de vez en cuando Makar reconocía también habitantes indígenas de Chalgane. Algunos de estos iban montados en toros á los cuales despavilaban alguna que otra vez con un zurrido.

A los tártaros les lanzaba Makar miradas iracundas, murmurando que no estaban bastante castigados aún. En cambio se paraba con los habitantes de Chalgane que topaba en su camino. Los saludaba afablemente y echaba un parrafito con ellos. Aunque ladrones, eran amigos de todas maneras. A veces no podía dominar un movimiento de compasión hacia ellos. Cogía varas, y aguijaba con ardor toros y caballos. Pero, apenas daba algunos pasos hacia adelante, los jinetes quedaban detrás de él reducidos á puntos casi imperceptibles.

La llanura parecía interminable. A cada segundo se cruzaban con un jinete ó con un peatón, y, sin embargo, todo parecía desierto. Se hubiera dicho que entre esos viajeros había centenares y millares de verstas.

Entre otras figuras notó Makar la de un viejo desconocido. Pero era á todas luces un habitante de Chalgane; sus facciones, su traje, su modo de andar, no daban lugar á dudas. Makar, sin embargo, no se acordaba de haberle visto jamás. Llevaba el viejo una sona rota, un gran berguess de orejas, también maltrecho, un calzón viejo de cuero, y torbass de becerro muy raidos. Pero lo peor era que, á pesar de su edad, el infeliz llevaba á la espalda una vieja más decrépita aún y cuyas piernas arrastraban por el suelo. El viejo, sin aliento, tropezaba, apoyándose pesadamente en su palo.

Makar, compadecido, se detuvo. El viejo se detuvo también.

—¡Habla!—dijo Makar en tono animador.

—No tengo nada que decir—respondió el viejo.

—¿Qué has visto?

—No he visto nada.

—¿Qué has oido?

— No he oido nada.

Después de este coloquio calló Makar. Juzgó oportuno un silencio antes de preguntar al viejo su nombre y el lugar de dónde venía.

El viejo dió su nombre. Hacía mucho (no recordaba ya la época) que había salido de Chalgane. Era para ir «á la montaña», á fin de salvar su alma. Allá no había hecho más que comer zarzamoras y raíces. No labraba, no sembraba, no llevaba trigo al molino, no pagaba impuestos. Un día falleció. Compareció entonces ante el gran Toyone. El Toyone le preguntó quién era y qué había hecho. «He ido á la montaña á fin de salvar mi alma.»—«Bien—respondió el Toyone.— Y ¿dónde está tu mujer? Vé por ella y tráemela.» Y el viejo se fué en busca de la vieja que, mientras el marido se ocupaba en salvar su alma, no tenía ya casa, ni vaca, ni pan, ni nadie que la sustentase. Así, durante esos últimos días, la mujer andaba mendigando, y las fuerzas la abandonaban, y no podía ya arrastrar sus pobres piernas. Ahora el viejo tenía que llevar la vieja á cuestas hasta la residencia del Toyone.

Se echó á llorar. Entonces la vieja, como si se tratase de un simple toro, le dió un puntapie, y gritó con voz airada y temblona:

—¡Vamos andando!

Creció la compasión de Makar por ese viejo. Por su parte, se felicitaba interiormente de no haber conseguido «llegar á la montaña.» ¡Su mitad era una mujerona tremenda! Le hubiera sido mucho más difícil llevarla. Y si por remate se le hubiera antojado á ella darle de puntapiés, ni más ni menos que á un toro, le hubiese hecho morir por segunda vez.

Tal fue su compasión, que cogió á la vieja por las piernas á fin de aliviar á su amigo. Pero no había andado tres pasos

cuando tuvo que soltarlas corriendo, porque temía que se le quedasen entre las manos; y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron el viejo y su carga.

A partir de ese momento, Makar no encontró ya á nadie que fuese digno de llamar su atención. Caminaban trabajosamente ladrones cargados como bestias con los bienes robados. Corpulentos toyones yakutas se bamboleaban en sus sillas de montar, que parecían torres, y sus altos sombreros tocaban á las nubes. A su lado corrían y brincaban pobres diablos de obreros, flacos como liebres. Venía luego un asesino ensangrentado, de mirada torva, feroz; se revolcaba en la inmaculada nieve para lavar sus manchas de sangre, pero en vano: la nieve se enrojecía en torno suyo, con la misma rapidez que si hubiese sido agua hirviendo, y, no obstante, las manchas del asesino parecían resaltar con más viveza. Y el hombre seguía andando, con los ojos llenos de desesperación y de horror, evitando las miradas espantadas de los otros viajeros.

Después se veían á cada instante almitas de niños que cruzaban los aires como avecillas, con la rapidez del relámpago. Eran bandadas numerosas. Makar no se asombraba. La grosera é insana alimentación, la suciedad, el fuego de las chimeneas y las corrientes de aire de las yurtas explicaban que Chalgane por sí sólo proporcionara centenares de almas..... Cuando se acercaban al asesino, se hacían á un lado, huyendo azorados, y mucho tiempo después se oían aún sus alitas agitadas batiendo los aires medrosas é inquietas.....

Entre tanto, Makar no pudo menos de advertir que relativamente avanzaba bastante deprisa. Se apresuró á atribuir este hecho á su virtud.

—Oye, padre—dijo.—¿Qué te parece á tí? Es verdad que durante mi vida no me disgustaba echar un traguito; pero, aunque empinase el codo, no dejaba de ser un buen hombre..... El Toyone me quiere.....

Dirigía al pope Iván una mirada escrutadora, esperando á

ver si le hacía desembuchar. Pero el pope le contestó brevemente:

—No te enorgullezcas. Nos acercamos. Pronto sabrás tú mismo á qué atenerte.

Hasta entonces no vió Makar que empezaba á salir la aurora.

Brotaron ante todo del horizonte algunos rayos brillantes, como primeras notas de una grandiosa sinfonía. Esos rayos, atravesando rápidamente el cielo, soplaron las vivas llamas de las estrellas. Estas se apagaron, se puso la luna, y la nevada llanura se obscureció.

Subieron entonces nieblas que, como guardias de honor, rodeaban la llanura.

Hacia un punto del Oriente se iluminaron las nieblas como guerreros vestidos de oro.

Luego esas nieblas empezaron á ondular, y los guerreros de corazas de oro se inclinaron hacia la llanura.

Y detrás de ellos apareció el sol. Parado junto á la guardia centelleante, paseó su mirada por la llanura.

Y la llanura entera se inundó de una luz deslumbradora, incomparable.

Y las nieblas, cediendo á un impulso enorme, subieron solemnemente. Hacia Occidente se desgarraron, y con lentas ondulaciones perdiéronse en el cielo.

Y Makar creyó oir un cántico maravilloso y divino. ¿No era el mismo cántico tan conocido ya de él, con que la tierra saludaba todas las mañanas la aparición del sol? Pero Makar jamás había concedido á esa música la atención que merecía. Por primera vez comprendía cuán sublime era. Inmóvil, prestaba oído, negándose á andar, queriendo quedarse allí escuchando eternamente.....

Pero el pope Iván le tiró de la manga.

—Entremos—dijo;—hemos llegado.

Makar vió entonces delante de sí una gran puerta que las nieblas le ocultaban hacía poco.

No tenía ninguna gana de moverse. Pero era forzoso obedecer.

VIII

Entraron en una espaciosa y bella isba, y sólo después de haber franqueado el umbral, apreció Makar retrospectivamente la helada temperatura de fuera. Enmedio de la isba, una chimenea de plata pura, maravillosamente cincelada y provista de enormes leños de oro llameantes, difundía un calor suave, igual, que penetraba en seguida todo el cuerpo. El fuego de esa chimenea no hacía daño á los ojos, ni abrasaba: no hacía más que caldear. Makar de nuevo tuvo ganas de permanecer allí eternamente calentándose. También el pope Iván, acercándose á la chimenea, extendió las manos ateridas hacia las llamas.

Cuatro puertas había en la isba. Sólo una comunicaba con el exterior. Las otras tres daban paso á jóvenes vestidos de blanco, que no cesaban de entrar y salir. Makar supuso que serían servidores del Toyone. Creía haberlos visto ya en alguna parte, pero no sabía dónde á punto fijo. Se asombró no poco de ver agitarse en sus espaldas grandes alas. Pensó que el Toyone debía tener por fuerza otras gentes á su servicio, porque era imposible que aquellas circulasen desembarazadamente por las espesuras de la taiga, cuando fuesen á cortar árboles.

Uno de los servidores se aproximó también á la chimenea. Volviendo la espalda á Makar, trabó conversación con el pope.

—Habla.

—No tengo nada que decir—respondió el curita.

—¿Qué has oído por el mundo?

—No he oído nada.

—¿Qué has visto?

—No he visto nada.

Callaron. Luego añadió el pope:

—Aquí traigo uno.

—¿Uno de Chalgane?—preguntó el servidor.

—Sí.

—¡Ah! En ese caso tengo que preparar la balanza grande.

Y desapareció por una de las puertas á fin de dar las órdenes oportunas. Makar preguntó al pope por qué hacía falta una balanza, y precisamente grande.

—Te diré—respondió el pope algo confuso.—La balanza va á servir para pesar el bien y el mal que has hecho durante tu vida. Por lo común, lo bueno y lo malo de todos los hombres se contrapesan. Pero los habitantes de Chalgane tienen tantos pecados á su cuenta que, por decisión del Toyone, ha habido que fabricar para ellos una balanza especial, con un platillo inmenso para los pecados.

Estas palabras impresionaron á Makar. Parecíale como si escarvara alguna cosa en el corazón, y se sentía invadido de timidez.

Los servidores, traída la balanza, la instalaron. Uno de los platillos era de oro; el otro de madera y de dimensiones extraordinarias. Debajo de este último se abrió súbitamente un boquerón enorme.

Makar se adelantó; examinó atentamente el aparato; procuró ver si no habría algún indicio de superchería. Todo estaba en regla; los platillos inmóviles se mantenían á la misma altura.

Con todo, no se daba cuenta exactamente del modo de funcionar del aparato, y él hubiera preferido con mucho una romana, instrumento que en el curso de su larga vida había sabido utilizar tan ventajosamente en sus compras y ventas.

—Aquí viene el Toyone—dijo de pronto el pope Iván, estirándose precipitadamente la sotana y arreglando sus pliegues.

Se abrió la puerta de enmedio y entró el Toyone. Era vie-

jo, muy viejo. Su larga barba argentada le llegaba más abajo de la cintura. Iba vestido de pieles y telas lujosas. Nunca las había visto semejantes Makar. Calzaba *snow-boots* guarnecidas de terciopelo y análogas á las que Makar había visto en otro tiempo en los pies de un pintor de imágenes.

A la primera mirada, Makar reconoció en el Toyone al viejo que recordaba haber visto pintado en la iglesia. Sólo que éste no tenía consigo á su hijo. Makar pensó que el hijo andaría ocupado en sus cosas. En cambio apareció la paloma, que, después de dar algunas vueltas á la estancia por encima del viejo, fue á posarse en sus rodillas. Ocupando un asiento aparte, dispuesto para su exclusivo uso, el viejo Toyone acariciaba la paloma con la mano.

La fisonomía del Juez Supremo expresaba la bondad. Cuando Makar estaba más abatido, miraba ese rostro y se sentía mejor.

Si se apuraba, era porque estaba repasando toda su vida en todos sus pormenores: se acordaba del menor de sus pasos, de cada hachazo que había dado, de cada árbol que había derribado, de cada fullería que había hecho, de cada vasito de vodka que había bebido.

Y le daba vergüenza, y tenía miedo. Pero, mirando al viejo Toyone, cobró ánimos.

Y, una vez recobrada su presencia de espíritu, acarició el pensamiento de poder ocultar algunas de sus faltas.

El viejo Toyone le examinó, le preguntó cómo se llamaba, de dónde venía y cuál era su edad.

Respondió Makar, y el Toyone preguntó de nuevo:

—¿Qué has hecho durante tu vida?

—Tú lo sabes tan bien como yo—contestó Makar.—Has debido escribirlo todo.

Makar ponía á prueba al viejo Toyone. Quería saber si estaba anotado todo realmente.

—Habla tú mismo—dijo Toyone.

Y Makar se enardeció.

Empezó á referir todo el trabajo que había hecho. Aunque se acordaba perfectamente del número de veces que había blandido el hacha, de la madera que había cortado y de los surcos que había trazado su arado, añadió á esa cifra millares de varas, cientos de carretadas de leña y cientos de vigas y de *puds* (1) de granos sembrados.

Cuando acabó su enumeración, el Toyone se dirigió al pope Iván.

—Tráeme ahora el registro.

Sólo entonces comprendió Makar que el pope Iván estaba al servicio del Toyone en calidad de secretario. Se sintió mucho de que el pope no le hubiera puesto al corriente como amigo.

El pope Iván llevó un gran registro, y se puso á leer.

—Mira cuántas varas hay—dijo el Toyone.

El pope dirigió una mirada al registro, y respondió con tono apesadumbrado:

—Ha añadido tres millares.

—¡Miente!—exclamó Makar con ira.—Se engaña. Es sin duda porque es un borracho, y ha muerto de mala manera.

—Calla—dijo el Toyone.—¿Te imponía precios exorbitantes por el prestimonio, por los bautismos y los casamientos?

—Yo haría mal en acusarle de eso—contestó Makar.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el Toyone.—En cuanto á beber un trago, sé lo mismo que tú cuánto le gustaba.....

Y el Troyone estaba irritado. Se dirigió al pope Iván.

—Lee la lista de sus pecados. Es un impostor en quien no puedo tener confianza.

Durante este diálogo, los servidores habían echado en el platillo de oro las cortas, las labranzas y todo el trabajo de Makar. El platillo de oro bajó de tal suerte, que el de madera, que subía por el otro lado, se elevó á una altura á donde las

(1) 16 kilogramos.

manos no podían ya alcanzarle. Los jóvenes servidores del Señor tuvieron que abrir las alas y tomar vuelo, y no bajaban de un centenar los que tiraban de las cuerdas para hacer que descendiese el platillo.

¡Pesaba de firme el trabajo del vecino de Chalgane!

Y el pope se puso á contar el número de veces que Makar había engañado. Encontró veintiún mil nuevecientas treinta y tres trapacerías. Contó luego el pope las botellas de aguardiente que había bebido Makar: sacó cuatrocientas. Y siguió contando el pope. Makar vió que ahora el platillo de madera vencía en peso al de oro; ya bajaba el agujero. Conforme el pope leía, el platillo bajaba más.

Makar pensó entonces que las cosas tomarían mal sesgo para él. Se acercó á la balanza, y como quien no hace nada, trató de detener con el pie el descenso del platillo.

Notó un servidor la superchería y se promovió un tumulto.

—¿Qué es ello?—preguntó el Toyone.

—Ha querido detener el platillo con el pie—contestó el servidor.

El Toyone se volvió airado hacia Makar.

—¡Te he juzgado!—exclamó.—Eres un impostor y un borracho. No has pagado los impuestos; debes aún al pope el prestimonio; y por tu culpa, por las palabrotas que le haces pronunciar continuamente, peca á diario el Comisario de policía.....

Y dirigiéndose al pope Iván, preguntó el Toyone:

—¿Quién hay en Chalgane que haya trabajado más á sus caballos, y los cargue más y no los deje respirar?

El pope respondió:

—El cillerero de la iglesia. Tiene casa de postas y es el que lleva al comisario de policía.

Entonces el viejo Toyone pronunció esta sentencia:

—Que entreguen este holgazán al cillerero, que lleve como un caballo á su comisario hasta que caiga muerto, extenuado de fatiga..... Después veremos.....

No había acabado de hablar el Toyone cuando se abrió la puerta. Entró en la isba su hijo, se sentó á la diestra del padre, y dijo así:

—He oído la sentencia..... He vivido mucho tiempo entre los hombres y conozco las cosas de la tierra. Ese pobre hombre será muy desgraciado; le costará mucho llevar al comisario de policía..... Pero..... en fin, ¡sea!..... Sin embargo, él tiene quizá que añadir alguna cosa. Vamos, habla, pobrete.

IX

Pasó entonces algo extraordinario. Makar, ese mismo Makar que nunca había podido decir más de diez palabras seguidas, sintió desatársele la lengua de repente. Se puso á hablar tan bien, que él mismo se quedó atónito. Se desdobló, por decirlo así, en dos Makars: uno que hablaba y otro que escuchaba con sorpresa. No acertaba á dar crédito á sus oídos. Fluían sus palabras, fogosas, ardientes, con la mayor facilidad. Brotaban y corrían á engarzarse en largas series, bien ordenadas. Makar no se desconcertaba; si por acaso titubeaba un momento, al punto se rehacía y gritaba con doble fuerza. Pero lo importante era el convencimiento de que su elocuencia era persuasiva.

El viejo Toyone, molestado al principio por la impertinencia de Makar, le escuchaba ahora con atención. Parecía decirse que, después de todo, Makar no era tan zote como daba á entender su aspecto. Desde las primeras palabras, el pope empezó á sobrecogerse de temor. Tiró á Makar de la sona, pero éste se apartó y continuó hablando sin empacho. A poco el curita cesó de temer. Hasta iluminó su semblante una sonrisa, cuando oyó salir de boca de uno de sus feligreses la verdad plena é íntegra, y notó que ese atrevimiento parecía agradar al Supremo Juez. Los jóvenes servidores del Toyone interrumpían sus quehaceres y se paraban á la puerta. Veíaseles,

con sus largas túnicas y las blancas alas plegadas, darse unos á otros con el codo, oyendo asombrados el discurso de Makar.

Empezó éste declarando que se negaba á entrar en casa del cillerero y á servirle en calidad de caballo. No porque temiese el trabajo penoso, sino porque era injusta la sentencia; y desde el momento en que era injusta no pensaba ni remotamente en cumplirla, y hacía el mismo caso de ella que de las nieves de antaño. De modo que no se movería de allí. Puede hacerse de él lo que se quiera, y aun ponerle para siempre al servicio del diablo; pero no llevarle al comisario de policía, porque es inicua esa sentencia. No vaya á pensarse, con todo, que le asusta el oficio de caballo. Verdad es que el cillerero revienta á los suyos y nunca les da reposo, pero les da siquiera avena, mientras que él, Makar, ha tenido que afanarse toda la vida, sin tregua ni reposo, y nadie le ha dado avena.

—¿Pues quién te tenía así?—preguntó el Toyone con despecho.

Sí: toda su vida había estado reventado, siempre en la brega, siempre echando los bofes, sin un respiro. ¿Quién le tenía así? ¡Pues los starostas, los síndicos, los asesores y los ispravniks que reclamaban los impuestos; los popes que pedían el diezmo; la miseria, el hambre, los fríos y los calores, las lluvias y las sequías, la tierra helada y la maldita taiga!..... Los animales que echa por delante el pastor van con la cabeza baja, mirando al suelo, sin saber á dónde van..... Pues bien: á él le pasaba lo mismo..... ¿Comprendía él acaso lo que leía el pope en la iglesia y por qué debía pagar el diezmo? ¿Sabía él por qué habían alistado á su hijo mayor como soldado, dónde había ido, dónde había muerto, dónde reposaban ahora sus huesos míseros?

¡Se le echa en cara como un crímen el haber bebido mucho vadka! Es verdad; no lo niega. Pero bebía aguardiente para ahogar las penas de su corazón.....

—¿Cuántas botellas dices?

—Cuatrocientas—respondió el pope Iván, después de dirigir una ojeada al registro.

¡Bueno! Pero ¿era aguardiente de veras? Contenía tres cuartas partes de agua por una sola de vodka, mezclada todavía con una infusión de tabaco. ¡Había, pues, en la cuenta trescientas botellas de más!

—¿Es exacto lo que dice?—preguntó al pope Ivan el viejo Toyone, en cuya fisonomía se notaban aún huellas de disgusto.

—¡La pura verdad!—respondió el pope con viveza.

Makar continuó.

Se le hacen cargos por haber puesto tres mil estacas más de las debidas. ¡Pues, bueno, sí! Confiesa no haber cortado más que diez y seis mil. Pero, ¿es que eso no basta? Además, en ese número entran las dos mil que cortó cuando estaba muriéndose su primera mujer..... Sin embargo, entonces tenía bien encogido el corazón; hubiese querido quedarse al lado de la infeliz; pero la miseria le echaba á la taiga..... y en la taiga lloraba, y las lágrimas se le helaban en las pestañas, y enmedio de su pena sentía penetrar el frío hasta su corazón..... Y él, á todo esto, corta que corta.....

Murió su mujer. Él no tenía dinero para enterrarla. A fin de pagarle una morada en el otro mundo, ofreció sus servicios á un almacenista de leña. El comerciante, viéndole muy apurado, no le dió más que diez copeks por carretada..... Y mientras la pobre mujer quedaba abandonada en la casa, sin fuego, él cortaba leña nuevamente y sollozaba..... A su juicio, aquellas carretadas valían, por lo menos, cinco veces más.....

Asomaron lágrimas á los ojos del viejo Toyone, y Makar vió oscilar la balanza: el platillo de madera se elevó un poco, al paso que el otro descendió.

Y siguió diciendo:

—Lo han anotado todo en el registro. Pero, ¿se ha anotado el número de lágrimas que le ha hecho derramar la negra miseria? Escudríñese su existencia. ¿Conoció él jamás las cari-

cias, la acogida bondadosa ó la alegría? Sus hijos, ¿dónde están? Unos han muerto, no dejándole más que dolor y lágrimas; otros, una vez crecidos, le abandonaron; cada cual se fué á bregar por su cuenta contra la miseria sombría. Y él, Makar, se ha quedado solo con su segunda mujer, sintiendo debilitarse sus fuerzas, aguardando los rigores de una mala vejez sin asilo. Los dos solitarios parecían dos abetos huérfanos enmedio de la estepa, sin nada que los protegiese ya contra las tormentas de nieve.....

—¿Dice verdad?—preguntó de nuevo el Toyone.

—¡La pura verdad!

Y entonces osciló otra vez la balanza.....

Pero el Toyone permanecía pensativo.

—¡Cómo!—dijo.—Yo, sin embargo, poseo justos en la tierra, verdaderos justos..... Tienen ojos brillantes, caras limpias y serenas, vestidos inmaculados..... Sus corazones, tiernos como las tierras fértiles, guardan la buena semilla. Y allí brotan los lirios de los campos y las plantas olorosas, cuyo perfume tanto me deleita..... Pero tú, mírate.....

Makar vió fijarse en él todas las miradas, y se avergonzó. En efecto: tenía los ojos turbios, la cara negra, la cabeza desgreñada, la barba inculta, la ropa harapienta. Verdad es que mucho antes de su muerte había tenido á menudo la intención de comprar un par de botas, para comparecer un día ante su Juez supremo con la dignidad que conviene á un buen campesino. Pero siempre había gastado el dinero en vodka, y ahora se presentaba ante el gran Toyone, calzado de malos torbass, como el más miserable yakuta..... Hubiera querido que se le tragase la tierra.....

—Tienes la cara negra—proseguía el Toyone—los ojos turbios, la ropa destrozada. Tienes el corazón cubierto de malas hierbas, de espinas, de ajenjo amargo..... Por estas razones amo yo á mis justos, y aparto la vista de los impíos como tú.....

A Makar se le oprimió el corazón. Pesaba sobre él el opro-

bio de su vida. Ya había bajado la cabeza; pero volvió á alzarla, y prosiguió su discurso.

—¿De qué justos hablaba el Toyone? ¿Sería de los que en vida de Makar habitaban grandes y ricas moradas.....? En ese caso, Makar los conoce bien..... Si tienen ojos brillantes, es porque no han vertido tantas lágrimas como Makar; si tienen caras serenas y limpias, es porque se las lavan con aguas perfumadas; si llevan vestidos inmaculados, es porque los tejen manos ajenas.

Bajó otra vez la cabeza Makar. Pero volvió á alzarla en seguida.

—¿Y no sabe, sin embargo, que ha nacido, como los demás, con ojos límpidos, abiertos para reflejar los cielos y la tierra, y con un corazón puro, pronto á acoger todo lo bello que el mundo le ofreciese? Y si en este momento desearía esconderse de vergüenza bajo la tierra, no es por culpa suya..... ¿De quién es la culpa.....? Lo ignora.... Lo único que sabe es que á él se le ha agotado ya la paciencia.....

***

No cabe duda de que, si hubiese podido ver el efecto producido sobre el Toyone por su discurso, si hubiese visto caer cada una de sus palabras airadas sobre el platillo de oro como un peso de plomo, se hubiese calmado su corazón. Pero era incapaz de advertir nada, porque estaba dominado por una desesperación sin límites.

Con rápida ojeada abarcó su vida entera. ¿Cómo ha podido soportar semejante carga hasta esta hora? ¡La ha soportado! Es que ante él brillaba siempre, como una estrella al través de la niebla, un rayo de esperanza. Desde el instante en que vivia, podía, debía obtener una suerte mejor.... Ahora todo había acabado..... Se extinguía la esperanza.....

Obscurecióse su alma, y se desencadenó en su seno una tempestad, como tormenta de nieve durante noche sombría, en-

medio de una estepa desierta..... Olvidó dónde y ante quién estaba, lo olvidó todo, fuera de su cólera.....

Pero el Toyone le dijo:

—¡Espera, pobre hombre! Tú no estás ya en la tierra..... Para tí también habrá justicia aquí.....

Y Makar se estremeció. Sintió en sus profundidades que se apiadaban de él, y se calmó su alma. Pero, como aún seguía desfilando ante sus ojos su sombría existencia, desde el primer día hasta el último, sintió por su propio destino una piedad indecible..... y se deshizo en lágrimas.....

Y el Toyone lloraba también, y también lloraba el pope Iván, y lloraban los jóvenes servidores del Señor, enjugándose las lágrimas con las anchas mangas blancas.....

Y la balanza seguía oscilando, y el platillo de madera no cesaba de elevarse, subiendo y subiendo sin parar. . . . .

. . . . . .

Uladimiro Korolenko.

EL AÑO SOCIOLÓGICO 1897

El presente estudio no responde con entera exactitud á lo que indica su título: débese esto á la naturaleza de las fuentes que he querido aprovechar, únicas que, por otra parte, podían ser tomadas en cuenta, para escribir este breve ensayo de resumen de los trabajos sociológicos verificados en un período recientísimo. Es indudable que la Sociología alcanza de día en día una importancia cada vez mayor, no sólo como objeto de investigación directa, sino también como influjo en el pensamiento científico contemporáneo, en cuanto la consideración del problema sociológico y de las profundidades de la vida social á que las indagaciones de los sociólogos han llegado, determinaron toda una manera de ver las cosas humanas, y aun la realidad misma: la *manera* que pudiéramos llamar *sociológica*. Ahora bien, esta importancia creciente de la Sociología, prescindiendo de su influjo, revélase sobre todo en el infinito número de publicaciones que en todos los países cultos se dan á la imprenta, unas de índole sistemática, más ó menos precipitada (desde Compte y Spencer, hasta Giddings, Barth ó Gumplowicz) y otras de carácter monográfico, como

las numerosísimas de los Tarde, Durkheim, Worms, Fouillée, Greef, Asturaro, Vanni, Lilienfeld, Ward, Vincent, Simmel, Giner, Azcárate, etc., etc.

Esta extraordinaria fecundidad en el campo sociológico, junto con la complejidad y trascendencia reconocidas de los problemas de la Sociología, ha provocado ya hasta la formación de medios de índole colectiva y científica, encaminados: 1.°, á recoger los resultados variadísimos de las investigaciones sociológicas; 2.°, á procurar el encauzamiento (de un modo libérrimo, claro es, siempre) de las corrientes de la Sociología científica; 3.°, á facilitar las relaciones entre los cultivadores de la ciencia nueva, y 4.°, á poner al alcance de éstos los datos que otras investigaciones de ciencias afines y auxiliares proporcionan.

Dejo á un lado la creación de cátedras de Sociología en las instituciones de enseñanza universitaria principalmente, que implican la consagración oficial del interés científico y aun educativo de la Sociología; creación que es un hecho en América, que después de cierta oposición se ha conseguido en Francia (1), y que en España se ha reclamado repetidas veces para el doctorado en Derecho y en Filosofía (2). Como prueba palmaria de cuanto dejo dicho, he de citar, por vía de ejemplo, dos datos sólo de indiscutible significación, datos por de contado incompletos, pero que algún día espero presentar con toda

---

(1) Hay cátedras de Sociología en algunas Universidades. Izoulet enseña filosofía social en el Colegio de Francia. Tarde ha dado cursos de Sociología en la *Ecole libre des Sciences politiques*, y Kraus en el *College libre des Sciences sociales*.

(2) Se ha creado esta cátedra en la reciente reforma de la Facultad de Filosofía y letras. La Sociología ha sido objeto de enseñanza en *La escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid*, por los Sres. Azcárate y Sales y Ferré. En Alemania enseñan Sociología, Simmel en Berlín, Barth en Leipzig, Grosse en Friburgo. La enseñan en Italia, que sepamos, Asturaro en Génova, Virgili en Siena, de Martis en Turín, etc.

la exactitud que me sea dable (1); son estos datos: 1.°, la publicación de no pocas Revistas exclusivamente sociológicas; 2.°, la constitución de Sociedades ó asociaciones sociológicas enderezadas á relacionar entre sí los sociólogos y á dar á los cultivadores de la Sociología el impulso fecundísimo del esfuerzo colectivo.

En el número de las Revistas sociológicas, bastará recordar la *Revue internationale de Sociologie* (París), la *Rasegna di Sociologia é Science affine,* la *Rivista di Sociologia* (hoy suprimida), *La Scienze sociale*, *La Rivista italiane di Sociologia*, y otras más en Italia; el *Zeitrchrift für Socialwissenschaft* y el *Zeitschrift für die gesammte Statswissenschaft*, en Alemania; los *Annales de l'Institut des Sciences sociales*, en Bélgica; los *Annals of the American Academy of political and social Science,* y *The American Journal of Sociology*, en América, etc., etc. con más la *Bibliographie sociologique*, publicada en Bruselas, y las otras Revistas de carácter más bien *social* que *sociológico* y las cuales son muy numerosas. A estas publicaciones periódicas es preciso añadir todavía el *Año sociológico*, de M. Durkheim; pero de esto hablaré luego con más detenimiento.

Las instituciones colectivas para el estudio de la Sociología son ya bastante en número: unas, como el *Colegio libre de ciencias sociales,* de París, la *Scuola superiore de Science sociale*, de Milán; el *Departamento de Sociología*, de Chicago; el *Colegio de Sociología*, de Hartford, etc., tienen un carácter esencialmente educativo y docente; otras, como el *Musée social* y la *Societé di Sociologie*, de París, el *Institut des sciences sociales*, de Bruselas; el *Institut internationale de Sociologie* y *The American Academy of Political and social Science,* de Filadelfia, tienen un carácter más amplio y comprensivo.

Sería en verdad un empeño superior por completo á mis

(1) Probablemente procuraré dar una información completa sobre este punto en un libro, hoy en preparación, sobre los *Sistemas de Sociología.*

fuerzas, y de imposible realización en este caso, aprovechar todas las indicaciones de las Revistas citadas, y de las publicaciones de algunas de las instituciones á que me refiero, amén de las de los libros, para reflejar con la debida exactitud el movimiento sociológico del año. Mi propósito, repito, es más modesto, al escribir este artículo con el título, no enteramente adecuado, de *Año sociológico*. Voy á limitarme á las noticias que nos proporcionan, con cierto orden ya, dentro de límites perfectamente dominables, y con un relieve bastante pronunciado para poder apreciar en conjunto el desarrollo de la ciencia sociológica en un período reciente, dos publicaciones francesas, de carácter internacional, por su colaboración y por su contenido: estas dos publicaciones, de que ya alguna vez he hablado en las *Notas bibliográficas* de La España Moderna, son: 1.°, los *Annales de l'Institut internationale de Sociologie*, y 2.°, *L'Année sociologique*.

II

Los *Annales* del Instituto de Sociología (1) publícanse en París bajo la dirección del Sr. Worms, sociólogo bien conocido en el mundo científico, autor de un excelente trabajo titulado *Organisme et societé*. Hasta la fecha se han dado á la imprenta cuatro grandes volúmenes de unas 500 páginas cada uno: tres de ellos (los volúmenes I, II y IV) comprenden las Memorias leídas y discutidas en los Congresos celebrados en París por el Instituto en los años 1894, 95 y 97, y el otro (el III) varios trabajos escritos por los miembros del Instituto en 1896. Estos volúmenes contienen varias Memorias de escritores españoles sobre Sociología (2). La índole propia de esta

(1) París, Giard y Brière, editores.

(2) Tomo I: *Le Sociologie et le droit penal*, de Dorado. *Le Sociologie et l'Anarchisme*, de Posada. Tomo III: *La genése de la nation*, de Sales y

publicación periódica, no es propiamente la de un registro normal del movimiento sociológico; tiene limitaciones que se lo impiden, pues siendo una publicación exclusiva del Instituto, no inserta sino Memorias originales de sus miembros, con las discusiones á que éstas den lugar en los Congresos. Pero, á pesar de esto, teniendo en cuenta que el Instituto es internacional, y que de conformidad con este carácter figuran entre sus miembros sociólogos de todos los países, bien pueden tomarse los trabajos en estos libros insertos, como expresión muy interesante y significativa del estado de las indagaciones sociológicas en ciertos respectos. En este estudio se va á ver el importante auxilio que los *Annales* presta para apreciar una porción de puntos, de capital valor, en la marcha novísima de la ciencia sociológica.

De los cuatro volúmenes de los *Annales* hasta ahora publicados, sólo haré uso para este artículo del IV: contiene, como dejo dicho, las Memorias y discusiones del Congreso de Sociología de París en 1897. Las Memorias son obra de los sociólogos L. Stein, suizo alemán.—S. R. Steimetz, holandés.—J. Novicow, P. Lilienfeld, N. Kareiev, rusos.—Lester Ward, americano.—R. Garofalo, A. Loria, italianos.—C. N. Starcke, danés.—G. Tarde, C. Krauz, R. Worms, Ch. Lemousin, A. Espinas, R. de la Grasserie, A. Lambert, franceses, y F. Giner y P. Dorado, españoles. De los asuntos tratados, se hablará luego.

L'Anée, es una publicación iniciada este año en París, también (1) bajo la dirección del eminente sociólogo francés, profesor en Burdeos, E. Durkheim. La índole de este libro, periódico como el anterior, es muy diferente de la de éste: como los *Annales*, es obra de una variada colaboración, pero

---

Ferré. *Les societés animales et les societés primitives*, de Posada. Tomo IV: *La mission de le justice criminelle*, de Dorado y *La science comme fonction de la societé*, de Giner.

(1) Félix Alcan, editor.

tiene otra amplitud y persigue otro propósito. He aquí cuál es este, según dice su director en el prefacio: «*L'Année Sociologique*—escribe—no tiene por único, ni por principal objeto publicar un cuadro anual del estado en que se encuentra la literatura *propiamente sociológica*. Así circunscrita la tarea sería demasiado restringida y de mediana utilidad; porque los trabajos de ese género son aún poco numerosos y no bastan para justificar la necesidad de un órgano bibliográfico especial. Pero de lo que los sociólogos tienen ahora, según creemos, una apremiante necesidad, es de que se les informe normalmente de las investigaciones que se hacen en las ciencias especiales, historia del derecho, de las costumbres, de las religiones, estadístico-moral, ciencias económicas, etc., porque ahí es donde se encuentran los materiales con los cuales la Sociología debe construirse.» (1) A esta necesidad pretende responder la nueva publicación.

Y he aquí cómo se organizan en ella los trabajos. El señor Durkheim se ha procurado una muy inteligente y variada colaboración. En el volumen de que hablamos, escribe este distinguido sociólogo y además el alemán Simmel y los franceses G. Richard, E. Levy, Bouglé, Fauconnet, Hubert, Lapie, Mauss, A. Milhaud, Muffang, Parodi y Simiand. El libro comprende dos partes: la primera, Memorias ó trabajos originales de los señores Durkheim y Simmel, y la segunda Análisis de libros, muchos muy extensos, y numerosísimas noticias bibliográficas de libros, folletos y artículos de Revistas. La primera parte, esencialmente sociológica, es decir, de indagaciones sobre problemas sociológicos, ofrece dos expresiones verdaderamente importantes de dos maneras ú orientaciones de la Sociología: la orientación histórico-filosófica en el propósito y alcance del problema, aunque psicológica en el procedimiento interpretativo: trátase de buscar una razón positiva en la psicología humana, de *las prohibiciones del incesto y*

(1) *L'Année Sociologique*, pág. I.

de sus orígenes (Durkheim), y la orientación francamente filosófica, aunque con explicación histórica, ó más bien con explicación fundada en la observación racional de los fenómenos: el problema sociológico general que se plantea por el señor Simmel es el de *cómo se mantienen las formas sociales.* La segunda parte es de una utilidad indiscutible: constituye por de pronto una rica fuente de información, no meramente bibliográfica, sino de doctrina y crítica. Los *análisis* están en general hechos con detenimiento, con serio espíritu de rectitud y encierran sugestiones muy insinuantes y noticias complementarias de gran interés: muchos de esos análisis son verdaderos estudios sociológicos, de valor positivo, independientemente de su alcance crítico. Pueden citarse algunos del señor Bouglé (sobre el libro de Barth *Die philosophie des Geschischte als Sociologie*; el de Novicow, *Conscience et volonté sociale*, y el de Giddings, *Principles of Sociology)*; muchos del señor Mauss, que analiza y registra con una rara competencia y una ilustración verdaderamente sólida, las publicaciones sobre Sociología religiosa; algunos del señor Lapie (por ejemplo los análisis de los libros de Labriola *Essais sur la conception materialiste de l'histoire*, y de Vierkandt, *Naturvoelker und Kulturvoelker)*; otros del mismo Durkheim, sobre los importantes libros de Kohler *(Zur Geschichte der Ehe)*, y de Grosse *(Die Formen der Familie und die Formen der Wirthschaft)* y no pocos del señor Richard. Además de estos análisis, y en los lugares oportunos, figuran, como dejo dicho, numerosísimas citas, con indicación brevísima, á veces, acerca de su contenido, de libros, folletos y artículos.

Tanto el *Año sociológico* como *Los Anales*, tienen su límite en cuanto al período de tiempo que comprenden, coincidiendo en parte los dos volúmenes que ahora tomo en consideración. Como dejo indicado, *Los Anales* abarcan los trabajos presentados y discutidos en el Congreso de 1897 (Julio); puede suponerse, por tanto, que reflejan de un modo aproximado muchas de las más recientes preocupaciones de los sociólo-

gos, revelando, en parte, el estado de los espíritus en cuanto á las cuestiones capitales de la Sociolcgía. El *Año* abarca en general las publicaciones sociológicas, ó de interés sociológico, que vieron la luz desde Julio de 1896 á Julio de 1897. Como se ve, pueden completarse muy bien estos dos órganos del movimiento sociológico internacional, para apreciar éste en conjunto en el período de tiempo que suponen comprendido las fechas á que se refieren.

III

La primera impresión que produce la lectura de los *Anales* y del *Año sociológico*, es la de la gran confusión reinante en la nueva ciencia, á pesar de sus progresos y, sobre todo, de los progresos que se hacen en las materias históricas de carácter sociológico. La confusión reina, principalmente, en la determinación de los problemas capitales de la Sociología, en cuanto se pretende definirla y sistematizarla; empieza la confusión en la cuestión de método (analógico, biológico, psicológico, por inducción, por deducción, filosófico, científico), siendo en verdad muy de lamentar que el *Año sociológico* no haya recogido en sus páginas el magnífico libro del profesor Asturaro, *La Sociologia i suoi metodi e le sue scoperte* (1896), pues el análisis de este trabajo acaso hubiera servido para fijar sobre bases, relativamente firmes, un problema de tan vital interés. Realmente, con la lectura y comparación de las indicaciones recogidas en los anuarios, el concepto de la Sociología queda flotánte y poco preciso, lo cual no obsta para que se hayan hecho indagaciones particulares sociológicas, de carácter perfectamente definido. Las causas de tal confusión adviértense con sólo estudiar atentamente los mismos datos de los dos anuarios. De un lado, la Sociología por su complejidad misma, tan admirablemente puesta de relieve por el profesor Asturaro, ofrece graves obstáculos para una determinación

científica y para una técnica precisa. De otro lado, se observa en la Sociología un exclusivismo particularista harto exagerado, según con razón advertía el Sr. Azcárate en una de sus lecciones del Ateneo de Madrid (curso de 1897-98). La tarea de aquellos redúcese, por lo común, á investigar un término característico de lo sociológico, término que luego se transforma en punto de vista predominante ó único, para convertirse en punta de alfiler sobre que se construye el sistema; así, v. g., se produce el punto de vista genético en Spencer, aceptado entre nosotros por el Sr. Sales y Ferré; el de la imitación en Tarde; el de la filosofía de la historia, ó mejor, de la filosofía de las transformaciones sociales en Barth; el de la conciencia de especie en Giddings; el psicológico en Ward y combinado con el biológico organicista en Novicow, el de la analogía fisiológica en Spencer y la escuela evolucionista, etcétera, etc. Siéntese, en verdad, con fuerza irresistible la necesidad de la definición reconstructiva de la Sociología, que sólo puede ser obra de un potente espíritu sintético, capaz de armonizar y de reducir á sus límites propios las encontradas corrientes sociológicas; la Sociología requiere, sobre todo, una profunda elaboración *filosófica;* por fortuna, como veremos, la elaboración filosófica, aunque sea en son de rectificación del positivismo, comienza y cuenta ya con algunos trabajos aprovechables.

Hecha esta primera indicación, con la cual se señala también la dificultad que ofrece una buena determinación de las diversas orientaciones de la Sociología, voy á procurar indagar brevemente, qué respuestas nos dan los materiales reunidos en los dos anuarios, acerca de estas cuestiones:

1.ª Qué es la Sociología y cuál es su contenido.

2.ª Qué problemas sociológicos interesan más, y qué aspectos de la vida social se estudian con mayor interés, y

3.ª Qué tendencias pueden estimarse como imperantes en la nueva ciencia.

IV

La Sociología se intenta definir por muchos autores. Este intento se realiza de un modo más ó menos expreso, por L. Stein *(Le definition de la sociologie, Annales)*, Barth (ob. citada, *Année)*, Giddings (ob. cit., *Année)*, Simmel (Memoria citada y *Superiority and Subordination*, *Année)*, Patten *(The Relation of Sociology to psichology*, *Année)*, Bouglé *(Qu'est-ce que la Sociologie? Année)*, etc. Las definiciones á que estos escritores llegan, tienen de común, en cierto sentido, la tendencia á determinar específicamente la Sociología como una ciencia aparte, de propio objeto, sustantiva: no es una suma, sino una disciplina posible. Stein estima que la Sociología es la única ciencia que abraza el problema de la sociedad humana por entero. Barth tiende á confundir la Sociología con la filosofía de la historia. Por lo menos, la Sociología y la filosofía de la historia se completan; importa, este es su pensamiento, reunir la filosofía de la historia y la Sociología, para obtener la explicación, á la vez precisa y completa, de todas las transformaciones sociales; rechaza Barth la idea de Wundt, según la que la Sociología sería una *estática* de las sociedades. Debe comprender el factor dinámico de la vida social, que además sólo por mera abstracción, sin realidad posible, se separa del elemento estático. La Sociología no es, para Barth, una pura ciencia descriptiva. El crítico del libro del Sr. Barth (el señor Bouglé), estima la concepción de éste como poco específica, pues no es especificar la Sociología confundirla con la filosofía de la historia. Paréceme inexacta la afirmación, porque el defecto de la concepción de Barth está más bien en dar á la Sociología un contenido que no le corresponde. La filosofía de la historia tiene su terreno propio, las leyes de la historia, bien distinto del de la Sociología, que en materia de leyes

comprenderá la de la vida social, independientemente de la determinación histórica.

G. Simmel, con el Sr. Durkheim, con el Sr. Giddings, y con el propio Sr. Bouglé, es de los sociólogos que más se esfuerzan en determinar el objeto específico de la Sociología; esa idea capital (y en esto se distinguen, sobre todo, de Barth) es la de que la Sociología debe tener un objeto propio; es verdaderamente *una* ciencia *nueva*: la de las *formas sociales*, según Simmel; esto es, las formas que persisten, á pesar de los cambios individuales, punto de vista fecundísimo (aunque limitado, como el Sr. Bouglé advierte), para dar razón y fundamentos positivos á las unidades sociales, al predominio del aspecto psicológico y á la existencia independiente de la Sociología. El señor Bouglé, sin dar expresamente una definición de la Sociología, completa, en cierto sentido, el punto de vista de Simmel: Observar—dice—las formas sociales, sus consecuencias y sus causas, será colocarse en el *punto de vista sociológico*.

Pero de todos los sociólogos á que el *Año sociológico* se refiere, el que con más ahinco y con mayor determinación y superior alcance ha emprendido la tarea de definir la Sociología, es el ya citado profesor Giddings, en sus *Principles of sociology,* cuya traducción española publicaremos muy pronto. Afirma Giddings el carácter propio de la Sociología—ciencia de la sociedad—pero no por yuxtaposición ó suma de las ciencias particulares de la sociedad, sino porque hay una esfera particular, del conocimiento, provocada por la consideración de algo específico y real en lo social, que consiste en un elemento irreductible y sencillo, primario ó primordial, que luego se complica en las ulteriores formaciones sociales; ese elemento, que no es ni la imitación, ni el contrato, ni la coacción, es para Giddings la «conciencia de especie» *(consciousnes of Kind)*. Parece, al pronto, que el insigne sociólogo, con esta determinación de lo específico social, tiende á confundir la Sociología con la psicología; lo que hay, sin duda, es que para Giddings la Sociología, en vez de partir de fundamentos

biológicos, es como una prolongación de la psicología; pero no por esto se confunde con la psicología; porque si la psicología es la ciencia de la asociación de las ideas, la Sociología es la ciencia de la asociación de los espíritus: su campo es el de la *interación de las conciencias individuales.*

Una nota común creemos que puede señalarse entre estas diversas definiciones de la Sociología, como característica dominante en los principales investigadores de esta ciencia ahora, nota confirmada en trabajos no analizados en el *Año* ni recogidos en los *Anales*, á saber: la tendencia que implica á constituir la Sociología como una disciplina particular, distinta, primero, de las ciencias sobre que ha empezado á fundarse, especialmente de la biología; segundo, de las ciencias que parecen más afines, sobre todo de la psicología, y también de la economía; tercero, de la suma de las diferentes ciencias sociales, las cuales pueden ser, ó capítulos independientes de la Sociología, ó relaciones especiales de lo social con otras determinaciones de la realidad, cuando no derivaciones precipitadas y anticipadas de la sociología misma.

V

Son muy numerosas y muy varias las cuestiones que preocupan á los sociólogos. Aunque con cierta dificultad y forzando en algunos casos los términos, pueden aquellas clasificarse en estos dos grupos: 1.°, *cuestiones de Sociología propiamente dicha;* 2.°, *cuestiones relativas á aspectos sociológicos de la vida y de la historia.* Esta clasificación tiene cierta importancia general, porque responde, de un lado, al estado de indefinición, ya acusado, de la Sociología, en virtud del cual se estima *sociológica* toda indagación cuyo objeto sea alguna manifestación social, y de otro, á una distinción capital de los problemas de la Sociología, en cuanto una cosa es la tarea de construir la Sociología como ciencia sistemática de la vida y

realidad sociales, y otra, reconstruir por la indagación científica, retrospectiva ó actual, los hechos sociológicos, ó bien determinar corrientes de ideas ó de ideales en el sentido de una orientación de la vida de las sociedades. Esta distinción está patente en el *Año sociológico*, y su director, Durkheim, la ha visto clara, cuando, como ya hemos dicho antes, advierte que comprende en su publicación, no sólo los trabajos *propiamente sociológicos*, sino los que, verificados en ciencias especiales, contienen materias útiles para la Sociología; mejor diríamos: *sociología en acción*. En los *Anales* predominan los trabajos del primer grupo, y aun los mismos del segundo tienen muchas veces la preocupación del problema sociológico constructivo y de principios. En el *Año* hay muchos trabajos de la primera clase, pero la literatura sociológica más rica es la del otro grupo.

En el primer grupo, ó sea de *cuestiones de sociología propiamente dicha,* los trabajos más interesantes refiérense á dos clases de problemas, á saber: 1.°, problemas de introducción y preparatorios para determinar lo que es, cómo es y cómo debe formarse la Sociología. Son los asuntos que estudiaba Spencer en su *Introducción al estudio de Sociología*, uno de los primeros tratados sistemáticos de las materias á que me refiero; pertenecen á esta categoría la monografía de R. Worms sobre *La experimentación de Sociología (Anales);* el artículo de N. Patteu sobre *Relaciones de la Sociología y de la psicología;* los capítulos del libro del profesor Giddings, relativos á la idea sociológica, á la esfera, los métodos y los problemas de la Sociología; el trabajo expositivo de la Sociología, de Compte, por Ricolage, á más de los trabajos en que se define la ciencia. Sin embargo, no figura en el *Año sociológico* ningún análisis ó indicación de ninguna introducción sistemática, fuera del libro de Giddins, que no es sólo introducción. No sé si alguno de los recientemente escritos podrían haber sido revisados, pues el elemental, aunque muy completo, de A. Fairbanks, *Introduction to Sociology*, lleva la fecha de 1896,

como la lleva también del mismo año el ya citado de Asturaro, aparte de que en el año 1896 se publicaron algunos de los interesantísimos estudios de L. J. Ward sobre relaciones de la Sociología (1). Por de contado, los libros de Small y Vincent, *Introduction to the Study of society* (1894 á 95) y el de J. S. Mackenzie, *An Introduction to social Philosophy* (1890) caen fuera por completo del período á que el *Año* se refiere. De esperar es que en el próximo volumen se dé á esta parte de los problemas sociológicos una mayor atención; los recientes libros de G. Tarde, *Etudes de Sociologie;* de L. F. Ward, *Outlines of Sociology;* J. H. W. Stuckenberg, *Introduction to the Study of Sociology* (1898) y otros más, darán excelente ocasión, sin duda.

2.° Problemas de Sociología general y especial. Hay en ambos anuarios bastantes estudios por extenso, ó indicados en análisis, sobre este género de problemas. Se ha estudiado el de la conciencia social por Novikow *(Conscience et volonté sociales)*; el de la ciencia social en general, por Funck Brentano, y según las doctrinas de Le Play, por Vignes *(Le sciencie sociale, d'apres les principes de Le Play et ses continuateurs*, dos volúmenes); el de la oposición universal en sus consecuencias para la explicación de los fenómenos sociales, por G. Tarde, *(L'Oposition universelle)*; el de la evolución y la regresión en Sociología, por Demoor, Massart y Vandervelde, y considerada la evolución especialmente con relación á la política, por N. Starcke (Memoria en los *Anales*), á las *selecciones corolarias*, por Steinmetz (ídem), y á la idea *de la monarquía*, por R. de la Grasserie (ídem). Y no sólo esto: deben citarse, además, las dos Memorias de los señores Durkheim y Simmel á que antes hacemos referencia. Desmenuzando más estos estudios, pudieran particularizarse todavía con una mayor precisión las

(1) Publicáronse los trabajos, hoy reunidos en un volumen, que luego cito, en el *American Journal of Sociology*, desde Julio de 1895 á Mayo de 1897.

tesis sociológicas que preocupan más á los cultivadores de la nueva ciencia. El señor Bouglé, sin recoger á mi ver todos los puntos que el análisis pone al descubierto en las obras expuestas en el *Año sociológico*, señala, sin embargo, sintéticamente los problemas que pueden estimarse como los que caracterizan propiamente la obra de la Sociología general, formulando las siguientes cuestiones: «¿A qué leyes obedece el movimiento de las sociedades y el concurso de sus partes? ¿Están sometidas en su conjunto á una evolución que será necesariamente regresiva después de haber sido progresiva? ¿Acaso la regresión no alcanza sino á ciertos elementos? ¿Haciéndose más densas, más complejas, mejor organizadas se hacen ó no más semejantes? ¿La transformación de su estructura tiene como resultado asimilar á los individuos que reunen, ó diferenciarles? ¿Esta transformación es obra de la presión casi mecánica de los hechos económicos ó del influjo de la idea? ¿Su organización se elabora inconscientemente, ó se conforma á voluntades sociales conscientes? ¿Participan todos los individuos igualmente en esas voluntades, ó no tiene jamás la sociedad conciencia de sí misma sino por una aristocracia? (*elite*). ¿La subordinación de las masas á las *elites* es un hecho transitorio ó constante, esencial en la constitución de las sociedades? ¿En qué medida las formas de esta subordinación reobran sobre los individuos que relacionan?» (1).

Esto es, los sociólogos, á lo menos los sociólogos cuyos trabajos se analizan en el *Año* del profesor Durkheim, se preocupan, al parecer, principalmente con ciertos problemas, sin duda capitalísimos, los del desenvolvimiento social.

Pero, también ha habido otra preocupación hondísima en los sociólogos, tanto en los del *Año*, del profesor Durkheim, como en los *Anales* del Sr. Worms, preocupación antigua en la Sociología y en la política, pues por un lado, por el de la

(1) *Année sociologique*, pág. 159.

sociología, está ya en Spencer, y por otro, por el de la política, en Krause, Mohl, Ahrens, etc., etc. Me refiero al problema de la estructura social, examinado con ocasión de afirmar ó negar que *la sociedad es un organismo*, problema al que, por lo demás, se da por los partidarios y contrarios de la teoría orgánica un alcance excesivo, sin duda. Hay en el *Año*, por de pronto, el análisis del libro del organicista Novicow, y el de la muy interesante Memoria del Sr. Santamaría, *El organismo social*. Sin embargo, donde la doctrina orgánica es objeto de una discusión amplia—aunque no tan definitiva como partidarios y adversarios creen — es en los *Anales*, ó mejor donde fue discutida con su detenimiento la indicada doctrina, fue en el *Congreso del Instituto*, cuyos trabajos se insertan en los *Anales*. Dedicáronsele por de pronto varias Memorias: una de Novicow, el cual plantea con toda franqueza y resolución la doctrina del organismo biológico social; otra de P. Lilienfeld en la que se defiende esta doctrina con los conocidos argumentos analógicos; otra de G. Tarde, que la ataca con la resolución con que cuestión que tan importante se estima merece, interviniendo luego en la discusión con diversos sentidos, predominando el contrario á la doctrina, los sociólogos Kraus, Stein, Worms, Steinmetz, Starck, Garofalo, Limousin, Karèiev y cerrando el debate con uno de los trabajos mejor pensados, más profundos y quizá más puestos en razón, el insigne autor de *Las sociedades animales*, Alfredo Espinas.

Hanse vertido en esta discusión ideas peregrinas; se ha exagerado el alcance del ataque y el de la defensa y se ha planteado el problema en los términos más limitados y peligrosos. Novicow ha llegado á sostener que es imposible la edificación de la Sociología sin la concepción orgánica, pero entiéndase bien: la concepción orgánica que se deduce del estudio analógico de la sociedad con un organismo individual vivo; sin duda, su argumentación es ingeniosa á ratos y á veces sugestiva, pero también lo es, que no puede supeditarse el porvenir de la Sociología á una consideración tan parcial de

la naturaleza de las sociedades. Es quizá más profundo el sentido del sociólogo ruso P. Lilienfeld, que llega á la concepción orgánica de las sociedades, á partir de la unidad de la ley que preside el desenvolvimiento histórico, biológico y orgánico-social; pero también pueden dirigírsele las objeciones que á Novicow, porque de igual manera que éste, la concepción orgánica no se eleva gran cosa por sobre la concepción biológica. En cambio, el insigne Tarde empieza por atacar, como ineficaz para el progreso de la Sociología, la concepción orgánica de las sociedades; la Sociología, según él, viene haciéndose por quienes no han sido guiados por la teoría orgánica (Smith, Saint-Simón, Comte, Grimm, Starcke, Morgan....), con lo cual, exagerando *en contrario*, se borran de la historia de los progresos sociológicos á Spencer, á Schäffl, y á muchos otros que conceptúan la *idea orgánica* como una de las que más han removido el cimiento de la ciencia social. Sin duda, muchos de los organicistas no aceptarían, ni aceptan, la tendencia de los Novicow, Lelienfeld y otros, pero aún hay quien afirmando á la vez el carácter *psíquico y orgánico* de la sociedad, conceptúa, como Vincent *(The Social Mind and Education*, 1897), que considerar el «desenvolvimiento de la sociedad como el desenvolvimiento de un vasto organismo psíquico, es de la más alta significación» y muy sugestiva en la enseñanza. Esto aparte del admirable influjo que la concepción orgánica de la realidad y de sus determinaciones, ha tenido en la ciencia política y en la filosofía de la vida y de la historia. Pero no creo necesario seguir exponiendo toda la discusión habida en el Congreso de Sociología acerca de la doctrina del organismo social. Basta lo dicho. Por mi parte creo se puede afirmar: 1.°, que la cuestión no es cuestión resuelta; 2.°, que hay más, mucho más en la concepción orgánica de las sociedades, que un puro empeño (pueril) de asimilación entre el organismo natural y el social, y 3.°, que para aplicar la idea de organismo ó de sociedad, es preciso tener en cuenta que la idea de organismo, como advierte el Sr. Giner, no per-

tenece exclusivamente á la fisiología, sino que es un concepto harto más general y filosófico.

VI

Comprende el segundo grupo, según decíamos, cuestiones relativas á aspectos sociológicos de la vida y de la historia; pueden colocarse en él todos los libros analizados, Memorias y artículos cuyo objeto es investigar problemas de otras ciencias (el Derecho, las religiones, la economía, la moral, etc.), pero bien sea con un contenido sociológico, ó bien considerados sociológicamente, esto es, en atención al valor social ó á la naturaleza social del objeto de la indagación. Figuran además aquellos trabajos de carácter propiamente histórico que ofrecen materiales para generalizaciones de alcance filosófico de los hechos sociales, ó para verdaderas construcciones científicas de la Sociología, y aquellos otros, por último, que, fundándose en los datos de la historia, ya sea con un sentido *genético*, ya con un sentido particular, independiente, tratan de explicar el origen, el desenvolvimiento ó la estructura de las instituciones sociales.

En los *Anales* hay algunas Memorias que pueden clasificarse en la primera parte de este grupo: así ocurre con las de L. F. Ward, *La economía del dolor y la economía del placer;* A. Loria, *La importancia sociológica de los estudios económicos sobre las colonias;* Pedro Dorado, *La misión de la justicia en el porvenir;* A. Lambert, *La obligación social de la asistencia*, y F. Giner *La ciencia como función de la sociedad.* Pero donde hay una riqueza de información verdaderamente abrumadora es en el *Año sociológico.* En cinco largas secciones aparecen distribuídos los trabajos de la índole á que me refiero: 1.°, *Sociología religiosa;* 2.°, *Sociología moral y jurídica;* 3.°, *Sociología criminal;* 4.°, *Sociología económica;* 5.°, *Variedades;* esto es, libros y artículos que ó toman sociológicamen-

te la religión, la moral y el Derecho, el delito, la economía, ó bien ahondando en estas manifestaciones de la vida humana, ofrecen datos é ideas aprovechables para la Sociología.

Apreciando en conjunto todos los materiales indicados en los análisis y notas del *Año sociológico*, en las cinco secciones enumeradas se advierte que el aspecto sociológico (principalmente considerado en la historia) que más interés parece despertar entre los hombres de ciencia, y acerca del cual se registran más y más *sólidas* y *serias* investigaciones, es el de la religión, ya en sí, como expresión que se refiere al fondo mismo de las creencias, ya en las manifestaciones de que es causa y que le acompañan en la vida social: cultos, mitos, ritual, etc., etc. En mi concepto, la sección de la Sociología religiosa es la más interesante, con serlo mucho la criminal (magistralmente desempeñada por G. Richard) y con no serlo poco algunas divisiones de las secciones referentes á la Sociología jurídica la familia, por ejemplo, y á la económica. Ofrece, en efecto, aquélla una abundancia de fuentes tal, una técnica tan formada, un manejo de los procedimientos adecuados tan hábil ya, y una orientación en muchos puntos tan fija, que desde luego puede afirmarse que es en esa clase de estudios donde más ha penetrado el espíritu *curioso* de la indagación *sabia*. Además, como ya dejo dicho, el *ponente* de esa sección, Sr. Mauss, revela siempre una particular competencia.

La sección religiosa comprende hasta nueve divisiones, á saber: 1.° Tratados generales, filosofía, método: analízase en esta división la obra de F. Byron Jevons *An Introduction to the history of Religions*, «un verdadero Manual de la ciencia de las religiones tal como la conciben los sabios de la nueva escuela antropológica R. Smith, Tylor, Lang, Frazer. 2.° Religiones primitivas en general: podrían citarse muchos trabajos, unos de información etnográfica actual; otros de supervivencias, de ideas y creencias antiguas, y numerosas monografías acerca de diferentes tribus salvajes modernas. 3.° El

culto doméstico: un detenido análisis de la obra de Attilio de Marchi: *Il culto Privato di Rome Antica, l le religion nella vita doméstica,* trabajo muy fundado en fuentes literarias de primera mano. 4.° Creencias y prácticas relativas á los muertos: contiene análisis concienzudos de los estudios de Steinmetz, Calland, Gardner, más numerosas noticias bibliográficas sobre artícnlos referentes al culto de los muertos en la prehistoria, en los pueblos no civilizados y en los pueblos históricos. 5.° Cultos populares en general, y especialmente los agrarios, que comprende una larga exposición del libro de W. Crooke *The popular Religions and Folklore of Northern India*, en el cual se resumen las enseñanzas de numerosos libros anteriores y abundantes noticias bibliográficas. 6.° El Ritual, con el análisis de los trabajos de Maganis *(L'antica Liturgia Romana)*; Hildebrandt *(Vedische Opfer and Zauber)*; Simpson *(The Buddhist Praying-wheel)* y noticias biblográficas acerca de los ruegos y el ritual y la magia. 7.° Los Mitos, en la que se estudia detenidamente el libro de H. Uzener, el cual lleva el mismo título que otro hermoso libro de un gran escritor español perdido para la ciencia, el Sr. Sánchez Calvo; titúlase, en efecto, el de Uzener, *Gotternomen*, y el de Sánchez Calvo, *Los nombres de los Dioses;* el crítico francés conceptúa el libro de Uzener como «el modelo de la ciencia comparada de las religiones en el pasado año»; es un magnífico estudio filológico (sobre la filología descansaba el de nuestro paisano también), pero en el que se rectifican procedimientos anteriores, merced á la consideración del valor social del lenguaje. Estúdianse también los libros de Sidney Hartland *(The leyend of Perseus)*, y de Owen *(Welsh Folklore)*, reuniéndose al final noticias interesantes, de carácter bibliográfico, sobre los pueblos salvajes, las supervivencias de los mitos, etc. 8.° Organización del culto, monaquismo, que contiene, como los anteriores, análisis de libros y noticias, pero siendo éstas muy numerosas y variadas.

La sección de Sociología moral y jurídica hállase dividida,

como la anterior y como todas, en varias divisiones. En la primera, titulada «Teorías generales acerca del derecho y la moral,» se analizan varios libros, algunos de los cuales podría discutirse si están perfectamente clasificados, v. gr., el de Labriola, *Essais sur la conception materialiste de l'histoire,* que tiene un carácter, ó más general que el que exige el punto de vista moral y jurídico, ó bien, de tener un alcance especial, más bien lo tiene económico, porque á lo económico se refiere principalmente la explicación materialista de la historia, y el de Barnés *(Sociologie y Morale)*, que es, en rigor, de filosofía de la Sociología. Además de estos dos libros, analízanse los trabajos de Fragapane: *Il problema delle origini del diritto*; de Bon, *Grungzüge der Wissenschaftlichen und technischen Ethik*; de Roberty, *L'Ethique*, y de Lazarus, *Das Leben der Seele*. En la segunda, titulada «Estudios objetivos sobre las costumbres», figuran varios análisis importantes; pero el principal, quizá, es el que se refiere al libro de Alfredo Vierkandt, *Naturvoelker und Kulturvoelker* (trabajo de *Psicología social)*, el cual contiene una indagación de muchísima trascendencia acerca de la psicología del hombre primitivo, de capital interés para todas las investigaciones sociológicas sobre los orígenes de las instituciones. También debe citarse el análisis del libro de Hirdebrand acerca del derecho y las costumbres en las diferentes fases de la evolución económica. En la tercera división «La familia,» se comprenden dos de los trabajos críticos mejor hechos del volumen todo, acerca de dos libros de indiscutible importancia y de consulta indispensable para resolver la multitud de problemas que supone la reconstrucción de las sociedades primitivas; los trabajos de exposición son obra del Sr. Dukheim, y los libros que vienen á completar las indagaciones de los Stareke, hermanos Sarracin, Westermarck, Mucke y tantos otros, son los de Kohler *Zur Urgeschichte der Ehe, Tocternismus, Gruppenehe, Mutterrecht*, y Grosse, *Die Formen der Familie und die Formen der Wirthschaft*. Además de estos trabajos expositivos, se comprende en

esta división (la más completa de la sección) otros sobre Leist, *Alt-Arisches Jus civile*, y varias indicaciones bibliográficas. En la cuarta se trata del matrimonio, con análisis acerca de los estudios de Meynial, *Le mariage après les invasions*; Friederichs; *Familienstufen und Eheformen*, y otros. En la quinta, bajo el título de «La pena,» se insertan varios trabajos de análisis de libros de Derecho penal, que quizá pudieran haberse comprendido en la sección de Sociología criminal, si esta sección estuviese concebida de otro modo. Las publicaciones de Derecho penal analizadas, son las de Gunther, sobre la *idea de responsabilidad*; Kohler, acerca del *derecho penal de los estatutos italianos del siglo XII al XVI*, y Mauss, *La religion et les Origenes du droit penal*. En la sexta se habla de «Organización social,» á propósito de los trabajos de Baden-Powell, *The Indian Village Community* (asunto de capital interés en la indagación de la vida social primitiva y elemental de todos los tiempos) y Jobbe-Duval, *La Commune annamite*. En la séptima, acerca del derecho de propiedad, los libros y estudios que se analizan toman el asunto desde el punto de vista principalmente de la información histórica; no se trata, pues, de las doctrinas generales de la propiedad como institución jurídica. Háblase, así de *La proprieté en droit egyptien*, de Revillout; de *Die sociale Verfassung des Inkareichs*, de Cunow; de una *Introducción al estudio de la historia de la Marca*, de Maurer, y de dos trabajos de Bataglia. En la octava y última división, con el epígrafe «Divers,» se da noticia de un trabajo de Joley, *Recht und Sitte*, en la India, é indicación de otros varios.

La sección siguiente es la de «Sociología criminal,» encomendada, como ya dije, al Sr. Richard, quien expone, ante todo, una idea general de lo que por sociología criminal entiende, como ciencia intermedia entre la sociología genética y la sociología aplicada. La sociología criminal atiende á las reglas de conducta, considerando cómo obran efectivamente tales reglas sobre la conducta individual, en qué medida son obedeci-

das ó contrariadas, y qué sustancia encuentran en los hábitos y creencias del individuo. Tiene la sociología criminal, en concepto del Sr. Richard, una función importante: «gracias á ella, la previsión sociológica deja de ser una especie de adivinación, ó, mejor, una vaga intuición de las formas sociales.» Seguidamente el Sr. Richard razona el plan que implica la clasificación de las obras que va á analizar, y en virtud del razonamiento, que se ajusta al estado actual de los estudios de sociología criminal, distingue: primero, la estadística moral, y segundo, la antropología criminal. En el desarrollo de sus análisis procede el Sr. Richard también con cierto ordenado sistema, siendo ésta una nota que avalora la sección de que hablamos, comparada con las hasta ahora expuestas. He aquí cómo procede el Sr. Richard. En la división que titula *Estadística moral* habla: *a)* del *homicidio*, con ocasión del análisis del trabajo estadístico de A. Bosco, *L'Omicidio negli Stati Uniti d'America*; *b*) del *suicidio*, á propósito del libro del señor Durkheino, *Le Suicide;* de la *emigración,* con un rápido estudio sobre un estudio de Nicéforo. En la división que denomina *Antropología criminal* comprende las siguientes subdivisiones: *a) El crimen y las razas,* analizando allí la *Etnographie criminelle*, de Corre, y *La Morale primitiva e l'atavismo del delitto,* de Ferrero; *b*) los *Factores particulares del delito*, con exposición crítica de los libros ó estudios de Ferriani *Minorenni-Delinquenti;* D. Morison, *Juvenile Offenders;* Hamnett, *Delitti femenili á Napoli;* Tarde, *Le criminalite professionnelle;* Dr. Legrain, *Consequences de l'alcoolisme des ascendant au point de vue de la degenerescence et de le criminalité*: *c)* las *Formas especiales del delito*, en la cual se trata de *l Vagabondi*, de Florian y Cavaglieri; *La delinquenza settaria,* de Sighele; *Delinquenti scaltri e fortunati,* de Ferriani: *d)* del *Argot*, con ocasión de los libros de nuestro compatriota el señor Salillas acerca de *El delincuente español, El lenguaje,* y de Nicéforo *Il gergo nei normali, nei degenerale e nei criminali: e)* de *Cuestiones varias*, refiriéndose á los trabajos de Ferrero

y Sighele, *Cronache criminali italiane;* de Ferri, *Les criminels dans l'art et la litterature*, etc.

La sección relativa á la sociología económica sistematizada en cierto sentido, como la anterior, no abarca, sin embargo, más que ciertos problemas de los que tienen una importancia ó una trascendencia social. Cuatro largas divisiones comprende esta sección: 1.ª, Teorías económicas. 2.ª, Las agrupaciones profesionales. 3.ª, Historia del trabajo. 4.ª, La evolución comercial. La primera división es la más nutrida y la que comprende mayor número de problemas; cuenta cuatro subdivisiones: *a) El valor y la medida del valor,* cuestión social importantísima, expuesta en los análisis de los trabajos de Berardi, *La legge del valore secondo la dottrina della Utilitá Limite;* Von Buch, *Intensitaet der Arbeit*, *Wert und Preis der Waren* (parte de unos Elementos de Economía); Wernicke *Der objective Wert und Preis* (trabajo de mucha importancia y profundo); Stolzmann, *Die soziale Kategorie in der Wolkswirtschaftlehre* (parte de una obra mayor); Bourguin, *La mesura de la valeur et la monnaie,* y otras más todavía. *b) Socialismo y ciencia económica* (denominación, sin duda caprichosa, á lo sumo circunstancial, como subdivisión sistemática), en la cual se analizan las obras de Richard, *Le socialisme et la science sociale;* Hertzka, *Die Probleme der menschlichen Wirtschaft* (refiérese especialmente al problema de *los bienes). c)* Una *concepción nueva de la economía social,* que comprende sólo la exposición detenida de la obra de Stammler, *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschiehtsauffassung, eine social philosophische Untersechung*, esto es, la economía y *el derecho*, según la concepción materialista de la Historia: trátase aquí de uno de los libros acerca de la filosofía de la economía, como filosofía social, más profundos é importantes, considerados en el anuario. «Es difícil—dice su expositor—explicar en pocas páginas todo lo que encierra, tanto explícita como implícitamente, este libro lleno de ideas, obra de un pensamiente vigoroso, esfuerzo notable de filosofía científica.»

d) Variedades: esta subdivisión comprende algunas noticias sobre obras no clasificadas en las anteriores (libros de Melluse, Price, Rumelin, Walras y Wernicke). La división relativa á las agrupaciones profesionales, á cargo del Sr. Milhaud, comprende el examen de cinco obras de carácter histórico principalmente: Doren, *Desenvolvimiento y organización de las corporaciones de Florencia* (alemana); Van der Linden, *Les gildes merchandes dans les Pays-Bas des Moyen age;* Sain-Leon, *Histoire des corporations de metiers depuis leur origine jusque a leur suppression, en 1791;* Rousiers, *Le Trade-Unionisme en Anglaterre;* Hirsch, *Desenvolvimiento de los grupos profesionales de obreros en Inglaterra y Alemania* (alemana). En la otra división sobre la historia del trabajo, se habla de los libros de Letourneau, *L'Evolution de l'esclavage;* Rogers, *Histoire du travail et des salaires en Anglaterre depuis le fin de siècle XIII;* Schulze Gavernitz, *La grande industrie:* por último, en la división acerca de la evolución comercial, examínanse dos obras: una de Letourneau, *L'Evolution du commerce dans les divers races humaines,* y otra de Brand, sobre la *Política comercial francesa desde Colbert* (alemana).

La última sección del *Año sociológico*, bajo el epígrafe *Divers*, comprende, á cargo de los Sres. Muffang, Durkheim, Fauconnet y Parodi, la exposición de algunos trabajos referentes á cuestiones sociológicas ó conexas con la Sociología que no han provocado todavía una literatura suficiente para por sí constituir una sección, ó bien que sólo implican indicaciones de tendencias científicas posibles. Así, se habla en esta sección de la *Antroposociología*, esto es, de la tendencia científica que pretende explicar los hechos sociales como hechos de raza, como epifonemas sin virtud propia. «Los hechos sociales—dice G. de Lapouge—se explican por la lucha de elementos antropológicos diferentes, y la historia entera no es más que un proceso de evolución biológica». Implica, en verdad, esta concepción una negación de la sustantividad de la Sociología, que quedaría así reducida á ser una prolongación

de la antropología, con fundamentos exclusivamente etnográficos. La antroposociología ha sido expuesta por G. de Lapouge en varios trabajos (*Les selections sociales*, *les relations financières de l'indice cephalique*, etc.), y por G. Ammon (*Die Geschichte einer Idee-Die Gesellschaftsordunng und ihre natürlichen Grundlagen*) expuestos en el *Año sociológico,* que además da cuenta sucinta de otros libros y artículos que á la antroposociología se refieren. Háblase luego en esta sección, de *La Sociogeografía*, esto es, de la explicación de la sociedad y de los fenómenos sociales por la geografía, con ocasión principalmente de un trabajo de Ratzel (*Der Staat und sein Boden geographische beovachtet*), mantenedor de una teoría muy digna de estudio acerca del papel de los influjos geográficos en la vida política. Finalmente, en esta misma sección dedícanse algunas páginas á exponer *Cuestiones de demografía*, con referencia particular á los trabajos de Nitti, *La population et le système social*; Seeck, *Die Statistik in der alten Geschichte*; Beloch, *Zur Bewoelkerungs gerchichte*, deteniéndose con especialidad en el problema de la despoblación para dar cuenta de los estudios de Bertillon, Dagan, Parodi, Levasseur y Leroy-Beaulieu.

VII

Bosquejando Barth los trabajos de sistematización sociológica producidos á partir de Comte, señala diversas tendencias que implican conceptos capitales de la ciencia distintos, y por ende ideales sociológicos diferentes: hay 1.°, la Sociología clasificadora de Littré, Roberty, de Greef, Lacombe y Wagner, cuyo objetivo principal es determinar la jerarquía de las fuerzas sociales; 2.°, la Sociología biológica de Spencer, Lilienfeld, Schäffle, Fouillie (estos dos con ciertas reservas por mi parte) y R. Worms, cuyo principal problema es el del organismo social; 3.°, la Sociología dualista, de Ward, Mackenzie, Hauriou

y Giddings, que nace como reacción contra la biológica y cuyo distintivo es quizá, en mi concepto, la preocupación psicológica y filosófica; 4.°, ciertas manifestaciones de un sentido individualista en Tarde y Bourdeau; 5.°, otras antropogeográficas, bien distantes del puro sentido naturalista, de Ritter y Ratzel; 6.°, otras etnológicas en Gobinau, y en Pott y Gumplowitz, con la derivación que Barth no anota de la antroposociología de Lapouge y Ammon; 7.°, otras políticas de Lorenz y Schäfer, etc. etc. Aún podrían añadirse muchos otros matices, fijándose en direcciones particulares, representadas por Durkheim, Simmel, Asturaro, Giner, Azcárate, etc.

Ahora bien, si no de todas estas direcciones que en el movimiento sociológico se advierten, de la mayoría, y sobre todo de las más importantes, hay reflejos muy acentuados en los dos anuarios que nos sirven de base en este estudio: las tendencias biológicas, y las individualistas; las derivaciones psicológica y filosófica, con más la preocupación ética, cuentan en el *Año* y en los *Anales* con algunos representantes, bien sea en los trabajos de sistematización sociológica, bien en los trabajos de investigación histórica ó en los especiales de las ciencias sociológicas particulares. Es, por tanto, difícil, dada la simultaneidad de las manifestaciones y el valor positivo de sus diversos mantenedores, señalar cuáles son las tendencias más predominantes, y en su vista, fijar cuáles parecen ser los rumbos que toma con mayor decisión la ciencia. Paréceme, sin embargo, que si comparamos unos trabajos con otros, si además atendemos al dato significativo de las cuestiones que con más acentuada preferencia solicitan la atención de los científicos — investigaciones de las instituciones y creencias religiosas, de los problemas *éticos* de la vida social en la economía y en la criminología—y, por último, nos fijamos en las indicaciones más generales del espíritu filosófico reinante, paréceme, repito, que quizá puedan formularse como conclusiones aproximadas que se infieren de la lectura de los dos Anuarios, las siguientes:

1.ª La sociología biológica, evolucionista, fundada en el puro agnosticismo spenceriano, y mantenida por la interpretación materialista del positivismo, está en plena decadencia. Pruébanlo, de un lado, las discusiones mismas del Congreso de Sociología, especialmente en la cuestión del organismo social, donde, si no salió mal parada la concepción *orgánica* de la Sociología, sí salió maltrecha la concepción *biológica* del organismo social; y de otra, la crítica, no contestada, de Tarde, con las rectificaciones que doquier se producen en todas las indagaciones sociológicas novísimas.

2.ª Como reacción en parte, y en parte también como manifestación impulsiva y progresiva, se ha producido una tendencia fundamental psicológica, que pretende explicar los fenómenos sociales como fenómenos de pura psicología colectiva (v. gr., en Tarde y aun en Giddings), ó bien como fenómenos de una naturaleza particular (Durkheim y Simmel).

3.ª Iníciase, dentro de la esfera misma de la Sociología, otra tendencia esencialmente filosófica y sintética (Barth), reconociéndose, aunque sea desde un campo especial cual es la Economía, la necesidad de partir de un principio de unidad, que dé cohesión, dé filosofía científica, á las indagaciones sociales (Stammler), y afirmándose en otros la preocupación del sentido ético sociológico (Bernés, Giner y muchos de los escritores de cuestiones sociales especiales).

4.ª Al lado de estas tendencias se indican puntos de vista particulares, cuyo alcance no puede aún determinarse en las investigaciones sobre antroposociología y sociogeografía, aun cuando quizá están llamadas las doctrinas que semejantes indagaciones producen, más que á variar las corrientes generales que la Sociología sigue al impulso de la filosofía reinante, á incorporarse á ellas, como á ellas se van incorporando los resultados utilísimos de las numerosas investigaciones acerca de los orígenes y desenvolvimiento de las ideas, creencias, instituciones y costumbres humanas.

ADOLFO POSADA.

DE ALGUNAS CREENCIAS Y SUPERSTICIONES

ENTRE LOS MUSULMANES

LOS ÁNGELES—LOS DEMONIOS—LOS GENIOS—OTRAS SUPERSTICIONES

La mayor parte de las gentes que en la juventud ha leído, como entretenimiento, los deleitosos cuentos de *Las Mil y una noches,* estima, sin duda alguna, que sólo son producto de la fantasía—bizarramente apellidada *la loca de la casa* — en el supuesto de que en los árabes predomina, sobre todas, aquella inquieta facultad creadora, cuyo poderío es tan grande, como para atreverse á emular, y á corregir á veces desatentada, la obra maravillosa de Dios, admitiendo la posibilidad de que el humano espíritu prescinda de las leyes inmutables que rigen y gobiernan el Universo.

A pesar de esta preocupación, bastante general, dentro y fuera de España, y más entre nosotros acaso, que reputamos por contradicción la potencia imaginativa de los andaluces, en especial, herencia característica y legítima de los musulmanes,—puede asegurarse con entera certidumbre el hecho comprobado de que no hay pueblo alguno en quien predomine menos la fantasía, según procuran demostrar, uno en pos de otro, escritores de la categoría de Caussin du Perceval y

Dozy, el último de quienes compendia los argumentos del primero, extremándolos de suerte que la duda parece imposible, aun para los más recelosos y suspicaces.

Lícito habrá de sernos, por tanto, reproducir aquí, por vía de introducción, las palabras del doctísimo escritor holandés, á quien tanto debemos en el conocimiento de nuestra propia historia los españoles, y quien escribe, al propósito, estableciendo cierta manera de parangón entre los europeos y los árabes: «Por nuestra parte, con nuestra ambición, sin límites en el pensamiento, en los deseos, en el movimiento de la imaginación, aquella vida tranquila del desierto habría de parecernos insoportable por su monotonía y su uniformidad, prefiriendo nuestra habitual sobreexcitación, nuestras miserias, nuestros dolores, nuestras turbulentas sociedades y nuestra trabajada civilización, á cuantas ventajas poseen los beduinos en su serenidad inmutable.

»Y es, porque, entre ellos y nosotros, existe una diferencia enorme: nosotros somos demasiado ricos de imaginación para gozar el reposo del espíritu, y á la imaginación debemos nuestros progresos y nuestra superioridad relativa, pues donde no existe es imposible el progreso, porque cuando se apetece perfeccionar la vida civil y desarrollar las relaciones de los hombres entre sí, es indispensable de todo punto se halle presente al espíritu la imagen de una sociedad más perfecta que la existente. Los árabes, por tanto, á despecho de prejuicios acreditados, son de escasa imaginación: tienen la sangre más impetuosa, más ardiente y bullidora que nosotros, pasiones más fogosas; pero son al propio tiempo *el pueblo de menos inventiva del mundo*. No hay más que examinar su religión y su literatura, para convencerse de ello: antes de ser musulmanes tenían sus dioses, representantes de los cuerpos celestes; pero jamás han tenido mitología, como los indios, los griegos y los escandinavos. Carecían sus dioses de pasado, y por consiguiente de historia, no habiendo nadie pensado en componerles una. Por lo que toca á la religión predicada por

Mahoma, simple monoteismo, en el cual hubieron de fundirse algunas instituciones y algunas ceremonias del judaismo y del antiguo culto pagano, es sin contradicción, entre todas las religiones positivas, la más sencilla y la más desprovista de misterios; la más razonable y la más depurada, como dirían cuantos hasta cierto punto excluyen lo sobrenatural, y han desterrado del culto las demostraciones externas y las artes plásticas.

»La misma ausencia de inventiva, la misma predilección por lo real y positivo, son de notar en la literatura, pues al paso que los demás pueblos han producido epopeyas en las cuales juega papel de grande importancia lo sobrenatural, los árabes carecen de epopeya, y aun de poesía narrativa, no habiendo exclusivamente cultivado sino la lírica y la descriptiva, poesía que no ha expresado jamás sino la realidad en su aspecto poético. Los poetas arábigos describen cuanto ven y cuanto sienten, pero no inventan nada, y si alguna vez se permiten hacerlo, sus compatriotas, lejos de agradecerlo, los tratan crudamente de impostores. La aspiración al infinito, al ideal, es para ellos desconocida, y lo que, desde los tiempos más remotos, les interesa sobre todo, es la propiedad y la elegancia de la frase, que es el aspecto técnico de la poesía (1). La invención es fruto tan raro en su literatura que, cuando se encuentra en ella un poema ó un cuento fantástico, puede desde luego y casi siempre asegurarse, sin riesgo de error, que tal producción no es de origen arábigo, sino mera traducción solamente. Así, en *Las Mil y una noches*, aquellos cuentos de hadas, aquellos graciosos frutos de una imaginación fresca y riente, que han sido el encanto de nuestra adolescencia, son de origen pérsico ó indio: en aquella inmensa colección, los cuentos propiamente arábigos, son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real y positiva.

(1) Caussin du Perceval, *Essai sur l'histoire des arabes avant l'Islamisme*, tomo II, pág. 314 y sigs.; 345, 509 y sigs. 513 (Nota de Dozy).

»Cuando los árabes, establecidos en dilatados territorios conquistados por la espada, han tratado de materias científicas, han dado muestra de la misma carencia de potencia creadora, traduciendo y comentando las obras de la antigüedad, bien que enriqueciendo ciertas especialidades con pacientes observaciones, exactas y minuciosas, pero sin inventar nada, sin debérseles ninguna idea grande y fecunda» (1).

Sabido es, no obstante lo categórico de la afirmación, que, entre otras cualidades, los árabes tienen extraordinariamente desarrolladas la de asimilación, y la que podríamos denominar de adaptación al medio, con las cuales, sobre todas, ha bastado para que, en los países por ellos sometidos, donde mezclaron su sangre con la de otros pueblos, hayan además adquirido otras cualidades complementarias, propias de la raza vencida, según reconoce el propio Dozy, para quien no significa otra cosa que las consecuencias naturales de esta mezcla, el espiritualismo advertido incuestionablemente en las producciones literarias de los musulmanes españoles, debido en especial á la raza muladí, confundida á la larga entre otras, á la mudejár y á la mozarábiga, que tanto influjo alcanza sobre sus dominadores.

No somos, á pesar de todo, tan extremados en nuestro juicio, como para negar en absoluto la imaginación á los árabes, siendo como es aquella facultad la que retiene y conserva, sin calificarla ni modificarla, la imagen contemplada, siempre con arreglo al medio; y los árabes tienen superabundantemente demostrado que no carecen de ella, al reproducir en sus poesías el aspecto poético de la realidad, al distinguirse en el cultivo de la poesía descriptiva, al ser reconocidos en la hermosa colección de *Las Mil y una noches*, y en otros cuentos, autores de los «cuadros de costumbres y las anécdotas tomadas de la vida real», y al usar, aun en el común lenguaje, cierta manera

(1) Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne* (Leiden, 1861) Tomo I, págs. 12 á 14.

de perífrasis metafórica para expresar las ideas más vulgares, la cual sorprende y cautiva al europeo, hallándola empleada como propia y corriente hasta en las personas de menor cultura.

La facultad creadora, aquella que entrándose en virtud de su propia potencialidad por los dominios siempre fecundos de la imaginación; escoge, traduce é interpreta como materia y á su arbitrio las imágenes del mundo real, allí conservadas, para formar con ellas, fuera y dentro de la naturaleza, lo que ni ha existido ni tiene realidad; la que engendró la mitología, la epopeya y las ciencias; la fantasía, *la loca de la casa*, en una palabra, podrá no ser, con efecto, según Caussin du Perceval y Dozy aseguran, prenda característica de los árabes propiamente dichos, tal como éstos se manifiestan en sus producciones y en su vida, aunque, en rigor, si para aspirar al progreso en la social, «es indispensable de todo punto se halle presente al espíritu la imagen de una sociedad más perfecta que la existente,» no hay que dudar en que en Mahoma, al fundar el islamismo, en sus auxiliares y hasta en sus sucesores, existía tal facultad desarrollada, no siendo, por tanto, lícito aceptar en absoluto como totalmente decisivas las conclusiones de aquellos ilustres sabios, ni darles tampoco tan excesivo alcance que despojemos por ellas para siempre á la raza arábiga de semejante facultad, que es, por otra parte, inherente á la naturaleza humana.

Del paso de los árabes por todas las esferas de la vida, conservan recuerdo indeleble «los Diccionarios de Europa,» según demuestra uno de los más competentes escritores contemporáneos de estas materias entre nosotros, pues además del *Álgebra*, «los nombres de *sofá*, *diván*, *café*, etc., para los usos domésticos; la palabra *cifra*, adoptada en matemáticas; gran número de voces astronómicas, *zénit*, *nadir*, *azimut*, *almincantarát;* nombres de constelaciones, *Altair*, *Antares*, *Rigal*, etcétera; nombres de guerra, *gazúa (razzia*, en francés), *algarada;* de química, *alambique*, *alchimia;* de objetos alimenti-

cios y perfumes, *arroz*, *azafrán*, *azúcar*, *ámbar*, *almizcle*, pertenecientes al idioma arábigo, se encuentran en forma poco alterada en los idiomas neolatinos y teutónicos» (1), y esto no habría ocurrido, seguramente, si no existiera aquella preponderancia, que arguye desde luego, aunque con ciertas restricciones, el desarrollo de la facultad imaginativa.

Sea como quiera, sin embargo, hemos juzgado convenientes las anteriores indicaciones, para comprender el sentido profundamente natural que lo sobrenatural recibe entre los musulmanes, y cómo un pueblo que carece de epopeya, puede aceptar y creer en la intervención constante de seres que no tienen realidad alguna, y que son, por tanto, nacidos de la fantasía. Sometidos á las inflexibles prescripciones del Korán, donde todo está previsto y donde todo se encuentra, los mahometanos creen, no sólo en la existencia real y positiva de los ángeles, seres intermediarios entre la divinidad y el hombre, sino en la de los demonios y en la de los genios, que tanta parte toman en las ficciones de *Las Mil y una noches*.

Los ángeles, cuya naturaleza no se detiene á definir Mahoma, pero que habitan en el cielo, no son hijos de Alláh, sino predilectos servidores suyos (2); tienen tres y cuatro pares de alas (3), si bien el arcángel Gabriel, según los comentaristas, apareció al Profeta la noche de su viaje nocturno con seiscientas alas; son los mensajeros de Alláh, los que llevan su trono, los que interceden por los hombres, los que acuden por permisión divina en ocasiones en auxilio de los fieles, y son sus custodios y guardianes, los que recogen su último suspiro y su alma, los que arrebatan la vida á los infieles y los arrojan al infierno, los que abren á los creyentes las puertas del Paraí-

(1) D. Francisco Fernández y González: *Plan de una biblioteca de autores árabes españoles* (Madrid, 1861), págs. 29 y 30.

(2) *Korán*, Sura XXI, aleya ó versículo 26.

(3) Id., Sura XXXV, aleya 1.

so (1), y son intérpretes y ejecutores de la voluntad divina en todo caso. Pero aun viviendo en el cielo como seres predilectos, al lado y á las órdenes de Alláh, é interviniendo siempre y constantemente en cuanto á la divinidad y al hombre se refiere, son inferiores á éste, según Mahoma, pues cuando Alláh creó de barro al primer hombre, le dió forma y le infundió su espíritu (2), mandó á los ángeles que se prosternasen delante de la criatura y la adorasen (3), lo cual ejecutaron todos me-

(1) *Korán*, Sura LXIX, aleya 17; XL, 7; XLII, 3; III, 120; VIII, 9 y 12; VI, 61; XIII, 12; VII, 35; VIII, 52; XVI, 30, 34 y 35; XXXII, 11; XLVII, 29; L, 16.

(2) El morisco Mohámmad Rabadán, natural de Rueda del río Jalón que en 1603 puso en romances, entre otras historias, la genealógica de Mahoma, desde la creación del mundo, «traducida de la que compuso en árabe Abú-l Hasán Al-Becrí,» coloca en boca del alma la siguiente réplica á Dios, al ordenarle que entre en el cuerpo de barro del primer hombre:

«Rey piadoso
¿cómo quieres encerrarme
en este vaso asqueroso,
siendo yo tu serviciante?
Enciérrasme en mi enemigo,
do mi limpieza se manche,
y á Tí te desobedezca,
por no poder apartarme
del poder deste contrario
y de su enemiga carne,
y yo habré de padecer
tus castigos, desiguales
por los distinos enormes
que el cuerpo consigo trae:
Dame parcida, Señor,
de este trabajoso trance:
que á Tí es, Señor, el mandar,
y á mí, Señor, el rogarte».

D. Eduardo Saavedra, *Discurso de recepción* en la Real Academia Española (1878), pág. 37.

(3) *Korán*, Sura XV, aleyas 28 á 44. El capuchino y misionero apostólico, Fr. Félix de Alamin, refiere, impugnando el *Korán*, que antes de

nos Iblis, á quien arrojó del cielo y maldijo por su desobediencia y su soberbia (1).

Algunos expositores, contradiciendo el Korán, atribuyen á los ángeles la construcción de la Caâba «antes de la creación de Adán, y antes de que se pusiessen los fines de la

---

crear Dios al primer hombre, dijo, según los musulmanes, á los ángeles: «Yo en la tierra tengo de poner un Vicario mio. Y dixeron los Angeles: ¿Por ventura pondrás alguno que obre mal y que derrame la sangre de otros? Nosotros celebramos tu alabança; pero más dignos somos nosctros. Respondió Dios: Yo sé lo que vosotros ignorais. Y entonces Dios enseñó á Adán los nombres de todas las cosas, y dixo á los Angeles: Si sois verdaderos, decidme los nombres de todas las cosas. Respondieron los Angeles: Señor, nosotros no tenemos essa sabiduría si no nos la enseñas. Y entonces dixo Dios á Adán: Pronuncia y declara á estos el nombre de todas las cosas. Y aviéndolo executado, les dixo que adoras sen á Adán, y al punto le adoraron; pero Iblis no quiso adorarle, porque era sobervio» *(Impugnación contra el Talmud de los Judios, Alcorán de Mahoma y contra los herejes*, Madrid, 1727, pág. 226).

(1) El morisco Rabadán, al relatar la rebelión de Iblis, pone en boca de éste las siguientes razones:

«Yo no quiero
que mi grandía se abaxe
á un pedazo de barro,
siendo yo seraficante
mucho mejor que no él,
porque á mí me halecaste *(criaste)*
de compostura de fuego;
y es menosprecio muy grande
que yo reverencie á quien
es de tan baxo quilate.
Dixo Alláh: «Sal, enemigo,
de mi alchana *(paraíso)* y sus lugares,
apedreado, maldito.
Rayo de fuego quemante,
mi maldición te persiga,
mi condenación te alcance,
mi pena te dé tormento,
mi castigo te acompañe».

(Saavedra, Ibidem).

tierra,» asegurando que «en el tiempo del Diluvio,» fue aquel templo «trasladado al cielo, y que Dios mandó á Abraham que edificasse otro á él semejante» (1); y no sólo asisten en crecido número á dicho templo, sino que el día del Juicio irán á él, por mandato de Alláh, setenta mil de ellos, cada uno con una cadena de oro, y al decirles Alláh: «Id á la Casa de Meca, y atadla con cadenas, y traedla al lugar del Juicio,» irán «y la atarán con setenta mil cadenas, y la llevarán al Juicio, y ella hablará delante de Dios, pidiendo perdón para los que la visitaren» (2). Seres finitos, morirán también como el hombre el día del Juicio final, y resucitarán como él, rodeando entonces el trono de Alláh, y entonando sus alabanzas (3).

Aunque el morisco Rabadán dice que los ángeles fueron creados (halecados) «de compostura de fuego,» no aparece, sin embargo, mejor definida que su naturaleza la de los demonios, genéricamente denominados en el Korán *Xaythanes*, confundiéndose así con la de los genios *(channa* ó *chanuna)*, que en legiones vagan por los aires, y que toman á la continua participación directa é inmediata en los negocios de los hombres. Conforme la doctrina mahomética, los genios fueron creados, antes que el hombre, de un fuego sutil, aunque sin humo (4), lo cual obliga á presumir, si la afirmación de Raba-

(1) Fr. Félix Alamin, Op. cit., pág. 227. Según otra tradición, no más fundada, fueron «los ángeles quienes, después de la caida de Adán y de su reconciliación con Dios, colocan sobre el suelo que hoy ocupa la Caâba, una tienda transportada nada menos que del Paraiso terrenal.» «Luego Seth eleva en aquel mismo lugar un edificio de piedra dedicado al culto del Eterno.» «Viene el diluvio y lo arrasa; y esto da lugar á que Abraham, con la ayuda por supuesto de Ismael, le construya de nuevo, y funde las peregrinaciones que desde entonces no han cesado» (D. Mariano de Pano y Ruata, *Puey Monçon.—Viaje á la Meca en el siglo* XVI, páginas 104 y 105).

(2) Fr. Félix Alamin, *Ibidem.*

(3) *Korán*, Sura XXXIX, aleyas 68 y 75.

(4) Idem, Sura XV, aleya 27; Sura LV, aleya 14.

dán relativa á los ángeles es exacta, que éstos, los demonios y los genios, tuvieron el mismo origen, aunque en el Korán no se especifica, ni mucho menos. Los hay de uno y otro sexo, viven y se reproducen como el hombre, y según acaece con los ángeles, aunque por diferente causa, unos son buenos, que favorecen y ayudan la obra misericordiosa de Alláh, apartando las criaturas del pecado, y otros son malos, que la dificultan y entorpecen, incitando al hombre en todas ocasiones para hacerle caer de la gracia divina.

Son compañeros inseparables de la criatura, cuyas acciones deciden y determinan con frecuencia; como están en y por todas partes, oyen cuanto se dice en la tierra y en el cielo, y así tienen conocimiento de todo lo que ocurre en una y otra parte. Libres é independientes, sólo pudo someterlos á su autoridad la gran sabiduría de Salomón, á quien sirvieron muchos de ellos, como Ifrit, pero contra quïen se rebelaron algunos, en castigo de lo cual hubo de sujetarlos Alláh definitivamente al glorioso hijo de David, atados unos á otros con cadenas, obligándoles á obedecerle para siempre (1). Cual en

(1) *Korán*, Sura XXXVIII, aleyas 36 y 37. Kasimirski, ilustrando este punto, refiere que «Salomón, después de haber conquistado á Sidón, y condenado á muerte al Rey de esta ciudad, tomó su hija por concubina. Habiéndole autorizado para tener en sus habitaciones la efigie de su padre, convirtióla aquella en objeto de adoración, introduciendo así en el palacio de Salomón la idolatría. Tenía el hijo de David, cuando iba al baño, la costumbre de dejar en la habitación de una de sus mujeres el famoso anillo, emblema de su poder y talismán maravilloso con que gobernaba los genios; y queriendo Dios castigar aquella debilidad de Salomón, consintió que uno de los genios se apoderase en cierta ocasión del anillo, y con él del trono. Despojado del anillo, Salomón perdió el reino y se vió obligado á errar por la tierra, desconocido y negado por todos, hasta que el talismán, que el genio había arrojado al mar, fue encontrado por un pescador y restituído á Salomón, haciéndole recobrar la autoridad perdida».

la humanidad sucede, hay entre los genios quienes profesan el Islám (1), y quienes adoran los ídolos; quienes se humillan y prosternan ante el solo nombre de Alláh y de su enviado Mahoma, y quienes se estremecen de terror y de coraje al oirlos; quienes continúan obedientes á Salomón, aun después de muerto; quienes le juzgan vivo todavía, y quienes en balde luchan por quebrantar el poderío de aquel príncipe, elegido y predilecto, cuyas órdenes resisten.

Son numerosas y variadas las genealogías conocidas de los génios, bruscos y malos, que traban en el cielo y en la tierra continuadas contiendas, como representantes del Bien y del Mal, y que son incompatibles, como en otras religiones del Oriente, resultando su condición y poderío tales, que si bien les consienten tomar cuando les acomoda la figura humana, del sexo que les conviene para sus intentos, por lo común aparecen en forma de gigantes horrendos y descomunales, ó espantables enanos, los malos, y se manifiestan y hacen presentes, por medio de grandes humaredas, negras y espesas, que van lentamente condensándose hasta constituir un cuerpo. No están exentos de las pasiones naturales de los hombres, y á veces contraen alianzas de todo género con ellos, ya por medio del matrimonio, ya por la opresión y la violencia, no estando libres tampoco de la suerte rervada por Alláh á todo lo nacido, pues no sólo han de morir, sino que están sujetos á las mismas

(1) *Korán*, Sura XLVI, aleya 28. «Un día reunimos una legión de genios para hacerles oir el Korán; se presentaron y se dijeron los unos á los otros: «Prestad atención.» Y cuando fue terminada la lectura, regresaron como apóstoles entre su pueblo.» Kasimirski juzga que «ésta es sin duda una alusión á lo que refiere la historia de Mahoma sobre la conversión de cierto número de genios en Taïef. Viendo, en efecto, Mahoma que su misión tropezaba con muchos obstáculos en la Mecca, marchó á Taïef, en el Hecház, donde fue muy mal acogido por los habitantes; pero á una tropa de genios de Nisibilis, que se encontraba allí, agradó tanto la doctrina del Korán, que hubo de abrazarla».

penas señaladas á la criatura, según la conducta que hayan observado (1).

Habitan en palacios suntosos, de mágica estructura, construidos bajo el suelo; en las minas abandonadas, en los algibes, las fuentes, los manantiales, y las cavernas y excavaciones de todo género; en los lugares desiertos, en las montañas, y en el mar; tienen poder para trastornar á su antojo la naturaleza, y nada hay que les resista, así como ellos tampoco pueden por modo alguno resistirse al hombre, cuando invoca el santo nombre de Alláh, el de Mahoma ó el de Salomón, trinidad suprema contra la cual son impotentes; y aunque vagan por los aires, es siempre la noche misteriosa, con sus encantos y sus temerosos secretos, la elegida para abandonar los génios con preferencia sus moradas y sus antros, y hacer sus correrías por la tierra, bien inocentes muchas de ellas, como patentizan las *Mil y una noches*, y otros *hadits* ó relaciones de análoga especie, con que dieron pábulo á su credulidad los musulmanes, y con que, al decir de un escritor, «se alimentaba la vulgar afición á maravillas y consejas.»

La singular degeneración y el vergonzoso decaimiento á que han venido, sobre todo en el Mogréb, los países musulmanes, han desnaturalizado en mucha parte la condición de los génios, convirtiéndolos en séres de tan inferior categoría con relación á la que obtuvieron en época de mayor cultura para el Islám, que es difícil reconocer en el concepto que de ellos hoy se forma, aquellos que inspiraron á los *rauíes* sus ingeniosas relaciones. Según los africanos, los génios de ahora «tienen muy mal olfato, y son, por tanto, no muy escrupulosos acerca del camino que toman para hacer» sus expediciones nocturnas, cuyo verdadero alcance no es hoy del todo comprensible. «Tan es así,—dice Murga refiriéndose á la falta de sensibilidad olfatoria en estos seres,—que Moros y Judíos, que deben tener muy bien conocidas sus costumbres (las de los

(1) *Korán*, Sura XLI, aleya 24.

génios), les colocan manjares y otras cosas al lado de unos ciertos agujeros, que, por lo general, hay cerca de la puerta de sus casas» (las de los Moros y Judíos) (1). «Con esto, están seguros de que se quedarán entretenidos, y de que agradeciendo tan buenas atenciones, no intentarán el mal en contra de los que les hacen el obsequio. Estos, cuando los génios en figura de ratas ó de otras alimañas parecidas, consumen su ración ó parte de ella, se dan por muy contentos de haberse visto libres, á ese precio, de una visita poco deseada. Tienen los génios un carácter adusto y susceptible, lo que les hace de trato muy difícil; y, si una vez llegan á darse por ofendidos, no es fácil el que lo lleguen á olvidar. Lo que más les incomoda son las aguas calientes, séanse del género que se fueren, que se vierten en los agujeros que hay en tierra: algunas veces que esto llega á suceder por un descuido, se les oye chillar y, á no dudarlo, es porque algunos salen escaldados» (2).

Tienen los génios, que son por naturaleza invisibles para el hombre, la facultad de poder tomar, como hemos dicho, la forma que quieran, siendo por tanto elemento poético de gran prestigio y fuerza que interviene, como natural, en todas las creaciones literarias de los musulmanes, y que aparecen con el carácter de maravilloso en las de otros pueblos, como el nuestro, ya impulsando á grandes y meritorias acciones, ya sirviendo de protector ó patrono á los héroes, ya guiando su brazo en los combates, ya fortaleciendo su corazón, ya inspirándole invencible esfuerzo, ó inextinguible pasión hacia determinada persona, y ya haciendo triunfar al protagonista, contra toda oposición y todo obstáculo, de cualquier índole que fuere, si bien en esto, como en todo, los poetas no hacen sino reproducir la realidad, en forma más ó menos bella,

(1) La misma costumbre había y aún hay en Andalucía; servían estos agujeros, según el lector habrá comprendido, para depositar las aguas fecales, como en Africa.

(2) *Recuerdos marroquíes*, pág. 92 de la Monografía *Los Renegados*.

pues realidad es para los mahometanos, según el Korán, la existencia de los génios, cuya intervención en los asuntos terrenos es para ellos tangible.

Así es que lo mismo en los unos que en los otros países musulmanes del oriente y del occidente, los génios malévolos, que no son islamitas, persiguen á los fieles por todos los medios, afligiéndoles con grandes calamidades, ya públicas ó privadas. Al vagar por el espacio, se apoderan fácilmente de cualquier mala voluntad contra una persona, y la ejecutan enseguida, según hubo de ocurrirle á Temim Addar, que era uno de los compañeros del profeta (1), aprovechándose del menor descuido en las prácticas religiosas, y son causa y origen de la mayor parte de las enfermedades que los muslimes padecen. En Africa, tanto éstos como los judíos, achacan sus dolencias á los malos génios que habitan los manantiales de las montañas ó las orillas del mar, y que impurifican con tal propósito las aguas potables; para apaciguarlos, neutralizar el efecto del veneno, y purificar las aguas, los habitantes del Mogréb emplean varias ceremonias, ofreciendo á los génios víctimas propiciatorias, con las cuales piensan granjearse la buena voluntad de aquellos.

«Los altares para estos sacrificios,—dice un escritor,—se levantan al aire libre, y tienen sus sacerdotes para servirlos. Ordinariamente son negros, nombrados por el califa, que no pasan de siete en cada localidad, y de entre ellos se nombra un gran sacrificador, á quien los demás profesan una veneración profunda.» Lo que hay de más extraño, según el escritor á quien aludimos, es, que contra el concepto que la mujer obtiene entre los sectarios de Mahoma, al referido sacrificador «se le unen dos ó tres negras jóvenes que hacen el papel de sacerdotisas, y son las encargadas de guardar los manantiales, encendiendo velas á su alrededor.» «Antes de ser inmola-

(1) Guillén Robles, *Leyendas moriscas*, t. II, pág. 97.

da, la víctima debe ser purificada, y á este fin se le baña y continuamente se le perfuma con incienso y otros aromas que queman las negras en los pebeteros que cada una tiene.» «Cuando las víctimas son animales cuadrúpedos, se les aplican además unciones de aceite y hojas de henea, las cuales se limitan á tirar unas rayas desde la cabeza á la cola, desde el lomo á las manos, y desde el lomo á los pies: después se les da á beber una poción blanca, que parece crema.

«Si son volátiles, se les pasea antes de ser inmolados, por la cabeza de los enfermos muchas veces, y tan luego como ha dejado de existir, las mujeres se apresuran á quitarles las plumas y guardarlas para amuletos, arrojando la víctima al manantial, á fin de que allí exhale los espíritus vitales, y con ellos haga mejor el conjuro.» «Para que dejen de existir las víctimas, el gran sacrificador levanta un gran cuchillo que en sus manos lleva, se vuelve hacia el Oriente para hacer una ligera oración, y después descarga el golpe sobre el pescuezo del animal, dividiéndole el cuerpo.» «Enseguida, con la primera sangre de ella, unge al enfermo que la ha presentado, él ó sus parientes, en la cabeza, si la enfermedad es general, y sino, en todos los puntos del padecimiento, y el cuerpo de la víctima es recogido por los parientes para comerlo con supersticiosa confianza, excepto las patas, que en nada se aprovechan.» «Mientras dura esta operación, las sacerdotisas no cesan de encender velas alrededor del manantial, y de purificar sus aguas con perfumes.

«Estas aguas, así purificadas, sirven para beber los enfermos y aun sus parientes, por tres días consecutivos, para hacerse las abluciones y para humedecerse las partes enfermas, si ha lugar á ello.» «Después de estas operaciones, el gran sacrificador reune á sus subalternos, y todos recitan una plegaria, á la que se unen mentalmente los asistentes, ó cantan la siguiente: *¡Oh Sidi-Slimán!* (Suleyman, Salomón.) *Vos que tenéis continuamente piedad de los que sirven á Dios, iú, iú, iú!* (gritos de alegría). *¡Oh Sidi-ben-Abbas Esbeti! ¡Vos que sois el*

verdadero rei de mar y tierra, iú, iú, iú! Tened compasión de mí, pobre criatura! Vengo á ponerme bajo vuestra protección, y así, pues, haced que mi cura sea pronta, y mi reconocimiento será tan eternò como vuestra fama! Iú, iú, iú!

«Estos sacrificios comienzan todos los miércoles al ser de día, y se prolongan hasta las doce, según el número de víctimas que hai que inmolar, y por cada una de éstas se paga desde un doble *muzneh*, hasta un *rabig-bud'yu*, ó sean, de 4 á 20 cuartos nuestros (de 12 á 60 céntimos de peseta).» «Se hacen con bastante ceremonia en los alrededores de Argel, donde—concluye—hemos tenido lugar de ser testigos de ellos» (1).

A esta ceremonia, por él presenciada en Tánger, alude, sin duda alguna, otro viajero español, refiriéndose á «unas rocas que hay á algunas varas dentro del mar,» en las cuales, para aplacar los malos genios que han hecho de ellas su morada, se celebra la llamada *muerte del gallo negro*, escribiendo: «Cuando hay alguna mora enferma de gravedad, sus amigas van, aprovechando la baja marea, á matar un gallo que precisamente ha de ser negro, y cuyo cuerpo dejan allí abandonado, regresando ellas con la supersticiosa creencia de que la paciente deberá sanar, ó, cuando menos, aliviarse» (2) por la virtud de aquella especie de conjuro, cuyas solemnidades no deben variar gran cosa de las consignadas arriba. No son, sin embargo, estos procedimientos los únicos empleados, pues en Berbería los negros ahuyentan los malos génios, causa primera de muchas enfermedades, por medio de sus evocaciones y su música.

«Las evocaciones—dice Murga—no las conozco; pero lo que es la música, es capaz de ahuyentar, no sólo al Diablo, sino también á todos los diablos.» La orquesta se compone de «enormes tambores colgados del cuello, y en los que, con la mano izquierda armada de un palo delgado, golpean suave-

(1) Malo de Molina, *Viaje á la Argelia*, págs. 200 á 202.

(2) Amor, *Recuerdos de un viaje á Marruecos*, pág. 154.

mente uno de los parches, á la vez que, con la mano derecha armada de un palo grueso y corvo, golpean el otro con toda la fuerza de su brazo; enormes castañuelas hechas de hierro, y de forma de dos cazos unidos por su boca; unos pulmones capaces de dejar sordo á un Artillero»; y una vez introducida en el cuarto del enfermo, «empieza la serenata, que dura horas, y á las veces, días, sin quedar interrumpida un solo instante, separándose por turno los ejecutantes para tomar descanso y alimento.» «Algunas veces, á este género de orquestas, suelen agregarse una ó más partes coreográficas, generalmente del *bello sexo*, y cuya especialidad consiste en tener quietos los pies y mover mucho los brazos y caderas.»

«Si el enfermo resiste este espectáculo, de carácter privado, pero público y gratuito para los vecinos, es seguro que cura. Sinó ¡estaba escrito! y la familia tiene el gran consuelo de que no fue el Diablo el que causó aquella enfermedad, pues que, de ser así, hubiese huído y no estaría muerto el atacado; los vecinos conservan el grato recuerdo de la música celestial, á cuyos acordes el alma del enfermo dejó su capa terrestre para marcharse al Paraíso; y quedando *tutti contenti*, se concluye la función, hasta otra vez» (1).

Colocados en el momento de la imposición de nombre bajo la protección de las «fadas buenas», que deben procurarles en vida y muerte la bienaventuranza,—los musulmanes, en su peregrinación por la tierra, van siempre acompañados de un ángel custodio, y de genios invisibles que no se separan de él en ocasión alguna. Por esta causa, pues, son tan crédulos en los augurios, y jamás emprenden nada sin que antes hayan recibido la aprobación ó la desaprobación del acto que han de ejecutar, sobre todo si es de trascendencia. Pensando en él, si oyen una palabra que cualquiera pronuncia al paso, y es

(1) *Recuerdos marroquíes*, págs. 95 y 96 de la Monografía *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos.*

favorable á sus intentos, juzgando que los buenos genios han sido los que la han hecho pronunciar para ellos expresamente, no vacilan en llevar á la práctica sus propósitos, guardándose de ello en caso contrario, en que la desaprobación es manifiesta.

A una de estas circunstancias fue debida la venida á España de Abd-er-Rahmán I, el fundador de la unidad política del Califato cordobés, refiriendo los historiadores árabes que, llegado á Moguila el barco fletado por los Beni-Omeyya para transportar á Ebn-Moâwiya, saltó el primero en tierra Temámben-Alkama, á quien Abd-er-Rahmán, que aguardaba impaciente en el puerto hubo de preguntar en seguida:—¿Cómo te llamas?—*Temám*, contestó él.—¿Y de sobrenombre? añadió el proscripto.—*Abú-Gálib*, replicó. Oído lo cual, el príncipe dijo:—Cumplido será nuestro propósito, y venceremos á nuestros enemigos (1),—pues, con efecto, *Temám* significa *cumplimiento*, y *Abú-Gálib, padre del vencedor,* nombres uno y otro de buen agüero, que hubieron de decidir de la suerte de España, atribuyendo Abd-er-Rahmán á los buenos genios, quienes hasta allí le habían favorecido, el hecho que de aquel emisario á quien, como nuncio de ventura, nombró ministro suyo desde luego, viniese en el barco, y fuera el primero de sus futuros vasallos que con él comunicase (2).

Existen, en diversos puntos del Africa, cual ocurre en todas partes, cuevas y excavaciones subterráneas, naturales y muy profundas, donde el aire, privado de oxígeno, suele pro-

(1) *Ajbar Machmuâ*, pág. 75 del texto arábigo; 76 de la trad. esp. de Lafuente y Alcántara.

(2) Se refiere de Mahoma que, cierto día, regresando á Medina, echó pie á tierra en casa de Emkeltum, y apenas había traspuesto el umbral, oyó á aquel llamar á dos de sus servidores, gritando: «*Ya Fataj! Ya Marzug!* Venid pronto.—El profeta, gozoso de aquel augurio, volvióse á Abú-Beker, y le dijo:—«Positivamente, esta casa será para nosotros seguro refugio.»—*Fataj* y *Marzug* significan, con efecto, el primero, «el que abra la puerta del bien», y «el que enriquece», el segundo.

ducir ruidos y detonaciones casi continuos que, infundiendo gran temor en las gentes, las obligan á apartarse recelosas y amedrentadas de tales sitios; y como la avaricia es una de las prendas características de los habitantes del Mogreb, por lo menos, al decir de los escritores,—creen aquellos que en semejantes lugares tienen los genios enterrados grandes tesoros, guardados por uno de ellos, invisible, quien causa tales ruidos para ahuyentar los codiciosos, se lanza sobre los que quieren entrar á pesar de todo, y los ahoga en castigo de su temeridad, ó, cuando menos, apaga violentamente las luces que llevan para penetrar en las cavernas, y perdidos en ellas para siempre, no vuelven más á ver la luz del día (1).

Todo manantial de aguas termales, tan abundantes del lado allá del Estrecho, prodúceles religioso temor también, y muy principalmente cuando de él se exhalan acres y continuos vapores, ó despide olores singulares, pues para ellos es obra de los genios, en la que para nada ha tenido intervención la naturaleza, explicándose el prodigio con la creencia de que «Salomón había mandado construir baños *(jamám)* en todos puntos, y había encargado su guarda á genios que eran ciegos, sordos y mudos, á fin de que no pudiesen ver, oir ni contar lo que en estos baños pasaba», que no debía ser muy edificante cuando el hijo de David tomaba tales precauciones; y como no ha habido medio ni camino para hacer comprender á aquellos incorruptibles guardianes que, con el transcurso del tiempo Salomón, su señor, ha muerto, continúan y continuarán eternamente preparándole el baño, calentando con tal propósito las aguas y esperándole pacientes, pues algún día habrá de presentarse, sin duda alguna, y de improviso (2).

En el terreno de las supersticiones, características en los pueblos primitivos y en los degenerados, no se hallan en el

(1) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 202.
(2) Idem íd., pág. 203.

concierto de la humanidad solos los musulmanes, pues en realidad les acompañan todos los pueblos, por grande que sea la cultura de que gocen, y á pesar de ella, siendo inútiles los esfuerzos de la ciencia y de la experiencia para conseguir librarlos de semejante servidumbre, á la que se somete involuntariamente la humana naturaleza, rebelándose contra la razón, que es enemiga de aquélla. La máxima universal de que *todo tiene remedio menos la muerte*, ha obligado siempre al hombre á buscar los medios de evitar los males, los daños, los peligros y los contratiempos que le afligen, y los de lograr el cumplimiento de sus deseos, no siendo de extrañar por tanto, cuando pueblos de muy superior cultura le han dado ejemplo constante en todo tiempo, que el musulmán, para quien se ofrece como natural la existencia de seres sobrehumanos, llamados á intervenir directamente en los asuntos de la tierra, conforme dejamos reconocido, tenga supersticiones, la mayor parte de las cuales no son sino reminiscencias de las sociedades antiguas.

Lo mismo en Europa que en las demás partes del mundo, el pueblo ha creído y cree, por lo que hace al tiempo, que existen días *fastos* y *nefastos;* que hay, por lo demás, preservativos de todo género para todo, y que como el Bien y el Mal proceden de causas divinas, hay recursos para conseguir el primero y para apartar el segundo en talismanes y amuletos, los cuales siempre, y en consideración á ser la divinidad centro y origen del uno y del otro, han de llevar la debida consagración religiosa, ya para tener á Dios propicio, ya para aplacar su justa cólera, en los casos respectivos. No hay para qué decir la grande influencia que en los espíritus débiles y enfermos ejerce cuanto de lo natural excede, y por tanto, es inútil hacer constar que en la senectud de la sociedad islamita, tan semejante á la infancia, toman increíble incremento y se agigantan sobre modo estas supersticiones, que por otra parte, condenan las religiones positivas.

Así, pues, para los musulmanes existen períodos de tiem-

pos *fastos* y *nefastos* (1), como sucede con los días, sin que puedan siempre dar explicación satisfactoria de la razón en cuya virtud los hay prósperos, felices y de buen agüero, y días de desgracia en que cuanto se ejecuta es malo. Desde luego, el de mayor solemnidad, el escogido para el descanso, aquel en que los fieles deben congregarse en mayor número para dar gracias á Alláh por sus beneficios, es el viernes *(yaum-ul-chumuâ)*, en el que el predicador de cada mezquita dirige su voz á los creyentes en la salmodiada *jothba* con que implora la clemencia divina para todos, y en especial para la persona del príncipe reinante; en el que las gentes buscan solaz y esparcimiento, según sus recursos y potencias, y nadie trabaja; en el que los turcos procuran consumar sus matrimonios, pues es santificado, porque en la noche de un viernes vino al mundo Mahoma, el enviado de Alláh, y porque en él, trabada la batalla de Josué con los gigantes, ya al ponerse el sol, Alláh suspendió por hora y media el curso de aquel astro, lo cual le hace privilegiado sobre todos. Cuanto en él se hace es de buen agüero, y ha de resultar próspero, como acepto para Alláh y para Mahoma; y si una hora antes de que se ponga el sol, se escribe un papel con cierta tinta compuesta de azafrán y de almizcle, es lo escrito «talismán seguro para conjurar las influencias funestas, el mal de ojo y el falso testimonio», y tiene virtud especialísima «para curar las enfermedades de los ojos, la jaqueca, los dolores de muelas y de reu-

(1) Es creencia extendida en África que quien muere durante el mes sagrado de Ramadhán, va derecho al cielo, porque en todo este mes están cerradas las puertas del infierno (*chahanem*) y abiertas las del paraíso, por lo cual es menos llorada su muerte. Lo mismo ocurre, según un poeta morisco, el día 15 de la luna de Xaâban, escribiendo:

«Este día en *chahannama* (infierno)
se cierran todas las puertas,
y están muy claras y abiertas
todas las del *Alchanna*» (el paraíso).

ma» (1), y otra porción de achaques y dolencias. Viernes era, según las crónicas, el día en que en Zalaca (Sacralias, cerca de Badajoz) se avistaron los ejércitos del almoravide Yusuf-ben-Taxufin y de don Alfonso VI el año 1086, y á buen agüero debió sin duda reputarlo el muslime; pero á causa de la santidad del día, bien á propuesta de don Alfonso, como indican los escritores musulmanes, ó por voluntad propia, no hubo de trabarse la batalla, suspendiéndose el sábado, en consideración á ser día santificado para los hebreos que militaban en las huestes de uno y otro Príncipe, y siguiendo sin empeñarse el domingo por ser á su vez día solemne para los cristianos (2).

Con el lunes y el jueves, el sábado es día de buen agüero para emprender viajes, guardando mucho esta regla, especialmente los kabilas, entre quienes no habrá nadie que se atreva á infringirla, temeroso de cualquier desgracia; en cambio, el domingo es día indiferente, en el cual lo mismo puede ocurrir un suceso próspero que adverso, pudiendo viajar en él, en negocio de gravedad y de urgencia; el martes, sin apelación ni duda, es día aciago y maldito, en el cual nada sobreviene que sea bueno, ni debe acometerse empresa alguna, pues saldrá mal y habrá de ser en daño siempre de quien la intentare, superstición que existe arraigada igualmente entre el vulgo europeo, y que sintetiza el adagio *en martes, ni te cases ni te embarques*. Un viajero español afirma que la razón de ser para los mahometanos nefasto ó aciago este día de la semana, es la de haber en él creado Dios «uno de los gigantes que quisieron escalar el cielo» (3); pero no nos parece suficiente, á no ser más explicada. El miércoles, por último, es día felicísimo, aunque no en tan superior escala como el viernes, pues si bien

(1) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 200.

(2) Dozy, *Op. cit.*, t. IV, pág. 204. Por lo demás, entre nosotros ha quedado como refrán, cuando se repite varias veces una misma cosa, decir que *se ha aprendido en viernes*.

(3) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 200.

creó en él Alláh la luz que alumbra los orbes, y es causa de la vida, no se verificaron en él prodigios ni maravillas, como los que hacen solemne entre todos, el día consagrado á Venus por los paganos (1).

La magia y la hechicería, son también artículo de fe para los muslimes, quienes invocan el amparo divino contra «la maldad de las que soplan en los nudos» (2). Eran éstas, según los intérpretes, unas hechiceras hijas del judío Lobeid, que hacían cierta clase de nudos, en los que después soplaban para verificar sus sortilegios y maleficios. El mismo profeta Mahoma, á pesar de lo manifiesto y evidente de la protección divina para con él, como creen sus adeptos, fue víctima de semejante hechizo, pues el judío Lobeid, padre de las encantadoras, á quienes, sin nombrarlas, alude el Korán, ató el corazón del enviado de Alláh, suspendiendo con tal objeto en un pozo un hilo con once nudos. Por medio del ángel Gabriel, dió Alláh á conocer á Mahoma el secreto del hechizo, y juntamente el modo de disipar el encanto, para lo cual hizo que compareciese delante de Él el corazón del profeta, «y le mandó que se refugiase á la clemencia de Alláh, entregándole las dos *Suras* (la CXIII y la CXIV).» «Cada día pronunciaba [Mahoma] una de sus sentencias, y se desataba un nudo, hasta que todos se desataron, y entonces se levantó, como el que largo tiempo ha estado ligado por penoso vínculo» (3).

---

(1) Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 200.

(2) Sura CXIII.

(3) D. Antonio Almagro Cárdenas, *Estudio sobre las inscripciones árabes de Granada* (Granada, 1879), págs. 66 y 67. D. Emilio Lafuente y Alcántara, *Inscripciones árabes de Granada*, (Madrid, 1859), págs. 111 y 112, nota.—El primero de ambos escritores citados, observa discretamente que «este modo de encantar no era nuevo en tiempo de Mahoma», pues «Virgilio, mucho antes, había dicho en su *Pharmaceutria*, por boca de Alfesibeo:

«Terna tibi haec pimum triplici diversa colore
Licia circundo, terque hanc altaria circum

Fácil es de comprender la virtud que tienen ambas suras, llamadas «las preservativas», para conjurar toda clase de maleficios, tanto más cuanto que en ellas se condensa, por decirlo así, la virtud entera del Korán, según las siguientes palabras de Mahoma: «El que leyere las dos *Suras*, que principian con la palabra *ûdz* será lo mismo que si leyere todo el libro, revelado por Alláh. ¡Ensalzado sea!» Por esta causa, pues, son miradas cual verdaderos talismanes, y el poder y la influencia satánicos huyen y desaparecen de los hogares donde aquellas se hallan escritas, de las personas que las pronuncian ó de las que las llevan sobre sí, impidiendo todo maleficio y todo daño. La primera, ó sea la CXIII, llamada *Surat-ul-Falaqui* ó *Sura de la Aurora* sirve para preservar el cuerpo, y consta de las cinco aleyas ó versículos siguientes:

1. Dí: Me refugio en el Señor de la Aurora, (para que me libre)
2. de todo mal (1);

Effigiem duco; numero deus impare gaudet.»

. . . . . .

Necte tribus nodis ternos, Amarilli, colores;
Necte, Amarilli, modo; et, Veneris, dic, vincula necto.»

«Ciño lo primero esta tu imagen con tres lienzos de tres colores, dándole tres vueltas; y tres veces la llevo en torno de los altares; el número impar es grato al numen.»

. . . . . .

«Ata, Amarilis, con tres nudos estos lienzos de tres colores, átalos pronto, Amarilis, y dí: *atando estoy los lazos de Venus.*»

(1) La traducción literal es: «del mal que creó», pues el mal fue, como el bien, obra de Alláh; Kasimirski traduce esta aleya diciendo: «*Contre la méchanceté des êtres qu'il a créés,*» concepto que enlaza con la nota: «*Contre toute espèce d'êtres que Dieu a créés et qui peuvent faire du mal à l'homme.*» Lafuente y Alcántara: «de la crueldad de sus criaturas», y Almagro Cárdenas «del mal de aquel que crió», ó más propiamente, «del mal de lo que creó», concepto que amplía por medio de esta nota: «Se refiere Mahoma á los varios males que producen á los hombres tanto las cosas inanimadas como las animadas. Guelil lo explica diciendo: «*Tanto*

3. del peligro de la noche obscura cuando nos sorprende (con sus tinieblas);

4. de la maldad de las mujeres que soplan en los nudos,

5. y del daño del envidioso, cuando tuviere envidia.

La segunda, que lleva el número CXIV y se denomina *Surat-un-nási* ó *Sura de los hombres,* está también escrita en la Mecca, es preservativo del alma, y consta de estas seis aleyas:

1. Dí: Me refugio en el Señor de los hombres,

2. Soberano de los hombres,

3. Dios de los hombres, (para que me libre)

4. de la maldad de aquel que sugiere los malos pensamientos y se oculta, y

5. que sopla el mal en el corazón de los hombres;

6. (de la maldad) de los genios y de los hombres.

Escrita se halla la primera en la yesería de la suntuosa *Sala de Comares* ó *Salón de Embajadores* de la Alhambra granadina, y una y otra son grabadas ó escritas en los amuletos (*al-ahráz*) con los cuales los *tolbes* hacen comercio en Africa, y que los fieles suspendían del cuello, como nuestros escapularios (1), ó se ataban al brazo para llevarlos siempre consigo. Contra el mal de ojo, en que todavía creen muchos europeos que se tienen por despreocupados, y que lo son sin duda en otras co-

---

de los animales domésticos como de los salvajes; tanto de las cosas animadas como de las inanimadas.»—Respecto de la siguiente aleya 3, observa Kasimirski que «*une nuit trés-sombre est ordinairement grosse de malheurs, de crimes, d'incursions*», y Almagro Cárdenas, traduciendo «del mal de la luna cuando estuviere oculta» amplía el concepto por nota: «la palabra *gásiq* es interpretada de diverso modo: unos creen significa la luna, otros la noche, otros el eclipse de luna y otros noche sin luna, en estos términos: «*La noche cuando es tenebrosa, y la luna cuando está ausente.*»

(1) Refiere Murga, con relación á los renegados, que «no hay uno de ellos que, si ha podido haberlo, no traiga encima algún escapulario ó alguna otra reliquia, más ó menos auténtica, entre los raídos harapos de su traje.»

sas, existían varios amuletos, no todos ellos de la misma y singular eficacia; los musulmanes, para ser inmunes de las miradas nocivas que producen flaqueza, endeblez, y por último la muerte, como aún ocurre en nuestras montañas de Santander, según el inimitable Pereda, tienen bastante unas veces con repetir cinco seguidas el versículo ó aleya primera de la *Sura* CXIII, ya copiada, y así aparece en las inscripciones murales de la Alhambra (1); otras ponen al cuello «de la persona ó animal que se teme sufra el maleficio, una manecita de marfil ó algunos números de significación misteriosa, práctica que aun hoy mismo se conserva en nuestro pueblo como herencia de la dominación agarena», si bien «ningún medio es tan eficaz para este fin, según la creencia musulmana, como el pronunciar las cinco palabras que se recomiendan» en el epígrafe mural de la Alhambra (2).

Usan también de amuletos para asegurar la siembra y libertar los campos de las aves y de las alimañas; y los berberiscos, como reminiscencia pagana, atraen sobre los sembrados la bendición de Alláh, procurando el aumento de la cosecha con cierta ceremonia que produce el resultado apetecido, «si ha de creerse á los peritos en agronomía», como dice Murga, que es quien la describe en estos términos: «Poco después de que los trigos han germinado y aparecido á flor de tierra, las mujeres improvisan una muñeca, á la que visten y adornan con cuantas ropas y objetos de algún valor les es dado procurar, y la pasean por los campos, hollando el trigo y disputándosela en la carrera.» «Los hombres hacen lo mismo con

(1) *Sala de Comares*, inscripción núm. 56 de Lafuente y Alcántara, 76 de Almagro Cárdenas, que dice: «La alabanza á Alláh único. Aparta de Yusuf (Abú-l-Hachach Yusuf I) todo daño de mal de ojo con cinco palabras. Dí: Me refugio en el Señor de la Aurora.—Las gracias á Alláh. Aparta de Yusuf todo daño de mal de ojo, con cinco palabras: Dí: Me refugio en el Señor de la Aurora.—El poder (pertenece) á Alláh.»

(2) Almagro Cárdenas, *Op. cit.*, pág. 63.

otra ú otras, y á pie y á caballo se las disputan corriendo sobre los sembrados en todas direcciones» (1).

Con frecuencia, así en cerrojos como en cajitas para guardar joyas, y en multitud de barros mudejares, aparece la mano abierta, que es en realidad preservativo amuleto de condición y carácter eminentemente religioso, y que si fue entre los hebreos emblema de la pureza, tomaron los muslimes de los egipcios. Símbolo de los cinco principales preceptos ó *mandamientos* de la ley representada en la totalidad y conjunto de la mano, cada dedo es un mandamiento, significación que humorísticamente ha conservado entre nosotros, y que son: 1.° La creencia en un solo Dios y en su profeta; 2.° La oración; 3.° La limosna; 4.° El ayuno; y 5.° La peregrinación á la Mecca. Y así como cada dedo tiene tres falanges, á excepción del pulgar, así también cada precepto tiene tres modificaciones, salvo el quinto, que sólo tiene dos, que son el corazón y la obra. Con este carácer se muestra en la clave del arco que da ingreso por el bosque á la *Puerta de la Ley* ó *de la Justicia* en el recinto de la Alhambra, y con él se manifiesta, ya cerrada, ya abierta la mano, entre las labores de yesería que esmaltan aquellos aposentos maravillosos de los sultanes granadinos, y entre las de muchos edificios mudejares de Toledo, siendo tan grande su uso que Carlos V hubo de prohibir á los moriscos llevasen amuletos en forma de mano y con algunos palabras árabes escritas.

Había y hay amuletos para todo, y los árabes «van cargados de ellos; se los cuelgan á las bestias, y hasta se los suelen recomendar á los cristianos.» «Los hay para hacerse amar, para librarse de los ataques de las fieras y de los hombres, para no padecer tal ó cuál enfermedad, en fin, para cuantas aberraciones puede creer una cabeza humana.....» «Son en general unas bolsitas de cuero, de forma cuadrada, y en las que

(1) Página 80 de la Monografía, *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos.*

se encierran versículos del Alcorán...., ó palabras misteriosas escritas por algún Taléb, y cuya eficacia está en razón directa del precio que por ellas le han pagado.» «Otras veces son reliquias ó efectos tocados al sepulcro de algún Santo, ó cosa así.» «La fe salva á los que las llevan y ayuda á la holganza de los que las esplotan» (1). Con el «alquiteb de sueños» ó con «las suertes de Dulcarnáin», «resto del juego ú oráculo de los dardos de los árabes antiguos», pretendían levantar el velo de lo futuro, y buscaban «preservativos contra los reveses de la fortuna, las calamidades naturales ó la ira de los grandes conjuros, como *anoxaras* ó bebedizos mágicos, y *hirzes* ó cédulas cabalísticas, mezcladas algunas veces con palabras griegas ó hebreas, figuras misteriosas y letras enigmáticas» (2).

Es creencia general que «la tierra se encuentra sostenida por un toro, que alternativamente la coloca sobre uno de los cuernos, siendo los terremotos el resultado de la traslación» (3), ó, como otros quieren, está sustentada sobre el cuerno de un buey (4); de cualquier modo, tienen idea muy extraña de la cronología y de la geografía, y sus poetas, ya por invención propia, ya tomándolo de los griegos, no se desdeñan, antes gozan en pintar «montes, aves y árboles que hablan, ciudades flotantes, fieras espantables, ríos de piedras preciosas» y otra porción de extravagancias y quimeras por el estilo, en que abundan los *hadits* y cuentos de *Las Mil y una noches*. Incuestionable, y conforme á la ortodoxia del Korán, es que Alláh creó siete cielos sobrepuestos, los cuales atravesó Mahoma en su famosa ascensión sobre la yegua Al-Borák, siendo, según Ibn-Abas, la siguiente la disposición y naturaleza de cada uno de ellos: «Mandó Alláh, pues, al mar que estaba sobre las aguas que subiese al vacío, y creó de él el cielo en un día. Y creó

(1) Murga, Monografía citada, págs. 62 y 63.
(2) Saavedra, Discurso citado, pág. 13.
(3) Murga, id. id.
(4) Fr. Félix Alamin, *Op. cit.*, pág. 202.

Alláh el conjunto de la tierra en dos días, formado de cosas distintas, del cielo y de la tierra [propiamente dicha]. Después fue dividido el cielo de la tierra, por mandado de Alláh el Excelso, y con su palabra se hicieron siete cielos. El primero fue hecho de esmeralda verde, se llama *Tarfia*; habitan en él ángeles bajo forma de aves, y el principal gobernador de éstos se llama *Samael*. El segundo está hecho de margaritas rojas, se llama *Kadum*, habitan en él [ángeles] bajo forma de águilas, y el rey de ellos se llama *Sakabiel*. El tercero, de jacintos rojizos, se llama *Maún*, y habitan en él ángeles bajo forma de buitres, cuyo rey se llama *Safrafiel*. El cuarto, de blanca plata, se llama *Ramalún*, y lo habitan ángeles bajo la forma de caballos, y su rey se llama *Sabtabiel*. El quinto es de oro, y se llama *Vataka*; habitan en él ángeles bajo la forma de muchachas (las que prometió Mahoma que tendrían sus sectarios en el Paraíso) (1) y es presidido por el ángel *Kakabiel*. El sexto

(1) Según un escritor morisco, para cada buen muslime hay en el cielo «ciento de las haurías, que son las que dios nuestro Señor crió en la gloria para sus obedientes criaturas, tan bellas, resplandecientes y hermosas que, á sacar una de ellas su mano al mundo, se escureciera el sol y se bolbiera nublado escuro; y *á escupir en la mar se bolbiera dulce;* y se dice que en sueños habló una con un santo hombre, y cuando Recordó, gomitaba de oyr hablar á las gentes, aunque fuera muy política y delicadamente» (Saavedra, *Ibid.*, págs. 30 y 31). Según la relación de la ascensión de Mahoma al séptimo cielo, en él hay un cedro, plantado á la derecha del trono de Alláh, y «cada pepino encierra una hurí, vírgenes divinas reservadas á los eternos goces de los musulmanes, las cuales son de cuatro especies: unas blancas, de color de rosa las otras, negras las terceras y las últimas verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal; son tan bellos sus ojos, que si en la noche más obscura una hurí dejase caer una mirada suya en la tierra, le daría tanta luz como el sol en toda su brillantez, y aunque abrirán sus brazos á los fieles, no por ello perderán su virginidad» (Malo de Molina, *Ibid.*, pág. 224). San Pascasio refiere «que Mahoma dixo: Que cada uno de sus seguidores, en el Paraíso tendría doze mil mugeres, muy agraciadas y hermosas, y que todas serían Vírgenes; y que después de la cópula permanecerian vírgenes», y otro autor: «Que

es de perlas, lo habitan ángeles bajo forma de niños, y su guardián es el ángel *Samgabiel*. El séptimo es de rutilante luz, se llama *Aleina*, lo habitan ángeles bajo forma de hijos de hombres, y el ángel que es su rey se llama *Zarakiel*» (1).

Las cinco pléyades ó estrellas á que aluden los poetas son Adán y Abraham, estrellas de la ley natural; Moisés, estrella de la ley escrita; Jesús, estrella de la gracia, y Mahoma, estrella de la ley koránica. Los comentaristas del *Libro santo* refieren que «cuando nació el elegido fue llevado al cielo sobre la luna, donde se transformó en una estrella, cuya claridad nadie la sabe sino Alláh, y corrieron hacia él otras cuatro estrellas y le dijeron con una voz misma: *Feliz seas, Mohámmad, legado de Alláh*» (2). Otros afirman que «Mahoma estuvo en el cielo cuarenta años antes de nacer, con Abubacro

---

entre los Moros se tiene por cierto que estas mujeres nunca han de parir, y que sólo las concede Dios para saciar el afecto libidinoso; y que todas estas criaría Dios en el Paraíso; y que las mujeres que aquí tuviesen los Moros serán excluídas del Paraíso, ó allí quedarán viudas, con grandes zelos y rabias, viendo á sus antiguos maridos que se deleytan con otras, y que de ellas no hacen caso» (Fr. F. Alamin, *Op. cit.*, pág. 231).

(1) Almagro Cárdenas, *op. cit.*, págs. 64 y 65. Según la relación hecha por Mahoma de su ascensión al séptimo cielo, el primero es de plata pura, y de él penden las estrellas, sujetas con fortísimas cadenas de oro; el segundo es de hierro duro y bruñido; el tercero, de piedras preciosas; el cuarto, de plata fina; el quinto, de oro puro; el sexto no se dice de qué es, pero el séptimo está hecho de luz divina (Véase la descripción de este viaje en Malo de Molina, *Op. cit.*, pág. 220 y siguientes). En la leyenda morisca de *La ascensión de Mahoma á los cielos*, el primero es de «ondas retenidas, y su nombre es *Arrauach*, y el nombre de su portero *Ismail;*» el segundo es de cobre, su portero se llama *Kambáil;* el tercero es blanco, su nombre es *Azcâitun* y el de su portero *Yeyibil;* el cuarto es de oro, su nombre *Lamebihun*, y el de su portero *Caucab;* el quinto es de «perlas bermeyas», su nombre *Zafohain*, y el de su portero *Safteyil;* el sexto es de «esmeraldas verdes», su nombre *Ararayeyil*, y el de su portero *Yaulil;* y el séptimo es hecho de claridad (Guillén Robles, *Leyendas moriscas*, tomo II).

(2) Almagro Cárdenas, *Op. cit.*

(Abú-Beḳer) y Omarc; y que Dios le miró desde su Trono, cuya vista le causó gran temor y sudor; y queriéndoselo quitar con la mano cayeron seis gotas; la vna se convirtió en Rosa; la otra en Arroz; y las quatro en Compañeros de Mahoma» (1).

Montañas de acero; palacios de cobre fino, de oro, de cristal de roca, y de piedras preciosas, encima y bajo la tierra; murallas de hierro resplandeciente; mares de pez y otros mil prodigios por el estilo, que son hechura de la fantasía, y que no tienen realidad alguna, hay á millares en las producciones literarias de los musulmanes, aunque no hayan sido inventados por ellos, sino admitidos de otros pueblos, ó producto del cruzamiento de razas, por lo cual no son de extrañar las maravillas de todos géneros que describen, y de que hablan los escritores hispano-mahometanos y los moriscos. Con ellas se recrean y se fascinan los africanos, al decir de los viajeros, oyéndolas contar á los que entre ellos tienen este oficio, sin que falten picantes aventuras amorosas, encantamentos y hechizos de príncipes y princesas, con que dan pábulo á la infantil credulidad del vulgo.

Sabido es que Mahoma, con los juegos de azar, las estatuas y la suerte de las flechas, tiene prohibido terminantemente á los fieles el vino, en la aleya 92 de la Sura V del Korán; y aunque en otras partes parece contradecirse, y ofrece á los buenos islamitas arroyos de este licor en el Paraíso, como les recomienda en la aleya 69 de la Sura XVI el fruto de la palmera y de la viña, «de donde obtenéis—dice á los suyos—una bebida que embriaga y un alimento agradable,»—ellos explican la prohibición á su manera; «*Xaythán* (el demonio)—cuentan unos—se presentó un día á un hombre bajo la forma más espantable, y le dijo con tono tremebundo:

«—¡Vas á morir! Te haré gracia de la vida, sin embargo, si

(1) Fr. F. Alamin, *Op. cit.*, pág. 203.

cumples una de las tres condiciones siguientes: mata á tu padre, fuerza á tu hermana, ó bebe vino.

» —¿Qué hacer?...—pensó aquel hombre.—Dar la muerte á quien me ha dado la vida, es imposible; violar á mi hermana, es monstruoso... Beberé vino.

»Bebió, pues, vino, y habiendo perdido el conocimiento con la embriaguez, mató á su padre y forzó luego á su hermana» (1), y he aquí por qué los buenos musulmanes deben abstenerse de esta bebida, que es una abominación, inventada por el demonio para perderlos.

Otros refieren que, habiendo Dios hecho descender dos ángeles á la tierra para gobernar el mundo, conforme á los preceptos divinos, y juzgar al mismo tiempo con verdadera justicia las causas de los hombres, hízoles una mujer, en cierta ocasión que no se determina, beber tanta cantidad de vino, que hubieron de embriagarse y perder la conciencia de sí propios y de la misión que les había sido confiada, hasta el punto de que, inducidos por el demonio, y siendo la mujer por todo extremo hermosa y provocativa, se enamoraron ambos de ella y la solicitaron con vivas instancias para pecar, como lo consiguieron. Airado Dios por el pecado de los ángeles y por la transgresión de sus preceptos, mandó en castigo que fuesen atados con fortísimas cadenas por los pies, y arrojados en el pozo de Babilonia hasta el día del Juicio, en que serán lanzados al infierno (2).

La *Sunna*, amplificando y reglamentando las disposiciones koránicas, declara ser «defendido» «el bino, esquivado y aborrido», añadiendo, además, que «todo brebaje que embriague ó quite la bista ó algún sentido, todo es *harám*» (prohibido), y encargando á los fieles que «no rebuelban ni hagan mezclamientos de los brebajes en uno para beber, aunque cada uno

(1) El general Daumas, *La vie arabe et la société musulmane*, página 29.

(2) Fr. F. Alamin, *Op. cit.*, pág. 219.

dellos sea *halel* (lícito), sino que cada uno sea una especie, como todo dátiles, todo pasas, todo arrope, y no lo mezclen con alguna cosa que no sea de su natural, como arrope con agua ó miel ó su semejante.» Sin embargo, «á los de flaca complisión se da lugar que por bia de medicina ó medicamento puedan tomar en poca cantidad de las cosas arriba dichas, sin mezcla de otras mixturas, como dicho es, pues sean para augmentar la salud y no en otra manera», siendo vedado beber «el mosto que pissan, aunque sea del pie del terrizón» ó viñedo (1).

A pesar de la prohibición de Mahoma y de la *Sunna*, bebieron vino en todo tiempo los musulmanes, y lo siguen beqiendo, así como otros licores, estimándole símbolo de la fuerza y de la generosidad; «por eso—dice un escritor moderno—llamaron á la viña *karmo*, de donde viene nuestra palabra *carmen*, voz derivada de la raíz *karama*, ser generoso» (2), y que en Granada han recibido los huertos y jardines, en que tan rica es aquella ciudad privilegiada. No es solamente el vino, como indica la *Sunna*, bebida ilícita para los muslimes, sino además les está prohibido igualmente todo brebaje que embriague ó haga perder los sentidos, no obstante lo cual, aquellos destilan de los dátiles cierta especie de aguardiente de que beben con delicia. Murga, gran conocedor de la familia de los renegados, refiere que algunos de éstos, «aunque pocos, se dedican ocultamente á la producción de un aguardiente *(magia)* que extraen destilando cantidad de higos

(1) *Memorial histórico español*, t. V, págs. 394 y 395. El capítulo de la *Sunna* á que hacemos referencia, y es el LV, concluye diciendo: «El arrope a de ser cozido en su nombre de arrope, y comprada la uba ó mosto para ello, y cozerlo hasta que haga hilo; esto es *halél* para los muçilimes.» «El arrope que se hazè del mosto del christiano es esquibo y contra *çunna*, y no echen agua en el arrope para beberlo, que es aborrido y contra lo que la *çunna* dispone.»

(2) Almagro Cárdenas, *Op. cit.*, pág. 90.

secos y pasas, á que hacen fermentar con mezcla de agua», y que, «cuando está bien hecho tiene gran fortaleza y es sumamente grato al paladar», produciendo gran placer á renegados y moros, «no tan escrupulosos, como es fama, en olvidar el Alcorán y sus preceptos, cuando se trata de empinar el codo» (1).

Con ingenuidad comparable á la de nuestros rústicos en los tiempos pasados, y que ha inspirado tantas y tan poéticas leyendas en los medioevales, no dudan en que cualquier pico de una montaña es la efigie de una persona que quedó petrificada por suceso extraordinario ó arte diabólico, fantasía de que hay ejemplos en las *Mil y una noches*, y que aun en algunas partes subsiste entre nosotros, como ocurre con la famosa *Cueva de Piñar*, en Granada; «cualquier monte elevado y desprovisto de vegetación», es también testimonio de la maldición celeste, cual se dice entre nosotros; no hay lápida ó inscripción ó sepultura romana, de las que con tanta frecuencia pregonan en Africa el poderío de los Césares, que no oculte un tesoro, según creen nuestros campesinos, y en particular cuando el epígrafe es hebreo ó arábigo (2); las golondrinas son aves sagradas que inspiran religioso temor, y «nadie se atreve á tocarlas, porque aseguran que al que las causa algún

(1) *Los renegados. Monografía de una familia próxima á extinguirse y que no fue descrita por Buffon*, pág. 38. Otro viajero español observa que aunque los más celosos observantes de la fe musulmana se abstienen de las bebidas espirituosas, sin embargo, en las ciudades marítimas, en donde están en contacto continuo con los europeos, muchos de ellos rinden un culto muy asiduo al dios Baco» (Urrestarazu, *Viajes por Marruecos*, pág. 212).

(2) En prueba de ello, recordamos que, cuando en la ciudad de Valencia estábamos hace años copiando la lápida sepulcral arábiga de Mohammad-ben-Abd-il-Láh ben-Sayd, fallecido en 453 H. (1061 J. C.) y que se halla empotrada en la fachada de la casa núm. 4 de la *calle de la Cruz*, los curiosos que nos rodeaban nos preguntaban con viva instancia si hablaba de algún tesoro.

daño Dios le da un temblor en la mano con que lo hizo», como sucede con las ranas, siendo también privilegiados la cigüeña, el cuervo, el ruiseñor y la tórtola, todos animales emblemáticos.

En consideración á lo que previene la *Sura* CXIII, copiada arriba, en orden á la noche obscura, no hay musulmán, por ilustrado que sea, que salga de noche de su casa, sin haber antes en nombre de Alláh conjurado al demonio, ni que vuelva atrás la cara en las tinieblas, aunque oiga rüido á sus espaldas. «Ser *santo* entre los musulmanes—dice Ali Bey el Abbassi (1)—es un estado, ó más bien un oficio, que se toma ó se deja arbitrariamente, y á veces pasa en herencia», habiendo conocido en Tánger el hermano y heredero de cierto Sidi Mohamed el *Háchi*, santo que obtuvo gran reputación, y que estaba enterrado en la capilla en que vivía su sucesor, la cual gozaba del derecho de asilo para todo criminal que quería librarse de las persecuciones de la justicia. Si el *santo* Mohamed había sido hombre honrado, su heredero en santidad era «un pícaro astuto», lo mismo que otros que cita, entre quienes había uno que «corría por las calles como un loco, acompañado de mucha gente: llevaba la cabeza descubierta, larga y enmarañada cabellera, y en la mano una cuerda de una especie de esparto que abunda en el país», y de la cual «distribuía en forma de reliquias pequeños hilitos..... á los que le pedían»; otro santo era ó aparentaba ser imbécil: «está siempre—escribe Ali Bey—en la plaza principal, y su presencia es anunciada por una especie de graznido semejante al del ánade ó

(1) «Aún no hace muchos años—decía Murga en 1868—vivió en Fez un pobre zapatero de viejo, cuyo padre, que había sido un gran Príncipe descendiente del Profeta, se había tenido que marchar de Berbería sin que pudieran acompañarle su familia ni mujeres. Este gran Príncipe, cuyo hijo era zapatero de viejo, se había llamado entre los moros Alí-Bey el Abbassí, y en España se le había conocido por D. Domingo Badía y Leblich» (*Los Renegados*, pág. 105).

pato». «Su traje y modales son sumamente asquerosos: arroja siempre por la boca alimentos que han estado dentro de su cuerpo, y que provoca cuando quiere.» «¡Cosa increíble! Hai fanáticos de fe bastante robusta para chuparlos y aun tragarlos» (1).

Murga refiere verdaderas maravillas de estos *santos*, que constituyen en África una casta, pues heredan los hijos la virtud del padre; «la santidad, por tanto, se transmite, y los hijos de un santo, es bien sabido, empiezan por santitos, llegan á santos y acaban por santones» que hacen milagros estupendos, como curar los enfermos con sólo el tacto ó algunas oraciones; dar vista á los ciegos; oído á los sordos; habla á los mudos; enderezar tullidos; arreglar jorobados; «y si no hay en su historia algunos muertos que hayan resucitado, no hay que achacárselo á su falta de poder para lograrlo, sino á su conciencia escrupulosa, que temería turbar la felicidad de algún bienaventurado, arrancándolo de las delicias del Paraíso, para volverlo á las miserias de la vida.» Alguno, como cierto mulato, protector de renegados, llamado Hach-Abd-es-Selám, tenía el don de la trilocación, del que usó el año 1854, en que hizo la peregrinación á la Casa Santa, habiéndole visto «á un mismo día y misma hora en la Mecca, en Tánger y en Uazzán»; «recibió dos heridas de sable por Septiembre ú Octubre de 1864, la una sobre el hombro izquierdo y la otra en la parte interior de la pantorrilla derecha,» ambas «batiéndose en combate singular, en presencia de sus guardas y criados, con otros santos de igual ó de mayor categoría; pero invisibles en el sitio del combate; como que estaban allá lejos, muy lejos, más allá de la India, que es el límite extremo de distancias entre los mulsumanes berberiscos» (2).

---

(1) *Viajes*, t. I, págs. 43 á 45.

(2) Dió al traste con la santidad de este embaucador una hija de Eva; «la tentación se le presentó bajo la forma de Bolera, y la tentadora lo fue una española, que lucía su garbo y su salero en el teatro de Tánger.»

Larga y aun enojosa sería la tarea de enumerar los milagros ejecutados por estos embaucadores, que explotan la credulidad de las gentes, y cuya ambición y cuya audacia han llegado á veces á trastornar los Estados, como hubo de ocurrir en 1818 con el Hach-el-Arbí, cuyas proezas relata Murga, exponiendo con el humorismo que nunca abondona á este escritor, la graciosa superchería de la venida al mundo del *Mul-Saâ*, para servir los intereses de aquel *santo*, Jefe supremo de la congregación religiosa de los Muley Taïeb, en la cual «los Emperadores de Marruecos, por política y propia conveniencia, son afiliados natos», y cuyo Jefe les da la investidura de la sultanía, los consagra, y también alguna vez los ha depuesto.

Cuenta Murga, con efecto, que «es una de las creencias musulmanas la más ó menos próxima llegada de un terrible y misterioso personaje, llamado *Mul Saâ* (dueño de la hora; dominador del momento) que traerá á la pobre humanidad innumerables males y desdichas. Dará al traste con todo lo existente, y después, como compensación, reinará un largo tiempo en el que hará florecer la paz y la justicia, y en el que los pueblos musulmanes serán árbitros y dueños de los destinos de todos los demás. Pero como la dicha no es completa, tras días tan tranquilos y felices, vendrán otros sobrado desgraciados en los que lloverán sobre los árabes unas desgracias y calamidades, mayores y más pesadas que cuantas registra la historia de su raza.

«Aparecerán los *Jachucha-Machuchas*, pueblos de gigantes, salvajes, feroces é innumerables, á los que *Mul Cornein* (el dueño de los dos cuernos; Alejandro Magno) encerró entre montañas de piedras, coronadas con una cúpula de hierro. El tiempo, que la oxida y la corroe, secunda los esfuerzos de los Prisioneros, que pugnan por quitarse tal montera, y los que,

---

«¡Su santidad cayó! Y con grande atención y *guantes blancos* (escándalo inaudito) iba todas las noches á admirar las piruetas de su amada» (*Los Renegados*; págs. 41 á 45).

una vez de conseguirlo, se extenderán por lo ancho de la tierra como desvastadora inundación.

»Sus estragos serán horribles: cuando pasen por junto á un río ó un estanque, los dejarán en seco, bebiéndose toda el agua en un aliento; cuando atraviesen un campo ó unas huertas, no se contentarán con acabar tan sólo con la fruta, sino que lo harán también con toda vegetación y sus raíces..... En tan tristes y desdichadas circunstancias, Jesucristo, que según los doctores musulmanes, tenemos la candidez de creer que ha muerto, siendo así que los ángeles lo subieron á los cielos, bajará de ellos y exterminará, sin dejar uno solo para muestra, á todo el pueblo Jachucha Machucha. Sus cadáveres insepultos ocultarán el suelo, y Dios, compadecido de los hombres, enviará, para que eviten los malignos efectos de la descomposición, unos enormes pájaros que, cogiendo los cadáveres entre sus garras, los dejarán hundirse en alta mar.

»Jesucristo reinará entonces en todo su esplendor, y hará gustar á los árabes de una felicidad desconocida, que no pueden ni aun soñarla los nacidos. Desgraciadamente... durarápoco...: Jesucristo, tras un corto reinado, acabará sus días en la Mecca; los hombres dejarán de reproducirse; la raza humana se llegará á extinguir día por día, y llegará á la par el fin del mundo.»

Utilizando esta, que es una de tantas tradiciones pronósticos ó *jofores* en que creen los musulmanes, el Hach el Arbí buscó quien hiciera papel de *Mul-Saâ,* y hubo de hallarlo en un individuo que, bajo las apariencias del más exagerado fanatismo, ocultaba lo desmedido de su ambición; tenía por nombre el de *Bu Maza,* «esto es, el Hombre de la cabra,» según Murga, porque una de que era dueño, constituía su única sociedad, en el lugar apartado en que vivía. Tal arte se dieron, uno y otro, que en poco estuvo no consiguiera el Hach sus designios, pues hasta el mismo Abd-el-Cader llegó á caer en la superchería (1).

(1) *Los renegados,* págs. 50 á 58.

Por lo demás, y prescindiendo de otros detalles por el estilo, no hay nada que pueda resistir el poder de los *santos*, á quienes son achacados innumerables prodigios, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, hasta el punto de que aun lo mismo que para nosotros tiene explicación lógica, como fenómeno nada extraño, se presenta á los ojos de los muslimes cual resultado de la intervención de estos seres elegidos. «En el llano de Egres, cerca de Máscara—por ejemplo, dice Malo de Molina,—aparece el río Uad-Froja, que desciende de la montaña de Normot, y en lugar de regar aquel mismo campo, se infiltra y se pierde. La causa de este suceso tan natural, es para ellos un prodigio debido á Sidi-el-Arasch, marabú muy venerado entre los Haschems, que ha hecho retroceder las aguas del río para que no fertilicen los campos que fueron de Sidi-Aly, amante de Fátima, la hija del marabú» que obró tal maravilla (1).

Puede, pues, deducirse de cuanto llevamos indicado, y sin utilizar otros muchos elementos que con abundancia brindan las obras poéticas de los musulmanes en todo lugar y tiempo, que si el medio social en que han vivido y viven los sectarios de Mahoma, patrocina y consiente y admite como naturales las creaciones de la fantasía, derivadas ó no de otros pueblos, no es sino muy conforme á la naturaleza la reproducción de las mismas en la facultad imaginativa, que las dá como vivas y reales, sin que, á nuestro juicio, cuando han encarnado en la religión, como en el Korán sucede, según hemos visto, pueda nadie tildarlos de soñadores, ni tampoco negarles en absoluto la imaginación, pues no viendo sino el lado poético de la realidad, y siendo por lo oriental de su naturaleza primitiva muy dados, hasta en el común lenguaje, al abuso de los tropos, aquella realidad á que prestan entera fe, y que lo es para ellos solamente, adquiere sin igual colorido, que la levanta á las regiones de la fantasía.

(1) *Viaje á la Argelia*, pág. 202.

No hay que hacer para comprenderlo grandes esfuerzos: basta ver que todas sus comparaciones están de la realidad tomadas, y que con frecuencia, cuando leemos alguna de sus producciones, está en nosotros, los europeos, el idealismo que les atribuimos y de que careceu realmente, si no es que, cual ocurrió en España, la sangre con que hubieron de mezclar la suya, según sienta Dozy, modificó las condiciones de su naturaleza. De cualquier modo que sea, y por grandes que aparezcan la distancia que existe entre la doctrina religiosa de los mahometanos y la de Cristo, y la degeneración y postración intelectuales de los sectarios del Islám, conviene no motejarles por su credulidad, sus supersticiones y sus creencias, tal como en resumen quedan expuestas, pues no hay pueblo alguno de la culta Europa al cual sea lícitó presentar en tal sentido como impecable, tanto más, cuanto que cristianos y musulmanes luchamos con armas desiguales en terreno tan fecundo, del que la religión primero y la razón después, procuran arrancar la cizaña.

Rodrigo Amador de los Ríos.

HISTORIA DE LA PLATA

I

Justificadísimo, cual pocos, está el interés de conocer cuanto á la parte histórica de este metal se refiere. Su importancia social, su valor intrínseco, sus propiedades típicas, la facilidad con que se trabaja, sus múltiples aplicaciones, su jerarquía monetaria, su gran importancia industrial y económica, los episodios en que ha figurado como parte más ó menos principal, constituyen un conjunto de motivos, para que se acuda á la ciencia y á la historia en general, en pos de noticias de cuanto con los antecedentes del conocimiento de la plata se relacionan.

La moneda, representación de la riqueza y símbolo del cambio, que nos proporciona el bienestar y la victoria en la constante lucha por la existencia; el objeto que forma la joya; el utensilio de uso diario en forma de cubierto ó de vajilla; la medalla que conmemora un hecho glorioso ó es la significación del mérito; la imagen sagrada de recuerdo venerable, todo lo que las sociedades han querido enaltecer y avalorar, se ha fabricado con un metal que forzosamente ha de tener grandísimo interés, unido en estrecho lazo á la humana historia y ha de figurar ciertamente en los archivos sociales.

Tiene este metal propiedades verdaderamente excepcionales, que justifican el interés con que la humanidad le miró desde un principio y que le halla asociado á sus actos de importancia, significando el valor y aprecio en que lo ha tenido, como una de esas sustancias, que aparte del precio convencional que se le haya dado cuando se presenta en forma de moneda, tiene siempre gran significación por sí misma. Por eso ofrece curiosidad su historia, que ha de participar de científica y vulgar, porque corresponden sus conocimientos á una y otra de ambas manifestaciones.

Que ha figurado la plata en todas épocas en los hechos culminantes de la humanidad, no hay más que abrir la historia para comprobarlo. Lo mismo en el acto inicuo, execrable, realizado qor el Iscariote Judas, al vender á su divino Maestro, el Redentor del Mundo, por treinta dineros de plata, que en la medalla conmemorativa de un acontecimiento, ó en la pluma que sirve para significar la gratitud, ó la legendaria lámina en que se consigna una fecha memorable y se transmite de generación en generación, con el cariño que una familia conserva el objeto que perteneció á un individuo de su seno, ha servido este metal para significar ideas de gran trascendencia.

La antigüedad de la plata es tal, que no es posible fijar de una manera exacta la época en que se conoció por vez primera.

En tiempo de Abraham tenían ya los judíos monedas de este metal, y en Oriente, una de las primeras aplicaciones que se le dió fue la fabricación de armas.

Según Diodoro de Sicilia, se remonta á Hermes Trimegiste (en quien se personificaba la ciencia del sacerdote egipcio) el descubrimiento de la plata, como el del hierro y otros varios metales, aunque esto no es más que hipotético, siquiera tenga el apoyo de una gran autoridad.

Refiérese asimismo que los alquimistas chinos intentaron la trasmutación del estaño en plata, así como la de este metal

en oro, y que en el Éxodo se halla la siguiente frase: «Y el Señor dijo á Moisés: He escogido á Beseteel, sacerdote de la tribu de Judá, para trabajar el oro, la plata, el cobre, el hierro y todo cuanto se refiere á las piedras y trabajos de madera y para ser el maestro de todas las artes.»

Los alquimistas conocieron la mayor parte de sus propiedades, y siguiendo la costumbre de dedicar los metales á alguna divinidad gentílica, consagraron la plata á Diana, símbolo de la blancura, por su color característico. El nombre latino de *argentum* se deriva del griego *argon*, blanco, porque fue una de las primeras cualidades que llamaron la atención la pureza de esa blancura modelo, que es digna de citarse como tipo de belleza.

En los nombres con que se conoce en los diversos idiomas, se recuerda casi siempre, de una manera más ó menos directa, esa blancura como nota característica. Luna y Diana de los alquimistas; *Argentum,* de los latinos; *Silber*, de los ingleses; *Silver,* de los alemanes; *Argent*, de los franceses; *Zilver,* de los holandeses; *Argento*, de los italianos, y *Prata* de los portugueses, con ligerísima variante del español *plata*, constituyen una sinonimia digna de ser conocida, pues se trata de una voz de uso frecuentísimo y en que pocos libros hay donde no esté consignada, en los muchos casos en que hay necesidad de citarla, en la variedad inmensa de asuntos en que se puede mencionar.

Se supone que la plata debió ser conocida al mismo tiempo que el oro, porque es más abundante que éste en la Naturaleza y se encuentra igualmente al estado nativo. Aun cuando no llamara tanto la atención ni excitara los deseos de poseerla que el oro, las denominaciones que se le asignaron en los antiguos idiomas se fundan en su color y aspecto. Así es que *khesef*, ó sea plata, en hebreo, se deriva del verbo *khasaf*, estar pálido, por lo cual, mil quinientos años antes de Jesucrito se describe en el Pentateuco con el indicado nombre.

Plinio dice que los minerales argentíferos se encuentran en

casi todas las provincias del Imperio romano, ó sea en todo el mundo entonces conocido, pero que la España es, sobre todas ellas, la más rica. Refiere también que una vena de plata pone en el camino de otra, que generalmente no está lejos.

La Iberia era abundante en minas de plata, así como las Galias en minas de oro.

Strabón explica cómo se explotaban en la Nueva Cartago (Cartagena) las minas de plata. El mismo escritor añade que «la plata copelada y proyectada en fusión en forma de gotas, toma el nombre de *plata en granalla*, que es la plata muy pura.»

El único compuesto de plata, y el primero que prepararon los antiguos, fue el cloruro, que le obtenían en la afinación del oro, quedando entre las escorias.

II

La plata figura en los monumentos egipcios con las mismas formas que el oro, pero con distinto color. La preparaban en grados desiguales de pureza y se aleaba no sólo con el oro, sino con el plomo y otros metales, lo que ocasionaba la distinción entre la plata sin marca ó sin título, llamada *asemon*, y la plata pura monetaria, cuyo título estaba garantido por la marca ó efigie impresa en su superficie. «Todo oro—dice Plinio—contiene plata en proporciones diversas, y cuando entra la plata en una quinta parte en la aleación de oro, toma ésta el nombre de *electrum*.»

El Emperador Vespasiano decía: *La plata no tiene olor*, porque cuando sucedió á Vitelio en el trono se hallaban los tesoros del imperio en tal estado de desorden, que todos los medios parecían buenos al nuevo César para restaurar el Erario público. Por otra parte realizó Vespasiano tales economías, que se le acusó de una avaricia extraordinaria, hasta en sus negocios puramente personales, pues desde sus juveniles

años había contraído la costumbre de una vida frugal y sencilla, hasta el extremo de que en los días de grandes recepciones no hacía uso más que de una pequeña taza, que conservaba de su abuela materna. Se refiere que entre los impuestos que estableció había uno sobre las orinas, y á eso se debió, sin duda, el que se llamaran Vespasianos los urinarios públicos colocados en las grandes poblaciones. Tito refiere que los romanos repugnaban el dinero que tenía tal procedencia, á lo cual este príncipe contestaba enseñando una moneda, y diciendo: «no miréis de dónde viene, porque la *plata no tiene olor*»; con lo cual quería significar que todos los caminos son buenos para enriquecerse, siquiera la sociedad y las leyes hayan castigado en todas épocas á los que delinquen ó infringen los Códigos ó las conveniencias sociales para lograr el lucro.

En los antiguos papyrus de Leyden, hay manuscritos egipcios, donde se hace referencia á la plata, se habla de su purificación, de la manera de limpiar los objetos de este metal, de sus ensayos, y del dorado de la misma.

El célebre alquimista del siglo VIII, Geber, dijo que era un metal blanco, sonoro, maleable y que resiste á la prueba del cinericio, ó sea la copelación. Dice, que aleado con el oro, no se separa copelándole, siendo necesario entonces un artificio y al contacto de los vapores ácidos y de la sal amoniacal adquiere un hermoso color violado, y quee n mineral no es generalmente tan puro como el oro, porque suele estar mezclado con otras substancias.

La importante operación analítica de la copelación, indicada de un modo vago por Plinio, Strabón y Diodoro de Sicilia, fue tambien descrita de una manera precisa por Geber, al decir que el oro y la plata soportan la prueba de la copelación ó sea del *cinericio*, y que el plomo la resiste mucho menos, exponiendo todos los detalles de este trabajo, desde la formación de las copelas con huesos calcinados, hasta la separación perfecta de los metales que acompañan á la plata, adi-

cionando el plomo para que su óxido, fundido, sea el que separe el cobre á las altas temperaturas á que se somete.

La industria y el arte del platero son tambien sumamente antiguos. Homero hace mención en la Odisea de varios presentes de plata que Menelao había recibido en Egipto, cuyas obras estaban trabajadas con gran gusto é inteligencia. El Rey de Tebas regaló á Menelao dos grandes cubas de plata, además de varios objetos de oro. Alcandra, esposa de este monarca, dió á Helena una magnífica cesta de plata, cuyos bordes eran de oro muy fino y bien trabajado. La mayor parte de las obras de plata ensalzadas por Homero venían del Asia, en donde se admiraba el gusto y riqueza artísticos con que se fabricaban, cuyos datos se han consignado como de gran interés.

Hay algunos objetos de plata que tienen importancia histórica. Así, por ejemplo, la primera medalla de proclamación de Rey en España, que es de plata y representa á Felipe II y María Tudor, está hecha con motivo de la proclamación de Felipe II en el Perú; y es también muy notable otra, hecha por el célebre Jacobo Trezzo, para la proclamación del mismo Rey en Bruselas, que lleva la fecha de 1555, cuyo anverso es el busto del monarca de medio cuerpo y el reverso representa á Apolo, conduciendo el carro del Sol, tirado por cuatro caballos (1).

Los alquimistas conocieron desde remota época la propiedad que tenía el agua fuerte de disolver la plata, dejando el oro intacto y sin alteración alguna, cuya diferencia de acción sirvió para separar estos dos metales, lo mismo en la moneda que en otras aleaciones, y sacaron partido de esta propiedad en muchos casos, para diversos usos, hasta que en 1561, Carlos IX de Francia prohibió, bajo severas penas, el lavado de los objetos y monedas de plata con agua fuerte, pues cons-

(1) *Medallas de las proclamaciones y Juras de los Reyes de España*, por D. Adolfo Herrera.

tituía un fraude de consideración, en virtud del cual se quitaba una parte del metal á los referidos objetos, que se justipreciaban y pagaban como si estuvieran con la cantidad total de plata.

Kunckel, en el siglo XVII, preparaba la plata químicamente pura por el procedimiento que hoy se emplea igualmente. La disolución de la plata en el agua fuerte, la precipitaba por la sal común; el precipitado blanco cuajoso (cloruro de plata) lo mezclaba con potasa (carbonato potásico) y lo calcinaba en un crisol. El mismo autor decía: «el aceite de vitriolo disuelve la plata, pero solamente hirviendo el líquido, y este mismo aceite no disuelve el oro, que puede separarse de esta suerte de la plata.»

Son muy dignos de tomar en consideración por la historia estos datos, pues ponen de relieve el estado de los conocimientos químicos en esta centuria.

Es también muy curioso el hecho que hubieron de observar los españoles en el descubrimiento de América, y es que algunos pueblos usaban cañerías de plata para la conducción de las aguas, lo cual indica no sólo la abundancia de este metal en aquellas regiones, sino la absoluta ignorancia que del hierro tenían, cual aconteció en Méjico y el Perú, donde sus habitantes beneficiaban el oro, la plata y el cobre, desconociendo por completo el hierro, cuya importancia es tan superior á todos.

III

Los árabes fueron los primeros que usaron la plata como medicamento, atribuyéndole propiedades y virtudes cefálicas, cordiales y tónicas. Pablo de Egina refiere que la aplicación de este metal cura la mordedura del escorpión, y Avicena recomienda las limaduras contra las palpitaciones del corazón y fetidez del aliento. En el siglo XVII en cuya épo-

ca fue la Astrología la base de algunos sistemas médicos, atribuyeron á la plata virtudes específicas en las enfermedades del cerebro, pues tenía la cabeza, siguiendo el lenguaje de entonces, correspondencia con la luna, de igual manera que este astro la tenía con la plata, en lo cual fundaban la razón de esta manera de obrar.

Angel Sala, en el siglo XVII, personaje de gran importancia en la historia de la Química, empleó el nitrato de plata en las enfermedades del cerebro, siquiera no tuviese gran número de imitadores en este sentido, pues no consigna la historia el resultado obtenido, siendo de presumir que no fuera muy satisfactorio.

En 1614 fue Sala uno de los primeros que emplearon el nitrato de plata en Medicina, con los nombres de *Cristales de Diana* y *cáustico lunario*, contra las hidropesías y afecciones cerebrales, si bien se abandonó muy pronto su empleo á consecuencia de las perturbaciones intestinales que ocasionaba. Fundido en forma de cilindros, se usó en cirugía como cáustico desde una época bastante remota, y el retumbante nombre ya vulgarizado, de *piedra infernal*, indica lo conocida que era la acción que producía en las superficies denudadas de la piel, donde por su contacto se experimentaba una sensación abrasadora.

Muchos de los preparados de plata se han usado en Medicina desde larga fecha con nombres especiales que recuerdan las ideas y tendencias de la época en que dichos cuerpos aparecieron con la sanción experimental. El bezoárdico lunar y cal de plata, era el óxido de este metal empleado en algunas dolencias del sexo femenino. La plata córnea ó luna córnea (cloruro) se usaba en la melancolía y epilepsia. La luna purgativa y *Argentum hidragogum*, recomendada por Boerhaave contra la hidropesía, era una forma farmacéutica del nitrato de plata unido á la miga de pan y al nitro. Disuelto en el agua, se usó el referido nitrato desde muy antiguo, con los nombres de Agua de Egipto y Agua griega para ennegrecer el cabello.

Debe figurar con justicia en la historia de la plata el nombre de un español, Bartolomé Medina, que inventó en América en 1554 un procedimiento para beneficiar este metal por medio de la amalgamación, ó sea con el auxilio del mercurio, para lo cual se tritura el mineral argentífero con 2 por 100 de cloruro de sodio, se abandona la substancia por espacio de algunos días, y se añade después el mercurio, sometiendo la mezcla á una especie de trilla, para después separar las impuridades mediante la filtración por sacos de lona y, por último, la destilación elimina el mercurio, dejando la plata en masas, que reciben en América la denominación de piñas.

Bartolomé de Medina procedía de Sevilla, y fue á Méjico en 1554, donde trabajó en concepto de minero en la villa de Pachuca. Aun cuando el Alcalde de Corte de la ciudad de Méjico dijo en 31 de Diciembre de 1554, en una carta dirigida al Emperador, que aprendió Medina el procedimiento de un alemán, es lo cierto que lo único comprobado es que corresponde al referido Medina la completa originalidad del invento. Acompañó á éste un tal Rivas y Mosén Antonio Boteller, llamado después á la Península por el director de las minas de Guadalcanal, á fin de que hiciese aplicación en éstas del método cuya práctica conocía tan perfectamente.

También debe citarse el hecho de que el español Juan de Córdova, en el año 1588, hacía la oferta ante la corte de Viena de extraer la plata de cualquiera de sus minerales mediante el azogue, por lo cual resulta igualmente que pertenece á un español la prioridad de haber dado á conocer en Alemania el beneficio de los minerales argentíferos, lo cual contradice lo consignado en el *Diccionario de Química*, de Wurtz, que señalá al Barón Born como propagandista del procedimiento de amalgamación en el referido país; pero los documentos históricos conservados en la Cámara áulica de Viena asignan esta gloria al citado español Córdova.

La gran facilidad de combinarse la plata con el mercurio y la disolución de aquel metal en éste, era conocida desde

tiempo inmemorial, pero corresponde indudablemente á Bartolomé Medina la gloria de haber sido el primero que lo aplicara para separar la plata de sus minerales, pues antes sólo se empleaba el método de fundición, utilizando la solubilidad de la plata en el plomo fundido, separándole después por la oxidación de este último al aire, quedando la plata inalterable como residuo, y sin que ejerza en esas condiciones acción alguna sobre ella el oxígeno atmosférico. Ese mismo era el procedimiento que en América empleaban los habitantes indígenas de aquel país, hasta que pudieron apreciar las ventajas que les reportaba el invento del español, adoptado desde luego por su superioridad sobre lo conocido.

De igual manera, otro español, Alvaro Alonso Barba, natural de la villa de Lepe, en Andalucía, y cura en el Potosí, enseñó otro procedimiento metalúrgico de la plata, que ha recibido el nombre técnico de *beneficio de cazo*, que consiste en mezclar el mineral triturado con un décimo de sal común y hervirle con agua y mercurio en una gran caldera de cobre, en cuyo caso, en el cloruro doble de sodio y plata es reducido este último metal por el cobre de la caldera, y entonces la plata libre se une al mercurio. La obra de Alfonso Barba se publicó en Madrid en 1640.

Vemos, por tanto, que en la historia metalúrgica de la plata figuran honrosamente nombres españoles que han contribuído al beneficio de este metal en condiciones ventajosas.

Merecen conocerse algunos detalles relativos á este personaje.

Alonso Barba fue bautizado en la iglesia de Santo Domingo, en la villa de Lepe, provincia de Huelva, el 15 de Noviembre de 1569. Desgraciado ya al nacer, pues su padre falleció antes de que él viera la luz, tuvo que luchar con la gran escasez de sus recursos; dedicóse al sacerdocio y se embarcó para el Perú, donde comenzó á practicar trabajos metalúrgicos, no incompatibles ciertamente con su sagrada misión; fue en San

Bernardo de Potosí donde ejerció el curato y donde también se dedicó á perfeccionar los métodos conocidos de beneficiación de los metales, no arrastrado en modo alguno por la avaricia, sino deseoso de ampliar sus conocimientos científicos.

El libro, cuyo título literal es *Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por el azogue*, lo publicó por instancias repetidas del Presidente de la Audiencia de la Plata, D. Juan de Lizararu, que deseaba la ilustración de los mineros, á fin de que no trabajasen exclusivamente guiados por el empirismo. La primera edición de este libro es del año 1600, y es sumamente rara. Otra hay de 1640, en 4.°, impresa en Madrid, que consta de 120 folios y 4 hojas al principio, en la cual Alonso Carrillo y Laso añade el tratado de las minas de España. He tenido ocasión de consultarla en los libros raros de la Biblioteca nacional y ver los grabados de que consta. La obra se divide en cinco libros, y en el segundo se habla de la manera de beneficiar los minerales de plata con azogue.

Esta obra se tradujo al inglés y al alemán en el siglo XVII, y al francés en el siglo XVIII. También se tradujo en parte al italiano. Su traductor inglés fue el Conde Sandwich, en 1674, y al francés se hicieron dos traducciones, una en 1733 y otra en 1751.

De todas suertes, este libro, aunque participe de algunos errores de su tiempo, puede calificarse como de notabilísima publicación, en que su autor da gallarda muestra de originales y profundos conocimientos en metalurgia.

Alonso Barba tenía una gran erudición, como lo revelan las muchas citas que hace en su obra de todos los autores que hasta la fecha en que ésta se publicó escribieron de ciencias naturales, y demuestra también, indudablemente, las reiteradas y múltiples pruebas que hizo de los ensayos mineralógicos hasta descubrir el nuevo procedimiento ó modificación ventajosa al ya conocido, de beneficiar los minerales de plata de una manera que facilitase el camino de resolver el problema,

ahorrando gastos y tiempo y consiguiendo una cantidad mayor de metal puro.

Dice muy bien Baulieu en su libro *Essai sur Metalurgie,* que se debe á la España del siglo de Carlos V el procedimiento más exacto y útil y el paso más gigantesco en el beneficio de las minas y operaciones metalúrgicas, hasta el extremo de que puede asignársele, sin pecar de exageración, el honroso dictado de creador del arte y la ciencia de la metalurgia, manifestado en su libro.

Lo juzga de este modo un extranjero, de gran competencia en estos asuntos.

IV

Así es que, antes de conocerse el procedimiento de amalgamación, se beneficiaba la plata con grandes dificultades, pues dependía de una porción de circunstancias el éxito de la fundición, cuales son: la mayor ó menor fuerza del viento y la diferente riqueza del mineral que se sometía al beneficio; pero llegó el uso del mercurio, el cual se practicaba á la temperatura ordinaria, necesitándose solamente; al fin, una porción pequeña de combustible, prescindiendo en absoluto de la fuerza del viento y atendiendo tan sólo á ese carácter fundamental en el que se fijó Bartolomé Medina, cual es la gran solubilidad de la plata en el mercurio, que supo aprovechar con tanta fortuna.

Ni tampoco debe dejarse en el olvido al minero mejicano Juan Capellin, que en 1576 perfeccionó el método de amalgamación, aprovechando el mercurio que se volatiliza, lo cual es muy interesante, tratándose de un metal de valor, haciendo uso de un cono de hierro, que tiene á su vez la ventaja de preservar á los operarios de la maléfica acción de los vapores mercuriales, que en breve período de tiempo pueden acarrear enfermedades terribles y aun la muerte á los desgraciados

que tienen necesidad de hallarse expuestos á esta perniciosa influencia. Como debe igualmente citarse al reformador Fernández de Velasco, que propagó el procedimiento de Medina con gran éxito.

El distinguido metalurgista D. Fausto Elhoyar fue comisionado por el Gobierno de Carlos III, en 1786, para ir á Méjico y perfeccionar los procedimientos metalúrgicos de la plata en armonía con los conocimientos científicos de la época, para lo cual tenía excepcional aptitud por haber sido discípulo del gran mineralogista Werner, cuyas lecciones acababa de escuchar en Freyberg, y estuvo en América hasta 1818, en cuyo largo lapso de tiempo realizó trabajos de gran importancia y trascendencia, y á quien debió la nación no poca honra y provecho.

España ha representado, por tanto, un papel verdaderamente glorioso en la historia de la metalurgia de la plata, pues españoles han sido los que han descubierto procedimientos útiles y caminos viables para poder extraer el metal de los minerales en que estaba combinado y presentarle á la sociedad en el grado de pureza necesario para los usos á que se destina, evitando las pérdidas de metal, de tiempo, de trabajo y de fuerza que se invertían antes de poderle contemplar con su blancura, sonoridad, peso, maleabilidad y caracteres que le son propios. Por eso en todos los libros de Química y metalurgia se ven apellidos españoles en el estudio de la plata, que deben enorgullecernos, por lo mismo que no suele hacérsenos justicia por los extranjeros.

De consiguiente, la historia de la plata lleva envuelto el conocimiento de un asunto glorioso para la historia científica española, porque, según se ha visto, corresponde á nuestra nación, por derecho propio, un puesto honroso en dicho estudio, primero por la abundancia de sus minas argentíferas, ya conocidas desde la remota época en que era la península ibérica una provincia romana, y después, cuando el descubrimiento de América abrió nuevos horizontes á todas las esferas de la in-

teligencia, se ve que nombres españoles son los que figuran en el progreso científico de la resolución práctica del difícil problema de la extracción de la plata de sus minerales.

El conocimiento exacto de todas las propiedades de este metal ha venido en pos de los progresos de las ciencias físico-químicas, que nos han dado, por ejemplo, el número exacto de su calórico específico, debido á los trabajos de Regnault y de Dulong y Petit, así como el ilustradísimo alfarero Wedgwood, inmortalizado no sólo por las artísticas obras cerámicas que salieron de sus manos, sino también por haber dado ocasión, con el pirómetro de su invención, á determinar de una manera exacta la temperatura á que se funde la plata, que corresponde nada menos que á la enorme de 1.000° del termómetro centígrado, ó sea 22° del referido pirómetro.

El estudio de la plata es, pues, una representación exactísima de los progresos científicos, por lo cual habría que mencionar los nombres de muchos químicos, mineralogistas, geólogos, médicos, farmacéuticos, arqueólogos, ingenieros, economistas y otra porción de hombres de ciencia que han intervenido en este conocimiento, aportando algún dato interesante á la monografía de este metal, y por lo tanto sería una lista numerosísima, no fácil de presentar.

Creo que con lo expuesto podrá comprenderse el lugar que merece en la Historia y la importancia científica de este metal.

Dr. Joaquín Olmedilla y Puig.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Sociología: El problema social y el individualismo.=Política: El socialismo electoral. = Ciencias naturales: La inteligencia de las plantas.=Psico-física: Las ilusiones de la sensibilidad en los amputados. = Pedagogía: Verbosos y literarios: su educación. = Estudios militares: Ejércitos mercenarios y nacionales.=Literatura: Las alternativas del gusto literario.

SOCIOLOGÍA

El problema social y el individualismo.—Según las diversas soluciones que el problema del destino humano ha recibido á través de las edades—dice en la *Revue politique et parlementaire* Torau-Bayle,—así se ha modificado el ideal que los hombres se han formado de la sociedad y se han transformado las sociedades mismas. ¿Se considera el hombre capaz de aspirar á una vida eterna, á cuyo lado nada vale la vida terrenal? Pues tenemos en política los gobiernos teocráticos absolutos, en Derecho la herejía y el sacrilegio como crímenes capitales, y en moral la doctrina de la resignación: tal es la Edad Media; los pueblos creen, sufren y esperan, y levantan resignados esas maravillosas catedrales góticas, con tan gran desdén de la gloria humana, que ni siquiera los nombres de sus geniales arquitectos han sido transmitidos á la posteridad.

La historia de la evolución de las sociedades, es la historia de la evolución del problema del destino del hombre, evo-

lución que se caracteriza por tres fases sucesivas: el pesimismo terrestre y el optimismo religioso de la Edad Media, el optimismo terrestre y el pesimismo religioso de la antigüedad, y la concepción moderna de una evolución progresiva.

La idea, en germen entre los alejandrinos y desarrollada como artículo de fe entre los católicos, de que la vida futura es el objeto principal de la vida terrestre, no corresponde al concepto que de la vida se habían formado las sociedades paganas. Es verdad que tienen los Campos Elíseos y el Tártaro, pero allí los bienaventurados no hacen otra cosa que volver á empezar su vida terrestre; para el paganismo, la muerte es la caída en las sombras misteriosas bajo el imperio de las divinidades infernales, y los héroes mismos la temen; henos aquí bien lejos de la teoría cristiana, en germen en Séneca, de que la muerte es un renacimiento, el nacimiento del alma en la inmortalidad. Los hombres de hoy, sin rechazar la teoría de la inmortalidad, se guían por la idea optimista de la posibilidad de vivir todos felices en la tierra.

Las civilizaciones anteriores han creído todas, más ó menos, en el dogma de la caída, en la fábula de la edad de oro y de los héroes divinos; el famoso «estado de naturaleza» de Rousseau, es la última forma de tales concepciones. En el siglo XIX esa fábula desaparece con la reconstitución de la historia, y sólo entonces la filosofía, abandonando los vetustos problemas de lo desconocido, ha fijado su vista en los problemas positivos históricos, apareciendo el problema filosófico como el problema capital de las tres historias: la historia del mundo, que es la hipótesis de Laplace y las teorías geológicas; la historia de la vida, que es el evolucionismo biológico, y la historia de las civilizaciones, que es la historia de las instituciones, del lenguaje, de las costumbres, del arte, de las ciencias, del pensamiento y de la acción, de todo lo que es capaz de ilustrarnos sobre el pasado, el presente y el porvenir del hombre. Esta historia aparece unificada por la idea de la evolución y el progreso, que domina también la filosofía ente-

ra: todo en la naturaleza progresa, todo cambia, todo llega á ser.

Ahora bien: el progreso para los vivientes consiste en la mejora de su bienestar, y esa tendencia precisamente de esa visión de mejora á convertirse en acto, es lo que constituye la llamada «cuestión social». La filosofía contemporánea resuelve en sentido optimista el problema del destino, y ante sus argumentos parecen insostenibles todas las teorías pesimistas. Por de pronto, la tesis pesimista del dolor en el esfuerzo de Schopenhauer, queda sin base si se muestra que para el ser el esfuerzo no tiene por objeto único continuar siendo, sino tender á ser mejor, estando, por consiguiente, la dicha en la acción y no en el reposo eterno; así desaparece el sofisma que decía: vivir es necesariamente obrar, y obrar es siempre sufrir más ó menos. «Obrar—dice Izoulet,—es un dolor para los enfermos y los débiles, pero es un goce para los sanos y los fuertes.» La antigüedad soñó en la dicha para el ciudadano libre; en cuanto al esclavo, ni aun tenía derecho de aspirar á ella, y Atenas contaba 1.500 hombres libres y 20.000 esclavos. El cristianismo, prometiendo á todos la igualdad ante la muerte y ante la justicia divina, apareció como la gran revolución social. El hombre, después de esto, ha querido avanzar un paso más: espera un estado social mejor, una felicidad relativa siquiera en esta misma vida, sin renunciar por eso á la antigua esperanza en la inmortalidad. La esclavitud ha desaparecido; la servidumbre ha sido reemplazada por la máquina-esclavo de hierro; la igualdad de los hombres ha sido proclamada en 1789; queda la igualdad para todos en el derecho á la dicha. ¿Es posible, es realizable esta igualdad? ¿Por qué medios? Tal es la moderna cuestión social.

¿Se puede establecer una ciencia de los hechos humanos con leyes aproximadamente universales? Todos están dispuestos á invocar la razón universal, sin discutirla como en el siglo último; pero pensemos en que ese postulado famoso nos ha valido en la práctica, bajo el reinado de la diosa Razón, nada

menos que los asesinatos del Terror. Las víctimas de 1793 han caído bajo la terrible acusación de ser enemigas «de la razón y del género humano»; era el fanatismo de la razón sustituyendo al fanatismo de la fe. Pero, ¿hay en todos los hombres esa razón universal? Ese postulado de la casi identidad de las almas humanas ha sido tácitamente el de todas las psicologías hasta la psicología fisiológica contemporánea.

Nacida en Alemania y creada definitivamente por Wundt, cultivada hoy en América por W. James, y en Francia por Ribot, Binet y Bourdon, la psicología fisiológica ha resuelto no tratar los fenómenos humanos sino como materiales de una ciencia por construir, sin teorías preconcebidas ni hipótesis metafísicas; fundada aparte de toda Sociología, y hasta de toda filosofía, hace de los fenómenos intelectuales un estudio de laboratorio y se halla, por ende, en condiciones de dar á las cuestiones sociales una solución que no hubieran podido dar los teóricos más sutiles.

Porque la nueva psicología va á preguntarse si el reino de la pura razón no es una quimera, si la diversidad de las almas no es infinita, y, por consiguiente, si las doctrinas que, como el socialismo de Estado, no tienen en cuenta estas diferencias, no deben ser rechazadas como insostenibles.

La diversidad de los individuos es indisputable fisiológicamente, como resulta de la famosa teoría de los temperamentos, de Galeno. Desde el punto de vista psíquico no sólo no tienen ni pueden tener todos los hombres las mismas ideas, sino que el mecanismo mismo del pensamiento, cuyas leyes pretenden exponernos los tratados de psicología, difiere en todos los hombres. Según los experimentos y cálculos de Ribot, es evidente que con las mismas palabras designan los diversos individuos cosas muy diferentes, y que los hombres en este sentido pueden clasificarse en tres grupos: los visuales, los auditivos y los mixtos. Para los visuales, la audición de una palabra sugiere la evocación de la imagen de la cosa, ó bien simplemente la imagen de la misma palabra impresa ó escrita; para los

auditivos, la audición no despierta ninguna imagen, sino por un esfuerzo de la voluntad; los mixtos, en fin, perciben uno ú otro de estos fenómenos, pero sin intensidad.

La conclusión de todos estos estudios es la afirmación de la individualidad, de la impenetrable diversidad de las almas y de las conciencias, comprobada á la vez por los médicos en la teoría de los temperamentos, por los sacerdotes en la doctrina de la gracia eficaz, y por los criminologistas en las novísimas teorías penitenciarias. Es el fracaso de la antropología y de la psicología como ciencias exactas.

Quien diga filosóficamente «el hombre» razona sofísticamente; se puede hablar de «un hombre», de «tal ó cuál hombre»: el «hombre» es una quimera. Este examen de los postulados filosóficos de toda doctrina social nos conduce al resultado de que, siendo los individuos irreductibles entre sí, toda doctrina socialista es de suyo mala y debe ser reemplazada por el individualismo. El problema social no es, pues, un problema que sea susceptible de una solución propiamente científica. Es una cuestión jurídica, pura cuestión de derecho. Veamos sus fundamentos.

Puesto que leyes incognoscibles presiden la evolución de nuestros diferentes «yo», toda teoría que pretenda establecer las bases de una aristocracia cualquiera es insostenible. Hay, sin duda, una crema en la humanidad, pero no la determina la herencia del genio ni ninguna otra causa previsible; importa, sin embargo, que se manifieste, y no se manifestará seguramente sino dando los mismos derechos y los mismos medios á todos los individuos para realizar sus ambiciones y sus sueños.

De aquí la necesidad y el derecho de todo individuo á desarrollar libremente sus facultades y sus aptitudes, de donde surgen el derecho á la educación y el derecho á la sociedad, pues el individualismo absoluto es una quimera. Este problema se complica singularmente si se piensa en los demás deberes del Estado moderno, obligado á garantir la seguridad de

sus nacionales contra los apetitos del extranjero, á elevar á la civilización á los pueblos en inferior estado de cultura, y á hacer respetar en el interior la libertad recíproca de los ciudadanos, de donde la necesidad de un derecho civil, de una legislación penal y de una organización administrativa. La igualdad en el derecho á la dicha sólo puede resolverse por la igualdad en el derecho á la educación y á la instrucción, verdadera solución práctica del problema social.

POLÍTICA

El socialismo electoral.—Es un verdadero apuro—dice Eugenio de Eichthal en la *Revue Politique*—el que pasa quien pretende definir hoy lo que es un socialista. El contacto del socialismo con el sufragio universal y el partido que trata de sacar del voto popular para sus próximos fines, le ha transformado por completo. El partido obrero, que bajo la inspiración de Marx y de Engels buscaba antes por medios exclusivamente económicos el logro de sus fines, despreciando los medios políticos y estimando con Guesde, en 1872, que «toda intervención electoral de la clase laboriosa se vuelve fatalmente en provecho de la burguesía, su enemiga», ha entrado resueltamente por otros caminos, que cambian totalmente de aspecto su organización y programa.

El partido socialista, religioso y autoritario con San Simón, humanitario y sentimental con Fourrier, dialéctico con Proudhon, científico de pretensión con Marx y Lassalle, se presenta hoy como una potencia electoral, aspirando por la papeleta de votación á la conquista del Parlamento y de la sociedad, no para transformar el mundo conforme á un ideal elevado y desinteresado, sino para apoderarse ante todo, en provecho de sus clientes, de lo que bajo su organización actual ofrece el mundo ya de ventajoso.

Las antiguas doctrinas suponían en las almas y en los co-

razones profunda transformación que los caldeaba y los empujaba con profunda impulsión de filantropía. Las necesidades electorales han obligado á nuestros socialistas á hacer promesas á más corto vencimiento y á simplificar considerablemente sus condiciones de realización. ¿Para qué tantas transformaciones complejas y embrolladas en el principio de la propiedad cuando se puede, por un artículo de ley, hacerla pasar de las manos de Juan, que la posee por herencia ó adquisición, á las de Pedro, que tiene ganas de poseerla? «¿Cuál es el objeto actual?—escribía Reclus en el prefacio de *El socialismo en peligro*.—Recoger votos y conquistar los poderes públicos por medio de todas las maniobras que los seducen, guardándose bien de chocar contra sus prejuicios.» «No necesitamos amotinarnos—escribía Jaurés—en un país y en un tiempo en que la legalidad bien manejada es revolucionaria, y en que el régimen parlamentario puede ser formidable instrumento de dislocación y de renovación.»

El trabajo ha comenzado naturalmente por las grandes ciudades y centros manufactureros, terreno adecuadísimo de propaganda por la aglomeración de los sufrimientos y pasiones humanas, la concentración de los talleres, el contacto de la miseria de la multitud con el fausto impudente de opulentas minorías, los rencores de las huelgas, la presión de audaces y tenaces alborotadores sobre los grupos de electores timoratos, y la influencia de una prensa violenta que no retrocede ante ninguna injuria ni ante ninguna mentira, y que persigue con incansable tenacidad su campaña corrosiva y destructora, con plena conciencia de lo que hace. Así han logrado conquistar gran número de asientos en las Cámaras en Alemania, en Bélgica, en Italia, en Francia y en Austria mismo, consistiendo su fuerza principal en representar en los Parlamentos la resultante lógica del sistema de puja de promesas electorales que se ha convertido en base del sufragio universal, obligando á los partidos radicales á hacerles coro para conservar su popularidad.

Los candidatos prometen á la masa electoral todas las satisfacciones imaginables; lisonjean al ser humano en sus pasiones, sus necesidades ó sus concupiscencias materiales, sin hablarle nunca de deber, de necesidad social ó patriótica, de sacrificio al interés general del país. La «solidaridad social» de que tanto ruído se ha hecho, no aparece ya en su boca como manantial de deberes para todos, sino como simple garantía del derecho de cada cual á contar con el Estado para mejorar su suerte y la de su familia: es la organización de la mendicidad social.

Para su propaganda general, el partido ha recortado simplemente la parte económica del programa votado por el Congreso de Marsella: «Jornada de ocho horas; mínimum de salarios; igualdad de salarios para ambos sexos; integridad de la instrucción científica y profesional; niños y viejos á cargo de la sociedad; gestión por los obreros, sin inmixtión de los patronos, de las cajas de socorro y de previsión; responsabilidad de los patronos en materia de accidentes; prohibición de multas; nulidad de todos los contratos en que se haya enajenado la propiedad pública; impuesto progresivo sobre la renta y supresión de la herencia; abolición de las leyes restrictivas de la libertad de la prensa y de reunión; supresión del presupuesto de cultos, de la deuda pública y de los ejércitos permanentes; libertad municipal.» Luego vienen las reivindicaciones locales, que varían según las circunscripciones: «Creación de talleres municipales para repartir la luz y la fuerza á precio de coste; fundación de bibliotecas en las escuelas; organización de representaciones teatrales gratuitas; cantinas escolares, cajas de paro; permanencia de los hornos económicos», etcétera, etc.

Tras la conquista de las ciudades, el socialismo necesitaba conquistar el campo, terreno nuevo y difícil, porque el aldeano es desconfiado y muy apegado á sus costumbres. En el campo reina el individualismo, á veces exagerado. Intentar arrancar á la «estupidez labriega» su profunda pasión por la

tierra, por *su* tierra, hubiera sido pueril y contraproducente. Los socialistas lo han notado, y á pesar de las protestas indignadas de Engels y de los fieles discípulos de Marx, contra los «preparadores de trampas para aldeanos», han buscado el medio de salir del paso, y en lugar de amenazar á la pequeña propiedad, la prodigan lisonjas y promesas, apiadándose del pobre propietario rural y ofreciéndole la supresión de los impuestos que pesan sobre él, la abolición de las deudas quirográficas é hipotecarias, los derechos de mutación y otra multitud de cosas.

Poco les importa á los oradores del partido que les demuestren la imposibilidad de definir claramente lo que entienden por «pequeña propiedad». «Os es imposible—les dice su antiguo aliado Goblet—distinguir entre la propiedad individual y la propiedad capitalista. Es verdad que Deville parece no conceder el título de propiedad individual sino á la tierra explotada por el pequeño propietario, y que baste para satisfacer sus necesidades; pero añade que, donde hay posesión suficiente para ocupar á varios jornaleros, pero insuficiente para dispensar al poseedor de trabajar por sí mismo, no se trata de un verdadero capitalista; en tal caso, supuesto un propietario que ajusta varios obreros y los dirige, ¿trabaja por sí mismo en el sentido que quiere Deville? ¿O necesita tomar en el trabajo una parte material, cogiendo la pala ó el azadón? Y entonces ¿cuántos azadonazos necesita dar para que su explotación deje de ser individual y se convierta en capitalista?» El sistema en este punto está tan lleno de tinieblas y contradicciones, que no es posible definirlo con exactitud. El caso es halagar al pequeño propietario que dispone de millones de votos. Por eso se les habla de rectificación del derecho de propiedad á costa del vecino más rico, de obras de asistencia gratuíta, de pensiones del Estado, de crédito barato, de supresión del servicio militar, y del presupuesto del culto y de la magistratura. Así se llega al ideal actual: «la conquista de los Poderes públicos por el proletariado organi-

zado», según el Manifiesto de los Diputados socialistas últimamente elegidos en Francia.

Del dicho al hecho hay gran trecho, y el pueblo va comprendiendo que es juguete de un nuevo género de explotadores. Quizá la lección resulte provechosa para la democracia reflexiva, que debe abandonar el terreno de las concesiones aventuradas, encerrándose en los límites del derecho y de la realidad.

CIENCIAS NATURALES

La inteligencia de las plantas.—Con el título de *The Brain-Power of plants,* ha publicado Arturo Smith un trabajo que, como dice con razón Barine en *La Naturaleza*, sería quizá profundamente despreciado por la *Chronique Scientifique*, de Parville, pero que no deja de ser curioso, y de contener, enmedio de sus exageraciones, datos interesantes.

Que el universo entero piensa, y que piensan los seres todos de la creación, es doctrina antiquísima, de carácter puramente poético, hermosamente desarrollada en un famoso soneto escrito en 1845 por Gerardo Nerval.

Arturo Smith no llega al extremo de otorgar á las piedras y á las paredes inteligencia y sensibilidad; pero en cambio, con el lenguaje reposado del hombre de ciencia convencido, sostiene la tesis de que las plantas poseen, no «alma» porque esta palabra no tiene sentido para un materialista como Smith, sino cierta «potencia cerebral» ó «poder intelectual» (*brain-power*), que viene á ser algo como el puente que enlaza entre sí los reinos animal y vegetal.

«No faltará probablemente—dice Smith—quien pregunte cómo pueden poseer las plantas facultades cerebrales, no teniendo cerebro ni tejido nervioso; pero si es cierto que nadie ha encontrado el cerebro de una planta, muchos de los movimientos que ejecuta y no pocas circunstancias de su vida

tienden á probar que poseen una facultad superior al instinto que se aproxima mucho á la capacidad de razonar que se encuentra en los animales».

En apoyo de su tesis cita Smith multitud de hechos, relativos casi todos á la necesidad que las plantas tienen de descanso: la lila acuática hace los preparativos del sueño á la puesta del sol, cerrando sus flores, escondiéndolas bajo el agua y despidiéndose hasta el amanecer del siguiente día, en el que se despierta subiendo á la superficie del agua y abriendo sus flores de nuevo; la mimosa duerme con sueño muy irregular durante el día, bastando la presencia de una nube para que repliegue sus hojas y deje caer sus ramas; todo vegetal duerme de diez á diez y ocho horas diarias, y si se le priva de este sueño forzando su actividad, como cuando en los establecimientos de floricultura se activa el desarrollo prematuro, condenando al insomnio á las plantas, estas se debilitan y mueren.

Ahora bien: «Este sueño de las plantas—dice Smith—idéntico fisiológicamente al sueño animal, no existe sin alguna causa; en los animales superiores, el sueño representa el reposo del cerebro y del sistema nervioso; por consiguiente, el de las plantas es una prueba de la existencia del sistema nervioso y de algo que en ellas desempeñe las funciones cerebrales».

Por otra parte—añade,—«los conocedores de las costumbres de las plantas saben que éstas poseen la facultad de adaptarse á las circunstancias que las afectan, ejecutando muchos actos y movimientos que no pueden considerarse como automáticos é instintivos. Todos conocen las sensitivas, pero muchos ignorarán que cuando se toca una misma hoja repetidas veces, las hojas próximas, aunque no sufren el contacto directo, van también cerrándose poco á poco, y si se continúa excitándolas, acaban por rendirse de fatiga y dejan de replegarse. Otra planta, de Bengala, ejecuta con sus hojas los más bruscos movimientos, bailando á su modo, deteniéndose y volviendo á empezar sin causa ninguna aparente, siendo inútil

excitarla cuando está durmiendo, mientras que si se la sujeta durante la vigilia, vuelve á empezar su danza en cuanto se la deja libre. La radícula, en fin, ó futura raíz de los granos sembrados en posición invertida, suministra á Smith una prueba concluyente por el hecho del movimiento que ejecuta dando la vuelta para buscar la tierra sin equivocarse jamás, hecho del que ya Darwin había dicho que «casi no hay exageración en afirmar que la terminación de la radícula, provista de sensibilidades tan diversas, funciona semejantemente al cerebro animal».

Para Smith estos fenómenos y el de que las plantas sean tan sensibles como el hombre á la acción de los narcóticos y de los estimulantes, no pueden existir separados de la idea de animalidad, siendo «completamente inútil citar otros para probar que la *potencia cerebral* puede existir y existe realmente, á pesar de la carencia de cerebros visibles,» llegando á sostener que, en el instante actual, «la mimosa puede ser definida por el hombre, mientras éste no puede serlo por la mimosa;» pero que, aun siendo dudoso que la mimosa nos alcance y llegue á «definirnos,» la distancia entre ella y el hombre irá disminuyendo.

Esta concesión de facultades anímicas, siquiera aparezcan disfrazadas con el nombre de *cerebralidad*, á los vegetales por un materialista convencido, revela una vez más la existencia en el hombre de ese *quid divinum* que le permite crear los cuentos de hadas y soñar con ideales y que hará siempre del hombre el ser privilegiado de la creación.

PSICOFÍSICA

Las ilusiones de la sensibilidad en los amputados.— El artículo que el Dr. Menard dedica en el *Cosmos* á este interesante asunto es sumamente curioso.

El hombre tiene la conciencia de su ser, el sentido de la po-

sición de todos y cada uno de sus miembros, y aunque los miembros falten, ese sentido subsiste, y es el que da origen á las ilusiones á que están sujetos los amputados, ilusiones de tal modo engañosas que á veces necesitan los amputados apelar á todos sus sentidos y razón para convencerse, viéndose, palpándose y reflexionando, de que sus sensaciones son totalmente ilusorias.

«Demasiado sé—decía un enfermo á Pitres—que he perdido la pierna derecha, y, sin embargo cuando analizo mis sensaciones, siento mucho más dolor en el pie que me falta que en el que me queda: el primero me hace daño constantemente y el segundo no me causa ningún sufrimiento; si la vista y el tacto no me dieran la prueba de que el pie dolorido no existe, creería firmemente que sigue en su sitio.»

Otro enfermo de Pitres, á quien se había amputado el antebrazo derecho, perdió una mañana el equilibrio al vestirse por quererse coger á la cabecera de la cama con la mano ilusoria; contando con aquel apoyo imaginario intentó levantarse, y como el apoyo no existía, cayó al suelo. Otro sujeto á quien también faltaba una mano, estuvo mucho tiempo contrariado porque al querer coger los objetos tendía hacia ellos la mano que no tenía, y se encontraba chasqueado. Un amputado del dedo índice rompió multitud de vasos y platos porque siempre contaba al cogerlos con la presión del dedo de que carecía.

La explicación que de tales hechos daba en 1822 el abate Hanapieu es la de que tenemos, por decirlo así, dos cuerpos: uno de materia bruta y otro de flúido vital; amputada, por ejemplo, una pierna, la materia falta, pero el flúido continúa existiendo, y el dolor que el amputado siente en el pie cortado es un dolor efectivo que existe en el pie fluídico.

«Conozco una joven—dice el autor—á quien se amputó una pierna por el muslo, que muchas veces quería sostenerse y aun dar pasos apoyada en sus dos piernas, siendo preciso advertirla que no tenía puesta la pierna de palo para que se

contuviera. Un oficial á quien habían cortado también la pierna por el muslo, andaba á veces hasta el centro de la habitación sin darse cuenta de que no tenía puesta la pierna de palo; entonces la reflexión le hacía caer en la cuenta de aquella falta y la pierna fluídica carecía de fuerza para sostenerle.»

«Si yo dijera—afirma otro amputado—que estoy más seguro de la existencia del miembro que he perdido que de la del que conservo, no diría más que la verdad.» La ilusión es más completa todavía en los casos de sensaciones de picor, comezón ó calambres; el enfermo se mueve, se rasca ó se frota, y no encuentra más que aire donde le pica.

Las ilusiones del pie y de la mano, según Weir Mitchell, son las que se presentan con mayor claridad, y sobre todo los dedos de la mano y del pie; luego sigue el pulgar, después la canilla y la muñeca, y rara vez la rodilla y el codo. Las excitaciones eléctricas ó de otra clase, provocadas en la piel del muñón ó en los nervios que en él terminan, despiertan ó renuevan dichas ilusiones.

«Hace poco tiempo — dice el mismo Weir Mitchell — electricé á un hombre que había sufrido la desarticulación de un hombro, y lo hice sin advertirle nada respecto al resultado que yo creía posible. Hacía dos años que había dejado de sentir la ilusión de la presencia del brazo, y en el momento que la corriente eléctrica atravesó el plexo braquial, el enfermo se puso á gritar, «¡Ay mi mano! ¡Ay mi mano!» haciendo esfuerzos por coger la mano ilusoria. El fantasma evocado por mí desapareció rápidamente; pero el paciente quedó asombrado del carácter de indudable realidad que había revestido.

Todos estos experimentos confirman la ley fisiológica en virtud de la cual una irritación en el trayecto del nervio se transporta hasta la extremidad. En los centros nerviosos existen imágenes motrices que á veces se despiertan por ciertos movimientos. Cuando se excitan los nervios que conducen al cerebro las impresiones destinadas á despertar las imágenes

motrices, se despiertan estas últimas, aun faltando los órganos destinados á ejecutar los movimientos. Esta excitación de los nervios, que llega hasta la extremidad de los miembros, se produce á cada momento en la piel del muñón, puede provocarse por mil causas accidentales, y es la que explica las ilusiones de la sensibilidad de los amputados.

PEDAGOGIA

VERBOSOS Y LITERARIOS: SU EDUCACIÓN.—A propósito del interesante artículo de Binet (1), sobre la clasificación de las aptitudes de los alumnos, protesta Rieffel en la *Revue des Revues* contra las denominaciones de *literarios*, *científicos y artísticos* en que Binet los divide, estimando, á nuestro juicio con razón, que es una verdadera profanación calificar de espíritus *literarios* á los que se distinguen «por el desarrollo de la función lenguaje y de las partes del cerebro correspondientes á esta función.»

Los individuos llamados espíritus *científicos* por Binet, tienen la facultad de percibir bien las formas y de representárselas, siendo, ante todo, fieles observadores; pero no todo observador es un espíritu científico: hay los observadores del tipo inteligente, representados en su más alto grado por Herbert Spencer, Darwin, Claudio Bernard; los observadores artistas, de que es tipo Pedro Loti, por ejemplo; y los observadores puros, como Balzac, que no es, precisamente, ni un artista ni un sabio. Hay otros espíritus que perciben, sobre todo, las palabras, que retienen con preferencia las palabras, que sólo piensan con palabras, cuya cabeza está llena de signos abstractos, sin imágenes de realidades objetivas. Esos son los que el director del laboratorio psicológico de la Sorbona

(1) Véase en LA ESPAÑA MODERNA de Octubre (tomo 118), nuestra *Revista de Revistas*.

llama «espíritus literarios» poco capaces de representarse los objetos en el espacio.

El nombre está mal elegido, porque los hombres que llamamos literatos, los verdaderos «espíritus literarios», están grandemente dotados de imaginación visual. Chateaubriand, Gauthier, Víctor Hugo, Zola, los Goncourt, Daudet, Loti, Maupassant, Huysmans, están prodigiosamente dotados de la facultad de representarse los objetos en el espacio; en cuanto á Flaubert es un verdadero escultor: *Salambo* es una obra de arte plástico.

Claro es que «el desarrollo de la función lenguaje» facilita al literato su misión; pero los individuos que tienen muy desarrollada esa función sin ver ni representarse bien los objetos en el espacio, lejos de ser espíritus literarios, escribirán siempre mal, aunque escribirán mucho. Amontonarán frases y metáforas rimbombantes, pero incoherentes y sin realidad. La famosa frase de Prudhomme «el carro del Estado navega sobre un volcán» es un ejemplo de lo que tales gentes pueden producir en literatura.

Semejantes individuos deben llamarse *verbosos* para no profanar el epíteto literario. Abundan entre los versificadores y los políticos, periodistas y diputados. Padécen de lo que el profesor Carlos Richet llama *psittacismo*: en ellos las palabras y las frases se desarrollan como en un fonógrafo; tras ellas no hay nada. Los políticos, sobre todo, son verbosos, porque para ser elegido diputado hay que saber hablar, pero de una manera vaga; hablar con precisión es comprometido; hay que contentarse con hacer desfilar ante el lector ó el auditorio palabras agradables.

Ahora bien: ¿debe darse á los verbosos, como quiere Binet, la educación clásica, habituándoles á no almacenar más que palabras? Tendremos hombres que sepan hablar y escribir con profusión, *pies de tertulia* de primer orden, que podrán llegar á ser hasta tribunos populares y ministros; pero tales hombres serán ciudadanos casi necesariamente perjudiciales; se

sentirán con la fuerza y les reconocerán la fuerza para dirigir á los demás; y como no saben nada, no pueden hacer más que estraviarles. Para comprender la enorme potencia social de ciertos grandes verbosos, hombres que tienen la tercera circunvolución izquierda enorme en un cerebro de imbécil, hay que fijarse en que la multitud admira siempre al que habla sin vacilar, dejándose arrastrar por el ritmo y el canto de las frases, como se siente uno arrastrado por la música de un regimiento en marcha. Y ese gran orador, que no es más que un molino de palabras, llega á ser el director del país; imaginad el daño que puede hacer si es violento y pérfido.

Los verbosos, además, son incapaces de ser eficazmente morales, aunque sean naturalmente buenos, porque para saber si una acción es buena ó mala hay que prever sus resultados y ser un espíritu observador, conocedor de la realidad. Los vocablos, por otra parte, son para los verbosos perpetua causa de engaño moral. Supongamos cien hombres atacando una aldea, matando y saqueando á sus habitantes; si esos cien hombres se llaman bandidos, su conducta aparecerá horrible á los verbosos; si se llaman soldados, el hecho se convierte en una hazaña digna de recompensa.

Un hombre asesina á una mujer que no quiere vivir con él; el abogado, con trémolos en la voz, exclama: «¡Ah, señores! ¡La amaba!» Esta palabra enternece al Jurado, y el asesino queda absuelto. Se ha convenido en que el honor es una gran cosa y en que hay que atender al honor más que á la vida; bastará, pues, cubrir con el nombre de honor los mayores absurdos para que ciertas gentes los cometan y se crean obligadas á introducir una barra de acero en el vientre del caballero que les ha dirigido un epíteto desagradable. Nuestros legisladores han castigado con prisión los insultos al ejército. El ejército es una palabra que da hoy una sensación vaga y mística evocando las ideas de bandera, patria, heroísmo, gloria, etc. ¿Cómo no meter en la cárcel á quien ataque cosas tan hermosas? Pero en cuanto á lo que es el ejército, la definición

no importa, aunque en realidad sea toda la masa de defensores del suelo nacional, á la que nadie puede atacar, porque sería atacarse á sí mismo como parte integrante de esa masa.

Si tenéis bajo vuestra tutela un niño que tenga «el don de la palabra», por piedad no le obliguéis á los estudios clásicos, porque sería un azote social más. Hechos y hechos, cosas y cosas, observación directa, reflexión personal, estudio propio, eso es lo que se necesita: la educación por medio de la realidad observada.

ESTUDIOS MILITARES

Ejércitos mercenarios y nacionales.—Con motivo de un artículo inserto en *La Correspondencia de España* por D. Genaro Alas, publica el distinguido escritor militar D. Pedro A. Berenguer, profesor de la Escuela Superior de Guerra, en la *Revista Contemporánea*, un trabajo tan lleno de miga como suelen ser los que brotan de su finísima pluma.

Afirmaba el Sr. Alas que «no sólo la equidad sale ganando en el sistema inglés respecto al italiano *y otros idénticos, sino también el interés nacional;* pues aunque sea caro el hombre mercenario, *que lo mismo soldado que oficial echa sus cuentas* antes de dedicarse á la profesión militar, siempre que se trate de otra cosa que defender el suelo patrio, *ese mercenario resiste más y ha aprendido más que el mozo llevado á la fuerza* á una ocupación pasajera».

El Sr. Berenguer afirma, en cambio, «la conveniencia de los ejércitos *nacionales* que, fundando el *deber* del servicio militar en principios sociales más elevados que los industriales y mercantiles que informan la organización de esos ejércitos mercenarios en las naciones continentales donde todavía quedan algunos restos de idealismo, comprenden toda la realidad del fundamento del deber militar, y ni los soldados, ni mucho me-

nos los oficiales, echan otras cuentas que las de cumplir dicho deber, que es *obligatorio* é *inalienable* para todo ciudadano.»

El mercenario *resistirá más* que el recluta nacional mientras no le falte un prest subido, pagado puntualmente, cómodos alojamientos, trajes vistosos y alimentación suculenta, cosas todas que sólo pueden dar naciones adineradas y mercantiles como Inglaterra y los Estados Unidos, sin que por eso tales ejércitos mantengan siempre su crédito militar, como sucedió en 1882 en el Transwaal al general Wood.

Moral, política, civil, militar y económicamente, hay un empeño recíproco entre la sociedad y el ciudadano; aquélla presta diariamente á éste servicios y protección; éste á su vez debe pagar esa protección con su persona y bienes: tal es el *fundamento racional del deber militar*. «Se puede asegurar—decía Freycinet—que la inferioridad de nuestra educación nacional es la causa de nuestras derrotas; hemos sido batidos por adversarios que han empleado la previsión, la disciplina y la ciencia; lo que prueba en último análisis que *hasta en los conflictos de la fuerza material la inteligencia es la que triunfa*.» La instrucción y el servicio militar son obligaciones generales cuyo abandono implica el suicidio. Tan pronto como los ciudadanos de un Estado prefieren contribuir á la defensa general con su dinero mejor que con su persona, la sociedad recibe una herida de muerte, y pronto ó tarde se disolverá.

Al nacer un ciudadano, nace un soldado para la patria. La defensa de la patria no es una carga, sino un deber, en cuyo cumplimiento *nadie puede sustituirnos*. Los partidarios de los ejércitos de voluntarios consideran la milicia como un oficio y no como una función social. Los cuadros, de segundo teniente á General, deben hacer, en efecto, del servicio militar su profesión; pero pretender ensanchar ese principio hasta el simple soldado, resulta contraproducente, expuesto, antipolítico y poco moral.

Las teorías de la sustitución y de la redención, son inmorales, perturbadoras, inicuas, y tienden á dar al ejército un

carácter que no debe tener, y á divorciarlo más y más de la sociedad civil. El ejército no es «una casta en el Estado». La Administración no es propiedad de manos privilegiadas que operan en el misterio y lejos de las miradas públicas. El ejército es nacional, y la nación entera debe escrutar minuciosamente todo lo que le concierne. El concurso del elemento civil, como dice Freycinet, es el único que puede dar á la institución la vida y la fuerza de que carece actualmente entre nosotros.

Desde la más remota antigüedad se han considerado suficientes tres líneas tácticas en los órdenes de combate; es dable esperar que, rota y deshecha la primera línea, la segunda pueda restablecer el equilibrio del combate; aun destruído y anulado el segundo esfuerzo, posible es que, haciendo avanzar la tercera línea, ya que no se consiga la victoria, se amengüe la derrota; pero hecho este tercer esfuerzo, si con él no se recupera lo perdido, ocioso sería intentar el cuarto.

Pues lo mismo que sucede con las líneas tácticas, ocurre con las líneas orgánicas. Una nación debe poner en acción tres ejércitos: de primera, segunda y tercera línea, con fuerza igual ó casi igual. Admitiendo, pues, cuatro ó cinco contingentes para cada ejército, los límites de edad serían: de veinte á veinticuatro ó veinticinco años, para el primero; de veinticuatro ó veinticinco á veintiocho ó treinta, para el segundo, y de veintiocho á treinta y dos ó de treinta á treinta y cinco, para el tercero. Y esto responde á la naturaleza humana, pues después de los treinta y cinco años empieza á aparecer la grasa en el organismo, y la vida sedentaria ofrece más atractivos.

LITERATURA

Las alternativas del gusto literario. — Max Nordau publica con este título en la *Rivista Moderna di Cultura*, un artículo, sosteniendo que el gusto literario cambia, por término medio, cada treinta años.

«De aquí á veinte años—había dicho un articulista anteriormente—ciertas celebridades de estos días no serán más que nombres obscuros, perfectamente ignorados por nuestros hijos.» Esa afirmación—dice Max Nordau—no es una *boutade*, sino la expresión de una ley cuyo funcionamiento es fácil de demostrar en la historia del arte y de la literatura. Así, cuando yo me he fatigado tanto — añade — en analizar nulidades pretenciosas ó bullangueras, en descubrir su vaciedad ó su idiotismo, en caracterizar la asnería ó la fanática prevención ó la desvergüenza de los que componen una fama cosmopolita á esas producciones inefables de imbéciles ó de bribones corruptores, me acontece sonreirme de mí mismo. «¡Demasiado celo! —me digo.—¿Para qué sirve combatir toda esta inmundicia? Son la moda del día; y oponerse á la moda del dia el día mismo, es imposible, y oponerse hoy para mañana, es inútil; la moda desaparece por sí misma.»

Hay una ley general á que están sujetas tanto las obras de valor como las estúpidas elucubraciones que han podido imponerse por un instante á la atención pública. Pensad en los cambios de estimación que han sufrido las obras de Bach, de Berlioz, de Schelley, de Grillparzer, de Keller, de un lado, y del otro las de Eberl (un músico elevado por sus contemporáneos por encima de Beethoven), de Mengs, de Cabanel, de Metastasio, de Bulwer-Lytton, de Auerbach. Unos, desconocidos al principio, son hoy admirados; otros, exaltados por un momento, han caído en el olvido y el desprecio. En todos los casos hay, entre el ostracismo y la apoteosis, un intervalo que oscila entre veinte y cuarenta años, cuyo término medio es treinta años.

¿Cómo explicar esta cifra que preside al funcionamiento de lo que podría llamarse «ley de la alternativa del gusto?» Sencillamente con la demografía: treinta años es la duración media de una generación. El intervalo entre la derrota y la victoria, ó viceversa, es la expresión aritmética de un hecho psicológico: el gusto del hombre es inaccesible á una conver-

sión. Los grandes éxitos en arte y poesía continúan produciendo su efecto mientras vive la generación que ha colaborado en ellos; llegan á ser parte de la vida misma de esa generación confundiéndose con sus más caros recuerdos; la canción en que se ha complacido, el sainete que le hizo reir, la novela que le quitó el sueño, siguen siendo hasta su muerte la perla en su género, mientras los que vienen al mundo después encuentran floja ó ridícula la obra tan alabada, sin que hecho tan general admita apenas excepción, pues hasta las obras destinadas á vivir siglos sufren un eclipse cuando sus contemporáneos abandonan la escena.

Involuntariamente viene á la memoria, con este motivo, la anécdota contada por Alejandro Humboldt de aquel papagayo que había vivido entre los indios Aturos y había aprendido gran número de palabras de su lengua; la tribu atura desapareció, y cuando el papagayo se hizo viejo, no había nadie en el mundo que pudiera comprender su lengua, siendo el único viviente que hablaba en aturo, y desapareciendo para siempre con él la lengua atura. Todo ser culto es, por decirlo así, un papagayo de los aturos de las obras de su juventud; estas viven mientras vive él mismo y mueren cuando él muere.

Dos generaciones son dos mundos extraños y hostiles uno á otro, y sin medio alguno de ejercitar uno sobre otro más efecto que el de la repulsión. Una obra discutida ó rechazada en sus comienzos, sólo puede producir efecto en el cambio del gusto con una condición: que haya un partido ó por lo menos una persona que no deje de luchar por ella. Así, como suena, una persona, una sola, basta, si es fuerte, infatigable é insensible á la risa. Siempre producirá gran impresión el hombre que, erguido en la montaña, grita con gran fuerza de entonación y de gesto: «¡Ay de tí, Jerusalem! ¡Ay del pueblo pecador, del pueblo de las grandes iniquidades!» La mayor parte de la gente no escucha y sigue indiferente su camino; algunos se detienen para cantar; pero los hay que se conmueven,

que se unen al profeta, y le eligen jefe y maestro, elevando sus palabras á la altura de dogmas. Rodeado por esta guardia de honor, el profeta continúa sus elogios y sus maldiciones, su partido va creciendo y los adversarios van disminuyendo, según la ley de las tablas de mortalidad, y desaparecen al fin, salvo unos cuantos papagayos aturos que quedan en estado de incomprensibles curiosidades.

Tal es el análisis del fenómeno que viene llamándose sin razón «cambio del gusto», cuando debiera llamarse «alternativa del gusto», porque no se trata del cambio del gusto de una misma generación, sino de la desaparición de los que profesan tal gusto sustituídos por quienes tienen el opuesto. De este análisis resulta una ley fundamental de la psicología de los éxitos artístico-literarios; cuando una obra no llega á la consagración sino una generación después de su nacimiento, no se tiene el triunfo de la obra, sino el triunfo de una voluntad, de la voluntad del hombre que se ha constituído en su defensor.

La multitud no está organizada para formar juicios estéticos independientes sobre producciones que pasen del nivel más primitivo del arte. Todo producto artístico obra ejerciendo una sugestión; el artista sugiere al público sus propias ideas y emociones; pero la masa es inaccesible á esta sugestión de primera mano, y el crítico solamente es el que le sugiere lo que la obra debe hacerle experimentar. Lo esencial es, pues, que se encuentre un crítico cualquiera de fuerte voluntad, atrevido, que grite sin cesar al público: «¡De rodillas! ¡Admírate! ¡Conmuévete! ¡Entusiásmate!» Argumentar y probar es completamente inútil y hasta nocivo, y los hipnotizadores de la multitud lo saben perfectamente. De hecho, ellos obran siempre conforme al siguiente axioma: «Ante la multitud, la mejor prueba es una afirmación imperiosa.» Con un abogado semejante, la obra triunfa sobre aquella generación; sin él, ni Esquilo, ni Dante, ni Gœthe serían admirados.

Balzac apenas era ya leído y nada apreciado cuando Zola,

en 1875, empezó á proclamarle el Shakespeare del siglo XIX; y todos los franceses que entonces tenían dieciocho ó veinte años, se arrodillan hoy ante Balzac como ante el Shakespeare del siglo XIX. El mismo servicio prestó en 1880 Bourget á Stendhal, y con el mismo éxito. La buena y sensible señora Desbordes-Valmore, mientras vivió, sólo fue apreciada por pocos amigos, y una vez muerta estaba del todo olvidada; bastó entonces que aquel matoide de Montesquieu escribiese sobre ella algunos artículos histéricamente extasiados para reclutarle una congregación de creyentes y para conseguir erigirle un monumento que no tienen todavía Lamartine, Alfredo de Musset ni Víctor Hugo. ¿Quién se atreverá á decir que la redivivencia de la gloria de un Balzac, de un Stendhal, de una Desbordes-Valmore sea el desquite de estos muertos? Es sencillamente el triunfo de la fuerza de sugestión de Zola, de Bourget, de Montesquiou.

La metagénesis (ó generaciones alternativas), fenómeno biológico bien conocido en las escalas inferiores de las series animales, es la ley de apreciación de los valores estéticos, y su norma, usando el tecnicismo fisiológico, es catabólica y no anabólica; pero sea catabólica, es decir, una descomposición, ó anabólica, es decir, una formación, es siempre metabólica, es decir, una transformación. Dejemos, pues, que los papagayos chapurreen la lengua atura, hoy todavía hablada por una tribu numerosa, pero destinada á desaparecer rápidamente, y continuemos trabajando con ánimo sereno en la obra positiva de los educadores intelectuales, morales y estéticos.

Fernando Araujo.

CRÓNICA LITERARIA

Un discurso del Sr. Echegaray: *¿En qué consiste la fuerza de las naciones?*

En la apertura del presente curso del Ateneo científico y literario de Madrid, ha disertado el Presidente de dicho centro, Sr. Echegaray, sobre el tema: «¿Qué es lo que constituye la fuerza de las naciones?» Al interés intrínseco del discurso, como obra de tan notable literato y hombre de ciencia, únese por razón del asunto y del punto de vista desde el cual le considera el Sr. Echegaray, otro género de interés: el de ser uno de los abundantes datos que al presente se nos ofrecen para estudiar la psicología nacional en estos momentos de crísis; la reacción del alma española ante los hechos exteriores cuyo choque acaba de conmovernos tan dolorosamente.

Este aspecto del discurso lo descubre su exordio, en el cual claramente se manifiesta que la elección de aquel tema se debe en gran parte á las preocupaciones patrióticas del autor, á la sugestión que ejercen sobre su espíritu las tristes circunstancias actuales de España.

El discurso es breve: ocupa impreso treinta y tantas páginas; mas aunque fuera mucho más extenso de lo que consiente la índole de este género de trabajos destinados á una lectu-

ra pública, no bastaría para agotar ni aun para exponer completamente la materia. ¿En qué consiste la fuerza de las naciones?..... Encierra este breve enunciando todo el contenido de una Filosofía de la historia, ó de una interpretación de la historia, si lo de Filosofía parece demasiado teórico y demasiado distante de la realidad. Porque sólo la observación histórica puede darnos alguna luz sobre las causas que elevan y abaten á las naciones. No caben en este punto teorías ni recetas *à priori*.

La mera enunciación del asunto convida ya á la meditación, y es por sí sola un dato muy expresivo y elocuente. Se trata de la fuerza de las naciones, y se trata de ello porque la nación á la cual pertenecemos acaba de padecer una disminución de poderío, una mutilación de territorio, las consecuencias, en suma, de una guerra desdichada. El espectáculo de nuestros males, llevándonos de los efectos á las causas, parece que había de inducirnos á plantear el problema á la inversa: ¿qué es lo que hace á las naciones debilitarse y decaer? Planteada como investigación de las causas de la fortaleza, parece que la cuestión se presenta con una orientación de esperanza, acaso desmedida, no con la orientación de amargura y desaliento en que nuestras desgraoias nos colocan.

Pero hay todavía otro aspecto tan interesante ó más en esta concepción del asunto. La posición del problema es plenamente castiza. La fuerza representa poderío, pujanza, autoridad, renombre, representaciones, en fin, de las que más vivamente sugestionan el ánimo español, y es curioso observar cómo, aun en momentos en que tan humillados nos vemos, la idiosincracia colectiva dirige nuestros pensamientos por el viejo cauce de las ideas y los sentimientos tradicionales.

Los azares de nuestra historia, que sacándanos del apartamiento del rincón de Europa que ocupamos, nos llevaron á ejercer pasajera hegemonía en el continente y á descubrir y conquistar mundos nuevos, han determinado de un modo irresistible la orientación de nuestro carácter, preparada ya por

las seculares luchas de la reconquista. Envuelta España en perpetuas guerras, desarrollaron éstas en el alma española las pasiones que más fomenta el ejercicio bélico: el orgullo y el amor á la gloria. Las artes de la paz y las aplicaciones útiles de las ciencias no presentan entre nosotros desarrollos comparables á los que alcanzaron en las grandes naciones europeas, por mucho que se esfuercen en probar lo contrario los eruditos consagrados á la generosa cuanto estéril tarea de formarnos *à posteriori* una historia científica que no existió en realidad. En cambio fuímos grandes, al par que en las armas, en la poesía y en las artes, en aquellas actividades que correspondían á nuestra exaltada idealidad, á nuestra pasión de grandeza y magnificencia.

Mas el mundo ha ido haciéndose prosaico. A la edad heroica en que brillamos han sucedido otros tiempos y otras condiciones sociales, hasta llegar á la presente edad económica, en que cada vez vamos representando menos. Nosotros no nos hemos enterado lo bastante del cambio. Sugestionados por la contemplación de nuestra historia, realzada por la patina poética de lo que se mira á gran distancia y exagerada á veces por los disculpables apasionamientos del amor patrio, hemos solido confundir lo pasado con lo presente, tomar por realidades actuales los recuerdos de antaño, caminar con los ojos puestos en las nubes sin mirar el suelo que pisamos, tropezando y cayendo por consiguiente á cada paso. No hemos advertido el alcance de la transformación operada á nuestro alrededor, ni hemos comprendido que aquellas cualidades de que con justicia nos enorgullecemos, y que en otros tiempos contribuyeron á nuestro poderío y engrandecimiento, van cada día teniendo menos aplicaciones útiles, al par que se multiplica la eficacia de otras virtudes, menos brillantes y de apariencia más modesta, por nosotros generalmente desdeñadas.

Aunque no tuviera otras causas nuestra decadencia, bastaría para explicarla esta diferencia, cada vez más acentuada, en-

tre las cualidades á que rendimos culto y las que reclaman los cambios operados en el mundo desde los tiempos de nuestra grandeza. En muchas cosas (y más que en las exteriores en lo íntimo de algunas direcciones del pensamiento) no somos contemporáneos de las otras sociedades civilizadas, y es en extremo peligroso—no ha mucho acaban de advertírnoslo—quedarse rezagado en la marcha de las naciones.

Ejemplos hay de esto sobrados y bien recientes. Antes de la guerra con la República norteamericana, sentábamos la atrevida premisa de que un pueblo de larga tradición guerrera, de dilatada y brillante historia, había de vencer ó al menos de hacer pagar muy cara la victoria á una nación de ayer, consagrada á la industria y al negocio, á una *nación de mercaderes*. ¡Funesto síntoma el de menospreciar estas actividades mercantiles, tan poderosas en los tiempos actuales! Había, sin duda, en España una minoría ilustrada que no participaba de estas ilusiones, mas en la opinión popular tenía hondas raíces. De la propia manera, hoy, después de la derrota, lamentamos más la humillación, la impotencia, la pérdida de territorios, que, para nosotros, más que fuente de prosperidad lo han sido de quebrantos, que no la situación de empobrecimiento y el porvenir de debilidad y de miseria que nos auguran los enormes despilfarros de la guerra. Y, sin embargo, creo que lo más trágico, lo más *hondo* y más sentido que se ha escrito acerca de esto no son las lamentaciones retóricas sobre la ruina de nuestro prestigio (harto discutible) ó la desaparición de nuestro imperio colonial: es este breve párrafo del Manifiesto de la Cámara agrícola del alto Aragón: «Todo lo que era progreso, riqueza y contento de la vida, todo lo que era aumento de bienestar, de vigor, de salud, de vida media, de población, de cultura, de aproximación á Europa, de porvenir en la historia del mundo, lo hemos disipado, ¡locos y criminales!, en pólvora y en humo; durante cuatro años la guerra se ha estado tragando un canal de riego cada semana, un camino cada día, diez escuelas en una hora, en media semana

los cuarenta y cuatro pueblos creados por Olavide y Aranda en los valles de Sierra Morena.»

*
* *

Volviendo al discurso del Sr. Echegaray, justo es reconocer que sus treinta y tantas páginas están bien aprovechadas, y que sin tener las pretensiones, ni el método, ni el desarrollo de una monografía científica, es mucho más que una lucubración retórica encaminada á entretener con sonoros párrafos á un auditorio predispuesto á la benevolencia. En la forma amena, ligera y desembarazada de las trabas del método, de una *causerie* familiar, expone el Sr. Echegaray muchas ideas, grandemente sugestivas algunas de ellas, acerca de las causas que hacen fuertes á las naciones.

La fuerza de una nación no consiste en aquellas instituciones especialmente creadas para su defensa, como la fuerza de un individuo no consiste en el bastón que maneje, ni siquiera en los músculos. El Presidente del Ateneo trata este punto con mucha lucidez:

«La fuerza verdadera, la que dura en el individuo como en »las sociedades, es la que resulta del equilibrio armónico en»tre todas las partes del organismo humano ó del organismo »social..... al hablar de la fuerza de las naciones, no me refie»ro sólo á su fuerza material, á sus buques blindados, ni á sus »batallones. Este es uno de tantos elementos como han de te»nerse en cuenta al apreciar las energías de una nación: es »algo, es mucho, no lo es todo, ni siquiera la mejor ni la ma»yor parte.

»Más aún: es un efecto más bien que una causa; es la ma»nifestación de la fuerza, más bien que la fuerza misma.

»Si la nación es fuerte en todas sus entrañas y en todos »sus organismos, fuerte será en el sangriento campo de bata»lla ó en las revueltas brisas de los mares. Si por dentro es »débil, si no posee las energías de que hablaré más tarde.....

»por más que sacrifique sangre y vida y millones, al fin caerá »vencida, no porque hoy no tuviera fuerzas, sino porque ayer »no las tenía y se agotó en la lucha, heroica, pero tristemen»te, desde el primer instante.»

No pueden ser más oportunas las ideas que con tanta sinceridad y acierto expone el Sr. Echegaray. Poco acostumbrados los españoles á remontarnos á las causas ni á penetrar en lo recóndito de los hechos, atentos casi siempre por indolencia ó por falta de cultura á lo más exterior de las apariencias y manifestaciones de las cosas, no se ha sabido aquí apreciar en qué consistía la verdadera y enorme diferencia de fuerzas entre nuestro país y los Estados Unidos. Pedíamos más barcos, más baterías, más batallones, y no echábamos de ver que lo que más falta nos hacía era .... más *dollars*, precisamente lo que les sobraba á nuestros enemigos. Al cabo, como era de temer, se ha venido á parar en que la culpa de nuestras desdichas la tiene aquel llamado presupuesto de la paz, que no tuvo de tal más que el nombre. ¡Equivocación donosa si no nos augurara un nuevo porvenir de despilfarros, que no resultarán menos estériles si la dura realidad vuelve á ponerlos á prueba!

El interés de clase, el servilismo de los periódicos y el apocamiento de los partidos, ahogan las voces de la sinceridad en estas materias. Bien notorio es, sin embargo, que aparte de nuestra indiscutible inferioridad en el material naval, militarmente, en punto á fuerzas de tierra, estábamos mejor preparados que los Estados Unidos. Teníamos en Cuba un ejército de 200.000 hombres, aguerrido en tres años de campaña; teníamos en Filipinas otro que no bajaría de 20.000. Tenían ellos escasamente 30.000 soldados, y, sin embargo, donde quiera que se ha librado batalla ha tenido la superioridad del número y del material de guerra, y para esto les han bastado dos meses de preparación.

Con superior Marina, con mayores capacidades militares, habríamos conseguido solamente prolongar la lucha. En vez

de sucumbir por la destrucción de nuestras escuadras y la capitulación de nuestras plazas, habríamos sucumbido por agotamiento y por hambre.

En las actuales condiciones de la guerra, la lucha es en gran parte lucha de resistencia económica. No puede ya repetirse el caso, posible en otros tiempos, en que las guerras se hacían á poco coste y con reducidos ejércitos de soldados de oficio, de que una nación pequeña pueda, por la superioridad de sus caudillos ó de sus huestes, imponerse á naciones mucho más extensas, ricas y pobladas, é iguales ó superiores en cultura. Siempre fueron efímeros estos triunfos; hoy, con la transformación de las artes y de los medios de la guerra, son del todo imposibles.

La fuerza hay que buscarla en este punto, como dice el Sr. Echegaray: en la armonía y el equilibrio de las distintas partes del organismo nacional. Desarrollar alguna de ellas á expensas de las demás, no nos hará fuertes; antes será causa de debilidad general y de perturbación interior.

En último análisis—dice más adelante el Sr. Echegaray,—la fuerza de toda sociedad humana ha de buscarse lógicamente en el individuo. Esta primera materia de las sociedades es, en efecto, de superior influencia á la de todas las organizaciones, por sabias y perfectas que sean. La *estatolatría* moderna se olvida con frecuencia de los individuos ó no ve en ellos más que medios para la grandeza del Estado, convertido en una especie de Moloch que devora las felicidades y los bienes individuales. Nunca será próspera ni duradera y estable aquella sociedad cuyos individuos no encuentren en ella comodidad y conveniencia, sino la perspectiva de un perpetuo sacrificio ante una abstracción, como la de ese vago bien común cuyos efectos no llegan ó apenas llegan á los miembros de la comunidad.

De los individuos, de la acción de todos, espera el Sr. Echegasay la regeneración nacional, no de nuevas organizaciones políticas, ni menos de salvadores buscados de encargo. Cuando las sociedades, desconfiando de curarse por sí mismas, an-

dan buscando un curandero, dan señales ciertas de hallarse enfermas, enfermas graves. No hay médico ni curandero que sane sin una activa cooperación del organismo enfermo. En realidad, las medicinas no son las que curan; se cura á sí mismo el organismo mediante las reacciones vitales que en él provocan los medicamentos. Si estas reacciones no se producen, si el organismo no responde á la acción de los estímulos, no hay medicamento que valga ni curación posible.

Omite el Presidente del Ateneo un factor esencial, tratándose de la fuerza de las naciones ó de cualquier otra manifestación de la vida de éstas: el territorio. Sin él sólo han podido existir algunos pueblos degenerados que no tienen vida nacional completa, como los judíos ó los gitanos. Acaso la omisión se debe á que el discurso tiene un fin ético y docente, á que el autor desea adoctrinar, y aspira, como aspiramos ahora la mayoría de los españoles, á contribuir al remedio de los males públicos, exponiendo nuestro dictamen sobre sus causas y sobre la conducta que nos conviene seguir en lo futuro. De ahí que se fije en la población y no en el territorio.

La influencia de éste es, sin embargo, tan considerable, que filósofos é historiadores hay, como Buckle, que de él hacen depender casi la historia de las naciones. Sin llegar tan lejos, es innegable que la riqueza, elemento tan esencial de la fuerza de los Estados, depende en gran parte de la naturaleza y condiciones del territorio. Las condiciones climatológicas y geológicas de nuestra Península, por ejemplo, han contribuído en proporción muy considerable á nuestra pobreza, cuya influencia es tan clara en nuestra historia, y particularmente en lo efímero de nuestro poderío, como lo explicó excelentemente el Sr. Cánovas del Castillo. Y no sólo los elementos naturales de producción, el clima, la situación geográfica próxima ó lejana á las grandes vías comerciales, la abundancia ó escasez de costas, etc., hacen que el territorio de una nación la predisponga ó no para señalados destinos, sino que otras muchas circunstancias menos capitales, tocantes también al te-

rritorio, pueden influir notablemente en el grado de fuerza de un Estado. Así, por lo que á nosotros interesa, la diseminación de las que fueron nuestras provincias ultramarinas, las unas en el mar de las Antillas, las otras en el extremo de Asia, era un elemento considerable de debilidad para una nación de limitados recursos económicos como España, que resultaba así vulnerable en muchos puntos, difíciles de socorrer á tiempo por la metrópoli, como se ha visto en la pasada guerra.

Atendiendo á las eventualidades de una guerra internacional, puede decirse, aunque parezca paradoja, que España es más fuerte después de perdidas sus colonias que cuando aún las poseía. Otra cosa fuera si esas colonias hubiesen sido bastante fuertes y leales para defenderse por sí solas, como las colonias inglesas de Australia, por ejemplo, ó hubieran contribuído en grande escala á la riqueza y prosperidad de la metrópoli. Tales como fueron, más que su pérdida, debemos lamentar el enorme precio que nos ha costado nuestra natural resistencia á perderlas.

El Sr. Echegaray termina su discurso cifrando en los estímulos del patriotismo las esperanzas de nuestra reconstitución. Pide que el hombre de ciencia estudie, diciéndose: «Quiero saber, para que los sabios extranjeros no digan que soy ignorante; que el industrial procure perfeccionar su industria para que las naciones extranjeras no digan que España carece de industrias; que el agricultor «are hondo» con los mismos fines; que todos, en suma, trabajen pensando, antes que nada, en el lustre y renombre de la patria.

Muy elocuente es este párrafo, mas alguna exageración contiene, á mi entender. Noble y necesario sentimiento es el patriotismo, pero no hay que convertirle en única causa y único principio de las acciones, pues el resultado sería contraproducente, y llegaríamos por este camino á hacerle odioso. Una ciencia, una industria, una agricultura cultivadas sólo por servir á la patria y no por los estímulos naturales del sa-

ber ó de la ganancia, no darían ni grandes sabios, ni grandes productos industriales, ni grandes cosechas. Ciencia, arte, industria, son cosas que hay que tomar como fines y no como meros medios del engrandecimiento nacional, que de ellas resultara, sin que directamente le busque cada individuo. Así lo comprende, sin duda, el Sr. Echegaray, siquiera haya concedido á sus instintos de poeta la exageración poética de ese período de su notable discurso.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Habrá en lo sucesivo que considerar ya la isla de Puerto Rico, y pronto la de Cuba, en nuestras revistas, como países más ó menos independientes del grupo de los Estados hispanoamericanos, y no cumpliríamos nuestro deber si no dejásemos apuntadas al menos en estas crónicas coetáneas de los hechos que imponen su desmembración de España, que las descubrió, que las colonizó, que las dió su vida y su sangre, sus inmunidades y su cultura, su florecimiento y su bienestar, qué han debido estas hijas ingratas á su metrópoli, en qué estado de prosperidad se le segregan, en qué forma se ha verificado esta triste desmembración.

Limitémonos por hoy á Puerto Rico, puesto que en el Morro de la Habana todavía ondea nuestra insignia amarilla y roja.

La pequeña Antilla que ha dejado de ser española, pues desde el 18 de Octubre forma parte de los Estados Unidos, como colonia, en el trancurso de cuatrocientos años de posesión continua, disfrutó con España de una tranquilidad inalterable. Desde mediados del siglo último puede decirse que ha sido uno de los países que más han progresado en el mundo. Su población total, que era en 1765 de 44.883 habitantes, en 1800 ascendía á 155.426. Creciendo siempre en proporción

considerable, esta población era en 1815 de 220.892, en 1830 de 330.051, en 1860 de 583.308, en 1880 de 784.709 y en 1895 de 850.708.

España había cuidado paternalmente del desarrollo de todos los medios de su cultura. Tenía más de 600 escuelas públicas, y el alumbrado y valización de sus costas competía con el de Inglaterra. Siendo más pequeña que la isla de Jamaica, gobernada por los ingleses, su producción era el doble de la de la población británica, y su administración pública tan recta, que mientras la isla de Jamaica tiene una deuda de 16 millones de duros, Puerto Rico no tenía deuda ninguna, permitiéndole las sabias economías de sus calumniados gobernantes españoles conservar siempre en sus cajas un fondo sobrante de reservas de más de un millón de duros.

Al salir de manos de los españoles su producción, más importante que la de siete de las repúblicas independientes del grupo hispanoamericano, era por término medio anual de 60.000 toneladas de azúcar, 250.000 quintales métricos de café y 20.000 de tabaco, cuyo valor se gradúa en unos 16 millones de duros. Y para que pueda apreciarse la escala de sus progresos, baste saber que en el año de 1812 sólo exportaba 3.500 quintales de azúcar, 11.000 de café y 7.000 de tabaco. Su comercio general de importación y exportación era en 1895 de 30 millones de duros, de los que correspondían más de la mitad á la bandera nacional.

En Puerto Rico se ensayaron todas las reformas políticas y administrativas y todos los sistemas de la política colonial, y entre peninsulares é isleños jamás la tierra se caldeó con sangre, ni lograron crearse aquellos odios fundados en luctuosos recuerdos de resistencia ni de opresión, ni en los inevitables desastres que dejan tras sí las guerras civiles. Sin deudas, sin cargas especiales, sin inmoralidades en la administración, había llegado Puerto Rico desde la condición de colonia á la de Estado autónomo, y la implantación de todas las libertades compensó los sistemas de otros tiempos. Así ha pa-

sado Puerto Rico de la soberanía de España al poder de los Estados Unidos, que no han podido alegar, para justificar su despojo, respecto á esta Antilla, los motivos de sentimientos humanitarios que fingieron para intervenir en los asuntos de Cuba.

El acto de la transmisión de la soberanía de España á la de los Estados Unidos, ni en sus accidentes exteriores, ha revelado sino la tristeza de la efeméride de injusticia que en ella ha consumado la vil ambición humana. A las primeras horas de la mañana del día 18 de Octubre, desembarcaron un regimiento de línea y dos baterías de artillería del ejército americano. Los artilleros pasaron á ocupar los fuertes de la ciudad de San Juan de Puerto Rico, mientras la infantería formaba en los muelles. El Contralmirante Schley, el General Brooke y el General Gordon, con sus Estados Mayores, se dirigieron en carruajes al palacio de la Capitanía general, frente á cuya puerta formaron el regimiento de línea y una escolta de caballería. A las doce menos veinte minutos, los referidos Generales salieron de palacio, acompañados de muchos Oficiales de Marina, colocándose en el lado derecho de la playa. Cuando el reloj de la ciudad dió la primera campanada de las doce, sonó el estampido de un cañonazo, y el Comandante Dean y el Teniente Castle, del Estado Mayor del General Brook, que se hallaban en la torre del Morro, izaron la bandera americana, mientras que la banda tocaba el himno americano *The Star Spanghid Bauner*. El fuerte del Morro, el de San Cristóbal y el buque de guerra americano *Manning*, que estaba anclado en bahía, hicieron cada uno de ellos una salva de veintiún cañonazos. Inmediatamente el General Brooke transmitió la noticia telegráfica á Washington, concebida en esta forma: — «San Juan de Puerto Rico, 18. — Al Secretario de la Guerra, Washington, D. C. — Se han izado banderas en los edificios públicos y en los fuertes de esta ciudad con saludos nacionales. La ocupación de la isla es ahora completa.—(Firmado).—*Brooke.*»

Aunque en el boletín del día que después se publicó se protestaba de que las personas que desearan permanecer ciudadanos españoles ó al servicio de España tendrían derecho á la protección de sus personas y propiedades en Puerto Rico, los españoles han sido después insultados en todas las formas, y familias enteras han sido objeto de los más inconcebibles atentados de parte de la ebria soldadesca y de los súbditos americanos. Sus reclamaciones no han sido atendidas por las autoridades yankees ni los jefes de aquellos soldados, deshonra de la civilización.

Tal ha sido el cambio de una soberanía por otra.

* * *

La función más importante de la vida política de las jóvenes Repúblicas americanas es la renovación periódica de sus Poderes institucionales. Durante ochenta años, éste ha sido el grande escollo de la existencia normal de aquellas sociedades nuevas. La lista de Jefes de Estado que han muerto violentamente en las Repúblicas hispanoamericanas, á causa de la rivalidad y de la ambición que inspira la posesión del poder, da un contingente verdaderamente aterrador. En el Ecuador, García Moreno; Menéndez, en el Salvador; Gil y López, en el Paraguay; Balta, Gutiérrez y Pardo, en el Perú; Castella, Rizzo é Idiarte Borda, en el Uruguay, son, entre otros, nombres que conmemoran la desdichada suerte de los pueblos condenados á pasar una vida anémica, sin amplitud ni progresos posibles, cuando las pasiones son el motor de los sucesos, la tea de los partidos y de la discordia y la rémora á todo movimiento concentrativo de fuerza y de vigor.

Aunque desgraciadamente en su aspecto general esta mala simiente de las luchas primitivas no acaba de desarraigarse, hay que confesar que en los Estados mejor constituídos se hacen poderosos esfuerzos por extirparlas de todo punto, y establecer en vínculos de inteligencia y de concordia aquella esta-

bilidad que sólo puede robustecer los poderes que se representan. Guatemala, en el centro, nos ha dado un palpable ejemplo de esta salvadora disposición. El luctuoso acontecimiento que ocasionó la muerte violenta del Presidente de la República, General D. José María Reina Barrios, transfirió interinamente, por ministerio de la ley, el encargo de sostener el orden público y representar los derechos en la soberanía al Doctor D. Manuel Estrada Cabrera. El voto público le ha conferido posteriormente y por el período constitucional, aquel poder, y habiendo sido este voto la expresión de las diversas agrupaciones políticas en que está dividida la opinión, este tácito pacto de común concordia, casi augura más elocuentemente la seguridad de un nuevo período reparador, de tolerancia, libertad y progreso, que las mismas prendas personales que adornan al nuevo Presidente, y que son otra garantía para los beneficios de una larga situación pacífica y normal.

En Centro América, estos ejemplos son del mayor interés, tanto por el valladar que oponen á los atisbos de las invasiones absorbentes que amenazan aquellas pequeñas Repúblicas cuanto porque indudablemente serán un activo aliciente para inclinarlas á aquella unión que, iniciada por Nicaragua, el Salvador y Honduras, puede llegar á constituirlas en un poder defensivo de grande consideración. Los nuevos *Estados Unidos del Centro América*, ya constituídos desde el 27 de Agosto último, con la firma de su Código institucional por la Asamblea Constituyente de Managua, en los momentos en que se publican estas líneas se disponen á ejercer por vez primera, como Estado confederado, esta función política culminante. El décimo decreto de la Asamblea, expedido el mismo día de la promulgación de su nuevo Código, convocó á los pueblos de los tres Estados para que el primer domingo de Diciembre procedieran á elegir el Presidente de la República, 14 Diputados propietarios y 14 suplentes por cada uno de los tres Estados, y cuatro propietarios y cuatro suplentes por el distrito federal. Y aunque el telégrafo de Hamburgo nos no-

tició, con fecha de 17 del actual, que una revolución estallada en el Salvador tal vez dificultaría el cumplimiento del mandato de la Asamblea, no es de temer un retroceso de pensamiento ni de conducta en una de las partes que hasta aquí habían con más empeño sustentado la obra seguida con impertérrita perseverancia en los cincuenta y nueve años transcurridos desde la ruptura del pacto federal hasta el de Amapala de 20 de Junio de 1895, y á la que habían consagrado su vida ó sus afanes hombres tan ilustres como Morazan, Cabañas, el general Barrios, Máximo Jery y otros patriotas dignos de todo encomio.

***

Donde se encuentra en todo su auge la nota de estos movimientos de concordia, que son la base de los demás destinos reconstructivos de los nuevos pueblos de América, es en la Argentina, en la que el 12 de Octubre último acabó el mandato imperativo del Presidente Uriburu y comenzó el segundo período constitucional con que al frente de aquel floreciente Estado ha venido por segunda vez á ocupar la Presidencia de la República el general Julio Argentino Roca. Al verificarse las ostentosas ceremonias de la transmisión del poder constitucional, hasta los adversarios del general Roca no han podido menos de confesarlo: «Viene—han dicho y escrito en todos sus periódicos—con la aquiescencia de todos. No encuentra enemigos; no encuentra rivales. La conducta de moderación que ha contribuído á salvar á su antecesor tantas situaciones difíciles en el orden interior y en el orden internacional, ha arrancado de nuestras manos todas las armas del combate. Si cumple sus promesas; si satisface las esperanzas que en él cifra el pueblo argentino, alcanzará unir y condensar en un solo foco de interés nacional, alrededor de su persona, el sentimiento entero de la nación.»

Así se expresa el general Mitre, esa figura legendaria de

la política, de las armas y de las letras argentinas contemporáneas. Así habla Pellegrini, una de las mayores inteligencias que hoy ilustran á aquella floreciente sociedad.

Aunque Roca asciende al poder supremo enmedio de este concierto benévolo de voluntades, y aunque, al parecer, encuentra ó transigidos ó aplazados ó resueltos los mayores problemas que han acibarado los últimos años de la administración Uriburu, puede decirse, con toda lealtad, que todos los encuentra vivos, que todos están en pie. En la cuestión internacional, los convenios últimos de Santiago de Chile, aun con la apelación al alto arbitraje de la Reina Victoria de Inglaterra, no son más que una tregua. Será un problema resuelto, ó al menos en vías de una próxima solución definitiva, el día que de Estado á Estado se resuelva de una manera conciliadora la cuestión de la Puna del Atacama, que él se ha apresurado á llamar á sí, aun hiriendo la susceptibilidad del Ministro doctor Piñero, obligándole á dimitir; y cuando resuelta de Estado á Estado, y sin intermediarios, aunque de ellos se hable, la cuestión de la Puna, cuando los mismos puntos de divergencia en el extenso trazado de la línea de demarcación de la frontera andina, lejos de exponerse á los trámites indefinidos y á los gastos onerosísimos del arbitraje acordado, se halle medio de resolverlos entre sí, ya disputando, ya concediendo, ya procurando las recíprocas compensaciones de la amistad, ya, por último, haciendo los esfuerzos necesarios para lograr que se realice aquella aproximación chilenoargentina, que tiene el prestigio y la leyenda de un verdadero *sueño americano*, capaz de llenar todos los corazones de los dos grandes pueblos limítrofes, y sólo inabordable á la medrosa meticulosidad de los estadistas mediocres y de los intereses egoistas, entonces será cuando el problema internacional podrá darse por verdaderamente resuelto.

El programa del General Roca á su segundo advenimiento á la Presidencia de la República Argentina, se limita en sus públicas manifestaciones en calorosas protestas pacíficas res-

pecto á la política exterior y en planes reconstructivos financieros y proyectos de grandes mejoras en el orden de los intereses generales del país. Pero estos son los lugares comunes de esta clase de declaraciones y de estos actos solemnes, que sólo velan los pensamientos directivos que no se arrojan temerariamente al pasto de la publicidad. Cierto que el aumento de los Ministerios civiles y la elección de las personas que han de organizarlos y dirigirlos, son una prueba ostensible de que la política del General Roca, en lo que al orden interior atañe, parece dispuesta á dilatarse en la especulación de grandes y fértiles iniciativas, para proseguir sin término ni descanso el camino de adelantos que ya coloca á la República del Plata en los horizontes de los pueblos modernos más aventajados; pero la división en dos del Ministerio que antes tenía á su cargo, así la administración de la Guerra como la de la Marina, ya deja traslucir una orientación especial que tiene un muy elocuente significado.

En cuanto al ejército de tierra, la organización que se ha dado últimamente á la numerosa Guardia Nacional, responde al propósito de tener siempre en disposición de ponerse sobre pie de guerra, un ejército mayor de 300.000 hombres en efectivo, dotado de armamento moderno y adiestrado sin cesar en todos los ejercicios de la gimnasia, de la esgrima, del tiro, de las jornadas de resistencia y de todos los principios virtuales en que se apoyan los adelantos tácticos de la estrategia militar. Las legiones extranjeras formadas cuando el país estuvo amenazado por Chile con la guerra, ni se han disuelto ni llevan trazas de disolverse; y el ejército regular, aunque poco numeroso, conserva sus unidades tácticas para todas las exigencias del acaso, sus cuadros completos y, sobre todo, sus institutos facultativos, que son hoy el alma de las instituciones armadas.

El nombramiento del comodoro Rivadavia para el nuevo Ministerio de Marina, responde á otro pensamiento de superior previsión. Desde que se habló de arbitrajes, y del de la

Reina Victoria de Inglaterra para los puntos inciertos de la línea de la frontera y del Ministro de los Estados Unidos Buchanam para la Puna de Atacama, los periódicos de Londres y de Washington, como movidos por un mismo resorte, han declamado al unísono sobre la necesidad de que así Chile como la Argentina, para aligerar las cargas que pesan sobre sus respectivos tesoros, se deshagan de las poderosas escuadras que han formado en los últimos años con barcos de los últimos modelos y armamentos, y que les constituye en dos poderes navales de gran cuantía, en el estado en que se encuentran los problemas universales de la política internacional. De que la Argentina no está dispuesta á oir estos cantos de sirena, es demostración convincente el hecho de la creación de un Ministerio de Marina, cuyo único objeto no puede ser otro que la conservación, reparación y aumento del precioso material flotante ya acumulado y el perfeccionamento de una institución, que siendo realmente nueva en la Argentina, será en lo sucesivo el instrumento decisivo de todas sus empresas.

La opinión en Buenos Aires ha estado de todo punto concorde con su nuevo supremo magistrado en la creación de este Ministerio y hasta en la designación del benemérito oficial á quien su despacho se ha confiado.

La opinión en Buenos Aires quiere paz, quiere orden, quiere buena administración y economía; pero las aspiraciones á estos justos beneficios no son incompatibles con el sostenimiento de las fuerzas que han de dar al poder que la dirije el apoyo de su autoridad y de su prestigio, y en Buenos Aires no hay quien ignore que las fuerzas navales de la nación, tal como están ya constituídas, son un valor de gran precio en la Bolsa donde se cotiza la influencia material de las naciones.

*
* *

Pero este sentimiento, que hasta por instinto de conservación se apodera de todos los espíritus en la Argentina al

inaugurar su presidencia el general Roca, no es tan benigno en otras partes, donde la actitud del nuevo Presidente respecto á la conservación, aumento y mejora de las instituciones armadas no se ha visto con buenos ojos. Como para castigar las ocultas intenciones y las claras arrogancias del general Roca, al aproximarse la investidura presidencial del nuevo electo del Brasil, Sr. Campos Salles, que el 15 de Noviembre último ha recibido de manos de su antecesor el Presidente de Moraes las insignias de la suprema magistratura, se trató de dar una gran importancia á este hecho, para que su resonancia apagase los ecos de la exaltación del General argentino. En efecto, el 15 de Noviembre han anclado en las aguas de Río de Janeiro los buques de varias naciones amigas para festejar la solemnidad política de este día. En estos buques estaban representados los Estados Unidos, Inglaterra, Portugal, Italia y Chile. A estas escuadras se les ha agasajado con espléndidas fiestas oficiales. Un buque francés también había: el que ha conducido al Brasil la misión encargada de examinar sobre el terreno las divergencias que existen entre Francia y el Brasil acerca de los territorios disputados del Amapá. Después de todo, el Brasil es pequeño enemigo: inmensa extensión de un territorio inhabitado, sólo guarda las espaldas de un pueblo cuyo clima y condiciones de raza son obstáculos demasiado serios para alimentar aspiraciones de un engrandecimiento real y duradero.

***

La renovación de poderes, en estos momentos constituye la preocupación suprema de otras tres Repúblicas hispanoamericanas. El Paraguay, donde ya se han verificado las nuevas elecciones; el Uruguay, donde la preparación de la función electoral de Senadores tiene los caracteres de un parto muy laborioso, y el Perú, donde el Presidente Nicolás Piérola aspira á una inteligencia entre los partidos rivales.

En la ciudad de Asunción del Paraguay, la elección presidencial se verificó el miércoles 12 de Octubre, reunidos en asamblea los senadores y diputados. Aprobadas las actas, fueron proclamados respectivamente Presidente D. Emilio Aceval, y Vicepresidente D. Héctor Carvallo. El electo Presidente ejercía hasta aquel momento, en que lo dimitió, el cargo de Ministro de la Guerra del Gobierno del Presidente Egúsquiza. La elección de Aceval resultó unánime. Con la publicación de la elección verificada se dió el nombre de los nuevos Ministros que constituirían su primer Gabinete, en cuya candidatura la cartera de las Relaciones Extranjeras se adjudicaba al Ministro actual D. José S. Decourt, la de Hacienda á D. José Urdapilleta, la del Interior á D. Guillermo de los Ríos, la de Guerra y Marina al Coronel Manuel A. Mariel, y la de Justicia, Cultos é Instrucción pública al Dr. Benjamín Aceval, rector de la Universidad nacional y hermano del nuevo Presidente.

La opinión había recibido muy bien todas estas designaciones; pero el 1.° de Noviembre, en el acto en que el Presidente electo Aceval asistía á la inauguración de un Asilo de mendicidad, fue agredido por el doctor Federico Codas, miembro del Consejo Supremo, el cual le disparó un tiro de revólver, atravesándole el pulmón derecho. Aunque la herida era tan grave y en los primeros días no había esperanza de salvarle, afortunadamente se ha prestado á una laboriosa curación, y las últimas noticias inspiraban confianza en que ésta se lograría. El atentado brutal causó una emoción profunda en toda la República, y fue preciso contener al pueblo para evitar que *lynchase* al agresor.

En el Uruguay, la lucha entre blancos y colorados es tan enconada, que no amanece día sin que se espere el estallido de una revolución de parte de los colectivistas. El Presidente interino, Cuestas, resiste el empuje de sus adversarios con un valor sereno, que basta á deshacer todas sus tramas. El Senado ha quedado constituído por 11 colorados, 6 nacionalistas y

2 constitucionalistas. Con esta fuerza, la de la administración que está en su mano y las riendas del ejército, que él mismo lleva, presume poder llegar al éxito definitivo. Pero es lícito desconfiar de soluciones que sólo engendra la fuerza, y por la fuerza se sostienen.

En el Perú, el Presidente Piérola ha obrado con otra energía y con otra habilidad. Aniquilada en su germen la montanera que le levantaron los partidarios del general Cáceres, todo el ascendiente conquistado con los resultados de su Gobierno reparador y pacífico, lo ha empleado á fin de lograr que su sucesión en la Presidencia, lejos de ser motivo de nuevas perturbaciones que agiten el país, venga á constituir en la cabeza de su sucesor un pacto de reconciliación y de conciliación y de concordia entre los partidos que hasta aquí más acérrimamente se habían hostilizado. La reunión de la Asamblea demócrata, por él provocada, y á que asistieron todos los miembros del Comité central directivo y delegados de toda la República, fue ya un gran paso preparatorio para el logro de su deseo. Por otra parte recurrió al partido civil, y aunque de uno y otro lado hubo opiniones contrarias á la convención, al fin los demócratas votaron sin inteligencia con los civilistas por 59 votos contra 25. Hízose después la designación de candidatos para la presidencia y la vicepresidencia, y en esta elección previa, sin carácter oficial, se votó para presidente á D. Guillermo Billinghurst por 30 votos contra uno para don Modesto Basarre, y para vicepresidente á D. Ricardo L. Flórez, por 89 votos contra uno, que obtuvo D. Juan M. Echenique y otro D. Emilio Luna.

D. Guillermo Billinghurst, que es actualmente Vicepresidente de la República, goza ahora el justo prestigio que le da el haber sido en Santiago de Chile el negociador del Protocolo de su nombre sobre la devolución de los territorios cautivos de Tacna y Arica al Perú; y aunque últimamente en Chile han surgido nuevas é inesperadas dificultades para el cumplimiento de este pacto internacional por medio del plebiscito,

así el actual Presidente Piérola como la opinión sana en Lima, créese que bajo la presidencia de Bullinghurst acabarán de resolverse satisfactoriamente todas estas enojosas cuestiones.

*
* *

El movimiento hacia las nuevas federaciones hispanoamericanas prosigue todo su camino. Los periódicos de Méjico, con el título de *Un sueño patriótico,* reproducen las cláusulas del Mensaje del Presidente Eloy Alfaro á las Cámaras del Ecuador, relativas á esta concentración de nacionalidades. Los del Perú lo reproducen íntegro. La prensa de Colombia no deja de batir sobre el tema de la *Union iberoamericana. El Chileno*, de Santiago, reproduce ó escribe sendos editoriales sobre *el sueño americano* de la aproximación chilenoargentina. Y el libro de D. Ernesto Quesada, publicado recientemente en Buenos Aires con el título de *La política argentina respecto á Chile,* puede considerarse como otro cable de recíproca atracción, enmedio de su espíritu crítico punzante, respecto á la rival y vecina de la República del Plata.

Realmente este libro exige una exposición más detenida de su texto y de su espíritu. Será uno de los próximos trabajos de nuestra periódica tarea.

Iob.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Graves é intrincados problemas políticos en todo el mundo. — El cinismo de nuestro perseguidor Chamberlain.—Sus apostasías.— Sus ambiciones coloniales.—Su invitación á los yankees para que tomen todas las colonias españolas.—Discurso de Salisbury. — Obstáculos y dificultades que le han opuesto las calaveradas de Chamberlain.— Contrasentidos é incongruencias del fin de siglo. — Cuestiones tratadas por Salisbury.—La represión internacional de los anarquistas.—La libertad de Creta.—El abandono por los franceses de Fashoda.—El desarme propuesto por Nicolás II.—El protectorado inglés sobre las tierras del Nilo.—Abisinia.—Ferrocarril transiberiano.—Temores de guerra.—Observaciones.—Conclusión.

I

Pocas veces el horizonte político se ha visto, como ahora, tan cargado de nubes, y nubes tempestuosas, por cuyos hondos y obscurísimos senos, semejantes á cordilleras de vapores henchidas con intensa electricidad, culebrean, cual fantásticas serpientes de fuego, los relámpagos y las fulminaciones de una inmediata guerra. El precipitado regreso de Guillermo II á su capital, movido al reclamo de los tremendos problemas que surgieran en su breve ausencia; los desengaños del Sultán, constreñido por la diplomacia europea unánime á evacuar Creta y consentir allí el gobierno de un Príncipe griego; las manifestaciones, más ó menos reprimidas, en Tierra Santa, de plañideros armenios, requiriendo á la civilización para

que les preste apoyo contra los rencores y venganzas de la barbarie ismaelita; las encrespadas agitaciones de Macedonia y Bulgaria creídas de que van á echarse otra vez dados nuevos y nuevas suertes sobre sus respectivos territorios; el agudo malestar de Austria, disolviéndose por descomposición interior en diversas nacionalidades, muy difíciles de cristalizar, quienes jamás pueden ni á tribus llegar, como les sucedió á las gentes de los antiguos tiempos; el término y conclusión del ferrocarril transiberiano, cuyos hierros ponen como una espina dorsal nueva hoy al planeta, pues acercan la titánica Rusia con temible proximidad al ingreso boreal en China é India; el intrincado litigio promovido á Francia por Inglaterra, empeñada en ahuyentar toda emulación y todo émulo en la inmensa línea extendida desde la Colonia del Cabo hasta la desembocadura del Nilo; el recelo universal apoderado de cuantos se interesan por la raza española en América, viendo las huestes de tiburones, sobrescitados por triunfar, piráticos inverosímiles é increíbles, que amenazan y persiguen las naves de sus Estados, husmeando carne fresca y sangre caliente para su voraz y enorme nutrición; las palabras de Salisbury declarando decadentes á los pueblos inermes cuyos territorios codicia; las maniobras europeas poniendo al Imperio chino en trance de muerte; la inteligencia entre los sajones del mundo para dominar el Océano y repartirse la tierra; los procedimientos crueles del ensoberbecido yankee con España rota, inspiran un terror al siglo décimonono expirante, amenazado por la guerra intercontinental, como el terror que inspiró á los pueblos cristianos en el siglo décimo expirante la milenaria creencia y certidumbre de hallarse inminente y próximo el Juicio Final.

II

Yo no conozco en la Historia cinismo semejante al cinismo de Chamberlain. Después de haber toda la vida pertenecido á

la escuela radical, se convierte sin escrúpulo de conciencia ni empacho de estómago en tory, cesarista y reaccionario, como si Jox se hubiera convertido al criterio de Pitt respecto á la revolución francesa; como si O'Connell se hubiera convertido á las intolerancias anglicanas de cualquier Lord chapado á lo Enrique VIII en materia de cuestiones eclesiásticas; como si el gran Gladstone, aquel orador dulcísimo de la paz y de la libertad, se hubiera convertido al imperialismo de Disraelli, el demente judio cesáreo, y aherrojara los irlandeses como los aherrojó Cronwell en vez de redimirlos, y se fuera por esos mares buscando la conquista, no el cambio, é hiciera de su patria, en vez del instrumento de trabajo, industria, comercio, con que soñara su progresiva escuela, un instrumento de guerra, de saco, de incendios, de matanza y exterminio, como quieren todos los espumadores del mar, todos los piratas del planeta. Parecía natural y lógico llevase un hombre, como Chamberlain, tribuno de la plebe, radical de abolengo, socialista de doctrina, cualquier expansión mayor á la vieja libertad británica, cualquier asomo de paz á los odios internacionales, cualquier remedio de verdad al malestar social. Nada de esto: sus proyectos socialistas, exagerados y embusteros, no han llegado á madurez, porque pedían un gravamen de mil millones de francos sobre los presupuestos británicos, expoliando á las clases pudientes abrumadas por una reglamentación imperial de sus industrias, y no aliviando con el menor alivio á las clases trabajadoras, engañadas por un apostolado de su oposición, que se ha desvanecido como los mirajes y espejismos del desierto, en un verdadero desencanto, así que ha querido formularlo en leyes reales y aplicarlo en mejoras tangibles desde su maltrecho y desvencijado Ministerio. Por manera que la clase popular, tan esperanzada con el advenimiento de su tribuno al poder, lo ha visto muy solícito en procurar grandes plazas y altos destinos á su familia, como si quisiera el plebeyo demagogo fundar una dinastía de su apellido; y muy poco cuidadoso de cumplir sus obligaciones para

con la gran clientela popular, cuyos votos lo han levantado á la sede altísima de su Cámara, y desde su Cámara también á las alturas del Gobierno.

III

Pero, en lo que Chamberlain jamás tuvo igual, fue, sin duda, en achaque de ambiciones coloniales y de conquistas enormes, con menosprecio absoluto del derecho humano y de la divina moral. No parece un estadista de nuestra edad; parece un merodeador de los siglos en que, desconocida la libertad y la seguridad de los mares, cada buque, puesto bajo su pabellón propio, luchaba con el buque puesto bajo otro pabellón rival, tratándose implacables, si llegaban á encontrarse sobre la superficie del agua, como en su fondo se tratan los peces enemigos, excitados por su insaciable común voracidad. Él ha excitado á los japoneses contra los chinos y á los chinos contra los japoneses, en guerra perdurable, según sus provechos y medros egoístas, no decidiéndose por ninguno y azuzándolos entre sí con la imbécil crueldad con que presencia un tagalo cualquiera las riñas de gallos y se divierte con sus mutuas heridas y sus mutuos destrozos; él ha movido las criminales ambiciones del filibustero conocido bajo el mote de Napoleón del Cabo, y derramado la guerra en los pacíficos territorios de la República del Transvaal; él ha empujado á Portugal hacia el enmarañadísimo negocio del ferrocarril de Delagoa, para que Portugal, por unos cuantos millones, bien problemáticos, que dicen debe, pierda tal puerto y además todo Mozambique, repartidos entre Inglaterra y Alemania; él ha echado plomo derretido sobre las llagas de Corea, buscando en su crueldad neroniana una guerra con Rusia, siquier fuese un desquiciamiento de la tierra; él quiere una eterna tutela sajona sobre Egipto; él ha estado detrás de los exterminadores yankees en sus piraterías de Oriente y Occidente,

convidándoles en públicos discursos, Ministro de una potencia, la cual se llama todavía hoy amiga nuestra, para que se quede con las Antillas pequeñas y grandes, así como con el archipiélago filipino, repartiéndose entre ingleses de aquende é ingleses de allende, de común acuerdo, el mar, y calándose por montera el cielo.

IV

Su postrer hazaña en América contra nosotros, que acabo de mencionar, y sobre la cual deseo insistir, no encuentra en lengua ninguna el calificativo de reprobación que merece, apropiado á su enormidad. Estaba la política internacional de los Estados Unidos pendiente de las conferencias entabladas entre americanos y españoles en París; estaba la política nacional pendiente de las elecciones que debían dar en la Comisión la razón, ó bien á los devotos de la paz ó bien á los devotos de la conquista. Y Chamberlain escoge momento tan grave para presentarse ante los americanos, y decidióse, con todo descaro y desvergüenza en las cuestiones internacionales, por el despojo de nuestra patria del imperio colonial, mucho más suyo por derecho histórico que pueda ser el dominio inglés en cualquier parte de nuestro globo; y en la política nacional por los guerreros y por los conquistadores contra los pacíficos. ¿Qué seriedad británica es esta? ¿Cómo han tolerado sus compañeros de Gabinete al Ministro de las Colonias ese insulto á la humanidad entera y ese atropello á las leyes del derecho y de la moralidad humanas? Si lo que acaba de hacer ese piojo resucitado que se llama Chamberlain, allá en América, lo hubiera hecho un Nicolás I en Rusia ó un Napoleón III en Francia, el mundo se les viniera encima, y protestas innumerables les amenazaran á una con universal rompimiento. Pero en el pecado lleva la penitencia. Sin los desplantes y calaveradas de Chamberlain y sin los atrevimientos de su polí-

tica brutal, el último discurso de Salisbury no encontrara la triste acogida que ha encontrado en la conciencia y en la opinión europeas, sublevadas hoy contra Inglaterra en profundísima indignación unánime. Inútilmente se ha holgado Salisbury con el servicio hecho al orbe aplazando, si no impidiendo, la guerra intercontinental; inútilmente ha con insistencia loado el mucho seso y el claro sentido mostrados por Francia en la retirada de Fashoda; inútilmente ha, con grandes reservas diplomáticas y veladas alusiones, deslizado algún recelo por la presencia de los americanos en Asia y en Europa; inútilmente se ha regodeado con la prolija demostración del desarme seguido al armamento, decretado el día en que se temió un conflicto anglo-francés; inútilmente ha burlado el escollo de la tutela egipcia, eludiéndola con habilidad adrede y dejándola para otros más propicios tiempos: todo el mundo europeo ha creído el tal discurso una declaración de guerra y ha pronunciado la palabra bloqueo continental: que también hallan así Waterloo marítimo los filibusteros y los piratas.

V

No hubo en esta primer quincena de Noviembre acontecimiento comparable al discurso de Salisbury, pronunciado en el Ayuntamiento de Londres, donde todos los años, tras la procesión anacróstica del Lord Corregidor, parecida de suyo á las procesiones carnavelescas del Buey gordo, el primer Ministro inglés, efectivo jefe de aquella Monarquía republicana donde la realeza queda reducida con grande acuerdo á simple ornato artístico y á mero símbolo histórico, dice, con la seguridad que presta un poder nacido de la voluntad nacional, cómo piensa dirigir aquella nave del Estado británico, la cual tiene como timón y cetro el tridente de Neptuno por las aguas del Océano inmenso y proceloso, en que sus innumerables dominios se levantan, presentándole tributos de copiosos

provechos y honores, pero también dificultades y obstáculos de sumo peligro para su continua navegación y su dilatado comercio. Yo he leído este discurso con todo el cuidado y atención debidos á los hechos y á las palabras de influjo incontrastable sobre la humanidad, y me ha olido á pólvora sin humo y á explosivos cargados de dinamita, cuando de Inglaterra, por los timbres forjados para ella por su trabajo y su libertad, estábamos en el de prometernos palabras y actos, cooperadores al progreso evolutivo continuo y á la indispensable paz universal. Pero se dicen tales contrasentidos, y se cometen tantas incongruencias por pueblos y Gobiernos en este fin de siglo, que los espíritus serenos han menester mucha reflexión y aplomo para no desvariar, creyendo que, ó ellos se han vuelto locos, ó han entrado las naciones todas en una casa de orates. Miente quien diga hogaño haber adivinado antaño la transformación del pueblo americano, tan pacífico y trabajador, en pueblo de guerra y de combate, retrocediendo desde los horizontes últimos del ideal, donde lo enaltecía la confianza de los libres, á la barbarie y al despotismo de los imperios asiáticos gobernados por Nabucodonosor y Sardanápalo; miente quien diga hogaño haber adivinado antaño que todo un César del Sacro Romano Imperio se trocaría en paje del Sultán de Constantinopla durante las incidencias del conflicto entre Francia y Turquía, llevando del ramal humildemente la yegua del Sultán, cuyas crines, como las crines de aquella horrible yegua del Apocalipsis, vista por San Juan desde Patmos, destilan rojos hilos de humana sangre; miente quien diga hogaño haber previsto antaño que correría gran peligro la República francesa por haber en su seno surgido una facción poderosa, empeñada en que los Consejos de guerra son infalibles y exterminables los judíos de Francia, como si aún perduraran los milenarios odios medioevales; miente quien diga hogaño haber previsto antaño que mientras el Czar de Rusia, el mayor déspota hoy en la cristiandad existente, propondría el desarme á favor de la paz, el primer Ministro de Inglate-

rra, libre, parlamentaria, trabajadora, mercantil, industrial, faro del progreso, áncora del derecho, sólo hablaría de armamentos y escuadras, con ánimo de matar los pueblos chicos y engordar á los grandes en protervos déspotas.

VI

Se niega mucho la teoría de los hombres representativos, y á cada paso en el espacio y á cada minúto en el tiempo se conforma y se robustece por un ejemplo innegable, vivo y real. Como en todo lo del mundo se mezcla en las apariciones varias de los hombres representativos el bien al mal, nosotros les hemos visto representando, como los ángeles buenes, el progreso, y les hemos visto representando, como los ángeles malos, el infierno de la reacción, cuyos carbones alimentan y nutren toda tiranía. Por su índole y su naturaleza, los hombres representativos de altos ideales, ya en buen sentido, ya en mal sentido, despiertan, al presentarse sobre los escenarios de la historia, ese instinto de imitación al cual no pueden sustraerse los ánimos y los espíritus vulgares. Todo gran pensador funda una escuela; todo gran taumaturgo una religión; todo gran poeta un Parnaso; todo gran orador un estilo; todo gran estadista un Estado, por los cuales se rigen luego los filósofos, los dogmatizantes, los poetas, los oradores, los estadistas medianos, vulgares, de segundo y tercer orden. ¿Quién puede dudar que Gladstone ó Cavour fueron, en sus respectivos ministerios sociales, hombres representativos del ideal de progreso, que guarda, como los rayos del sol, matices varios y hermosos? Cavour hizo Italia en el centro de nuestra Europa; Gladstone, allá por Oriente, hizo Bulgaria, rompiendo cadenas que abrumaban y extendiendo derechos que dignifican á toda la humanidad. Pues bien; Gladstone y Cavour, ejemplos tangibles, representan la emancipación de los oprimidos. Bismarck, hombre representativo por excelencia, re-

presenta la desmembración y la conquista de los pueblos, así como la servidumbre y el envilecimiento de los libres. No afirmaré yo que sostuviera Bismarck el bárbaro principio de la superioridad sobre el derecho de la fuerza; pero sí afirmaré que lo practicó toda la vida en bárbaras conquistas. Los territorios arrancados en el Este á Dinamarca y los territorios arrancados en el Oeste á Francia, no me dejarán mentir. Pues bien; Bismarck, lo mismo que todos sus congéneres históricos, lo mismo que todos cuantos hombres representativos hubiera en el mundo, suscitan el espíritu de imitación. Y como un imitador suyo apareció Disraelli al proclamar el imperialismo inglés; y como un imitador suyo aparece Salisbury, al anunciarnos que este imperialismo, fundado por su romántico antecesor, piensa entrar á sangre y fuego por todas partes, fortaleciéndose de un modo inexpugnable, y hasta los dientes armándose en su trágico y horroroso furor.

VII

Y no debemos extrañarnos de que los estadistas caigan en esta imitación simia de los hombres representativos, cuando caen las democracias que más se ufanaban de su libertad, de su ciencia, de su trabajo en el mundo. Quien ha visto en Tarmelanes de Persia trocados los herederos de Ivankyl, de nada puede maravillarse ya en este mundo. Así, cuanta mayor sabiduría sociológica poseais, menos comprenderéis el cambio de los americanos en conquistadores. Las ciencias naturales describirán lo mismo al castor de Plinio que al castor de Darwin, como un animal pacífico, trabajador, industrioso. Pero imaginaos que un día vais con los estudios del naturalista metidos dentro del cacumen á ver castores, y en vez de pacíficos los encontrárais carniceros; en vez de dados á construir sus albergues, los encontrárais dados á exterminar sus vecinos; en vez de indefensos, dotados de garras felinas como el tigre y

de dientes machacadores como la hiena; ¿comprenderéis ese cambio? Pues menos comprensible aparece á mis ojos la traición que acaban los americanos de cometer á su propia naturaleza y á su propia historia. Mucha fuerza los hombres representativos mandan, y no mandan menos las teorías filosóficas. En el ciclo de la Metafísica no están los progresos tan sistematizados por una serie continua y sin soluciones de continuidad como en las aplicaciones prácticas del progreso científico. La máquina de vapor y la máquina de electricidad se perfeccionan cada día más, ambas sujetas á un progreso nunca interrumpido. La máquina de prensar no está, con seguridad, tan bien montada como la caldera de locomoción y movimientos como la pila de Volta, siquier una y otra del cerebro hayan salido. Pero el cerebro, motor de todas las ideas y padre de todas las ciencias, se halla sujeto á grandes retrocesos yá muchos desvaríos. ¿No fue retroceso, y retroceso bien deplorable, allá en Grecia, el epicureismo que vació el alto cielo de dioses y llenó el corazón humano de corrupciones? Pues retroceso, y retroceso terrible, ha resultado en lo moral y en lo político, esa teoría materialista y atea que hoy reina en las ciencias. Desconociendo arriba el motor inmóvil que todo lo impulsa, y desconociendo abajo las finalidades universales que todo lo explican, se ha revelado esta desconsoladora doctrina lo mismo contra la Religión que contra la Metafísica, y después de haber apagado la idea divina en el Universo y arrancado al cuerpo humano el espíritu, nos ha dicho que formamos todos con los animales, de quienes descendemos, teniendo por capital destino pelear en batallas inacabables por la vida, para dar la corona del triunfo y la dirección del Estado al más poderoso por su fuerza. Explícase ahora el discurso de Salisbury.

VIII

Examinado en su totalidad el discurso de Salisbury, examinémoslo en la serie de los principales asuntos por él trata-

dos, asuntos que resumen todos los problemas surgidos hoy en la política terrestre. Así el Primero, como llaman los ingleses al Presidente del Consejo, trató la cuestión de las restricciones que deben llevarse á las libertades fundamentales de cada pueblo para precaverse del furor anarquista, nuevamente mostrado en el infame asesinato de la Emperatriz Isabel, tan odioso como los asesinatos de Carnot y de Cánovas; trató la cuestión de Creta, medio resuelta ya por el llamamiento del Gobernador y de los ejércitos turcos y por la designación del Príncipe Jorge al gobierno de la gran isla, puesta bajo la supremacía honoraria y la nominal tutela del Sultán de Constantinopla; trató la cuestión de Fashoda, notificando su buen término y encareciendo el cuerdo sentido mostrado por Francia en este intrincadísimo litigio; trató la cuestión del desarme, propuesto por un glorioso acuerdo del Czar moscovita, é impuesto, si no como una solución próxima é inmediata, como un asunto digno de ser tratado con atención y calma en los altos consejos de la diplomacia europea; trató, por último, la cuestión magna del protectorado inglés sobre las tierras egipcias, deduciendo de cada cuestión así los temores que pueden abrigarse de guerra, como las seguridades que pueden prometerse los pueblos de paz con acentos sinceros de una sencilla y natural elocuencia. En la cuestión del freno deseable para impedir los crímenes anarquistas, yo participo del sentir y el pensar de Salisbury. Muy terribles los asesinatos cometidos por esos locos, á quienes embarga la monomanía del asesinato y del exterminio, pero no hay medio de tomar sobre tal desgracia medidas eficaces internacionales, sin disminuir la independencia interior de cada pueblo y sin mermar de alguna manera los derechos fundamentales humanos contenidos en todas las Constituciones y las libertades necesarias á todos los progresos. Paréceme un sueño, mejor dicho, un verdadero ensueño, inspirado por terrores pasajeros, ese gran deseo manifestado por Italia, sin más razón que haber nacido los más célebres homicidas políticos en su tierra, el convenir en una

policía internacional, en un Jurado internacional, en una legislación internacional contra los anarquistas, de muy problemáticos resultados todo ello, y de una restricción á la interior autonomía y á la libertad humana de cada pueblo, que no puede intentarse sin desdoro del continente y sin peligro de una perturbación irremediable.

IX

Y si abundo en su pensar y sentir respecto de la proposición italiana, para castigar al anarquismo y á los anarquistas, abundo en su sentir y en su pensar respecto de la cuestión cretense, que tanto tiempo ha exacerbado una increible timidez internacional y que ha debido resolverse de contiguo y se ha resuelto ahora en pro y beneficio de toda la cristiandad. No podrá, no, hallarse mal contenta la vencida Grecia, quien recoge, tras su derrota, la isla de Minos, en lo cual se parece á Italia, recogiendo, tras los desastres de Suiza y de Custozza, el bellísimo florón de su poética Venecia. Los turcos llegaron á someter Tesalia y á profanar los desfiladeros de las Termópilas, renovando en los llanos de Fassalia, tan funestos á la libertad romana, un desastre de la independencia y de la libertad helenas, que ha llorado con lágrimas amargas toda la civilización cristiana. Pero, vencida y rota, su derecho se ha impuesto por la virtud mágica de su nombre y por el recuerdo histórico de su genio. Innumerables obstáculos habrán de suscitar al gobierno de la isla por sí misma las fatalidades geográficas é históricas, tan difíciles de contrastar y de vencer; innumerables restos de guerra civil y religiosa deben quedar allí, donde griegos y turcos mascan todavía el cartucho en sus maldicientes bocas y muestran todavía las manos ennegrecidas con la pólvora quemada por los unos contra los otros; con innumerables resistencias tropezará un Gobierno, tan dificultoso y complicado como el Gobierno autonómico, en

tierra todavía extendida bajo la sombra nefasta del fatalismo musulmán; pero todo podrá salvarse hoy si con sinceridad Europa conjura dos graves amenazas: esas anexiones como la de Chipre ó esas discordias como las de Macedonia, peligros externos los unos y peligros internos los otros, los cuales pueden dar al traste con obra tan costosa por los esfuerzos que ha perdido y tan útil á todo el género humano por los benéficos frutos que habrá de dar en lo porvenir, como los dan todos cuantos factores de paz y de libertad haya en la tierra. Mucho nos esperanza la destreza mostrada por el Almirante Canebaro, Ministro italiano de Negocios Extranjeros, en la resolución de este dificultoso problema, cuyo término ha juntado en un haz á Rusia, Inglaterra y Francia, tan desunidas en las demás cuestiones internacionales. Pero como hayan mostrado tantas reservas Austria y Alemania, hurtando el cuerpo á la resolución del problema, no puede participar uno de las ideas optimistas expresadas, al exponer esta cuestión por Salisbury, temiendo surja cualquier conflicto en el período nefasto de guerra y de conquista que desgraciadamente atravesamos y sufrimos.

X

Aquí acaban las concomitancias de mi espíritu con las palabras del Ministro. Me parece bien todo lo dicho sobre las restricciones decretables por una Convención internacional al anarquismo y á los anarquistas; me parece bien el arreglo hecho para resolver los problemas de Creta y la promesa dada formalmente de aplicar á tan hermosa tierra helénica la saludable autonomía; pero todo lo demás que ha pensado y que ha dicho Salisbury, todo me parece muy mal, y lo pongo entre los grandes y terribles deservicios hechos por los déspotas á la libertad universal. Repúgnanme, con repugnancia invencible, las amenazas á Francia, encubiertas por una cortesía

verdaderamente patricia en la forma, pero acerada en el fondo con una maquiavélica perfidia. Revolverse contra unos misioneros de la ciencia que habían inermes ido á llevar la palabra de los franceses del Niger á los franceses del Nilo; apremiar con terribles apremios de guerra la partida del sitio fangoso, donde levantaran estos misioneros su tienda y su bandera; pretender un dominio cartaginés, requerido del mundo con palabras y acciones verdaderamente púnicas, desde las puntas del Cabo hasta las bocas del Nilo, paréceme un exceso de soberbia y una exageración de poder, destinados, como todos los excesos y todas las exageraciones, á dañar mucho el nombre y el influjo de Inglaterra entre todas las gentes y en todos los territorios del orbe. La ley de variedad no puede sin ceguedad patente desconocerse; y la cooperación de los pueblos civilizados al progreso de Africa, debe admitirse por la potencia progresiva, siempre ufana de preferir á la conquista el mercado, y de suplantar los horrores de la guerra con los beneficios del comercio. Una sola dominación establecida desde las tierras del Mediodía en el continente africano, hasta las tierras del Norte, y desde las aguas del Cabo de las Tormentas hasta las aguas del celestial Mediterráneo, debe traer muchos y muy graves daños á la nación que así abusa de su poder y de su fuerza. Lord Salisbury dice que la posesión de Fashoda no valía una gota de sangre francesa, y que ha procedido rectamente Francia despojándose de tan iuútil fangal. Pero si no valía la posesión de Fashoda una gota de sangre francesa, tampoco valía una gota de sangre británica la expulsión de los franceses; y al proponerla con amenazas de guerra y al conseguirla con palabras de violencia, bien muestra Inglaterra en verdad haber perdido su naturaleza mercantil, á cuya virtud naciera su grandeza, y tomado esa complexión guerrera y conquistadora, la cual será una verdadera plaga y un verdadero azote para todos los pueblos, y traerá en los tiempos futuros daños gravísimos é irreparables á la misma Inglaterra.

XI

Y si me repugna la violencia con que ha tratado Salisbury la cuestión del Nilo, me repugna más el menosprecio con que ha tratado la cuestión del desarme. Propuesta por un monarca omnipotente como el Czar de Rusia, no podía, sin desdoro del propio nombre y sin peligro del propio pueblo, tratar al proponente como se pudiera en las aulas tratar á cualquier estudiante por un ensayo académico sobre una utopia manifiesta. No ha tratado Salisbury al Czar Nicolás como trató Mefistófeles al estudiante de marras, que le consultaba sobre sus naturales vocaciones y sobre su venidera profesión, pero se ha burlado un tanto de sus optimistas planes. El respeto parece profundo, pero el eco de las palabras respetuosas parece, á la verdad, siniestro. Al oirlo se vienen á las mientes los sabidos coloquios entre Cándido y Pánfilo. Salisbury evoca las dificultades en el Oriente extremo, en China y el Japón, en el Cabo y en el Nilo, en los desiertos nubios, en las aguas del mar indio, en Abisinia, en Tartaria y Mongolia, ya de un modo directo, ya por sabias reticencias, como si quisiera decir al Emperador moscovita que sueña cual un poeta melenudo y delirante cuando propone paz perpetua en estas horas de próximos y fulminantes combates. Vergüenza debía dar á un estadista inglés, si la codicia del apetecido lucro y del engrandecimiento nacionales no le trastornara el seso, viendo cómo un déspota propone medida tan saludable al trabajador y al trabajo cual el desarme y la paz; mientras él, parlamentario, liberal, pretendiendo dirigir por el comercio y por la industria los hombres y la tierra, derrama los maleficios del combate, traicionando su glorioso nombre y su preclara historia. No puede medirse cuánto el Gobierno inglés ha cambiado en este último quinquenio, sobre todo desde que se han ido allí del horizonte sensible las generosas ideas del inmortal Glads-

tone, cuya muerte lloramos hoy sin consuelo todos los amantes del progreso y de la libertad en Europa. Hace bien poco tiempo, América é Inglaterra se habían puesto de acuerdo para servir con sus mutuas fuerzas á la paz perpetua y proponer el arbitraje internacional jurídico á todos los Gobiernos. El beneficioso proyecto se llevó tan adelante, que lo formularon y hasta lo votaron las Cámaras de América, y lo formularon y lo votaron de acuerdo con Inglaterra, que se apercibía y se preparaba también á decretar una ley análoga con las leyes americanas, útiles y beneficiosas á toda la humanidad. ¿Quién hubiera dicho entonces que los partidarios del arbitraje, los americanos, iban á piratear por todos los mares y á espoliar por todos los medios á pueblos soberanos y dueños de sus legítimas posesiones, sin más ley que su capricho y sin más fin ni más objeto que su propio medro, con desprecio de las leyes divinas y humanas, como los más bárbaros guerreros y como los más feroces conquistadores que haya conocido la Historia?

XII

No menos belicoso y batallador que en la cuestión del desarme, se ha mostrado Salisbury en la cuestión del Nilo. Satisfecho con razón de que un general inglés haya librado al Egipto de la Nubia, donde se condensaran casi todas las guerras caídas sobre la monarquía de los antiguos Faraones, pretende haber conseguido con tal victoria, dispersando los mahedies del desierto, profetas y soldados á un mismo tiempo, un dominio sobre todo el espacio libertado, que le daría derecho á declararlo bajo la tutela oficial y solemne, si la propia prudencia no le aconsejase impedir y evitar á todo precio una guerra. Difícil cosa decir con mayor claridad aserto tan peligroso como el aserto de que Inglaterra está resuelta, con resolución inquebrantable, á declarar su protectorado sobre todo

el Egipto, y á mantenerlo, cueste lo que cueste, con sus vencedoras y brillantísimas armas. Yo comprendo sin esfuerzo cuántos peligros amenazan hoy á Inglaterra, lo mismo en la China que en la India, lo mismo en el Cabo de Buena Esperanza que en las tierras de Jamaica, de Honduras, de Trinidad, de Orinoco. Los más feroces guerreros de África, las abisinios, cuyas garras de tigre y cuyas quijadas de león se han mostrado con carnicera furia en los combates mantenidos contra los italianos, amenazan hoy á Inglaterra y las victorias inglesas en el alto Nilo por uno de sus flancos. Toda cuestión política se mueve allá en Oriente, sobre todo en las tierras de África y de Asia, por una cuestión religiosa. Los abisinios, que creen moderna, en comparación de su Iglesia, la Iglesia romana, menosprecian el protestantismo, por demasiado joven y demasiado reciente. Discípulos de Salomón en sus confusas tradiciones; súbditos de la Reina de Saba en sus fantásticas leyendas, creen haber compartido los dogmas bíblicos y la idea del único Dios con los antiguos israelitas y haber llegado al cristianismo antes aún de que viniera Cristo. Su Iglesia y sus dogmas se confunden á una, en el sentimiento abisinio, con la Iglesia y los dogmas del primer apostolado que recogiera la verdad revelada del revelador labio de Cristo. Y así estos dogmas y esta Iglesia se parecen, más que á ninguna otra comunidad cristiana, por muchos puntos de contacto, á la Iglesia oriental, á la Iglesia griega, en cuyos senos aparece como principal Pontífice ó Papa el Czar de Petersburgo. Y con el Czar están, y mandados por el Czar amenazan á Inglaterra en África. Unid á esto, que se han concluído los trabajos del ferrocarril transiveriano, y que, concluidos estos trabajos los cosacos del Don pueden ir en breves días á las puertas del Afghanistan y sonar allí los apocalípticos clarines que llamen las razas indias á la rebelión y á la guerra. No puedo, no, desconocer cómo la Gran Bretaña se halla hoy amenazadísima por poderosos elementos, capaces de generarle insolubles conflictos. Mas no conjurará estos conflictos con sus Ar-

madas, por poderosas que sean, si surgen á su paso las dificultades por ella temidas; sólo podrá conjurarlas con servicios efectivos á la cultura universal, servicios no esperados hoy de quien azuza los exterminadores yankees en sus infames piratеos y retrae la edad de la guerra y de la conquista en todo el universo.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Noviembre de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Colectivismo agrario en España. (Partes I y II, doctrinas y hechos), por Joaquín Costa.—Un vol. Madrid, 1898, 10 pesetas.

Los que sigan con cierto cuidado el movimiento literario de carácter sociológico en España, recordarán seguramente lo que con modestia excesiva llamaba su autor, el Sr. Costa, «Ensayo de un plan» (colectivismo, comunismo y socialismo en el Derecho positivo español)», y que en realidad es un vastísimo cuadro de las doctrinas, de los hechos y de las leyes, en donde palpitan el espíritu que informa ó ha informado alguno de los sistemas mencionados, que muchos, que se la dan de ilustrados y competentes, confunden, y con acierto distingue el conocido escritor á quien nos referimos.

Pues bien, el libro cuyo título encabeza estas líneas, respondiendo á dicho plan, desarrolla uno de los puntos más interesantes del programa colectivista, en la parte realmente histórica, en sus dos importantes manifestaciones (las doctrinas, los hechos).

La fama muy legítima de notable sociólogo adquirida por el Sr. Costa, dentro y fuera de España, en estudios que, como los relativos al *Derecho consuetudinario en España*, andan hoy de mano en mano, nos dispensa de hacer el elogio de quien tan felices disposiciones ha mostrado en obras anteriores, y muestra por modo relevante en la que acabamos de hojear.

La labor de erudición que en ella se aprecia no puede ser más recomendable; aparte las indicaciones que respecto á los precursores extranjeros de los modernos colectivistas agrarios tales como Collins, hace, resume magistralmente la opinión del americano George, considerado como el apóstol más ferviente á la par que el definidor más ilustre, de esa dirección del colectivismo, y la no menos difundida de Wallace; pero en donde comienza lo que puede llamarse descubrimiento de Costa, es en el capítulo que dedica á nuestro ilustre compatriota, el sabio economista D. Alvaro Flórez Estrada, á quien con justicia atribuye la verdadera paternidad de las teorías sostenidas por Henry George, hasta ahora tenido por el *inventor*, ó poco menos, de la *nationalization of land;* porque es lo cierto que al Sr. Costa, que yo sepa, se debe la exhumación de un casi desconocido opúsculo, *La Cuestión social*, *origen*, *latitud y efectos del derecho de propiedad*, en el que el insigne economista asturiano se revela, si no como un puro colectivista agrario, al modo marxista por ejemplo, como muy inclinado á las doctrinas y procedimientos de los partidarios de la *nacionalización de la tierra*. Expresivo en alto grado es el siguiente juicio de la propiedad individual, al punto de emular la célebre doctrina de Rousseau (1); «pero el »hombre que se apropia aquel espacio de tierra, vendiéndole »á los demás ó imponiendo al uso de ella el pago de una mer»ced, convirtiéndole en premio de la ociosidad, ese priva de »muchos medios de vida á sus semejantes, usurpa lo mejor á »la sociedad, sacrifica á su ambición lo que bastaría para ha-

(1) Le premier qui ayant enclos un terrain, s'avisa de dire, ceci est à moi, et trouva des gens aussi simples pour le croire fut le vrai fondateur de la societé civile. Que de crimes, de meurtres, de misères ef d'horreurs n'eunt point epargnés au genre humain celui qui arrachant les pieux ou comblant les fossées eût crie à ses semblables: Gardez-vous d'écouter cet imposteur; vous êtes perdus si vous oubliez que les fruits sont à tous et que la terre n'est à personne.—*Discours sur l'origine de la inegalité des hommes.*

»cer vivir á mil, á diez mil, á cien mil cultivadores inteligen-»tes y laboriosos: la propiedad pasa de generación en genera-»ción á familias cuyo blasón más glorioso consiste en ostentar »una interminable lista de antepasados que jamás labraron la »tierra, ni ejecutaron trabajo alguno mecánico.» Aparece más templado en la solución un tanto indeterminada que propone para remediar el mal que, á su juicio, produce la propiedad individual, «que el único remedio posible consiste en rescatar »las tierras indebidamente apropiadas y nacionalizar su do-»minio» y no hemos de ocultar que su colectivismo se atenúa bastante cuando, explicando ó tratando de explicar su pensamiento, dice «que el jefe del Estado sea el encargado de su »distribución, arrendándolas por una renta moderada á los »que hayan de cultivarlas», y sobre todo al añadir: «un plan »sabio de usufructo que no permita á nadie poseer más terre-»no del que una familia cultive por sí, es el único capaz de »desterrar la ociosidad y la miseria, y prestar base á un siste-»ma fiscal justo que sustituya al inmoral que ahora rige en »España»; porque si bien es verdad que no se aparta mucho de las doctrinas de Colins, que después patrocinaron George y Wallace, también lo es que el genuino colectivismo, por ejemplo, el de Marx, huye de todo lo que pueda significar individualismo en la producción, *nacionalizando* los instrumentos todos de la industria, ó sea empleándolos en ella mediante aplicación asociada ó corporativa, y distribuyendo luego los frutos bien en especie ó por intermedio de los bonos representativos del trabajo social en ellos gastado, y no admite por consiguiente, ni aun en hipótesis, ese á manera de semidominio—remedo del dominio útil—privado é individual (usufructo, posesión del terreno que una familia puede cultivar) como algo que pugna con la propiedad franca y puramente colectiva, que considera como verdadera panacea de los males que sufre la sociedad.

Puesto el Sr. Costa á la simpática tarea de reivindicar para la ciencia española el lugar que en el mundo culto le corresponde, si no precisamente por lo que se refiere al tiempo

presente, por lo que toca á épocas pasadas, y provisto para entrar en esta muy noble lid de armas tan bien templadas, como las usadas por el sabio Menéndez y Pelayo y por el con justicia afamado historiador Altamira, dedica el autor del libro que examinamos un interesante capítulo de su notabilísimo libro, á tratar de los orígenes de la Sociología en España, á mostrar cómo ya en el siglo XVI hubo en nuestro país quien se ocupara muy á fondo de «cuanto se refiere al origen, fundamento y objeto de la sociedad humana, á su relación con la Naturaleza útil, que, es decir, á su cimiento físico, á la solidaridad, necesaria ó voluntaria, entre los asociados, á la dirección y gobierno de su actividad, á la conexión del organismo social con sus órganos y de los fines sociales entre sí» al modo que pudiera hacerlo un Spencer, un Fouillée, un Giddings ó un Patten: tan á fondo y tan á conciencia como hay que creer que lo realizaran pensadores tan insignes como Fr. Alonso de Castrillo, Vives, Mariana, los cuales, y sobre todo el primero, sostuvieron tesis que podrían firmar seguramente Engels, Bebel, Jaurés ó Vanderwelde.

No contento con esto, y dando nueva prueba del entusiasmo que ha puesto en esta obra de restauración de nuestro imperio científico, en cuanto atañe á organización económica de la sociedad y del Estado, en los siglos de verdadero vigor intelectual en España, se ocupa en su libro magistral de las *doctrinas inspiradas en el colectivismo peruano* (Polo de Ondegardo, 1561; Acosta, 1590; Murcia de la Llana, 1624), de Pedro de Valencia (1600), que si en más de un punto se anticipó al inglés Spencer, no menos recuerda al famoso Tolstoi cuando dice «porque la labor no es para trato ni mercadería, sino *para que cada uno se sustente á sí y á su familia honradamente*, sobrándole no mucho para vender»; de González de Cellorigo (1600); de Lope de Deza (1618), que entre las providencias que contiene su sistema agrario, hay alguna que no está lejos del modernismo *homestead*; de Caxa de Leruela (1631); de Martínez de la Mata (1656), ambos considerados en la his-

toria de las doctrinas financieras españolas, como arbitristas de la *buena cepa*, y con razón calificado el último por el señor Costa de precursor de A. Smith, aunque no fuera más que por su apotegma «la industria es la verdadera piedra filosofal que transubstancia en plata y oro las simples materias que Dios ha dado para sustentarse»; de Juan F. de Castro (1770), del Conde de Campomanes, de Pérez López, de Martínez Marina, de Ramón Salas, predecesor de Blanc, y de los socialistas franceses del 48 en cuanto á la institución de *los talleres nacionales*.

Pero en donde el autor del notabilísimo libro que estudiamos ha confirmado su fama de investigador laboriosísimo, de coleccionista infatigable de hechos, de historiador, de sociólogo, es en la *segunda parte*, en donde recoge cuantas instituciones económicas encajan dentro del molde de la propiedad colectiva de la tierra, más ó menos atenuada, tal y como la han entendido los escritores cuyas doctrinas ha recopilado en la *primera*. Sería ocupar mayor espacio del que disponemos enumerarlas todas, y habremos, pues, de limitarnos á apuntar los grupos principales, tales como *las freseras y escabias*, *los cotos fijos á censo público*, *las tierras patrimoniales de la municipalidad*, *las tierras comunes del vecindario*, *el sorteo periódico de tierras comunes*, *las vetas ó guiñones vitalinos*, *la explotación comunal de tierras comunes*, *el privilegio ó derecho de posesión*, *la derrota de mieses*, *la comunidad de aguas*, *las cofradías ó hermandades*, *el colectivismo pesquero*.

Trabajando con la competencia, con el amor á la obra con que lo hace el Sr. Costa, es como se hace labor práctica y efectiva de regeneración del país.

Él ha demostrado en su magnífico libro que, en asunto de tanto precio para la vida humana, cual es una justa distribución económica, *hay mucha primera materia que explotar* en esta tierra, y de él sacamos otra lección provechosa y es que lo que falta son *gentes que quieran y puedan* explotarla.

¡Ah, si hubiera muchos que imitaran al Sr. Costa, enton-

ces sí que podríamos todavía aspirar á un puesto distinguido entre los pueblos cultos.

ADOLFO A. BUYLLA.

Le feminisme, por Kaethe Schirmachen. 1 vol. 74 págs.—París 1898. Armand. Colin y Compañía, editores.—Su precio un franco.

Forma este libro parte de la elegante colección de pequeños volúmenes que bajo el epígrafe común de *Questions du temp present*, publica la casa editorial Colin y Compañía de París. Y en verdad, pocas suestiones pueden llamarse con más propiedad y exactitud *du temp present* que esta del feminismo. Es cuestión palpitante en todos los países cultos. La revindicación de los derechos políticos, sociales y domésticos de la mujer, es uno de los problemas que más interesan y apasionan á las gentes ilustradas de todo el mundo civilizado. Pocos síntomas se podrían presentar del atraso de nuestro pueblo, y del apartamiento en que vivimos con respecto al resto del mundo culto, que esta indiferencia, quizá desprecio, con que se tratan, cuando se tratan, las cuestiones que entraña el llamado feminismo.

La señorita Schirmacher ha procurado condensar en el librito de 74 páginas que motiva estas líneas, las noticias más importantes acerca del movimiento feminista en los Estados Unidos, en Francia, en la Gran Bretaña, en Suecia y en Rusia. Sería injusto pedir en tan poco espacio una exposición enciclopédica del problema, tan complejo de suyo; pero sin que el folleto de la distinguida escritora comprenda todo lo que semejante exposición expresa, contiene los datos suficientes para reflejar, de un lado, las principales etapas del movimiento feminista en esos cinco grandes pueblos, y de otro, para que pueda apreciarse el carácter distintivo que el feminismo ha alcanzado en cada uno. Porque, como advierte la señorita Schirmacher, el feminismo, «según los medios en

que nace, presenta aspectos muy diversos. No es, en efecto, el mismo en la gran República americana, entre las poblaciones esencialmente germanas y protestantes, y en la República francesa, habitada por un pueblo latino y católico. En el Reino Unido, sobre cuyos negocios la Reina no ejerce ninguna acción directa, el feminismo no es lo que en el pequeño reino de Suecia, en donde el príncipe, personalmente partidario de los derechos de las mujeres, favorece el movimiento. Este, por último, tiene un carácter perfectamente especial en Rusia, país eslavo y de monarquía absoluta».

Fijándonos, para terminar, en algunas de las conclusiones indicadas por la autora de este interesante librito, conviene señalar entre otras las dos siguientes: 1.ª considera que el feminismo es un movimiento internacional, provinente de causas intelectuales, morales y económicas, coincidiendo en los Estados Unidos, Francia é Inglaterra los comienzos del feminismo con las épocas de reformas políticas; 2.ª estima, que en los cinco países el feminismo ha pasado de la consideración teórica á la esfera de la enseñanza, á la económica y á la del derecho civil y político; varía, naturalmente, el punto límite del interés despertado en todas esas diferentes esferas por el feminismo en los cinco países, pero es lo cierto que en todos se ha hecho algo, mucho, en interés de las mujeres, para elevar su condición educativa, su situación en el trabajo y su personalidad jurídica y política.

A. Posada.

L' arbitrio del giudice nell' applicazione della pena, di Emanuele Carnevale. Turín, 1897.—Un opúsculo de 40 páginas.

Todos cuantos se interesan en el día de hoy por el estudio de los problemas penales saben que este del arbitrio judicial se halla íntimamente enlazado con el movimiento moderno de renovación científica en la esfera referida. A mí es uno de los

que más me atraen, y á él he hecho referencia en mis escritos multitud de veces. Tengo el propósito de dilucidarlo todavía más por extenso, consagrándole, como él merece, un examen particular y directo, cosa que haría de buena gana ahora, con tanto mayor motivo cuanto que de esa manera podría contestar á las observaciones que el Sr. Carnevale hace á algunas de las opiniones que acerca de la materia he sostenido en el tomo I de mis *Problemas de Derecho penal*. Pero una nota bibliográfica no es un largo artículo, que sería necesario para el fin que acabamos de indicar. Dejémoslo, por tanto, para más adelante, y contentémonos por el momento con decir, tocante á la monografía del Sr. Carnevale, que en ésta se hallan tratadas con acierto, como de costumbre en el autor, algunas cuestiones subordinadas, que forman como el andamiaje de la principal, mientras que en la solución de esta última, por el contrario, hay, á mi juicio, no mucha seguridad científica y bastante inconsistencia de las bases que le sirven de apoyo, especialmente consideradas á la luz de nuevas ideas, que el autor dice, y ha demostrado otras veces profesar. Dicha solución es la siguiente: hay que dar al juez cierta latitud para la aplicación de la pena, pero no gran latitud, ni mucho menos latitud completa; las normas generales de su obrar deben dársele trazadas de antemano y de una manera fija en la ley; en cierto sentido, es hasta defendible la antigua tasación legal de las pruebas. Solución que, como se ve, es en lo sustancial la misma que han venido defendiendo desde hace un siglo, ó sea desde la época de la llamada Reforma penal, todos ó casi todos los escritores y publicistas de la corriente penal clásica, liberal y humanitaria, y la misma que encontramos aceptada en las legislaciones penales que han estado y están vigentes en el siglo que expira.

P. Dorado.

La fuerza irresistible, Memoria leida en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, por D. Benito Mariano Andrade, la noche del 21 de Marzo de 1898.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1898.—Un folleto de 29 páginas.

Apenas abierto el discurso, encuéntrase en la primera página un párrafo en que, refiriéndose al Derecho penal, el orador dice: «Parece, Señores, que el sol de la primavera calienta con más amor que á las otras ramas, sus brotes y capullos, que las plácidas brisas del atardecer..... etc.» Yo pregunto ahora al Sr. Andrade: «¿Qué diría usted de un tratadito de geometría en el cual para demostrar el teorema del valor de los triángulos, el autor escribiera: «Los tres lados, los tres cos»tados de un triángulo, de esa figura inmortal y simbolista en »que se ha inscrito el ojo de la Providencia, etc., etc....., va»len dos rectos?» Sencillamente que tanta fantasía no está en su sitio. La retórica sólo es buena—cuando es buena—en tales condiciones. ¿No es hora ya de practicarlo, una vez que se comprende?

La Memoria sobre *La fuerza irresistible,* por lo demás, no aporta nada nuevo á la cuestión, á lo menos en su aplicación terrestre, porque respecto á la otra vida, asegúranos el autor, bajo su palabra, que «allá, señores, no sirve de excusa la fuerza irresistible». Mucho más nos interesaría aquel primer aspecto; pero en él apenas se hace otra cosa que apuntar ciertas ideas personales, y transcribir trozos de Pinel, Morel, Maudsley y otros psíquiatras, olvidando, en cambio, la moderna literatura verdaderamente jurídica del asunto, los trabajos de Setti, Alimena y Conti, especialmente.

Constancio Bernaldo de Quirós.

Le régime economique de la Russie, por Máximo Kovalewsky, exprofesor de la Universidad de Moscou.—Un vol. de 362 páginas.—París, Giard y Brière, editores, 1898.—Su precio, 7 francos.

Es el autor de este libro un sociólogo muy conocedor de las instituciones primitivas, tal cual resultan principalmente á la luz del derecho consuetudinario. Débele la ciencia ya algunos trabajos importantes acerca del indicado tema, y ahora ofrece nueva manifestación de su sólida cultura y de su perfecto conocimiento de los problemas jurídicos y sociales, que preocupan á la gran raza eslava, en el volumen de que doy rápida cuenta. Este volumen es el tomo XIV de la *Biblioteca sociológica internacional*, que dirige el Sr. Worms. Aun cuando de su título se infiere que sólo trata del problema económico en la Rusia actual, se comprenden en él también, por vía de apéndice, dos largos estudios acerca del Derecho consuetudinario ruso, el primero sobre *La familia* y el segundo sobre *La apropiación del suelo por el trabajo en la Pequeña Rusia y en la Ukrania*. El cuerpo principal del libro, sin embargo, es el referente al régimen económico.

El interés científico de este trabajo lo expone bien razonadamente su autor. «La evolución económica—escribe—que se verifica en nuestros días en el vasto imperio de los Zares, merece llamar la atención de todos cuantos sienten interés por la ciencia social. Nos pone, en verdad, ante los orígenes mismos del régimen capitalista que, desde hace más de doscientos años, existe en Europa. Fenómenos análogos á aquellos que se han desarrollado en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX reaparecen ante nosotros, pero con una amplitud mucho más grande y con una fuerza superior. La Rusia, en efecto, se aprovecha de todos los progresos técnicos realizados por la industria occidental; ignora los tanteos seguidos, de los descontentos, que han llenado la infancia de ésta. Así, las ventajas materiales y los males que engendra el régimen económico moderno, se revelan en Rusia sin transición alguna.» En general, encuentra

el Sr. Kovalewsky una gran semejanza entre la situación social actual de Rusia y la que Francia atravesaba en las vísperas de la gran revolución. «Como los hombres de las Constituyentes francesas—dice,—las jóvenes generaciones rusas están penetradas de la convicción de que está próxima á abrirse una nueva era social. Créense llamadas á facilitar su alumbramiento mediante el empleo juicioso de los datos científicos y de la experiencia social, adquiridos por el Occidente europeo.»

El examen del régimen económico de Rusia iníciase por una indagación encaminada á determinar los rasgos dominantes de la evolución económica actual, con más el señalamiento de las cuestiones puestas á la orden del día (censo de población, monopolio de los alcoholes, reforma monetaria) (1). Después de esto, y en capítulos sucesivos, algunos de ellos muy interesantes, estudia el Sr. Kovalewsky la agricultura en Rusia, la distribución de la propiedad territorial en Rusia, el municipio agrícola en Rusia, la gran industria y la industria doméstica, la cuestión obrera y la traslación periódica de los obreros agrícolas y emigración interior.

No me permiten la calidad y objetivo de estas notas extractar los hechos principales que el autor expone, para basar sus consideraciones y sus juicios de sociólogo. Desde luego se advierte una gran habilidad para poner de relieve, mediante el examen de las cuestiones capitales que suscita el régimen económico de Rusia, este mismo régimen. En la imposibilidad de sintetizar, aunque fuera brevemente, la labor del antiguo miembro de la Universidad de Moscou, voy á copiar, para concluir, algunas de las apreciaciones finales del libro. «La política económica de Rusia—dice (pág. 259)—es la realización del ideal de un Estado esencialmente *policier*, que se en-

(1) Sobre *Le reforme monetaire de la Russie* acaba de publicarse por la S. S. Giard y Briere un importante libro del Sr. Lorini, del cual daré cuenta otro día.

trometa en todo, que el publicista prusiano Sthal había preconizado en la primera mitad de este siglo, y que Gneist modernizaba declarando que el monarca es el árbitro natural entre las clases, quien las preserva de un conflicto fratricida. La miseria del campesino ruso, reducido por necesidad á trasladarse periódicamente en busca del trabajo con que vivir, ó bien á irse á vivir á las estepas y bosques de Siberia, el salario insuficiente y la labor excesiva del obrero de nuestras fábricas, la ruína progresiva de nuestros propietarios territoriales pequeños y medianos, son indicaciones suficientes para poder juzgar los efectos económicos de ese sistema.»

ADOLFO POSADA.

OBRAS NUEVAS

Aguilar y Martínez (F. de).—Apuntes de hidrología médica general. *Tomo tercero*. En 4.°, 337 páginas: 9 pesetas.

Altamira y Crevea (R.)—Universidad literaria de Oviedo. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 á 1899. En 4.°, 61 págs.

Arnal Ramos (G.)—Desarrollo práctico de la contabilidad de los Cuerpos del ejército. En 4.°, 258 páginas: 3 pesetas.

Arroyo (S.)—El tesoro del alma en los quince misterios del Santo Rosario. En 8.°, 208 págs.: 1 peseta.

Arroyo y Fernández (S.)—Un crimen vengado; drama en tres actos. En 4.°, 61 págs.: 2 pesetas.

Barjau y Pons (F.)—Discurso leído en la Universidad literaria de Sevilla en la inauguración del curso de 1898 á 1899. En folio, 31 páginas.

Bravo (C.)—Un rincón de la montaña (Morgovejo).—En 4.°, 143 páginas: 1 peseta.

Briones (G.)—El marido pintado; juguete cómico. En 4.°, 34 páginas: 1 peseta.

Brunet y Bellet (J.)—L'Escriptura, lo gravat, l'imprempta, lo llibre; En 4.° mayor, x-300 págs.: 10 pesetas.

Burón García (G.)—Derecho civil español, según los principios, los códigos y leyes precedentes y la reforma del Código civil. *Tomo I.* En 4.°, VII-816 págs.: 15 pesetas.

Bustos y Miguel (J. de).—Universidad de Salamanca. Discurso leído en la apertura del curso académico de 1898 á 1899. En 4.°, 61 páginas.

Campano (E. F.) y Fanosa (A.)—El barbero de mi calle; sainete. En 4.°, 46 págs.: 1 peseta.

Castro (A. de).—Libro de los galicismos. En 4.°, 143 págs.: 3 pesetas.

Código internacional de señales. *Edición oficial española*. En 4.° mayor, 738 páginas con láminas: 10 pesetas.

Codina (J.)—La niña cortés ó lec

ciones de urbanidad. En 16.°, 79 páginas: 50 céntimos.

Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos á la historia nacional. *Tomo XVII.* Actas del cabildo de Santiago. Tomo II, con un prólogo de José Toribio Medina. Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1898. En 4.° mayor, XXXI-531 págs.: 15 ptas.

Couto (J. B.)—Obras del doctor don José Bernardo Couto. *Tomo I.* Opúsculos varios. México. Imprenta de V. Agüeros. En 8.°, XXVII-454 páginas con un retrato: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, Vol. 13.

Cheix Martínez (I.)—Romancero de Don Pedro I de Castilla. En 8.°, XIII-144 páginas.

Tirada de 50 ejemplares.—No se ha puesto á la venta.

Deville (G.)—Principios socialistas. Obras completas del autor. En 4.°, 383 págs.: 6 pesetas.

Echegaray (J.)—El hombre negro; drama en tres actos. En 4.°, 75 páginas: 2 pesetas.

Fabié (A. M.)—Mi gestión ministerial respecto á la isla de Cuba. En 4.°, 665 págs.: 10 pesetas.

Fabra (P.)—Contribució á la gramatica de la llengua catalana. En 8.°, 111 págs.: 2 pesetas.

Fernández Duro (G.)—Cuarto apéndice al Diccionario de legislación del material de artillería. En 4.°, 136 págs.: 2,50 pesetas.

Fons (P.)—Método práctico de fabricar abonos químicos y de emplearlos. En 16.°, 61 págs.: 50 céntimos.

Frutos de Córdoba (P. de).—Compilación de la doctrina sobre competencias entre la Administración y los Tribunales de justicia y recursos de queja. En 4.°, 368 páginas: 5 pesetas.

García Al-deguer (J.)—La prosa castellana. (Desde la aparición del idioma hasta nuestros días.) En 8.°, XII-436 págs.: 4 pesetas.

García Barzanallana (J.)—La Hacienda pública japonesa. Memoria. En 4.° mayor, 16 páginas.

García Icazbalceta (J.)—Obras de D. J. García Icazbalceta. *Tomo VII.* Opúsculos varios, volumen IV. México, imprenta de V. Agüeros, 1898. En 8.°, 476 páginas: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. XIV.

García del Real (L.)—Tradiciones y leyendas españolas. En 8.°, 242 páginas: 1 peseta.

García Valiente (S.)—Lecciones de teoría de la lectura y escritura. En 4.°, 189 páginas: 4 pesetas.

González y Herrero (F.)—Algo sobre el concepto de libertad y su uso en materias de enseñanza y religión. En 8.°, VIII-284 páginas: 4 pesetas.

Guiu y Casadesús (J.)—Guía descriptiva del Obispado de Vich. En 8.° mayor, 310 páginas: 2,50 pesetas.

Hernando y Espinosa (B.)—Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso académico de 1898-99. En 4.° mayor, 93 páginas.

Tema: Lo mucho que la enseñanza debe al Cardenal Cisneros.

Irayzoz (F.)—El mantón de Manila, boceto lírico en un acto y tres cuadros. En 4.°, 49 páginas: 1 peseta.

Isasa y Valseca (S.)—Discurso leído por D. Santos de Isasa en la apertura de los Tribunales. En 4.°, 31 páginas y 9 estados.

Jackson Veyán (J.)—La florera sevillana, juguete cómico-lírico. En 4.°, 36 páginas: 1 peseta.

Jackson Veyán (J.)y Merino (G.)—El paraíso perdido. En 4.°, 43 páginas: 1 peseta.

Jiménez Prieto (D.)—Tute de novios, monólogo. En 4.°, 18 páginas: 1 peseta.

Jovellanos.—Pan y toros. En 8.°, 32 páginas: 10 céntimos.

Labra (R. M. de).—El problema político-pedagógico en España. En 4.°, 31 páginas.

López y Martínez (P. M.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1898-99 en la Universidad de Valencia. En 4.° mayor, 123 páginas.

Llabrés y Quintana (G.)—La dinastía de impresores más antigua de Europa, ó sea el pie de imprenta Guasp. (1759 á 1897, Palma). En 4.°, 22 páginas: 1 pesetas.

Llorens y Asensio (V.)—Historia general de Filipinas. *Cuadernos 2.° y 3.°* En 4.°, 24 páginas pertenecientes á la Historia y 72 de catálogo: cada cuaderno, 1 peseta.

Misol Martín (A.)—Discurso leído en la Universidad de Valladolid en la apertura del curso académico de 1898-99. En 4.°, 75 páginas.

Mújica (M.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1898-99 en el Seminario de Vitoria. En 4.°, 39 páginas.

Müller y Tejeiro (J.)—Combates y capitulación de Santiago de Cuba. En 4.°, 280 páginas y dos mapas: 5 pesetas.

Navarro Gonzalvo (E.)—¡Aún hay patria, Veremundo! En 4.°, 34 páginas: 1 peseta.

Navarro y Ledesma (F.)—Lecturas literarias: ensayo de un libro para los alumnos de literatura preceptiva. En 4.°, 48 páginas el cuaderno 1.°: 1 peseta.

Núñez y Muñoz (M.)—Nuevos métodos criptográficos. Gran folio, dos tomos (texto y atlas) 126-113 páginas: 25 pesetas.

Ojea y Márquez (S.)—Complemento al Catecismo magno predicable en especial á la vida feliz. En 4.°, dos tomos, 404-415 páginas: 2,50 pesetas.

Orlandis y Despuig (P.)—Poesies. En 8.°, XIX-109 páginas: 2,50 pesetas.

Pedrell (F.)—Teatro lírico español anterior al siglo XIX. Documentos para la historia de la música española. *Vols. IV-V.* Varios (Asturiano, Berxes, Durón, Hidalgo, Justo, Literés, Machado, Marín, Martí Valenciano, Monjo, Navarro, Navas, Patiño, Sequeira, Villaflor). En 4.° mayor, XXX y 77 páginas de música: 8 pesetas.

Pidal y Mon (A).—Necrología del Ilmo. Sr. D. Vicente de la Fuente. En 4.° mayor, 32 páginas.

Portillo (C).—Los tranvías eléctricos. En 8.°, 16 págs.: 25 céntimos.

Primo de Rivera y Sobremonte (F).—Memoria dirigida al Senado. En 8.°, 197 págs. y un mapa.

Puey y Monçon.—Las coplas del peregrino.—En 8.°, XLVIII-303 páginas y un mapa: 3 pesetas.

Ramírez (J. F.)—Obras del Licen-

ciado D. José Fernando Ramírez. *Tomo I.* Opúsculos históricos, vol. I. México. Imprenta de V. Agüeros, 1898. En 8.°, XLVII-538 págs.: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos. *Vol. 15.*

Reboles y Campes (G.)—Anuario internacional de Medicina y Cirujía. *Segunda serie. T. XXVII. Enero á Junio de 1898.* En 8.°, XV-616 págs.: 5 pesetas.

Rodón y Oller (F.)—Fets de la marina de guerra Catalana. En 8.°, XLVII-92 págs.: 50 céntimos.

Romeo y Belloc (B.)—Patria con honra. Orígen de todas las lenguas españolas. En 4.°, 16 páginas: 4 pesetas.

Rusiñol (S.)—Fulls de la vida. En 8.° mayor, 269 págs.: 7 pesetas.

Segarra (J.) y Juliá (J.)—Viajeros valencianos. Excursión á pie por Europa. *Primera parte.* Provenza. En 8.°, VIII-358 págs.: 2 pesetas.

Stead (W. T.)—El Gobierno de Nueva York. En 4.°, 150 páginas: 3 pesetas.

Sudermann (H.)—El deseo; novela de Hermann Sudermann, traducción y prólogo de Ramiro de Maeztu. En 4.°, 203 págs.: 3,50 pesetas.

Taboada (L.)—Colección de tipos. En 12.°, 190 págs.: 50 céntimos.

Tercedor y Díaz (J. A.)—Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1898 á 1899 en la Universidad de Granada. En fol. 25 páginas.

Tema: Importancia que debe concederse al estudio de las matemáticas.

Torroja (E.)—Tratado de geometría de la posición y sus aplicaciones á la geometría de la medida. En 4.° mayor, con figuras. Cuaderno 1.°, 112 págs.: 4 pesetas.

Tudela y Tafalla (A.)—Lecciones de astronomía esférica. En 4.°, XXIII-261 págs. y 11 hojas de Apéndice: 6 pesetas.

Ureña y Smenjaud (R. de).—Sumario de las lecciones de historia crítica de la literatura jurídica española. *Cuaderno sexto y último.* En 4.°, págs. 433 á 618; final del tomo I: 20 pesetas.

Valencia de Don Juan (Conde Viudo de).—Catálogo histórico-descriptivo de la Real Armeria de Madrid. En 4.° mayor, XV-451 páginas, con 26 láminas en fotograbado y muchas fototipias intercaladas: 15 pesetas.

Verdegay (E.)—El servicio de correos en los ferrocarriles de España. En 8.°, 298 págs.: 5 pesetas.

Villaverde (R. F.)—Discursos pronunciados por don Raimundo F. Villaverde en el Congreso los días 23, 24 y 25 de Mayo de 1898 sobre la ley de Autorizaciones para obtener recursos con destino á la guerra. En 8.° mayor, 57 páginas.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1898.

Alonso (Benito J.)—*Apuntes arqueológico-históricos del periodo medioeval*: Pórtico de la Gloria de la catedral de Orense. Marzo, pág. 83.

Altamira (Rafael).—*El problema actual del patriotismo*. Octubre, página 63.

Anónimo.—*El ingenio de Cánovas*. Septiembre, pág. 81.—*Obras nuevas*, Enero, pág. 205; Febrero, pág. 204; Marzo, pág. 204; Abril, pág. 204; Mayo, pág. 205; Junio, pág. 204; Julio, pág. 204; Agosto, pág. 205; Septiembre, pág. 204; Octubre, pág. 205; Noviembre, pág. 206; Diciembre, 201.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*De algunas costumbres de los mahometanos en los entierros y funerales*. Febrero, pág. 75.—*Costumbres musulmanas. Notas acerca de la mujer*. Su nacimiento, su educación, su matrimonio, su vida en el harém. Mayo, pág. 108.—*De alguna supersticiones entre los musulmanes:* los ángeles, los demonios, los genios; otras supersticiones. Diciembre, pág. 70.

Araujo (Fernando). — *Revista de Revistas*. Agosto, pág. 124; Septiembre, pág. 172; Octubre, pág. 121; Noviembre, pág. 123, Diciembre, página 124.

Bernaldo de Quirós (Constancio).—*Los últimos estudios de criminología*. Junio, pág. 77; Julio, pág. 60; Noviembre, pág. 203.—*Notas bibliográficas*. Noviembre, pág. 203; Diciembre, pág. 197.

Breal (Miguel).—*Un opúsculo de Littré*. Febrero, pág. 167.

Buylla (Adolfo A.)—*Notas bibliograficas*. Octubre, pág. 199; Diciembre, pág. 189.

Castelar (Emilio).—*Crónica internacional*. Enero, pág. 177; Febrero, pág. 179; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 155; Mayo, pág. 170; Junio, pá-

gina 177; Julio, pág. 183; Agosto, pág. 171; Septiembre, pág. 140; Octubre, pág. 177; Noviembre; pág. 177; Diciembre, pág. 171.

Ceard (Enrique). - *Alfonso Daudet.* Enero, pág. 167.

Congresista (Un).—*El Congreso de higiene y demografía.* Junio, página 104.

Dietrich (Augusto).—*El Sr. Sanz y Escartín juzgado en el extranjero.* Junio, pág. 160.

Dorado (P.)—*El Reformatorio de Elmira;* estudio de Derecho Penal preventivo. Enero, pág. 106; Marzo, pág. 27; Abril, pág. 59; Mayo, página 72.—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 203; Febrero, pág. 194; Marzo, pág. 197, 201; Abril, pág. 202 ; Junio, pág. 200; Julio, pág. 201; Agosto, pág. 196; Septiembre, pág. 198.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, página 40.—*Nota bibliográfica.* Diciembre, pág. 195.

Faguet (Emilio).—*Acerca de un retrato de Beaumarchais.* Febrero, página 170.

Gidel (Ch.)—*Tres educaciones de Príncipes.* Marzo, pág. 130.

Gómez de Baquero (E.)—*Crónica literaria.* Enero, pág. 155; Febrero, pág. 146, Marzo, pág. 120; Abril, pág. 141; Mayo, pág. 154; Junio, página 151; Julio, pág. 172, Agosto, pág. 146; Septiembre, pág. 130; Octubre pág. 167; Noviembre, pág. 149; Diciembre, pág. 148.

Goncourt (Emilio y Julio).—*La mujer francesa en el siglo XVIII.* Julio, pág. 130.

Hamilton (Guillermo Gerardo).—*Lógica parlamentaria.* Marzo, página 157; Abril, pág. 197; Junio, pág. 167; Julio, pág. 157; Agosto, pápág. 158; Octubre, pág. 151.

Hoyos Sáinz (Luis).—*Las ciencias Antropológicas en España*; 1897; Agosto, pág. 111.

Ignotus.—*De la guerra.* Las causas del desastre. Septiembre, pág. 29. Octubre, pág. 39; Noviembre, pág. 101.

Jane(J. T.)—*El desastre del* Maine. *Las fuerzas navales de España y los Estados Unidos comparadas.* Mayo, pág. 164.

Job.—*Revista hispanoamericana.* Noviembre, pág. 163; Diciembre, página 158.

Korolenko (Uladimiro).—*El desertor de Sajalín* (novela). Octubre, página 10; Noviembre, pág. 5.—*El sueño de Makar* (novela). Diciembre, pág. 5.

Lasso de la Vega (Angel).—*Juan Holbein.* Julio, pág. 53.

Lázaro (J.)—*Nota bibliográfica.* Mayo, pág. 198.

Lemonnier (Camilo).—*La Carnicería*: (Sedán). Enero, pág. 21; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 13.

MAEZTU (Ramiro de).—*Estudio sobre Sudermann*. Mayo, pág. 5.

MENÉNDEZ Y PELAYO (Marcelino).—*La leyenda de los Infantes de Lara*. Enero, pág. 80.

MISME (Jane).—*La Duquesa de Uzés*. Febrero, pág. 160.

OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín). *Historia de la plata*. Diciembre, página 110.

PALACIOS (E.)—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 201; Febrero, pág. 200; Octubre, pág. 197.

PARDO BAZÁN (Emilia).—*Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod*. Ener , pág. 62.

PEREZ DE GUZMÁN (Juan).—*La literatura científico-militar de España*. Enero, pág. 123; Febrero, pág. 46. —*Bajo los Austrias: La mujer española en la minerva literaria castellana*. Junio, pág. 45. Julio, página 111; Agosto, pág. 84; Septiembre, pág. 50; Octubre, pág. 90.—*Las nuevas confederaciones de la América española*. Noviembre, página 79.

POIX (Gastón).—*El sueño y su higiene*. Abril, pág. 183.

POSADA (A.)—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 199; Febrero, pág. 202; Marzo, págs. 199 al 201.—*La condición jurídica de la mujer española*. Marzo, pág. 94; Mayo, pág. 202; Junio, pág. 202; Julio, pág. 198; Agosto, pág. 199; Septiembre, pág. 202; Octubre, pág. 203; Noviembre, pág. 201.—*El año sociológico 1897*. Diciembre, pág. 42.—*Notas bibliográficas*, Diciembre, pág. 194 y 198.

RÍOS DE LAMPÉREZ (Blanca de los). — *Algunas observaciones sobre el* Quijote *de Avellaneda*. Abril, pág. 103.

SILVELA (Luis).—*El derecho penal y los sistemas fatalistas y deterministas de la antropología criminal*. Febrero, pág. 116.

STEAD (W. T.) *El Gobierno de Nueva York ó una democracia que desaparece*. Junio, pág. 125; Julio, pág. 26; Agosto, pág. 42; Septiembre, página 92.

SUDERMANN (H.)—*El deseo* (novela). Mayo, pág. 29; Junio, pág. 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 5.

SYVETON (Gabriel).—*Ultimas cartas de mujeres*. Marzo, pág. 145.

UNAMUNO (Miguel de).—*La vida es sueño:* reflexiones sobre la regeneración de España. Noviembre, pág. 69.

VARIOS AUTORES.—*Camilo Lemonier*. Enero, pág. 5.

X.—*Uladimiro Korolenko*. Octubre, pág. 5.

INDICE

Págs.

El sueño de Makar, (novela) por Uladimiro Korolenko..... 5
El año sociológico 1897, por Adolfo Posada..... 42
De algunas creencias y supersticiones de los musulmanes, por Rodrigo Amador de los Rios..... 70
Historia de la plata, por Joaquin Olmedilla y Puig..... 110
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 124
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 148
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 158
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 171
Notas bibliográficas, por Adolfo A. Buylla, A. Posada, P. Dorado y Constancio Bernaldo de Quirós..... 189
Obras nuevas..... 201
Índice por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en La España Moderna *durante el año 1898*..... 205

AP
60
E8
año 10
no.118-20

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY